EL METABOLISMO DEL MERCADO

Regulación-Socialización-Desmercantilización

ORLANDO NÚÑEZ SOTO

ediciones centroamericanas
anama

N
330.98
N972 Núñez Soto, Orlando
El Metabolismo del Mercado /
Orlando Núñez Soto. -- 1ra. ed. --
Managua: 2015
702 p: il.

ISBN : 978-99964-0-418-4

1. HISTORIA ECONÓMICA
2. SISTEMAS ECONÓMICOS 3. SOCIALISMO
4. CAPITALISMO 5. ANÁLISIS

El Metabolismo del Mercado

*Regulación-Socialización-Des*mercantilización

© Orlando Núñez Soto, 2015
© anamá Ediciones, 2015

Diagramación: Nydia Ruiz B.
Diseño de portada: Yalí Núñez Fournier
Impresión: Ediciones Graphic Print, S.A. (EDIGRAPSA)

1ra. Edición 2015.

anamá Ediciones
Res. El Dorado No.187
Managua, Nicaragua
Teléfono: (505) 2252-9199
E-mail: anama.ediciones@gmail.com

® Derechos Reservados conforme a la ley.

Managua, Nicaragua.

SUMARIO

INTRODUCCIÓN..... 1

LIBRO PRIMERO

LA FUNCIÓN DE LA MERCANCÍA EN EL METABOLISMO DEL MERCADO..... 39

Capítulo I

BAJO EL REINO DE LA MERCANCÍA..... 43

1. Origen y naturaleza de la mercancía..... 44
2. Los principios que regulan las relaciones mercantiles 64
3. La dictadura invisible del mercado 85

Capítulo II

ENTRE EL CRECIMIENTO ECONÓMICO Y LA DESIGUALDAD SOCIAL 121

1. Dos siglos de capitalismo y un siglo de socialismo 124
2. A mayor crecimiento económico, mayor desigualdad social 142
3. De la lucha por el poder a la disputa del sistema..... 167

LIBRO SEGUNDO

SOCIALISMOS NACIONALES EN LAS REDES DEL MERCADO CAPITALISTA MUNDIAL..... 183

Capítulo III

DE LA AUTORREGULACIÓN A LA REGULACIÓN CONSCIENTE DEL MERCADO..... 219

1. Avances y limitaciones del socialismo en un solo país (URSS, CHINA) 234
2. El control obrero o la economía autogestionaria (YUGOSLAVIA). 259
3. El socialismo en los pequeños países periféricos (CUBA)..... 269

Capítulo IV

LA ORIENTACIÓN SOCIALISTA DE LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA..... 285

1. El socialismo bajo un régimen de economía mixta y pluralismo político (NICARAGUA) 288

2. El socialismo en una economía rentista y periférica (VENEZUELA) . 315
3. Las posibilidades del socialismo en América Latina 352

LIBRO TERCERO

EL NUEVO ESCENARIO DEL MERCADO CAPITALISTA MUNDIAL 379

Capítulo V

EL IMPERIALISMO Y LAS NACIONES PROLETARIZADAS 383

1. La hegemonía de las corporaciones financieras internacionales .. 392
2. El desplazamiento de las burguesías nacionales 410
3. El proletariado por cuenta propia 417

Capítulo VI

SOCIALIZACIÓN Y DESMERCANTILIZACIÓN 435

1. Socializar el capital y desmercantilizar la economía 436
2. Los valores culturales dominantes son los valores de la clase dominante 472
3. Socialismo y economía social 484

LIBRO CUARTO (APÉNDICES)

DISCUSIÓN SOBRE EL ORIGEN DEL VALOR Y EL INTERCAMBIO EQUIVALENTE 523

Capítulo VII (Apéndice 1)

LA VIEJA POLÉMICA ENTRE MARGINALISTAS Y MARXISTAS..... 525

1. El debate sobre la fuente del valor 527
2. El reposicionamiento teórico 561
3. La polémica después de la implosión del socialismo 575

Capítulo VIII (Apéndice 2)

LA DISCUSIÓN SOBRE LEY DEL VALOR Y EL INTERCAMBIO EQUIVALENTE 593

1. La ley del valor 596
2. La discusión al interior del marxismo 607
3. El Intercambio desigual, la remuneración diferenciada y la redistribución de la plusvalía 624

CONCLUSIONES (AGENDA PARA UN DEBATE) 651

ÍNDICE GENERAL 679

BIBLIOGRAFÍA 685

INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

Ya transcurrieron dos siglos de capitalismo y un siglo de socialismo, tiempo suficiente para realizar un balance de lo que ha sucedido alrededor de estos dos sistemas contradictorios y antagónicos. El capitalismo y el socialismo se presentan aquí como dos sistemas enfrentados en el teatro de operaciones del mercado: el primero, tomando en cuenta sus reglas; el segundo, soslayándolas[1]. En todo este tiempo, mientras el socialismo luchaba exitosamente contra el capital, el mercado hacía su labor de zapa y, a juzgar por los acontecimientos, todo parece indicar que a la larga, el mercado resultó ser el principal adversario del socialismo y quien después de un siglo de prolongado combate terminó ganándole los espacios económicos. Nadie podrá dudar de los heroicos sacrificios, la consecuencia revolucionaria, los logros políticos, sociales o económicos y las victorias militares infligidos por los revolucionarios rusos, chinos, vietnamitas, cubanos, nicaragüenses o venezolanos, al imperialismo y la contrarrevolución interna. Sin embargo, nadie puede negar tampoco la recuperación y rehabilitación del mercado, después que el capital privado fue desactivado de su secular hegemonía.

¿Qué misterios posee esa mano invisible del mercado que logró revertir un sinnúmero de revoluciones socialistas, ahí donde los regímenes capitalistas habían perdido tantas batallas en otros campos de la lucha? ¿Acaso llegamos al fin de la historia y el capitalismo corresponde a su punto de llegada como lo pregonan los neoliberales? A pesar de lo que ha pasado, este libro apuesta a mostrar la necesidad y posibilidad del socialismo para regular el mercado, socializar el capital, desmercantilizar la economía y gestionarla democráticamente, siempre y cuando realicemos un riguroso balance, más allá de aquellas posiciones que parecen haber regresado las ciencias sociales a los tiempos pre-modernos y pre-marxistas cuando la historia se explicaba a partir de la vida y desempeño de los reyes o presidentes.

El enfoque de este trabajo se sitúa desde una opción por el socialismo, un modelo que hoy se encuentra en busca de sus pasos perdidos; abordaje que resultará más interesante para los lectores progresistas, izquierdistas, activistas sociales, dirigentes políticos con vocación socialista o sensibles estudiosos del tema, que para un público conservador que no siente necesidad de cuestionar lo que está sucediendo en el mundo.

1 Cuando hablamos de socialismo, salvo señalamiento expreso, nos estamos refiriendo a las experiencias de los países comunistas que priorizaron en sus programas la socialización estatal de los medios de producción.

Esta introducción, que se presenta como un breve resumen metodológico y sustantivo, tiene como propósito dejar sentado los principales mensajes que apuestan a servir de agenda para un debate. Al filo de los sucesivos capítulos, las interrogantes se convertirán en hipótesis y aseveraciones cada vez más ilustradas, combinando la explicación sucesiva de algunas categorías con la descripción y análisis de los acontecimientos históricos.

El metabolismo como recurso analógico

El método de investigación de ribetes analógicos determina el título de este trabajo. Dicho brevemente, hemos extraído el concepto de metabolismo tanto de la biología como de lo que Marx tempranamente entendió y definió como el *metabolismo social* o intercambio entre la sociedad capitalista industrial y la naturaleza, describiendo y enfatizando la importancia de lo que denominó la *fractura metabólica*, una noción que se asemeja a lo que hoy los ecologistas llaman deterioro del medio ambiente o destrucción de la biodiversidad.[2] Otra fractura, tan importante como la ecológica y que afecta por igual el capitalismo y a los procesos de transición al socialismo, es la fractura de la desigualdad social.

En términos generales, el metabolismo alude a ese proceso de intercambio llevado a cabo por los componentes de un sistema, tanto al interior de sí mismo como en relación con otros sistemas, en aras de regular su funcionamiento. La ley que rige el metabolismo del mercado es la ley del valor, cuya principal expresión es el intercambio generalizado de valores equivalentes, vehiculizados por las mercancías y regulado por el precio de las mismas, donde todas las variables económicas se concatenan: el precio de costo y el precio de venta, la competencia y la productividad, el ingreso, el consumo y la inversión, la ganancia, la acumulación indefinida y las crisis periódicas. El precio de mercado, autorregulado automáticamente por el mercado o conscientemente regulado por los órganos de planificación, incide además en los equilibrios y desequilibrios del sistema, el crecimiento y la igualdad o desigualdad social, tanto en el sistema capitalista como en el socialista, generando fracturas y saltos metabólicos. El movimiento de los precios está regulado por la ley del valor. Paradójicamente, los socialistas, fervientes creyentes en la teoría del valor-trabajo, suelen violentarla, con las consecuencias sabidas y por saber, mientras que los capitalistas, quienes se empeñan en negarla, parecieran más proclives a servirse de ella y a usufructuarla a su favor.

2 Alfred Schmidt, (tesis de doctorado), El concepto de naturaleza en Marx, siglo XXI de España Editores, Madrid, 1977. Al haber señalado que Marx fue el primero en plantear el daño de la industria capitalista en el medio ambiente, Schmidt es considerado como pionero de lo que hoy es aceptado universalmente por los ecologistas. Existe una abundante bibliografía al respecto.

Dejado a su libre albedrío, el metabolismo del mercado o su autorregulación capitalista tiende hacia la mercantilización y el crecimiento, con las consabidas consecuencias en términos de desigualdad y diferenciación social. Por otra parte, optar por la igualdad social puede acarrear una baja en la productividad y en la competitividad, generando distorsión y desestabilización en las economías donde se aplica, como sucedió tantas veces al interior de los regímenes socialistas. Confiamos en que una vez que entendamos con mayor amplitud el metabolismo del mercado y nos acostumbremos a esa nomenclatura, estaremos en condiciones de analizar el proceso de remercantilización acaecido en los países socialistas, tras casi un siglo de experiencia en diferentes países, así como las posibilidades de enmendar las estrategias de transición.

El marco teórico

Aunque se hace referencia a las categorías de la economía neoclásica por el lugar común que ocupan en nuestro lenguaje, el marco teórico conceptual de este trabajo se basa en una orientación marxista alimentada por mis estudios en las ciencias sociales (ciencias políticas, sociología y economía política). Aunque pertenezco a la tradición socialista de la segunda mitad del siglo pasado, experimenté el ambiente crítico del socialismo de Estado a través de mi participación en los sucesos parisinos de mayo 68, así como de mi vivencia en un campamento durante los gloriosos años sesenta de la revolución cubana. Posteriormente, en la década de los 80, en Nicaragua, tuve la oportunidad de enriquecer mi experiencia política sobre la transición a través de mi involucramiento directo en la revolución sandinista. En cuanto a la base académica conceptual de este trabajo, la misma está connotada por mis estudios de doctorado en Economía Política y quizás, sesgada por mis prejuicios contra la economía neoclásica.

Al hablar de capitalismo, nos estamos refiriendo a un régimen social de producción caracterizado por la producción generalizada de mercancías, en cuyo seno los individuos, clases, instituciones o países que poseen o controlan el capital se apropian de los excedentes producidos por el trabajo ajeno, local, nacional y mundial generado e intercambiado en el mercado mundial. El capitalismo de mercado o el mercado capitalista genera crecimiento económico y poblacional, desigualdad social, acumulación y consumo sin límites, crisis periódicas y destrucción de recursos materiales y humanos.

Si aludimos más al “mercado capitalista” que al “modo de producción capitalista”, como es usual en la literatura marxista, es porque queremos englobar una tota-

lidad mayor que la del capital productivo. El mercado es el ámbito donde tiene lugar cualquier forma de intercambio de valores –valores de cambio–, desde el intercambio entre el capital y el trabajo asalariado en el proceso inmediato de producción, hasta el intercambio de valores que se realiza fuera de las fábricas, tanto a nivel nacional como internacional; en resumen, abarca toda la esfera del intercambio en general.[3] Dicho de otro modo, no pretendemos escamotear el tratamiento del capital, sino que optamos por subsumirlo dentro de la totalidad mercantil capitalista[4]. Este deslinde puede contribuir a reconocer que, en los países socialistas, la socialización del capital, o sea su traslado del sector privado al sector público, no necesariamente implicó –ni tenía por qué hacerlo– la desmercantilización total de la economía.

Para evitar malos entendidos, como los que generó el pensamiento económico adscrito al circulacionismo (autonomía del ámbito de la circulación), me adelanto a señalar que entiendo la mercantilización como el metabolismo económico de la sociedad capitalista, un proceso en el que se concatenan todos los momentos del sistema y en el que se relacionan producción, distribución, cambio y consumo. Este engranaje ya fue explicitado por Marx a mediados del siglo XIX: "*En la producción los miembros de la sociedad hacen que los productos de la naturaleza resulten apropiados a las necesidades humanas (los elaboran, los conforman); la distribución determina la proporción en que el individuo participa de estos productos; el cambio le aporta los productos particulares por los que él desea cambiar la cuota que le ha correspondido a través de la distribución; finalmente, en el consumo los productos se convierten en objetos de disfrute, de apropiación individual (…) El resultado al que llegamos no es que la producción, la distribución, el intercambio y el consumo sean idénticos, sino que constituyen las articulaciones de una totalidad, diferenciaciones dentro de una unidad (…) A decir verdad, también la producción, bajo su forma unilateral, está a su vez, determinada por los otros momentos (…) Entre los diferentes momentos tiene lugar una acción recíproca. Esto ocurre siempre en todos los conjuntos orgánicos*".[5] Tampoco hay

3 Nosotros entenderemos el mercado (mercado en sentido amplio) como la esfera del intercambio de valores en general, desde la producción hasta el consumo, diferenciándolo de la "esfera del cambio" de mercancías en la circulación (mercado en sentido estrecho), como comúnmente se entiende (comercio, demanda, consumo), en cuyo caso lo explicitaríamos en su momento.

4 Usualmente, el término *capital* se utiliza para referirse a la riqueza, a los medios de producción o a una relación social de producción. A medida que vayamos avanzando en el análisis, iremos explicando las diferencias conceptuales de términos que se usan indistintamente según las diferentes escuelas de pensamiento.

5 Carlos Marx, Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) [Borradores de El Capital], 1857-1858, t.1., Siglo XXI editores, 14ª edición, México, 1986, pp. 9-20.

que desconocer el papel preponderante que en algunos momentos puede tener la distribución sobre la producción, como cuando un país metropolitano rapiña a sus colonias y vive de ellas; por no hablar, por ahora, del papel de la violencia en la llamada acumulación primitiva.

Históricamente y a pesar de la omnipresencia mercantil y capitalista en las sociedades contemporáneas, el mercado autorregulado fue trastocado a lo largo del siglo XX y principios del actual, demostrándose que puede ser desactivado de distintas formas, entre las cuales las más importantes son la planificación o regulación consciente de la economía, la socialización del capital y la desmercantilización de los servicios. Prueba de ello es que tanto los países socialdemócratas europeos como las naciones llamadas comunistas situadas en la periferia del sistema-mundo, incluso los regímenes totalmente liberales, otorgaron gran importancia y un peso significativo al sector público. Sin embargo, a finales del siglo pasado, el mercado y sus agentes neoliberales empezaron a contraatacar mediante políticas que apuntaron a privatizar las empresas y los servicios estatales, proceso que ha conducido a una beligerante remercantilización de las economías del mundo entero. Estas inflexiones nos muestran que la lucha no se presenta solamente entre el capital privado y el capital público, sino entre la mercantilización y la desmercantilización.

Antes de presentar los objetivos políticos y las hipótesis de trabajo, quisiera explicitar dos fenómenos que guardan una singular importancia en la lucha entre el capitalismo y el socialismo. Desde el punto de vista económico, los procesos de mercantilización-desmercantilización y, desde el punto de vista político, la influencia del jacobinismo en los procesos revolucionarios.

Entre la mercantilización y la desmercantilización[6]

Cuando uno se ubica en el marco realmente existente del mercado capitalista mundial, puede percibir que en los últimos siglos se ha desarrollado la tendencia hacia la mercantilización de las cosas, las personas, la economía, la naturaleza, la sociedad y la vida misma. Hace ya mucho tiempo que la mercantilización se ha convertido en una de las fuentes y condiciones de la enajenación de la humanidad entera. Ciertamente, en una economía de mercado, no se puede impedir que "*el hombre viva del intercambio o se convierta en comerciante*" (Adam Smith). Es preciso, empero, diferenciar entre quienes intercambian su cuerpo o su fuerza

6 En términos generales, entenderemos por mercantilización el proceso por medio del cual las cosas, las personas y los procesos se convierten en mercancías o son regulados por el intercambio mercantil o intercambio de valores equivalentes.

de trabajo en igualdad de condiciones y aquellos individuos que se dedican al intercambio de mercancías como negocio, mercadeando con el trabajo ajeno.

A pesar de la creencia de que la humanidad no puede vivir sin mercado y sin dinero, sin propiedad privada y sin Estado, debemos recordar que estas instituciones apenas han ocupado el periodo más reciente de la presencia del *Homo sapiens* en la Tierra. Si bien los primeros seres humanos, tal como los conocemos ahora, aparecieron hace aproximadamente unos 150,000 años, aquellas instituciones no tienen más de 10,000 años de existencia y, en algunos territorios, como el de los iroqueses de Nueva York, no surgieron sino hasta finales del siglo XVIII, importadas por los colonizadores. El mercado capitalista, por su parte, nació hace unos 500 años, pero sólo han transcurrido 200 años desde que alcanzó su mayoría de edad. También es reconfortante saber que desde que surgió el mercado, la tendencia hacia la mercantilización ha estado acompañada de una contratendencia hacia la desmercantilización. En este trabajo, el análisis de la mercantilización y de la desmercantilización está referido a la forma en que se presentan tales fenómenos, tanto en el sistema capitalista como en la transición al socialismo.

A pesar de que el mercado capitalista está regido por una ley que establece que las mercancías han de intercambiarse por valores equivalentes, siempre se genera desigualdad, ya sea directamente en el proceso inmediato de producción (lo que ha sido explicado por el pensamiento de la economía política desde los albores del siglo XIX hasta nuestros días); ya sea indirectamente a través de las relaciones mercantiles en general (una explicación de ello surgió en el siglo pasado durante la polémica sobre el llamado intercambio desigual); o a través de las diferencias de remuneración entre productores, regiones o países (un tema que analizaremos en el último capítulo de este libro dedicado a la remuneración diferenciada).[7] La desigualdad no se expresa únicamente en lo económico, sino en todas las esferas de la vida donde existen relaciones de competencia o intereses particulares; sin embargo, la competencia mercantil es terreno fértil para estimular cualquier tendencia desigualitaria que pueda anidar en el alma humana.

Hace mucho tiempo que, al igual que cualquier organismo vivo, el mercado obedece el mandato de toda especie -nacer, crecer y multiplicarse-. Sin embargo,

7 Dicho brevemente, cambiar un billete de 100 dólares por otro billete de 100 dólares o su equivalente en mercancías es un intercambio de equivalentes; la transacción se convierte en un intercambio desigual cuando uno de los dos participantes produce esta cantidad de dinero en un día y el otro en una semana o un mes.

con Europa como centro y el resto de continentes (Asia, África y América Latina) como periferia, su desarrollo se intensificó a partir del siglo XV con el nacimiento del comercio mundial y la mercantilización, no solamente de territorios y metales preciosos, entre otras materias primas, sino también de personas (esclavos, siervos, indígenas encomendados). Fue así como el mercado llevó la mercantilización a su máxima expresión, convirtiendo los medios de producción y la fuerza de trabajo, en mercancías y en capital.

La propiedad privada es el cimiento del mercado, como también lo es la división del trabajo entre miles de familias, unidades de producción, empresas y economías nacionales, dispersas y separadas unas de otras, aunque indirectamente articuladas a través de la producción y el intercambio social, nacional y mundial.

Efectivamente, existe un marco nacional del mercado, el que a su vez pertenece a una matriz mucho mayor, como es el mercado capitalista mundial. En este gran mercado las naciones se asemejan y juegan el mismo rol que las familias, las unidades productivas y las empresas económicas en el seno de un país, sea éste capitalista o socialista. Por otro lado, en la división mundial del trabajo unos países desempeñan el papel del capital y otros el del trabajo.

Hoy en día, cualquier intento de convertir la naturaleza, el mundo y la vida misma en mercancía genera un rechazo generalizado. Es interesante recordar que numerosos pensadores, desde los grandes utópicos del Renacimiento hasta los reformadores y revolucionarios del siglo XIX, ya habían expresado ese repudio en los albores del mercantilismo; entre ellos, los más explícitos fueron los redactores del *Manifiesto del Partido Comunista* (Marx y Engels) en 1848. Engels expresaba que el principio fundamental de la economía burguesa descansaba en "*la institución del mercado*" y que "*la humanidad misma se ha convertido en una mercancía".*[8] Para Marx, "*la competencia y el mercado no son tanto una afrenta a la moral cuanto una fragmentación y una renuncia de la capacidad de desarrollo inherente a la especie humana. Es del más alto interés pararse a considerar la división del trabajo y el cambio ya que son las expresiones ostensiblemente enajenadas de la actividad y la fuerza esencial del hombre*".[9] Posteriormente, tras empeñarse en descifrar las claves de la explotación de la fuerza de trabajo por

8 Federico Engels, citado por Martin Nicolaus, Grundrisse [Borradores de El Capital], Op. cit., p. XV. Véase: Marx-Engels, Escritos económicos varios, Grijalbo, México, 1962.

9 Carlos Marx, Escritos económicos varios, Op.cit., p. 103. Citado por Martin Nicolaus, Grundrisse [Borradores de El Capital], p. XV.

el capital, Marx centró su análisis en el proceso inmediato de producción, a partir del cual cimentaría su teoría de la plusvalía. Su principal trabajo de envergadura económica, conocido como los *Grundrisse* [Borradores de El capital], previamente citado, gira alrededor del capital más que del mercado propiamente dicho.

Durante el siglo XIX y a inicios del siglo XX, se observa un descenso en la mercantilización de las personas -aunque no de la fuerza de trabajo-, tras la manumisión de los esclavos y la abolición de la esclavitud; esta tendencia se manifiesta también, aunque parcialmente, en la reducción de la jornada laboral (de 16 a 8 horas en los últimos dos siglos), una medida que se aplica principalmente en los países más industrializados. Otra contratendencia frente a la mercantilización ha sido el fortalecimiento progresivo del sector público alrededor de los años 30 del siglo XX.

A mediados del siglo XX, específicamente en 1944, resurgen los detractores del mercado y de la mercantilización de la vida. Entre ellos, Karl Polanyi, quien llama la atención al visualizar el significado de la mercantilización de la tierra, los trabajadores y el dinero mismo: "*Al disponer de la fuerza de trabajo de un hombre, el sistema pretende disponer de la entidad física, psicológica y moral humana que está ligada a esta fuerza. Desprovistos de la protectora cobertura de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían, al ser abandonados en la sociedad: morirían convirtiéndose en víctimas de una desorganización social aguda, serían eliminados por el vicio, la perversión, el crimen y la inanición. La naturaleza se vería reducida a sus elementos, el entorno natural y los paisajes serían saqueados, los ríos polucionados, la seguridad militar comprometida, el poder de producir alimentos y materia prima destruido. Y, para terminar, la administración del poder adquisitivo por el mercado sometería a las empresas comerciales a liquidaciones periódicas, pues la alternancia de la penuria y de la superabundancia de dinero se mostraría tan desastrosa para el comercio como lo fueron las inundaciones y los períodos de sequía para la sociedad primitiva. Los mercados de trabajo, de tierra y de dinero, son sin ninguna duda esenciales para la economía de mercado. No obstante, ninguna sociedad podría soportar, incluso por un breve lapso, los efectos de semejante sistema fundado sobre ficciones groseras, a no ser que su sustancia humana y natural, así como su organización comercial, estuviesen protegidas contra las devastaciones de esta fábrica del diablo*".[10]

En los últimos años, un movimiento universal denominado *Otro mundo es posible* ha enarbolado el rechazo a la mercantilización de la vida. Al respecto, existe una

10 Karl Polanyi. La Gran Transformación, F.C.E., México, 1991, p.129.

diversidad de opiniones y actitudes: unos acusando al capital, otros al mercado; unos apostando a la revolución, otros a la ética o al comercio justo. Sin embargo, ha sido bajo un mismo lema que centenares de miles de activistas sociales se han concentrado en diferentes partes del mundo, gritando: "*El agua, la naturaleza, la vida, no son mercancías*". Es también notorio que, actualmente, un gran número de autores franceses y anglosajones se estén refiriendo, aunque parcialmente, a las iniciativas de desmercantilización, definidos por ellos como "*procesos políticos, sociales o culturales encaminados a reducir el enfoque y la influencia del mercado en la vida diaria"*.[11]

No cabe duda de que más temprano que tarde el rechazo se concretará en una estrategia y un programa de lucha cuyo objetivo sea erradicar la mercantilización de bienes, personas o valores –del mismo modo en que se ha intentado erradicar el capital como relación social de producción– hasta lograr la desmercantilización de la economía. Se logrará un enfoque más integral del socialismo cuando nos planteemos explícitamente como objetivo la desmercantilización del capital –es decir, de los medios de producción utilizados como capital, incluyendo la naturaleza–, la desmercantilización de los servicios y de los bienes de uso en general y, por último, pero no menos importante, la desmercantilización de la fuerza de trabajo. Lo que parecía una utopía ya dispone de una base objetiva de realización, habida cuenta del desarrollo de la tecnología y las múltiples fuentes de energía acumuladas por la humanidad; muestras de ello serán señaladas y explicadas a lo largo de este trabajo.

La tentación jacobina o revolución desde arriba[12]

El otro fenómeno al cual queremos referirnos es el jacobinismo, presente en todos los procesos políticos revolucionarios, liberales o socialistas, momento en que las élites políticas se deciden continuar la revolución desde arriba.

11 John Vail, Decommodification and Egalitarian Political Economy, en Politics and Society, Published by SAGE, http://www.sagepublications. Jean Louis Laville et Antonio David Cattani, Dictionnaire de l´autre économie, Folio Actuel, Gallimard, Edition Desclée de Brouwer, París, 2006. Jean Marie Harribey, Economie Politique de la demarchandisation, "Altermondialisme, anticapitalisme, No 44, 2do semestre, France, 2008.

12 El apelativo de jacobinos se comenzó a utilizar para referirse a los miembros de uno de los grupos radicales de la Revolución Francesa, así llamados porque sesionaban en el convento de frailes dominicos situado en la calle San Jacobo en París. Vanguardizaron las medidas revolucionarias contra las antiguas clases dominantes. Influenciados por el Contrato Social de Rousseau, pregonaban la república centralizada y la democracia comunitaria del interés común, representada por un Estado soberano. Su actitud radical era exacerbada por las circunstancias contrarrevolucionarias internas e injerencistas de las monarquías extranjeras contra la revolución francesa.

Toda acción política encaminada a contradecir las leyes sociales existentes genera una reacción que la contrarresta. Las revoluciones políticas, liberales o socialistas, se han hecho por la fuerza, tanto por la resistencia de las viejas clases dominantes, como por la necesidad de contrarrestar la inercia del sistema anterior, encarnado éste en gran parte de la cultura popular. En el caso de las revoluciones socialistas, la intervención del mercado ha generado una reacción del mismo que tiende a sublevarlo y a sublevar a productores y consumidores. Es así que durante el período de transición, la nueva clase política desarrolla lo que yo llamaría el "*síndrome jacobino"* o voluntad de emprender la revolución desde arriba, con el consiguiente desgaste de la nueva hegemonía, cada vez más dirigida a los sectores convencidos, pero no siempre mayoritarios de la población. La revolución francesa inauguró este síndrome, el que desde entonces no nos ha abandonado.

En el caso de las revoluciones con vocación socialista, el "*síndrome jacobino*" se prolonga, porque las nuevas clases políticas tienen que intervenir el mercado, fijando precios, asignando recursos internos y divisas, planificando y controlando la producción, la distribución, las importaciones y exportaciones, alterando los criterios mercantiles y condicionando la movilidad social a los patrones de una transición planificada. Esta política, acentuada en países atrasados tecnológicamente por el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, es percibida y resentida por los defensores del mercado como una intervención y violación de las libertades económicas. El caso es que durante el periodo de transición, cada vez que los dirigentes de una revolución socialista han querido intervenir el mercado, éste ha reaccionado distorsionándose e incitando a los productores y los consumidores a rebelarse.

Si la revolución es una acción condicionada por la voluntad política, las transformaciones económicas lo son aún más por variables objetivas, pues el nivel técnico-productivo cuenta en demasía a la hora de querer compatibilizar crecimiento con igualdad social. No es lo mismo, entonces, emprender el socialismo en las condiciones económicas de un país industrializado que hacerlo en países atrasados, tecnológicamente hablando. Sin embargo, la única transición que se conoce a la fecha es la que se ha llevado a cabo en países cuyas fuerzas productivas presentaban un limitado grado de desarrollo en relación con el tipo de nuevas relaciones sociales que se deseaba instaurar[13].

13 Ha sido comúnmente aceptado por los revolucionarios la necesidad y la posibilidad de crear las condiciones objetivas, es decir, las plataformas económicas, desde la voluntad política y desde arriba.

Todo parece indicar que para lograr transitar exitosamente del capitalismo al socialismo, se debe recorrer un itinerario con dos momentos, paralelos y simultáneos, y, por lo tanto, dos estrategias: la superación o desaparición del capital; y la superación o desaparición del mercado. Al día de hoy, ha sido la primera, a saber la superación del capital, la que ha captado en mayor medida la atención del socialismo a través de la socialización de los medios de producción y su gestión estatal en función de la colectividad. Los regímenes que emprendieron estas transformaciones económicas se propusieron, desde el poder, estatizar los medios de producción y hacerlos funcionar como capital público, intentando implementar un sistema en el cual la acumulación dejará de ser un fin, para convertirse en un medio regulado por una planificación central en función de las necesidades sociales. En otras palabras, se propusieron acelerar al mismo tiempo las tareas del crecimiento económico y las medidas encaminadas hacia la igualdad social.

La lucha contra el capital resultó más exitosa que la lucha contra el mercado. La socialización-estatización del capital no frenó totalmente la fuerza remercantilizadora del resto de la economía. Ciertamente que el socialismo implicó un proceso de desmercantilización, sobre todo de la mercancía-capital, pero en condiciones adversas y contradictorias que comúnmente señalamos como las causas de su implosión, a saber: la competencia económica desfavorable, pero obligada, con las potencias capitalistas occidentales; y la restricción personal de las libertades formales del mercado en el campo económico, político y cultural. Lo primero tuvo una repercusión más económica, lo segundo minó la aquiescencia de las masas, quienes, a pesar de haber recibido beneficios sociales, experimentaron un progresivo descontento que precipitó la reversión del socialismo y su rendición, en primer lugar ante la economía de mercado, y luego ante el capitalismo occidental. La rectificación de las políticas económicas llegó siempre tarde, debido a una férrea identificación de la nueva clase política con el modelo de transición, por entusiasmo, convicción o temor a perder el control de los aparatos políticos, sin los cuales se detendría la transición.

Hasta aquí, la historia es conocida y su realidad puede constatarse. Sin embargo, quedan por despejar los motivos por los que, transcurrido cierto tiempo, la población llegó a rechazar el régimen socialista. La respuesta a esta interrogante debe buscarse no solamente en razones externas o en la competencia con los países capitalistas, sino principalmente en razones internas, ya que fue precisamente el mercado quien logró que la ciudadanía optara por la reinstauración del llamado "libre mercado" y su fiel acompañante, la democracia formal, lo que desembocaría finalmente en el capitalismo. ¿Será que retrocedió la historia o que ésta no

llegó a considerar al socialismo como miembro pleno y consolidado de su propio devenir?

Hoy nos enfrentamos a nuevas realidades caracterizadas por el deslizamiento del socialismo hacia el mercado, en momentos en que las medidas neoliberales del mercado capitalista imperial exacerban los habituales daños que el capitalismo impone a la humanidad entera. Las crisis periódicas del capitalismo, cada vez más rentistas y parasitarias, siguen generando guerras inter-capitalistas, imperialistas y revoluciones políticas de orientación socialista, empujando el contradictorio andamiaje de la transición: ni tan despacio que prolongue la tragedia, ni tan rápido que la misma se malogre por utilizar incipientes herramientas que a la larga terminarían revirtiendo el proceso, teniendo que lamentar de nuevo un valioso tiempo perdido.

Motivaciones políticas e hipótesis de trabajo

Antes de continuar esta breve reseña histórica quisiera adelantar las motivaciones, académicas y políticas, que me impulsaron a escribir este libro, incluyendo las hipótesis de trabajo, tesis o supuestos a comprobar y a desarrollar respectivamente. Cabe señalar, ante todo, que a pesar del tratamiento universal, teórica y empíricamente hablando, del papel del mercado en la transición del capitalismo al socialismo, la mayor preocupación y enfoque del análisis y las conclusiones atañen más, en este trabajo, a los pequeños países de la periferia capitalista.

La primera motivación trata de indagar las dificultades que ha tenido el socialismo para socializar la producción y regular el mercado, ya sea negando o aceptando las categorías y relaciones mercantiles, particularmente en lo que respecta al manejo de los precios, la asignación de recursos, las estrategias de reproducción ampliada y la competencia con el mundo capitalista-imperialista, la gestión democrática del Estado y la economía. ¿Acaso no era suficiente confiscar la propiedad privada de los medios de producción, sustituir a la burguesía, estatizar el capital y planificar la economía para garantizar la permanencia del socialismo? Como veremos, los resultados de un siglo de socialismo han desmentido tal suposición.

La segunda motivación aspira a entender la razón por la cual el socialismo terminó sucumbiendo ante el mercado y reconstituyendo el capitalismo, tras un siglo de experiencias en diferentes partes del mundo, llenas de heroísmo, tenacidad, sacrificios de toda clase, pero también de logros sociales extraordinarios ¿Por

qué la población prefirió el modo de vida occidental capitalista y desechó las ventajas del modo de producción socialista? ¿Acaso esas ventajas, que satisfacían las necesidades básicas, como empleo, educación, salud, vivienda, transporte y esparcimiento, no constituían un aliciente suficiente? ¿Es posible consolidar el socialismo sin democratizar las relaciones económicas y políticas? ¿Qué relación existe entre mercado, socialismo y democracia?

La tercera motivación pretende revivir aquella vieja discusión sobre la necesidad y la posibilidad del socialismo en los países técnicamente atrasados de la periferia del sistema capitalista mundial, incluyendo no solamente la estrategia de la revolución política, sino también la posibilidad de una acumulación propia, encaminada a la transformación social. ¿Tenía Marx razón, en dudar de la posibilidad de la revolución socialista en los países técnica y económicamente atrasados? ¿Están condenados aquellos países a recorrer y atravesar previamente la fase de la revolución democrático-burguesa antes de emprender la vía hacia el socialismo?

A continuación, ofrezco algunas hipótesis con el propósito de que sirvan de guía o punto de partida para diseñar una agenda que facilite un debate más explícito y constructivo, de modo que se pueda elaborar un programa histórico que apunte a la vez al crecimiento económico y al bienestar social, a la satisfacción de las necesidades y de los deseos, incluyendo la garantía de las libertades políticas, sin que nadie tenga que enajenar su vida íntima o su identidad personal o grupal. Todas las hipótesis tienen como base la sospecha de que en todo intercambio mercantil, la mínima ventaja se convierte en capital para quien la usufructúe a su favor, el final de esta costosa ecuación advendrá cuando todos tengan igualdad de oportunidades, pero sobre todo cuando la abundancia permita una voluntad colectiva donde el tiempo libremente disponible sea mayor que el tiempo de trabajo necesario para la sobrevivencia o, lo que es lo igual, cuando el excedente pertenezca a toda la comunidad y sea gestionado democráticamente por toda la comunidad.

La primera hipótesis se relaciona con la necesidad de mantener la ley del valor y las categorías mercantiles en presencia de una producción social, tema que desarrollaremos ampliamente a lo largo del trabajo, particularmente en los apéndices incorporados en el libro cuarto. Bien podríamos prestar a Carlos Marx, de quien nadie puede sospechar de querer prolongar la pesadilla del intercambio mercantil, la formulación de esta hipótesis: *"Aún cuando desaparezca el régimen capitalista de producción, siempre que quede en pie la producción social, seguirá predominando la determinación del valor, en el sentido de que la regulación del*

tiempo de trabajo y la distribución del trabajo social entre los diferentes grupos de producción y, finalmente, la contabilidad acerca de todo esto, serán más esenciales que nunca".[14] ¿Qué significa esta norma en términos concretos y en qué forma los regímenes socialistas la rompieron? ¿Cuál sería la lección a la hora de formular o emprender una nueva estrategia? ¿Cómo eliminar el valor de cambio cuando la abundancia no está a la orden del día, ni para todo el mundo ni en todo el mundo? Paradójicamente, esta hipótesis nos obliga a encarar otra contradicción igualmente válida y además constatada, y es que mientras el socialismo repose sobre el cuerpo o el tejido del mercado, nacional o mundial, aun habiendo socializado todo el capital, la reversión de todo el proceso seguirá siendo una amenaza permanente.

La segunda hipótesis, que bien podría desprenderse de la anterior, nos llevaría a pensar que si, en un régimen de transición, las relaciones sociales de producción avanzan más rápido que el desarrollo de las fuerzas productivas, se corre el riesgo de erosionar ambas posibilidades a través del colapso económico de las economías en transición o de la renuncia a las transformaciones sociales. Dicho de otra manera, en todo régimen orientado hacia el socialismo, independientemente de que se haya socializado la producción, la remuneración al trabajo, como dijo Marx, deberá hacerse bajo el lema de "*a cada uno según su trabajo*" y no bajo la norma de "*a cada quien según su necesidad*"; de lo contrario, bien podría perderse la batalla de la productividad y de la competitividad. La situación puede incluso empeorar si, desde el aparato de poder, se imponen precios y se asignan recursos sin haber previamente asegurado el dominio sobre el funcionamiento de las categorías mercantiles, lo que contribuye frecuentemente a la distorsión del mercado y la desestabilización económica y política de la sociedad. A menudo, y por razones políticas, se ajusta la heredada economía de mercado, distribuyendo excedentes en forma desproporcionada a la creación de los mismos y sin que se haya garantizado la reproducción ampliada de la economía. Como lo reconoció el presidente de Cuba, Fidel Castro, uno de los líderes de la revolución latinoamericana: "*Y al no tomarse en cuenta la retribución con arreglo al trabajo, el exceso de dinero circulante se incrementó notablemente ante una escasez de oferta de bienes y servicios, lo que creó las condiciones favorables y al caldo de cultivo para el ausentismo y la indisciplina laboral".*[15] Lo anterior guarda relación con los agregados sociales de la economía, pero también con las expectativas de la gente. Desconocer el tiempo de trabajo, como

14 Carlos Marx, El Capital, t.3, sección séptima, capítulo IL, p. 856, La Habana, 1986.
15 Fidel Castro, Informe Central al Primer Congreso del PCC, Cuba, 1975.

regulador y remunerador de la producción y el ingreso, erosiona la movilidad social y disminuye los estímulos materiales. La solución podría estar en combinar las políticas económicas de la transición con el margen que los individuos estén dispuestos a aceptar, lo cual está relacionado con la educación social y las expectativas –según las circunstancias y el lugar– de una formación social determinada cuyos deseos, siempre subjetivos, son tan importantes o más que las necesidades sociales. Aceptando esta posición y, situados en el campo de la producción social, podríamos decir que el motor de la historia no depende solamente de la lucha política o cultural entre las clases, sujetos colectivos y categorías sociales que padecen la diferenciación del sistema imperante (productores, trabajadores, géneros, etnias, estratos, estatus, etc.), sino también de los alcances institucionales y económicos que garantizan la reproducción ampliada de la riqueza material, a través de una acumulación económica auto-sostenida y competitiva con las economías capitalistas circundantes. Últimamente, distintos teóricos y dirigentes socialistas han manifestado entender el socialismo como una relación mixta de planificación, mercado y democracia, tema que retomaremos a lo largo del trabajo.

La tercera hipótesis apunta a señalar el error de creer que los medios de producción y de cambio pierden su carácter de capital al estatizarse o colectivizarse parcialmente. Ya había sugerido Engels que: "*las fuerzas productivas no pierden su condición de capital al convertirse en propiedad de las sociedades anónimas y de los trust o en propiedad del Estado. Para que esto suceda, no hay más que un camino: que la sociedad, abiertamente y sin rodeos, tome posesión de esas fuerzas productivas, y no admita otra dirección que la suya".*[16] El mismo Lenin, utilizaba el concepto de *capitalismo de Estado* para referirse a la experiencia de la Unión Soviética. Hoy entendemos claramente que el capitalismo puede existir independientemente de que la sociedad esté poblada de unidades económicas públicas, estatales, cooperativas o asociativas; claro está que cuanto más sociales sean las unidades de producción y distribución (públicas o privadas-colectivas), mayores facilidades tendrá la planificación sobre el mercado, así como la democratización sobre la distribución, para erosionar progresivamente al capitalismo, el que finalmente desaparecerá con la desmercantilización generalizada. El concepto de capitalismo de Estado tiende a generar una confusión, sobre todo que en los países capitalistas se ha acuñado el concepto de capitalismo monopolista de Estado. El lector se preguntará: ¿por qué, entonces, se le ha llamado socialismo o socialismo de Estado a las experiencias

16 Federico Engels, Del socialismo utópico al socialismo científico, Marx-Engels, Obras Escogidas, Editorial Progreso, Moscú, 1955, pp.146-147).

de los países comunistas? ¿Hay alguna diferencia entre capitalismo monopolista de Estado, capitalismo de Estado y Socialismo de Estado? Yo creo que sí. El capitalismo monopolista de Estado es la utilización del Estado en función de las corporaciones financieras. Ahora bien, la diferencia entre capitalismo de Estado y socialismo de Estado, partiendo de que todos los medios de producción o la mayor parte de los mismos estén en manos del Estado y al servicio de la sociedad, es que en el primer caso, la gestión está en manos de una clase política o conjunto de funcionarios públicos, sin participación de la sociedad organizada, mientras que en el segundo caso, existe una cogestión o participación democrática de los trabajadores en la gestión de la economía y del Estado. Como apunta Engels, cuando la sociedad gestione directamente los medios de producción, a través de consejos populares (soviet). No es por casualidad que a la revolución rusa la llamaron revolución socialista soviética. Por el momento todo socialismo posible sigue siendo un régimen en transición entre el capitalismo y una sociedad socialista.

Ahora las cosas y los conceptos se complican un poco más, pues ciertos países excomunistas han empezado a hablar y a denominarse socialismo de mercado. Quizás a eso es a lo que se refería Lenin cuando recurrió no solamente a los mecanismos mercantiles, sino a buscar el auxilio de los propios capitalistas al iniciar el período de la Nueva Política Económica (NPE). Al respecto, Lenin expresa: "*Tenemos un centenar de explotaciones, minas o bosques. No podemos explotarlo todo: no tenemos suficientes máquinas, víveres, medios de transporte. Por el mismo motivo explotamos mal las restantes empresas. Las concesiones son un pacto con los capitalistas. El concesionario es un capitalista. Dirige las empresas a la manera capitalista, con el fin de obtener ganancias extra, superganancias o con el fin de obtener materias primas que no podría obtener o que muy difícilmente podría obtener de otro modo*".[17] Quizás por eso es que Hugo Chávez, presidente de Venezuela (1999-2013) y líder precursor de la revolución bolivariana en ese país, sintetiza en estas palabras el propósito de superar la contradicción que entraña el luchar contra las adversidades del mercado dentro del mismo campo de batalla del mercado y en medio de una economía abierta al mercado internacional: *"Estamos buscando un proyecto intermedio, tanto Estado como sea necesario y tanto Mercado como sea posible; vamos a gobernar con la mano invisible del mercado y con la mano visible del Estado*".[18]

17 V.I. Lenin, De la Nueva Política Económica y sus concesiones a los capitalistas en 1921, en Obras Escogidas, tomo 3, p. 616, Editorial Progreso, Moscú, 1961.

18 Hugo Chávez, Discurso en la toma de posesión de la presidencia, Caracas, Venezuela, 29/2/1999. Otros pensadores señalan a las grandes empresas corporativas, con mayor conciencia de clase y del proceso económico, como otra mano visible.

El paso hacia un socialismo pleno sólo parece tener viabilidad cuando el mercado capitalista mundial sea sustituido por la asociación o federación universal de los países socialistas del mundo entero. Mientras tanto, las experiencias socialistas nacionales aisladas o las experiencias locales de economía social seguirán siendo una especie de guerrilla económica luchando en la jungla del mercado mundial.

La verdad es que a pesar de la experiencia inicial de la Unión Soviética, las sucesivas revoluciones socialistas cometieron los mismos errores al violentar las categorías mercantiles, forzar la planificación, subestimar la competencia en el mercado mundial en la que estaban inmersos los regímenes socialistas, soslayando la importancia de las libertades económicas y políticas que, aunque formales, todavía anidan en el sistema capitalista, así como en los valores de la mayoría del pueblo.

Nosotros, sin embargo, no damos por cerrada, ni mucho menos, la discusión o la agenda del socialismo como alternativa a los problemas y causas generados por el capitalismo. Consideramos necesario incorporar las experiencias anteriores y ofrecer al mismo tiempo una agenda que nos permita continuar con los debates y las experiencias en marcha. Ahora bien, el socialismo no puede detenerse en la negación del sistema capitalista o en la crítica a las experiencias socialistas anteriores, ni limitarse a una retórica discursiva sobre un deseado y utópico punto de llegada, sino que ha de encarnarse en un proyecto consciente y cotidiano que se acompañe de un horizonte y de una estrategia, un plan de trabajo y una brújula u hoja de ruta. Y para plantear y desarrollar ese proyecto, no importa que las clases explotadas, las categorías sociales excluidas, los movimientos políticos y los movimientos sociales en general, sujetos de la transformación, estén en la oposición o en el gobierno. Estamos convencidos de que las posibilidades de avanzar serán mayores cuanto más asimilemos las lecciones de la experiencia y registremos críticamente las enseñanzas sobre la reversión mercantil acaecida en los países socialistas.

No quisiera terminar esta introducción sin antes considerar lo que para mí es la apuesta general de este ensayo, a saber la necesidad de analizar el proceso de mercantilización, des-mercantilización y re-mercantilización de la economía, tanto al interior de un país como a nivel internacional. Tal propósito se habrá cumplido satisfactoriamente si, a partir de los supuestos de este trabajo sobre las contradicciones del metabolismo del mercado capitalista, logremos formular y comprobar las principales hipótesis que confieren viabilidad a una economía de transición.

Regulación y socialización, desmercantilización y democratización

Dicho brevemente, la estrategia socialista apuntaría en varias direcciones, entre otras: la planificación del mercado y la socialización del capital; la desmercantilización de la economía y la democratización de la sociedad. La regulación y socialización del capital puede emprenderse desde el gobierno y las empresas estatales, municipales y regionales, así como desde las asociaciones de trabajadores-productores, conformando una gran red de "*trabajadores libremente asociados*". A su vez, la desmercantilización de la economía puede emprenderse directamente, produciendo bienes y servicios para ser entregados gratuitamente o indirectamente a través de la redistribución del ingreso –momento en que el sector público acopia y redistribuye una parte de los excedentes previamente generados y tributados por la sociedad. Siempre en el campo económico, el socialismo implica alcanzar el pleno empleo y la desmercantilización progresiva de la fuerza de trabajo, superando paulatinamente la división del trabajo, disminuyendo el tiempo de trabajo necesario y aumentando el tiempo de trabajo disponible. No menos importante dentro de una estrategia socialista es asegurar la gestión compartida democráticamente de todos los procesos públicos o colectivos en los ámbitos económicos, políticos y culturales.[19]

a) Regulación y socialización del capital como forma de desmercantilización

Regular la sociedad y la economía ha sido una práctica milenaria que forma parte de la pluralidad y sociabilidad del ser humano, a través de la intervención de una autoridad a quien se le otorga o se arroga el poder de actuar en nombre de la colectividad; puede ser a nivel de la familia, la comunidad, la sociedad e incluso de la humanidad entera. La regulación de la economía puede hacerse a través de la planificación, pero su acción se extiende mucho más allá, estableciendo normas para el comportamiento social o manipulando variables económicas: cobrar impuestos, construir obras públicas, acuñar moneda, fijar precios, asignar recursos públicos, redistribuir excedentes sociales, etcétera. Las llamadas obras públicas emprendidas por parte de un poder centralizado son tan viejas como la humanidad misma, no existiendo modo de producción alguno donde las mismas no se hayan llevado a cabo en diferentes escalas y modalidades, ya sean construyendo templos o estableciendo sistemas de riego y redes de caminos, entre otros.

19 Por regulación entendemos la intervención del mercado a través de la acción social del Estado, los empresarios o colectivos de trabajadores y pobladores en general, con el fin de alterar su funcionamiento a favor de quien lo interviene.

La regulación y la planificación, sobre todo desde una óptica socialista, pueden llevarse a cabo más fácilmente si el Estado cuenta con un bloque de empresas estatales, por lo que los reguladores socialistas han optado por la socialización del capital.

Socializar la producción o redistribuir excedentes significa trasladar la propiedad, la producción o la gestión de los medios de producción o de los excedentes a manos de gobiernos municipales, gobiernos nacionales, organismos internacionales, pero también a manos de cooperativas o asociaciones colectivas. Socializar es una forma de desmercantilizar la economía, pues tales atribuciones, medios de producción o bienes de consumo dejan de ser mercancías o pertenecer a productores privados y pasan a ser patrimonio de dominio, gestión y goce o acceso gratuito y universal.

En la época moderna, la intervención del mercado, a través de la regulación y planificación de la economía, la socialización del capital y la redistribución de los excedentes, se desarrolló con las revoluciones liberales que institucionalizaron la cosa pública (la res-pública) desde que existen los estados-naciones, proceso de socialización que se reactivó en toda la primera mitad del siglo XIX, impulsado por las llamadas economías de guerra, el keynesianismo surgido a raíz de la gran depresión de los años 30 y el socialismo emprendido por la socialdemocracia del norte europeo, pero sobre todo durante las revoluciones comunistas y el establecimiento del socialismo a lo largo de todo el siglo XX.

Después de la implosión del socialismo, estas economías están siendo orientadas hacia un socialismo de mercado, lo que parece ser una especie de economía mixta de carácter socialista. Una economía mixta de carácter socialista implica transitar progresiva y conjuntamente a través de reformas o nuevas prácticas por un socialismo desde arriba y desde abajo. Incorporar en la agenda el socialismo de mercado no significa hacer de la necesidad una virtud, sino reconocer la correlación de fuerzas existentes, entre el socialismo y el mercado, recordando que todo nuevo sistema se emprende necesariamente en el marco, nacional e internacional, del sistema anterior. Esto nos permite pensar que aun dentro del marco del viejo régimen, en este caso del capitalismo, pueden tomarse medidas de carácter socialista. ¿Cuánto tiempo le ha tomado al capitalismo alcanzar la madurez en tanto qué sistema económico es capaz de hacerse cargo de su propia reproducción y después de cuántas restauraciones del sistema anterior?[20]

20 Un ejemplo extremo y paradójico de sistemas de transición que conviven con variables del sistema anterior ha sido la del propio capitalismo, empezando por el país capitalista más desarrollado en el siglo XIX, como lo fueron los Estados Unidos, donde la burguesía naciente convivió

El socialismo de mercado estaría caracterizado, no solamente por recuperar la socialización de los medios de producción y de cambio, sino por la redistribución progresiva de los excedentes en función del bienestar social de la población, tal como se hace en los Estados de bienestar, así como por una progresiva marcha hacia la gestión económica por parte de la comunidad, los trabajadores, consumidores y pobladores en general. De esta manera, el capital, en tanto que relación social de explotación y el poder desde arriba, debería irse disipando a través de la gestión democrática de los medios de producción, la economía y la sociedad. Como diría Saint-Simon, "*el gobierno sobre los hombres sería sustituido por la administración de las cosas*". En el socialismo de mercado, aún más que en el capitalismo de Estado, las categorías mercantiles se mantendrían hasta alcanzar los niveles de productividad y producción de los países capitalistas más avanzados económicamente (crecimiento, productividad, tecnología), combinando o sustituyendo la democracia representativa con la democracia participativa y directa.

Si bien es necesario auxiliarse de la información que proporciona el mercado, es menester contar con una estrategia de regulación y planificación, socialización y desmercantilización. Debemos estar conscientes de la contradicción inherente a cualquier economía en transición, en la que será tan difícil desarrollarse económicamente sin apoyarse en los mecanismos del mercado, como transitar al socialismo manteniendo la beligerancia del mercado. En este sentido, puede decirse que el mercado tiene la misma función que la plataforma de lanzamiento de un portaviones: si bien lo necesitamos en el primer impulso para despegar, al mismo tiempo debemos procurar desprendernos o alejarnos del mismo.

En todo caso, lo que nos interesa saber es que, tanto la regulación como la socialización, son fenómenos inmersos en el mercado, por lo tanto su uso servirá para enrumbar los procesos de discriminación mercantil, al mismo tiempo que para cumplir con el fin de desmercantilizar la economía, no debiendo emprenderse sin una estrategia que las ubica dentro del mercado.

b) La desmercantilización a través de la redistribución del ingreso

Además de la desmercantilización a través de la socialización, estatal o asociativa, del capital, existe una desmercantilización de los bienes y servicios por la

con relaciones esclavistas de producción, a pesar de que siempre se ha dicho que las relaciones capitalistas de producción se caracterizan por el intercambio entre el capital y el trabajo asalariado. Sobre el caso de modos de producción divorciados de las relaciones de producción que les corresponden, volveremos a hablar en los capítulos posteriores.

vía de la redistribución del ingreso nacional, tal es el caso de aquellos bienes o servicios distribuidos gratuitamente por el sector público. Se trata de la socialización de los costos o gastos sociales llevada a cabo por el Estado, tomando excedentes de toda la sociedad, una vez que éstos se hayan producido.

Si bien la tendencia del mercado, en tanto que relación social, apunta a la concentración y la exclusión, la desmercantilización es una forma tendiente a neutralizar, disminuir y erradicar la concentración y la exclusión de la riqueza. Empresa nada fácil, esta última, habida cuenta de la práctica mercantil milenaria y de la importancia de la competencia (individual o grupal, deportiva o militar, política o ideológica, económica o política) en nuestra civilización. Claro está que existe una gran diferencia entre la competencia en general y la competencia mercantil.

La desmercantilización de los bienes o servicios de consumo pone mayor énfasis en el acceso gratuito y universal de los mismos a través de la intermediación del sector público, sean éstos producidos por empresas gubernamentales, municipales o asociativas, o disponibles gracias a la captación por el Estado de los excedentes tributarios proviniendo de todos los productores, incluyendo las empresas estatales, privadas o asociativas, tal como sucede en los llamados Estados de bienestar.

En este punto se hace necesario optar por incrementar el peso del sector público con respecto al Producto Interno Bruto (PIB), así como la renta tributaria como contribución al sector público. De manera general, ya que habría que adecuarse a las circunstancias de cada país, convendría asegurarse que la distribución se estructure de manera que el sector público administre el 50% del PIB. Asimismo, el gasto público debe repartirse proporcionalmente, tomando en cuenta las situaciones específicas y las necesidades de cada país: a manera de ejemplo, el 50% para el sector social, el 25% para infraestructura, tecnología y funcionarios estatales, el 15% para seguridad ciudadana y el 10% restante para amortización o pago de deudas. Cabe señalar que en ciertas ocasiones algunos países, de corte capitalista o socialista, ya han logrado estos porcentajes, ya sea bajo el modelo de la socialdemocracia y de los “Estados de Bienestar”, principalmente en Europa, ya sea bajo el modelo de los países llamados comunistas.

Otro indicador de importancia es el peso de la tributación en relación con el PIB. Las cifras actuales muestran una gran diferencia entre los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD), que presentan un mayor nivel económico y social, respecto del resto de naciones

que pertenecen al llamado Tercer Mundo[21]. En algunos países latinoamericanos como México, Brasil o Argentina, existen indicadores cercanos a los de la OECD, mientras en otros como Haití, Nicaragua y Bolivia, se mantienen en escalas muy bajas. Para los primeros, la carga tributaria con respecto al PIB gira alrededor del 30%, siendo los impuestos directos o sobre la renta mucho mayores que los impuestos indirectos. En cambio, para los segundos, la proporción es al revés, lo que acrecienta fuertemente la desigualdad y constituye uno de los obstáculos al desarrollo. El impuesto sobre la renta (IR) o la herencia deberían avanzar más que el impuesto indirecto al consumo (IVA). Además, convendría que las recaudaciones tributarias fiscales sean de carácter progresivo, debiendo pagar más el que gana más o tiene más ingresos.

Los recursos generados por esta recaudación tributaria podrían ser empleados, por ejemplo, para subsidiar las labores domésticas que desempeñan principalmente las mujeres en el hogar, a la vez que para muchos países significaría poder disminuir sustancialmente los gastos armamentistas. Algunos países han implementado medidas, o las están reivindicando, para entregar pensiones universales a mujeres que trabajan en casa o para adultos mayores que no pudieron cotizar suficientemente durante su vida activa.

Otros indicadores similares servirán para combinar la voluntad política con la realidad, es decir, con las posibilidades y alcances de la productividad, la competitividad entre clases, categorías, sujetos, sectores, regiones o países. Lo importante es contar con una estrategia frente al mercado; de lo contrario seguiremos siendo objetos de la ciega estrategia de éste. O nosotros regulamos al mercado o el mercado nos regulará a nosotros. La ventaja de disponer de un programa como éste es que se puede emprender por vía revolucionaria o por vía evolucionaria; cuando un movimiento político y social esté en el poder o cuando esté en la oposición; además, se puede medir de acuerdo a los indicadores económicos y sociales actuales elaborados con tal pretensión. Los movimientos políticos y sociales partirán de los indicadores económicos y sociales actuales en cada país, buscando como acercarse a los promedios regionales y a los índices mayores alcanzados por un determinado país en una región concreta, como puede ser el caso de América Latina. Tal como lo hizo la revolución francesa, la que arrancó su vida política

21 Como sabemos, la denominación de Tercer Mundo, se utilizó para diferenciarlo del primer mundo desarrollado y del segundo mundo socialista. Corresponde a lo que también se ha llamado la periferia del sistema-mundo para diferenciarlo de los centros capitalistas metropolitanos. De tal manera que a pesar de la desaparición o debilitamiento de los regímenes socialistas, preferimos mantener el nombre, alternándolo con el de países periféricos.

invocando los derechos de los ciudadanos, o como lo hace el capitalismo interesándose por medir el PIB o el PIB per cápita, en tanto que indicador esperado de su crecimiento propuesto, o como lo hacen los organismos internacionales que se proponen medir el Índice de Desarrollo Humano (IDH) para lograr estabilizar las sociedades.

En realidad este ejercicio ya comenzó en el seno de muchos movimientos sociales, partidos políticos, intelectuales y líderes políticos. En el caso de aquellas fuerzas sociales que se proponen cambiar el mundo, no es ocioso que sus programas generales aterricen en un conjunto de indicadores o metas del movimiento revolucionario: material de estudio para que el pueblo pueda expresar lo que quiere y saber por qué lucha, compromiso de los líderes políticos y sociales, material ideológico para avanzar en una hegemonía alternativa, como fuerza ideológica encarnándose en las masas y convirtiéndose en fuerza material, como la carne y energía del proyecto en marcha. Sólo así un proyecto revolucionario dejará de ser mera propaganda electoral y el socialismo mera retórica anticapitalista.

En todo caso, vale la pena retener qué indicadores sociales alternativos como los que estamos señalando, nos permitirán adentrarnos en una cultura desmercantilizadora, pudiendo los mismos alcanzarse mediante luchas sociales desde la oposición o desde instituciones tomadas por fuerzas anticapitalistas.

En la medida que se desmercantilizan los servicios, como educación, salud, vivienda, alimento, cultura, deporte o entretenimiento, avanzará la desmercantilización de la fuerza de trabajo, pues los trabajadores podrán liberarse del tiempo de trabajo dedicado a comprar aquellos bienes o servicios. A mediano y largo plazo, la desmercantilización podrá medirse, asimismo, por la duración de la jornada laboral, la que podría rápidamente y en todo el mundo reducirse a unas 3 horas diarias o 25 horas semanales, dependiendo del grado de productividad del trabajo, pero en condiciones de pleno empleo. En otras palabras, el tiempo disponible tenderá a hacerse mayor que el tiempo laboral para todas las personas y no solamente para los niños, jóvenes y adultos mayores. La gente destinará más tiempo para vivir que para producir valores de cambio. Como decía Aristóteles: "*La esclavitud desaparecerá cuando las hilanderas hilen solas",* momento en que la ley del valor tenderá a desaparecer, como lo argumentara Marx en el famoso fragmento de sus *Borradores* sobre el maquinismo[22]. Como sabemos, la desmercantilización

22 Carlos Marx, Grundrisse, t.2, pág. Op.Cit., pp 227-230.

por la vía de la disminución de la jornada de trabajo no depende solamente de la productividad de la economía, sino de la correlación política de fuerzas entre el trabajo y el capital.

Para aquellos lectores que les pueda parecer difícil concebir una comunidad desmercantilizada les sugiero que piensen en esos centros juveniles o de ancianos, centros de entretenimientos o centros vacacionales, cuyo funcionamiento interno prescinde completamente de las relaciones mercantiles a las que estamos habituados. En muchos países, sobre todo industrializados o donde funcionó el socialismo de Estado, muchas actividades estuvieron desmercantilizadas, entre ellas las raciones de alimentos, igual que en la guerra, los servicios de educación y salud, la entrada a los museos, centros deportivos, parques nacionales o zoológicos, la educación militar y muchos otros entretenimientos. Quisiera destacar la vida de un gran centro vacacional contemporáneo como son los grandes enclaves turísticos, como el de la cadena Barceló-Meliá, donde más de mil familias, después de pagar un estipendio por entrar a vacacionar durante una semana, reciben un brazalete con el cual pueden vivir a expensa totalmente de los servicios del centro. Todos y todas tienen la misma cabina amueblada completamente, con servicios de ducha caliente, aire acondicionado, televisión, etc.; acceso a los campos deportivos, piscina y centros nocturnos de recreación; el acceso a los tres tiempos de comida y a los aperitivos que quieran, hasta saciarse completamente. Pues bien, al interior de esos centros vacacionales reina una comunidad completamente desmercantilizada y ajena a los recuerdos del mercado y sus auxiliares estatales. Nadie puede comprar o vender ninguno de los bienes y servicios que consume. No hay mercado de ninguna especie. Por tanto no hay dinero ni diferenciación alguna, pues todos tienen los mimos derechos, las mismas oportunidades. En cuanto a la variedad de bienes a consumir, como los alimentos o la recreación, existen muchas variantes al gusto del consumidor.

La única actividad mercantilizada, aparte del aporte para entrar, es la que realizan los trabajadores del centro, pero eso también tiene fácil solución. En algunos centros y albergues juveniles uno tiene que trabajar un día a la semana para compensar los servicios de la comunidad.

Claro está que en dichos centros vacacionales, los visitantes tienen que pagar una suma determinada de dinero para entrar. Pero dado el nivel de abundancia real y potencial generados por la humanidad, así como el nivel de automatización, robotización u oferta energética, la humanidad ya está en capacidad de ofrecer ese nivel de vida a toda la población del planeta. Lo que falta es que las

comunidades presionen a los gobiernos comunales, municipales, nacionales y mundiales, para que la riqueza generada por la humanidad empiece a redistribuirse en función de las necesidades y deseos de ella misma.

Efectivamente, el brazalete que el turista recibe como prueba de que pagó el valor y precio de la entrada a ese centro vacacional, equivale o equivaldrá al tiempo de trabajo de cada uno, más el tiempo de trabajo acumulado por la sociedad o por la humanidad entera que estaría disponible para los ciudadanos.

c) La democratización de la política, la economía y la cultura

Como señalamos en los apartados anteriores, el socialismo pleno se alcanzaría cuando los productores, trabajadores, pobladores o cualquier otra categoría social existente gestionen, asociadamente y en forma compartida, toda cosa pública y toda relación social.

La democracia socialista se habrá logrado cuando los trabajadores y consumidores gestionen directa y democráticamente las unidades económicas, es decir, sus centros de trabajo y de distribución; cuando los estudiantes administren democráticamente sus centros escolares; cuando los pobladores definan democráticamente los presupuestos municipales y cuando una población educada en el socialismo decida democráticamente la distribución del presupuesto nacional; cuando las asociaciones nacionales tomen democráticamente las riendas de las instituciones públicas, tanto en el orden económico como político; pero también cuando los hombres y las mujeres, en tanto que pareja amorosa, gestionen democráticamente sus cuerpos y sus relaciones en función del amor y no de una pretendida unidad económica familiar escenificada por las parejas conyugales; cuando los padres de familia dirijan los Centros Infantiles, donde los niños no padezcan la desigualdad generada por la diferencia de ingresos de sus padres; cuando las comunidades indígenas administren democráticamente, no solamente sus comunidades y territorios, sino sus relaciones con el resto de las sociedades que las circundan; cuando la cultura heredada de cada sociedad evolucione y se universalice de acuerdo al libre goce de su libertad, identidad e intereses compartidos; cuando las organizaciones políticas y sociales gestionen democráticamente su vida interna.

La democratización de la política y de la economía es una de las asignaturas pendientes del socialismo. La propuesta marxista-leninista, hasta antes de la implosión de los regímenes socialistas y de su enrolamiento en el pluralismo político,

había descansado en lo que se llamó la dictadura del proletariado. Ciertamente, la teoría se refería a una dictadura clasista como la que ejerce la burguesía en los países capitalistas, pudiendo hablarse de dictadura democrática de la burguesía sobre las clases subalternas o de dictadura propiamente dictatorial de la burguesía, ya sea sobre clases anteriores o sobre las nuevas clases subordinadas. Lo mismo pasaría con la dictadura del proletariado sobre las clases dominantes anteriores, es decir, sobre los restos de la oligarquía o la burguesía, la que podrá ser democrática o dictatorial propiamente dicha. Claro está que todo esto tiene sus circunstancias y por lo tanto sus momentos. Por lo general, al inicio de las revoluciones, liberales o socialistas, la constante ha sido la imposición dictatorial por medios dictatoriales del proyecto de una clase sobre las anteriores o sobre nuevas clases o estratos de la sociedad.

El principal teórico-práctico en la historia del socialismo, como fue Lenin, concedió igual importancia a la democracia, en cuanto a encarar los problemas políticos, que a las fuerzas productivas, para resolver los problemas socioeconómicos; tanto así que planteó el socialismo como una combinación de ambas. Su definición del socialismo como la suma de Soviets + Electrificación, sigue siendo válida hasta nuestros días; los Soviets para garantizar la democracia popular, la electrificación para garantizar el crecimiento económico. Lo primero para impedir que el nuevo poder político-económico de la burocracia terminara convirtiendo la legítima dictadura de clase sobre las clases anteriores, en la ilegítima dictadura institucional o personal del gobierno sobre las nuevas clases; lo segundo para recuperar el desfase tecnológico con respecto a Occidente.[23]

En la mayoría de los países socialistas la dictadura de clase se emprendió bajo una forma autoritaria y quedó en manos de la burocracia estatal y la tecnocracia de las empresas públicas, con una reducida participación de los trabajadores y la población en general en los asuntos económicos, políticos y culturales. La visión de un socialismo democrático, en el que la economía y la política sean gestionadas por la comunidad, requiere un entrenamiento participativo en todos los niveles de la vida en sociedad, tal como se ha venido ensayando hasta ahora en diferentes países, sin tener que esperar la toma del poder por un movimiento político. En Europa conocimos la experiencia del socialismo de Yugoslavia. Allí, la mayoría de las empresas estaban entonces gestionadas por los trabajadores y las distintas

23 Como sabemos y explicaremos en el cuerpo de este trabajo, las circunstancias en que evolucionó el proceso, es decir las reformas de la Nueva Política Económica (NEP) en 1921, la desestalinización en 1953 y la Perestroika en 1989 no terminaron de la mejor manera, a pesar de los extraordinarios avances en aspectos vinculados con el crecimiento y la justicia social.

federaciones nacionales se turnaban para presidir todo el Estado plurinacional.[24] En América Latina existen ricas experiencias socialistas de carácter asociativo y autogestionario que han intentado y están intentando transitar por una orientación más democrática y comunitaria, es decir, asociativa y autogestionaria. Tal experiencia tiene sus mejores antecedentes en la revolución chilena de Salvador Allende, la revolución sandinista en Nicaragua y las actuales revoluciones bolivarianas, incluyendo la revolución cubana.[25] Estas experiencias van desde la cogestión o gestión obrera en los centros laborales, comités de gestión en los centros institucionales, comités populares municipales y cooperativas, consejos ciudadanos, comunidades indígenas, movimientos sociales, sindicatos o gremios con prácticas democráticas en la toma de decisiones, hasta las recientes experiencias de economía social.[26] Es posible que los tiempos nos agobien o mermen nuestro optimismo, pero es preciso recordar que a pesar de sus más de doscientos años de existencia, la democracia burguesa no ha eliminado totalmente la esclavitud, como se desprende de las cifras sobre la trata de mujeres. Por otro lado, la democracia occidental tampoco se ha vacunado contra periódicas dictaduras, fascismos o guerras imperialistas impunes, las que castigan frecuentemente a un sinnúmero de naciones.

Finalmente, podemos afirmar que, lejos de ser un lastre para la planificación centralizada, la democracia puede convertirse en un valor agregado que facilita tanto la colaboración productiva de los trabajadores y de los pequeños productores, a través de la asociatividad, como la apropiación del modelo por toda la comunidad. Este tema reviste suma importancia en aquellos países donde los procesos de transformación incluyen el pluralismo político y la democratización de la sociedad[27]. Hasta los mismos obstáculos generados por la presencia de las categorías mercantiles pueden paliarse a través de la participación de los trabajadores en la programación presupuestaria. Ernest Mandel, crítico del socialismo de Estado,

24 En el capítulo III se presenta la experiencia yugoslava.

25 El lema de la revolución sandinista de los años 80, que analizaremos en el capítulo IV, rezaba: "*Economía Mixta, Pluralismo Político y No Alineamiento*". Sobre el modelo de las actuales revoluciones bolivarianas, habría que remitirse igualmente al capítulo IV, en el que se evidencia el carácter comunitario de estas revoluciones, principalmente en Ecuador y Bolivia.

26 En el libro tercero se dedica una sección especial al concepto y la práctica de la economía social.

27 A finales del siglo pasado se iniciaron experiencias revolucionarias donde se combinó la vocación socialista con la democracia representativa. En América Latina destacaron los casos de Chile en 1970 y de Nicaragua en 1979. Véase: Orlando Núñez y Roger Burbach, Democracia y Revolución en las Américas, Editorial Vanguardia, Nicaragua, 1986.

afirma: "*La sobrevivencia de categorías de mercado y monetarias se hace inevitable durante el periodo de transición del capitalismo al socialismo. Sin embargo, esto no es cierto para los servicios; en este dominio, de acuerdo con los recursos que tiene la sociedad y que puede proporcionar, la distribución se puede hacer basándose en la salud, la educación, los transportes públicos, la electricidad, el gas o la vivienda. Sin embargo, los mecanismos de mercado no son los únicos ni siquiera los principales instrumentos que el plan puede utilizar para alcanzar sus objetivos. Los cálculos económicos, las consultas directas a los consumidores, las discusiones en asambleas populares pueden utilizarse con el mismo objeto de equilibrar la oferta y la demanda*". [28]

A nivel internacional, el socialismo sólo puede avanzar liberando a las naciones proletarizadas de la hegemonía del imperialismo, caracterizado éste por el poder de las potencias imperiales y las grandes corporaciones mundiales. Simultáneamente, las naciones descolonizadas o desimperializadas formarían federaciones regionales, en las que el intercambio se regiría por la complementariedad y la solidaridad. Dicho de otro modo, un programa socialista, dadas las condiciones actuales, deberá incluir una agenda internacional que permita al país escapar de las redes del imperialismo e ingresar en las redes de las federaciones regionales e internacionales, basadas en relaciones de cooperación. En la época anterior fue decisiva la conformación de un bloque socialista conformado por lo que se conoció como la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); una coalición estratégica, tanto para los propios países del bloque soviético, como para las revoluciones de liberación nacional con vocación socialista que florecieron en todas las áreas de la periferia capitalista. En esta segunda etapa existen muchas experiencias que ilustran lo estratégico de dichas conformaciones regionales; tal es el caso, por ejemplo, para América Latina, del bloque de Petrocaribe, el que estrena en el siglo XXI una verdadera relación de economías que funcionan bajo el principio de la solidaridad y de la complementariedad[29].

Por lo anteriormente dicho, conviene agregar, como principio y pilar de cualquier agenda socialista, la soberanía nacional de los países que padecen la dictadura imperial, pues, como lo expresa Daniel Ortega, el presidente de Nicaragua:

28 Ernest Mandel, *Ensayos sobre el neocapitalismo*, t.3, Editorial Era, México. 1974, pp. 214 y 2191.

29 Petrocaribe es un bloque de países de alrededor de 20 naciones del Caribe, donde Venezuela intercambia petróleo por alimentos con los países centroamericanos y caribeños. Realmente funciona como una gran cooperativa grannacional, apelativo que se utiliza para diferenciarlo de las empresas transnacionales.

"*La fuerza que envuelve, todavía, nuestro planeta es la tiranía del capitalismo global*".[30] Emanciparse de esa tiranía sólo puede lograrse, al menos en el Tercer Mundo, a través de alianzas y formación de bloques regionales. En el caso de la región latinoamericana, la experiencia muestra que la soberanía de cada nación latino-americana-caribeña sólo será posible a través de la soberanía de toda América Latina[31].

En todo caso, vale la pena hacer un balance de las formas democráticas, tanto en los países socialistas, como en los países capitalistas, tanto en el campo político como social, económico y cultural. Todo parece indicar, a la luz de las experiencias, que un crecimiento sin igualdad o una democracia política sin justicia social nos retrotrae a una sociedad de estilo ateniense, es decir una organización social en la que sólo un pequeño número de ciudadanos goza de plena democracia y bienestar, mientras que la gran mayoría –llámense esclavos, mujeres, metecos o extranjeros, como sucede hoy en el capitalismo– está totalmente excluida de los derechos y las oportunidades. En cambio, una sociedad con una administración tutelada por aparatos de poder, en la que existe igualdad de oportunidades para sobrevivir, pero pocas posibilidades políticas para la mayoría de la población de participar y tomar decisiones, recuerda el estilo espartano; modelo que prevaleció en gran parte de los países socialistas, siendo llevado al extremo en Camboya y Corea del Norte[32]. Por otra parte, cualquier régimen político de corte progresista, con algún grado de protección social asistencialista, pero sin crecimiento, productividad ni competitividad, y por ende encaminado a la penuria y precariedad, se asemeja a una familia responsable y solidaria internamente, pero empobrecida; tal es lo que sucede en muchos países progresistas o izquierdistas del Tercer Mundo. Finalmente, un país metropolitano en el que en la mayor parte del tiempo reina el crecimiento, la democracia y el bienestar social, y cuyos miembros gozan de similares derechos y relativa igualdad de oportunidades, pero a costa del pillaje a poblaciones del exterior, se emparenta con los antiguos imperios que

30 Daniel Ortega, *Discurso pronunciado ante los Partidos Políticos de Izquierda* (Foro de Sao Pablo) de América Latina, Managua, Nicaragua, 20/2/2014.

31 En el caso de América Latina y a inicios del siglo XXI se ha avanzado en la integración regional a partir de las experiencias de la Unión de Naciones del Sur (UNASUR) y de la Comunidad de Estados Latinoamericanos (CELAC).

32 Las libertades cívico-políticas y la democracia política, social y económica son temas que la izquierda ha mantenido fuera de la agenda de la revolución y el socialismo, dejando de este modo a la derecha un espacio que se ha revelado importantísimo en la lucha por la hegemonía entre el capitalismo y el socialismo.

concedían muchas prerrogativas a sus ciudadanos, pero a costa de la expoliación de lo que consideraban su periferia.

Conclusiones preliminares

En este apartado presentaremos algunas constataciones o resultados que provienen tanto de la comprobación o modificación de algunas tesis, como de los hallazgos resultantes del proceso de análisis. La autocrítica de numerosos dirigentes de diversos y diferentes regímenes socialistas, así como el tratamiento que muchos analistas le han dado a los temas tratados en este trabajo me eximen de pretender hacer profecías del pasado; espero, sin embargo, que este trabajo contribuya a sistematizar las lecciones extraídas de las experiencias y a alimentar el debate, que en mi opinión es esencial mantener abierto, sobre las posibilidades de seguir avanzando por la sendas del socialismo. A continuación, enuncio algunas constataciones que expresan sintéticamente las limitaciones, contradicciones o errores del socialismo durante el siglo pasado y a comienzos de este siglo.

1. Limitaciones del socialismo en un solo país, habida cuenta de la fuerza que tiene el mercado mundial, lugar obligado para intercambiar mercancías, a través del comercio exterior, es decir, de las obligadas importaciones y exportaciones que un país socialista tiene que mantener con el entorno del mercado capitalista mundial.

2. Tendencia del socialismo a centrar el análisis y el seguimiento de las medidas de políticas económicas alrededor del capital, descuidando las implicancias observadas desde el mercado, interior y exterior, abandonando, sobre todo al inicio, el uso de las categorías mercantiles[33], creyendo que la sola estatización de los bienes de capital bastaría para eliminar la ley del valor y, por ende, soslayando el apoyo que puede obtenerse del manejo apropiado de las categorías mercantiles.[34]

---

33 Por su formación marxista, los socialistas tendieron a conferir mayor importancia al capital que al mercado, una deficiencia arrastrada desde los clásicos del marxismo.

34 Este desacierto se ha manifestado en el descuido, o el exceso, a la hora de fijar y controlar los precios del mercado. Todo precio de mercado tiene un límite inferior, que es el costo de producción (amortización del capital y de los salarios) más una ganancia media proporcional al capital aportado; asimismo, existe un límite superior, condicionado por la demanda efectiva o la capacidad adquisitiva de los diferentes sectores. Violentar esa regulación, que es producto de la competencia de infinitas

3. Subestimación por parte del socialismo de la importancia que tiene la cultura fetichista de mercado, no solamente en relación con la producción, la competencia y la productividad, sino también respecto a las ilusiones de las masas respecto al consumo y a la participación en la vida política, incluyendo la influencia del dinero en los deseos subjetivos de las multitudes, aún empobrecidas. Dicho de otro modo, el socialismo centró su atención en el análisis y tratamiento del valor de cambio de las mercancías, descuidando o desconociendo los secretos que el valor de uso adquiere en el intercambio, cuestión estratégica en la lucha ideológica entre el modo de producción socialista y el modo de vida occidental capitalista; ese desacierto acarrearía consecuencias negativas desde el punto de vista político-ideológico.[35] Recordemos que Occidente es la cuna de la revolución liberal contra el antiguo régimen feudal; la cuna de las primeras revoluciones modernas, incluyendo la lucha por la soberanía nacional contra las metrópolis europeas, empezando por la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica; la cuna de la revolución francesa, enarbolando los principios de libertad, igualdad y solidaridad, todavía pendientes de cumplirse
   en la ruta de la emancipación de la humanidad; en fin, la cuna del socialismo y del propio marxismo, vinculado éste a los países industrializados.[36]

4. Prejuicio por parte del pensamiento socialista de las experiencias socialdemócratas en los países nórdicos europeos, particularmente los países escandinavos, en cuanto a la redistribución de los excedentes por la vía de la recaudación fiscal, la importancia concedida a las cooperativas en el control de la economía y las alianzas establecidas con los partidos liberales con miras a establecer un modelo de Estado social. Prejuicio mantenido a pesar de que

---

acciones de productores y consumidores, tiende a mermar la productividad y la competitividad de una economía, desestimular a la ciudadanía y fomentar la apatía; a nivel internacional los inconvenientes son mayores, pues el socialismo está obligado a obedecer las leyes del mercado mundial, las que suelen ser tanto o más rigurosas que las del mercado nacional.

35 Este descuido suscitó actitudes políticas desfavorables en la población a la que, a pesar de su aislamiento, no fue posible sustraer de los luminosos atractivos —aunque injustamente diferenciados– del modo de vida occidental. El *American Way of Life,* sólo accesible para una minoría, pero no por ello menos atractivo, prevaleció sobre las bondades del modo de producción socialista para los más necesitados.

36 No es despreciable la influencia que sobre el marxismo tuvieron las condiciones en las que se encontraban la economía así como el pensamiento y la lucha revolucionaria al momento de su nacimiento. Como decía Lenin, el marxismo es la síntesis de la filosofía clásica alemana, el socialismo francés y la economía política inglesa.

algunos partidos socialdemócratas provenían del pensamiento marxista y se posicionaron siempre a favor del socialismo, aunque por una vía reformista y pacífica.[37]

5. Sobreestimación por parte de las revoluciones de orientación socialista de las posibilidades de la transición de un país capitalista, técnicamente atrasado, a un socialismo que ni siquiera había alcanzado el umbral de un proceso endógeno de acumulación capitalista autosostenida.[38] Esta afirmación no minimiza la importancia que tiene la revolución política en el capitalismo periférico al capitalismo central, no solamente como estrategia necesaria en la lucha de clases, sino como forma alternativa de orientar la acumulación.

6. Tendencia a pensar que las reglas que rigen la lucha de clases para la revolución política garantizan el éxito de la lucha por las transformaciones económicas, tanto en el ámbito nacional como a nivel internacional.[39]

7. Sobreestimación de la victoria revolucionaria por parte de la nueva clase política dominante, a la hora de estimar el apoyo de las masas populares para las transformaciones sociales; error que proviene de creer que la mayoría de la población ha participado en la revolución.[40] Esta apreciación está influida por la opinión de que las posiciones de clase coinciden o están condicionadas en el corto plazo por la situación u origen de clase, obviando los nichos conser-

37 El socialismo confirió mayor importancia a la distribución desde la producción que a la redistribución de la plusvalía, abusando del cálculo presupuestario, desestimando el papel de los precios autorregulados por el mercado en tanto que brújula de partida para una planificación impositiva, tanto en lo que se refiere al crecimiento como a la distribución.

38 Si bien el apoyo o subsidio de la Unión Soviética, solidaria con los países del Tercer Mundo, permitió que los socialismos periféricos sobrevivieran, postergó la posibilidad para estos países de tomar conciencia de las dificultades que implica transitar al socialismo sin haber superado el atraso económico y las reglas del crecimiento. Recordemos que para Marx la revolución social es la transformación lenta o brusca del vasto conjunto de la superestructura política y jurídica de la sociedad, resultante del cambio de la base económica.

39 En el ámbito del mercado externo, los obstáculos son mayores y las luchas mucho más cruentas, ya que las variables económicas se imponen con mayor exigencia y dureza, castigando el más mínimo voluntarismo político.

40 La experiencia ha mostrado que en las revoluciones políticas no participa activamente más que el 25% de la ciudadanía. Sobre la relación entre la revolución política y la revolución social existe un debate primario. Me refiero a las discusiones entre Eduardo Bernstein, Karl Kautsky y Rosa Luxemburg: Cfr. *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, siglo XXI, México, 1982 (Bernstein); *La revolución social*, Pasado y Presente, México, siglo XXI, México, 1978 (Karl Kautsky); *Reforma o Revolución*, obras escogidas, ediciones Pluma, Buenos Aires, 1976 (Rosa Luxemburg).

vadores que anidan en el pueblo y que resurgen al regreso de las barricadas, es decir, cuando la población regresa a la normalidad y la rutina cotidiana. Ciertamente que, como dice Marx, hay días en que la historia avanza más que en veinte años, pero es en esos veinte años que se preparan las revoluciones. Aquella sobreestimación obedece a que, hasta ahora, la forma o el prototipo de la revolución social ha sido la revolución burguesa-capitalista, olvidando que cuando la burguesía llevó a cabo su revolución política, la revolución social o hegemonía económico-cultural de la burguesía, estaba bien avanzada; y aún así, la burguesía no ha dejado de seguir revolucionando la realidad en función de sus intereses.

Una vez que señalamos algunas limitaciones, como parte de un largo proceso por el socialismo, permítasenos añadir algo más, esta vez sobre las tendencias observadas desde entonces por el movimiento hacia el socialismo, en base a las cuales nos atrevemos a plantear algunos puntos a manera de una agenda a debatir. Los puntos preliminares ofrecidos, serán retomados posteriormente, tanto a lo largo del trabajo como en las conclusiones finales.

8. Necesidad de actualizar el escenario de la lucha de clases, principalmente en el llamado Tercer Mundo donde la clase obrera no ha sido ni la más numerosa ni la más empobrecida. Esta posición nos lleva a reconsiderar el papel revolucionario que pueden asumir otras clases y categorías sociales, no solamente explotadas, sino desempleadas, marginadas, excluidas, violadas, satanizadas, ruralizadas y desarraigadas de sus comunidades originarias, pero en proceso de apropiarse de pequeños y medianos medios de producción y de empoderarse, reivindicado derechos propios y aprovechando nuevas oportunidades, conforman lo que se conoce como economía popular, un proceso que puede enrumbarse hacia la asociatividad y por medio de ella hacia una economía social autogestionara y democrática. Asimismo, cabe reflexionar sobre el rol que podría asumir la burguesía nacional, propietaria e industrial, desplazada por las globalizadas oligarquías financieras, a la hora de conformar un bloque histórico alternativo, dentro de la estrategia para avanzar en la hegemonía socialista[41].

41 En los países del llamado Tercer Mundo, el peso del productor mercantil simple impone un sinnúmero de variantes y condiciona el análisis y desarrollo de una economía planificada y sobre-regulada, alejada del andamiaje teórico de un marxismo originado y pensado para la transición al socialismo desde la realidad de países capitalistas industrializados.

9. Importancia de replantear el debate sobre el vínculo entre la relación capital-trabajo al interior de un país y la relación capital-trabajo a nivel internacional. La globalización del capital hace más difícil la posibilidad de confiscaciones a la vieja usanza, pues el don de la ubicuidad desborda las fronteras nacionales de los capitales industriales y financieros. La hegemonía de las oligarquías mundiales dificulta las medidas de nacionalización de fábricas, bancos, comercio o tecnologías que funcionan a escala mundial y en forma monopolizada y oligopolizada. Por ello, la soberanía nacional de cualquier país periférico deseoso de emanciparse para compensar la desfavorable correlación de fuerzas a nivel internacional, tiene que pasar por la soberanía de la región a la que pertenece.[42] Esta limitación, nos obliga a mejorar el planteamiento sobre la importancia del papel que juega, en la lucha contra el imperialismo, la soberanía política y la estrategia de alianzas regionales entre esos países a los que hemos denominado naciones proletarizadas; como parte del obligado internacionalismo de la revolución socialista.

10. Incluir en la agenda de la socialización de los medios de producción, tanto la estatización o revolución desde arriba, con el asociacionismo o la revolución desde abajo; incorporando la agenda socializadora con la desmercantilización de la economía en los diferentes ámbitos, incluyendo el acceso gratuito a los servicios (salud, educación, vivienda, transporte, deporte y cultura); la desmercantilizacion de la fuerza de trabajo, combinando la plena ocupación (empleo más trabajo por cuenta propia) con la disminución de la jornada laboral, el salario social, la liberación del trabajo doméstico femenino, el acceso universal y gratuito a los saberes y prácticas, definiendo indicadores que ilustren la meta y la mejor forma de lograrlo.[43] En este caso, la lucha por las reformas debe entenderse, no como una sustitución de la revolución, sino como parte de la misma.

11. Sistematizar las experiencias de lo que se conoce como responsabilidad compartida entre el sector público y la población organizada, a fin de mejorar

42 Las revoluciones antiimperialistas de los pequeños países periféricos fueron más golpeadas política y económicamente, particularmente tras la implosión del socialismo soviético y la suspensión de su apoyo, dejando pendiente la asignatura de una estrategia de transición para esas pequeñas economías.

43 Por la falta de un paradigma teórico para enfrentar la mercantilización, se ha descuidado la construcción de una agenda y una estrategia para desmercantilizar la economía, fin estratégico para avanzar hacia el socialismo. Socializar el capital sin desmercantilizar otras variables mantiene el riesgo de la reactivación del mercado a la menor posibilidad; desmercantilizar sin un respaldo público suficiente conlleva necesariamente a una crisis de iliquidez.

el desempeño gestionario y democrático del Estado con el potencial que tiene la población organizada. Este debate está emparentado con el desarrollo de lo que conocemos como economía social, poniendo de relieve el fuerte potencial que posee la cooperativización y la federación de todas las actividades e intereses, por géneros, generaciones, rubros y territorios, tanto a nivel local como internacional, incluyendo el legado que nos está ofreciendo la experiencia de las actuales redes sociales, a raíz de la tecnología informacional.[44]

12. Es innegable, sin embargo, que el socialismo, tanto en su versión socialdemócrata como comunista, generó en numerosos países de la periferia crecimiento y mejoramiento del nivel de vida en diversos aspectos, como empleo, educación, salud, vivienda o deporte, independientemente de los costos sociales y políticos para la población. Cabe señalar que esos costos fueron siempre mucho menores que el precio que pagó y sigue pagando la humanidad esclavizada, neocolonizada e imperializada para que Europa y Estados Unidos alcanzaran su nivel económico actual.[45] También han sido cuantiosos los costos políticos que, cíclicamente, los países capitalistas, aún los más democráticamente renombrados, hicieron y hacen pagar a su población durante los periodos dictatoriales; en Europa alcanzaron un nivel sin precedentes a raíz de los horrores del nazi-fascismo y, en el Tercer Mundo, con las crueles y bárbaras dictaduras militares, devotas del capitalismo y cómplices de la expoliación y el genocidio perpetrado por el imperialismo.

---

44 La sobredeterminación de la producción estatal, aunque estratégica por lo que respecta a la correlación de fuerzas, hizo que se desaprovechara el potencial de las empresas autogestionadas por los trabajadores, las cooperativas y asociaciones de consumidores y pobladores en general para la administración de una economía obligadamente mixta.

45 Es comúnmente aceptado, por ejemplo, que la Unión Soviética logró en treinta años el nivel económico y social que los países europeos alcanzaron en 250 años. En su reciente libro, Thomas Piketty afirma a propósito del éxito económico y del prestigio político de la Unión Soviética: "*La victoria de la Unión Soviética al lado de los aliados en 1945 fortaleció además el prestigio del sistema económico estatal implantado por los bolcheviques. ¿No permitió ese sistema industrializar a marchas forzadas a un país notablemente retrasado, que en 1917 salía apenas de la esclavitud? En 1942, Joseph Schumpeter consideró inevitable el triunfo del socialismo sobre el capitalismo. En 1970, en la octava edición de su famoso libro de texto, Paul Samuelson seguía prediciendo una posible superación del PIB estadounidense por el PIB soviético entre 1990 y 2000*". Thomas Piketty, El capital en el siglo XXI, F.C.E. España, 2014, p. 153 (P. Samuelson, Economics, 8ª ed., McGraw-Hill, Nueva York, 1970, p. 831).

La estructura del libro

Expondré aquí algunas consideraciones sobre la forma de presentar mis reflexiones.

En cuanto al método de exposición, opté por acompañar la explicación de las categorías con la descripción de las diferentes experiencias históricas, tanto en el seno del capitalismo como del socialismo, procurando enfocarme en las temáticas o interrogantes arriba sintetizadas.

El trabajo se presenta en cuatro partes o libros, incluyendo dos apéndices y unas conclusiones generales. Elegí el término "libro" en vez de parte, porque aunque me esforcé por mantener un mínimo nivel de concatenación en toda la investigación, cada parte guarda cierta autonomía, pudiendo algunas de las mismas, leerse separadamente.

El libro primero, que incluye los capítulos I y II, está dedicado a describir el metabolismo o autorregulación del mercado, enfatizando la función que ejerce la mercancía en la economía de mercado en la cual nos encontramos, señalando la subestimación del mercado por parte de los pensadores y los movimientos socialistas. Esta parte finaliza con un somero análisis en el que se compara la importancia que el socialismo concedió al capital en tanto que relación social de explotación (lo que, por supuesto, respondía a intereses estratégicos), con la prioridad que el capitalismo confiere al mercado (demanda o consumo); del mismo modo, se evidencia el contraste entre el socialismo, que se enfoca principalmente en la igualdad social y las necesidades, respecto al capitalismo, que se orienta esencialmente hacia el crecimiento y el consumismo, basado en la satisfacción de los deseos. Desde el punto de vista conceptual, este primer libro establece las premisas teórico-analíticas de todo el trabajo, sin excluir referencias históricas que puedan ilustrar las diferentes categorías.

El libro segundo, compuesto por los capítulos III y IV, atañe a la transición de una economía autorregulada automáticamente por el mercado, hacia una economía conscientemente regulada por un órgano de planificación. Se ilustra este proceso con las principales experiencias históricas, en un primer momento limitadas al llamado socialismo de Estado o socialismo realmente existente a nivel mundial, y en un segundo momento relacionadas con la revolución y la orientación socialista latinoamericana. También se analiza cómo el capitalismo -aunque no lo pregone- interviene el mercado a su favor, desde el proteccionismo hasta los rescates bancarios.

El libro tercero, conformado por los capítulos V y VI, señala los rasgos más modernos del actual sistema capitalista mundial o imperialismo, en su relación con lo que nosotros hemos llamado las naciones proletarizadas. Asimismo, se proponen planteamientos respecto de la socialización o desmercantilización de la economía, apuntalando un modelo de responsabilidad compartida entre la gestión estatal y la asociatividad en el seno de los pequeños productores, pequeños comerciantes, consumidores y pobladores en general.

Finalmente, el libro cuarto, destinado principalmente a las nuevas generaciones, está compuesto por dos apéndices, VII y VIII, donde se sintetizan las viejas y las nuevas polémicas entre los economistas y los líderes políticos acerca del origen y la distribución de la riqueza, terminando con las crisis financieras y la ofensiva política del neoliberalismo. Se incluye la discusión, al interior del marxismo, sobre la ley del valor y el intercambio de equivalentes a nivel internacional. Esta parte podrá resultar un tanto técnica para los sociólogos e innecesaria para los economistas, por lo que quizás sería conveniente que algunos lectores opten por comenzar con ella su lectura. Al final del trabajo, entregamos algunas conclusiones generales que pueden servir de punto de partida para continuar el debate.

LIBRO PRIMERO

LA FUNCIÓN DE LA MERCANCÍA EN EL METABOLISMO DEL MERCADO

LIBRO PRIMERO
LA FUNCIÓN DE LA MERCANCÍA
EN EL METABOLISMO DEL MERCADO

Al igual que las células del sistema orgánico, la mercancía, en tanto que célula del mercado, tiene como función la nutrición, la relación y la reproducción. A diferencia de los reinos vegetal y animal, el ser humano es el primer organismo o sistema vivo que conoce su propio funcionamiento y regula su identidad. La conciencia está diseñada para sentir, conocer y disentir, pudiendo a su vez apropiarse funcionalmente de los procesos en los cuales su organismo es parte constitutiva de su propia existencia, no importando el nivel de intelección que tenga de ello. En el metabolismo biológico, los seres humanos han aprendido a lo largo de su ontogénesis y filogénesis, cómo reaccionar automáticamente ante los estímulos del mundo exterior e interior.

A nivel social pasa lo mismo, los organismos sociales se mantienen vivos gracias a múltiples mecanismos adquiridos, entre ellos las relaciones sociales construidas, incluyendo el trabajo, el intercambio y el consumo, el lenguaje o las costumbres cotidianas, la magia, la religión, el arte, la economía y la ciencia. Eso mismo nos pasa con un organismo social como el mercado.

Todos los sistemas están regulados por el metabolismo que le es propio, incluyendo el intercambio entre el orden y el caos, logrando o perdiendo la homeostasis o su equilibrio originario y acusando fracturas metabólicas, reaccionando para adaptarse o recuperar el equilibrio, pereciendo o mutando hacia otro organismo o sistema. En otras palabras, entendiendo el metabolismo de un sistema podemos aclararnos mejor lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer para mantener el equilibrio de un sistema, para transformarlo o para sustituirlo por otro.

A través del metabolismo social la sociedad evoluciona, crece y se desarrolla, relacionando sus órganos internos entre sí, así como con la naturaleza exterior, de la cual se alimenta. En el capitalismo, la riqueza evolucionó bajo diferentes formas, como capital comercial, industrial y bancario, y las relaciones de cooperación como relaciones de competencia y confrontación. Un lugar especial para la sobrevivencia y desarrollo de los organismos bio-psico-sociales, ocupan instituciones u órganos mayores como la *Familia*, el *Mercado*, el *Capital* y el *Estado*, cada uno con su propia función metabólica dentro del sistema en que opera.

El metabolismo del mercado comprende aquellas acciones por medio de las cuales el mercado alimenta su proceso de vida, desde el nacimiento de la primera célula o mercancía, hasta la interconexión entre todas las mercancías y órganos (políticos, económicos y culturales) auxiliares, para recorrer el circuito de la producción, el intercambio, la distribución y el consumo; asimismo, dicho metabolismo incluye aquellos mecanismos para alcanzar su etapa más madura, cuando a través de su evolución logra matrimoniar mercado y capital y entre ambos engullir y digerir materias primas y recursos naturales, fuerza y tiempo de trabajo, a fin de producirse y reproducirse como organismo o sistema social.

La mercancía, célula básica del mercado, es portadora de materia, energía e información, teniendo la función de mediar en las relaciones entre productores, trabajadores y consumidores. En términos generales el metabolismo del mercado se ocupa del intercambio generalizado de mercancías en los ámbitos locales, nacionales e internacionales, así como la metamorfosis que ellas padecen. Las mercancías se identifican por su morfología material o imaginaria y por su funcionalidad para satisfacer necesidades o para intercambiarse a través del dinero por otras mercancías. El precio es la señal invisible que lleva en la frente cada mercancía, pero que todos podemos conocer y transmitir.

Además de la utilidad y el precio, ella contiene la información sobre el costo y la ganancia exigida por el empresario que la produce, así como sus encantos ofrecidos a todos y cada uno de los consumidores que la pretenden.

La función de la mercancía en el mercado capitalista, además de satisfacer necesidades y deseos, es multiplicarse y desencadenar la construcción de tejidos y órganos mercantiles a través del intercambio de valores equivalentes. El metabolismo del mercado, garantizará precisamente la reproducción del mismo en forma ampliada, rompiendo todas las fronteras que puedan existir para el despliegue de sus potencialidades. Como veremos en los siguientes capítulos, cada una de las diferentes formas que adquiere la mercancía tiene su propia funcionalidad, confiriendo a su vez funcionalidad al todo y a su reproducción indefinida.

Capítulo I

BAJO EL REINO DE LA MERCANCÍA

La mercancía se ha convertido en la célula económica primordial del sistema económico, por tanto, el énfasis de este trabajo estará centrado en la fórmula en que opera toda cadena mercantil, el nacimiento de cada uno de sus eslabones, el encadenamiento entre sus funciones respectivas, los acompañantes que la vieron nacer, crecer y desarrollarse; además de los atributos de la fuerza, la astucia y la seducción utilizadas para hechizar al mundo entero. Finalmente, también incluiremos nuestra apreciación sobre la injusticia con la cual reina sobre la tierra, a pesar de su fuerza y sus encantos, hoy imprescindibles para la sobrevivencia del mundo entero.

No nos interesa tanto mostrar la metamorfosis de la mercancía en dinero y capital, en tanto que valores de cambio; proceso bastante explicado por Marx en El Capital, como mostrar el comportamiento fenoménico de la mercancía y de su valor de uso, tal cual aparece connotando la conducta de los individuos en el mercado. Dicho de otra manera, nos interesa explicarnos la relación que tiene la mercancía y el mercado mismo en la enajenación de los individuos, las diferentes clases y demás sujetos sociales, así como sobre la economía y la sociedad en su conjunto. Sobre el valor de cambio hay muchos trabajos que pueden consultarse.[46]

El método y asiento principal de las tesis esgrimidas a lo largo de este capítulo se vinculan con la naturaleza de la mercancía y su funcionamiento en el sistema capitalista, momento en el cual parece adquirir su forma más madura. Empecemos, pues, a explicitar y ampliar eso que llamamos fórmula trinitaria de la mercancía: a) Mercancía-objeto de uso para ser consumida; b) Mercancía-fuerza de trabajo, también para ser consumida, pero en forma productiva y bajo relaciones de explotación; c) Mercancía-capital, hecha para la valorización y reproducción ampliada de la riqueza o del capital. Recordemos, sin embargo, que además del carácter mercantil actual de un objeto o persona, adquirida en una relación social, los mismos existen o se mantienen como bienes de uso, como personas o como medios de producción, tal como existían antes de haber transformado su

46 Cfr: Reinaldo Carcanholo, *Dialéctica de la mercancía y teoría del valor*, Educa, Costa Rica, 1982.

existencia natural en una existencia mercantil y tal como existirán cuando ya no tengan el carácter mercantil que hoy los caracteriza.

1. Origen y naturaleza de la mercancía

En este apartado el lector encontrará lo que llamamos la biografía del mercado, a través del periplo de la mercancía, creadora y criatura de su propio recorrido, desde su nacimiento como bien de uso entre diferentes productores hasta su madurez como mercancía-capital retozando en pleno mercado capitalista; biografía contada en un primer momento como un relato, a fin de familiarizarnos con el tema, acercándonos progresivamente hacia su desarrollo definitivo, a través de las categorías de la economía política, disciplina dedicada a develar sus secretos y a ocultar algunos de sus vicios.

Previamente quisiéramos señalar lo que nosotros hemos llamado, parafraseando a Marx, la fórmula trinitaria de la mercancía.

La fórmula trinitaria de la mercancía

Marx llamó fórmula trinitaria de la economía política a la apreciación que los clásicos tenían sobre el valor de las mercancías, partiendo de lo que ellos llamaban y todavía así se denominan, los factores de la producción, entendiendo por ellos, la tierra, el trabajo y capital, sugiriendo que el valor de las mercancías es producto del agregado de esos tres factores y por lo tanto sus dueños debieran de repartirse la riqueza proporcionalmente. Para los primeros clásicos, particularmente para Adam Smith, el valor de un producto sería el resultado de los diferentes ingresos de los principales agentes de la producción. Al respecto apunta Marx: "*Capital-ganancia (beneficio del empresario más interés); tierra-renta del suelo; trabajo-salario; he aquí la fórmula trinitaria que engloba todos los secretos del proceso social de producción*".[47]

El proceso sucede al revés, no es que el valor proviene de los diferentes ingresos, sino que estos últimos provienen del valor, una vez deducidos los costos y gastos de la producción. Dicho en el lenguaje de la economía liberal, el valor o precio de un producto corresponde al costo de producción (capital y salario) más la ganancia o excedente capturado por el empresario; esta última se reparte entre el propietario del suelo (renta), el propietario del dinero (interés) y las obligaciones con el gobierno (impuestos). Dicho en el lenguaje de la crítica a la economía

47 Carlos Marx, *El Capital*, t.3, capítulo 48, La fórmula trinitaria, op. cit., p. 821.

política burguesa (el marxismo), en el proceso de producción, los trabajadores son los únicos productores de valor, reproduciendo el valor anterior y agregando nuevo valor (plusvalor).[48]

Nosotros, en cambio, vamos a hablar de la fórmula trinitaria de la mercancía para referimos a las tres formas principales que adquiere y aparece la mercancía en el mercado: a) Como un bien-mercancía para satisfacer las necesidades y deseos de las personas (tangibles o intangibles), b) Como mercancía-fuerza de trabajo, asalariada y no asalariada, generadora de valor, c) Como mercancía-capital, proceso este último que garantiza la reproducción ampliada del sistema económico a través de la producción y acumulación de plusvalía. Esto no fue siempre así. Primero las mercancías aparecieron como valores de uso intercambiadas por sus productores que poseían sus propios medios de producción, situación que subsiste hasta nuestros días en los regímenes de producción mercantil simple. Posteriormente, los medios de producción se monopolizaron y funcionaron como mercancías reproductores de mercancías, en la mayoría de los casos como capitales, es decir, medios de producción que se reproducen a través de la explotación del trabajo. A partir de un cierto tiempo, aparecen las personas funcionando como mercancías a tiempo completo (los esclavos) o a tiempo parcial (alquilando su fuerza de trabajo). En todo este recorrido, el intercambio, el comercio y la ganancia, va generando lo que será el equivalente general de las mercancías, el dinero.

Origen histórico de la mercancía

En el origen de los tiempos apareció la mujer y con ella el milagro de la reproducción: un ser humano logró sobrevivir haciendo sobrevivir a otro ser humano,

48 Aunque lo explicaremos más ampliamente en los próximos capítulos y sobre todo en los anexos, quizás sea necesario desde ahora ponernos de acuerdo sobre algunos términos que tienen diferentes significados según las diferentes corrientes de pensamiento. Llamaremos economía liberal a la corriente de pensamiento que analiza los fenómenos económicos desde el punto de vista de la oferta y la demanda. La misma piensa que el mercado no solamente se autorregula, sino que dicha autorregulación genera una armonía y un equilibrio en todo el sistema económico, sosteniendo por lo tanto que no hace falta intervenir en la distribución o redistribución de la riqueza, pues a partir de los intereses particulares se generan los intereses generales. Llamaremos economía política liberal a la corriente de pensamiento que desde los clásicos piensan que es necesario analizar y hasta cierto punto intervenir en la distribución o redistribución de la riqueza. Y llamaremos economía marxista, no solamente a la crítica a la economía política burguesa, sino a las propuestas alternativas al funcionamiento mercantil capitalista. Aunque existe una diferencia entre plustrabajo, plusproducto, plusvalor y plusvalía, en este trabajo los utilizaremos indistintamente, salvo referencia explícita.

a través del trabajo y del lenguaje entre ella y sus hijos. Después llegó la familia, organizada como conjunto de parejas, más o menos promiscuas, o como pareja aislada, produciendo y reproduciendo bienes y personas. A medida que la población crecía debía crecer el trabajo a fin de proveer la sobrevivencia de todos y todas. Comer, beber, cubrirse el cuerpo y guarecerse, los llevó a recolectar agua y frutos, carne y leche, verduras y cereales, construir vestidos y viviendas. El trabajo, individual o en grupo, para aquellos menesteres, se desarrolló como producción de bienes y servicios. Los grupos y familias se multiplicaron sobre la tierra y con ellos la especialización de acuerdo a las condiciones naturales, territoriales y sociales.

La pluralidad y la diferenciación de condiciones, circunstancias y oportunidades generaron la apropiación de los medios de vida y de trabajo ajenos, bajo el control de diferentes grupos y modalidades. Primero fue la apropiación de la mujer, es decir, del ser multiplicador por excelencia, después, cuando la producción permitió alimentar cada vez más bocas, ocurrió la acumulación de excedentes en manos particulares, individuales o colectivas, ocurriendo el acaparamiento de hijos y esclavos. A medida que la civilización avanzaba, es decir, el respeto a la vida de los otros y la producción de utensilios artesanales, la guerra y el pillaje cedían periódicamente al intercambio de bienes que sobraban en una comunidad y eran necesitados por otra. Nacía así la mercancía y el comercio o intercambio mercantil de los bienes y servicios, es decir, bienes y servicios que se venden y se compran, para complementar necesidades, deseos o para enriquecer a quien los posee.

Todo parece indicar que fue la mujer el primer sujeto convertido en objeto, la primera esclava o sierva que se robaban o intercambiaban los varones. Algunos antropólogos, entre ellos Lévi-Strauss, piensan que las relaciones exogámicas y la prohibición del incesto fueron los primeros pasos para que la sociedad pudiera constituirse, es decir, el conjunto de relaciones sociales mediadas por el respeto a la vida del otro[49]. Efectivamente, si en una sociedad patriarcal, es decir, donde la familia está hegemonizada por el principio masculino, las mujeres de las diferentes familias o tribus se intercambiaban, todavía no aparecían como mercancías o comercio de mujeres; después empezarían a tener valor de cambio de acuerdo a las costumbres y caprichos de los varones y todos se prostituyeron sin darse cuenta. Algunas tribus tomaban una mujer por otra, otras tribus más fuertes tomaban las mujeres que quisieran. Desde entonces existe ese rasgo que noso-

49 Claude Lévi Strauss, *Le Regard éloigné*, Plon, Paris, 1984.

tros queremos enfatizar, como es el carácter seductor de las mercancías. En las sociedades patriarcales donde nace nuestra civilización, el productor piensa en lo que necesita o desea el consumidor, regateando en su momento el precio de la mujer-mercancía o de las mercancías-esclavos en general. Quizás pensando en la mujer es que los marginalistas concluyeron que el valor de cambio de las mercancías depende del deseo del consumidor; sin embargo, y como veremos en su momento, no sucede así en un régimen generalizado de producción de mercancías. En todo caso, valga la confusión para recordar el fetichismo o prostitución de la mercancía al querer venderse al mejor postor, sin embargo, aún en este caso, las diferencias de precio no expresarán otra cosa que una oscilación promedio que gira alrededor del valor, donde interviene, el costo de producción más la ganancia del rufián o de la comunidad de varones, de acuerdo a un precio de competencia o de monopolio.

En las relaciones prostituidas y fetichizadas de la mujer dentro del orden patriarcal y por el cual el varón se prostituye o mercantiliza igualmente, aunque no tenga conciencia de ello, encontraremos muchos rastros que caracterizan a la producción, distribución, consumo y reproducción de las mercancías, desde la mercancía para uso personal hasta la mercancía-dinero cuyo uso es servir de intercambio o sinapsis entre todas las mercancías que circulan en el mercado; asimismo, encontramos ese estado maduro donde las mercancías convertidas en mercancía-dinero funcional como dinero-capital engendrando todo el proceso de reproducción ampliada de esa gigantesca fábrica de mercancías en la que se ha convertido la sociedad, proceso que arrastra a la propia familia y a todas las instituciones públicas a producir y reproducir mercancías hasta el infinito. Como sabemos, con la familia monogámica patriarcal llega la propiedad privada y la división del trabajo entre unidades particulares, conviviendo con agregados sociales cada vez mayores. No exageraríamos si dijéramos que el tejido mercantil o la mercantilización de la economía y la sociedad crean, como lo hace la araña con su saliva, todo ese conjunto de redes que conforman la sociedad[50].

Los excedentes estimularon el intercambio comercial y éste estimulaba la producción, agenciándose todos para inventar y utilizar el dinero o equivalente general de todas las mercancías. La moneda facilitaba el acaparamiento como atesoramiento y éste engendraba el capital o medio para administrar y usufructuar el trabajo ajeno, como préstamo usurero, como adelanto comercial, como aparato productivo o medio de producción. Es así como el mercado facilita el nacimiento

50 Cfr: M.I. Finley, *La economía de la antigüedad*, FCE, México, 1986.

del capital y entre ambos desarrollan lo que será el mercado capitalista, donde las mercancías se intercambian de acuerdo a magnitudes expresadas en precios relativos. La mercancía engendra al mercado, el mercado engendrará al comercio y al comerciante, al capital y al capitalista, y con ellos y entre todos ellos, el crecimiento y las desigualdades sociales. Proceso que permite sugerir que querer eliminar el fruto más maduro del mercado, es decir, el capital, implica también eliminar la semilla que lo engendró; de lo contrario seguiremos como Sísifo terminando una tarea cuyo cometido será volver empezar de nuevo hasta la consumación de los siglos.

Con el mercado estamos ya en plena civilización. La civitas o ciudad aparece como el lugar donde se encuentran las mercancías portadas por los comerciantes, artesanos, instituciones públicas y poderes centralizados que aceleradamente se van convirtiendo en Estado o aparatos reguladores de la sociedad, rectores de la convivencia y sancionadores del orden establecido. El Estado, igual que toda relación de poder, aparece no solamente como regulador cívico-político, evitando que la guerra o los levantamientos populares destrozaran las ciudades, sino como regulador del orden económico, organizando y sancionando las reglas del acopio, el comercio, la beneficencia o la acuñación de la moneda, los privilegios adquiridos, como la esclavitud o la propiedad privada. Desde su inicio el mercado funciona como un sistema de vasos comunicantes donde las mercancías y sus precios mantienen un mismo nivel de acuerdo al tiempo de trabajo utilizado para producirlas, llevando y trayendo bienes donde se necesitan, orientando el lugar donde se demandan y avisando cuando las necesidades y deseos hayan sido colmados, a fin de que la sociedad regule el tiempo y destino del trabajo. Al mismo tiempo, el mercado, al sancionar junto al Estado, el orden económico, sanciona la fuerza, la astucia o la suerte, que unos individuos, grupos, clases, asentamientos humanos o países, adquieren a través del intercambio. Junto a la propiedad privada y el capital, el mercado instituirá una de sus leyes más logradas, como es la remuneración diferenciada donde siendo todos iguales, unos serán más iguales que otros. En este momento, el mercado no solamente funciona como vaso comunicante, sino como válvula para retener cuotas de ganancia en los diferentes estratos comunicados.[51]

Llegamos así, como envueltos en una alfombra mágica, a los tiempos modernos donde todo parece existir en forma natural y ahistórica, por lo tanto sin origen ni

51 La ley de la remuneración diferenciada se explicará más ampliamente en el último capítulo del libro cuarto.

final. Sin embargo, todo este proceso tiene una genealogía, un impulso transformador y un destino diferente a los aparentemente concebidos.

El mercado, tal como existe ahora, el mercado capitalista realmente existente, es el conjunto de relaciones de intercambio de mercancías, a precios o expresiones en dinero del valor de cada una de ellas, no importando el lugar, el momento, la magnitud o la forma en que cada una de ellas se presente: como bienes, servicios, fuerza de trabajo o capital, etc. Mercancías que están destinadas a satisfacer necesidades y deseos, pero sobre todo, el afán de lucro para mayor gloria de una acumulación indefinida.

En la sociedad existen otras formas de intercambio, otras formas de producción, repartición y distribución, no necesariamente mediadas por relaciones mercantiles, como puede ser el intercambio de bienes y servicios al interior de una familia, la producción para el autoconsumo, la distribución o el usufructo de los bienes públicos, las competencias deportivas o el más viejo de los intercambios, como es el lenguaje, donde las personas intercambian palabras, símbolos o gestos llenos de sentido; podríamos incluso agregar el amor o la amistad, el odio o la enemistad, donde se intercambian emociones agradables o desagradables. El mercado ha llegado a ser y conformar, igual que el lenguaje, todo un entramado de relaciones por medio de las cuales millones de gentes se relacionan como si una mano invisible las guiara sin ni siquiera darse cuenta. En la sociedad capitalista, es decir, en la sociedad hegemonizada por el capital, el intercambio desarrollado bajo relaciones de competencia se lleva a cabo no solamente entre capitales o entre el capital y el trabajo, sino también entre trabajadores, entre el hombre y la mujer, entre la ciudad y el campo, entre unos países y otros, etc. El mercado es un tejido social que convertido en organismo social y económico supremo, sirve de pedestal para los diferentes tipos de intercambio que conforman y caracterizan al sistema capitalista de producción, reproducción, repartición y distribución; anatomía y sistema nervioso donde los productores y consumidores cooperan y compiten, sin conocerse unos a otros, como si todos fueran orientados por un cerebro mágico que todo lo regula. Frente al mercado todos y todas nos sentimos a gusto, pues no tenemos que hacer ningún esfuerzo para organizarnos. Frente al mercado todos nos sentimos bien, pues nos sentimos iguales. Frente al mercado, como frente a Dios o frente a la ley, todos somos iguales, rezan las religiones, la sociedad civil y reza la religión del mercado. La mano invisible del mercado es además una mano bendita que a todos cobija con igual distinción, pues basta entregar una limosna y pagar el precio de la reliquia para que cualquiera de las mercancías exhibidas en el altar de los escaparates pueda ser nuestra; en el

mundo del mercado todo es milagroso, siempre y cuando cumplas con sus mandamientos, aceptando el valor que tienen sus encarnaciones.

Como sabemos, desde hace unos cuantos siglos, los economistas del orden establecido no dejan de repetirnos que existe una mano invisible que regula el mercado para el bien de todos, refiriéndose al invisible movimiento de la oferta y la demanda que según ellos regula los precios de mercado, particularmente del mercado capitalista, de la mejor manera para la sociedad. La verdad es que esa mano invisible no es más que un conjunto de relaciones o transacciones entre personas, mediado por relaciones de compra-venta de cosas y orientadas por las necesidades, los deseos y el lucro. Cuando esas transacciones mercantiles tenían como objeto intercambiar personas, como en el tiempo de la esclavitud o como se hace en nuestros tiempos con la trata de mujeres y niños, es mucho más fácil observar la abyección del mercado y de los mercados, no así cuando el intercambio aparece inocentemente como una necesidad prácticamente imprescindible mientras no encontremos otra forma de relacionarnos unos y otros.

A pesar de su invisibilidad, esa red de relaciones mercantiles ejerce un mandato sobre productores y consumidores en general, el que obliga a un comportamiento determinado, movimiento que refleja las reglas del mercado y de su mercancía más estratégica, como es la mercancía-capital. Marx nos ofreció la teoría de la explotación a través de su obra *El Capital o Crítica a la Economía Política*, en donde el funcionamiento del capital no se entiende sin el andamiaje del mercado, pero en aquella magna obra, el mercado no alcanzó la celebridad que ha alcanzado el capital, a pesar de que el capital es un subconjunto del mercado, una relación mercantil o de compra-venta donde se intercambia salario por tiempo de trabajo, es decir, una actividad del mercado que explica la explotación, como lo veremos más adelante.[52] Quizás a ello se deba que el término de mercado siga usufructuando una inocente identidad sobre la que cabalgan el pensamiento económico y el sistema capitalista mismo. La pretensión de este trabajo es, precisamente, analizar el funcionamiento de aquella mano invisible, reconocer el funcionamiento de sus reglas y visibilizar la fuerza que la regula, independientemente de que existan relaciones salariales o capitalistas de producción. Recordemos que en los países periféricos, por un lado, el nivel de proletarización es muy bajo, mientras que, por otro lado, tales economías están inmersas en un comercio internacional altamente desfavorable, de tal manera que interesas

52 El capital se percibe como proceso de producción, mediado por una relación social de explotación, mientras que el mercado es percibido como el ámbito de realización de las mercancías.

de sobremanera conocer los mecanismos comerciales del capital. Detrás de cada régimen político, por muy democrático que sea, se encuentra el brazo del capital y detrás de este brazo se encuentra el cuerpo del mercado, donde la misma libertad de comprar, vender, producir o consumir, esconde los más invisibles condicionamientos y la más ingrata de las desigualdades. Hoy en día, la democracia política misma, está siendo desplazada por lo que los fundamentalistas del mercado llaman la democracia del mercado, pero donde el capital guarda la llave para ajustar periódicamente la regulación a favor de sus intereses.

Si a nivel social el mercado facilita la cohesión del orden establecido, el intercambio de mercancías etiquetadas con un precio o suma de dinero que expresa el valor del producto, procura al mismo tiempo el equilibrio económico requerido para que el entramado de relaciones mercantiles funcione sin sobresaltos. Si por alguna razón alguien quiere fijar los precios de acuerdo a magnitudes relativas diferentes al valor de las mercancías o de acuerdo a otros criterios, el mercado mostrará su inconformidad desequilibrando en mayor o menor medida los mecanismos que hacen posible la reproducción del sistema económico, generando escaseces, mercados paralelos, bajas de productividad, crisis financieras, guerras económicas, paros industriales y desempleo masivo, etc. Esto lo saben los capitalistas, cuando alteran artificialmente los precios de alguna mercancía o del dinero en busca de una sobreganancia y lo saben los socialistas cuando fijan los precios de acuerdo a criterios políticos en busca de una redistribución bajo criterios sociales.

Y lo que pasa con los precios pasa con el resto de rasgos de la mercancía; si alguien, por ejemplo, quiere limitar la pluralidad de las mercancías, imponiendo que una necesidad o un deseo debe satisfacerse con una única mercancía, tendrá que hacer mucha publicidad o recurrir a trucos para hacerlo posible.

El mercado no solamente es la pista por donde transitan las mercancías, lugar o momento donde se llevan a cabo las miles o millones de transacciones, incluso sin necesidad de que las mercancías cambien de lugar o que se encuentren físicamente compradores y vendedores, como cuando se vende una casa sin que la misma se mueva de lugar o cuando el intercambio de casa por dinero se hace por medio de un banco que respalda aquella transacción de compradores y vendedores anónimos que ni siquiera se conocen. El mercado es, además, la garantía para que las mercancías se regulen por precios que, a pesar de sus oscilaciones, expresan y mantienen el equilibrio del sistema. El mercado capitalista es, asimismo, el ámbito donde se realiza la plusvalía o excedente generado por el trabajo explotado, encargado a su vez de recoger la plusvalía y regresarla a

los empresarios para que la repartan y la vuelvan a emplear en la reproducción ampliada del sistema económico. Sin la realización o venta final de las mercancías, el capital, cual avión que lleva a todos los pasajeros, puede despegar, pero no aterrizar, es decir, no podrá haber cumplido todo su recorrido y llegar hasta su destino final.

En el mercado capitalista las mercancías se cambian de acuerdo al tiempo de trabajo encarnado en cada una de ellas y expresado en dinero, regulando a través de los precios o expresión monetaria del valor, el alineamiento del intercambio de bienes y servicios, la fuerza de trabajo, las divisas, los capitales o la tasa de rendimiento de los mismos. El precio o expresión en dinero del valor de las mercancías, regula toda la economía mercantil y capitalista, tanto a nivel local, como a nivel nacional e internacional. Fuera de esta autorregulación y sin desprenderse de ella, se necesitaría de una planificación nada fácil de lograr para saber los costos de producción de cada una de las miles de mercancías que circulan en la economía, es decir, un gigantesco aparato de contabilidad que nos diga además cuánto valor medido en precios de mercado podemos o debemos dedicar a la defensa, la infraestructura, los gastos sociales, el fondo de reproducción ampliada de la economía, el tiempo de trabajo dedicado al estudio o al ocio, etc. Hoy en día, esta operación es cada vez más factible, debido a la tecnología de la informática, como lo muestra la planificación de las grandes empresas, con economías tan grandes o más que las de muchos países.

El mercado es un mecanismo que asigna y distribuye recursos de acuerdo a sus propias leyes y en forma automática, a través del mecanismo de los precios. El mercado nos dice qué mercancía, cuánta mercancía y en qué lugar se necesita, cuánta fuerza de trabajo, a qué precio y qué nivel tecnológico se necesita para competir. El mercado capitalista, además, se encarga de distribuir la plusvalía o plus-trabajo entre terratenientes (renta de la tierra), comerciantes (ganancia comercial), industriales (beneficio) y sector financiero (intereses). Y es el mercado quien nos dice qué mercancía se necesita y qué mercancía está sobrando, de acuerdo a la mayor o menor demanda solvente u oferta sin compradores. Asimismo, el mercado sirve para asignar los recursos que la producción necesita y en qué lugar pueden llevarse a cabo, de acuerdo a los montos y precios involucrados en cada uno de los insumos y de la fuerza de trabajo. Igualmente, el mercado, a través del dinero, decide el monto de divisas que la economía necesita para comprar los insumos o las mercancías que no se producen en el país. El mercado también decide el dinero en circulación que necesita una economía, de acuerdo a la cantidad de mercancías que circulan en ella.

Finalmente, el mercado sirve para regular el costo y precio de la mercancía fuerza de trabajo. El precio del salario o del ingreso de los trabajadores dependerá, a su vez del costo de la canasta básica, del nivel de vida admitido en la sociedad para los trabajadores, así como de la correlación de fuerzas de los trabajadores en el mercado laboral. Pero el mercado no es solamente eso. El mercado es una sociedad donde toda transacción, toda compra-venta, se realiza a través del dinero. El dinero en tanto mercancía que funciona como mercancía general o equivalente universal de todas las mercancías, circula en el mercado facilitando el intercambio, sirviendo como medio de pago, como medio de cambio, como crédito, como forma de posesión de riqueza y como instrumento contable. Con el dinero se compra lo que se quiere: bienes de primera necesidad o diversiones varias. Sin circulación del dinero toda la sociedad se paralizaría de un día para otro, salvo que las relaciones sociales funcionen bajo las reglas de la cooperación o la solidaridad, como pasa al interior de las familias o como pasa con aquellos servicios desmercantilizados como una carretera o un servicio hospitalario, ahí donde la salud es gratuita.

Al igual que el Estado y la familia, el mercado tiene funciones de orden social. Más aún, la sociedad, a diferencia de la comunidad, se rige por contratos basados en la confianza entre compradores y vendedores, así como en las leyes del Estado. En este sentido, el mercado es la anatomía y la fisiología de la sociedad civil, donde el orden transcurre por consenso y automáticamente entre sus miembros. Junto a las demás instituciones de orden cívico, el orden mercantil es la base del orden social, teniendo un papel preponderante en el funcionamiento de la economía y de los actores económicos (vendedores y consumidores).

Y en todas estas transacciones intervienen desde los bancos hasta la gente común. En el mercado todos saben contar el dinero, hacer cuentas en sus negocios o en la administración del hogar, aún la gente que no sabe leer ni escribir. En la escuela del mercado todos aprendemos, sin maestro alguno, la aritmética, el álgebra y la geometría que pone números a todo el proceso que recorre y debe recorrer la mercancía. Para hacer cuentas en el mercado, todos estamos habilitados, todos hemos sido alfabetizados, civilizados y moralizados.

El mercado es como un mecanismo de relojería que uno observa bajo la imagen de la igualdad, donde todos compran a igual precio un sinnúmero de mercancías, ricos y pobres, blancos y negros, niños y adultos; lo mismo pasa con los vendedores, todos venden a precios similares y se sienten en frecuencia fraternal. Además, en el mercado todos son consumidores y vendedores a la vez. A

todos ellos el producto les llega terminado, para consumirlo o para producir otros productos, sin que nadie sospeche las penas y vicisitudes en general que ese producto ha tenido que pasar para llegar a nuestras manos. Tomemos como ejemplo, una libra de azúcar. Nadie puede imaginarse siquiera las miles de operaciones que hicieron posible que el azúcar llegara desde el cañaveral, donde la caña es cortada por miles de trabajadores remunerados igualitariamente, pesada con la misma pesa, transportada al ingenio donde trabajan miles de trabajadores igualmente remunerados, introducida en los engranajes de la fábrica, física y químicamente tratada por máquinas igualmente producidas por miles de trabajadores en los lugares más apartados unos de otros, tratada, almacenada, transportada a miles de kilómetros de distancia, empaquetada en bolsas de una libra hasta llegar al supermercado donde todos pueden acceder a ella. Detrás de todo este engranaje se esconde sin embargo, la repartición del producto de acuerdo a otras tantas decisiones sobre costos de producción y publicidad, repartición de las ganancias entre beneficios, intereses, rentas, dividendos, impuestos, etc. En ese mecanismo metabólico de múltiples tentáculos se esconde el secreto por medio del cual unos apenas sobreviven y otros ganan millones de dólares en cada ciclo productivo. El lector preguntará, ¿en qué quedamos, o el mercado se rige por valores equivalentes y a todos nos trata igual y pagamos el mismo precio de las mercancías, o es un mecanismo que nos trata en forma desigual donde unos ganan y otros pierden? La respuesta, como veremos en su momento, es que las dos cosas son ciertas, pues el mercado se rige por reglas contradictorias: es una plataforma de competencia y crecimiento con iguales oportunidades formales para todos, pero a la vez es el pedestal invisible donde se gestan las desigualdades sociales.

Pero el mercado no es solamente un regulador de su propio funcionamiento, en función del crecimiento, sino que encierra mecanismos que generan desigualdad y malestares que es necesario conocer y explicitar.

Si la ética es un conjunto de principios encarnados en una práctica social que rige nuestra conducta individual, bien podemos afirmar que en el mundo del mercado capitalista, la ética realmente existente es la ética del capital, ejercida a través del dinero. Efectivamente, en el mundo del intercambio mercantil, el deseo de adquirir dinero se ha vuelto una necesidad que voluntariamente todos aceptan, padecen y practican. Lo necesita el padre de familia, más frecuentemente la madre, que quiere dar de comer a su hijo, vestirlo o llevarlo a la escuela, el político que quiere ganar una elección, el empresario para saciar su afán de lucro, el ciudadano que quiere entregar una limosna y el limosnero que la necesita o el presidente de los

Estados Unidos para adquirir armas e invadir el territorio de un pueblo lejano. Sin dinero nada ni nadie pueden sobrevivir, y aunque es el trabajo quien lo genera, lo hace mediado por las reglas mercantiles impuestas por el capital. En el mercado batallan y perecen desde las naciones que permanentemente buscan como favorecer a sus capitales nacionales, hasta las empresas que en cada crisis sucumben a la concentración y centralización del mercado capitalista mundial; más tarda la recesión en recuperarse que una nueva en formarse. Asimismo, contra el mercado se estrellan desde la más desinteresada actitud franciscana, hasta la más intencionada beneficencia individual, desde la más generosa cooperación internacional hasta la más cuidadosa y planificada política económica socialista; más tarda el dinero en distribuirse altruistamente que el mercado en redistribuirlo, más temprano que tarde, de acuerdo a sus reglas; todo pasa como la gota de agua que se vierte en una pendiente y veremos rodar en forma descendente por la simple ley de la gravedad.

A través de las frías reglas del intercambio monetario se compran y se venden fantasías e ilusiones, verdades y mentiras, justicia e injusticia, vicios y diversiones, la guerra y la paz; ellas explican la drogadicción y el alcoholismo. Una vez que la rueda del casino mercantil empieza a girar, todo pareciese depender de la suerte o el azar, sin darnos cuenta de nuestra enajenación, es decir, ese estado por el cual las cosas creadas por nosotros llegan a dominarnos. Eso que parece y aparece como un simple, inocente y útil intercambio de valores equivalentes, es lo que genera la bancarrota de las empresas y los bancos, la miseria y la desertificación de los bosques, el despilfarro de la energía, la concentración de la riqueza y de la pobreza, las crisis financieras y sus nefastos efectos sobre la humanidad entera. A falta de un acuerdo consciente entre los ciudadanos, el mercado contribuye a organizar las relaciones económicas entre las personas.

No podemos decir que todas estas cosas no se puedan hacer sin el mercado, pues cada día se planifica más, como lo veremos cuando hablemos de la regulación, tanto capitalista como socialista: planifica el ama de casa, el asalariado y el campesino, planifican los bancos y los gobiernos; sin embargo, el mercado es también el lugar donde se lleva a cabo la lucha entre la regulación y la desregulación, así como el sentido, las orientaciones y los intereses de cada uno de los que participan en la competencia.

Existe el mercado de mercancías, pero la naturaleza imperante del capitalismo monopólico o imperialismo reside en el mercado de valores, los que a pesar de ser mercancías como el mismo dinero, también aparecen como apuesta expues-

ta al azar de la especulación. Ambos son regulados por las bolsas y bancos centrales, a la cabeza de los cuales se encuentra el poderoso Banco Internacional de Pagos (BPI o BIS), banco central de los más poderosos bancos centrales de las grandes potencias.

A pesar de todo lo que hemos dicho, ni las mercancías, ni el capital ni el mercado, ni el capitalismo, son eternamente imprescindibles. El día que las personas regulen sus relaciones económicas de acuerdo a un plan o de acuerdo a un consenso, cuando la abundancia y la solidaridad sean una realidad, el mercado se retirará al museo de la historia. Efectivamente, la única cosa que puede acabar con las mercancías es la abundancia de mercancías, tantos bienes que nadie pueda o necesite mercadearlos para enriquecerse o consumirlos, como el aire que respiramos. Sin embargo, la humanidad y sus individuos de carne y hueso, mantienen permanentes esfuerzos para evitar la mercantilización de sus vidas. Todavía nos amamos sin pagar nada a cambio por el amor que mutuamente consumimos, desafiando el mundo del mercado que nos conmina a prostituir el amor, a comprarnos y vendernos como si fuéramos una más de sus mercancías. Como veremos en los próximos capítulos, la desmercantilización de la vida sigue siendo una batalla tan permanente como la mercantilización de la vida. Pero no nos adelantemos demasiado, pues todavía nos hace falta terminar de describir el paraíso en que nacen y retozan las mercancías, arrastrándonos hacia ellas como nos arrastramos al amor más desenfrenado; igualmente, nos hace falta describir el infierno en que las mismas nos arrastran hacia la muerte que desencadenan esas mercancías bélicas armadas hasta los dientes.

En la genealogía, biografía o recorrido que hicimos del mercado, desde su nacimiento hasta su mayor nivel de madurez, al transmutarse en mercancía-capital, no tiene que olvidarse que este mismo periplo, una vez desencadenado, se repite cíclicamente, como se repite el recorrido de la vida en cada generación.

La mercancía, el mercado y el capital

Volviendo un poco atrás de nuestro relato vamos a hablar de la relación entre las mercancías, el mercado y el capital, puesto que a pesar de todo lo que hemos dicho de la mercancía, una vez que el sistema se convierte en un sistema de mercado, la misma necesita un engranaje donde su fórmula trinitaria pueda circular a través de una red mercantil cuyo punto de partida y de llegada será el capital.

Al inicio era difícil guardar los bienes de uso, aunque los poderes establecidos utilizaron graneros para guardar granos o estancias para guardar ganado o escla-

vos. Los que almacenaban granos, ganado o esclavos eran personas poderosas, como los reyes, sacerdotes o personajes llamados los ricos del pueblo; gente que por la fuerza u otro privilegio se apropiaba del trabajo ajeno. Así comenzó la riqueza o almacenamiento de bienes y personas. En esos tiempos, la riqueza se consumía improductivamente, pues servía para mantener el poder o el lujo de los poderosos. Al principio algunos jefes de tribus o reyes se ocuparon de emplear la riqueza o bienes atesorados para ejecutar obras productivas, como represas o graneros comunales para enfrentar los tiempos de sequía. Otras veces utilizaban la riqueza para fortalecer el poder, como pirámides, templos o monumentos religiosos.

Con el desarrollo del mercado (usura y comercio) o intercambio de mercancías, apareció el dinero o equivalente general de cualquier mercancía. En cuanto a su forma, el dinero es un objeto que facilita el intercambio, pudiendo ser una semilla de cacao, el ganado o los esclavos en las economías esclavistas donde el ser humano, trabajador o mujer esclava, devinieron mercancías para ser usadas o intercambiadas por otras mercancías o por dinero. Andando el tiempo, las comunidades encontraron un producto que facilitaba mucho más que cualquier otro el funcionamiento del dinero, como fue la moneda de bronce, plata u oro, pues no se desgastaba tanto como la semilla de cacao, podía fraccionarse más fácilmente que otras, adjudicándosele un peso específico, pero sobre todo podía atesorarse, es decir, guardarse o almacenarse. La moneda o el dinero propiamente dicho facilitaron el atesoramiento y estimularon el comercio, así como la aparición del capital, es decir, el aumento o reproducción de la riqueza. La moneda suele ser una mercancía que tiende a ser duradera, transportable, divisible, homogénea y de oferta limitada.

Una de las primeras formas del capital, reseñadas por el pensamiento económico, fue el capital usurario, donde el dinero se reproduce a través del préstamo con intereses; otra forma originaria de capital fue el capital comercial o aumento de la riqueza a través del comercio. Pero las necesidades del transporte y del comercio limitaban la producción y reproducción del capital. No es sino cuando el transporte acorta las distancias que el comercio se desarrolla, al mismo tiempo que la producción en función del comercio.

Antes de continuar quisiera introducir una breve disquisición sobre las diferentes formas en que aparece el capital, incorporando otras formas de capital, diferentes a las que suele referirse el pensamiento económico. En primer lugar, hay que aclarar que para la economía en boga, el capital es entendido como medio de

producción generador de valor; sin embargo, para la economía política, particularmente para el marxismo, el capital es entendido como un bien que se valoriza, pero a través de una particular relación social, concretamente y sobre todo en el sistema capitalista, como relación social de explotación.

Vamos a detenernos un poco para definir el capital y las diferentes variantes que el mismo adquiere o ha adquirido a lo largo de su historia, dilucidación que nos servirá a la hora de analizar la posibilidad de la desaparición, tanto del capital como del mercado. El capital consiste en medios de producción operados a través de una relación social donde el propietario de los mismos, privado o público, se apropia del trabajo ajeno, proceso que se conoce como explotación de los trabajadores. El capital, entendido como proceso social de explotación o apropiación del trabajo ajeno, se desarrolla de la siguiente manera: el trabajador produce una parte del valor destinado a la subsistencia y otra parte, llamada plusvalor, para entregársela al dueño de los medios de producción o a quien tiene el poder para arrebatarle el sobretrabajo.

En la historia de la economía y por ende del pensamiento económico se registran dos tipos de capital, previos al capital industrial o productivo, a saber: a) El capital comercial, donde la apropiación del trabajo ajeno o sobretrabajo se lleva a cabo a través del comercio, b) El capital usurario, donde la apropiación del trabajo ajeno o sobretrabajo se lleva a cabo a través del crédito monetario. Nosotros vamos a introducir otros cuatro tipos de capital, a saber: c) El capital esclavista, cuando la apropiación del trabajo ajeno o sobretrabajo se lleva a cabo a través de la propiedad privada del trabajador por parte de quien posee el capital o la fuerza en tanto que mecanismo de apropiación, d) El capital señorial, cuando la apropiación del trabajo ajeno o sobretrabajo se lleva a cabo a través de un régimen de servidumbre, donde el trabajador destina ciertos días de la semana para su subsistencia y el resto a entregar un sobretrabajo al señor, feudal, hacendado o poseedor de cualquier otra autoridad con la capacidad para la apropiación del trabajo ajeno, como puede ser una iglesia que controla la ideología religiosa o los técnicos que controlan la tecnología de servicio público, e) El capital tributario, cuando la apropiación del trabajo ajeno es ejecutado por y en beneficio de una clase política, técnica o económica, amparada por el control de los medios de producción o del poder expropiador, extrayendo el plustrabajo a través del pago de un tributo o sobrevalor, el que puede ser en especie, en trabajo o en dinero. El capital tributario lo podemos encontrar en los modos de producción asiático o tributario propiamente tales, como el cacicazgo precolombino, o lo podemos encontrar en la época contemporánea ya sea en los rescates bancarios del capi-

talismo financiero, pagado con los impuestos, dinero o sobretrabajo de los contribuyentes, o por la administración pública de una clase política o tecnócrata del sobretrabajo en el socialismo estatista. f) Finalmente, deberíamos agregar el llamado capital vegetativo, como los bosques o pastos naturales, el ganado de diferentes especies, así como algunos cultivos, todos ellos reproducidos en gran parte sin el concurso del trabajo, aunque sea el trabajo, en última instancia quien lo mercantilice y capitalice.

A lo largo del trabajo distinguiremos siempre el capital entendido como riqueza material, a la manera en que lo hacen los liberales, del capital entendido como riqueza social, es decir, como relación social de explotación, aporte que hiciera Carlos Marx, al develar el secreto de la explotación o creación y apropiación de plusvalía.

Dentro del sistema esclavista o incluso durante algunos períodos excepcionales y tempranos del sistema capitalista (negreros estadounidenses), los esclavos varones y las esclavas mujeres, aparecen como una de las primeras mercancías que dieron origen al capital esclavista, pues se producían, se compraban y se vendían, aunque también se cazaban Como señalamos anteriormente, hablamos de capital esclavista porque los esclavos son trabajadores que pueden aumentar la riqueza material de su poseedor. Claro está que al inicio los esclavos se adquirían a través de las guerras y no a través del comercio o mercado de esclavos; asimismo, los esclavos se utilizaban para producir objetos no productivos o improductivos, como usos domésticos, objetos de lujuria, monumentos, templos, o incluso como hombres-guerreros, pero con el desarrollo del comercio y la producción agrícola o artesanal, comenzaron a ser utilizados como objetos y medios de trabajo, al igual que la tierra y los bueyes.[53]

Con la desaparición de la esclavitud y la servidumbre, el trabajador dejó de ser una mercancía que se compraba y se vendía, perteneciendo a su dueño a tiempo completo. Una vez libre, el trabajador pasó a alquilarse a tiempo parcial, momento en que su fuerza de trabajo se convirtió en mercancía. Esta mercantilización del trabajo requería por supuesto que además el trabajador estuviera libre de cualquier compromiso como trabajador de autoconsumo, es decir, que estuviera despojado de cualquier medio de producción que lo atara a un trabajo propio.

Cuando los esclavistas, señores feudales o encomenderos, ponían a trabajar a sus trabajadores para vender lo que producían, se convertían en comerciantes

53 Cfr: P. Petit, *El modo de producción esclavista*, Akal, España, 1978.

o capitalistas primitivos. Los esclavistas o señores pueden ser comerciantes de esclavos, comerciantes de oro o de ganado generado por sus esclavos o siervos, pero también pueden ser capitalistas con mano de obra esclava o servil, siempre y cuando administren o estén a cargo de una unidad productiva, como fue el caso de los capitalistas-esclavistas dueños de plantaciones de algodón en los primeros tiempos de las provincias europeas que formaron posteriormente la Unión Americana. En las provincias españolas, se llamó encomenderos y no capitalistas a quienes administraban mano de obra servil al servicio de la Corona española.

El capital como mercancía reproductora de mercancías

Además de aquellas formas pre-capitalistas de intercambio, donde el comercio funcionaba como locomotora de la producción, pasamos a un proceso generalizado de producción de mercancías, donde el capital industrial toma la delantera y subordina las relaciones comerciales. En el modo de producción capitalista, el capital es una de las formas que adquiere la mercancía. Una forma que sirve para producir y reproducir mercancías, llegando a ser la mercancía más preciada, la mercancía de las mercancías. Esta mercancía especial, el capital, funciona como un medio de producción destinado a crear y multiplicar mercancías.

Se utiliza el término de capitalista al propietario de los medios de producción encargado de producir mercancías a través de la apropiación de trabajo ajeno, ya sea bajo forma asalariada o bajo otras formas. En el modo de producción industrial o capitalista la fórmula trinitaria de la mercancía funciona plenamente (bienes de consumo, fuerza de trabajo y medios de producción), bajo la coordinación de los capitalistas o dueños del excedente (renta del suelo, interés del dinero, beneficio del empresario), contratando trabajadores libres, los que pueden ser asalariados (explotación directa) o autónomos (productor-trabajador), pero mercantilizados (explotación indirecta). En este tipo de capital, el capitalista o dueño del capital, organiza el proceso de producción del trabajo necesario y del sobretrabajo o plusvalía, motivado por el lucro y en función del crecimiento o acumulación, a través de un ciclo ininterrumpido de re-inversión de una parte significativa del excedente previamente expropiado a la clase trabajadora; excedente que tiene que realizarse-venderse en el mercado. El sistema capitalista o proceso generalizado de mercancías, supone un determinado modo de producción caracterizado por la propiedad privada de los medios de producción, un capital productivo o relación social de explotación, un mercado o intercambio de mercancías y un Estado o relación social de dominación, en función de los intereses de los capitalistas.

Puede existir mercado o intercambio de mercancías complementarias, a través del trueque o a través del dinero, es decir, un intercambio donde todos salen ganando, al intercambiar Mercancía (M) por Mercancía (M), bajo la fórmula M-M; o mercancía (M) por dinero (D) para comprar otra mercancía, bajo la fórmula M-D-M. Es lo que pasa al interior de una economía de reproducción simple o estado estacionario de la economía. Por otro lado, pueden existir personas que se enriquecen comprando a un precio por debajo del costo de producción y vendiendo el producto total generado por los trabajadores, a un precio mayor, enriqueciéndose así, en cuyo caso hablamos de ricos comerciantes. Esta riqueza puede servir para almacenarse, para atesorarse o para consumirse en bienes no necesariamente productivos, pirámides, catedrales o bienes de lujo; pero también puede dedicarse a seguirse intercambiando permanentemente, con el objetivo de producir más riqueza, en cuyo caso hablamos de comerciantes administrando un capital comercial o industriales y hacendados administrando un capital productivo, agrícola o industrial propiamente dicho.

Llamamos, pues, capitalista al agente económico del capital que administra una unidad productiva destinada a vender los bienes que produce como mercancías, no importa si la hace producir con esclavos o trabajadores libres. Igualmente, un capitalista puede contratar trabajadores libres que trabajan por un salario, en cuyo caso estamos hablando no solamente de capitalistas, sino de relaciones salariales o capitalistas de producción. En otras palabras, puede haber capitalistas bajo relaciones no salariales o bajo relaciones salariales.

El capitalista pleno debe ser un empresario libre que no está al servicio de nadie, más que del mercado o del capital y cuando sus trabajadores también son libres para vender su fuerza de trabajo por un salario o su equivalente, en especie o en dinero. Entre el dueño del capital-dinero y el trabajador se establece una relación de intercambio, donde uno entrega dinero o alimentación y el otro entrega su fuerza de trabajo por un tiempo determinado. El resultado es que el propietario-empresario compra o alquila fuerza de trabajo pagando un precio (salario) equivalente a la subsistencia del trabajador (canasta básica), mientras que el trabajador entrega un producto mayor que su costo de producción. Como explicaremos más adelante, el producto generado por el trabajador repone su salario, la amortización de capital y además un excedente que se convertirá en la ganancia del empresario.

En el capitalismo, el proceso mercantil del capital es de sobra conocido. El ciclo empieza con Dinero (D), con el cual se compran dos tipos de mercancías (Ms),

desdobladas así [Medios de Producción (MP) + Fuerza de Trabajo (FT)], se producen más mercancías que las que se utilizaron para producir, las mismas se venden y se obtiene Dinero incrementado (D´), es decir, más dinero que el que se invirtió. Sintetizando, la fórmula aparece como D-M-D´, es decir, todo el ciclo o circuito comienza con una suma de dinero y termina con una suma mayor que el dinero adelantado. Aprovechamos para decir que aquí todo este proceso es parte de lo que llamamos mercado capitalista en sentido amplio, aunque el mismo aparece en dos momentos o etapas, como mercado de compra-venta de fuerza de trabajo y como mercado o compra-venta de bienes de consumo final. Por eso es que dijimos anteriormente, que en el capitalismo, el proceso de producción o el capital como proceso o relación social de producción es un subconjunto del mercado, aunque aparentemente, el segundo momento es que ha adquirido el nombre de mercado. Dicho como nos interesa demostrar, cuando hablamos de metabolismo del mercado nos estamos refiriendo a todo el circuito, donde el capital es importante, pero no agota todos los momentos del metabolismo mercantil.[54]

La metamorfosis o transformación de la mercancía y del capital, ciclo explicado por Marx en El Capital, corresponde a la transformación de una mercancía en un conjunto de mercancías; la transfiguración del valor en dinero; la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía; el intercambio monetarizado de mercancías en la producción y en la circulación. En esta metamorfosis, la transformación del dinero en capital social o lo que es lo mismo, el valor en dinero y el plusvalor o plusvalía en ganancia, desemboca en el mercado capitalista y en sus ciclos perversos de congestionamiento o destrucción de fuerzas productivas. Estos ciclos que padecen las mercancías se llevan a cabo a través del metabolismo del mercado, es decir, a través de millones de interconexiones anárquicas entre todas estas categorías, en el mercado y la economía, así como a través de millones de interconexiones entre el mercado capitalista, en tanto sistema, con la naturaleza social-histórica de cada época y con la naturaleza exterior, materialmente hablando.

En el sistema capitalista, el metabolismo del mercado supone el metabolismo del capital industrial, el que como sabemos somete a la naturaleza a una erosión permanente. En el capitalismo, el metabolismo del mercado, se lleva a cabo a través de equilibrios y desequilibrios económicos (homeostasis y fracturas metabólicas) cíclicos que provocan en el sistema de mercado un conjunto de fallas y limitaciones, como consecuencia de las cuales se destruyen mercancías, riquezas ma-

54 Cfr: Humberto Pérez González, *Economía Política del capitalismo*, Orbe, La Habana, 1976.

teriales, desempleo de recursos industriales o agrícolas y sendas desigualdades sociales, amén de la destrucción de las expresiones de la biodiversidad.

Es claro que para Marx la categoría mercancía es mucho más amplia que la categoría capital, sin embargo, en sus estudios y análisis económicos y políticos se dedicó por completo a estudiar la forma-capital de la mercancía, así como el proceso de producción u oferta, donde el resto del ciclo o circuito aparece en función del primero, como realización o circulación propiamente dicha.[55] En el primer tomo de El Capital, cuando trata de la transformación del dinero en capital y al describir la fórmula general del capital Marx inicia esta sección con el siguiente párrafo: "*La circulación de mercancías es el punto de arranque del capital. La producción de mercancías y su circulación desarrollada, o sea, el comercio, forman las premisas históricas en que surge el capital. La biografía moderna del capital comienza en el siglo XVI, con el comercio y el mercado mundiales. Si prescindimos del contenido material de la circulación de mercancías, del intercambio de diversos valores de uso, y nos limitamos a analizar las formas económicas que este proceso engendra, veremos que su resultado final es el dinero. Pues bien; este resultado final de la circulación de mercancías es la forma inicial en que se presenta el capital (…) Todo capital nuevo comienza pisando la escena, es decir, el mercado, sea el mercado de mercancías, el de trabajo o el de dinero, bajo la forma de dinero, dinero que, a través de determinados procesos, tiende a convertirse en capital*".[56]

Como veremos más adelante, sobre todo en los apéndices que ofrecemos al final del trabajo, el estudio del mercado y de sus vericuetos como consumo o demanda, fue mucho mejor ofrecido por los marginalistas o liberales; tanto así que para un marxista, para los socialistas o para los izquierdistas posteriores, aunque lo suponían, siempre se mantuvo una actitud distante con respecto al mercado de bienes, el valor de uso y el consumo. Descuido que influyó de muchas maneras a la hora en que los regímenes socialistas tuvieron que intervenir y manipular el mercado, competir con otras economías y lidiar con la productividad de los trabajadores, los consumidores y con los estímulos materiales de ambos.[57]

55 Piero Sraffa, *Producción de mercancías por medio de mercancías*, Oikos, Barcelona, España, 1960.

56 Carlos Marx, *El Capital*, op.cit., t1, pág. 110.

57 Todos estos términos, conceptos y categorías, el lector puede encontrarlos en cualquier manual de economía política. Lamentablemente, la economía política, aún la de los clásicos de la economía, ha sido expulsada del pensum académico de las ciencias sociales en general y de la disciplina económica en particular.

2. Los principios que regulan las relaciones mercantiles

La evolución del mercado, desde su nacimiento hasta el nivel actual, puede ser considerada la primera gran revolución de la economía. Una revolución cuya principal carta de presentación es el crecimiento económico indefinido de la riqueza alcanzado por la humanidad, independientemente de la diferenciación relativa que acarrea entre los diferentes segmentos de la vida en sociedad, así como la enorme potenciación individual y colectiva que ha generado en términos de movilidad territorial y social. Hay que aceptar que a pesar de la competencia belicosa y del egoísmo que genera su existencia, ha sido capaz de mantener la socialidad del orden cotidiano a través del contrato de sus transacciones. Si aquí vamos a señalar sus limitaciones y daños para la felicidad individual y colectiva es porque sabemos que su existencia es histórica, pues está precedido de una larga época de cooperación y solidaridad, pero además porque el nivel de amenaza a que nos ha llevado, reclama cada vez más un orden alternativo.

Su existencia y funcionamiento ha sido tan eficiente que se ha convertido y ha sido entendido como algo natural al género humano, sin embargo, no es más que una de las etapas, muy larga para nosotros, pero insignificante a lo largo de la evolución del homo sapiens. Es, pues, un producto histórico y como tal, así como tuvo una partida de nacimiento tendrá una de defunción.

Como toda realidad jerárquicamente hegemónica en su espacio y en su tiempo, el acto de magia de su nacimiento necesitará, para poder reinar en paz, el establecimiento de un conjunto de principios y leyes que le permitan regular las relaciones mercantiles y gobernar el funcionamiento del mercado.

Cuando se habla del mercado, siempre hay que diferenciar la relación mercantil simple, donde los productores intercambian mercancías sin que se produzcan mayores excedentes o diferenciación social, de la relación mercantil ampliada o excedentaria, llamada relación de mercado capitalista, donde la diferenciación social es un proceso inevitable e ininterrumpido. Históricamente, la tendencia de las relaciones mercantiles ha mostrado que la relación mercantil simple evoluciona, tarde o temprano, hacia relaciones mercantiles capitalistas. Hay que agregar que en un mercado capitalista desarrollado siempre encontramos paralelamente relación mercantil simple y relación mercantil ampliada .

Rasgos principales de la mercancía en su mayoría de edad

Como toda expresión de la vida, los bienes y servicios, los medios de producción, los seres humanos, aún sin devenir mercancías, necesitan crearse o nutrirse, relacionarse y reproducirse, sobre todo sabiendo que todos viven bajo el signo de la mortalidad y de la inmortalidad. El haberse convertido en mercancía no los libra de tales funciones para su sobrevivencia y sostenibilidad a lo largo del tiempo y de sus desdoblamiento en cada generación.

La diferencia entre la identidad mercantil de la materia y del espíritu y su identidad natural es que la misma está hecha para intercambiarse de acuerdo al trabajo, vivo o acumulado, que se invierte en producirla. La mercancía tiene un orden de nacimiento, necesita nutrirse de múltiples formas internas y externas hasta que muere al consumirse, debe relacionarse con otras mercancías para realizar su destino y además reproducirse indefinidamente.

Entre los rasgos más sobresalientes y generales de la mercancía encontramos los siguientes:

a) La mercancía es un objeto o servicio que se produce con la finalidad de ser intercambiado en forma complementaria, pudiendo ser intercambiada una por otra, como en el trueque, o a través del dinero, equivalente universal de las mercancías, b) La mercancía posee múltiples valores de uso para satisfacer necesidades básicas, así como deseos o caprichos, no necesariamente de primera necesidad, cosa que para nuestro análisis tendrá mucha relevancia, c) La mercancía, además del valor de uso, está dotada y exhibe un valor de cambio, el que convertido en dinero puede servir como atesoramiento o como mercancía-capital, es decir, como valor reproducible, d) La mercancía tiene a su vez algunas exigencias, que si no son cumplidas pueden ocasionar desequilibrios económicos y desestabilización política en la sociedad[58]. A continuación presentamos un listado de rasgos, suficientemente conocidos de las mercancías, aunque pocas veces explicitados.

1) La pluralidad y reproductibilidad infinita de su existencia. En el mercado no solamente existen miles de mercancías que satisfacen miles de necesidades y deseos, sino que las necesidades y deseos pueden ser satisfechos por diferentes mercancías. En cada ciclo económico, unas mercancías mueren, mientras nacen otras nuevas, iguales, similares o diferentes, al igual que pasa con las

58 Cfr: Jesús Silva Herzog, Historia del Pensamiento Económico-Social, de la Antigüedad al Siglo XVI, FCE. México 1984.

células de los diferentes tejidos humanos, a excepción de las neuronas o células cerebrales; en el mercado unas mercancías son más perecederas que otras. Cada día nacen diferentes mercancías, pero una vez nacidas tienen que cumplir con el mandato de reproducirse y consumirse, mientras tanto no hayan sido sustituidas por otras mercancías. Cada mercancía se fabrica con el concurso de otras mercancías y a su vez sirve para fabricar otras mercancías o para alimentar a la mercancía fuerza de trabajo.

2) La libertad de competir en igualdad de condiciones entre todas ellas, aceptando su derrota en presencia de una mercancía mejor dotada. En el mercado el oferente ofrece diferentes tipos de mercancías y el demandante escoge una u otra según le convenga; siendo así que unas mercancías serán preferidas y otras desechadas.

3) La libertad y necesidad de poder ofrecer libremente sus encantos al mejor postor, no importando las diferencias sociales o de cualquier otro tipo de los consumidores; no importando la finalidad de su uso o la adicción que genere, como el tabaco, el alcohol, la Coca-Cola, la cocaína, los fármacos o los estupefacientes en general. No importando si el uso es para alimentar la vida, como los alimentos o para provocar la muerte como las armas letales. En el mercado de consumo (productivo-consuntivo) no hay privilegios ni para los productores ni para los consumidores, cualquiera puede ofrecer lo que quiera o pueda y cualquiera puede demandar lo que quiera o pueda. La libertad para vender o comprar sólo está condicionada por los costos de producción, los precios en el mercado y por la capacidad adquisitiva de cada consumidor. Por supuesto que la libertad es una libertad formal, pues a quien no tiene dinero de nada le sirve toda la libertad si no puede adquirir ninguna clase de mercancía, sin embargo, no es despreciable dicha libertad formal, pues para el mundo de la libertad, es muy distinto no poder comprar una mercancía porque no se tiene dinero, que no poder comprarla porque está prohibida por razones morales o por cualquier otra razón, igual descontento genera para un comprador el tener el dinero para adquirirla y no poder hacerlo porque la misma no está disponible en el mercado de un país determinado.

4) El respeto del precio de mercado de cada mercancía, es decir, el costo de producción más la ganancia media del capital invertido en su producción hasta que llegue al consumidor final, así como la igualación de la masa monetaria en proporción al volumen de mercancías existentes y de la velocidad de las transacciones del dinero. En el mercado todos respetan el precio de las mercancías y todo vendedor respeta las preferencias del comprador.

5) El respeto y la confianza para aceptar el dinero, en cualquiera de sus formas y funciones, como el representante universal de las mercancías, dotándolo de todos los poderes que el total de las mercancías encierra. La gente acepta y confía en el valor del dinero, sea éste moneda o papel-moneda, título-valor o acciones cotizadas en la Bolsa de Valores.

6) El respeto y la aceptación de la jerarquía que existe entre los diferentes valores y precios de las distintas mercancías y el estatus que las mismas le conceden a cada clase o estrato social que la posee. En el mercado, cada mercancía tiene un precio y las mismas se intercambian de acuerdo a los precios relativos de unas mercancías con respecto a otras. Nadie se queja de que una bicicleta cueste más que una naranja o que un señor pueda comprar un carro y que otros señores no puedan comprar ni siquiera una naranja.

7) El reconocimiento de la forma intangible y simbólica de ciertas mercancías, la que podrá utilizarse en todas las lides ideológicas o culturales de la sociedad, rebasando así el ámbito morfológico de su existencia, bañando con su luz y su sombra todas las relaciones sociales del sistema y la civilización en la que todavía nos encontramos. En el mercado, el valor y precio de una mercancía dependen, además del costo de producción más la ganancia media del empresario, de la utilidad material y del valor moral o simbólico que la sociedad le conceda de acuerdo a los usos y costumbres existentes. La marca de una prenda de vestir o la mirada de un artista pueden superar la utilidad material de la tela o de un alimento de primera necesidad.

Hay algunas mercancías especiales que ameritan un análisis especial, pues aunque tengan el común denominador de toda mercancía, poseen algo que no tienen las otras mercancías, como son la fuerza de trabajo, el dinero, el capital.

La fuerza de trabajo de los seres humanos en general o el cuerpo de la mujer y el de un hombre, tienen condiciones especiales. De la mercancía fuerza de trabajo asalariada (alquiler de hombres y mujeres) se dice que viven enajenados, pues siendo libres viven como esclavos a tiempo parcial, pero teniendo que ocuparse en reproducirse por sus propios medios, vendiéndose o alquilándose por dinero; en la sociedad capitalista su enajenación se manifiesta en la medida en que el valor o el dinero, a pesar de ser producido por los trabajadores, se le imponen como una fuerza exterior o ajena. De la mercancía cuerpo de mujer en tanto objeto sexual, se dice que vive prostituida, pues siendo un ser libre nacido para amar y ser amada tiene muchas veces que vender su cuerpo por dinero para sobrevivir.

El dinero que nació como objeto de equivalencia general, expresado posteriormente en moneda, billete, título-valor o impulso electrónico aceptado por todos sobre la base del respaldo bancario de sus portadores, ha venido independizándose progresivamente de su valor de uso especial como valor de cambio, ha venido avanzando aceleradamente hasta convertirse en un mecanismo de capitalización, atesoramiento y especulación.

El capital o medio de producción y de cambio que se compra o se vende, tiene un destino especial que es el servir para hacer negocio, motivado por el afán de lucro o de poder de su gestor. El afán de lucro y de poder se complementan: se produce para tener dinero, se tiene dinero para tener poder. El capital es una mercancía que se usa para reproducirse indefinidamente. A su vez, cualquier mercancía, incluyendo el ser humano mercantilizado, puede servir para ser consumido productivamente, es decir, para comprarse y venderse con un diferencial de valor. En el sistema capitalista, la mercancía-capital regula y hegemoniza todo el andamiaje mercantil.

En el sistema capitalista, las mercancías pueden tener destinos paradójicos que contradicen aparentemente los rasgos de su existencia, como puede ser la periódica destrucción de mercancías, ya sea como resultado de las recurrentes depresiones económicas o ya sea por las guerras emprendidas por avaricia económica o por deseos de poder, es decir, de mantener y reproducir el orden jerárquico en todos los campos de la vida. Un negocio como la fábrica y venta de armas o de agroquímicos, impone a las mercancías producidas, sean éstas armas de guerra, bombas atómicas o pesticidas, un destino mortífero, destructor de mercancías, bienes de capital, medios de producción, bienes de consumo o la propia vida sobre el planeta. Aunque a largo plazo todas las mercancías son perecederas, en cada ciclo económico todas perecen de una manera o de otra.

8) La dispensa ética que tiene el valor de uso y el valor de cambio de las mercancías. Una mercancía puede servir para salvar la vida, como un buen medicamento; para gozar de su existencia, como un buen perfume; para matar a millones de personas, como una droga o un arma atómica. Las mercancías suelen despertar tanta simpatía que solamente la ilusión de poseerlas puede generar dichas y felicidades múltiples, pero nadie culpará a la mercancía de generar la muerte de millones de seres humanos o de ser tan inaccesible que la mayoría no pueda adquirirla. En otras palabras, la gente sólo observa sus encantos, descargando sobre otros seres las fatales consecuencias de su uso.

9) Un rasgo fundamental de la mercancía es su carácter seductivo no solamente para satisfacer necesidades, sino para satisfacer deseos; tema que abordaremos más adelante para mostrar la importantica que la misma tiene a la hora de cautivar a los consumidores, así como lo estratégico que ha sido, positivamente para el capitalismo, negativamente para el socialismo, en la batalla cultural que ambos sistemas han sostenido en la arena del mercado.

Las leyes que gobiernan el mercado capitalista

En este apartado describiremos las principales leyes que gobiernan el mercado en su expresión más madura, como es el mercado capitalista, convertido en sistema capitalista de producción, intercambio, distribución, consumo y reproducción de todo el movimiento cíclico de su desarrollo, semejante al de la vida misma que transcurre de generación en generación. Aunque las regularidades de su comportamiento son un producto histórico, preferimos denominarlas leyes del mercado para insistir en la agenda que nos hemos propuesto, como es la demostración de su imperio invisible, lo que no basta sólo suponer, sino que merece explicitar.

Ya señalamos que el mercado supone la propiedad privada, la división del trabajo y por tanto la producción social, es decir, los millones de medios de producción aislados unos de otros que se necesitan para producir cada una de las tantas mercancías que deambulan en el mercado. Los propietarios o los comerciantes que intercambian mercancías pueden ser personas, familias, empresas o países. El mercado o intercambio ocupa espacios locales, comunales, nacionales y mundiales. Igualmente, en su seno se intercambian bienes de uso, fuerza de trabajo, medios de producción, dinero, títulos-valores, acciones, que representan riqueza. Efectivamente, el mercado, en tanto intercambio de mercancías, supone una producción social, es decir, la fabricación de mercancías en las que participan miles, sino millones de unidades económicas separadas en el tiempo y el espacio, donde las mercancías requieren para su producción la participación creciente de productores situados en los rincones más alejados. Lo mismo que millones de consumidores de toda clase y capacidad de consumo.

Ahora sabemos, que el mercado existe antes del sistema capitalista, durante el sistema capitalista y después de la experiencia de diferentes regímenes socialistas, al menos poscapitalistas. La existencia del mercado en el socialismo se mantiene, no solamente porque los países socialistas nacieron inmersos en medio de un sistema capitalista mundial del cual no se pueden abstraer, sino porque

al interior mismo de una nación o de un sistema socialista de producción geográficamente localizado, existe todavía la división del trabajo y por lo tanto existen también múltiples unidades productivas encargadas de producir para intercambiarse a través del dinero; además, como tendremos ocasión de ahondar, porque el ingreso de los trabajadores todavía se hace, en gran parte, de acuerdo al tiempo de trabajo aportado por cada cual.

La mercancía, entendida como célula del intercambio, sigue siendo la reina de cualquier mercado, sea ésta un bien de uso personal, una fuerza de trabajo, un medio de producción o una suma de capital; basta que recordemos que toda fuente de riqueza se expresa en dinero, cuyo rol es intercambiarse, es decir, realizarse como mercancía, aunque el mismo tenga su propio y específico valor. En el mercado todo objeto se convierte en mercancía, en la misma medida en que todo sujeto mercantilizado se convierte en objeto. En el mercado, el capital y la fuerza de trabajo, se convierten en mercancías y ambos constituyen la fábrica del sistema capitalista. En el sistema capitalista, donde el capital aparece como valor mercantil que se incrementa a través del intercambio, las relaciones entre los hombres se llevan a cabo a través de relaciones mercantiles; mercancía y capital, se convierten así en los procesos sociales y económicos por excelencia, regulados por el mercado y por un Estado al servicio del capital o lo que es lo mismo al servicio del intercambio mercantil capitalista.

Todo esto puede parecer una obviedad, pero no tomarlo en cuenta, creer que basta expropiar a los capitalistas o socializar la propiedad privada para terminar con el mercado, sin haber eliminado la producción social o la división del trabajo, seguirá siendo causa de graves problemas. Testigo de estos trastornos son los managers o las empresas en manos de millones de accionarios que creyendo evitar las leyes del mercado han desencadenado serias crisis financieras. Igual ilusión han cometido los socialistas, al creer que habiendo expropiado o confiscado a los capitalistas bastaba para desembarazarse del mercado.

Las leyes del mercado rigen como las del ordenamiento jurídico, donde el desconocimiento de las mismas no nos exime de su cumplimiento. En el reino del mercado, el desconocer sus secretos no nos libra de padecer sus normas. Es preferible conocerlo que ignorarlo. Siendo sus leyes invisibles, tiene más posibilidades de manipular y fetichizar nuestra conducta, a través de la producción y circulación de las mercancías o del dinero mismo, por medio del cual nos hacemos devotos de sus designios.

Iniciamos, pues, este apartado, señalando las más elementales, aunque no por ello menos importantes, regularidades, incluso leyes, que rigen el mercado capitalista (capitalismo privado o capitalismo de Estado), enfatizando que el mercado es una maquinaria cuyas leyes funcionan como la ley de la gravedad, de la cual solamente nos apercibimos, como decía Marx, "*cuando le cae a uno la casa encima*".

Si la mercancía aparece como la célula del mercado, el capital surge como su principal órgano rector; este, cual cerebro humano, hace funcionar todo el organismo y donde el valor aparece como invisible, así como invisibles son las células del cuerpo humano y que para poder observarlas hace falta un aparato especializado, sea un microscopio para la microeconomía o un telescopio para la macroeconomía. Y aunque los órganos sean mucho más visibles, conocer sus interconexiones requiere conocer sus leyes. A través de estas leyes se regula todo el sistema y se procura mantener estables las condiciones internas del mercado capitalista, como si se tratara de cualquier organismo o sistema.

No hay que olvidar, sin embargo, que los principios que rigen el metabolismo del mercado son también las leyes del metabolismo del capital, engullendo la fuerza y el espíritu de la humanidad, generando miseria social e infelicidad, sometiendo a la humanidad a la disyuntiva de vivir permanentemente enferma y llena de malestares incurables o cambiar de organismo social, construyendo una nueva sociedad, donde el metabolismo y sus leyes no estén determinados por el lucro y la explotación y donde el intercambio no sea igual al intercambio mercantil. Antes de mostrar las principales leyes que gobiernan el mercado digamos que todas son precedidas y alimentadas por el espíritu mercantil del dinero. Lo que hace más de 150 años Marx señalaba de la burguesía, hoy se puede decir del mercado y de sus atributos: *"Dondequiera que ha conquistado el poder, la* burguesía [o el mercado actual] *ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus "superiores naturales" las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel 'pago al contado'. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta*"[59].

Como señalamos al inicio de este capítulo, el punto de partida del mercado es la propiedad privada de los medios de producción, así como una especial división

59 Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista*, en Obras Escogidas, t.I, Editorial Progreso, Moscú, 1955, pág.22. (La frase entre corchetes es nuestra).

del trabajo que la misma engendra. En este contexto se desarrolla una economía mercantil de reproducción simple o una economía mercantil de reproducción ampliada o capitalismo propiamente dicho. Los agentes del mercado son los comerciantes. Los comerciantes pueden ser comerciantes de esclavos, metales preciosos, materias primas o mercancías de consumo en general, o pueden ser comerciantes de fuerza de trabajo y de capital, según el régimen imperante en cada sistema económico. Aquí vamos a hablar de todas las formas de intercambio, entre el capital y el trabajo, entre la ciudad y el campo, entre el hombre y la mujer, intercambios en el seno del pueblo, en fin, intercambio internacional entre países enriquecidos y países empobrecidos.[60]

Todo el orden social regido por el mercado capitalista tiene sus leyes, familiares, políticas, sociales y económicas. Todas estas interconexiones hacen funcionar el metabolismo del mercado, en el que encontramos una serie de reacciones e interconexiones internas y externas. Metabolismo en el que caben las funciones encaminadas a mantener el equilibrio como las que se orientan a paliar aquellos desequilibrios que ponen en peligro todo el organismo social y la propia naturaleza, base material de la vida.

A continuación ofrecemos un listado de las principales leyes o normas del mercado, histórica y socialmente determinadas, susceptibles de reproducción y de transformación.

1) La propiedad privada y la división del trabajo. Cuando decimos propiedad privada y refiriéndonos a un sistema capitalista, estamos aludiendo a una sociedad donde existe una determinada división del trabajo entre diferentes productores, el trabajo como fuente de riqueza, el beneficio y los precios como vectores y reguladores de la circulación. El primer rasgo o el primer principio de la existencia del mercado, es la propiedad privada de los medios de producción y por ende de la división del trabajo en un sinnúmero de unidades económicas aisladas pertenecientes a sus propietarios. Así como hay bienes, como la tierra, que no funcionan como medio de producción, asimismo, hay medios de producción que no funcionan como propiedad privada individual. Un ejemplo del primero sería un prado desocupado y un ejemplo del segundo sería un prado de pasto ganadero perteneciente a la comunidad.

2) La producción social. Se habla de una producción cuando todos y cada uno de los productores no producen para sí mismos, sino para los demás; cuando

60 Véase: Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*, Alianza, España, 1985.

cada producto del mercado es producido cada vez más por una gran cantidad de productores. En esta economía de mercado, la producción social es resultado del esfuerzo parcial de todos los propietarios (trabajadores, familias, empresas, países), los que orientados por los precios de las distintas mercancías se dedican a trabajar para vender las mercancías que producen y comprar las mercancías que no producen; otros se dedican a intercambiar con el objetivo de obtener un beneficio, lucro o ganancia.

3) La ley del valor. La economía, entre otras cosas, se ocupa del concepto del valor o forma de entender y medir la fuente de la riqueza. Existen dos corrientes para definir y medir el valor: la teoría del valor-utilidad de los marginalistas y la teoría del valor-trabajo de los marxistas. La primera supone que el valor se deriva de la utilidad que tienen los bienes para satisfacer necesidades individuales. La segunda, suponiendo que todo mercancía tiene valor de uso, explica que el valor propiamente tal (proporción en que se cambian las mercancías entre sí), se origina en el trabajo o actividad con la cual la sociedad genera, a partir de la naturaleza y de las relaciones sociales entre los hombres, la riqueza material. En el capitalismo, la ley del valor explica el funcionamiento del mercado y de los precios por los cuales se rige el intercambio de mercancías.

Nosotros partimos de la teoría del valor-trabajo y asentimos, como lo viene planteando la economía política, que el valor se mide por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una mercancía. En el mercado, los precios o expresión en dinero del valor, dependen en primer lugar de los costos de producción más una ganancia media reclamada por los empresarios en base al capital adelantado, una vez que ha amortizado los bienes de capital, la materia prima y la reproducción de la fuerza de trabajo. La ganancia, sin embargo, no se explica solamente por los costos de producción y realización de las mercancías, sino sobre todo por el valor agregado por los trabajadores, pasados y presentes (plusvalía o excedente), que genera la fuerza de trabajo,

Los marginalistas afirman que los precios dependen del libre juego de la oferta y la demanda. Para nosotros, la ley de la oferta y la demanda sólo muestra la oscilación de los precios alrededor del valor del producto. Por mucha oferta y demanda que exista, hay un mínimo por debajo del cual los productores u ofertantes no pueden seguir jugando, como es el costo de producción, así como hay un límite por encima del cual los consumidores o demandantes no pueden seguir comprando, por mucha necesidad que tengan de ese bien. Si hay mayor oferta los precios bajan y muestran que los productores gastaron más tiempo de tra-

bajo del considerado socialmente necesario; si hay mayor demanda los precios suben y muestran que los productores gastaron menos tiempo de trabajo del socialmente necesario, fluctuación que es corregida trasladándose los capitales y el trabajo hacia donde la ganancia y la demanda efectiva (solvencia o capacidad adquisitiva de los consumidores) son mayores y retirándose del lugar donde la ganancia o la demanda efectiva son menores, lo que en economía política se conoce como la perecuación de la tasa de ganancia (flujo redistributivo que evita las desigualdades en la tasa de ganancia).

Existe, sin embargo, una interrelación y una influencia mutua entre los precios y la oscilación de la oferta y la demanda. La oferta y la demanda influyen sobre los precios, de la misma manera que los precios influyen sobre la oferta y la demanda. Si hay más oferta que demanda de petróleo, los precios tienden a bajar y viceversa. Por otro lado, si los precios del petróleo bajan, la demanda puede aumentar, prefiriendo, por ejemplo, los compradores de energía, comprar petróleo en vez de otra fuente de energía de mayor precio. Igualmente, la ley del valor o su expresión monetaria (los precios), a través de las oscilaciones de la oferta y la demanda, permite entender los beneficios empresariales, los salarios, las tasas de interés, las preferencias del consumidor, la competencia y la productividad, la inflación, la escasez y la sobreproducción, el destino de los excedentes.[61]

De la ley del valor y de la fijación de los precios en el mercado (magnitud, sustancia y forma social que las mercancías adquieren en el mercado) se infiere el funcionamiento del capital, la teoría de la explotación, la remuneración de los factores de la producción (trabajo, renta y capital), la concentración y centralización del capital, la reproducción ampliada o acumulación, las crisis de sobre-producción relativa, entre otras. Así como la *mano invisible*, fetichismo, apariencia o alienación que genera el intercambio y negocio mercantil, al imponernos su lógica sin que siquiera la entendamos o malentendamos.

4) Ley de la competencia. En el mercado todos deben competir; compiten los empresarios entre sí por la ganancia o plusvalía agregada; compiten los trabajadores por un puesto que les permita un ingreso; compiten los empresarios y los trabajadores de una empresa por sus excedentes; compiten los trabajadores manuales con los trabajadores intelectuales para optar a una remuneración determinada; compiten los países por apropiarse de la riqueza generada por las

61 El concepto de excedente es pariente, aunque diferente, del concepto de plusvalía; corresponde a la plusvalía menos los gastos del capital y del Estado.

economías nacionales y mundiales; compite el campo y la ciudad; compiten los monopolios entre sí y con los sectores no monopólicos, compiten los contribuyentes con el Estado por el pago y destino de los impuestos. Y todo esto se hace sin necesidad de que los ciudadanos conozcan teóricamente el funcionamiento de las reglas del mercado ni de sus efectos negativos; todo parece natural y nadie entiende bien lo que está pasando, echándole la culpa a la buena o a la mala suerte. El mercado es como la prolongación de la guerra por medios pacíficos, pues unos sobreviven o se enriquecen, otros no tienen para comer o curarse y muchos terminan muriéndose por empobrecimiento. En esta competencia ciega y a pesar de ser un acicate formidable para el desarrollo creciente de la productividad del trabajo, se genera una dinámica anárquica y parasitaria en el propio mercado, pues, a falta de un plan, nadie sabe hasta cuándo hay que seguir produciendo más del mismo producto, desencadenándose por ende tremendas crisis de realización de la plusvalía o dificultad para vender todas las mercancías producidas La competencia y las crisis desembocan frecuentemente en guerras de todo tipo, guerras imperialistas y guerras revolucionarias o contrarrevolucionarias, así como en crisis recesivas, depresivas o de reproducción.

La competencia no solamente afecta la producción de la plusvalía, sino también la distribución de la misma, tanto de la plusvalía presente, como de la plusvalía acumulada por la humanidad, incluso de la plusvalía futura, la que desde ahora se disputa entre los capitales a través del crédito o pagos por salarios o ingresos que todavía no se han producido.

Insistamos un poco más sobre nuestro enfoque inicial. La competencia se expresa como una competencia entre las miles de mercancías que pugnan por crearse, por intercambiarse (venderse y comprarse) y por consumirse. Ciertamente que ello no cuestiona el valor de cambio que rige todo su movimiento, pero en última instancia la mercancía nace para consumirse, si no se consume todo su valor de cambio se habrá malogrado, no es por casualidad que los productores o vendedores de mercancías recurren a la publicidad y a muchas otras artimañas como el *dumping* o venta de una mercancía a precios menores que sus costos de producción, con el fin de competir en el comercio internacional, sobre todo en momentos en que una cantidad de mercancías se están quedando sin vender debido a su abundancia, la disminución de la capacidad adquisitiva o debido a las restricciones aduaneras de un país determinado.

Para los consumidores propiamente tales, la competencia no depende de lo que los otros consuman, pues la misma está determinada por los ingresos de cada

quien. En el mercado, lo que le interesa a cada consumidor es que exista la mayor cantidad de mercancías al menor precio posible. En el mercado, el consumo o la oferta del mercado es un estímulo para conseguir mayores ingresos, ya sea como productor, como asalariado o como trabajador por cuenta propia (campesino, pescador o comerciante). El desabastecimiento de ciertos bienes, que un consumidor está acostumbrado a comprar, funciona como un desestimulo para producir y para trabajar. La sensación de libertad de un consumidor, que está vinculada a sus expectativas y preferencias por el mercado, radica en que disponiendo de una cantidad de dinero en el bolsillo pueda optar entre miles de mercancías que el mercado le ofrece. Suponiendo que hoy solo puede comprar un par de mercancías y otro par mañana, lo que pasa a todos los consumidores, tiene la esperanza cierta de que las mercancías que no compra hoy, puede comprarlas mañana, o puede ahorrar para comprarlas pasado mañana. El consumidor tiene la sensación que compite consigo mismo, pudiendo incluso comprar una mercancía innecesaria y para la cual no tiene los medios suficientes, empeñándose o dejando de comprar otras mercancías de primera necesidad.

La competencia es un fenómeno que pareciera brotar de los hábitos y de los intereses humanos, es decir, de la singularidad que todos defendemos en el reino de la pluralidad. No es nuestro interés discutir aquí dicho fenómeno, simplemente queremos afirmar que el mercado, fenómeno histórico y no natural, es un terreno fértil para exacerbar la competencia y su consecuencias.

5) Creciente mercantilización de la economía y de la sociedad. En una economía de mercado capitalista, todos los bienes y servicios que se producen tienden a convertirse en mercancía, incluyendo el capital y la fuerza de trabajo; es decir, se producen para intercambiar y acumular y no para satisfacer necesidades. Últimamente, la mercantilización se ha extendido más allá de la economía; nuestras sociedades se están convirtiendo en sociedades de mercado, donde no solamente los bienes y la fuerza de trabajo, sino todo se está convirtiendo en mercancía: el sexo, las ideas, los valores morales, la ideología, el amor, los favores, los votos electorales. La lucha ideológica no elimina la ley del valor, pero puede alterar las preferencias del consumidor, haciendo que una familia consuma más alcohol y menos alimentos, por ejemplo. La competencia entre una preferencia u otra, una creencia por ejemplo, tiende a mercantilizar lo que en principio no era más que una competencia entre dos variables que todavía no tenían el estatus de mercancía: una fe religiosa por ejemplo, donde vemos a pastores evangélicos en los barrios de América Latina compitiendo con los católicos por el alma de

los feligreses, utilizando para ello todos los medios que utilizan los publicistas para vender una mercancía. Otro ejemplo sería la competencia deportiva de un deporte tan popular como rentable, donde no solamente los jugadores de fútbol, sino millones de *hinchas, barras, peñas o hooligans,* a su alrededor, incluyendo a los consumidores de camisetas fuera del estadio, se comportan frente al espectáculo como frente a una de las más preciadas y apasionadas mercancías. Ya no digamos de la competencia bélica, donde los magnates ganan millones de dólares por vender armas, mientras los patriotas o fanáticos son capaces de dar no solamente su dinero, sino sus vidas y sus cuerpos por matar al adversario. Quizás el lector protestará diciéndonos que la motivación de quienes trafican con esos símbolos o espectáculos provienen de su afán de lucro, cosa que pueda ser cierta para el vendedor, pero no para quienes se sacrifican por intereses desconocidos o ajenos a sus verdaderos intereses.

6) Los ciclos económicos y el crédito. El mercado palpita a través de ciclos cortos y largos de expansión y depresión. Debido al valor o plusvalía arrancada al trabajo, así como a la competencia y concentración de capitales, la oferta siempre es mayor que la demanda efectiva, es decir, que la capacidad de compra de consumidores individuales o empresas, lo que obliga al capital a invertir parte de los excedentes y a entregar crédito para que las mercancías puedan venderse, hasta que la capacidad de compra y la capacidad de pagos se agota y toda la dinámica del sistema se congestiona. Los ciclos expansivos se compensan con ciclos depresivos que destruyen medios de producción y fuerza de trabajo, situación que permitirá recomenzar el nuevo ciclo productivo hasta alcanzar el pico de la prosperidad y así sucesivamente.

El crédito es al mismo tiempo un mecanismo para someter trabajadores, empresas, bancos y países enteros, mecanismo que altera la proporción entre el volumen de mercancías y el dinero en circulación, creando inflación en la economía. En una economía de mercado capitalista estable, la cantidad de dinero en circulación debe ser igual al valor de las mercancías existentes o generadas por la economía; de lo contrario, si hay más dinero que mercancías en circulación, los precios tienden a subir, es decir, se produce una inflación por exceso de demanda; la inflación también puede ocurrir por aumento de costos, pues este aumento repercute en el precio de producción de las mercancías. Una dinámica inflacionaria descontrolada impacta en la renta y en el gasto de los diferentes agentes económicos, erosionando la estabilidad, la producción y la productividad de la economía y por ende de toda la sociedad. Una intervención o alteración

extraeconómica de los precios puede desencadenar desde desabastecimiento de algún producto hasta la bancarrota de una empresa o un banco, o crear una crisis económica o financiera de una rama o de toda una economía. Una inflación descontrolada puede desestabilizar la economía y desestabilizar políticamente el orden público de un gobierno determinado.

Hoy en día, toda economía es inflacionaria, debido a la producción del dinero por parte de los bancos sin respaldo alguno. La tasa de interés es dinero incrementado en forma especulativa. La recurrencia al crédito es echar leña al fuego, pues siempre llega un momento en que los deudores no pueden pagar y alguien tiene que salir perdiendo.

7) Los monopolios y la ganancia especulativa. Otra de las reglas del mercado, una de las más modernas, es que la mayor parte de la ganancia se filtra hacia los pools, cárteles, trust, monopolios, hasta las grandes corporaciones bancario-industriales, las que imponen precios de monopolio, acaparan el comercio, el crédito y se benefician de la especulación, mientras la menor parte de la ganancia se va hacia la masa de pequeños y medianos productores que se rigen por la competencia mercantil. Por eso vemos que los productores se están empobreciendo, mientras que los grandes monopolios de comerciantes o banqueros siguen enriqueciéndose. Estas grandes corporaciones productivas, comerciales o financieras han entrado en la regulación del mercado capitalista, decidiendo el destino del crédito y por ende de las inversiones, la producción, el comercio, las finanzas, el endeudamiento y los presupuestos gubernamentales; asimismo, las corporaciones industriales, bancarias o financieras, pueden causar con su especulación burbujas y desastrosas crisis financieras, a partir de una inflación de un producto que alcanza precios ficticios.

No deberíamos excluir del estudio o fenómeno del monopolio, el monopolio generado por el Estado, por diferentes razones, pero que también influye en la oferta y demanda, en los precios y por ende en todo el funcionamiento de la ley del valor.

8) Contradicción y lucha de clases. La competencia no necesariamente genera lucha de clases, aunque sí contradicción y conflicto entre múltiples intereses, pero es un campo fértil para que la misma se desarrolle. En toda sociedad de clases, la evolución, desarrollo o salto histórico de un sistema económico hacia otro, se hace a través de una lucha de clases por la hegemonía, donde, por lo general, una tercera clase, no necesariamente la clase explotada de un sistema, es quien

hereda la gestión del próximo sistema económico. Veamos el ejemplo de la revolución burguesa: después de la lucha entre esclavos-siervos-campesinos, por un lado, y nobleza-terratenientes-alto clero, por el otro, quien heredó la gestión del nuevo sistema no fueron los siervos, sino una "*tercera fuerza*", la burguesía. En el caso del capitalismo, las dos clases que protagonizan la contradicción principal, es decir, la burguesía y el proletariado, también desaparecerán como clases, sustituidos por lo que Marx llamó la "*unión de productores libremente asociados*", pues en una sociedad post-capitalista, se supone que no habrá clases sociales. Lo mismo pasa a nivel político; las luchas sociales pueden provenir no solamente del proletariado industrial de los países industrializados, sino de países donde el proletariado es minoritario y una tercera clase pequeño-burguesa (estudiantil, campesina, de productores en general o de pequeños comerciantes) protagoniza revoluciones políticas contra un gobierno nacional o extranjero, como lo muestran las revoluciones de los movimientos de liberación nacional, las que incluso pueden tener una orientación socialista.

Por otro lado, es necesario agregar que en una lucha de clases no solamente se enfrentan clases explotadas y clases explotadoras, existe también una lucha encarnizada entre los mismos capitales y países enfrascados en la competencia mundial. De la misma manera que existe una lucha entre las diferentes categorías del trabajo; existen, además, sectores, conocidos como la pequeña burguesía o clases medias, las que tienen un papel fundamental en la lucha de clases, no solamente desde el punto de vista económico, sino también desde el punto de vista político-ideológico, con una gran capacidad para influir a los sectores populares, a favor del capital o a favor del trabajo. Hoy en día la clase más poderosa es la denominada corporocracia (poder de las corporaciones financieras), cuyo funcionamiento profundiza permanentemente la brecha de ingresos a todos los niveles y es causante de las crisis económicas periódicas, incluso de las grandes guerras mundiales y regionales. La lucha de clases se exacerba cuando las relaciones de producción impiden el desarrollo de las fuerzas productivas, como pasa hoy en el capitalismo, donde las mismas no solamente no se desarrollan, sino que se destruyen.

En el mercado capitalismo, la misma competencia de todos contra todos es parte, expresión, causa y equivalente parcial y cotidiano, de la lucha de clases. Y la competencia mercantil nadie la puede negar, ni siquiera los más recalcitrantes neoliberales o conversos posmodernos.

9) Ley de concentración y exclusión. Proviniendo de la propiedad o posesión y dominio de un medio en forma exclusiva y excluyente, el intercambio generado por la ley del valor que regula el mercado y la acumulación ampliada del sistema capitalista, genera un proceso de concentración de capitales en pocas manos y una exclusión de la mayoría de la gente de las riquezas producidas. En otras palabras, la concentración y exclusión de unos y otros se lleva a cabo en el proceso de intercambio de mercancías, dinero y capitales, debido a la competencia y a pesar del intercambio de valores equivalentes, como tendremos ocasión de analizar más detenidamente a lo largo de este trabajo. Por medio de esta ley, los capitales se concentran y se centralizan cada vez más, a nivel local, nacional o mundial. Aquí también se revela la propiedad como el monopolio exclusivo y excluyente de un medio.

Concentrar y excluir es un proceso injusto que genera enriquecimiento y empobrecimiento. Así se forman las clases sociales, situadas en diversos eslabones de la cadena de valor, extrayendo así diferentes ingresos. Y este juego se repite todos los días en el mundo, porque vivimos en una economía que funciona bajo las reglas del mercado capitalista. Incluso si un gobierno o un señor filantrópico decidiera distribuir mil millones de dólares anualmente entre la gente humilde, al día siguiente el mercado se encargaría de redistribuir de acuerdo a su propia lógica o reglas del juego, aquellos excedentes. Esta redistribución bajo la lógica del comercio internacional es la que el mercado aplica a los miles de millones de dólares de remesas que los trabajadores migrantes envían a sus familiares en América Latina, por ejemplo; dinero que regresa a Estados Unidos a través de los artículos industriales que las familias latinoamericanas compran en los mercados nacionales, atestados de mercaderías importadas.

10) Desarrollo desigual y combinado. El intercambio de valores equivalentes, común denominador del cambio, no impide un intercambio desigual o asimétrico entre los diferentes agentes de la economía. La apropiación de excedentes se lleva a cabo no solamente entre clases, sino entre regiones y países; en otras palabras, lo que pasa a nivel nacional también pasa a nivel mundial; la mayor parte de la riqueza se va hacia los dueños del capital o hacia los países industrializados, mientras que una mínima parte se queda en los trabajadores, productores o en los países agro-exportadores, saqueados y extractivizados en sus materias primas, incluyendo el suelo, la climatología y una fuerte suma de plusvalía extraída a los trabajadores migrantes. Pero esta ley también rige entre los segmentos trabajadores, entre el campo y la ciudad, por ejemplo, donde la ciudad concentra mayores valores que el campo, a favor de los sectores urbanos y en detrimento

de los sectores rurales. El desarrollo desigual y combinado explica las diferencias de remuneración y la explotación de la fuerza de trabajo más allá de las fábricas, a través del comercio y el crédito.

El desarrollo desigual y combinado, entre personas o familias, entre empresas, regiones o países, genera el pecado original del mercado capitalista. La contradicción entre la producción y el consumo o el fomento de las crisis periódicas. La contradicción entre la producción y el consumo es el pecado original del mercado capitalista, pues mientras más produce más empobrece a los trabajadores-productores-pobladores, así como a los sectores o países subordinados al capital, dificultando así la realización de sus mercancías. Recordemos que la plusvalía solamente se realiza hasta que se vende; si no se vende no hay ganancia ni acumulación posible. De esta contradicción es que provienen las crisis periódicas del capitalismo o crisis de sobre-producción, pues mientras más se produce, más dificultades hay para colocar o vender dicha producción.

11) La codependencia entre las políticas económicas y el mercado. Desde que existe el mercado y desde que existe el Estado se ha desarrollado una codependencia entre el funcionamiento automático del mercado y las políticas económicas de los gobiernos: emisión de moneda, prohibición de la usura o del comercio ilegal, impuestos sobre la riqueza, crédito mutuo entre banqueros y gobierno, leyes sobre la propiedad, apoyo a la indigencia, protección o liberalización del mercado local, nacional e internacional, creación de compañías mixtas (públicas y privadas), regulación de la producción y del comercio, obras públicas, rescates bancarios, relación interesada entre los empresarios privados y los gobiernos, apoyo estatal para el saqueo exterior, etc. Todas estas relaciones podríamos incluirlas como políticas o herramientas económicas para regular los mercados de acuerdo a la correlación de fuerzas de los diferentes intereses, sean éstos públicos o privados.

Las políticas económicas son herramientas y acciones normativas de la economía implementadas por los gobiernos en nombre del Estado. El Estado es el conjunto de ciudadanos organizados en función de derechos y deberes, que confieren al gobierno o administrador de su voluntad, acuerdos y mandatos generales. Un Estado se caracteriza por un conglomerado étnico-nacional, un territorio limitado por fronteras con otros Estados, una fuerza armada y policial legítimamente encargada de la defensa externa y la disciplina interna, con el fin de evitar que las contradicciones y la competencia mercantil y de capitales degenere en conflictos. El gobierno o conjunto de instituciones públicas están encargados de

la coerción y el fomento del consenso, el ejercicio de la justicia (leyes, tribunales y aparatos represivos) y las políticas económicas. Las políticas económicas más utilizadas son las políticas fiscales o presupuestarias, las políticas cambiarias y las políticas monetarias, encargadas de las finanzas del gobierno en relación con la economía. Las políticas fiscales corresponden a la estrategia presupuestaria de ingresos y gastos, incluyendo la política de endeudamiento; las políticas cambiarias corresponden a la fijación óptima del uso de las divisas, incluyendo el precio de las mismas o tasa cambiaria; las políticas monetarias corresponden a la estrategia para el manejo de la moneda (emisión monetaria, regulaciones del Banco Central con respecto a los bancos comerciales, encajes legales, tasas de interés, regulación de la deuda pública, entre otras). Otras políticas vinculadas a la economía son las confiscaciones o expropiaciones por razones políticas o de utilidad pública respectivamente, la reforma agraria y demás políticas redistributivas, la liberación o el control estatal del comercio o la banca. Como puede verse, la autorregulación del mercado no es tan absoluta como nos lo quieren hacer creer algunos economistas, empresarios o gobiernos.

En otras palabras, aún el mercado capitalista más puro, necesita de un conjunto de instituciones para regular su funcionamiento. Piénsese por ejemplo qué sería del mercado capitalista sin instituciones para registrar y respetar las propiedades de la tierra o de los bienes inmuebles de toda clase, respetar los contratos de compraventa o del crédito, respaldar y garantizar el pacto de la moneda en circulación, sin hablar de las políticas fiscales o monetarias en general.

12) La libertad del capital y del trabajo en los mercados autorregulados como parte del pacto social. No podríamos dejar de mencionar una regla básica del mercado capitalista, como es la libertad formal o derecho que tiene el capitalista y que tiene el obrero o el trabajador por cuenta propia (productor-trabajador) para comprar y vender. En el sistema capitalista, el capitalista no tiene mayor compromiso que pagar un valor equivalente al costo de producción de la fuerza de trabajo, es decir, según los países, al costo de producción de la canasta básica. Por su parte, el trabajador tiene la libertad y el derecho, en tanto dueño privado de su fuerza de trabajo, de venderse al mejor postor. El obrero asalariado o proletario, es un ciudadano con derechos y deberes, como el resto de los ciudadanos, libre para firmar un contrato con su empleador, sin más presión que la necesidad del dinero que necesita para subsistir. En este sentido, el contrato de compraventa es un acto voluntario. Igualmente, el estatus de libertad incluye la movilidad social de la cual gozan empresarios y trabajadores, a diferencia de

los compromisos de un negrero, un encomendero, un señor, un hacendado o un aparato de poder tributario, y a diferencia de un esclavo, un siervo o un campesino que trabaja en mediería.

La economía de libre mercado, contrasta igualmente con economías cerradas sobre sus propias fronteras, como las economías feudales o encomenderas, incluso como las haciendas rurales, agrícolas o ganaderas, que todavía se encuentran en los países agropecuarios, donde las relaciones de mediería campesinas suponen la propiedad privada de un lote de tierra para que el campesino trabaje para su subsistencia y suponen también la propiedad privada de las tierras del hacendado, aunque entre ellos no medie más relación de intercambio mercantil que el que se establece entre el capital y el trabajo.

13) El proceso metabólico del mercado

El metabolismo del mercado tiene sus leyes que son las del propio mercado capitalista, aunque su anatomía actual parece similar a la de los orígenes mercantiles o pre-capitalistas del propio sistema capitalista.

Una vez que pasamos revista a las leyes del mercado, podemos sintetizar fisiológicamente su legalidad por excelencia, como es su proceso metabólico de intercambio generalizado. En el proceso metabólico, las células mercantiles, es decir, las mercancías, se crean en el proceso de producción, circulan o se intercambian a través de precios relativos, se consumen, productiva o improductivamente, es decir, se transforman, adquiriendo valor agregado, perecen y vuelven a nacer. En este proceso intervienen los productores, los trabajadores, los procesadores, los comerciantes, los banqueros y los consumidores, en forma independiente, aunque a través de la forma interdependiente que regula el mercado. La sinapsis o conexión entre las diferentes mercancías, dentro de las cuales incluimos la fuerza de trabajo y el capital, se establece a través de la forma relativa y equivalencial del valor de las mismas.

En muchas cosas, el mercado es un libro abierto, en el que todos reconocen y conocen la utilidad y el precio de cada mercancía, no importa si los consumidores saben leer o escribir. Todos saben qué y cuánta mercancía producir o consumir, sin necesidad de preguntarle al vecino. Los productores saben cuánto cuesta producir una mercancía y conocen el precio mínimo al que pueden venderla para obtener una ganancia, conocimiento expresado en los costos de producción, en la ganancia media de los capitales involucrados y en la capacidad de compra de

los consumidores, intermediarios o finales. Los trabajadores, a su vez, saben cuál es el ingreso mínimo que necesitan para reproducirse y reproducir a su prole.

En el proceso metabólico del mercado, la sociedad sabe cuánto tiempo de trabajo se necesita para producir una mercancía, premiando a los productores encargados de ofrecer mercancía requerida y castigando a los que produjeron demasiado o dedicaron demasiado tiempo para producirla; auxiliándose para ello de las diarias oscilaciones de la oferta y la demanda. Si los estantes están llenos y no hay más compradores, el mercado dará la orden de detener la producción-inversión, si están vacíos, la orden será de invertir-producir más mercancías. En dicho proceso, las mercancías y los productores, igual que las células del cuerpo humano, perecen en el camino y vuelven a renacer, trasmitiendo de generación en generación el material, la energía y la información acumulada por las generaciones anteriores.

Estas leyes permiten entender su funcionamiento y equilibrio, dando cuenta también de sus fracturas o desequilibrios, tanto en el propio mercado como frente a los sistemas exteriores, es decir daños sociales y medioambientales que el mercado inflige a sus partes, al todo y a su entorno.

Además del concepto de homeostasis o equilibrio interno, también tenemos que agregar el concepto de descompensación y metástasis, para dar cuenta de las turbulencias o desequilibrios momentáneos, así como de las crisis financieras mayores que pueden descompensar o hacer colapsar una rama o país donde se inicia, llevando la fractura metabólica a otras ramas, países o al mundo entero, como pasó con la crisis financiera ocurrida durante la conocida gran depresión de los años 30 o las recientes crisis financieras ocurridas a finales del siglo pasado y en la primera década del presente siglo. En el mercado las oscilaciones naturales o intervenidas de los precios mantienen una permanente turbulencia en la economía y en cada oscilación perecen los menos aptos y avanzan los más aptos; en fin, enriquecimiento y empobrecimiento son el resultado de aquellas súbitas bajas y subidas.

La fractura metabólica a la que se refería Marx considera el daño infligido a un sistema exterior del cual nos alimentamos, como es la naturaleza exterior y su biodiversidad. La fractura social del capital, en tanto explotación, daña no solamente a la naturaleza exterior y por tanto a nuestros propios organismos, sino a la naturaleza social propiamente dicha, es decir, al colectivo social, al que también todos y todas pertenecemos.

Cuando la fractura del metabolismo del mercado alcanza a todo el organismo social y por ende a sus extremos, interiores y exteriores, cuando su recurrencia es cada vez mayor e irreparable, no queda otra opción más que sea la misma sociedad la que tome las riendas del proceso y busque otro metabolismo. En este sentido, las revoluciones aparecen no solamente como convulsiones del organismo social, sino como salida a la crisis, saliéndose del sistema que la genera. Momento en que las necesidades radicales, al decir de Marx, buscan como satisfacerse fuera del sistema que las engendra, pues el viejo sistema no tiene la capacidad para satisfacerlas.

En este sentido, el concepto de metabolismo del mercado alude al potencial de contradicciones, conflictos y transformaciones que un sistema engendra, así como a las posibles soluciones que se atisban en el seno de sus propias contradicciones. En el caso del metabolismo del mercado capitalista se trata de oponer a la ley anárquica de la competencia, la ley de la regulación consciente de la sociedad organizada en función de sus intereses humanos de libertad, igualdad y solidaridad. En fin, el metabolismo del mercado quiere expresar en una forma dinámica y más comprensible lo que Marx llamó el fetichismo de la mercancía, es decir la forma social o de intercambio que adquiere el valor. Realmente, hay que aceptar que parece un acto de magia la forma o acomodo en que el mercado, incluso más que los capitalistas o los gobiernos más previsores o planificadores, decide finalmente el precio de intercambio entre las millones de mercancías. Aquí la mano invisible es en verdad una mano prestidigitadora que esconde a la vista y paciencia de todo el mundo la forma en que el mercado nos manipula haciéndonos creer que el dinero o la moneda, cualquier moneda, es el origen de la riqueza; además nos tiene convencido que es imposible otro intercambio de bienes y servicios que no sea mercantil o monetizado.

3. La dictadura invisible del mercado

En este apartado queremos caracterizar el imperio del mercado como una fuerza que se impone sobre la voluntad de productores y consumidores, es decir, como una dictadura.

Una dictadura política alude al poder concentrado en una persona, en un grupo reducido de personas o en un aparato político-militar, incluso en una o pocas naciones, sobre el resto de la humanidad, ejerciéndose arbitrariamente por la fuerza, sea ésta la fuerza de las armas o la de la seducción. Hablaremos de dictadura económica para referirnos al poder económico concentrado en pocas

manos y ejercido a través del monopolio económico de las fuentes de la riqueza como capital, sea ésta la naturaleza, el trabajo, la tecnología o el capital-dinero. Pero cuando hablamos de la dictadura del mercado estamos entendiendo que la misma se impone incluso por encima de los poderes económicos.

Los economistas clásicos concebían la economía como un proceso de producción, intercambio y consumo regido por una mano invisible, donde el bienestar de todos sería la consecuencia de la conducta egoísta de todos los agentes económicos. A Marx le tocó develar no solamente la mano invisible del mercado, sino también el puño del capital, hoy cada vez más visible, explicando la explotación por primera vez en la historia, a pesar de que la misma tenía miles de años de existencia. Bien podríamos agregar que a nivel internacional, la mano invisible del mercado y el puño visible del capital son ejercidos a través del dinero y el crédito, así como del resto de aparatos represivos y persuasivos del imperialismo, punto de llegada de la evolución más consciente, más insensible y catastrófica del capitalismo. Todo esto hace más confusa la percepción del imperio del mercado y de las vicisitudes para pasar del capitalismo al socialismo.

Al imperio o dictadura económica llamada mercado, nadie puede sustraerse impunemente, ni empresarios ni trabajadores, ni capitalistas ni gobiernos capitalistas, en fin, ni productores ni consumidores. Ni siquiera la burguesía misma, considerada por Marx como una criatura más del sistema. Sobre la diferencia entre el sistema y la responsabilidad particular de sus agentes, Marx es suficientemente explícito, como se desprende de lo que afirma en el prólogo al primer tomo de El Capital: "*Un par de palabras para evitar posibles equívocos. En esta obra, las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las personas en cuanto personificaciones de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase. Quien como yo concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de las que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas*."[62] En otras palabras, aunque la burguesía está sometida al mercado capitalista, funciona como su agente principal, pero el mercado capitalista no tendrá compasión frente a ella; si no es eficiente para valorizar el capital, si pone en peligro el sistema capitalista en su conjunto, si no compite como tiene que

62 Carlos Marx, *Prólogo a la primera edición de El Capital, Crítica a la Economía Política*, t.1, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986, pág. XI.

competir, simplemente desaparecerá como empresario individual, incluso como clase. Hasta la burguesía, individualmente hablando, decía Marx en el Manifiesto del Partido Comunista, puede entrar a engrosar las filas del proletariado.

El imperio del mercado tiene muchos miles de años de existencia, prácticamente desde que existe el intercambio de mercancías. Entrando a su mayoría de edad, como mercado capitalista, en los últimos siglos, ha sido una de las grandes revoluciones históricas de la humanidad, como lo fue la invención del Estado en términos políticos. Suponemos, sin embargo, que debido a las crisis de sobreproducción del mercado capitalista, las próximas grandes revoluciones estarán signadas por la domesticación del mercado capitalista y posteriormente por su fenecimiento, logrando que el intercambio se rija por la voluntad consciente y democrática de la sociedad en su conjunto, en un primer momento y por las necesidades y deseos sociales en un segundo. Hubo momentos, como todavía en algunas comunidades rurales, en los que las familias producían la mayor parte de lo que consumían. Pero a medida que se amplía la población, se desarrolla la tecnología y avanza la división del trabajo, cada vez entramos más en la economía de mercado, donde rige la ley de hierro de la remuneración diferenciada. En este sentido el comunismo fue concebido como la dictadura del proletariado, una dictadura que se ejerce sobre las clases dominantes anteriores y sobre el mercado mismo, regulándolo hasta su disipación final.

Hace dos siglos, Hobbes y el liberalismo nos propusieron salir del estado de guerra de todos contra todos en que supuestamente vivía la humanidad, invitándonos a construir un leviatán político al cual todos nos subordináramos: al Estado o imperio de la ley y monopolio legitimado de la violencia[63]. Desde entonces, el liberalismo ha luchado por eliminar toda intervención del Estado sobre el mercado, opción que pocas veces han tomado los propios capitalistas, quienes siempre se han servido del gobierno para apuntalar sus negocios en el mundo entero y que el neoliberalismo ha llevado hasta sus últimas consecuencias, a través de la privatización y el subsidio a favor de las corporaciones. Hace más de un siglo, Marx y el socialismo propusieron que lo que se hizo políticamente se hiciera económicamente, es decir, construir un aparato de regulación que evitara las desigualdades sociales y, citando a Saint Simon, que "*el gobierno político sobre los hombres fuera sustituido por la administración de las cosas*". Si la economía

63 Thomas Hobbes, Leviatán, la materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil, Alianza, España, 1999.

política defendía a los industriales frente a los terratenientes y frente a la naciente clase obrera, la crítica marxista a la economía política nació defendiendo a los trabajadores, recomendando iniciar el socialismo con la toma del Estado por los trabajadores, para llevar a cabo una distribución a favor de los intereses de la mayoría, lo que implicaba poner a disposición pública aquellas condiciones de la producción y del intercambio que estaban en manos privadas, sentando así las bases para sustituir el capitalismo por un socialismo conducido por el Estado. Desde entonces, la experiencia socialdemócrata condujo a un capitalismo de Estado y la experiencia comunista a un socialismo de Estado. Sin embargo, tener el poder, no es garantía suficiente para llevar a cabo todas las transformaciones que alberga la transición del capitalismo al socialismo, aunque no tenerlo tampoco impide emprender aquellas transformaciones. El caso más paradigmático de esta última afirmación es la propia revolución económica burguesa, que llevó a cabo las principales transformaciones aún antes de la toma de la Bastilla.

Hoy en día, la guerra económica a través de la competencia de todos contra todos, conducida aparentemente por la mano invisible del mercado, parece ser quien gobierna la conducta universal de la humanidad, a costa de la quiebra generalizada de la mayoría de los pequeños y medianos productores, la miseria y marginación social de la población en general y la destrucción ecológica del globo terráqueo. Todo esto a través del intercambio de bienes, servicios, personas y capitales, constreñidos todos y todas a producir, ganar y consumir sin límites de ninguna especie, siempre que se tenga el salvoconducto del dinero.[64]

Existe una fuerza mercantil que se impone y se impondrá hasta que aparezca un regulador consciente que se haga cargo de planificar la producción, el intercambio, la distribución y la reproducción ampliada de la economía, hasta alcanzar la plena desmercantilización de la misma, momento en el que la regulación consciente elimine la competencia y, progresivamente, la división de trabajo. Entonces, el reino de la libertad compartida o de la abundancia para todos, se impondrá sobre la escasez o las necesidades que hoy padecen las mayorías. En ese momento, la mercancía dejará de existir, mientras tanto, durante la transición, habrá que poner mucha atención a la hora de querer violentar la ley del valor, base y metabolismo de la vida y milagros del intercambio de mercancías. Para quienes piensen desde ahora que eso es una burda utopía, me adelanto a señalar, por el momento, como muestra de confiabilidad en nuestra tesis, algunos bienes que desde hace mucho tiempo han sido desmercantilizados, siendo los más

64 Cfr: Samir Amin, ¿*Cómo funciona el capitalismo*?, Siglo XXI, México, 1985.

conocidos los de servicio público, como una carretera, la educación o la salud, al menos hasta que llegó el neoliberalismo a remercantilizarlos o reprivatizarlos.

La mano invisible del mercado y el puño visible del capital

La dictadura es el gobierno de una ley que impone el soberano. En este caso, sin embargo, el soberano no es el consumidor como lo pregonan los marginalistas, sino el propio mercado, a través de su órgano o aparato principal, el capital.

Sin embargo, el imperio del mercado es como el imperio de la ley, sin más rostro que el de sus agentes. La ley es invisible y solo se muestra a través de los aparatos judiciales y policiales, como invisible es el mercado, el que sólo se muestra por medio de sus agentes económicos: los comerciantes, los usureros, los capitalistas industriales y banqueros. Antaño, durante los regímenes despóticos o durante las monarquías absolutas, los soberanos no dejaban ver su rostro, como hoy hace el mercado, lo que no lo hace menos tirano, sino todo lo contrario.

Efectivamente, bajo el imperio del mercado y tal como lo dijo Adam Smith, todo pareciera suceder como si una mano invisible (*hidden hand*) se encargara de organizarlo todo. Sabemos, sin embargo, que la famosa mano invisible es lo que los marginalistas llaman la ley de la oferta y la demanda o lo que los marxistas llaman la ley del valor, precisamente a través de la forma valor o de intercambio. Pero el mercado no solamente es invisible, sino que aparece como el desiderátum de la democracia, igual que el derecho. Ahora bien, así como la dictadura del mercado capitalista afecta más a quienes se encuentran en la parte inferior de la pirámide, así la democracia beneficia más a quienes se encuentran en la parte superior de la pirámide.

Suele decirse que no hay peor policía que el que se encuentra interiorizado en nuestras cabezas. Asimismo es el mercado. En el mercado todo funciona bajo la regulación de los precios, expresión en moneda de los valores de cambio, los que cual soldados definen la conducta de cada agente económico, bastando para ello que todos se encuentren motivados, ya sea por el afán de lucro o ya sea por las necesidades.

La formación de los precios y la asignación de recursos por el mercado se desprende de la iniciativa de millones de productores y consumidores actuando de acuerdo a sus posibilidades e intereses, en parte basándose en el conocimiento acumulado, en parte compitiendo con el resto de productores y consumidores, es decir, en ambos extremos de la cadena. En la vida diaria, miles, incluso millones,

de empresarios o productores pierden su empresa por la competencia de alguien que produce más barato que ellos y pierden sus ahorros o patrimonios, debido a la anarquía en la producción, pues todo el mundo opera individualmente.

El precio final de una mercancía arrastra el precio de cada uno de los momentos recorridos en su producción. Cada productor y cada consumidor calculan de acuerdo a sus expectativas y así se va conformando el precio de cada uno de los insumos-mercancías hasta llegar al precio final de la mercancía final. Además de las distintas decisiones, el mercado va fijando y nos va alfabetizando a un precio determinado para cada mercancía. Si a alguien le preguntamos por qué un carro cuesta más que una bicicleta, inmediatamente nos responderá porque cuesta más producirlo. Si le preguntamos a otra persona por qué no compra un carro en vez de una bicicleta, inmediatamente nos responderá porque no tiene dinero para comprarlo. En todo caso, tanto compradores como consumidores nos remitirán a la actividad productiva donde se fabrican las cosas y donde se obtienen los ingresos para adquirirlas. En el mercado, día a día se va tomando cada decisión y por supuesto mucha gente perece como productor o como consumidor en las diferentes decisiones que toman en su vida, económicamente hablando. El resultado final lo decide el mercado o encuentro de millones de vendedores y compradores bajo circunstancias que apenas conocen, salvo que necesitan comprar o vender, operación que se resuelve de acuerdo al precio de cada mercancía y a la capacidad adquisitiva de cada comprador.

El mensaje que queremos transmitir es que todo ese cálculo que cada una de las miles o millones de personas o empresas toman fácilmente se vuelve difícil de calcular desde un aparato de planificación y para todas y cada una de las mercancías. Claro está que desde un órgano de planificación se puede imponer una determinada producción y prever un determinado precio. Asimismo, desde ese mismo órgano de planificación se puede decidir cuánto dinero o mercancías ahorrar o dejar de consumir para dedicar a una producción posterior, cuántos cañones y cuanta mantequilla decidimos producir, como nos enseñaban en las clases de economía; cuántas divisas gastar en medios de producción y cuántas en medios de consumo de acuerdo a una determinada racionalidad, concentrada en los aparatos de comunicación. La diferencia es que cuando un órgano de planificación se equivoca o sus decisiones no son del agrado de la gente o de un segmento de la gente, dicha gente culpa al aparato de planificación, lo que no pasa en el mercado, donde cada uno es libre de optar por un sinnúmero de decisiones sin que la culpa de la equivocación recaiga sobre el mercado.

Detrás de la mano invisible del mercado aparece la mano visible del capital o del monopolio de quienes controlan las fuentes de la riqueza. Sin el monopolio de los recursos no podría haber explotación y sin el subterfugio de los precios difícilmente se aceptaría aquella explotación. Cualquier persona puede sentir los efectos de una enfermedad, pero solo un médico que conozca el metabolismo del organismo podrá al menos sospechar por qué las cosas o enfermedades suceden y cómo podrían detenerse. Lo difícil a nivel social es que en el mercado estamos solos y él tiene la capacidad para enfrentarnos individualmente, desactivarlo implica una rebelión colectiva, es decir, una revolución que sepa además cómo desactivarlo. Tarea nada fácil como lo muestra la primera gran experiencia socialista de la humanidad, quien a la larga fue revertida precisamente por el mercado.

Suponiendo que todo negocio productivo necesita de tres factores como son, la fuerza de trabajo, la tierra y el capital, este último, en tanto stock de mercancías y en tanto relación social de producción, ¿quién decide el precio de cada uno de esos factores en el mercado? O mejor dicho ¿quién decide que los que posean el capital se quedarán con todas las ganancias, mientras que los que posean la fuerza de trabajo, apenas ganarán para mal morir? ¿Quién decide que los precios del café exportado por el tercer mundo tengan un precio mucho menor que los equipos importados de los países industrializados, siendo que estos últimos contienen menos trabajo por unidad? Y lo más importante del caso, ¿cómo es posible que durante tanto tiempo la humanidad haya aceptado una relación tan desigual, siendo los trabajadores y consumidores finales la mayoría y siendo el imperio una minoría?

Las gigantescas corporaciones financieras, industriales, comerciales, concentran cada vez más los capitales globalizados. En la competencia mundial del capital una empresa corporativa se hace cargo de un producto o negocio a nivel global. Es así que aparecen las corporaciones que controlan los grandes negocios. El negocio armamentista, las corporaciones farmacéuticas, automovilísticas, informáticas, extractivas, comerciales, bajo el don de la ubicuidad geográfico-mundial.

Ahora bien, toda dictadura sobre la conducta de la gente requiere una dictadura sobre el cerebro y el alma de esa misma gente. No importa que la relación se lleve a cabo entre víctimas y verdugos, o peor aún, no importa si hay o no verdugos, los dogmas y la obediencia a los mismos pueden sustituirlos. Claro está que quienes más se benefician de aquel orden, más interesados estarán en que se acepten las normas imperantes, en este caso los dogmas del mercado. Es

así que la fuerza del imperio no se limita al poderío militar y financiero, sino que cuenta con los grandes medios de comunicación para legitimar su genocidio.

Es así que la ideología o incluso la ética pueden contribuir al funcionamiento de la mano invisible del mercado, de la misma forma que la ideología y la ética cristiano-occidental contribuyeron al mantenimiento del orden colonial. En este sentido y por muy paradójico que parezca, si para el poder político la mejor manera de legitimarse ha sido a través de la democracia representativa, para la dictadura del mercado la mejor manera de reinar es a través del libre mercado, donde los votos son sustituidos por las acciones del mejor postor o, como hacen los marginalistas, haciendo creer que el consumidor es el soberano del mercado.

Para los ideólogos actuales del mercado, la democracia más avanzada no es ya la democracia política del Estado de Bienestar donde las instituciones públicas velarían por el bienestar de sus ciudadanos, sino la democracia del mercado donde la búsqueda competitiva del interés personal es la mejor manera de alcanzar la felicidad individual y el bienestar social de todos. La guerra de todos contra todos, superada por un estadio cívico-político de las sociedades modernas a través del Estado, es reeditada por la democracia de la competencia sin tregua de todos contra todos en el mundo del mercado.

En esta democracia del mercado pierden hasta los propios capitalistas, precipitándose todos bajo los dictados de los que poseen y concentran cada vez más el monopolio del capital. Donde todos son tratados como compradores o vendedores, pero donde la mayoría es arrastrada a la pauperización de las poblaciones y la desertificación de los países, por el imperio de la ley del más astuto y el más fuerte.

El mercado se presenta así como la armonía de un intercambio que logra contabilizar y compatibilizar, bajo la regla mágica e invisible de los precios, la igualdad con la desigualdad, la justicia con la injusticia, la libertad con el despotismo, la democracia con la dictadura. Fuera del robo, el pillaje abierto o la guerra encarnizada, presentados como momentos excepcionales, en el mercado todo sucede con el mayor de los consentimientos logrados en una relación de dominio.

Para los que no han oído hablar de este maravilloso entretenimiento mercantil o las explicaciones de la economía política le parecen muy abstractas, permítasenos explicarlo comparándolo con uno de los más viejos juegos de azar: el juego de cartas en un casino. La democracia del mercado se asemeja a un juego

de cartas donde todos están obligados a jugar y cada jugador tiene las mismas oportunidades de ganar o perder. A todos se les reparte igual número de cartas, todos tienen la libertad de intercambiar cartas con su competidor o con el banco de cartas, todas las cartas o mercancías se intercambian por su valor, cada uno vale por lo que tiene en sus manos y bolsillos y todos tienen que atenerse y aceptar las reglas del juego, sin utilizar la violencia para arrebatar la riqueza del otro, salvo a través de las reglas establecidas. Y en estos juegos de suma cero, al igual que en el juego de la lotería que utilizamos al inicio, el resultado es por todos conocidos: unos ganan y se hacen ricos, otros pierden y siguen en la miseria. En el juego libre del mercado, sin otro árbitro que las reglas democráticas del intercambio equitativo de cartas o precios, se negocia todo: el caballo, la casa, la pistola, la mujer y la vida, y al otro lado de la mesa nacen magnates vestidos de una suerte atribuida al azar, la eficiencia, el conocimiento, el empeño, la habilidad, la austeridad previa para conseguir la cuota de entrada al casino.

La diferencia entre el juego del mercado y el juego de cartas es que en este último nadie dice ni cree que la búsqueda del interés individual sea la mejor manera de lograr la felicidad del mayor número como cantan los creyentes del mercado. Para todos es evidente que sobre la mesa de juego la riqueza pasó de una manos a otras y que a pesar de todas las virtudes y prestidigitaciones del truhan de turno, su riqueza salió del bolsillo de los otros jugadores, y hasta el más ingenuo jugador sabe que el simple intercambio de cartas no genera riqueza, salvo que sobre la mesa se juegue y transfiera el valor aportado por cada uno de los participantes. Y esto sólo puede pasar cuando concurren dos elementos en la mesa del mercado: en primer lugar el dinero, en metálico, en fichas, en billetes, en cheques, en tarjetas de crédito, o en cualquiera de sus formas, aceptado como equivalente para adquirir cualquier producto que contenga valor, equivalente previamente producido y que cada jugador lleva a la mesa del mercado, y en segundo lugar, cuando uno de los jugadores posee en exclusividad o monopolio una determinada combinación de valores o cartas que le permite quedarse con los valores ajenos. Hoy, la sociedad de consumo se ha encargado de explicitar el misterio y entrena a nuestros niños a familiarizarse con este juego, vendiendo masivamente un juguete llamado “monopolio”, es decir, el nombre que expresa, como veremos más adelante, la clave de la verdadera identidad del azar.

Podemos agregar que la diferencia entre un mercado como lo pintan los libros y un mercado capitalista es la misma diferencia que existe entre un juego de cartas sin apuestas, cuyo objetivo es la simple diversión, y un juego de cartas con apuestas, cuyo objetivo es el enriquecimiento. Y tal como afirmamos anteriormente, en

el casino del sistema actual no se puede jugar más que apostando y arriesgando dinero. La relación y contraste entre el mercado de lucro y el juego son señalados por Marx, citando a una serie de economistas. Al respecto nos dice Marx: "'*No se cambia dinero por dinero', dice Mercier de la Riviére, dirigiéndose a los mercantilistas y en su obra que trata ex profeso del 'comercio' y de la 'especulación', leemos: 'Todo comercio versa sobre el intercambio de objetos de distintas clases, y la ventaja (¿para el comerciante?) brota precisamente de esta diversidad. Cambiar una libra de pan por una libra de pan... no supondría ventaja alguna...; de aquí el ventajoso contraste que media entre el comercio y el juego, el cual solo consiste en cambiar dinero por dinero (Corbet). Aunque Corbet no advierte que D-D, es decir, el cambio de dinero por dinero, es la forma característica de circulación no solo del capital comercial, sino de todo capital, reconoce por lo menos que esta forma se da en una clase de comercio, en la especulación, a la par que en el juego; y luego viene Mac Culloch y descubre que comprar para vender es especular, con lo cual cae por tierra la diferencia entre la especulación y el comercio. Toda operación por medio de la cual, una persona compra un objeto para volver a venderlo, constituye de hecho un acto de especulación' (Mac Culloch). Pinto, el Píndaro de la Bolsa de Amsterdam, se expresa en términos incomparablemente más ingenuos: 'El comercio es un juego (frase tomada de Locke), y jugando con mendigos no se puede ganar nada. Si durante mucho tiempo se les quitase a todos cuanto llevan encima, no habría más remedio que devolver amigablemente, la mayor parte de las ganancias, para poder reanudar el juego (Pinto)*'"[65].

Usualmente se dice que existe dictadura cuando el poder, de cualquier naturaleza que sea, político o económico, se concentra en pocas manos y se ejerce con evidente injusticia, generando padecimientos a la mayoría. Asimismo se afirma que la dictadura es lo contrario de la democracia ¿Cómo podrían convivir entonces la dictadura con la democracia?

Pues bien, así como la democracia política convive con el monopolio del poder en manos de una clase, aunque administrado por una burocracia, elegida electoralmente, asimismo la democracia mercantil puede convivir con el monopolio de la riqueza en manos de quienes tienen el monopolio del capital. En la democracia política todos somos iguales y todos somos libres para escoger el gobierno que queramos o para votar por quien queremos que nos gobierne, sin embargo, todos sabemos que después del juego todos tenemos que subordinarnos al gobierno escogido, nos guste o no, hasta que cambiemos de nuevo el gobierno.

65 Carlos Marx, *El Capital*, t. 1, Op.cit., p.113, nota 4.

Lo mismo pasa con la relación de convivencia entre la democracia mercantil y el monopolio de los recursos; en el mercado todos somos iguales y libres de escoger el negocio al cual apostar, pero después de cada operación, todos padecemos la desigual distribución de los recursos y la mayoría tiene que aceptar la miseria de sus familias y la riqueza de sus patronos.

Es así que existe una dictadura política y una dictadura económica, la primera se ejerce a través de la fuerza y la segunda a través del monopolio de los recursos, la primera se asienta en el monopolio del poder y la segunda en el monopolio del dinero.

Sin embargo, en el reino del mercado las cosas son mucho peores. Si en política la democracia y la dictadura aparecen como excluyentes, en economía por el contrario, la democracia del mercado y el monopolio del capital, tienen el don de ser aceptados sin que dicha paradoja parezca censurable.

Ilustremos esta afirmación con un ejemplo de la vida real. En política todo el mundo está de acuerdo en regular las relaciones de poder entre los ciudadanos, y si en presencia de un gobierno dictatorial nos preguntan qué podríamos hacer, sencillamente responderíamos: instaurar un gobierno democrático, es decir, un gobierno regulado por el consenso y por las leyes; sin embargo, frente a las brechas sociales y al poder monopólico y por tanto dictatorial del mercado, o frente a las crisis permanentes donde quiebran millones de empresas y se desemplea a millones de trabajadores, no está permitido pensar siquiera en regular las relaciones económicas actuales, imponiendo el criterio de que no puede existir otro mercado que el mercado capitalista y que no puede existir otro intercambio que el intercambio mercantil hegemonizado por el capital. La única regulación aceptada es la regulación que imponen los magnates bajo el criterio de que lo que están haciendo es desregulando las trabas para permitir que el mercado se regule solo.

La dictadura política ha sido suficientemente analizada y bastante asediada desde hace mucho tiempo, dando cuenta de ello las innumerables insurrecciones acaecidas sobre la tierra desde la aparición de nuestra especie, con el fin de ejercer un mayor control social sobre cada escalada abusiva del poder. Y podríamos decir que a raíz de la revolución francesa y del establecimiento de la democracia política burguesa hace 200 años, hemos recorrido un buen trecho en el desvelamiento de sus tendencias y contra-tendencias, alcances y limitaciones, farsas y tragedias, debilidades y posibilidades, en su esfuerzo por enterrar de una vez por todas al Leviatán de turno.

Ya sabemos que no todos aceptan que el capital sea sinónimo de monopolio y este monopolio, en última instancia, es quien permite y explica que los precios sean mayores que los costos de producción, al adicionárseles una ganancia o sobrevalor apropiado por los capitalistas; aunque a final de cuentas el valor total sea el mismo. Para algunos el capital es resultado del ahorro, la abstinencia y el sacrificio de los capitalistas, que en vez de consumir invierten. Y además han logrado convencer a la mayoría de la humanidad que en el mercado, al igual que en el juego, todos entramos a jugar en igualdad de condiciones y con las mismas reglas; si alguien pierde o alguien se pierde nos diría el catecismo, la culpa será de nuestros pecados y no de la voluntad de la providencia o del mercado, conminándonos a creer, sin embargo, en la infinita misericordia o posibilidad del azar.

La verdad es que la competencia se impone como una dictadura a la que nadie tiene posibilidad de sustraerse. Hablar de mercado es hablar de competencia por el lucro y hablar de dictadura del mercado es hablar de los mecanismos impuestos sobre la gente para que todo su comportamiento, no solamente el comportamiento económico, sino moral, sexual, político, etc., esté condicionado por la competencia, la sobrevivencia y el lucro en las relaciones sociales. La dictadura del mercado aparece así como algo parecido a la dictadura de los instintos o de las drogas en el caso de penitentes pecadores o consumidores, permanentemente arrepentidos, permanentemente tentados, permanentemente obligados a seguir pecando, independientemente de su dificultad para obtener la droga o el paraíso prometido. Pero esa libre y obligada competencia de todos contra todos, aparece como la expresión más acabada de la democracia. Tanto es así que los últimos pensadores del capitalismo proponen desechar la democracia electoral por la democracia del mercado, empujándonos a un darwinismo y a una guerra generalizada donde quien tiene mayor potencial bélico se queda con el botín o riqueza acumulada por la humanidad entera.

El papel del Estado, la familia, el dinero y el consumismo en el mercado capitalista

Dijimos anteriormente que la mercancía engendró al mercado, el mercado engendró al capital y ambos construyeron un sistema, el sistema capitalista; proceso hegemonizado por el valor de cambio, pero dependiente cada vez más de la ampliación sin límites del mercado. Este sistema dependerá, desde su nacimiento hasta su desarrollo, de varias instituciones que se volverán imprescindibles, entre ellas el Estado, la familia, el dinero y el consumismo. Ahora bien, si el valor de cambio hegemoniza todo este proceso, nosotros queremos revelar el rol

que tiene el valor de uso de las mercancías para la sobrevivencia del mercado capitalista; un valor de uso posesivo y consumista. Siempre que hablemos del mercado, nos estaremos refiriendo al mercado capitalista, al funcionamiento del mercado bajo la hegemonía del capital industrial, es decir, del capital productivo o multiplicador de mercancías.

El Estado como protector del sistema de mercado

Aunque el poder centralizado mostró regularmente alguna relación con el mercado, siempre existió una cierta economía o comercio de bienes que se llevaban a cabo sin mucha presencia de los poderes públicos. Sin embargo, a medida que el comercio se expandía y se generalizaba, la relación entre los poderes públicos, religiosos o civiles, con el mercado fue cada vez más importante. El mercantilismo, en el siglo XVI, no se explica sin la relación entre el Estado y los comerciantes; los poderes públicos necesitaban de los comerciantes y del mercado y aquellos necesitaban de los poderes públicos. Debido a esa interdependencia o codependencia entre los gobiernos y el mercado, es que la lucha de clases adquiere un componente, no solamente económico, sino que también político.

El Estado se entiende hoy en día como el conjunto de ciudadanos organizados en función de la convivencia, para lo cual se establece de común acuerdo que todos estén subordinados a la ley, entendida como el monopolio de la violencia, la cual es administrada por un gobierno o aparato represivo aceptado por todos a través de la opinión pública entendida como sentido común. En un mundo de competencia y de intereses particulares, se suponía que hacía falta un acuerdo y un aparato que lo regulara con el fin de evitar que la sociedad saltara en pedazos, es decir, como se dijo profusamente, que evitara la guerra de todos contra todos. El éxito del Estado nacional quiso replicarse a nivel internacional, donde el mercado mundial generaba las mismas o mayores complicaciones. A pesar de todo, las naciones y el mundo entero no han podido evitar ni las arbitrariedades del gobierno-estado, ni las guerras civiles, ni las guerras de pillaje a nivel internacional. El Estado se expresa cada vez más como aparato de represión nacional, de la misma manera que los gobiernos imperialistas se expresan cada vez más como aparatos internacionales de represión de las nacionales particulares.

Antiguamente, el Estado equivalía a la comunidad, llamada en algunos lugares ciudad-Estado, posteriormente Estado-nación, y hoy hasta podemos hablar de Estado-mundial. En tiempos de la ciudad-Estado, no había mucha diferencia entre lo público y lo privado, o mejor dicho, lo privado correspondía al mundo

doméstico. Con el desarrollo y la ampliación de la propiedad privada de los medios de producción, empezó a hablarse de un sector público y de un sector privado de la economía, considerando que el primero obedece a los intereses del público y el segundo a los intereses particulares.

El Estado es anterior al Estado capitalista. Hubo Estados esclavistas, Estados tributarios, Estados feudales, Estados mercantiles, como ahora existen los Estados capitalistas o los Estados socialistas. El Estado siempre ha sido una fuerza organizada para dominar, controlar, esclavizar, explotar o defender intereses, es decir, un aparato de fuerza para mantener el orden y sobre todo para mantener órdenes impuestos. El Estado es, pues, una relación de poder entre quienes mandan y quienes obedecen.

El Estado capitalista, más que un instrumento en manos particulares al servicio de cualquier capricho personal o de clase, es más bien una síntesis de las contradicciones de una sociedad. Para el Estado capitalista, ni siquiera la burguesía, en cualquiera de las anteriores acepciones, puede hacer lo que quiera, so pena de perecer al no cumplir con el mandato del sistema, en este caso acumular o reinvertir permanentemente las ganancias o los excedentes en aras de la reproducción ampliada de producción de mercancías y del propio capital. El Estado está ahí para apoyar el crecimiento e impedir que las contradicciones y conflictos pongan en peligro la reproducción del sistema, sea este oligárquico, burgués o socialista. Si bien es cierto que las políticas económicas del Estado expresan los intereses de la clase dominante, la verdad es que en última instancia lo que representan son los intereses del sistema dominante.

El nacimiento y desarrollo del Estado capitalista muestra varios momentos o funciones, algunas de las cuales lo han acompañado desde siempre, otras se prolongan en los Estados socialistas, a saber: a) Una función política y ciudadana. La función del orden interno y la defensa externa, la creación y aplicación de las leyes, la represión de acuerdo a las leyes, los tribunales, los registros y contratos, la seguridad ciudadana, las relaciones exteriores o internacionales, entre otras; b) Una función social al servicio de las clases sociales, tanto de las clase dominantes como de las clases dominadas; en primer lugar aparece lo que ha dado en llamarse las condiciones generales de la producción, establecidas en función de las necesidades de las clases dominantes, como las carreteras y la electrificación pública; en segundo lugar las condiciones para preparar a los trabajadores (educación) y reparar a la fuerza de trabajo (salud); c) Una función económica; administrando medios de producción y de cambio, organizando y regulando la

circulación monetaria (emisión o acuñación, crédito, tasas de interés, respaldo y sanciones), redistribuyendo los excedentes a través del presupuesto de ingresos y gastos, resolviendo las crisis económicas y financieras, interviniendo el mercado en interés de los capitalistas o de los trabajadores y pobladores en general; d) Finalmente, al menos en el último siglo, aparece como función estratégica la redistribución de los excedentes a fin de estimular la demanda, pero también auxiliando a las masas que presionan por su sobrevivencia y bienestar, a través del crédito y las prestaciones sociales, al menos así había sido hasta que llegó el neoliberalismo y comenzó a privatizar todos los bienes y servicios previamente socializados, tanto en los regímenes capitalistas como socialistas. Este señalamiento será más importante cuando pensemos en la posibilidad de una producción de bienes y servicios y un intercambio no mercantilizado.[66]

El Estado nació como violencia, pero aspirando a institucionalizarse. A pesar de toda la institucionalización o normación legal del funcionamiento del mercado, la violencia no será jamás abandonada por las fuerzas del mercado. Es así que la gran *partera de la historia*, la violencia, manifiesta permanentemente su mejor acto de magia, como es encender el motor del despojo, el que se mantendrá encendido a lo largo de la historia, en la acumulación primitiva y en las modernas y contemporáneas guerras de rapiña. Efectivamente, la mercancía-capital no se ha limitado al acaparamiento de medios de producción en manos privadas, sino que extiende su brazo hacia la desposesión del resto de la humanidad, quién vivirá subordinada a una relación de enajenación de su fuerza de trabajo y despojada de sus más elementales bienes de subsistencia. Hoy en día, el Estado es la suma de instituciones públicas y privadas, sancionadas por la ley y el orden, encaminadas a institucionalizar el mercado, a fin de que las relaciones mercantiles funcionen no solamente por la fuerza económica o de la ley, sino también por la fuerza de las armas.

¿Cómo hizo el mercado para convertirse en mercado capitalista? ¿Cómo hizo este sistema para proporcionarse la riqueza material necesaria para poner en marcha su proceso productivo y reproductivo? Dicho de otra manera, ¿cómo hizo el capital para transformar la riqueza material en riqueza social, es decir, en valores que producen y reproducen valores, a través de determinados condicionamientos sociales, dicho crudamente, a través de una vil explotación de la gente? Por el momento, pues retomaremos este punto más adelante, digamos que tal odisea no hubiera podido llevarse a cabo sin el concurso del Estado.

66 Cfr: F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en Marx-Engels, Obras Escogidas, Op.cit. t.2, pp. 168-325.

Una vez que la mercancía alcanzó su madurez como mercancía-capital, es decir, como una pluralidad de mercancías embarazada de mercancías y obligadas a reproducirse para poder sobrevivir, se dispuso a concentrar todos los recursos que encontró a su paso, disponiéndose a su primer acto de nacimiento, como fue la acumulación originaria. De ahí en adelante, el Estado se dispondría a dirimir las contradicciones generadas por la competencia, dotándose de políticas encaminadas al funcionamiento y la convivencia de todo el sistema.

Efectivamente, el mercado capitalista y sus primeros preparativos vienen ataviados de la violencia más despiadada, continuando su recorrido a través de la competencia a muerte por imponer su lógica de funcionamiento y su forma de vida. A pesar de los esfuerzos del liberalismo por engendrar un Leviatán liberal, el mundo sigue siendo una interminable guerra de todos contra todos y, sobre todo, contra todas. Su mejor desempeño ha sido la creación de políticas económicas que desde el Estado cada élite y clase dominante utiliza para regular el mecanismo mercantil más apropiado a sus intereses.

La crítica de la economía política, cuyo mayor exponente es el marxismo, plantea que la acumulación originaria de capital incluye diferentes procesos. La acumulación aparece históricamente: a) Como una acción violenta por la apropiación de la riqueza natural y de la fuerza de trabajo, b) Como un proceso de atesoramiento privado de metales preciosos y materias primas, c) Como la disociación de medios de producción y fuerza de trabajo, en otras palabras, como despojo de la tierra y los equipos artesanales de los trabajadores con el fin de disponer de hombre libres que no teniendo de qué vivir pudiesen vender su fuerza de trabajo a quien tuviera los medios de vida y de trabajo, es decir, a un capitalista que estaría dispuesto a alquilarlo o a comprarle la fuerza de trabajo, explotarlo junto con la naturaleza y posteriormente vender el plusproducto de su trabajo[67]. Valga decir, que desde hace muchos siglos se conocía la explotación, pero fue Marx y la economía política quienes en el siglo XIX se encargaron de develarla y explicarla.

Como sabemos, no siempre los recursos naturales o humanos han funcionado como medios de producción o como capital. La tierra, por ejemplo, siempre ha existido, pero sólo en determinadas circunstancias deviene en medio de producción y sólo en determinadas circunstancias deviene en capital, cosa que sucede cuando es objeto de apropiación privada para explotarla, cuando se convierte en

67 Cfr: Carlos Marx, *El Capital*, t.1, Capítulo XXIV, *La llamada acumulación originaria*, Op.cit., págs. 654-700.

el poder generado por el dinero permite a su vez tener el poder para sancionar un dinero que no vale nada y que solamente lo aceptamos porque es sancionado por el poder imperial. Como veremos más adelante, también existen las burbujas financieras o formas de inflar artificialmente los precios a través del crédito y del endeudamiento, obteniendo los bonistas o agentes del capital financiero una rentabilidad fraudulenta. Ciertamente que siempre existió el robo, pero ahora estaría legalizado y vehiculizado a través de la ingenua fe de los ciudadanos del mundo entero.

Además de ser el dinero el equivalente general de las mercancías, intermediario y garante del valor, el mismo tiene su propia personalidad más allá de ser mercancía universal, tiene su precio o interés, tiene un valor de uso para comprar, vender, invertir o atesorar valores, conferir estatus, crear felicidad o desdicha, a pesar que Freud decía que el dinero no aporta felicidad porque no fue deseado en la infancia.

En todo caso, sabemos que por el momento, el mercado no puede existir sin el dinero; de la misma manera que el valor no puede expresarse sino es a través del precio o medida en dinero del valor. A tal punto que la mercancía-capital, el capital, aparece representado por el dinero. Y así como el capital es definido como una relación social, asimismo es definido el dinero, como una relación social, mercantil, capitalista. Esto no es tan indiferente porque nos muestra que las relaciones sociales son históricas, sancionadas por las comunidades, obedeciendo a condiciones concretas, pudiendo por tanto cambiar y hasta desaparecer.

Ahora bien, en una sociedad alienada, donde las cosas producidas por el hombre llegan a dominarlo, el dinero también aliena, pues aparece como la riqueza, no siendo otra cosa que un símbolo de la riqueza, aunque concreta en última instancia. Con el dinero todo se puede comprar y todo se puede vender. De esta manera, habiendo nacido como una necesidad para intercambiar cosas se convierte en un deseo infinito, habiendo nacido como un medio se convierte en un fin en sí mismo. "*Salud, dinero y amor*" aparecen como la fórmula de la felicidad. El dinero es aclamado y vilipendiado a la vez. Precisamente porque en una economía de mercado o, peor aún, en una sociedad de mercado, el dinero es imprescindible para sobrevivir y para vivir, así como la falta de dinero se convierte, como la falta de aire, en una asfixia mortal, en un infierno aquí en la tierra.

Pero el dinero no solamente sirve para expresar y realizar el valor (valor de cambio) de las mercancías, sino para adquirir, poseer y disfrutar del valor de uso de

mercancía y cuando existe el juego de intercambio donde unos ganan y otros pierden, cuando se convierte en capital. Lo mismo pasa con el oro, el que siempre ha existido, pero sólo en determinado momento se convierte en dinero o equivalente general de cambio de todas las mercancías y sólo en ciertas circunstancias se convierte en capital-dinero. Lo mismo se puede decir de la fuerza de trabajo, imprescindible para la sobrevivencia de la humanidad, la que en determinadas circunstancias se convierte en fuerza de trabajo esclava o propiedad de un dueño privado o en mercancía vendible para quien la posee (el trabajador) y comprable para el que la usa (el empresario). Y todo este juego y rejuego no puede funcionar normalmente, es decir, aceptado por todos, sino es por medio de la violencia de la ley, pero tampoco sin el concurso de una ideología que cual cemento mantenga a la población dispuesta a cumplir el pacto social de subordinarse al capital y sus leyes. Quien tenga la fuerza, la astucia, los medios o las circunstancias que lo favorezcan, será quien obtenga o arrebate los medios de producción, la riqueza o el excedente o plus-trabajo. Y quien dice fuerza, astucia y medios de legitimación, dice Estado. Por eso decía un sobresaliente pensador y luchador marxista, como fue Gramsci, "*El Estado es la suma de la sociedad política, más la sociedad civil*"; la primera para dominar por la ley, la segunda a dominar por la hegemonía.

A pesar de lo que dice la economía liberal sobre el papel del ahorro del capitalista para echar a andar la producción, cosa que funciona en pequeña escala y entendiendo el capital como simple riqueza material, la verdad es que cuando hablamos de capital como riqueza social, es decir, como relación social de explotación, se hace necesario que alguien tenga suficiente capital a fin de poder contratar fuerza de trabajo o emprender un proceso de producción. De la misma manera se necesita una fuerza de trabajo despojada de todo medio de producción obligada a venderse o alquilarse. También sabemos que todo sistema parte de un marco legal con la cual inicia e impone su proceso. De todas maneras, hoy en día, tal como tendremos ocasión de analizarlo más adelante, la mayor fuente de capital aparece y reaparece como herencia, más que como ahorro de los productores, herencia que se ha institucionalizado plenamente y cuenta con la ley para reproducirse indefinidamente.

Quizás la función más importante del Estado en relación al mercado capitalista sea aquella que se relaciona con el dinero. Sobre la importancia del dinero en el mercado hablaremos en las próximas secciones. Por el momento digamos algo sobre la relación recíproca entre el poder y el dinero, más concretamente entre el Estado y el dinero. Veamos a continuación lo que nos dice Silvio Gesell sobre

esta relación: "*El dinero necesita del Estado, y sin él no es posible; de hecho se puede decir que la fundación del Estado data de la introducción del dinero. El dinero es el cemento natural y más poderoso de las naciones […] El hecho de que el dinero sea indispensable y que también lo sea su control por el Estado, le da a éste un poder ilimitado sobre aquel. Expuesto a ese poder ilimitado, el respaldo metálico del dinero es como polvo que se lleva el viento. El dinero está tan poco protegido por el material-dinero frente al abuso del poder estatal, como lo está la Constitución sobre el que está escrita. Solo el propio Estado, la voluntad de los que ejercen el poder (autócratas o representantes) podría proteger al dinero de falsificaciones y especuladores, siempre que ellos mismos fueran capaces de usar resueltamente su poder. Hasta el presente nunca han poseído plenamente, por desgracia, esa capacidad*"[68]. Efectivamente, el Estado y la ley son quienes garantizan la realidad del dinero; el día en que la gente desconozca al Estado y desconozca por tanto todos los pactos impuestos en su nombre, el dinero dejará de existir. Por otro lado, sabemos que el dinero o los adinerados tienen la fuerza suficiente como para dictar las leyes al Estado, así como las costumbres, los hábitos, las ideologías, la cultura y la conducta.

Resumiendo, digamos que hoy en día, la fuerza organizada del sistema de mercado capitalista es un bloque compacto y cimentado donde los intereses del capital-dinero (dinero en circulación, divisas, símbolos, marcas, oferta industrial, demanda agregada), así como los aparatos de Estado (legales, militares e ideológicos) se están convirtiendo en una sola masa de poder sobre todos y cada uno de los ciudadanos y las clases, incluida la misma clase capitalista que ya no puede vivir sin la lógica de ambas instituciones.

La familia como creadora y reproductora de la mercancía humana

Así como la propiedad privada creó una determinada división del trabajo y engendró la familia patriarcal, así como el mercado y el capital engendraron el Estado y el capitalismo, asimismo, el capitalismo ha engendrado un tipo de familia sin la cual no podría reproducirse. Así como ahora el mercado capitalista no se explica sin el Estado, tampoco el mercado y el estado se explican sin la familia, entendida como una unidad económica encargada de reproducir material e ideológicamente esa mercancía llamada fuerza de trabajo. El tipo de fuerza de trabajo, su calificación y por ende su precio dependerá de los ingresos que los padres de

68 Silvio Gesell, The Natural Economic Order, citado por David Harvey, Discisiete contradicciones y el fin del capitalismo, Traficantes de Sueños, Madrid, 2014, p. 59.

familia tengan para formar a sus hijos. Aquí habría que introducir la función de la herencia o medios trasmitidos de generación en generación, en principio para la reproducción de la familia, posteriormente como medios trasmitidos para la reproducción del capital y de todo el sistema que los cubre.

La familia patriarcal, es, a su vez, la institución encargada de producir gratuitamente a los ciudadanos-trabajadores. Hoy por hoy, el sistema capitalista no sabría cómo hacer para reproducirse sin el concurso gratuito de la familia.

Una familia produce, alimenta, viste, forma y educa a los hijos de la sociedad, con mayor o menor apoyo del gobierno, hasta la edad adulta en que el sistema dispondrá de ellos para trabajar y producir, o, en tiempos de guerra, para pelear. La disciplina que necesitan los ciudadanos-trabajadores empieza en la familia y continúa en las instituciones religiosas, la academia y los medios de comunicación, quienes sedimentan los valores de una sociedad ordenada por la división del trabajo. Cuando nos refiramos a las externalidades del sistema deberíamos incorporar no solamente al daño sobre la fuerza de trabajo y sobre la naturaleza, sino también al daño sobre la mujer, particularmente al interior de la familia patriarcal.

La familia, igual que el gobierno, puede producir bienes y servicios que no son mercancías. Al interior de un hogar, por ejemplo, donde se producen bienes y servicios, las relaciones sociales no están regidas por relaciones mercantiles, sino por relaciones de cooperación, solidaridad y complementariedad. Hoy en día, el destino de la familia se debate entre fuerzas que quieren mercantilizarla, mercantilizando las actividades domésticas y enviando a la mujer a trabajar fuera del hogar, frente a fuerzas que quieren que la producción de personas se remunere, momento cuando la educación y crianza de los hijos sea totalmente responsabilidad de la comunidad.

Aprovecho para señalar que la familia, siendo una unidad económica generadora de la principal mercancía social, como es la fuerza de trabajo y donde a su interior no existen relaciones mercantiles, sino relaciones de colaboración y solidaridad, el trabajo no es remunerado, contraviniendo uno de los lemas del contrato social entre el capital y el trabajo, por medio del cual todo trabajo deber ser remunerado. No es por casualidad que entre los valores morales de la sociedad mercantil de clases, corresponde el primer lugar a los valores familiares, célula primordial del mercado capitalista. No es por casualidad que el trabajo familiar, sobre todo el de la mujer, haya sido tanto tiempo invisibilizado y devaluado, ma-

terialmente hablando. Aquí el valor material es sostenido y devaluado a cambio de la valorización moral.

El papel del dinero en el mercado

Quizás no haya otro componente más útil, necesario y conocido que el dinero. El dinero es un mecanismo inventado para facilitar el intercambio de bienes y servicios, mucho más eficiente que el trueque o la permuta. El trueque es el intercambio de bienes y servicios por otros bienes y servicios, sin que medie dinero o intermediario alguno entre los contratantes. La permuta es un contrato por medio del cual dos personas acceden a una operación de trueque.

Como lo señalamos rápidamente, en el capítulo anterior, el trueque nace a partir de la existencia de excedentes en una comunidad o entre comunidades. Existe desde el neolítico (10,000 años), particularmente a partir de la agricultura y la ganadería. Cuando a una comunidad le sobra un determinado producto se puede disponer a entregarlo a cambio de otro producto o servicio.

Con el incremento de los excedentes y por tanto del comercio, el trueque es sustituido por el dinero. La verdad es que el trueque se hace muy difícil para intercambiar bienes menos fáciles de comparar o bienes a distancia. Aunque todavía se utiliza, en épocas de hiperinflación.

Las mercancías no pueden viajar solas, sin el precio que las acompaña. Y no siempre se pueden intercambiar entre ellas, como sucedía en el trueque. Por tanto, así como necesitan de una identidad o precio, asimismo necesitan un padrino o intermediario universal que les permita circular en el mercado, siendo este el papel del dinero, pues el mismo adquiere en el mercado la identidad de todas las identidades mercantiles. El mercado deviene así un tejido social, bordado por el hilo del dinero. El papel del dinero es para el metabolismo del mercado como el papel de la sangre lo es para el organismo humano, sin los cuales, dinero o sangre, no sabrían transportarse los elementos que nutren aquellos organismos.

Llamamos dinero a cualquier activo, objeto o incluso servicio, aceptado como medio de pago. Su nombre proviene del nombre que daban los romanos a la moneda de plata (*denarius*). Además de algunos bienes (ganado o cacao), el bronce, la plata o el oro han servido de moneda o dinero, por las facilidades que brindan para el intercambio. La escala de las operaciones de intercambio ha venido evolucionando y con ella la forma dinero. Además de las monedas de oro y la plata, conocemos el billete emitido por los Bancos Centrales o cualquier

otro mecanismo emitido por los bancos o por los comerciantes, como los títulos de valores negociables en general. Se le llama dinero fiduciario a todo medio de intercambio aceptado por fe, confianza o compromiso de pago.

Las monedas propiamente tales todavía se siguen utilizando para las pequeñas transacciones, mientras que el billete se usa para transacciones mayores, así como las cuentas de banco de los usuarios. Últimamente se ha desarrollado el dinero electrónico, cifra o símbolo digitalizado y utilizado para las transacciones, pero aceptado por los medios legales. Igualmente, se conocen otras formas más modernas de digitalización electrónica como las tarjetas de crédito o de débito, o el bitcoin, este último, en la medida que sea aceptado por los contratantes a partir de las primeras pruebas.

Sintetizando podemos decir que el dinero es un medio de intercambio, unidad de cuenta, medio de pago, depósito o conservación de valor. En el mercado capitalista, el dinero o expresión y medida de los valores en general, particularmente de los valores de cambio, cumple una función estratégica para el intercambio de aquellos valores, a tal punto que se ha vuelto prácticamente imposible manejar los intercambios mercantiles sin el apoyo del dinero.

Una función nada despreciable es la utilización del dinero para el crédito y el endeudamiento, en tanto que medio y garantía de compromiso, desde el crédito-endeudamiento de los mercados vecinales hasta los grandes créditos-endeudamientos internacionales.

En última instancia, el dinero es producto de un pacto social, en la medida en que sólo vale porque las comunidades y sociedades así lo pactan y sus autoridades lo sancionan. ¿Pero a qué se debe que las sociedades hayan recurrido al dinero, además de las facilidades de intercambio? Para ello valga otra forma de definirlo. El dinero es la expresión tangible del valor, así como el precio es su medida.

El valor (valor de cambio) es una medida que expresa el trabajo social. El trabajo social es la resultante del trabajo de todas las personas de una determinada sociedad. En una sociedad donde impera la división del trabajo y la propiedad privada, todos producen para todos y los productos son el resultado de miles o millones de operaciones. Siendo una medida, el dinero expresa una razón abstracta, como el kilogramo de carne. La carne es algo muy concreto, pero la medida en kilogramos es algo muy abstracto. Lo mismo pasa con los valores de intercambio, los que expresan la cantidad de tiempo socialmente necesario que una determinada sociedad invierte para producir bienes o servicios.

El dinero sirve para medir valores y precios de estos valores. El dinero y los precios nos permiten saber a cuánto equivale el valor de una determinada mercancía, sea ésta un bien de consumo diario, la fuerza de trabajo o el capital atesorado por una persona, empresa o gobierno. De otra manera sería muy difícil, aunque no imposible medir el valor y su expresión en precio de una mercancía. Hay experiencias en que determinados grupos sociales se han dedicado a querer sustituir el dinero por cupones que expresan el tiempo de trabajo de cada producto que se intercambie, pero tales operaciones son todavía muy limitadas.

Decíamos que el dinero es una expresión tangible del valor, precisamente porque el valor es intangible, no se ve ni se escucha. Miramos o tocamos la mesa, pero no el trabajo que la mesa lleva incorporado. Escuchamos la música, pero no el trabajo artístico. Incluso, podemos decir que utilizamos el conocimiento, pero no apercibimos con los sentidos el trabajo que lo produjo. Por lo tanto, necesitamos de algo tangible para poder valorarlo, expresarlo y medirlo. Igual que los valores se vuelven tangibles en las cosas. En este sentido podemos decir que el dinero es una creación artística, partiendo de que el arte es la expresión sensible de los sentidos.

No podríamos dejar de hablar del papel que juega el dinero en el poder y enriquecimiento de las personas, empresas o gobiernos. Atesorar dinero genera poder, pues con dinero se puede comprar todo lo que existe entre cielo y tierra. Atesorando oro los comerciantes antiguos compraban barcos y surcaban los mares. Acuñando moneda los modernos compran armas y conciencias. No es por casualidad que los modernos imperios hicieron sustituir el oro como garantía de los billetes y divisas, tal como lo hizo Estados Unidos después de la segunda guerra mundial y mucho más a partir de 1971, cuando el dólar se convirtió en la divisa universal. Teniendo el monopolio del dinero-divisa-dólar, el gobierno de los Estados Unidos inflaciona la economía mundial. Imaginemos lo que significa el 5% del Producto Interno Bruto Mundial. Algo así como el 5% de alrededor de $100.000 trillones, o lo que es lo mismo, $100,000 miles de millones; aproximándose dicho $5% a una suma de $5,000 trillones[69]. Dicho esto tendríamos que corregirnos y decir que el dinero no solamente expresa el valor del PIB producido, sino que el mismo puede funcionar como capital ficticio y ser un medio de apropiación de la riqueza social. Deberíamos decir, entonces, que también existe el dinero falso, el dinero ficticio, el dinero blanqueado, estando la diferencia en que

69 Véase en los próximos capítulos de este trabajo, el cuadro de la distribución mundial del Producto Interno Bruto, ofrecido por Thomas Piketty.

todas las mercancías. Y en la medida que el dinero es el equivalente general de todas las mercancías, tener dinero equivale a tener las mercancías que se puedan comprar con el dinero que cada uno de nosotros tiene en el bolsillo. De ahí la importancia que tiene el dinero, no solamente para satisfacer necesidades, sino para satisfacer deseos.

En la medida que el dinero funciona como capital (capital-dinero), aunque sea un capital ficticio, pues no vale sin las relaciones sociales y sin el valor que lo sancionan, el dinero se hacer imprescindible y adquiere una importancia estratégica, no solamente para el intercambio de valores o equivalencia general de las mercancías, sino para potenciar el valor de uso de las mercancías mismas. Como veremos en la próxima sección, deseamos el dinero, no solamente porque lo necesitamos para producir, sino porque también lo necesitamos para consumir, en la medida que es la llave por la cual accedemos a los tesoros más deseados.

A diferencia de la familia, valorada moralmente y devaluada materialmente, el dinero en cambio es muy bien valorado materialmente, al mismo tiempo que vilipendiado hasta por los sectores más liberales o conservadores. Anotemos algunos ejemplos de este juicio. Un pensador contemporáneo, Thomas Greco, nos dice a propósito de la relación entre el dinero y el Estado lo siguiente: "*La politización del dinero, la banca y las finanzas (que prevalece hoy día en el mundo entero) ha permitido la concentración del poder y la riqueza en pocas manos, lo que ha sido extremadamente perjudicial para las sociedades, las culturas, las economías, el gobierno democrático y el medioambiente. Los gobiernos nacionales se han arrogado una capacidad de gasto prácticamente ilimitado, que les permite canalizar la riqueza hacia sus clientes preferidos, emprender guerras a escala masiva y subvertir las instituciones democráticas y la voluntad popular. El privilegiado establishment de la banca privada ha conseguido monopolizar todo el flujo crediticio, permitiendo que unos pocos exploten a la inmensa mayoría mediante su parcialidad en la concesión de crédito, con réditos usurarios (disfrazados de interés) y tasas cada vez más exorbitantes, y premiando a los políticos por sus servicios en la promoción de sus intereses*.[70]

En la carta pastoral (2015) los obispos de Nicaragua, haciéndose eco de la encíclica Evangelii Gaudium, del Papa Francisco (2013) señalaban: "*A nivel social y político, se debe superar la mentalidad que concibe al Estado como un orga-*

70 Thomas Greco, The End of Money and the Future of Civilization, citado por David Harvey, Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo, Op.Cit, p. 62.

nismo administrativo cuyo objetivo principal es el de facilitar el bienestar de los mercados financieros y el crecimiento del gran capital. Esta mentalidad hace que 'se instaure una tiranía invisible que impone, de forma unilateral e implacable sus leyes y reglas' (Evangelli Gaudium, 57). En este ordenamiento social y político las personas y sobre todo los pobres son algo secundario. Desde esta perspectiva la economía de mercado se vuelve el sistema normativo e institucional que rige la vida de toda la población. El Papa Francisco ha comparado este fetichismo de la riqueza y esta dictadura de una economía sin rostro y sin verdadero objeto humano con la adoración del antiguo becerro de oro (Evangelii Gaudium, 55). No es la gente, la organización social, la democracia, las leyes laborales, la educación, las instituciones estatales y los proyectos gubernamentales, etc., quienes deben doblegarse ante el crecimiento económico y la producción de capital, sino al revés. ¡El dinero deber servir y no gobernar! (Evangelli Gaudium, 58)*".*[71]

El rol del valor de uso en la fetichización mercantil

Así como para el capital y para los capitalistas existe una compulsión por la valorización, inversión, acumulación, indefinida e ilimitada, bajo riesgo de perecer, igual pasa con el consumo de mercancías para los consumidores. Para un productor o para una persona determinada, la riqueza puede ser muy atractiva, pero la misma no es más que un medio para satisfacer necesidades o caprichos; en cambio, para un capitalista, la producción de riqueza es un fin en sí mismo; en tanto que capitalista tiene que seguir acumulando, de lo contrario puede ser fácilmente expulsado del mercado de capitales. Lo mismo pasa con un consumidor; no importa que sus necesidades materiales estén satisfechas o sobre-satisfechas, mientras haya oferta de nuevas mercancías sus necesidades serán prolongadas como deseos y su compulsión por consumir aumentará progresivamente.

En este apartado queremos dejar sentado el carácter seductor que tiene la mercancía, en tanto es objeto del deseo y no solamente de necesidades. Nos separaremos por un momento del valor de cambio que tienen las mercancías y nos detendremos en su valor de uso, juguete que también nos convierte en juguete de todas las jugadas del mercado, precisamente por el fetichismo de las mercancías.

Aquí vamos a hablar más de las mercancías que fungen en el mercado como bienes de consumo final. Dejando, por el momento, fuera del análisis la mercancía fuerza de trabajo y la mercancía capital. La primera (fuerza de trabajo) porque

71 Carta Pastoral de los Obispos de Nicaragua, Marzo, 2015, Diferentes medios de comunicación, Managua, 2015.

solamente es consumida o por el capital o por el productor, incluso por trabajadores vendedores de servicio; el segundo (el capital) porque los bienes de capital como mercancía interesan sobre todo al productor, empresario o capitalista; temas que además han sido suficientemente tratados por Marx en la mayoría de sus obras. Además, en el apéndice No 1, abundaremos en el tema del valor de cambio, tanto en la disputa entre marginalistas y marxistas, como al interior del marxismo.

En cambio, las mercancías de intercambio o uso común, tienen mucho que ver no solamente con el vendedor (productor o comerciante), sino también con el consumidor final, independientemente que su consumo esté condicionado en primer lugar, pero no solamente, por su capacidad adquisitiva. El tráfico de este tipo de mercancías está mediado, además, en márgenes mayores o menores, por un sinnúmero de códigos que cuentan mucho a la hora de analizar el comportamiento económico, social, político y cultural de los consumidores. Este tema, por supuesto, no es ajeno del todo ni para los economistas que nos hablan todo el día de la oferta y la demanda, ni para los comerciantes, publicistas o consumidores; pero suele ser soslayado por los regímenes socialistas y por algunos pensadores marxistas, con serias consecuencias políticas e ideológicas. Unas veces porque la discusión con los marginalistas se enfrascó alrededor de los aspectos cuantitativos-objetivos del valor (magnitud) del valor o en el contenido o la sustancia del valor (trabajo abstracto encarnados en las mercancías), desconfiando de todo lo que tenía que ver con la parte individual o subjetiva, descuidando la relación entre el valor y el fetichismo; otras veces porque se cree que en una sociedad de uso o del tiempo libremente disponible, diferente a una sociedad de intercambio mercantil, no tiene o no tendrá nada que ver con el comportamiento subjetivo; o peor aún, porque se tiende a despreciar el papel de las libertades individuales o de la intersubjetividad en una sociedad emancipada.

Sabemos que la mercancía ha llegado a ser la reina del mercado y, en tanto que mercancía-capital, la misma se ha convertido en la célula, tejido y organismo principal del modo de producción capitalista. Por mercancía entendemos un bien o servicio, un objeto útil de acuerdo a los parámetros de la comunidad, que se produce para ser intercambiado y consumido, poseyendo al mismo tiempo un valor de uso y un valor de cambio. Aquí no nos interesa repetir lo que la economía política desde hace varios siglos ha venido diciendo del valor de cambio o valor que portan las mercancías, sobre todo a través de los trabajos de Carlos Marx, al que de todas maneras no podemos ni querernos eludir; sin embargo, quisiéramos centrarnos en este apartado en el análisis sobre una de las virtudes

más manifiestas de la mercancía o de cualquier bien como es su utilidad, no tanto ni solamente para satisfacer las necesidades básicas, obviedad por excelencia, sino sobre todo para seducir y gratificar nuestros deseos y apetitos, ya sea como pertenecientes al reino animal, ya sea como pertenecientes al reino humano. La metamorfosis de la mercancía en dinero y del dinero en capital, así como la función del mismo para llevar a cabo el mayor de los artilugios para producir y trasladar excedentes de un cuerpo a otro, sin que nadie se entere de semejante arte de prestidigitación, no se logra sin acompañarse del carácter seductor que adquieren aquellas mercancías cuyo consumo, como el de la droga, nos vuelve adictos incorregibles.

Por supuesto que no estamos aludiendo a la utilidad de las mercancías como fuente del valor, como lo hacen los marginalistas, sino al papel social que tienen las mercancías para seducir a sus consumidores, pero sobre todo a los buenos oficios o servicios políticos que el valor de uso de las mercancías han tenido y tienen para quien sepa manipularlas.

Marx comienza su estudio sobre el capital a partir de la mercancía y sabiendo de sobra que su primer rasgo es su valor de uso. Su preocupación principal, sin embargo, será estudiar el valor de cambio que encierra. En este apartado, sin abandonar su estudio como valor de cambio, empezamos priorizando precisamente su valor de uso, las preferencias de los consumidores para gozarla y postrarse ante ellas. En otras palabras, si el valor de uso de la mercancía es el anzuelo para encarnar y realizar su valor de cambio, el valor de cambio, a su vez, en tanto dinero, funciona como un medio para satisfacer sus múltiples valores de uso. En el mundo mercantil todo funciona como en el mundo de las necesidades, pero también como en el mundo del deseo: deseándose lo que todavía no se posee; más aún, mientras más prohibido o imposibilitado sea su consumo, más se desea. En el mundo del deseo, el objeto se empieza a gozar desde que comienza a desearse, no importando si logramos consumirlo o adquirirlo. Como todos sabemos se desea lo que no se tiene y se deja de desear lo que se tiene, de ahí la fuerza que tiene el deseo de comprar o consumir una mercancía aunque no pueda obtenerla. Quizás el no prestar atención al carácter seductor de las mercancías para satisfacer deseos es lo que llevó a los luchadores por el socialismo a concentrarse en las necesidades básicas, las que si bien es cierto son básicas, las mismas no agotan, ni explican la conducta de los consumidores. Este sortilegio de las mercancías para satisfacer o provocar deseos puede explicar el éxito que han tenido, no solamente los comerciantes, sino los economistas

marginalistas, exhibiéndolas en sus escaparates y enseñándolas como disciplina en las facultades de economía, respectivamente.

En todo caso, el disfrute que puede generar el deseo se revela muy dimensionado, ya sea para gozar con su consumo, como el juguete para el niño, o para destruir a un enemigo, como el arma para un soldado. La relación personal del ser humano con las mercancías, es decir, con aquellos objetos usados para disfrutarlos, puede desencadenar la más complicada de las fantasías o el más maléfico de los hechizos. Y no me estoy refiriendo al oro o al dinero, sobradamente estudiado como el metal precioso que vuelve locos a los buscadores de oro, sino más bien al oro mismo que una dama puede llevar alrededor de su cuello o al amante que encuentra en una lencería al más ansiado de sus sueños. Ahora bien, desde que existe la familia patriarcal o quizás para que existiera, la expresión más seductora de aquel objeto de intercambio fue la mujer ajena, sobre todo cuando aparece la prohibición del incesto y las familias se vuelven exógamas.

Empecemos con la definición de nuestro autor principal refiriéndose a la definición de mercancía. Para Marx "*La mercancía es, en primer término, un objeto externo, una cosa apta para satisfacer necesidades humanas, de cualquier clase que ellas sean. El carácter de estas necesidades, el que broten por ejemplo del estómago o de la fantasía, no interesa en lo más mínimo para estos efectos. Ni interesa tampoco, desde este punto de vista, cómo ese objeto satisface las necesidades humanas, si directamente, como medio de vida, es decir, como objeto de disfrute, o indirectamente, como medio de producción"*[72]*. En la misma página y al pie de página, Marx cita a un autor del siglo XVII, que define el término apetencia de la siguiente manera: `Apetencia implica necesidad; es el apetito del espíritu, tan natural en este como el hambre en el cuerpo (…) La mayoría (de las cosas) tiene un valor por el hecho de satisfacer necesidades del espíritu`* (Nicolás Barbon, 1696)".[73]

En todo el primer tomo de El Capital, Marx analiza la mercancía poniendo todo su interés en analizar *el valor (valor de cambio) de la mercancía; la relación de la mercancía y el dinero; la transformación del dinero en capital; la producción de la plusvalía absoluta y relativa; el proceso de acumulación del capital* y termina con la llamada *acumulación originaria*. En el tomo 2 se dedica a analizar *el proceso*

72 Carlos Marx, *El Capital, El proceso de producción del Capital*, Sección Primera, Mercancía y Dinero, Capítulo I, La Mercancía, Los Dos factores de la Mercancía: valor de uso y valor de cambio (sustancia y magnitud del valor), t.1, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 3.

73 Ibídem, Nota 2, p. 3.

de circulación del capital y el último tomo, el tomo 3, lo dedica al *proceso de producción capitalista en su conjunto*. En otras palabras, su atención al valor de uso de la mercancía queda registrada apenas en un par de páginas del primer tomo. En toda su magna obra profundiza y se interesa en el valor de las mercancías, es decir, en el valor de cambio, descubriendo así la metamorfosis de la mercancía en dinero y de éste en capital, no importando, como él mismo lo dice, si su valor de uso es para satisfacer necesidades brotan del estómago o de la fantasía. Efectivamente, en relación con su valor, no importa de dónde broten, pero ello importa en relación a su valor de uso.

Nosotros vamos a distinguir el concepto de necesidad para referirnos a las necesidades básicas, como alimentarnos o vestirnos, diferenciándolo del concepto de deseo para referirnos a la satisfacción de necesidades secundarias, caprichosas o de lujo, pero cuya demanda o solicitud puede ser tan importante o más que las propias necesidades.

Actualmente, sobre todo a partir de la identificación del capital con el valor de cambio de las mercancías, muchos pensadores de izquierda reclaman que la economía y la sociedad sean reguladas y concedan más importancia al valor de uso que al valor de cambio, lo que, como todos sabemos, solo puede ser posible cuando la sociedad y concretamente la producción de bienes y servicios, se haya desmercantilizado, es decir, en el reino de la abundancia, lo que ya estamos viendo en el caso de algunos servicios públicos. Pero acá nos interesa señalar que atenernos al valor de uso significa que nos debemos poner de acuerdo sobre qué es lo que queremos consumir y cuánto queremos y debemos producir, lo que implica asumir el acuerdo entre nosotros en uno de los temas más controvertidos ahí donde los haya, como es el carácter y la dimensión de las necesidades y deseos, el mundo de los gustos y preferencias. Hay necesidades sobre las que es más fácil ponerse de acuerdo, mucho más difícil es el mundo de los deseos, pues aquí es donde precisamente se encuentra el puente por donde pasamos del reino de la necesidad al reino de la libertad. Y es en el reino de la libertad, como veremos en el próximo capítulo, donde el socialismo se ha estrellado a la hora de saber cuáles son las mercancías que más le convienen a cada cual. Pero no nos adelantemos de nuevo y continuemos con la genealogía del carácter seductor de algunas mercancías y las peripecias que trae consigo. Por el momento digamos que la seducción por un objeto puede ser más fuerte que la más elemental de las necesidades, sobre todo cuando éstas se han satisfecho, incluso aunque no se hayan satisfecho. Si esto proviene de la enajenación generada por el consumismo capitalista, es otro problema, lo que no podemos ignorar es precisamente el

poder que tiene el consumismo en la conducta de la gente. Precisamente, porque de lo que estamos hablando es de la lucha ideológico-cultural y como diría Marx, puede que en estos casos sea la fantasía de donde brote la complejidad del asunto que nos traemos entre manos.

En el capítulo II del tomo 1, analizando el proceso de cambio, Marx anota una reflexión que nos interesa destacar sobre los dos modos que adquiere el uso de la mercancía, como valor de uso directo y como valor de uso indirecto o valor de cambio. "*Lo que distingue al poseedor de una mercancía de ésta (la mercancía) es el hecho de que para ella toda otra mercancía material no es más que la forma en que se manifiesta su propio valor. Igualitaria y cínica por naturaleza, la mercancía está siempre dispuesta a cambiar, no ya el alma, sino también el cuerpo por cualquier otra, aunque tenga tan pocos atractivos, como Maritornes*"[74]. "*Esta indiferencia de la mercancía respecto a lo que haya de concreto en la materialidad corpórea de otra, la suple su poseedor con sus cinco y más sentidos. Para él, su mercancía no tiene un valor de uso inmediato. De otro modo, no acudiría con ella al mercado. Tiene únicamente un valor de uso para otros. Para él, no tiene más valor directo de uso que el ser encarnación de valor de cambio, y por tanto medio de cambio*".[75]

Ciertamente, el valor de uso de una mercancía puede manifestarse también como un valor de uso específico que es ser usada estrictamente para cambiarla por otra. Igual pasa con el valor de uso que para el empresario tiene la mercancía fuerza de trabajo; el valor de uso que la misma tiene para el empresario no está en comérselo sino en usarlo, poniéndola a trabajar, es decir, alquilándola por tiempo determinado a fin de extraerle la plusvalía que necesita para alcanzar su tasa de ganancia. La forma más fácil de percibir el valor de uso que las mercancías tienen para el productor, en tanto valor de cambio, no así para el consumidor, es considerando a la más universal de las mercancías, al dinero, equivalente general de todas ellas. Si la mercancía es la reina del mercado, el dinero es el rey de las mercancías. El valor de uso del dinero sólo puede ser su valor de cambio, su capacidad para comprar el mundo entero, sobre todo el dinero fiduciario, el dinero que vale por la fe, confianza y respaldo legal que tiene por parte del Estado y de los que lo utilizan. En el billete, el que físicamente o de acuerdo a los costos de producción no vale nada o casi nada (tinta y papel), se manifiesta en todo su

74 Suponemos que con el nombre de Maritornes se refiere Marx a lo que en la lengua castellana y a raíz de la novela *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes, suele aludirse para referirse a una moza ordinaria y fea, es decir, a una de los personajes de la novela (nota propia).

75 Ibídem, capítulo II, El Proceso de Cambio, p. 52.

esplendor el estricto valor de uso en tanto valor de cambio de las mercancías, no solamente para el productor, sino también para el comprador o consumidor. En otras palabras, el valor de uso es el punto de partida del valor de cambio, aunque éste último sea la motivación principal para crearla. Obviamente, siempre existirán objetos que no tienen otro valor que ser valor de uso para quien los elabora o para quienes se elabora, como pasa con los productos hechos y consumidos en casa por una familia determinada o como en el caso de los campesinos o pescadores con una parte de sus productos.

Pero lo que pasa con el productor-vendedor no pasa con el comprador-consumidor; para este la mercancía que adquiere y por la cual está dispuesto a entregar otra mercancía a cambio, es adquirida precisamente por su valor de uso, la quiere para usarla. En otras palabras, en última instancia, el destino final de muchas mercancías es consumirse improductivamente. Si nadie quiere consumirla nadie querrá adquirirla, salvo para obtener alguna ganancia en el intercambio, aunque tarde o temprano, la misma tendrá que ser consumida improductivamente por alguien.

Siempre interesado por el valor de uso, aunque tengamos que vincularlo por ahora al valor de cambio, veamos una nota al pie de página que Marx retoma de Aristóteles. "*Pues de dos modos puede ser el uso de un bien. Uno es inherente al objeto como tal, el otro no; como por ejemplo, una sandalia, que sirve para calzarse o cambiarla por otro objeto. Ambos son valores de uso de la sandalia, pues al cambiar la sandalia por algo de que carecemos, v.gr. por alimentos, usamos la sandalia como tal. Pero no en su función natural de uso, pues la sandalia no existe para cambiarse" (Aristóteles, De República, libro 1, cap. 9)*".[76] En todo caso, es manifiesto que Marx está describiendo la mercancía desde el ángulo del productor, pues lo que le interesa es mostrar que la misma es producto del trabajo, aunque no lo lleve estampado en su rostro, pues en ella el trabajo que lleva incorporado es invisible o abstracto, no importando el origen concreto por el cual vino al mundo. Pero si la mercancía no tiene valor de uso para el que la produce, pues su objetivo efectivamente no es consumirla, sino cambiarla, para el que la compra lo que importa es precisamente su valor de uso final. Como dice el dicho: "nadie sabe para quién trabaja", pero para alguien será. Si habláramos desde el punto de vista del comprador tendríamos que hablar todo el tiempo del valor de uso de la mercancía y preguntarnos cómo se determina el valor de dichas mercancías, cuáles son las prioridades y preferencias del consumidor, lo que es un tema mucho más abordado, aunque con una finalidad diferente, por los econo-

76 Ibídem, nota 3, p. 52.

mistas marginalistas, cuando nos hablan de la soberanía del consumidor, como los liberales nos hablan de la soberanía del votante cuando quieren persuadirnos de que en una sociedad burguesa quien manda no es la clase burguesa, sino los ciudadanos, pues la soberanía reside en el pueblo.

Para Marx, el carácter misterioso de las mercancías no proviene del desconocimiento que tenemos de su valor de uso, tampoco del hecho de ser producto del trabajo, de la magnitud o tiempo de trabajo que se necesita para producirla, ni del hecho que se produzca para uso ajeno, sino que "*su carácter misterioso proviene pura y simplemente, de que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de estos como el material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de esos objetos, como si la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores*".[77] Como veremos más adelante, la mercancía alcanza su madurez como medio de producción y sobre todo como capital, pues así la misma adquiere el estatus institucional por medio del cual ella se produce a sí misma, incluso se reproduce ampliadamente, es decir, se produce y se multiplica para multiplicarse indefinidamente en cada ciclo, como los seres humanos que nacen, se multiplican y mueren.

Resumiendo, el carácter de la mercancía consiste en un objeto, bien o servicio, valioso por su valor de uso y su valor de cambio, pudiendo ser la misma un medio de vida o de producción, dinero o equivalente general, capital en tanto equipo, insumo, canasta básica, dinero o conocimiento tecnológico. Hasta aquí llegamos, acompañados de Marx, señalando el carácter de la mercancía; pues en lo sucesivo y a lo largo de toda su obra, Marx nos pasa a explicar *la determinación cuantitativa de la forma relativa del valor, la forma equivalencial, la relación entre la forma relativa y la forma equivalente, del tránsito de la forma general del valor a la forma dinero, hasta llegar a lo que llama: El fetichismo de la mercancía y su secreto*. Tampoco en este punto, relacionado con el carácter fetichista de la mercancía, nos hablará Marx del carácter seductor de la mercancía, sino que, siempre preocupado por develar la situación de enajenación de la producción mercantil capitalista, su atención estará puesta en desenmascarar esa especie de antropomorfismo que adquiere la mercancía en el intercambio, atribuyéndose un valor y una relación que es producto de la producción social.

Lo que nosotros quisiéramos recalcar es su virtud más elemental en tanto que valor de uso, como es el hecho de ser un objeto, bien o servicio, que sirve para

77 Ibídem, El fetichismo de la mercancía y su secreto, p. 39.

satisfacer necesidades y deseos, ya sea para saciar el hambre o para saciar el deseo de lucro o para ensoñarnos con cualquiera de sus rasgos fantasiosos o psicodélicos. Sin embargo, quisiera aprovechar la alusión de Marx al fetichismo de la mercancía, para revelar otro tipo de fetichismo más mundano que la misma adquiere, asume y muestra en el mercado. En otras palabras, sabiendo que lo que le interesa al productor o al capitalista o al comerciante, es el valor de cambio de la mercancía, ninguno de ellos tendrá empacho en producir la mercancía que más necesite o más desee el consumidor. Y sabiendo que la mercancía solamente alcanza su valor cuando llega al mercado, sobre todo cuando es vendida, pues sin realización no habrá plusvalía, el interés de aquellos es competir entre tantas mercancías, con aquella que pueda ser adquirida por el mejor postor.

La palabra fetiche proviene del vocablo portugués hechizo y se refiere a la forma en que el producto de la mente humana logra que un simple objeto aparezca dotado de una magia que lo hace pasar y hasta prescindir de la relación con un sujeto. El fetichismo es la creencia por medio de la cual sentimos que un objeto tiene poderes mágicos y del cual nos volvemos devotos. En psicología, Freud utilizaba el término parafilia que significa algo que está al margen del amor, refiriéndose a un pañuelo, una sandalia o una actividad que sustituye a la mujer amada o a la propia actividad sexual y que puede volverse más importante que el propio orgasmo. Pero no nos vayamos tan lejos. Lo que quiero señalar es el poder atractivo y seductor que tienen las mercancías publicitadas en las imágenes de la televisión o en los centros del capitalismo global y por las cuáles estamos dispuestos a intercambiar dinero. Entonces podremos decir con Marx, aunque inversamente, que lo que nos interesa, en tanto que consumidores atrapados por ella, no es tanto su valor de cambio, sino su valor de uso para seducir al que la adquiere, siendo indiferente que sea usada para cortejar a una mujer, drogar a un segmento de la juventud o para matar a todo un pueblo.[78]

El poder de la mercancía estriba en su pluralidad y en la de sus consumidores y admiradores. Si sólo existiera una mercancía y un solo productor, la misma no tendría ningún poder, pero como sabemos existen miles de mercancías y miles de compradores o posibles compradores, entonces, como dice la gente, "*en la variedad está el gusto*". Ahora bien, tomado en cuenta la idiosincrasia de las personas y culturas, la diferencia entre una mercancía destinada a satisfacer una o varias necesidades y la misma mercancía para satisfacer uno o varios deseos es muy imprecisa, con muchas excepciones. Esto hace que en infinidad de casos, aún sin

78 Cfr. Osvaldo Fernández, Americana Reunida, España, 1982.

recurrir a la propaganda o la publicidad, con facilidad las mercancías se inclinen a despertar deseos en sus adquirientes. Otro rasgo de las mercancías debida a su pluralidad y versatilidad, es el juego de la competencia bajo la cual se presenta o existe. Es así que llegamos a ese dinámico tejido del mercado donde se encuentran miles de mercancías bajo la mirada o capacidad de quien la quiere obtener. Allí, cada mercancía tiene además otro cometido, más allá de ser fabricada, vendida, comprada y consumida, como es la de ofrecer el mismo servicio que sus hermanas. Si tiene éxito, de ser gozada, la multiplicación de su existencia estará garantizada, de lo contrario tendrá que ceder el espacio a otras tantas mercancías que por millones viven en su latencia y manifestación, compitiendo unas y otras por el mejor postor. No importando si servirá para satisfacer una necesidad o un deseo, su fin será siempre ser devorada lo más pronto posible por quien será su dueño inmediato.

En síntesis concluyamos, por ahora, que el valor de uso de las mercancías se mide por la necesidad, deseo o apetito caprichoso de sus consumidores, aunque su consumo dependerá de la capacidad de compra de éstos, mientras que su valor de cambio estará relacionado mucho más con los costos de producción, necesidad o afán de lucro de los productores; afán de lucro que tampoco está alejado del deseo de los mismos productores, es decir, de un rasgo también espiritual. Más aún, en una sociedad mercantilizada, no solamente la fuerza de trabajo se convierte en mercancía, sino también la persona misma, mercancía viviente ocupada en mostrarse en un escaparate para ser devorada. Como lo muestra un filósofo coreano: "*Hoy el ser ya no tiene importancia alguna. Lo único que da valor al ser es el aparecer, el exhibirse. Ser ya no es importante si no eres capaz de exhibir lo que eres o lo que tienes. Ahí está el ejemplo de Facebook, para capturar la atención, para que se te reconozca un valor, tienes que exhibirte, colocarte en un escaparate*".[79]

Por el momento dejemos planteado un tema a retomar en los apartados subsiguientes, como es la relación que existe entre un modo de producción socialista, interesado en la satisfacción de las necesidades y un modo de producción capitalista motivado por el lucro, utilizando o aprovechándose no solamente de las necesidades, sino también de los deseos de los consumidores, exacerbando los más variados apetitos espirituales y fantasiosos de consumo, a fin de seducir a las masas consumidoras para que opten preferencialmente por la mercancía que se les presente; conformado así una forma de vida que proyectándose sobre el

79 Byung-Chu Han, *Entrevista en el diario El País*, Madrid, 2014/03/18.

consumo esconde los intereses privados de la producción. Esta situación será aprovechada por el capitalismo para competir con las sociedades socialistas, a la hora de disputar la atención, conquista y adscripción ideológica del ciudadano consumidor, asunto que retomaremos en los próximos capítulos a la hora de mostrar el papel del modo de vida (prioridad del capitalismo) como contraparte del modo de producción (prioridad del socialismo).

La hipótesis rondaría el siguiente razonamiento: cuando el hombre no tiene pan ni techo, está peor que el buey o que el esclavo, expresando su libertad como una lucha por satisfacer esas necesidades básicas, las necesidades que Marx señalaba como brotando del estómago; pero una vez que tiene pan y techo, es decir, estando ya en la situación del buey o del esclavo, su libertad se expresará luchando por satisfacer sus deseos, es decir, aquellas que de acuerdo a la cita de Marx brotan de la fantasía. El deseo de comprarse un juguete o una Coca Cola, por ejemplo, es una elección libre en el sentido de que no es tan apremiante o impostergable como la necesidad de comprarse un litro de leche o un pedazo de pan para saciar el hambre. Sin embargo, la gratificación de un deseo bien publicitado y con el potencial de hacernos feliz por una noche, tiene el poder para que un hombre prefiera comprar una dosis de cocaína o una botella de aguardiente que llevar comida a un hogar donde los niños esperan hambrientos un pedazo de pan o un litro de leche.

La preponderancia del mercado y del deseo sobre la producción y las necesidades básicas, se expresa categóricamente en el consumo de las drogas. Obviamente que quien produce y trafica drogas lo hace por obtener utilidades, pero quien consume drogas lo hace por satisfacer un deseo, independientemente que esa persona o país haya satisfecho todas las necesidades básicas. Más aun, para un drogadicto el consumo de cigarrillos, alcohol o cocaína, se convierte en su primera necesidad, no importando si dicho consumo lo llevará a la muerte. En relación al precio, sabemos que tampoco depende de los costos de producción, sino del riesgo que se corre para llevar la droga, al menos la más prohibida y rentable de las drogas, al consumidor final. Las sumas exorbitantes que circulan como producto de la ganancia de los traficantes sólo puede explicarse por un fenómeno que explicaremos al final del libro y que tiene que ver con la redistribución de un valor o plusvalía previamente producida. Un trabajador compra alcohol con parte del dinero de su salario. Estados Unidos se gasta centenares de miles de millones de dólares con el excedente previamente apropiado por sus empresas, simple y llanamente para satisfacer el consumo de su juventud.

La hipótesis que dejaríamos planteada y que retomaremos en los capítulos siguientes es que mientras en el sistema capitalista se producen al mismo tiempo mercancías para satisfacer necesidades y deseos, en el socialismo la prioridad fueron aquellas mercancías encaminadas a satisfacer las necesidades básicas y sólo en un segundo momento, el que puede tardar mucho tiempo, se ocuparon de producir mercancías para satisfacer deseos. Lo más difícil de entender es que esta opción es una opción necesaria, pues emprender un ambicioso proceso de acumulación parte precisamente de la producción del sector I de la economía, es decir, de la producción y reproducción de los medios de capital, avanzando progresivamente hacia la producción y reproducción de los bienes generados por la industria ligera, de donde salen todos los tipos de mercancías de uso y consumo posibles.[80] Una disyuntiva que quizás llevó a los dirigentes chinos a incursionar en lo que ellos llaman socialismo con características chinas, refiriéndose a lo que viene llamándose "*socialismo de mercado*".

Otro punto importante que intentaremos analizar más adelante es la relación entre el deseo y las libertades políticas, entendiendo las libertades como el derecho o la posibilidad de optar entre varios objetos.

80 Cfr: Ignacio Ramonet, La post-televisión; multimedia, Internet y globalización económica, Icaria, España, 2002.

Capítulo II

ENTRE EL CRECIMIENTO ECONÓMICO Y LA DESIGUALDAD SOCIAL

Desde sus orígenes más remotos, la economía política estuvo siempre motivada por encontrar la fuente de las desigualdades, buscando los mecanismos que explicaban la ganancia, el precio justo de las mercancías o las ventajas y desventajas de un determinado grupo o clase social, barajándose múltiples hipótesis, aunque con dificultades conceptuales para probarlas. Unos apuntaban al monopolio o a la especulación con bienes escasos, lo que les permitía imponer precios diferenciados, otros encontraron la explicación en la teoría de la explotación de la fuerza de trabajo.

Nosotros partimos del supuesto de considerar al mercado como un proceso ininterrumpido de mercantilización que genera crecimiento de la producción y desigualdad en los ingresos y las condiciones de vida. La primera constatación es que la mercantilización de la economía tiende a mercantilizar la vida entera, como cuerpos esclavos que se venden y se compran, como cuerpo sexuado de la mujer que se vende y se compra, como fuerza de trabajo que se vende o se compra. La segunda constatación es que en el reino del mercado toda diferencia de situación, circunstancia u oportunidad, provoca ventaja en uno de los polos y diferencias de remuneración, lo que hace que todo intercambio de equivalentes termine como un intercambio desigual. En otras palabras, si en política el poder se define y depende de la correlación de fuerzas, en economía la riqueza y las desigualdades aparecen como una relación impuesta por la correlación de ventajas comparativas.

Desde sus inicios, el socialismo nació debido a una realidad humana-social que sensibilizó a quienes la padecían y a muchos líderes políticos, sociales y estudiosos de los fenómenos sociales. Nos referimos a las condiciones de vida, primero de los campesinos y después de los obreros de las primeras fábricas industriales. Desde los inicios del sistema capitalista y el posterior nacimiento del sistema socialista, la polémica sobre el crecimiento y la desigualdad ha connotado y sigue connotando la confrontación entre los dos sistemas.

A partir de la revolución francesa, las injusticias y el reconocimiento social de las mismas estuvieron acompañadas de una denuncia que desde entonces no se ha detenido. El reconocimiento social de una injusticia genera derecho y el derecho suele generar luchas sociales para alcanzarlo. Durante la modernidad europea,

este proceso se inició con las guerras campesinas emprendidas contra la tiranía de la nobleza, el clero, la monarquía absolutas y todas las fuerzas del orden por aquellos mundos imperantes.

La pobreza de los desposeídos fue uno de los primeros temas que aparecieron en el horizonte del socialismo a inicios del siglo XVIII; muchas veces acompañadas por ficciones en forma de utopías, con las cuales re-emplazar aquellos crueles paisajes sociales.

La crítica a los restos de las monarquías y de los señores feudales, continuó con la crítica a los terratenientes por parte de quienes defendía a los industriales y con la crítica a los industriales por quienes empezaron a defender a los obreros.

El ambiente social en la Inglaterra y la Francia de entonces, está lleno de reformadores y revolucionarios sociales de toda especie: utopistas, comunistas, socialistas, líderes cristianos, escritores, economistas, sociólogos, parlamentarios, entre otros.

Poco a poco, la denuncia, la rebelión y la crítica fueron desplazando la agenda de los efectos del nuevo sistema capitalista hacia las causas que engendraron el sistema moderno de explotación, hasta que los términos de capitalismo, comunismo y socialismo alcanzaron la identidad con los cuales son percibidos hasta ahora. Tanto el comunismo como el socialismo partían de una crítica al naciente capitalismo industrial, aunque en cuanto a la alternativa al capitalismo, el comunismo tenía una connotación más radical, mientras que el socialismo tenía más matices y opciones. Unos planteaban que la propiedad y el proceso de producción deberían de estar en manos de los trabajadores, directamente o a través del Estado, aunque en este último caso, los trabajadores y pobladores deberían participar en la gestión pública. En otros casos, unos planteaban que el Estado debería desaparecer inmediatamente y otros planteaban que el mismo debería disiparse a través de un proceso de transición, mientras el mismo se encargaba de eliminar a las viejas clases dominantes.

La expresión más madura desde entonces del planteamiento anticapitalista, El Manifiesto del Partido Comunista, redactado por Marx y Engels, en 1848, abunda en la crítica al capitalismo e ilustra una lucha de clases entre burgueses y proletarios que terminaría con el triunfo del socialismo[81]. Las revoluciones francesas de 1830, 1848 y 1871, fueron acompañadas por el marxismo con un análisis y

81 El nombre de comunismo fue preferido, en vez de socialismo, para distanciarse de los socialistas utópicos, aunque en realidad todo el contenido del mismo se refiere a un programa socialista de transición, encabezado por un Estado proletario, hacia una sociedad comunista.

una propuesta organizativa donde el pensamiento y la acción maduran apoyándose mutuamente. Las obras de denuncia, análisis de la coyuntura política y sendos ensayos económicos, no hicieron más que profundizar los postulados del Manifiesto del Partido Comunista, los que han servido de guía hasta ahora a los revolucionarios socialistas de todas las tendencias.

No es nuestra intención reseñar toda la historia del pensamiento y de la lucha por el socialismo anticapitalista que a lo largo del siglo XIX se desarrolló principalmente en Europa, sino señalar la prioridad que el socialismo concedió a la lucha contra el capital, contra la explotación capitalista, la lucha de clases, la estrategia revolucionaria para tomarse el Estado, socializar los medios de producción y disponer a la clase obrera organizada como proletariado a luchar y prepararse para gestionar el Estado. En todos estos discursos, luchas y análisis, el mercado aparece como un trasfondo del sistema capitalista, el que nadie ignoraba, pero que no tuvo la importancia y el tratamiento que tuvo para el liberalismo y que empieza a tener hoy en día para los críticos del sistema capitalista.

Por supuesto que Marx no ignoraba la existencia y esencia del mercado, incluso pensaba dedicarle un estudio especial, después de terminar El Capital, su obra más madura, sin embargo, tal cosa no sucedió. Tampoco los marxistas posteriores, salvo poquísimas excepciones se refirieron al mercado, como no fuera para contrarrestar la crítica marginalista que como sabemos basaba su pensamiento en las bondades del mercado, la demanda y el consumo. Posterior a la muerte de Marx y en el seno de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), conocida como *La Internacional* en sus diferentes momentos (*la Primera Internacional, la Segunda Internacional, la Tercera Internacional,* incluso *la Cuarta Internacional*), las discusiones discurrieron sobre la forma en que la clase obrera debería hacer la revolución o la estrategia para la toma del poder, con el fin de terminar con la desigualdad social[82].

No fue, sino, hasta la caída del socialismo a finales del siglo XX, cuando después de que varios movimientos obreros tuvieron la experiencia de gestionar el Estado, estatizar los medios de producción o el capital social y perderlo ante el mercado mundial y nacional, es que el marxismo comienza a ocuparse del funcionamiento del mercado en la transición[83].

82 Existe en diferentes lenguas una de las mejores versiones sobre el socialismo, escrita por G.D.H. Cole en siete tomos y que abarca desde el período de 1789-1850, hasta el período 1931-1939. *Historia del Pensamiento Socialista*, I-VII, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.

83 Desde el pensamiento marxista, existe la obra de Ota Sik, La Tercera Vía, que se refiere de alguna manera al papel del mercado en la planificación socialista. Fondo de Cultura Econó mica, México, 1977.

1. Dos siglos de capitalismo y un siglo de socialismo

En la historia del capitalismo se destacan dos momentos. El que arranca con la conquista de América y que podríamos denominar el momento mercantilista, comercial o pre-capitalista del sistema capitalista. En ese momento, los medios de producción no estaban totalmente en manos de empresarios privados ni las relaciones capitalistas de producción generalizadas. El segundo momento se inicia con la revolución industrial europea, cuando los medios de producción empiezan a funcionar plenamente como capital y los Estados apoyan más conscientemente al sistema en ciernes. El primer momento recorre los siglos XVI, XVII y XVIII. El segundo recorre los siglos XIX y XX. Estos dos momentos, coinciden con lo que se conoce como la modernidad, sin la cual tampoco se explicaría el nacimiento y desarrollo del capitalismo; dicho de otra manera, el capitalismo no es solamente un régimen de producción y de cambio, sino un sistema regulado por reglas políticas y protegido por una serie de valores, como los de la ética protestante y la democracia parlamentaria, por citar algunos hitos simbólicos.[84]

No quisiera dejar de mencionar que las primeras empresas del naciente capitalismo nacieron como empresas públicas o mixtas llamadas *Compañías de Indias*, pertenecientes a la Corona, así como a los banqueros, comerciantes o encomenderos. La *Encomienda* es el control de la fuerza de trabajo por un delegado de la Corona que explota la fuerza de trabajo bajo contratos de servicio servil con obligaciones para ambos, para encomenderos y encomendados. Dicho de otra manera, el capitalismo encierra desde su nacimiento hasta su desarrollo más avanzado, una forma de economía mixta, donde los servicios del Estado-gobierno o del sector público se combinan con las tareas capitalistas de los empresarios privados. Economía mixta que, como veremos, se convertirá en punto de partida del socialismo.

En cuanto al socialismo, el mismo se desarrolla desde mediados del siglo XIX, todo el siglo XX e inicios del siglo XXI. A mediados del siglo XIX el socialismo aparece como denuncia y debate, con algunas acciones de rechazo a los efectos del capitalismo, más que a sus causas. Este es el momento en que aparece el estudio hasta ahora más acertado del funcionamiento del capital, precisamente en la obra de Carlos Marx que lleva por título *El Capital* y por subtítulo*, Crítica de la economía política*.

84 Cfr: R.H.S., Crossman, *Biografía del Estado moderno*, FCE, México, 1978.

El comercio mundial y el nacimiento histórico del capitalismo

El capitalismo se inicia con el comercio mundial y la industrialización, en medio de un movimiento europeo conocido como l*a Modernidad.* Nos referimos a la Modernidad como el período amplio que va del siglo XVI a finales del siglo XIX; lapso que se alarga hasta finales del siglo XX y que inaugura los tiempos modernos con la creación del primer sistema-mundo, teniendo a Europa como centro y al resto de continentes como periferia. No es despreciable, sin embargo, el esfuerzo que los europeos emprendieron por extender su comercio hacia el Oriente, particularmente en dirección asiática, cuando a través de la famosa Ruta de la Seda, los comerciantes italianos llegaron hasta Mongolia y China, llevando y trayendo mercancías[85].

En Europa la modernidad estuvo precedida por guerras religiosas tanto hacia afuera como la guerra santa contra el Islam, protagonizada por las Cruzadas entre el siglo X y el siglo XIII, así como en su interior por las llamadas guerras de religión que incluyeron la reforma protestante, la guerra entre católicos y protestantes, la guerra contra campesinos anabaptistas emprendida por príncipes protestantes y católicos, la contrarreforma, así como la conquista y colonización de América-África-Asia iniciada en el siglo XVI[86].

El segundo momento de la modernidad corresponde al período que va de la conquista-colonización de la periferia del primer sistema-mundo europeo, en el siglo XVI y XVII, hasta las revoluciones norteamericana, francesa, inglesa y sudamericanas americanas a finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX.[87]

La revolución francesa de 1789, símbolo de los tiempos modernos, aparece rechazando el régimen feudal y todos los privilegios del clero y la nobleza, de los señores y de los monarcas. El régimen feudal recorre el siglo V hasta el siglo XIII, cuando comienza a decaer, derrumbándose definitivamente durante las revoluciones señaladas, donde las monarquías absolutas fueron sustituidas por regímenes republicanos. El régimen feudal se caracterizaba por un poder piramidal, cuya cúspide la usufructuaban el emperador, el rey y el Papa o jefe de la iglesia católica. Hacia abajo estaban los señores y sus vasallos con relaciones de

85 Existe toda una exótica literatura comercial en torno a los viajes del veneciano Marco Polo hacia las regiones orientales. Véase: Marco Polo, Viajes y Aventuras de Messer Millione de Gioanni Guadalupi, en Marco Polo de Michael Yamashita, Círculo de Lectores, Barcelona, 2002.

86 Cfr: Henri Pirenne, Historia económica y social de la Edad Media, FCE, Colombia, 1993.

87 Cfr: Eric J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, Punto Omega, Madrid, 1976.

seguridad político-militar y la ocupación del feudo, así como los señores y lo siervos vinculados por obligaciones rentistas de carácter encomendero. En el orden eclesiástico católico y debajo del Papa estaban los obispos y clérigos en general, así como un conjunto de denominaciones religiosas con sus propias jerarquías; por su parte las iglesias protestantes tenían a reyes y príncipes a la cabeza y a toda una feligresía unida por otra serie de dogmas. El feudalismo fue una etapa de transición entre el esclavismo y el régimen burgués capitalista configurado por una larga evolución que todavía tiene algunos vestigios en los reinos europeos, el racismo colonial metropolitano o la mentalidad encomendera de las poblaciones criollas o mestizas en las colonias.[88]

En todo caso, la modernidad capitalista nació bajo una realidad de explotación inmisericorde, pero a medida que se desarrollaba vino acompañándose de un programa de emancipación de la realidad imperante; junto a la emancipación del trabajo surgió la emancipación de la mujer, la manumisión de los esclavos y la liberación de poblaciones recién conquistadas y colonizadas por los imperios europeos.

A partir de la revolución inglesa de carácter industrial desde mediados del siglo XVII y todo el siglo XVIII y XIX, la revolución unionista estadounidense de carácter anticolonial a finales del siglo XVIII y la revolución francesa de carácter anti feudal a finales del mismo siglo, se desarrolla el capitalismo sobre las cenizas del antiguo régimen feudal. Es así que el capitalismo nace en el seno de la sociedad anterior, negándola, combatiéndola y superándola. El caso de la revolución de los Estados Unidos de Norteamérica es paradigmático en el sentido de la superación del antiguo régimen, pues no solamente supera el feudalismo europeo como no lo hicieron ni los propios europeos, sino que supera al mismo tiempo al nuevo propio capitalismo europeo, cosa que no sucedió en el caso de la independencia colonial de las provincias hispanoamericanas.[89]

El capitalismo y la era contemporánea inaugurada por los regímenes europeos republicanos, dieron nacimiento a los Estados-Naciones regidos por el imperio de la ley, rechazando todos los privilegios del antiguo régimen. Estas repúblicas que amamantaron al sistema capitalista naciente, surgieron bajo el prestigioso lema de libertad, igualdad y fraternidad. La libertad de pensar incluía la

88 Cfr: Thorez-Duclos, *La revolución francesa*, Grijalbo, México, 1968. Albert Soboul, La revolución francesa, Hyspamérica, España, 1981. N. Efimov, Historia social de la revolución francesa, Felmar, España, 1973.

89 Cfr: Samuel Eliot Morrison, *Breve historia de los Estados Unidos*, FCE, México, 1980.

autonomía frente al dogmatismo de la iglesia católica, inaugurando la práctica de la racionalidad científica, así como la libertad de movilizarse a través de numerosas fronteras que impedían el comercio por parte de los feudos señoriales. La igualdad significaba ponerle fin a la esclavitud y a la servidumbre, sustituidos por el estatus de la ciudadanía o igualdad de todos frente a la ley, así como la igualdad ante el mercado sin más limitación que la propiedad privada y el respeto a los precios establecidos. La fraternidad apuntaba a la organización libre de todos los estratos populares frente a los nuevos patronos[90]. Hay que agregar que al mismo tiempo, el sistema capitalista nace como una combinación de lo que posteriormente se llamó centro-periferia, es decir, con un desarrollo desigual y combinado, donde los logros del centro se hacían a costa de la periferia, como lo demuestran la conquista y la colonización.[91]

Con la conquista-colonización de América y demás continentes, nace el comercio mundial, el oro y la plata como moneda o dinero, equivalente general de todas las mercancías, el mercado mundial y el sistema capitalista e imperialista como forma política, social y económica a nivel nacional y global; situación que dura hasta nuestros días. Su rasgo principal es la hegemonía del capital comercial sobre el mercado y la de las empresas capitalistas nacionales y mundiales. Pero las mercancías más apetecidas no serán solamente el oro y la plata; junto a ellas aparecen millones de esclavos y siervos igualmente mercantilizados, millones de trabajadores y pueblos enteros sometidos y masacrados en nombre de la libertad. A este inventario de las primeras mercancías del naciente capitalismo habría que agregar las especias exóticas (clavo de olor, cardamomo, ajo, vainilla, otras) para ser consumidas por una clase que ya ha satisfecho sus necesidades básicas, o como postres y sobremesas, entre ellas el tabaco, el ron o el banano; luego llegaron mercancías energizantes como el azúcar, el té, el café; posteriormente fueron importadas otras como el opio, la cocaína o la marihuana, para satisfacer el gusto de las nuevas clases y de sus nuevos vicios. Por supuesto que todas estas mercancías, desde el oro hasta el dinero fiduciario, están motivadas por el afán de lucro, pero no es indiferente el contenido de las mismas. Sin la expansión del comercio mundial, la producción industrial capitalista se congestionaría,

90 Durante los eventos de la revolución francesa se utilizaron muchos lemas, entre ellos destacaban los de libertad e igualdad, lo que para los liberales implicaba libertad de comercio y lucha contra los privilegios feudales del clero y la nobleza. Los socialistas utópicos a inicios del siglo XIX, empezaron a acuñar el término de fraternidad en las luchas más populares. En la revolución de 1848 y como parte de la alianza entre liberales y socialistas queda recogido el lema general de libertad, igualdad y fraternidad.

91 Cfr: P.M. Sweezy, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Ciencia Nueva, España,1980.

puesto que su producción es siempre mucho mayor al consumo de capitalistas y obreros. Sin el capital, el comercio mundial, a su vez, detendría su marcha, pues el mismo vive de las mercancías generadas por el capital industrial.

Si los modos de producción se diferencian por la forma en que se extraen los excedentes, las luchas de clases se distinguen por la forma que adquiere la disputa por los excedentes. La lucha de clases moderna arranca con la burguesía comercial, liberando y ampliando los mercados locales y extendiéndolos al mundo entero, para lo cual encabezó una alianza con las coronas europeas, en un primer momento (siglo XV-XVII) y emprendió una revolución política de carácter democrático-burgués contra el antiguo régimen, en un segundo momento (siglo XVIII). El nacimiento de la burguesía arranca cuestionando los privilegios de las clases aristocráticamente dominantes anteriores (nobles y clérigos), como señalamos, pero al mismo tiempo sofocando la resistencia de las nuevas clases dominadas, campesinos y obreros. Desde hace quinientos años, el comercio colonial, entendido como política de expoliación de esclavos, metales preciosos y demás materias primas, iniciado por las compañías europeas, ha mantenido una lucha de tierra arrasada contra la naturaleza y los pueblos. La lucha de clases propiamente tal, es decir, la lucha consciente contra un régimen político, social y económico, así como la conciencia de que se está luchando por instaurar un nuevo orden o proyecto social, arranca con la burguesía. Modelo que desde entonces han querido imitar las revoluciones socialistas, aunque en éstos, la negación del viejo orden es mucho más consciente que la afirmación teórica y práctica de un nuevo modelo. Cuando la burguesía se toma la Bastilla, sus estratos superiores constituían ya una fuerza económica, aunque todavía les faltaba ser una clase política.

El mercado engendra el capital y éste engendra sus agentes, entre los que se encuentra su principal y más revolucionario heredero: la burguesía industrial, en un primer momento, y la oligarquía financiera (bancaria-industrial) en sus postrimerías.

Y todo esto se une a la violencia más despiadada. Todo pareciera indicar que el fenómeno de la apropiación privada es tan viejo como el pillaje y las guerras, llegando a ser, además, un fenómeno permanente de la modernidad, desde la conquista y colonización de América, saqueando y matando pueblos enteros, hasta las actuales guerras imperialistas por medio de las cuales las grandes potencias invaden y someten a un país extranjero por la fuerza para robarle el petróleo o los minerales. Digamos sin embargo, que no todo pillaje en la historia fue suficiente para emprender un proceso de acumulación capitalista; durante

miles de años los pillajes terminaban en matanzas o en atesoramiento para construir pirámides o catedrales. Recién con el desarrollo del comercio en gran escala, con el advenimiento de la burguesía y su procuración de metales preciosos como moneda, fue que la racionalidad técnica europea encabezó y desarrolló la llamada industrialización de las economías, momento en que el atesoramiento se convirtió en mercancía-capital y éste en la célula superior del capitalismo. A partir de entonces, quien posee el capital detenta el poder y viceversa, quien tiene el poder detentará el capital, a nivel local, nacional o mundial.

Con la llegada del capital, el mercado se convirtió en un mercado capitalista y junto con el Estado formaron lo que hoy en día llamamos el sistema capitalista de producción o, bajo la acepción marxista, una formación social capitalista. Un sistema que tiene como base a los núcleos familiares, aislados en su vida privada, como progenitores y, en su vida pública, agrupados como clases sociales. Siendo como es, el mercado capitalista, un sistema de competencia, lleno de contradicciones y conflictos, tiene como cabeza externa al Estado y como cuerpo o base primaria a los miembros familiares. Sin el Estado, institución encargada de establecer el andamiaje económico y social que recorren las mercancías, los marchantes y la garantía de los contratos de compra-venta, los capitales no sabrían cómo hacer para reproducirse; como señalamos anteriormente.

¿Qué es el capitalismo?

Recurramos para aclararnos al principal teórico del sistema capitalista de producción, al propio Marx, para ayudarnos a definir con precisión el significado y la definición exacta de lo que se entiende por capitalismo. Al final del tercer tomo de El Capital, Marx reconoce dos características del modo capitalista de producción: la producción generalizada de mercancías y la reproducción de capital a través de la producción de plusvalía. "*Este régimen,* escribe Marx*, crea sus productos con el carácter de mercancías. Pero el hecho de producir mercancías no lo distingue de otros sistemas de producción; lo que lo distingue es la circunstancia de que en él el ser mercancías constituye un carácter predominante y determinante de sus productos. Implica, en primer término, de que en él el propio obrero sólo aparece como un vendedor de mercancías y, por tanto, como libre obrero asalariado y, por consiguiente, el trabajo como trabajo asalariado con carácter general*"[92]. Sigue diciendo Marx: "*La segunda característica específica del régimen capitalista es la producción de plusvalía como finalidad directa y móvil determinante de la*

92 Carlos Marx, *El Capital*, Op.cit., t.3, p. 883.

producción. El capital produce esencialmente capital, y para poder hacerlo no tiene más camino que producir plusvalía. Al examinar la plusvalía relativa y más tarde, al examinar la transformación de la plusvalía en ganancia, hemos visto que es éste uno de los fundamentos sobre los que descansa el régimen de producción característico de la época capitalista, esta forma específica de desarrollo de las fuerzas productivas sociales del trabajo, consideradas como fuerzas del capital sustantivadas frente al obrero y, por tanto, en contraposición directa con el propio desarrollo de éste"[93]. Ahora sabemos que en los regímenes anteriores se producía para satisfacer necesidades o para producir riquezas y consumirlas en guerras o en objetos de lujo u ostentación de cualquier tipo. Hoy, en cambio, el capital produce para producir cada vez más a cambio de perecer como capital individual, bajo la regla de hierro de la competencia mercantil.

En síntesis podemos decir que el capitalismo, en tanto que sistema contiene los siguientes rasgos: a) La producción generalizada de mercancías, b) La producción y reproducción indefinida de capital, en tanto que medios de producción y de cambio y en tanto que relación de explotación o apropiación del trabajo ajeno, directa (en la producción) e indirectamente (en el comercio y el crédito), c) Revolución permanente de nuevas tecnologías en aras de una acumulación (producción y consumo) infinita, d) Crisis de sobre-producción y especulación, destructiva de recursos materiales y humanos, e) Competencia a muerte entre capitalistas, estados y agentes económicos, por las materias primas, el lucro y el poder (explotación, marginación y exclusión), transformándose en capitalismo imperial (imperialismo) o subordinación de los aparatos de estado y de sus mecanismos de fuerza y hegemonía.

Históricamente, el sistema capitalista es parte del período más revolucionario de la humanidad, si se compara con el antiguo régimen, lleno de penurias, bárbaras esclavitudes y viles servidumbres, las que permanecieron cierto tiempo en los territorios de ultramar de las sociedades europeas. Por su parte, la burguesía, en tanto propietario y gerente del nuevo modo de producción, nació y se desarrolló como una clase revolucionaria, no frente al futuro, sino frente al pasado, cuyas creaciones ni siquiera han llegado totalmente a muchos de los actuales países situados en la periferia del sistema. Y para que esto no provoque confusas interpretaciones, recordemos las palabras de Marx y Engels en el Manifiesto del Partido Comunista de 1848, recién iniciado el despegue del desarrollo del capitalismo industrial: *"La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamen-*

93 Ibíd., 884

te revolucionario (…) La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza que la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de los pueblos y a las cruzadas (…) Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran resentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional (…) En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercambio universal de las naciones (…) La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación a vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de contingentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejante fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social"[94]. Imaginémonos lo que dirían aquellos pensadores 165 años después sobre el desarrollo del mercado capitalista actual, partir de las nuevas innovaciones y aplicaciones tecnológicas y de las nuevas fuentes y usos productivos de energía.

Describir el capitalismo, citando la vieja reflexión de los creadores del comunismo, tiene también el objetivo de recordar que el destino de la mercancía es su multiplicación y abundancia relativa. Desde entonces, para Marx, el adjetivo revolucionario, dependen del desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, el crecimiento y la revolución constante de la tecnología, hasta que se agote sus fuerzas o su nicho y engendre en su interior la fuerza histórica que la superaría. Si en un momento el capitalismo arrancó con el pillaje colonial, posteriormente continuó con la invasión comercial de mercancías a nuestros países, lo que ha impedido la propia industrialización de la periferia del sistema. Para América Latina o para cualquier país del Tercer Mundo, el despegue económico pasa por sustituir parte de las importaciones que nos vienen del mundo industrializado y por lo tanto competir con aquellas economías plenamente desarrolladas. Se supone

94 Carlos Marx y Federico Engels, *El manifiesto del partido comunista*, en Carlos Marx, Federico Engels, Obras Escogidas, t.1, Editorial Progreso, Moscú, 1955, pp. 22-24.

que en el futuro, cada región deberá producir la mayor cantidad de bienes que pueda, evitando así el derroche y la anarquía actualmente en marcha. Valdría la pena agregar que, a pesar de la crisis en que se encuentra el capitalismo, su revolución y los rasgos históricos más progresistas que lo caracterizan, no han llegado a nuestros países. De tal manera que nuestras batallas emancipadoras por la independencia todavía tienen mucho tiempo por delante para alcanzar el grado de industrialización del capitalismo central.

Por el momento, todo parece indicar que el capitalismo no ha agotado ni el potencial de desarrollo de las fuerzas productivas ni mucho menos el potencial de las fuerzas destructivas. No importando las crisis de sobreproducción o la destrucción de los medios de vida, sigue produciendo mercancías de toda clase, materiales y simbólicas. Su problema es la anarquía en que estas se producen, aunque últimamente han empezado a planificar, no ha logrado superar su pecado original, como es la contradicción entre la producción y el consumo. En todo caso, el problema de fondo es el aumento creciente de la producción y la disminución relativa del consumo, debido a la pauperización de las masas y países periféricos. Ante estos ciclos de expansión-depresión el capitalismo ha recurrido cada vez más al crédito, lo que lo ha sumergido en crisis financieras donde, paradójicamente hablando, destruye fuerzas productivas para luego reconstruirlas.

En estos dos siglos, XIX y XX, asistimos a una lucha de clases caracterizadas por guerras mundiales entre capitales nacionales, revoluciones armadas contra regímenes capitalistas, así como a movimientos políticos y organizaciones laborales y sociales que luchan por su independencia o soberanía y por erradicar el empobrecimiento y la marginación.

El capitalismo nace como imperialismo, es decir, como Estado encargado de ocupar o anexar territorios, saquear comunidades e imponer las reglas del juego del comercio internacional, monopolizado por potencias y gobiernos imperiales. El capitalismo y el imperialismo acompañante se han caracterizado no solamente por guerras interburguesas, sino por invasiones y ocupaciones militares a lo largo y ancho del mundo entero; así como por la invasión de sus mercancías en las naciones menos desarrolladas y por el monopolio comercial y tecnológico a nivel mundial. Los regímenes políticos capitalistas e imperialistas, se caracterizan por alternar regímenes dictatoriales con democracias controladas y vigiladas por los intereses del capital nacional o mundial.

En el capitalismo, la producción comanda y condiciona normalmente la distribución, pero la distribución aparecer con cierta intermitencia para influenciar la producción, como sucede en las guerras de rapiña donde los capitales alteran la propiedad del capital a partir precisamente del botín robado y redistribuido. Incluso en lo que se denomina capitalismo tardío, la plusvalía o riqueza privada y almacenada suele redistribuirse a través de mecanismos propiamente redistributivos, como pasa en los casinos, donde la riqueza se redistribuye a través del azar. Ya señalamos anteriormente que en algunos períodos históricos, las naciones metropolitanas accedían más a la riqueza a través de sus colonias que a través de su propia producción. El mismo papel puede jugar la redistribución sobre la producción en el destino de las revoluciones, como lo veremos en el próximo apartado.

Las revoluciones y el nacimiento histórico del socialismo

Una revolución en el sentido moderno o de la modernidad es una lucha violenta contra los privilegios o la injusticia social. Implica una conciencia del derecho que asiste a los oprimidos-revolucionarios. Las revoluciones acontecen cuando las clases dominantes y sus aparatos de represión ya no pueden mantener el orden establecido, por falta de legitimidad o por serias contradicciones en el modo de producción o en la formación social en que actúan; pero sobre todo cuando las clases subalternas toman conciencia de su superioridad y superan la subordinación ideológica.

Ahora bien, se habla de revolución y no de rebelión cuando los revolucionarios no solamente se rebelan, sino que tienen un proyecto social, un programa predeterminado. Por eso es que toda revolución, sobre todo las revoluciones políticas, implican un grado de conocimiento de las tendencias históricas en las que ellas se desenvuelven o desencadenan.

Desde la revolución liberal contra el antiguo régimen, encabezada por la burguesía, comercial, industrial y financiera, las revoluciones y la teoría revolucionaria que le corresponden siguen ese patrón. Para Carlos Marx, el primer gran teórico de la revolución socialista y en cierta medida de la misma revolución liberal, la revolución es un cambio de la superestructura jurídico-política, producto de un cambio en la base económica. Y efectivamente, así fue como sucedió y como sucede con las revoluciones democrático-burguesas. Ese mismo esquema es el que utilizó Marx para teorizar acerca de la forma y el contenido de las revoluciones socialistas. Por eso es muy coherente la hipótesis de Marx en el sentido

de que la revolución socialista se llevaría a cabo en los países industrializados, donde existirían las condiciones objetivas para que los revolucionarios pudieran emprender la revolución, siguiendo las tendencias históricas. ¿Cuáles son esas condiciones objetivas? Una clase revolucionaria, la clase obrera, engendrada por la revolución industrial, las contradicciones del capitalismo, donde las clases dominantes no pudieran seguir dominando y las clases dominadas estuvieran en condiciones de gobernar. Creo que no habría que pensar que las condiciones objetivas sea simplemente el desarrollo industrial comparado, pues eso sería eternizarnos ya que precisamente el capitalismo es un modo de producción desigual y combinado, donde siempre habrá países más industriales o explotadores que otros. Eso equivaldría a esperar que el capitalismo eleve a la clase obrera a clase con sus mismas prerrogativas o su mismo ingreso. Al revés, las revoluciones socialistas se hacen para revertir el orden desigual. Y por eso es que es importante la lucha y conciencia de clases para las clases subalternas; por eso es importante la acción política colectiva; por esos es importante plantearse la toma del poder (ideológico, cultural, organizativo, político, económico). Lo que no quiere decir, como señalamos en las conclusiones preliminares en la introducción, que no haya que diferenciar la revolución política de la revolución social. Más aún, si para la burguesía fue imprescindible la toma del poder político para avanzar en su empoderamiento económico, cosa que no ha dejado de hacer, como lo muestran sus actuales guerras de rapiña; en el caso de los trabajadores y de las clases subalternas, el poder político será mucho más necesario aún para avanzar, madurando las condiciones objetivas que haya que madurar.

Como sabemos, la revolución socialista o de orientación socialista se inició en Rusia, donde la clase obrera era minoritaria y el capitalismo apenas estaba en ciernes. A raíz de aquella experiencia, Lenin, un marxista convencido y preparado, planteó la posibilidad de que desde el poder o a partir de la toma del poder por un partido de profesionales revolucionarios basados en la clase obrera, podían y debían hacer madurar las condiciones objetivas, es decir, la industrialización del país. Este planteamiento fue replicado desde la revolución rusa hasta la revolución cubana. Sin embargo, como veremos adelante, todo pareciera indicar que Marx tenía toda la razón. Podía y se pudo hacer la revolución política, pero la revolución social tuvo y ha tenido muchos inconvenientes. Claro está que Lenin y otros revolucionarios europeos, todos ellos marxistas, plantearon como requisito que la revolución rusa fuera acompañada de otras tantas revoluciones en los países industrializados, cosa que tampoco sucedió.

Al igual que el capitalismo, el socialismo arranca con las revoluciones iniciadas desde finales del siglo XVIII, con la revolución francesa, hasta las invasiones napoleónicas que llevaron el mensaje y las instituciones de la revolución francesa a toda Europa y parte de América. Durante el siglo XVIII, el siglo XIX, todo el siglo XX e inicios del siglo XXI, las revoluciones por la libertad, la igualdad y la solidaridad, están asociadas de una u otra manera a las transformaciones sociales. La palabra comunista se conoce desde la antigua Grecia, el socialismo, a su vez, es término corriente, junto al liberalismo, el anarquismo y el socialcristianismo, a lo largo de todo el siglo XIX en los principales países de Europa.

Sin embargo, no fue hasta la industrialización y el nacimiento de la clase obrera y del marxismo, a lo largo del siglo XIX, que comienza una resistencia sistemática por parte del trabajo, la que se expresa en los movimientos revolucionarios europeos a lo largo del siglo XIX, la manumisión de los esclavos y las luchas de independencia en la periferia del sistema colonial a lo largo del siglo XIX y comienzos del siglo XX y las revoluciones socialistas y los movimientos de liberación nacional en el llamado Tercer Mundo a lo largo del siglo XX. En el caso del mundo colonizado, las revoluciones arrancan como guerras de independencia contra las coronas, imperios o Estados coloniales.[95] La realidad y el concepto de capitalismo se acompañan desde su inicio con la denuncia de la explotación, sin por ello dejar de señalar el avance histórico que significó el capitalismo con respecto a los regímenes anteriores. Ahora sabemos que la explotación siempre ha existido, al menos desde que existe el mercado y el capital, pero tuvimos que esperar muchos siglos hasta que alguien pudiera explicarla y mostrarla científicamente.

Quizás una forma sencilla de descifrar el significado de la explotación se encuentra en una referencia de Marx sobre un texto de Aristóteles y que incorpora en *El Capital*; la misma nos interesa doblemente, porque alude a la explotación y porque se explica a través de relaciones de mercado. Al respecto dice Marx*: "Aristóteles distingue entre la crematística y la economía. Arranca de ésta y entiende que, en cuanto arte de lucro se limita a procurar los elementos necesarios para la vida y los artículos útiles para la casa o para el Estado: 'La verdadera riqueza está formada por estos valores de uso, pues la cantidad de fortuna de ésta, suficiente para vivir bien no es ilimitada. Pero hay otra clase de arte de lucro, a la que suele darse acertadamente, el nombre de crematística y para el cual no parecen existir límites en cuanto a la riqueza y a la posesión. El comercio de mercancías,*

95 Cfr: G.D.H., Cole, *Historia del pensamiento socialista*, I-VII, FCE, México, 1960-1980.

que significa literalmente el negocio del tendero, y Aristóteles acepta esta fórmula porque en ella prevalece el valor de uso, no forma de suyo parte integrante de la crematística, ya que en el intercambio se limita a lo necesario para las partes que en él intervienen (para comprador y vendedor)'. Por eso, sigue razonando Aristóteles, la forma primitiva del comercio de mercaderías fue el trueque, hasta que, al desarrollarse, surgió forzosamente el dinero. Con la invención del dinero, el trueque hubo de convertirse forzosamente en comercio de mercadería, y éste, a su vez, rompiendo con su tendencia primitiva, se desarrolló bajo la forma crematística, o sea, del arte de hacer dinero. Ésta, la crematística, se distingue de la economía, en que "para ella la fuente de la riqueza es la circulación y parece girar en torno al dinero, pues el dinero es el comienzo y el fin de esta clase de cambio. Por eso, la riqueza a que aspira la crematística es ilimitada, como lo es en su ambición todo arte que considera su fin, no como medio, sino como fin supremo, pues su fuerza por acercarse cada vez más a él; en cambio, las artes que sólo persiguen medios para un fin no son ilimitadas, pues el propio fin se encarga de trazarle su límite; así, esta crematística no encuentra ningún dique a su ambición, que es enriquecerse de un modo absoluto. Es la economía, y no la crematística la que tiene un límite…; la primera aspira a algo distinto del dinero, la segunda no aspira más que a aumentar éste... La confusión de ambas formas, que influyen la una en la otra, llevan a algunos autores a la creencia de que el fin único de la economía es la conservación e incrementación del dinero hasta el infinito." (Aristóteles, De República, ed. Baker, libro I, caps. 8 y 9.).[96] De aquí extrae Marx la conclusión de que en el capitalismo la acumulación es un fin en sí mismo. Notemos que en el capitalismo tardío, la circulación o "acumulación" de dinero vuelve a ser el ámbito principal del capitalismo, tal como lo explicaremos en los próximos capítulos.

Como puede verse, la preocupación principal de Marx está dirigida contra el origen de la explotación, es decir, contra lo que desde entonces y en adelante aparecerá en los escritos marxistas como capital, entendido como una relación social de producción caracterizada como la explotación del trabajo por el capital. El socialismo nace, pues, como una revolución contra el capitalismo, lo que supone no solamente la existencia, sino la existencia desarrollada del capitalismo; revoluciones que por su forma han sido hasta ahora revoluciones desencadenadas en el marco o fronteras de un país determinado. Si el capitalismo nace juntamente con el imperialismo mercantil y posteriormente con el imperialismo financiero (bancario-industrial), es decir, dentro de una división internacional del trabajo donde unos

96 Carlos Marx, El Capital, t.1, La transformación del dinero en capital, Op. Cit., p. 115-116.

países serán productores de mercancías industriales y otros de materias primas y de mano de obra barata, salta la siguiente pregunta: ¿Cuándo los países de la periferia del sistema accederán a devenir países capitalistas industrializados? ¿Tendrán que llevar a cabo igualmente un proceso de acumulación originaria colonial, como lo hicieron los países europeos? La respuesta de los economistas liberales y del pensamiento imperial es que ahorrando como ellos podrán convertirse en países capitalistas industrializados. Igualmente suelen afirmar que una vez que los capitalistas sacien sus ansias de consumo, se derramará la copa de la riqueza y todos beberemos del derrame, asimismo pasará entre los países. La verdad es que la copa de los capitalistas y de los países imperialistas es cada vez más grande y cada vez más insaciable su sed de ganancia que nunca terminarán de llenar la acrecentada copa.

La otra pregunta es sobre el nacimiento del capital originario del socialismo. La posición de la economía liberal, incluso de algunos partidos comunistas, es que los países subdesarrollados tendrán primero que pasar por el capitalismo y después pensar en una economía de bienestar, una vez que hayan alcanzado la prosperidad económica suficiente. Más aún, plantean que como los capitalistas son los únicos que pueden acumular a través de la explotación, habría que dejar que sean ellos los que conduzcan las economías atrasadas hasta que llegue el momento en que todos puedan vivir como ellos.

Otros en cambio piensan transitar por una etapa más directa y más rápida. En presencia de un país capitalista industrializado, bastará que la clase trabajadora se apropie del capital acumulado a base de la explotación histórica y comience a administrarla simultáneamente en función de la reproducción ampliada y del bienestar social a la vez. En el caso de los países subdesarrollados o atrasados técnicamente, bastará desvincularse o independizarse del imperialismo, expropiar o confiscar las empresas extranjeras y desde ahí reiniciar su reproducción ampliada y redistribución de los excedentes. Pero el capital no solamente es una relación social de producción o un stock de mercancías, sino que implica un conocimiento tecnológico (know-how) que no se puede adquirir de la noche a la mañana; por lo tanto en un primer momento, como diría Lenin cuando implementó la NEP (Nueva Política Económica) en 1921, tendremos que recurrir a los capitalistas y después hacer las confiscaciones del caso, como lo hizo Stalin posteriormente.

Esta discusión es tan vieja como el capitalismo y hay experiencias históricas para todos los gustos. Como prometimos, este libro tratará de resumir aquellas discu-

siones y aquellas experiencias antes de analizar y concluir con las regularidades y lecciones históricas más pertinentes.

La experiencia concreta de construcción de una sociedad socialista se inició en Rusia, con el período de la revolución democrático-burguesa en 1905 y de la revolución política proletaria en 1917, conformándose posteriormente, en 1922, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y ampliándose hacia una veintena de países en Europa del Este, Asia, África y América Latina. Estas experiencias que se desarrollaron a lo largo del siglo XX implosionaron, en su mayoría, dentro de una competencia económica encarnizada con el mundo capitalista, incluyendo una competencia político-militar con el imperialismo. A pesar de todo, el socialismo demostró ser una opción social para las grandes mayorías. Incluso llevó a países como Rusia y China a desencadenar procesos endógenos de acumulación económica de gran envergadura, capaces de igualar a las grandes potencias occidentales. Tanto en el caso de la Unión Soviética, entre 1925 y 1955, como en el caso de China, entre 1980 y 2010, bastaron 30 años para que estos países alcanzaran el nivel de crecimiento que a Europa le había tomado 250 años, sin tener que recurrir a la esclavitud de la periferia como lo hizo la Europa colonial al esclavizar a 13 millones de africanos. Sin hablar del genocidio de otras tantas decenas de millones esclavizados y diezmados en el seno de los pueblos originarios de todos los continentes periféricos

Desde el inicio del pensamiento socialista existió una polémica entre el comunismo y el socialismo, definidos de distintas maneras. El comunismo aparecía como la sociedad ideal, sin clases, sin mercado, sin dinero y sin Estado, donde la economía se regiría por las necesidades de la humanidad. En cambio el socialismo se definió finalmente como la transición del capitalismo al comunismo y donde la humanidad tendría que regirse todavía por el tiempo de trabajo. Históricamente, los partidarios del socialismo organizaron partidos comunistas para tomar el poder en nombre del proletariado, pues se llevó a cabo en países apenas proletarizados. Una vez en el poder, estos regímenes estatizaron y colectivizaron masivamente los medios de producción, centralizaron el gobierno y la economía, basando su acumulación en el ahorro interno y sobre los hombros fundamentalmente de la explotación campesina, así como en la restricción de las libertades políticas. En la práctica, la intervención vertical del aparato del estado-partido-ejército, con el objetivo de lo que los líderes llamaron la construcción del comunismo, se hizo bajo la férrea dirección de estos mismos líderes. Se eliminó la libertad de mercado y las libertades políticas y civiles, hasta que dichos

regímenes sucumbieron política y económicamente. La gente quería resolver sus necesidades, pero no a costa del sacrificio de las mayorías. La dirigencia que pensaba construir en poco tiempo una sociedad comunista fue desplazada del poder y nuevos o viejos dirigentes tuvieron que rectificar y lo hicieron restaurando el capitalismo. En lo sucesivo y a pesar de que los revolucionarios anticapitalistas enarbolaban el comunismo como alternativa al capitalismo y los capitalistas los señalaban peyorativamente como comunistas, aquellos países fueron llamados cada vez más países socialistas.

Mientras estaban en la oposición, los partidos anticapitalistas se denominaron comunistas, aunque una vez en el poder, tales regímenes se empezaron a denominar regímenes socialistas, pero el nombre del partido siguió y sigue llamándose partido comunista. Con el tiempo, el socialismo llegó a equivaler a un capitalismo de Estado, donde los medios de producción estaban más o menos estatizados y la economía se regía por una planificación centralmente impuesta a un mercado que no dejó nunca de existir, aunque más o menos intervenido. Y fue la intervención del mercado, la que dificultó mantener o superar los índices de productividad y de competitividad frente al resto de países capitalistas.

En todo caso, lo que nos interesa destacar es que el proyecto socialista está obligado a batirse teórica e históricamente en el campo de batalla del mercado, donde las reglas del capitalismo no le favorecen, lo que genera un gran problema para estos procesos, pues tienen como objetivo redistribuir la riqueza tomando en cuenta el trabajo aportado por cada quien, pero también las necesidades generales de los sectores más empobrecidos y en nombre de los cuales se hace la revolución. Desde el punto de vista económico están obligados a generar excedentes y a dedicarlos tanto a la infraestructura económica (construcción y electrificación), como a la infraestructura social (escuelas y hospitales), incluyendo el apoyo a los pequeños productores, lo que no se puede alcanzar sin disponer de capitales nacionales y extranjeros, los que como sabemos tienen objetivos completamente opuestos.

Es así que, dado el atraso de los países recién liberados, el socialismo, en competencia con el capitalismo se desarrolla en medio de una contradicción entre el crecimiento y la desigualdad. Y es en medio de esta contradicción donde suelen cometerse los errores que llevan a violentar la ley del valor, es decir, a planificar impositivamente qué producir, cómo y cuánto producir, de dónde acopiar los excedentes, cómo distribuir los excedentes y qué consumir. Cuando hablamos de violentar la ley del valor nos referimos por supuesto al valor de cambio de las

mercancías. Pero como veremos más adelante, también se violan con mucha facilidad y con iguales consecuencias negativas las reglas del valor de uso de las mercancías. La pregunta es cómo crecer sin desigualdad, cuando es la desigualdad la que genera el ahorro-capital para poder reproducir en forma ampliada la riqueza.

¿Qué es el socialismo?

Para aquellos lectores que mantienen el prejuicio sobre el socialismo llamado ortodoxo y también para quienes menospreciaron el papel de las libertades políticas en el socialismo, me permito una ligera digresión para ofrecerles la visión que tenía un gran científico, como fue Albert Einstein, sobre el capitalismo y el socialismo. Una definición que incluye tanto la crítica al capitalismo, el objetivo de la justicia social, ausentes en el capitalismo, como los aspectos de la democracia y de las libertades individuales, ausentes en el socialismo. Así, dice Einstein: "*La situación que prevalece en una economía basada en la propiedad privada del capital se caracteriza en lo principal: primero, los medios de la producción (capital) son poseídos de forma privada y los propietarios disponen de ellos como lo consideren oportuno; en segundo lugar, el contrato de trabajo es libre. Por supuesto, no existe una sociedad capitalista pura en este sentido. En particular, debe notarse que los trabajadores, a través de luchas políticas largas y amargas, han tenido éxito en asegurar una forma algo mejorada de "contrato de trabajo libre" para ciertas categorías de trabajadores. Pero tomada en su conjunto, la economía actual no se diferencia mucho del capitalismo "puro". La producción está orientada hacia el beneficio, no hacia el uso. No está garantizado que todos los que tienen capacidad y quieran trabajar puedan encontrar empleo; existe casi siempre un "ejército de parados". El trabajador está constantemente atemorizado de perder su trabajo. Dado que parados y trabajadores mal pagados no proporcionan un mercado rentable, la producción de los bienes de consumo está restringida, y la consecuencia es una gran privación. El progreso tecnológico produce con frecuencia más desempleo en vez de facilitar la carga de trabajo para todos. La motivación del beneficio, conjuntamente con la competencia entre capitalistas, es responsable de una inestabilidad en la acumulación y en la utilización del capital que conduce a depresiones cada vez más severas. La competencia ilimitada conduce a un desperdicio enorme de trabajo, y a amputar la conciencia social de los individuos que mencioné antes. Considero esta mutilación de los individuos el peor mal del capitalismo. Estoy convencido de que hay solamente un camino para eliminar estos graves males, el establecimiento de una economía socialista,*

acompañada por un sistema educativo orientado hacia metas sociales. En una economía así, los medios de producción son poseídos por la sociedad y utilizados de una forma planificada. Una economía planificada que ajuste la producción a las necesidades de la comunidad, distribuiría el trabajo a realizar entre todos los capacitados para trabajar y garantizaría un sustento a cada hombre, mujer, y niño. La educación del individuo, además de promover sus propias capacidades naturales, procuraría desarrollar en él un sentido de la responsabilidad para sus compañeros-hombres en lugar de la glorificación del poder y del éxito que se da en nuestra sociedad actual. Sin embargo, es necesario recordar que una economía planificada no es todavía socialismo. Una economía planificada puede estar acompañada de la completa esclavitud del individuo. La realización del socialismo requiere solucionar algunos problemas sociopolíticos extremadamente difíciles: ¿cómo es posible, con una centralización de gran envergadura del poder político y económico, evitar que la burocracia llegue a ser todopoderosa y arrogante? ¿Cómo pueden estar protegidos los derechos del individuo y cómo asegurar un contrapeso democrático al poder de la burocracia?"[97]

En esta definición Einstein mantiene los rasgos u objetivos convencionales sobre el socialismo como son la propiedad social de los medios de producción + la planificación en función de la justicia social + la democratización política. Todavía no se avanza sobre el proceso de desmercantilización, a pesar de que se parte de una crítica a la economía de mercado capitalista, incluso de lo que los liberales llaman el libre mercado.

Sobre la caracterización del régimen imperante en la Unión Soviética y demás países de Europa del Este, así como del resto de lo que ahora se conoce como socialismo del siglo XXI que con más propiedad debiera decirse en el siglo XXI, quizás a falta de una caracterización más precisa, la confusión se mantiene.

En todo caso, a partir de la definición de Einstein que no difiere, en principio, de la que nosotros acotamos en la introducción de este libro, la que tampoco difiere de la reflexión más o menos generalizada; quisiéramos por el momento retener aquellos aspectos negativos del capitalismo que bien podríamos catalogar como una verdadera y permanente metástasis o desequilibrios socio-económico-políticos de lo que venimos llamando el metabolismo del mercado; metástasis que hoy se extiende al mundo entero, desde que el capitalismo comenzó a funcionar como capitalismo global, como imperialismo, es decir, desde su nacimiento. En

97 Albert Einstein, *¿Por qué el socialismo*? Monthly Review, New York, Mayo, 1949.

este sentido, la llamada globalización, no es un rasgo que sirve para caracterizar al imperialismo, sino a un sistema mundial, donde lo que existe es un único sistema mundial, conducido por las grandes corporaciones financieras, con un Estado Mundial a la cabeza, al interior del cual existen coaliciones de gobiernos, así como existen insurrecciones de otros tantos gobiernos o provincias gubernamentales.

El problema de limitarse al capital, cosa por lo demás imprescindible, es que pareciera ser que la diferencia entre capitalismo y socialismo radica en quien posee el capital, si la empresa privada o la empresa pública. En verdad la competencia entre capitales es precisamente una característica sustancial del capitalismo, no importa cómo se distribuyan. Y como dijo Engels, no importa si las fuerzas productivas o los medios de producción pertenecen al Estado o a toda la sociedad, los mismos seguirán funcionado como capital. El asunto tiene que ir más allá y situarse en la sustancia del sistema, es decir, en cómo superar el régimen generalizado de mercancías, característica del capitalismo como señaló Marx. Tenemos, entonces, que caracterizar el sistema de relaciones sociales a fondo. Plantear sin miedo que el objetivo final (y posible) es el acceso gratuito y universal a los bienes y servicios, o el encaminamiento hacia tal objetivo. Hoy en día, el problema para el propio capitalismo no es un asunto de cuánto producir, sino de que lo que se produce no encuentra venta o realización, precisamente por fallas en la distribución, el desempleo y las desigualdades sociales. Y es aquí donde cobra sentido, el planteamiento sobre la desmercantilización de la economía, incluyendo los bienes y servicios o la fuerza de trabajo. Asunto medular del tema que estamos analizando.

Pero por el momento sigamos el orden que nos trazamos. Analizar los elementos conceptuales del capitalismo y del socialismo, hasta ahora expuestos; posteriormente analizaremos la experiencia socialista; luego las condiciones actuales en que se encuentra el capitalismo en su etapa imperialistas; y finalmente profundizar las implicancias de la desmercantilización.

2. A mayor crecimiento económico, mayor desigualdad social

Por el momento sabemos que la disyuntiva que hasta ahora ha dividido a las principales corrientes de pensamiento sistémico y a las diferentes estrategias o experiencias históricas (capitalista y socialista), está basada en la contradicción generada por el mercado capitalista entre el crecimiento económico y la igualdad social, pues todo parece indicar que ambas tienden a excluirse mutuamente, al

menos en las condiciones actuales de las economías nacionales y de la propia economía mundial. En este sentido, los regímenes políticos que se han inclinado por priorizar el crecimiento económico, suelen cosechar una creciente desigualdad social, lo que a mediano y largo plazo termina desencadenando crisis de sobre-producción relativa. Por su parte, los regímenes políticos, particularmente en los países socialistas, que se inclinaron por priorizar la igualdad social, terminaron a largo plazo perdiendo productividad, competitividad y eficiencia frente a los regímenes capitalistas contemporáneos, afectando en última instancia el crecimiento y el bienestar social de la mayoría de la población. En todo caso, podemos afirmar que el crecimiento capitalista produce, nacional o internacionalmente, desigualdad; mientras que la igualdad social puede o no fomentar el crecimiento, tal como sucedió a mediano plazo en la URRS, en los países escandinavos o en los propios países capitalistas después de la segunda guerra mundial, como lo sospechaba Keynes.

En el campo político, los regímenes sociales que han fomentado el libre mercado, es decir, la libertad irrestricta de comprar y vender o hacer negocios a cualquier costo, son muy proclives a pregonar no solamente la libertad de mercado, sino también las libertades cívicas y políticas, lo que no ha impedido exacerbar toda clase de conductas libertinas, entre ellas la sobre-explotación de las personas y recursos naturales, la competencia a muerte entre países por las materias primas del mundo entero, las dictaduras más represivas, la mercantilización de la vida en todas sus manifestaciones y por ende la pauperización y deshumanización de la especie. En el socialismo, a su vez, la voluntad de eliminar las desigualdades sociales y de frenar el proceso de diferenciación social, ha implicado intervenir y regular el mercado a través de órganos y aparatos de planificación, limitando las libertades económicas para comprar y vender, lo que conlleva frecuentemente a constreñir aquellas posiciones políticas que disientan del proceso.

Por supuesto que estamos hablando de tendencias, pues conocemos países con fuerte intervención pública o regulación del mercado y la economía, que han logrado avanzar significativamente tanto en la igualdad social de oportunidades, como en una democracia cívico-política, como es el caso de los países escandinavos. Por otro lado, existen múltiples experiencias donde una irrestricta libertad de mercado, convive con una insoportable dictadura política al interior del país y con la más despiadada de las intervenciones militares en el mundo entero.

En principio, la economía trata de la producción y el crecimiento, en cambio la economía política está más interesada en la distribución del ingreso y la riqueza.

Sin embargo, ambas tendrán, tarde o temprano, que abordar los dos problemas. Hace rato que el discurso de académicos y líderes políticos se concentra en el empobrecimiento y las desigualdades sociales. Cada día, la economía y las ciencias sociales en general avanzan en la convicción, salvo conservadores recalcitrantes, de que, dejado a su libre albedrío, el mercado capitalista avanza por la senda de la desigualdad, la injusticia y la depredación.

Si la fractura metabólica del capital industrial, se expresa en la explotación de las fuerzas materiales de la naturaleza exterior, la fractura metabólica del mercado capitalista se expresa en el crecimiento de la desigualdad social en todas sus manifestaciones, independientemente del crecimiento económico. Y así como no puede haber capitalismo sin mercado, tampoco puede haber mercado sin capitalismo, tal como hicieron ver los clásicos del marxismo y el mismo Lenin cuando se refirieron al capitalismo de Estado, es decir, aun cuando todos los medios de producción pertenecieran al Estado, a los trabajadores o a la sociedad entera. Desde sus inicios, la economía clásica o neoclásica en su versión liberal o neoliberal, vino al mundo pensando y apostando por el crecimiento, afirmando que la riqueza es producto del funcionamiento automático y armónico del mercado. Cuando apareció el empobrecimiento y la teoría de la explotación, ofrecieron la tesis de que el crecimiento genera prosperidad para todos. Como sabemos, tal cosa no ha pasado, sino todo lo contrario, el mercado capitalista tiene como ley la concentración y la exclusión, hecho que ya no puede seguirse negando y sobre el cual todos empiezan a pronunciarse, incluyendo algunos economistas, desde J.S, Mil hasta J.M. Keynes, desde J. Stiglitz hasta T. Piketty.

Ahora bien, si bien es cierto que existe una tendencia a que el crecimiento capitalista genere desigualdad social, no puede siempre decirse lo mismo a la inversa. Una mayor igualdad social puede generar crecimiento, como se demostró a mediados del siglo pasado, tanto en los países capitalistas como socialistas, estimulando la demanda y mejorando el nivel de vida de las masas populares, pero también puede atrofiar el crecimiento, como se demostró a finales del siglo pasado en momentos en que colapsaron los países socialistas, aunque no siempre debido al nivel alcanzado de igualdad social. Tampoco es regla que la desigualdad social genere crecimiento, como lo demuestran muchos países tercermundistas, periféricos o de capitalismo nacional empobrecedor, con grandes desigualdades sociales, pero con bajos índices de crecimiento.

Repetimos, todo parece indicar que al socialismo nos acercaremos en la medida que vayamos desmercantilizando los bienes, la fuerza de trabajo y el capital (la

riqueza material), en la medida en que vayamos democratizando la política, la economía y la cultura.

La injusticia del mercado o la necesidad de su regulación

El tema de la injusticia del mercado no hay que analizarlo solamente desde el punto de vista moral o del bienestar de la gente, sino desde el punto de vista de las leyes económicas que obligan a un determinado funcionamiento. En otras palabras, un orden es justo si es necesario, debiéndonos preguntarnos, además, para quien es necesario, para qué clases y para qué sistema. Aunque en última instancia, tengamos que caer en valores universales por los que la humanidad ha siempre apostado, como lo es la vida de todas las personas. Recordemos que los primeros liberales, los utilitaristas, creyeron haber encontrado una razón universal respondiendo que el objetivo de la economía tenía que ser la felicidad del mayor número. Hoy en día, aparece otro valor universal como es la salvación de la naturaleza.

Pero incluso situándonos en el campo del mercado capitalista, una pregunta sobre lo injusto o necesario del funcionamiento actual del mercado capitalista, debiéramos respondernos si tal funcionamiento es pertinente o necesario para el propio mercado capitalista. Para lo cual tendremos que situarnos en el campo de las contradicciones del mercado capitalista. Contradicciones que tienen que ver en primer lugar con los desequilibrios que lo empujan a las crisis periódicas que padece, debido fundamentalmente a las grandes desigualdades de ingresos y rentas, cuando la capacidad adquisitiva de la mayoría de las poblaciones y países es tan baja, en relación a la demanda requerida por la producción mundial, que la realización de la producción (la plusvalía) se hace difícil, sino imposible.

Y es en ese sentido que aparece como pertinente el planteamiento de la regulación del mercado. Si el mercado, cualquiera que sea nuestro juicio de valor, es injusto porque hace daño, porque genera desequilibrios a la economía o porque crea necesidades o exigencias radicales, las cuales no se pueden resolver sino es superando el sistema imperante, entonces no queda otra opción que intervenirlo, regulándolo o planificando sus componentes y relaciones, incluso desactivándolo como mecanismo económico.

Lo primero que el lector se preguntará es ¿para qué regular el mercado, en vez de dejarlo que se regule por su cuenta? La verdad es que, hegemonizado por el capital, el mercado regula nuestra conducta en forma catastrófica y su ciega

regulación nos está llevando al precipicio, por lo que se ha vuelto imprescindible regularlo conscientemente. Incluso los propios capitalistas están empeñados en regularlo, aunque sea a su favor. Dejado a su libre albedrío o al libre juego de la oferta y la demanda, incluyendo la oferta y la demanda monopólica y monopsónica, el mercado capitalista regulado por el proceso de una acumulación cuyo fin es la acumulación misma, es fuente permanente de desigualdades que generan crisis periódicas de sobreproducción o de subconsumo, generando igualmente desequilibrios económicos que alteran la reproducción del sistema. Así como el Estado nació para que las contradicciones y conflictos generados por él no desembocaran en guerras ni revoluciones, asimismo la sociedad se dedicó a buscar mecanismos de regulación económica, para evitar que las reglas del mercado capitalista culminaran en las catástrofes sociales cotidianas que sufre la humanidad.

Hasta ahora, la crítica marxista o socialista ha insistido más en la injusticia del capital, en tanto relación social de explotación, que en la injusticia del mercado, entendida como relación de competencia que tiende hacia la concentración y exclusión de la riqueza.

La principal anotación que queremos dejar sentada por ahora, cuestión que ampliaremos en los apéndices, es que la explotación no se limita o se lleva a cabo estrictamente al interior de las fábricas, sino que la misma se extiende a toda relación mercantil, aun aceptando las relaciones de equivalencia en el intercambio de mercancías, sean éstas bienes, fuerza de trabajo o dinero. Efectivamente, el mercado es injusto porque no permite crecer sin desigualdad social, porque en el mercado capitalista el enriquecimiento avanza proporcionalmente con el empobrecimiento. Y al igual que una enfermedad o desbalance de su estabilidad, salir de cada ciclo perverso no puede hacerse más que interviniéndolo bajo leyes diferentes a sus leyes naturales.

Igualmente, el lector se preguntará por qué ahora hablamos del mercado y no del capital o del capitalismo, si estamos acostumbrados a que es el capitalismo y no el mercado el causante de la explotación y de muchas injusticias. En primer lugar porque sobre el capital y sobre el capitalismo, hablan hasta los propios capitalistas, como tendremos ocasión de ver en el libro siguiente. En segundo lugar porque el capital no es más que una de las formas en que se expresa el intercambio mercantil, pero no es la única, por lo tanto, para conocer el funcionamiento del capital necesitamos conocer al conjunto del movimiento donde las mercancías circulan formando las redes que explican todo el funcionamiento de la economía capitalista; creo que es esta negligencia por el estudio del mercado

donde se encuentra una de las explicaciones de los errores que se cometieron –confesados por los dirigentes- y que dieron lugar a las distorsiones económicas padecidas por los regímenes socialistas. En tercer lugar porque existe una forma de explotación indirecta, es decir, no mediada o establecida entre patrones y obreros, sino entre compradores y vendedores en general en el mercado, lugar donde sus transacciones y desigualdades aparecen más escondidas que las que conocemos al interior de una fábrica; desigualdad más evidente a nivel internacional que nacional. Pero sobre todo, porque si queremos eliminar el capital, tenemos que eliminar el mercado y todo el tejido mercantil que lo reproduce; en otras palabras y esta es una de nuestras hipótesis de trabajo, porque la socialización del capital sin la desmercantilización generalizada revierte todo el sistema de socialización. En cuarto lugar, porque la explotación a través del mercado es la forma de explotación principal que existe entre en el comercio internacional, entre países industrializados y países no industrializados.

Si el capitalismo es un régimen de producción generalizado de mercancías, el proceso hacia el socialismo tendrá que iniciarse como un régimen generalizado de desmercantilización de la economía. Cuando Marx estudió el capital tenía en su mente la fábrica y la compra y venta de una mercancía llamada fuerza de trabajo, la que era explotada por el capitalista, aunque no desconocía el intercambio desigual que existía entre naciones capitalistas y naciones menos capitalistas o capitalizadas. Marx le dedicó el primer tomo de El Capital a la producción, dedicándose a estudiar en el segundo y tercer tomo, aunque no pudo terminarlos, a la circulación, pero enfatizando el problema de la realización de la plusvalía, así como a las crisis, tanto de realización como a la caída tendencial de la tasa de ganancia.

Decimos que el mercado es injusto, por la creciente desigualdad de la riqueza que genera su existencia, porque a través del intercambio unos se hacen más ricos y otros se empobrecen, cosa que no depende del trabajo incorporado por cada clase, sino por el capital que cada clase o país posee. ¿Por qué un banco donde trabajan cien empleados y donde no se produce ni siquiera un adoquín, es donde más se gana? Precisamente porque en el mercado capitalista, la repartición se hace de acuerdo al capital que se posee y no del trabajo que incorporamos.

Se dice que el mercado es injusto porque los que más producen y trabajan tienen menos y los que menos trabajan, pero más especulan, tienen más. El mercado es injusto porque a través del intercambio de mercancías, sobre todo en el inter-

cambio entre el capital y la fuerza de trabajo como mercancía, se lleva a cabo la explotación de la fuerza de trabajo y la explotación de los países empobrecidos. Injusticia que va más allá del proceso de producción, particularmente a través del comercio, el crédito, la especulación que recorre la banca, la bolsa de valores, los emisores de moneda que crean inflación a nivel mundial, la quiebra y el rescate bancario. Además, decimos que el mercado capitalista y sobre todo imperialista, es injusto porque produciendo tanto prefiere destruir lo que produce en presencia de millones de seres humanos que se mueren de hambre por no tener el dinero para adquirir las mercancías que el capital produce para obtener ganancias. Finalmente, digamos que es injusto porque entre las mercancías que produce existen algunas que destrozan el alma y el cuerpo, como son la droga, las armas o la trata de personas.

En el mercado capitalista se habla de intercambio de equivalentes, lo que quiere decir que todas las mercancías tienen un precio relativo entre las mismas, regulado por el mercado y al cual todos nos atenemos. En otras palabras, nadie puede en principio estar alterando los precios como le dé la gana. Sin embargo, dicho intercambio es injusto debido a las diferencias de remuneración de cada uno de los que participan en el mercado: unos ganan más y otro ganan menos por las mismas horas trabajadas.

Lo que pasa a nivel nacional, también pasa a nivel internacional. Hay países que controlan el mercado capitalista mundial, los países imperialistas, así como hay países que están subordinados al mercado capitalista mundial, los países imperializados o neocolonizados, especies de naciones proletarizadas o fincas-naciones que trasladan plusvalía o excedentes hacia el centro del sistema.

En todo caso, lo que nos interesa despejar es si podemos crecer sin desigualdad o si podemos aspirar a mejorar la distribución de la riqueza, sin poner en riesgo el crecimiento. Lo primero es lo que ha intentado el capitalismo sin éxito alguno, lo segundo es el reto que ha atravesado al socialismo. Un ejemplo absoluto de esta última posibilidad es la distribución de la tierra que se hace durante los procesos de reforma agraria, donde sin aumentar el número de tierra en fincas, se emprenden procesos radicales y masivos de redistribución, sin que se afecte el crecimiento, el que muchas veces aumenta cuando tierra y campesinos se reconcilian. Finalmente, todo pareciera conducir a una economía mixta, donde se combine conjunta y simultáneamente lo uno y lo otro. Dicho sea de paso, la reforma agraria, al menos a la vieja usanza revolucionaria, es una forma de desmercantilización, pues la tierra se distribuye de acuerdo a criterios de necesidad

y no mercantiles. Ahora bien, lo que se dice de la tierra, hoy se puede decir del conocimiento, último momento en el desarrollo de las fuerzas productivas, entendidas como innovación y aplicación tecnológica. Precisamente, si los países asiáticos avanzaron tanto en las últimas décadas es porque se dedicaron a confiscar o expropiar la tecnología del occidente capitalista.

Ahora bien, situados en el mercado internacional o contexto mundial donde se llevan a cabo las revoluciones independentistas y las transformaciones socialistas, la injusticia del mercado mundial se vuelve tanto o más severa que al interior de los propios países que padecen la herencia colonial. Sin embargo, esta discusión que tuvo su auge a mediados del siglo pasado a propósito de la teoría de la dependencia en América Latina o del intercambio desigual en todo el Tercer Mundo, debe una explicación, sino una rectificación, a partir de la aparición de los países emergentes, tanto capitalistas como socialistas, los que no solamente se han independizado de los centros mundiales del capitalismo y del socialismo, sino que los han superado[98]. Lo que antes era una ley de intercambio desigual, la que todavía sigue siendo una norma en algunas relaciones entre países, comienza hoy a ser revertida y empezamos a observar antiguas colonias que surgen como países emergentes, sobrepasando incluso en crecimiento a los países metropolitanos, como es el caso de los llamados BRICS. Siendo el caso de los países asiáticos, como dijimos anteriormente, el más paradigmático, donde se combinó planificación más aplicaciones tecnológicas y desarrollo de la educación técnica.

La teoría y la práctica de la dependencia transitan hacia una teoría y una práctica de la interdependencia. Cada vez más, la regulación consciente del mercado se va integrando como una tendencia que batalla no solamente por la independencia soberana, sino también por la interdependencia en igualdad de condiciones, en camino hacia relaciones internacionales de solidaridad y complementariedad, como tendremos ocasión de ver cuando hablemos de la experiencia latinoamericana.

En todo caso, la disputa está planteada entre el capitalismo y el socialismo, dos sistemas que una vez relacionados y enfrentados en el campo de batalla de la economía mundial, se encontrarán en un metabolismo más global de un sistema mixto, es decir, bipolar en un primer momento y multipolar en un segundo momento; un metabolismo social donde la economía estará subordinada a la política

98 Estas afirmaciones, mostradas y formuladas aquí a manera de tesis, serán desarrolladas históricamente en los próximos capítulos y ampliadas conceptualmente en los dos apéndices que aparecen al final del libro.

y a la ética, funcionando bajo nuevas leyes. En la medida en que los sistemas nacionales socialistas vayan avanzando y los sistemas nacionales capitalistas se vayan disipando, en esa medida, iremos conociendo mejor las leyes de un nuevo metabolismo social.

Si la comprensión de la contradicción y el conflicto es el punto de partida de la conciencia, la regulación consciente del mercado, será el primer momento de lo que será la regulación consciente de la sociedad entera administrando los intereses de ella misma, organizada como sociedad humana y no como sociedad mercantil.

Habernos pronunciado sobre las leyes del mercado y sobre la dictadura del mercado, podría generar una confusión o un malentendido, al momento de plantear una regulación consciente del mercado. En otras palabras, si anteriormente hablamos de leyes nos referimos a leyes históricas, es decir, leyes de las que podemos prescindir.

Aunque debiéramos agregar que aún las leyes de la naturaleza, sobre todo de la naturaleza humana, pueden ser aprovechadas, reguladas y cambiadas. A este respecto pueden ser ilustrativas algunas afirmaciones de Maurice Dobb en su introducción a la Contribución a la Crítica de la Economía Política de Carlos Marx, cuando señala: "*Para Marx la dialéctica partía de la Naturaleza, y del Hombre considerado desde un principio como parte importante de la Naturaleza misma. Pero aun siendo ente natural y sujeto a las leyes deterministas propias de la Naturaleza, el hombre en cuanto ser consciente está al mismo tiempo en condiciones de luchar con y contra la Naturaleza, pudiendo someterla y finalmente transformarla según sus propios fines. Y todo esto lo hace a través de la proyección consciente de la actividad productiva y creativa. Esta actividad humana que diferencia al Hombre de la Naturaleza y de la mayor parte de los seres vivientes, es el trabajo productivo. La historia de la humanidad por lo tanto tiene su inicio con esta dialéctica de la lucha entre el Hombre y la Naturaleza y ha consistido esencialmente en las diversas formas y estadios que asume el trabajo productivo en su progresivo desarrollo. Uno de los elementos principales de esta relación dialéctica del Hombre Naturaleza fue, desde luego, la invención de y el empleo de instrumentos de producción (utensilios y mecanismos) que representaban al mismo tiempo materializaciones durables del trabajo e instrumentos auxiliares para el trabajo productivo, instrumentos que "el trabajador interpone entre él y el objeto de trabajo y que le sirve como vehículo de su acción sobre dicho objeto". En el mismo libro, Marx señala: "Toda producción es apropiación de la naturale-*

za por parte del individuo en el seno y por intermedio de una forma de sociedad determinada". [99]

Las tesis de Piketty sobre el crecimiento y la desigualdad social

Resulta, a juzgar por los datos empíricos, que las desigualdades sociales siguen creciendo, incluso mucho más que el propio crecimiento. Durante mucho tiempo se discutió si el capitalismo podía resolver las desigualdades sociales, discusión aparentemente resuelta entre los economistas burgueses, a partir de una serie histórica donde se demostraba que durante los llamados treinta años gloriosos (1945-175) se habían reducido las desigualdades. El trabajo de Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, muestra, a través de series estadísticas recopiladas desde la revolución francesa hasta nuestros días y para veinte países, que todo crecimiento de la producción genera, a la larga, desigualdades sociales, lo que nos facilita y permite dar por resuelta aquella discusión[100].

Piketty no ignora la lucha de clases o de intereses de clases, estratos y países, tampoco ignora la acumulación originaria de los países coloniales y esclavistas; más aún, su análisis histórico muestra que la desigualdad sólo puede llevar a una competencia, concentración y conflicto entre los capitales, lo que conducirá a los países capitalistas a destrozarse entre ellos, como lo hicieron en la primera y segunda guerra mundial. Así mismo, afirma que las desigualdades llevan necesariamente hacia una confrontación entre el capital y el trabajo que nos conducirá a revoluciones como la revolución bolchevique y demás revoluciones conocidas en el siglo pasado.

Piketty ofrece, desde el inicio de su trabajo, dos conclusiones, la primera es que "*hay que desconfiar de todo determinismo económico en esta materia: la historia de la distribución sigue siendo una historia preponderantemente política y no sabría reducirse a mecanismos meramente económicos (…) La historia de las desigualdades depende de las representaciones que se hacen los actores económicos, políticos y sociales, sobre lo que es justo y lo que no lo es, así como de las relaciones de fuerza entre estos actores y de las confrontaciones colectivas que de estas derivan" (…) "La segunda conclusión, la que considero el corazón de este libro, es*

99 Carlos Marx, *El Capital*, México, Siglo XXI, 1975, t.I/1, p. 217; en Maurice Dobb, *Introducción a La Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Siglo XXI editores, México, 1986, p. XIII.

100 Thomas Piketty, *Le Capital au siécle XXe*, Edition Seuil, Paris, 2013. En 2014 aparecieron ediciones en inglés y castellano, esta última en el F.C.E. Las citas sucesivas, salvo señalamiento expreso corresponden a la primera edición en francés.

que la dinámica de la repartición de riquezas pone en juego poderosos mecanismos que empujan alternativamente en el sentido de la convergencia (tendencia hacia la igualdad) y de la divergencia (tendencia hacia la desigualdad) y que no existe ningún proceso natural o espontáneo que permita evitar que las tendencias desestabilizadoras y generadoras de desigualdad predominen a la larga[101]."

Más adelante Piketty, siendo mucho más categórico y pesimista sobre la posibilidad de autorregulación del mercado en dirección hacia la igualdad, afirma: "*En el marco de este libro pondremos el acento sobre las fuerzas divergentes más preocupantes aún, en la medida que ellas pueden producirse en un mundo donde todas las inversiones adecuadas en cuanto a competencia hayan sido realizadas, y donde todas las condiciones de eficacia de la economía de mercado –en el sentido de los economistas- hayan sido reunidas. Estas fuerzas de divergencia son las siguientes: Se trata por un lado de la toma de la delantera de altísimas remuneraciones, las que pueden ser masivas; se trata por otro lado y sobre todo de un conjunto de fuerzas de divergencia vinculadas al proceso de acumulación y de concentración de patrimonios existentes en un mundo caracterizado por un crecimiento débil y por un rendimiento alto del capital. Este segundo proceso es potencialmente más desestabilizador que el primero y constituye sin duda la principal amenaza para la dinámica de la repartición de la riqueza a largo plazo*."[102]

A partir de curvas que muestran la serie histórica de la relación entre la tasa de rendimiento de los capitales y la tasa de crecimiento de las economías, Piketty afirma: "*Esta desigualdad fundamental, que representamos bajo la fórmula r mayor que g, donde r designa la tasa de rendimiento del capital (es decir, lo que resulta en promedio en el curso de un año, bajo la forma de beneficio, dividendos, intereses, alquileres y otros ingresos del capital, en porcentaje de su valor), y donde g representa la tasa de crecimiento (es decir, el crecimiento anual del ingreso y de la producción)-, jugará un rol esencial en este libro. En cierta forma, ella resume la lógica de conjunto".*[103] *Finalmente y para resumir Piketty concluye: "El proceso de acumulación y de repartición de los patrimonios contienen en sí mismo las poderosas fuerzas que empujan hacia la divergencia, o al menos hacia un nivel de desigualdad extremadamente elevado. Existen igualmente fuerzas de convergencia, las que pueden buenamente predominar en ciertos países o en ciertas épocas, pero las fuerzas de divergencia pueden en cualquier mo-*

101 Ibídem, p. 36
102 Ibídem, p. 38.
103 Ibídem, p. 41.

mento tomar la delantera, como parece ser el caso al inicio del siglo XXI, y como lo da a entender la caída probable del crecimiento demográfico y económico en los próximos decenios."[104]

En sus conclusiones Piketty sentencia: "*La lección general de mi investigación es que la dinámica de una economía de mercado y de la propiedad privada, dejada a su libre albedrío, contiene en su seno fuerzas de convergencia importantes, vinculadas sobre todo a la difusión del conocimiento y a las calificaciones, pero también poderosas fuerzas de divergencias, potencialmente amenazantes para nuestras sociedades democráticas y para los valores de justicia social sobre las cuales están fundadas*"[105].

Piketty no es sospechoso de ser marxista, izquierdista, ni nada que se parezca a un revolucionario; todo lo contrario, él está por el capitalismo, pero devela la historia y las regularidades de las desigualdades al interior del capital y del trabajo, así como entre el capital y el trabajo, al mismo tiempo que advierte a las élites del orden mundial establecido acerca de las consecuencias, en términos de guerras o revoluciones, que encierra el hecho de haber tenido, y de mantener, descomunales niveles de desigualdad. Piketty pretende, pues, como Knut Wicksell, Alfred Marshall o J.M. Keynes, mejorar el capitalismo a través de una intervención del sector público para aumentar la demanda agregada.

Para enfrentar esta situación y que el mundo se evite más guerras entre los capitales o más revoluciones del trabajo contra el capital, Piketty propone, un impuesto mundial al capital de tal manera que los diferentes países puedan dedicar un porcentaje de la recaudación como el que existe en Suecia, donde el mismo represente más del 50% del ingreso nacional, o la propuesta de dedicar 50% del presupuesto al gasto social. Sobre la recaudación propone lo siguiente: "*Una tasa igual a 0% para patrimonios por debajo de un millón de euros, una tasa de 1% para patrimonios entre de entre uno y cinco millones de euros y de 2% ´para patrimonios de más de cinco millones de euros. También se podría optar, por otra parte, por un impuesto al capital mucho más progresivo sobre las fortunas más grandes (por ejemplo, con una tasa de 5% a 10% para patrimonios por arriba de los 1,000 millones de euros*)"[106].

104 Ibídem, p.41.

105 Thomas Piketty, Le Capital au XXI siècle, Op.cit., p. 621.

106 T. Piketty, El capital en el siglo XXI, F.C.E., Madrid, 2014 (versión española), capítulo XV. Un impuesto mundial al capital, p. 576.

Por considerarlo de interés reproducimos la tabla donde se observa la desigualdad de ingresos por regiones y países, a partir de la dimensión del PIB mundial como de su distribución para el año 2012, datos y comentarios que retomaremos en este trabajo.

La distribución del PIB mundial en 2012[107]

	Población (en millones de habitantes)		PIB (en miles de millones de euros 2012)		PIB por habitante	Equivalente ingreso mensual por habitante
					(en euros 2012)	
Mundo	7050	100%	71200	100%	10100€	760€
Europa	740	10%	17800	25%	24000€	1800€
Unión Europea	540	8%	14700	21%	27300€	2040€
Rusia/Ucrania	200	3%	3100	4%	15400€	1150€
América	950	13%	20600	29%	21500€	1620€
USA-Canadá	350	5%	14300	20%	40700€	3050€
América Latina	600	9%	6300	9%	10400€	780€
África	1070	15%	2800	4%	2600€	200€
África del Norte	170	2%	1000	1%	5700€	430€
África Subsahariana	900	13%	1800	3%	2000€	150€
Asia	4290	61%	30000	42%	7000€	520€
China	1350	19%	10400	15%	7700€	580€
India	1260	18%	4000	6%	3200€	240€
Japón	130	2%	3800	5%	30000€	2250€
Otros	1550	22%	11800	17%	7600€	570€

Lectura: el PIB mundial, estimado en paridad de poder de compra, era en 2012 de 71200 miles de millones de euros. La población mundial era de 7,050 millones de habitantes, obteniéndose un PIB por habitante de 10100 E (Equivalente a un ingreso por habitantes de 760 euros por mes). Todas las cifras han sido redondeadas a la docena y centena más próxima. Fuentes: ver Pikety.pse.ens.fr/capital21c.

107 Ibídem, p. 78.

¿Qué reflexiones o comentarios podríamos inferir a partir de este cuadro?

Lo primero que salta a la vista si observamos cómo se reparte el PIB por regiones y países es que las potencias occidentales representadas por Norteamérica (USA y Canadá) y Europa acaparan el 41% del PIB mundial, a pesar que solamente tienen el 13% de la población mundial. A nivel de familia, la concentración por supuesto es mucho mayor.

A pesar de que el ingreso per cápita es un promedio, el mismo no impide mostrar las desigualdades que algunas regiones tienen con respecto a otras, a juzgar por el ingreso per cápita, donde unas tienen un ingreso per cápita de 150€ por mes, mientras otras regiones tienen un ingreso per cápita que sobrepasa los 3,000€ por mes (El euro equivale aproximadamente a $ 1,30 dólares).

Si observamos los datos de América Latina, región sobre la cual enfocaremos principalmente nuestro análisis y nuestras conclusiones, notamos que es la región donde el porcentaje de la población (9%) con respecto a la población mundial, detenta el mismo porcentaje del ingreso promedio respecto al PIB mundial (9%); igualmente, el PIB promedio por año (10,400 euros) y el PIB promedio mensual (780 euros) corresponde al promedio del PIB mundial por año y al promedio del PIB mundial por mes. De tal manera que si el ingreso nacional promedio por habitante correspondiera a la realidad, cada habitante de América Latina tendría un ingreso promedio mensual aproximado de $1,000 dólares; en otras palabras, cada familia latinoamericana, calculada a razón de cinco miembros por familia, podría disponer de $5,000 dólares aproximadamente de ingreso mensual.

Bien sabemos que el PIB no expresa totalmente la realidad, incluso la esconde, pues en cada país existe un nivel de desigualdad donde unas familias ganan un millón de dólares al mes, mientras millones familias ganan menos de $200 dólares por mes. Aprovechamos para llamar la atención de que el umbral de pobreza inventado por los organismos internacionales es otra forma de escamotear el problema, pues suponen que cada miembro de una familia considerada como pobre es aquella donde cada miembro gana $2 dólares por día, cuando la verdad es que en las familias pobres, apenas dos miembros son los que tienen algún ingreso y aunque ganaran $5 dólares diario cada una, es decir, $10 dólares, igualmente tal familia viviría en la pobreza. Por eso es que hay pensadores como el premio nobel de economía Amartya Sen, que anteponen al PIB como medida del desarrollo lo que él llama el Índice de Desarrollo Humano, incluyendo una serie de variables más conformes con el nivel de vida real de la gente, como educación, salud, expectativas de vida, vivienda, etc.

Hoy, diversos organismos acostumbran a mostrarnos el empobrecimiento del mundo, así como la distribución entre las personas y los países. Por considerarlo paradigmático quisiera citar los datos recientes (2014) mostrados por la Directora General del Fondo Monetario Internacional (F.M.I.) sobre la desigualdad en el mundo. En una conferencia en Londres sobre el "capitalismo inclusivo" nos dice la señora Christine Lagarde: "*Las 85 personas más ricas del mundo, que cabrían cómodamente en un autobús de dos pisos, controlan la misma cantidad de bienes que la mitad más pobre de la población mundial, es decir, 3,500 millones de personas*".[108] Sigamos citando a la Directora General del FMI: "*La consagración del capitalismo se produce durante el siglo XIX. Con la revolución industrial aparece Carlos Marx, quien centró su atención en la apropiación de los medios de producción y predijo que el capitalismo, con sus excesos, llevaba las semillas de su propia destrucción; la acumulación del capital en manos de unos pocos, concentrados primordialmente en la acumulación de beneficios, llevaría a grandes conflictos y crisis cíclicas*".[109]

Lo que más le duele a los pensadores del capitalismo más conservador es la tesis de Piketty relacionada con la predominancia del capital hereditario sobre la producción del capital, mostrando así el carácter cada vez más oligárquico (según sus palabras) y parasitario del capitalismo. Igualmente, les duele el colapso de la tesis del equilibrio económico o la armonía del libre mercado. Igualmente, resienten que un economista neoclásico brinde argumentos a la izquierda para mostrar que el crecimiento del capitalismo tiene el mismo ritmo que el crecimiento de las desigualdades, generando como consecuencia más guerras imperialistas y más revoluciones socialistas.

Al respecto, suena curioso que incluso algunos de los más conocidos millonarios estadounidenses como Bill Gates acepten las principales tesis para enmendar el capitalismo, aunque por supuesto sin renunciar al mismo, comentarios que para la mayoría de los líderes políticos, pensadores conservadores y gobiernos en marcha en el mundo entero, serían un bochornoso escándalo digno de un subversivo. En una reseña sobre el libro de Piketty nos dice Bill Gates. "*Estoy muy de acuerdo con Piketty en que: a) Los altos niveles de desigualdad son un problema –echando a perder los incentivos económicos, inclinando las demo-*

108 Christine Lagarde, Directora General del FMI, conferencia sobre Inclusión Económica e Integridad Financiera: Discurso pronunciado ante la Conferencia para un Capitalismo Inclusivo, Londres, 27 de mayo de 2014, Biblioteca del FMI, p. 2.
109 Ídem, pp. 1-2.

cracias a favor de poderosos intereses y socavando el ideal de que todas las personas son creadas iguales; b) El capitalismo no se autocorrige hacia una mayor igualdad –esto es, el exceso de concentración de la riqueza puede tener un efecto de bola de nieve, si no se controla; c) Los gobiernos pueden jugar un papel constructivo compensando las tendencias de las bolas de nieve siempre y cuando decidan hacerlo. Como Piketty, también soy un gran creyente en el impuesto de sucesiones. Dejar a los herederos consumir o repartir el capital de forma desproporcionada, simplemente basado en la lotería del nacimiento, no es una forma inteligente o justa para asignar recursos. Como a Warren Buffet le gusta decir, es como 'elegir al equipo olímpico del 2020 con los hijos mayores de los ganadores de medallas de oro en las olimpiadas del 2000'. Estoy de acuerdo en que la fiscalidad debería alejarse de gravar el trabajo. No tiene ningún sentido que el trabajo en Estados Unidos sea tan fuerte gravado en relación con el capital. Tendrá aún menos sentido en los próximos años, ya que los robots y otras formas de automatización vendrán a desempeñar más y más de las habilidades que los trabajadores humanos tienen hoy". [110]

Dicho con las categorías que venimos ofreciendo, podríamos decir que si el mercado funge como el tejido orgánico o un organismo económico que intercambia materia y energía con otro organismo social, como es la población del planeta, el metabolismo del mercado no logra alcanzar la homeostasis o condición necesaria de estabilidad para que los seres vivos puedan convivir y reproducirse. "¿Qué hacer?", dice el ex presidente del Consejo de Asesores Económicos del Presidente de los Estados Unidos (Bill Clinton) y exfuncionario del Banco Mundial, Joseph E. Stiglitz. "*¿Qué hacer por los 1,200 millones que viven con menos de un dólar al día, o los 2,800 que viven con menos de dos dólares al día –más del 45% de la población mundial"* ?[111]

Leyendo el libro de Piketty y otros trabajos que analizan el despegue económico de los países asiáticos, sean éstos de orientación capitalista o socialista, tendremos que interrogarnos sobre las causas por las cuales estos países que antes tenían un nivel de crecimiento inferior a los países de América Latina, ahora lo superan en general. Comentario que podríamos prolongar hacia otros países emergentes, incluyendo algunos países latinoamericanos, como Brasil o Argentina, antiguas colonias españolas, independientemente del nivel de la brecha social que existe entre ellos.

110 Blog de Bil Gates, www.gatesnotes.com., 11 de enero de 2015.
111 Joseph E. Stiglitz, El malestar en la globalización, Taurus, Editores, Argentina, 2003, p. 55.

Igualmente, resulta interesante preguntarnos por las causas que han llevado a los países escandinavos a alcanzar un sector público, basado en la recaudación fiscal, de más del 50% del ingreso nacional. Más impresionante es saber que en 1993, el sector público de Suecia recaudó ingresos equivalentes al 69% del PIB. Y que como sabemos no provienen de una renta petrolera como la del Emirato Árabe de Qatar, por el que este país ha alcanzado más de $100,000 dólares del PIB per cápita anual, frente a $30,000 aproximadamente que registran en promedio los países europeos.

Tanto en un caso (Asia) como en otro (Escandinavia) no podemos decir que su despegue o bienestar social respectivamente se deba a una historia colonial y esclavista, incluso imperialista, como sería el caso de otros países de Europa y Estados Unidos.

Asimismo, resulta prudente preguntarnos por la forma interna en que estos países llegaron a tener ese nivel de despegue o bienestar, tomando en cuenta que se trata tanto de países capitalistas como socialistas. En todos esos casos, se trata de lo que se ha dado en llamar economías mixtas, no importa si se trata de países pequeños como Vietnam o Dinamarca o países grandes como China o Brasil. En todo caso, sabemos que la acumulación endógena inicial solo puede provenir de un ahorro basado en la explotación de una parte de la población, generalmente proveniente del campesinado, como fue el caso de Rusia y como es el caso de China; posteriormente la reproducción ampliada debe nutrirse en gran parte del intercambio desigual que existe en el seno del mercado mundial.

Como dice Piketty en su trabajo, en tiempos del nacimiento de la economía política clásica (Maltus, Ricardo y Marx) se trataba de teoría sin fuentes suficientes, mientras que ahora tenemos ricas fuentes estadísticas que nos permiten analizar mejor los fenómenos sociales y formular teorías al respecto. A Marx le reconoce no solamente sus intuiciones, aun con los datos de la época, sino sus preocupaciones sobre las desigualdades sociales, "*una actitud digna de imitar*, dice Piketty, *por los economistas modernos*".

Además del impuesto global sobre el capital, Piketty infiere que la única manera de recuperar el progreso de los países industriales es a través de la apropiación y divulgación del conocimiento tecnológico, junto a una apertura al comercio mundial por parte de la economía que desea despegar. Sobre la apropiación y utilización racional de la tecnología existen muchos trabajos relacionados con el

gigantesco crecimiento chino[112]. Recientemente (2014) Josepf Stiglitz y Bruce C. Greenwald, editaron un libro sobre la necesidad del aprendizaje, particularmente tecnológico, en aras del crecimiento, el desarrollo y el progreso social. En el mismo aparecen comentarios de destacados economistas estadounidenses donde insisten en la vía del aprendizaje o la educación tecnológica[113] .

Ahondar en el metabolismo del mercado implica preguntarse por la forma que adquiere el intercambio mercantil al interior de los países y en relación al resto de países que compiten en el mercado capitalista mundial ¿Cuál es el papel de la renta de las materias primas que circulan por el mundo? ¿Cómo se nutre el capital del trabajo humano? ¿Cuál es la forma que adquiere la explotación directa o indirecta de la fuerza de trabajo dentro y fuera de los países? ¿Cómo circulan las mercancías en la economía real y cómo circula el dinero en la economía financiera? ¿Qué relación existe entre la economía real y la economía financiera? ¿Qué papel juega el intercambio de equivalentes o el intercambio desigual en la acumulación del capital, tanto en el capitalismo de competencia como en el capitalismo de monopolio? ¿Qué papel juega el Estado en todo el metabolismo social del capital y en el del mercado? ¿Existe un metabolismo del trabajo, así como existe un metabolismo del mercado? ¿Cómo se lleva a cabo el intercambio entre el capital y el trabajo? ¿Qué relación establecen los capitales hacia los mercados, dicho de otra manera, cómo funcionan los mercados de capitales? ¿Cómo funciona el capital y cómo funciona el mercado en una economía plenamente capitalista y en los diferentes capitalismos de Estado? ¿Cómo debería de funcionar el metabolismo del mercado en una economía socialista, en los diferentes grados de su evolución? ¿Cuál sería el equilibrio económico (crecimiento) y social (igualdad) en una sociedad socialista? ¿Podemos hablar de equilibrio económico general para una sociedad socialista, como hace la teoría económica convencional para el capitalismo, o aquella no puede ser sino un proceso de ruptura y transformación progresiva? Y en todo esto, ¿cuál es el papel de la tecnología y del conocimiento o educación tecnológica, para superar la brecha entre los países desarrollados y en vías de desarrollo?

Pero antes, vamos a señalar, a manera de ilustración, la concentración de la riqueza en relación a la población, analizando de paso la transferencia de exce-

112 Geneviève C. Dean, Consecuencias sociales y políticas de la estrategia tecnológica china, Comercio Exterior, Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., Vol.25, Num.2, México, febrero de 1975.

113 Josepf E. Stiglitz, Bruce C. Greenwald, Creating a learnig society, A new Aproach to Growth, Development, and Social Progress, Columbia university Press, New York, 2012.

dentes que se lleva a cabo dependiendo de si estamos en presencia de una economía mercantil simple o de una economía mercantil capitalista. Dejando para el próximo libro, el funcionamiento del metabolismo del mercado, sus fracturas y saltos metabólicos, así como los intentos de liberarse del mercado capitalista en un conjunto de países llamados socialistas durante el siglo pasado.

Relaciones mercantiles y concentración de la riqueza[114]

Si bien toda forma de producción capitalista implica una relación mercantil, no toda relación mercantil implica un proceso de producción o de relación capitalista. Esta diferencia que queremos señalar tiene como objetivo analizar el proceso de mercantilización dentro del sistema capitalista, así como el mecanismo de concentración de riqueza que conlleva.

Si aceptamos el supuesto de que la concentración y la exclusión implican un traslado de excedentes de una persona, clase o nación a otras a través del intercambio de mercancías, ya sea que se intercambien bienes salariales o capital a cambio del alquiler por tiempo limitado de la fuerza de trabajo en el proceso de producción, o ya sea que se intercambien mercancías en general, es decir, bienes y servicios entre dos agentes económicos (personas, clases o naciones), debemos dar cuenta de las diferentes formas en que se realizan aquellos intercambios, entre las cuales podemos señalar tres: a) El intercambio de capital-salario versus tiempo de trabajo, donde no tenemos mucho más que agregar a las explicaciones ofrecidas por Marx sobre la explotación de la fuerza de trabajo en el modo de producción capitalista. Quedarían por explicar aún dos formas de intercambio mercantil que encierran un traslado de excedentes, pero sin que medien necesariamente relaciones salariales de producción; b) El intercambio complementario de mercancías entre dos productores o dos economías de una misma comunidad o nación, donde las mismas se intercambian de acuerdo a un costo de producción que equivale a tiempos similares de trabajo, como el que se lleva a cabo en los mercados locales o nacionales; asimismo, al interior de esta misma nación, existe otra economía con mayor composición orgánica de capital, que además de implicar la explotación del trabajo al interior de sí misma, intercambio mercancías con la producción mercantil simple, succiona excedentes de

114 La pirámide sobre la concentración de la riqueza es una elaboración propia basada en los datos de organismos internacionales, las cifras utilizadas por Piketty en su libro sobre El Capital en el Siglo XXI, artículos referidos a la desigualdad social, comentarios al libro de Piketty, conferencias de líderes políticos y académicos.

aquella a través del mercado; c) Intercambio de mercancías entre dos países, independientemente de la forma en que al interior de cada país se produzcan aquellas mercancías; generándose un traslado de excedentes de la nación que tiene menos grado de capitalización hacia la nación que tiene mayor grado de la misma.

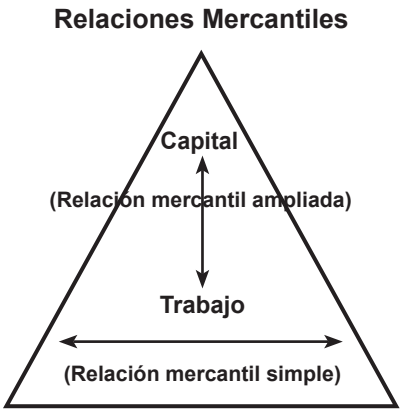
Pues bien, lo que queremos decir es que el traslado de excedentes de una persona, clase o nación a otras, se lleva a cabo en forma proporcional a la cantidad de capital que cada persona, clase o nación posea. En otras palabras, si entre dos personas, clase o países apenas existe capital en la composición de la producción, la cantidad de excedentes que se trasladan de una parte a otra será insignificante, mientras que si entre dos personas, clases o países, una de las partes tiene más capital que la otra, el traslado de excedentes será mucho mayor y proporcional a la diferencia de composición de capital que una tenga con relación a la otra.

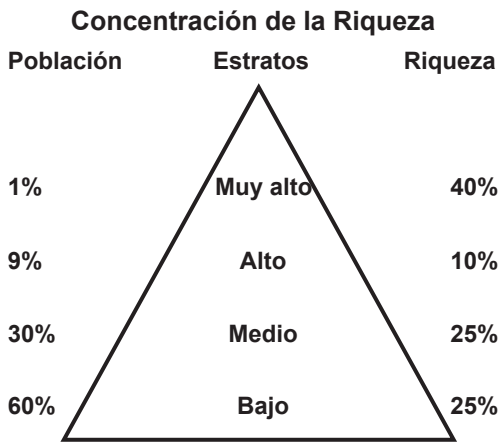
Estas tres formas se explican de alguna manera en los libros III y IV, lo que aquí queremos señalar es la relación que existe entre el traslado de excedentes de una persona, clase o nación a otras, respecto a la concentración de la riqueza y la desigualdad social resultante. La pertinencia de este señalamiento lo basamos en que, independientemente del grado de desarrollo capitalista de un país, en toda economía local o nacional existe, junto a la producción capitalista, una producción mercantil simple y por lo tanto relaciones mercantiles poco diferenciadas, donde los intercambios a su interior apenas engendran relaciones de desigualdad; pero que con respecto al resto de la economía con una composición mayor de capital aquella se encuentra en una situación desfavorable, debiendo trasladar una parte de su producción hacia la otra economía. Y en un grado mucho mayor, en el mercado capitalista mundial, independientemente del grado de desarrollo capitalista de cada una de las naciones, existen unas donde predomina la producción simple de mercancías y otras donde predomina la producción mercantil capitalista, generándose entre ellas un traslado de riqueza o excedentes de una nación a otra y una mayor concentración y exclusión del ingreso o la riqueza entre ellas, así como una gran diferenciación o desigualdad social.

Como puede inferirse, lo que queremos enfatizar y relevar es la explotación, concentración, exclusión, diferenciación o desigualdad social cuya explicación y realidad se asienta más en el ámbito amplio del mercado, haciendo abstracción de su ámbito estrecho. Recordemos que hemos llamamos ámbito estrecho del

mercado al intercambio entre el capital y el trabajo que se lleva a cabo al interior del proceso inmediato de producción, en las fábricas, llamando ámbito amplio al intercambio que se lleva a cabo en la circulación, pero en una circulación que no supone necesariamente, al menos no siempre ni totalmente, que los extremos de la circulación sean protagonistas de procesos salariales o capitalistas de producción. Esta separación nos permitirá explicar la diferenciación social que existe, por ejemplo, entre el campo y la ciudad de cualquier nación, entre un barrio pobre y un barrio rico al interior de una misma nación, o la que existe entre las naciones enriquecidas y las naciones empobrecidas.

Para ilustrar esta temática nos apoyaremos en dos figuras gráficas que llamaremos las pirámides del sistema capitalista, tanto a nivel nacional como internacional, en las cuales ilustramos las relaciones de competencia y de concentración de la riqueza resultante. Una primera pirámide, situada a la izquierda, que llamamos la pirámide de las relaciones mercantiles, al interior de la cual aparecen los dos tipos de relaciones mercantiles, a) Relaciones mercantiles capitalistas, bajo la lógica de la reproducción ampliada, b) Relaciones mercantiles bajo la lógica de la reproducción simple. Otra pirámide, situada a la derecha, que llamamos pirámide de la concentración de la riqueza, al interior de la cual se muestra la estratificación social actual de mercado capitalista, nacional o mundial, donde aparece claramente la relación entre riqueza y segmentos poblaciones. En ambas pirámides, la parte superior, corresponde al mundo del capital, mientras que la parte inferior corresponde al mundo del trabajo. La pirámide de las relaciones mercantiles muestra que el sistema capitalista se rige por lo que se conoce como una relación mercantil capitalista o de reproducción ampliada que recorre en forma vertical toda la pirámide. En el polo superior de





la flecha se encuentran todas las categorías del capital (industrial, comercial, bancario y especulativo) y de los espacios donde predomina el capital; en el polo inferior de la flecha se encuentran todas las categorías del trabajo (asalariados, pequeños productores) y de los espacios donde predomina el trabajo. Estas relaciones recorren los espacios locales, nacionales e internacionales del mercado local, nacional y mundial.

Igualmente y al interior mismo del mercado capitalista, existe otra forma de relación mercantil, conocida como relación mercantil estacionaria o de reproducción simple, la que recorre en forma horizontal la base de la pirámide. En esta relación ambos polos de la flecha horizontal se encuentran en igualdad de condiciones y pertenecen al mundo del trabajo. Estas relaciones funcionan paralela y simultáneamente a las relaciones propiamente capitalistas, tanto a nivel local, como nacional o mundial del mercado capitalista. El hecho que existan diversas relaciones de producción, capitalistas y no capitalistas, no alteran la afirmación de que estamos ante un modo de producción capitalista, donde todas las relaciones y todas las formas de trabajo se encuentran subordinadas a la hegemonía del capital. Recordemos aquel señalamiento de Marx sobre las relaciones esclavistas estadounidenses subordinadas a una formación social capitalista a punto de saltar a devenir una potencia imperialista.

Dicho de otra manera. Los productores o vendedores capitalistas, provenientes de procesos productivos con alta composición orgánica de capital, tanto a nivel nacional como internacional, intercambian sus productos o su dinero a precios de mercado, es decir, al costo de producción de las mercancías más una ganancia media que corresponde a la plusvalía que previamente obtuvieron del trabajo. Por otro lado, existen productores y vendedores de mercancías, ya sea la mercancía fuerza de trabajo o las mercancías-bienes de consumo en general, producidos por pequeños productores o comerciantes de bienes y de servicios (campesinos, pescadores, pequeños comerciantes), cuyo precio de mercado se encuentra muy cercano al costo de producción de sus respectivas mercancías; ya sea el costo de producción de la fuerza de trabajo o el costo de producción de sus productos, con muy poco valor agregado. Como hemos venido explicando, los primeros tienden a enriquecerse, mientras que los segundos se mantienen empobrecidos, en una condición estacionaria y con muy poca diferenciación social.

Sin embargo, lo que más queremos enfatizar en este funcionamiento de la pirámide, no son tanto las relaciones entre el capital y el trabajo, en la fábrica o en el mercado, pues los señalamientos al respecto han sido abundantes, sino las rela-

ciones que se emprenden al interior del mundo del trabajo y que aquí aparecen atravesadas por la flecha horizontal. Los trabajadores o los pequeños productores que se encuentran en la base de la pirámide también intercambian mercancías entre sí, tanto fuerza de trabajo como bienes de consumo. Pues bien, este intercambio a precios de mercado, muy cercanos a los costos de producción, no genera mayor ganancia entre los que participan en este mercado. Pensemos, por ejemplo, en los campesinos, pescadores, artesanos y demás trabajadores por cuenta propia que intercambian productos entre sí o que llevan sus productos al mercado local, sin que cambie mayormente su generalizado nivel de vida. Unos producen cereales, otros producen productos derivados de la leche, otros producen frutas y verduras, otros son peluqueros, taxistas o maestros, algunos son asalariados de pequeños talleres familiares, etc.

Digámoslo de otra manera, echando mano de dos conceptos poco utilizados últimamente, como son *el mercado de concurrencia y el mercado de competencia*. Permítaseme describir brevemente la forma en que opera el intercambio de mercancías en estos diferentes mercados, pero al interior de la sociedad capitalista.

El mercado de *concurrencia* existe por lo general al interior de los países, donde se encuentran compradores y vendedores de bienes o servicios en igualdad de condiciones y cuyo objetivo es la complementariedad entre los participantes. En este mercado, un profesor a domicilio, paga por cortarse el pelo un precio correspondiente a una hora de trabajo del peluquero ($ 5 dólares por ejemplo), equivalente a la misma cantidad que el peluquero paga al profesor de su hija por una hora de trabajo impartida a domicilio y así sucesivamente entre diversos compradores y vendedores. Es el mercado del barrio o de la ciudad donde los trabajadores asalariados, por ejemplo, compran mercaderías a los trabajadores por cuenta propia: alimentos, zapatos, vestidos, es decir, bienes que corresponden a la canasta básica. Este intercambio corresponde a la visión común e inofensiva de que el mercado tiene para la gente y donde la relación aparece beneficiosa para todo el mundo: nadie se aprovecha de nadie, todos intercambian en igualdad de condiciones el fruto de su propio trabajo. Este mercado no genera diferenciación y en él participa todavía la mayoría de las poblaciones del mundo entero, en medios rurales con escasa diferenciación social o en medios urbanos de la llamada economía popular.

En el mercado de *competencia* en cambio, lugar donde se encuentran compradores y vendedores en condiciones desiguales, se intercambian bienes o servicios por cantidades que corresponden a tiempos de trabajo diferentes invertidos por

cada uno de los participantes. Es el caso, por ejemplo de un cortador de café latinoamericano que por un mes de trabajo recibe de su patrón una cantidad de dinero ($ 150 dólares por ejemplo) que equivale a lo que un trabajador de la ciudad gana en dos semanas de trabajo en una industria de procesamiento de café, o lo que una mesera de un restaurante de Miami gana en una semana de trabajo por servir cien tazas de café, o lo que gana un importador de café de los Estados Unidos en un día de trabajo. En el mercado de competencia, los precios se fijan de acuerdo al costo de producción y de acuerdo a la cuota de ganancia que los poseedores de capital reciben por la correlación de fuerzas que históricamente ha adquirido el capital frente al trabajo. La competencia entre trabajadores o entre capitalistas que se desarrolla al interior de este mercado, no altera la relación principal entre el capital y el trabajo, contribuyendo sin embargo, a reducir el costo de la fuerza de trabajo y a generar mayores brechas no solamente entre los trabajadores, sino también entre los empresarios.

Esto explica la poca diferenciación social que existe entre estos segmentos populares. Claro está que el empobrecimiento de los mismos se explica porque todos ellos están subordinados al capital, vendiendo su mano de obra barata y comprando mercancías producidas por el sector capitalista, cuyos precios de mercado contienen mayor valor agregado, dicho en el lenguaje corriente.

Ciertamente que también existen relaciones mercantiles horizontales en la parte superior de la pirámide, donde los sectores capitalistas, grandes, medianos y pequeños, intercambian mercancías, no solamente con el sector inferior del trabajo, sino entre ellos mismos, generándose una cierta concentración y exclusión de la riqueza al interior de ellos. El intercambio de mercancías al interior de un país rico ofrece el mismo resultado de concentración-exclusión, dependiendo del lugar que cada segmento ocupa, ya sea en los polos del capital o del trabajo de la flecha vertical. Sabemos de sobra que en cada una de las crisis cíclicas del capitalismo, el capital se concentra en cada vez menos corporaciones industriales, agropecuarias, comerciales o bancarias.

Este doble tejido mercantil se reproduce a nivel internacional o mejor dicho en el comercio internacional. En el mercado mundial, los países del centro del sistema capitalista, donde se produce con una composición orgánica alta de capital, también intercambian mercancías con países que producen con una composición orgánica del capital mucho más baja. En este intercambio, conocido como intercambio desigual y que será analizado en la segunda parte de este libro, se lleva a cabo lo que se conoce como un intercambio desfavorable de precios relativos

para los países de la periferia del sistema-mundo. Los precios de los productos producidos en los países industrializados suelen ser relativamente favorables con respecto a los precios de las mercancías generados en los países con baja composición de capital. Claro está que existen algunas excepciones como es el caso de productos provenientes de una renta monopolista, como puede ser el petróleo, al menos cuando estos países se ponen de acuerdo para formar carteles a nivel internacional, como en el ejemplo de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP). Y aun en estos casos, la lucha o la correlación de fuerzas a nivel internacional tienen la última palabra, como se desprende de las oscilaciones, una de las cuáles está protagonizada por la lucha internacional entre Estados Unidos, por un lado y los países exportadores de petróleo por el otro; donde los Estados Unidos logró bajar el precio del barril de petróleo de 100 a 50 dólares (2014-2015).

En la pirámide de la concentración de la riqueza, situada a la derecha del esquema presentado, encontramos, en la parte superior de la misma, que el 1% de la población posee el 40% de la riqueza (patrimonio e ingresos), el 9% posee otro 10% de la riqueza, de tal manera que el 10% de la población posee el 50% de la riqueza. La concentración sigue creciendo tanto que algunas estadísticas sobre las desigualdades en el mundo, ya no hablan del 10%, ni siquiera del 1% de los más ricos, sino del 0,1 % o del 0,01%, de los más ricos, con respecto al resto de la humanidad. Como el grupo al que se refiere la señora Lagarde, directora del FMI, que apenas alcanzan en un microbús londinense y poseen el equivalente a lo que posee la mitad de la población mundial.

En la parte media de la pirámide se encuentra un 30% de la población que posee el 25% de la riqueza. Y en la parte inferior de la pirámide existe el 60% de la población que apenas posee el 25% de la riqueza. Resumiendo, todo parece indicar que el 0,1% de la población mundial o, como dice la señora Largarde, un puñado de personas que apenas alcanzan en un autobús, controlan la mitad de la riqueza, mientras que el 90% de la población posee el resto de la riqueza. Esta estructura tiende a reproducirse, en gran parte por la herencia patrimonial del capital acumulado.[115]

Sobre la concentración de la riqueza abundan cifras, mostradas desde diferentes puntos de vista, como lo señalamos anteriormente. En un comentario al libro de

115 En base a cifras de los diferentes organismos internaciones, (Banco Mundial, Fonde Monetario Internacional, Agencias de las Naciones Unidas para el Desarrollo, particularmente el Programas Nacionales de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), texto citado de Piketty y otros autores citados previamente, entre ellos la directora del Fondo Monetario Internacional Christine Lagarde.

Piketty, José Natanson, nos cuenta que 167 mil personas poseen un patrimonio en activos de más de $30 millones de dólares. Y después de ilustrarnos con varios ejemplos, nos cuenta que en el Partido Comunista de China, se sentaron en la última asamblea 90 delegados con fortunas de entre $300 millones y ¡$13.000 millones de dólares![116]

Una riqueza que no puede decir que se gasta solamente en bienes de lujo, sino en medios de destrucción masiva. Según el Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo (Sipri), solamente Estados Unidos y la OTAN, los mayores inversores y gastadores de armas, dedican más de 950.000 millones de dólares anualmente en armamentos, además de otros gastos militares.[117]

3. De la lucha por el poder a la disputa del sistema

Podríamos clasificar las luchas políticas dependiendo de sus objetivos y niveles. Hay movimientos sociales y políticos que tienen como objetivo cambiar el régimen político, pero sin alterar el sistema imperante; por ejemplo, las luchas emprendidas por un partido político para cambiar presidentes. Otros movimientos sociales o políticos pueden en cambio luchar por cambiar el régimen político, pero para cambiar el sistema económico dominante; por ejemplo, las luchas emprendidas por movimientos socialistas, cuyo objetivo es transformar el sistema capitalista en un sistema socialista. Finalmente, encontramos movimientos que se proponen cambiar el régimen político, el sistema económico y, además, cambiar la civilización; por ejemplo, los grupos radicales, entre ellos los anarquistas o los movimientos de mujeres, que aspiran a cambiar la civilización patriarcal.

A partir del Manifiesto del Partido Comunista en 1848, la agenda del socialismo se encamina a la lucha por el poder del Estado, con el fin de llevar a cabo el programa socialista. Una vez, en el poder, sobre todo desde la revolución soviética en 1917, comienza el primer ensayo para la construcción del socialismo. Desde entonces, tanto desde el punto de vista del discurso político como desde las experiencias de los regímenes socialistas en marcha, la agenda expresa la voluntad de construir un sistema alternativo.

La marcha de estas experiencias depende en parte de las tendencias que las leyes históricas marcan en cada momento de la evolución de las sociedades; a su

116 José Natonson, periodista y escritor, director de la edición sudamericana de Le Monde Diplomatique, La Gazeta, F.C.E. México, No 523, julio, 2014, p. 25.
117 Citado por Il Manifesto, Italia, 2 de diciembre, 2014.

vez, el discurso y la voluntad políticos dependen tanto de la representación que las fuerzas sociales se hacen de la realidad, como de la correlación de fuerzas y de las posibilidades de la transformación. De ahí la importancia que para las luchas tienen las herramientas teóricas, ya sea tanto para defender como para cambiar el mundo en que aquellas fuerzas sociales actúan.

Las revoluciones emprendidas durante todo el siglo XX, desde la revolución rusa hasta la cubana partían de la injusticia del sistema capitalista, precisamente a causa de la explotación del capital y de las desigualdades que aquella explotación generaba. Si el sistema capitalista era el causante de aquellas injusticas y de aquellas desigualdades, el cambio de sistema aparecía como la solución. El sistema capitalista, como dijimos en la introducción, tiene que ver y se asocia con la hegemonía del capital, alma del funcionamiento de dicho sistema. Desde este punto de vista, el razonamiento orientaba a socializar el capital, es decir, a transformar el capital privado en capital público. En tal sentido, el capital, en tanto forma de acumulación de riqueza y de plusvalía, se convertiría, igual que la acumulación, en un medio en función del bienestar social y de la construcción de un sistema socialista. La lucha por la industrialización se revelaría necesaria.

Sin embargo, dado que el sistema capitalista nacional se había convertido en un sistema capitalista mundial, el imperialismo, no solamente velaba por el desarrollo del capitalismo en todos los países, sino también por el desarrollo del capitalismo como sistema mundial.[118] El imperialismo implicaba, además, no solamente un modo de producción que funcionaba a nivel mundial, sino una formación social mundial, con todas las instituciones necesarias para funcionar como tal: un gobierno mundial, un ejército mundial, unas leyes mundiales, una competencia mundial. De tal manera que las revoluciones socialistas, desarrolladas a escala nacional, tuvieron como adversario al capital mundial, los grandes monopolios y las grandes corporaciones, los aparatos institucionales mundiales, pero sobre todo, un mercado mundial.

Ahora bien, un mercado mundial, no equivale simplemente a una suma de países o formaciones sociales, todos ellos funcionando bajo regímenes y modos de pro-

118 El modo de producción capitalista se refiere al funcionamient del proceso de producción hegemonizado por las reglas del capital, la acumulación y la realización. Una formación social incluye, además del modo de producción capitalista, un conjunto de instituciones políticas, sociales, económicas e ideológicas, que sostienen el funcionamiento de un país capitalista. Podría equivaler a lo que se entiende por un país capitalista.

ducción nacionales, sino a un comercio mundial regido por aquellos países que hegemonizan el sistema-mundo.[119]

Desde entonces el capital, nacional e internacional, apoyados por un sistema imperialista, serían el centro del análisis y de las confrontaciones. Los movimientos revolucionarios se desarrollaron como Movimientos de Liberación Nacional y las experiencias sociales centraron su quehacer en la socialización del capital.

En este sentido, el mercado mundial y sobre todo el imperialismo se convirtió en un lugar obligado, si de emancipación social se trata. Sin embargo, partiendo de que las revoluciones socialistas siguen siendo nacionales por la forma, la socialización del capital ha sido su principal y primer itinerario.

En todo caso, lo que queremos enfatizar es que para los revolucionarios socialistas, la toma del poder sigue siendo el punto de partida para emprender la revolución socialista. Una revolución, que dado que se ha llevado a cabo en países periféricos, tiene entre sus contendientes no solamente el capital nacional, sino el capital internacional, este último aparecido como imperialismo. La revolución desde adentro estaría obligada a debatirse como una revolución hacia afuera. Pero además, su campo de batalla iría más allá de la lucha contra el capital y por el capital, debiéndose adentrarse y fajarse en una lucha en el campo de batalla del mercado, sobre todo del mercado mundial.

Pero dejemos tal polémica para los próximos capítulos. Por ahora, tomando en cuenta la centralidad que tiene el capital en la lucha diaria y en la lucha ideológica, concentrémonos en el concepto de capital, tal como ha sido definido y analizado por las dos principales corrientes de pensamiento, a saber, la economía liberal, marginalista o neoclásica, y por el marxismo.

119 El concepto de sistema-mundo, proviene de la tradición marxista, la que a partir de la historia de los Anales, a la cabeza de la cual estuvo Fernand Braudel empezaron a hablar de economía mundial o economía mundo. Posteriormente fue más explicitada por Lenin, a raíz de sus estudios sobre el imperialismo, donde utilizó los conceptos de centro y periferia. Últimamente ha sido desarrollada y aplicada por varios autores marxistas, como Immanuel Wallerstein, Samir Amin, Giovanni Arrighi, Andre Gunder Frank. En América Latina ha sido usado por otros tantos autores como Osvaldo Sunkel y F.E. Cardoso, entre otros. Todos ellos parten de las relaciones desiguales, asimétricas y de expoliación o expoliación de las colonias o países de la periferia por las potencias y capitales coloniales, imperialistas y neocoloniales.

Sobre el concepto de capital y de economía política

Antes de pasar a narrar la diferencia entre la lucha por el poder y la lucha por cambiar el sistema, quisiera despejar una cierta confusión que aparece cuando se habla de capital, donde se cruzan o se utilizan dos definiciones completamente diferentes, según lo exprese la economía neoclásica o el marxismo.

Como sabemos, la economía política del siglo XIX, una vez que ha creído resolver el problema del origen de la riqueza a partir del valor de cambio de las mercancías, pasa directamente a defender al capital en tanto mecanismo de crecimiento y bienestar. Lo mismo hará Marx con su crítica a la economía política; después de un par de párrafos sobre la mercancía, pasa a analizar el funcionamiento del capital como relación social de explotación.

Como esbozamos anteriormente, hay dos formas de definir el capital, asunto que deberíamos tempranamente dilucidar. Para la economía liberal o neoclásica, el capital es entendido solamente como bienes de capital, es decir, como riqueza material. El marxismo, sin obviar esta definición, lo define como relación social o proceso de valoración, en el que se incluyen el trabajo vivo y el trabajo muerto.

Marx utilizó dos términos para definir el capital: capital como riqueza social (relación de explotación) y capital como riqueza material (bienes de capital). Como riqueza material, el capital es entendido como el conjunto de medios de producción o bienes de capital, capital acumulado, requerido para producir. Como riqueza social, el capital es entendido como un valor que se incrementa a través del intercambio de mercancías a precios equivalentes, como una relación de intercambio donde se intercambia salario por tiempo de trabajo y donde el producto resultante es mayor que el producto original equivalente a los costos de producción. En términos generales, el marxismo entiende, pues, el capital como relación social históricamente determinada, como producción de plustrabajo o plusvalía, como mecanismo de explotación.

La verdad es que las dos cosas son ciertas, pero habría que mantener la diferencia para no equivocarnos. Para ambas definiciones utilizaremos dos textos que tienen igual título: *El Capital* de Carlos Marx y *El Capital en el siglo XXI,* de Thomas Piketty. El Capital de Marx fue escrito en 1867, el de Piketty fue escrito recientemente, en el año 2013, siendo el actor más reciente entre los pensadores neoclásicos que acepta y demuestra la tendencia desigual de la economía capitalista.

Sobre la definición de capital Piketty afirma: "*En el marco de este libro, el capital es definido como el conjunto de activos no humanos que pueden ser poseídos e intercambiados en un mercado. El capital comprende concretamente el conjunto del capital inmobiliario (inmuebles, casas) utilizado para el alojamiento y el capital financiero y profesional (edificios, equipos, patentes, etc.) utilizado por las empresas y las administraciones (…) El capital son todas las formas de riqueza que pueden ser poseídas por individuos (o grupos de individuos) y trasmitidas o intercambiadas. En la práctica, el capital puede ser poseído por individuos privados (capital privado), el Estado o la administración pública (capital público). Existen igualmente formas intermediarias de propiedad colectiva en manos de personas morales persiguiendo objetivos específicos (fundación, iglesias)".*[120] Dentro del pensamiento neoclásico, algunos economistas le reprochan a Piketty incluir como capital aquellos bienes que no se utilizan productivamente, como una casa de habitación, señalando que la categoría de capital debiera reservarse solamente a los medios de producción.

En cuanto a la definición de Marx, no es que ignore que el capital se presente como un conjunto de mercancías, pero su verdadera sustancia es algo más que eso. Precisamente empieza el primer tomo de su libro *El Capital* con la frase siguiente: "*La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un "inmenso arsenal de mercancías" y la mercancía como su forma elemental. Por eso, nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía*".[121] En su libro trabajo asalariado y capital, Marx define el capital de la siguiente manera: "*El capital está formado por materias primas, instrumentos de trabajo y medios de vida de todo género que se emplean para producir nuevas materias primas, nuevos instrumentos de trabajo y nuevos medios de vida. Todas estas partes integrantes del capital son hijas del trabajo, productos del trabajo, del trabajo acumulado. El trabajo acumulado que sirve de medio de producción es el capital. Ahora bien, ¿cómo se convierte en capital una suma de mercancías, de valores de cambio? Por el hecho de que, en tanto fuerza social independiente, es decir, en cuanto fuerza en poder de una parte de la sociedad, se conserva y aumenta por medio del intercambio con la fuerza de trabajo inmediata, viva. La existencia de una clase que posee nada más que su capacidad de trabajo es una premisa necesaria para que exista capital. Sólo el*

120 Thomas Piketty, Qué es el capital, en El Capital en el siglo XXI, Op.cit., pp. 62-63.

121 Carlos Marx, Los dos factores de la mercancía: valor de uno y valor (sustancia y magnitud del valor), en Capítulo 1, La mercancía, Sección Primera, Mercancía y Dinero, en El Capital, Op.cit., t.1, p. 3.

dominio del trabajo acumulado, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato, vivo, convierte el trabajo acumulado en capital".[122]

Lo que Marx agrega sobre lo que dicen los economistas clásicos y neoclásicos es que el capital, en tanto bienes de equipo y trabajo, en este caso, trabajo vivo y trabajo acumulado, es, además, una especial relación social de producción (una relación de explotación), que subyace al arsenal de mercancías que son poseídas e intercambiadas.

En otro pasaje del mismo texto y refiriéndose irónicamente a los economistas que intentan definir infructuosamente el capital solamente como un medio de producción, Marx apunta lo siguiente: "*Así dicen los economistas. ¿Qué es un negro? Un hombre de la raza negra. Una explicación vale tanto como la otra. Un negro es un negro. Solo en determinadas condiciones se convierte en esclavo".[123] Sigue diciendo Marx: "En la producción, los hombres no actúan solamente sobre la naturaleza, sino que actúan también los unos sobre los otros. No pueden producir sin asociarse de un cierto modo, para actuar en común y establecer un intercambio de actividades. Para producir, los hombres contraen determinados vínculos y relaciones, y a través de estos vínculos y relaciones sociales, y sólo a través de ellos, es como se relacionan con la naturaleza y como se efectúa la producción (…) También el capital es una relación social de producción*"[124]. Lo que le interesa a Marx es dejar sentada la relación que subyace al capital en tanto valor que se reproduce de acuerdo a ciertas reglas. Citando a Sismondi nos dice Marx: "*Capital … valor permanente que se multiplica" o dicho de otra manera, citando a Engels: "El capital se divide en el capital primitivo y la ganancia o incremento del capital"; seguidamente, citando a Chalmers, agrega: "Las mercancías" (en el sentido de valores de uso) "no son la finalidad determinante del capitalista que negocia, su finalidad determinante es el dinero"; posteriormente, citando a Mac Culloch anota: "Es la pasión insaciable de ganancia, la auri sacra fames, la que impulsa siempre al capitalista", finalmente, citando a J:B: Say sentencia: "No es la materia, sino el valor de esta materia, lo que forma el capital*".[125]

El interés de Marx es explicar por qué intercambiando valores expresados en precios, a través de magnitudes comprables es que se genera la explotación o

122 Carlos Marx, Trabajo asalariado y capital, Op.cit., pp. 74-75.
123 Ibídem, p. 75.
124 Ibídem, pág. 75.
125 Carlos Marx, La fórmula general del capital, en: Como se convierte el dinero en capital, en La transformación del dinero en capital, El Capital, t. 1, Sección Segunda, Op.cit. págs., 115-118.

desigualdad en el sistema capitalista. Igualmente sabemos que para Marx esta desigualdad entre las clases no puede resolverse al interior del sistema capitalista, sino en otro sistema, donde las relaciones capitalistas de producción sean sustituidas por relaciones socialistas de producción en un primer momento, y por relaciones comunistas de producción en un segundo momento; procesos que serán el resultado de una lucha de clases no solamente entre capitalistas, sino entre la clase obrera y el capital privado; así como serán resultado del desarrollo de las fuerzas productivas.[126]

Volviendo a las tesis de Piketty y a diferencia de los economistas llamados modernos, el francés es todavía un economista que reivindica la economía política, siguiendo la tradición de los clásicos. Para Piketty, "*desde sus orígenes, la economía política busca estudiar, científicamente, o al menos racionalmente, de manera sistemática, cuál debe ser el rol ideal del Estado en la organización económica y social de un país, cuáles son las instituciones y las políticas que nos podrían acercar más a una sociedad ideal*".[127] Marx en cambio entiende la economía política clásica como "*toda economía que desde William Petty, investiga la concatenación interna del régimen burgués de producción*".[128] El trabajo de Marx se concentrará precisamente en develar o desenmascarar la justificación ideológica de tal economía política; por eso es que su obra principal (*El Capital*) lleva como subtítulo: *Crítica a la Economía Política*. Sin embargo, así como Piketty le reconoce a Marx, sin ser marxista, su interés por la desigualdad social, asimismo Marx le reconoció, entre otras cosas, a sus predecesores, el interés por estudiar la producción y la distribución social en el análisis económico.

La disputa política por la orientación social del sistema

Una vez aclarada la diferencia científico-ideológica entre lo que los economistas neoclásicos entienden por capital y por economía política, del tratamiento ofrecido por el marxismo, podemos pasar ahora a discutir la diferencia entre la lucha política por la toma del poder y la lucha social por la transformación del sistema. La diferencia entre los revolucionarios anteriores y los revolucionarios socialistas es que los primeros luchan por cambiar de régimen político, mientras que los segundos luchan por cambiar el sistema. Quizás uno de los puntos teóricos más pertinentes de este apartado, sea la necesidad de combinar el análisis de la lu-

126 Una discusión ampliada sobre el valor de cambio o sobre el capital, incluso polemizando no solamente con la economía clásica, sino con lo que él llama economía vulgar, se encuentra en los apéndices de este libro.

127 Ibíd., pág. 624.

128 El Capital, t.1, Capítulo 1, Sección Primera, nota 35, Op.cit., pág. 35.

cha política para tomar el poder con el análisis de las condiciones económicas u objetivas para la transformación económica del sistema.

Anteriormente señalamos que el capitalismo nace como una revolución política contra el mundo precapitalista, pero también como una revolución social por instaurar un nuevo sistema.

Al inicio de este capítulo analizamos la necesidad que tuvo el capitalismo de una acumulación originaria, económica y social, para emprender su gran aventura productivista. La pregunta que debemos entonces hacernos es saber si el socialismo a su vez necesita de otra acumulación originaria para alcanzar sus objetivos. Dicho más concretamente, se trata de saber si el socialismo, tal como lo hizo el capitalismo para llevar a cabo su acumulación originaria, tendría que recurrir a la violencia y a la expropiación de los expropiadores, ya sea frente al capital interno o frente al capital externo. Si esto es así, lo primero que hay que garantizar es que exista suficiente capital para expropiar, de lo contrario la igualdad social se hará sobre una base todavía precaria.

Recordemos que para Marx, la revolución obedece a un cambio histórico que arranca desde la base económica, tal como sucedió con la revolución burguesa, paradigma que arrastra las mismas tesis en el caso de la revolución socialista, tal como lo dijimos al inicio de este capítulo. Quizás sea por tales razones que Marx partía de la premisa de que el socialismo nacería en los países más industrializados y de lo que se trataría sería de expropiar una riqueza industrial previamente acumulada, cuestión que se vuelve difícil de sostener en las revoluciones tercermundistas donde se iniciaron las revoluciones de orientación socialista, tal como lo veremos en los próximos capítulos. Aunque a decir verdad, también es cierto que en tanto el capital es también conocimiento acumulado, no es despreciable la expropiación que el socialismo puede hacer, no solamente del capital-conocimiento existente en su propio país, sino del capital-conocimiento existente a nivel mundial, sentencia que también aconsejan Piketty y otros tantos economistas neoclásicos.

Al menos en cuanto a lo que se refiere a la revolución política, siempre se había sostenido que al igual que cualquier revolución, el socialismo nace violentando los aparatos políticos y las instituciones económicas heredadas, pero como sabemos no es lo mismo hacer la revolución política que emprender las transformaciones socioeconómicas. En el momento de las luchas políticas contra el Estado capitalista, las cosas aparecían más claras que cuando, más tarde, esas revoluciones políticas triunfaron y empezaron a querer cambiar el sistema.

Una vez que los trabajadores adquirían conciencia de la estafa o explotación a la que estaban sometidos, decidían luchar por sus intereses y comenzaban a utilizar la violencia para revertir aquella situación. La huelga, la insurrección, la confiscación (sin remuneración), la expropiación (con remuneración), la ocupación de tierras, fábricas, aparatos de poder, la lucha por la hegemonía, serán otros tantos instrumentos o herramientas para recuperar los medios de producción, los excedentes económicos previamente generados y la cultura acumulada por la humanidad.

Situados en el momento de la transformación social, la teoría aparece enfrentada a una realidad con la cual aquella no coincidía por diferentes razones. Las revoluciones no se hicieron en los países industrializados, las clases populares no eran necesariamente obreras, los Estados nacionales no eran soberanos y los mismos estaban sometidos a las fuerzas del imperialismo en todos los campos.

Los países periféricos estaban acostumbrados al uso legítimo de la violencia para hacer la revolución política, en presencia de dictaduras militares represivas que no daban espacio a otros movimientos políticos que no fueran liberales o conservadores; pero la realidad de la transformación los desbordaba. La historia es conocida, los países más grandes se hicieron cargo de su propia acumulación, mientras que los países pequeños recurrieron a la solidaridad de los países socialistas previamente emancipados, concretamente de la Unión soviética, tal y como lo analizaremos en el próximo capítulo.

Otro problema tiene que ver con proyectos políticos que han emprendido la transformación en condiciones democráticas, es decir, dentro del marco institucional del viejo régimen. Hoy en día se han generalizado movimientos políticos revolucionarios y de orientación socialista que han llegado al poder, pero que han decidido mantenerse a través de procesos electorales. Ya no estamos en aquellos tiempos en que la revolución tenía un itinerario bien trazado: toma del poder por la vía armada, establecimiento de un Estado revolucionario no sometido a escrutinio del adversario, confiscación del capital nacional, redistribución de la riqueza, relanzamiento del proceso de acumulación o reproducción ampliada, con recursos o ahorro propio, cuando no subsidiado por un hermano socialista mayor. Ahora las cosas son mucho más complejas, aunque observadas y analizadas en una forma más realista, es decir, tomando en cuenta la correlación económica y política de fuerzas en que se desarrolla la lucha, más alejada del voluntarismo de antaño. Las cosas se han complicado un poco más, pues la izquierda y el mundo circundante se comprometieron, por ahora, a conquistar el poder estatal a través de procesos democráticos o electorales. Además, se comprometieron a no con-

fiscar, sino, como máximo, a expropiar al capital nacional o transnacional, lo que hace más difícil la transición.

Desde muy temprano y desde que existe el imperialismo, las revoluciones burguesas nacieron como revoluciones independentistas frente al poder de la realeza o del imperio colonial, como las revoluciones burguesas europeas, como la propia revolución americana o como las revoluciones hispanoamericanas, primero frente a la Corona española, después frente al imperialismo de turno. Asimismo, encontramos que las revoluciones socialistas del siglo XX no nacieron en los países más desarrollados o industrializados, sino en los países más atrasados, como fue el caso en Europa del Este, África, América Latina y Asia; en otras palabras, el despegue de las revoluciones socialistas pareciera contradecir la advertencia de Marx y las mismas rompieron con el sistema imperialista en el espacio de su eslabón más débil e independientemente del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

A diferencia de la revolución burguesa, cuando el capitalismo industrial avanzaba rápidamente, antes de que su clase tomara el poder, las relaciones socialistas de producción no aparecen todavía en ese estadio. Por lo tanto, parece lógico que alcanzar el control del Estado sea una prioridad para las clases oprimidas, desde donde intentarán cambiar las reglas del juego del sistema, enrumbándolo hacia una correlación de fuerzas que permita a los trabajadores tomar la delantera y cambiar las relaciones sociales de producción.

En esta lucha entre el capital y el trabajo, el Estado emerge como el gran instrumento o medio para disputar la riqueza por medios violentos o pacíficos. Y es en este contexto donde las políticas económicas aparecen como la herramienta que en manos del Estado se convierten en la principal arma pacífica para inclinar la balanza en la correlación de fuerzas entre las clases. Las principales políticas económicas están vinculadas a la obtención, estatización o creación, de medios de producción. El objetivo inmediato es lograr que dentro del juego del mercado, los excedentes sean adjudicados al capital o al trabajo, pero alrededor de un plan estratégico. La lucha por los excedentes utilizando las políticas económicas comienza desde el pensamiento que las diseña y las divulga, hasta el control de las instituciones desde donde se puedan emprender. En principio, todos dicen defender el crecimiento, la distribución equitativa de la riqueza, el bienestar individual y colectivo, o el desarrollo de un país o del mundo entero.

En otras palabras y tal como lo mencionamos anteriormente, las políticas económicas aparecen como los medios para disputar la orientación del mercado; políticas económicas que en el mercado tienen sus propias reglas, aún en países o regímenes socialistas, donde se ha estatizado toda la economía, como ha sido el caso de Cuba, por ejemplo. Complejidad que proviene de la necesidad de implementarlas de manera que se pueda mantener el equilibrio entre el crecimiento o la prosperidad económica de la sociedad y las tareas para erradicar la pobreza y la desigualdad, así como para que sea la clase trabajadora y la población la que finalmente gobierne.

En su etapa capitalista, el mercado se acompaña de políticas económicas dispuestas como instrumentos para imponer las reglas del juego del capital a favor de comerciantes, industriales y banqueros. A su vez, las nuevas clases que hasta ahora han padecido las reglas del mercado, los trabajadores en general, también aspiran a imponer otras reglas del juego, continuando con políticas económicas para frenarlo, orientarlo o disiparlo a favor de un nuevo sistema y de los intereses de toda la población. Por lo tanto, si queremos hablar de economía es mejor que nos acostumbremos a referirnos a la economía política o a la intervención de las instituciones públicas en la producción, la acumulación y la distribución de los excedentes.

Democratizar el mercado es una tarea muy difícil, cambiar su naturaleza lo es mucho más, pero regularlo mientras se sustituye por un plan consciente de producción y distribución, no es tarea imposible. Para iniciar ese proceso se necesita una revolución política y una estrategia económica de transición que le dispute al orden dominante la orientación del sistema, la que deberá hacerse sabiendo que el mercado está bien enraizado en la economía y en nuestras vidas, siendo por lo tanto una operación llena de riesgos de desestabilización económica y política. El primer sistema que tomó la iniciativa, ideológica y administrativamente, para regular el mercado a favor del capital, fue el propio sistema capitalista. El segundo sistema que ha intentado regularlo a favor de las necesidades sociales es el socialismo. Todo pareciera indicar que las diferentes experiencias se acercan a un régimen de economía mixta, donde la autorregulación del mercado se combine con la regulación del Estado, ya sea al servicio de las corporaciones capitalistas o de un proyecto de orientación socialista.

Por lo tanto, cambiar este sistema implica en primer lugar, conocer la lógica del sistema en su conjunto, es decir, las reglas del juego de su funcionalidad, así como las reglas del juego para transformarlo dialécticamente, es decir, tomando en cuenta su evolución natural, sus sobresaltos y metamorfosis, incorporando viejos y nuevos elementos. Pero sobre todo, sabiendo que la orientación del

sistema no es una tarea pasiva y solitaria, sino que implica una lucha contra una realidad que se resiste a cambiar y un sistema activo, el capitalismo, que tiene ya muchos años de experiencia y se encuentra muy bien posicionado en la realidad imperante, independientemente de sus crisis y sobresaltos periódicos.

La anarquía de la producción capitalista y las crisis de sobre-producción, han llevado a la regulación del mercado, tanto por parte del capitalismo como del socialismo. En otras palabras, la historia parece sentenciar a los capitalistas: “o ustedes regulan el mercado o lo regulará el socialismo”. Existe, pues, una lucha de clases por definir quién regulará el mercado y a favor de quien. Las crisis mismas de sobreproducción presionan para que exista mayor capacidad de compra y por lo tanto las mercancías puedan realizarse o venderse, incluso usando mecanismos para lograr que los empresarios produzcan menos, mediante subsidios estatales. En todo caso, iniciar la transición hacia el socialismo requiere conquistar el poder, pero esta vez para pasar a la oposición contra el sistema, lo que implica apropiarse del capital heredado, desmontarlo y socializarlo, cosa no siempre fácil de lograr, en parte porque el capital se ha convertido en un entramado interno-externo frente al cual no siempre se tiene la correlación de fuerzas para socializarlo, en parte porque no existe suficiente capital interno para lograr mantener la reproducción ampliada, en parte porque el capital está en manos de pequeños y medianos productores, aliados naturales de la revolución, al menos en los países de la periferia.

En todo caso, la disputa por la orientación del sistema no se libra solamente en períodos revolucionarios o de transición, sino que se mantiene en la vida diaria, ya sea bajo la iniciativa de los capitalistas o ya sea de los trabajadores en general. En esta lucha, unos se fusionan para concentrar la riqueza, como las corporaciones, mientras que otros se asocian para rebajar la pirámide, como los sindicatos que luchan por su salario o los productores-trabajadores asociados, es decir, los sindicatos obreros que auto-gestionan su fábrica o los trabadores por cuenta propia (campesinos, artesanos, talleres familiares o vendedores en la calle organizados en cooperativas); pero además, hay un sinnúmero de sujetos colectivos que luchan por reivindicaciones sociales y que por su lado también hostigan al sistema imperante. Y esto es así porque el sistema capitalista tiene un régimen político, un modo de producción, un mercado, que le sirve de lecho, donde se agrupan una sociedad de contrataros, es decir, un mercado en el cual navegamos todos y que se ha convertido también en un campo de batalla. Finalmente, el sistema se prolonga por una membrana llamada civilización que lo cubre y lo protege. Pues bien, cuando hablamos de disputar el sistema estamos

hablando de cambiar todo este caparazón que envuelve nuestras vidas cotidianas y que alberga en su interior múltiples y diferentes sujetos sociales que hay que tomar en cuenta.

La tradición marxista y revolucionaria ha sido proclive a considerar la lucha de clases como una iniciativa de la clase obrera, cosa cierta, aunque mucho más cierto es que existe toda una masa llamada comúnmente pueblo, particularmente en el Tercer Mundo, donde la lucha aún económica tiene múltiples protagonistas. Uno de esos protagonistas son los llamados trabajadores-productores o trabajadores por cuenta propia, entre otros, que no solamente luchan por sus intereses de clase, sino por la orientación del sistema.

Estamos en presencia de sujetos ciertamente empobrecidos, pero libres, incluso libres de venderse a un patrón. No estamos solamente en presencia de trabajadores disputándole migajas al patrón, ni de pobladores en general reclamando un Estado de bienestar que distribuya la riqueza entre todos los desheredados. No se trata de obreros asalariados tomándose la fábrica para autogestionaria, tampoco se trata de sindicatos aceptando la cogestión de una empresa, como pasa en el movimiento llamado solidarismo, pudiendo ser éstos pertinentes en la lucha por los excedentes, aunque tales luchas se mantengan y sigan siendo necesarias. Se trata de masas de productores-trabajadores compuestas por pequeños y medianos productores en general, en proceso de asociación, disputándole a las corporaciones o a las grandes empresas el control de la producción y de los excedentes por todos generados, a través de la posesión de pequeños medios de producción. Se trata de productores-trabajadores luchando ciertamente por una mejor remuneración de sus productos, lo que equivale a una mejor remuneración de su fuerza de trabajo y del valor de su trabajo, pero sobre todo luchando por desplazar a la burguesía en la gestión de los medios de producción. Así como hoy se habla de países emergentes o de asociaciones políticas emergentes, como los movimientos sociales, pronto se hablará de sujetos económicos emergentes, empujando la historia hacia la “asociación de productores libremente asociados”, como solía definir Marx el socialismo. Esta temática la abordaremos más ampliamente en los próximos capítulos.

Reparemos que ahora la tecnología ha puesto a disposición de todo el mundo la capacidad y posibilidad de producir cualquier cosa. A medida que se democratiza el conocimiento, a través de la informática, la automatización o la inteligencia artificial, al alcance de todo el mundo, las cosas en el mundo de la producción comienzan a cambiar. La tecnología, a través de los ordenadores, el internet y las redes sociales, nos acerca de nuevo a la disminución progresiva de la división del

trabajo, condición propicia para que el mercado pueda ser regulado en aras de avanzar hacia una democracia política y económica, cuando no haya división del trabajo decía Marx, momento en que reinará la abundancia, donde todos y todas estaremos en capacidad de hacer cualquier cosa, pescar por la mañana o leer por la tarde. La sociedad a través de un órgano democrático de planificación se hará cargo de la distribución de los excedentes de acuerdo a las necesidades de todos y de las posibilidades del desarrollo alcanzado por cada sociedad.

Pues bien, para terminar este libro primero y este segundo capítulo digamos que la mercancía y su nicho natural, el mercado, quien a su vez engendra y alimenta a diario al sistema capitalista, son peones y campos de batalla respectivamente, a los que tenemos que tomar en cuenta a la hora de analizar el sistema capitalista, pues es ahí donde se dirime hoy esa gran contradicción entre el crecimiento y la desigualdad social, asunto de vital importancia si queremos resolver la lucha final entre el capitalismo y el socialismo, lucha económica y social propiamente dicha, pero también lucha política e ideológica.

La lucha entre el capitalismo y el socialismo se dirime por la estrategia para lograr la sostenibilidad a largo plazo en dos componentes básicos, como son: a) La hegemonía político-ideológica de cada proyecto sobre la población, b) La reproducción ampliada de la economía. En otras palabras la lucha está planteada en relación a la organización y voluntad político-ideológica de las clases o proyectos en lucha; clases populares aglutinadas como pueblo que junto a las reivindicaciones de cada grupo o clase, incluso nación, avanzan hacia la formación de un bloque hegemónico alternativo al bloque hegemónico actual. Y en relación al desarrollo técnico-económico.

Nuestra hipótesis parte de que en ambas tareas, violentar los precios de las mercancías (bienes de consumo, salario de la fuerza de trabajo y costos del capital), terminó por distorsionar el equilibrio económico y causar crisis que pusieron en riesgo la continuidad de cada uno de los sistemas.

En el caso del capitalismo, a causa de la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, la desigualdad resultante y la caída de la demanda efectiva, así como la caída de la tasa de ganancia. Si el capitalismo no logra vender sus mercancías o realizar la plusvalía en el mercado, su acumulación y su reproducción ampliada se congestiona.

En el caso del socialismo, por querer repartir una riqueza cuando no se tiene garantizado el crecimiento o la reproducción ampliada de la economía. Si el socialismo no logra crecer al ritmo de la redistribución de la riqueza, se estanca y

pierde competitividad con el capitalismo o con los países capitalistas que todavía existen y rigen el funcionamiento del capitalismo a escala mundial. Recordemos que en el marco del mercado mundial, los países socialistas se asemejan y funcionan igual que cualquier unidad económica al interior de un marco nacional. Así como las relaciones solidarias que rigen el hogar, dentro de un marco capitalista nacional, no pueden evitar la competencia que rige fuera del hogar, así se estrella el comercio exterior de los países socialistas dentro de la competencia mundial con el imperialismo.[129]

El capitalismo no ha podido resolver su pecado original como es la contradicción entre la producción y el consumo, generando grandes crisis de sobreproducción que no encuentran mercados, ni siquiera con la ayuda del crédito, en poblaciones y países pauperizados por el propio capital. El resultado ha sido la alteración de los precios: unas veces tan altos que la mayoría explotada no puede comprar las mercancías ofrecidas, otras veces tan bajos que los productores no pueden ni cubrir sus costos de producción.

Por su lado, el socialismo ha tenido grandes dificultades de armonizar el crecimiento y la igualdad social. Entre otras cosas, por querer apostar a una regla que corresponde más al comunismo que al socialismo. Según Marx, en el socialismo rige la regla de "a cada uno según su trabajo", mientras que en el comunismo rige la regla de "a cada uno según su necesidad". Alterar esta ecuación tiene mucho más impacto o causa mayores estragos en aquellos regímenes socialistas ensayados en países empobrecidos, habida cuenta que la revolución en tales países se hace precisamente con un discurso ofrecido a las masas empobrecidas, donde las necesidades básicas están lejos de poder satisfacerse. Pero como dice la gente ¿para qué hacer la revolución, si vamos a seguir siendo pobres quien sabe cuánto tiempo?

En ambos casos, nos interesa precisar o conocer mejor las reglas de comportamiento de la mercancía y de sus precios, refiriéndonos a todos sus rasgos y valores, como valores de uso y como valores de cambio, como medios de producción y como capital, pero sobre todo por el poder de seducción que tienen algunas mercancías que circulan en el mercado.

Ambos sistemas han violado las leyes del mercado, sin preparar los mecanismos con los cuales podrían compensarlas. Últimamente, asistimos a sendas transformaciones o retrocesos desde el socialismo hacia el capitalismo, bajo regíme-

129 Orlando Caputo y Roberto Pizarro, Dependencia y relaciones internacionales, Educa, Panamá, 1982.

nes denominados socialismos de mercado, donde la producción de mercancías ha mostrado un incremento colosal, como lo muestra por ejemplo el caso de China continental, produciendo tanto bienes de capital como bienes de consumo, recuperando así el rezago con las potencias imperialistas. Del aparato chino de producción de mercancías o de desarrollo de las fuerzas productivas bien podría decirse lo que dijo Marx de la burguesía, aludiendo a la colosal producción de riqueza jamás antes imaginada. No importa si se trata de capitalismos de Estado o de socialismos de Estado, la mercancía sigue su camino imparable, exigiendo su pluralidad, su libertad de circulación, sus precios y la ilusión de sus encantos.

Como podemos ver, ni el capitalismo ni el socialismo, mucho menos el análisis de los mismos, pueden desprenderse de la función de la mercancía, no solamente como valor de cambio en lo que respecta a la mercancía-capital o a la mercancía fuerza de trabajo, sino simple y llanamente de la mercancía con su aparentemente inocente valor de uso para la satisfacción de las necesidades y deseos cotidianos de una población ampliamente estratificada. Por varias razones de las que hablaremos más adelante, la crítica a la economía política y al propio sistema socialista naciente, nos tienen más acostumbrados a los conceptos de capital y de capitalistas o burgueses que a los conceptos de mercancía, mercado o intercambio comercial, tema mucho más y mejor abordado por la economía neoclásica y por el propio sistema capitalista. Y aunque la mercancía y el mercado aparecen más inofensivos que el capital y el capitalismo, no deberíamos hablar de los unos sin referirnos a los otros.[130]

En todo caso, podemos decir que la lucha por la orientación social del sistema es una lucha que se lleva a cabo en el campo de batalla de las ideas y en el campo de batalla del mercado, ya sea para convencer a las masas en cuanto a la orientación de su comportamiento, ya sea para lograr el equilibrio económico que le permita al sistema preferencial desplegar su potencial probable y posible.

Con esto terminamos nuestro programa de apuntalamiento conceptual de las relaciones entre el capitalismo y el socialismo. En el próximo libro abordaremos el recorrido histórico de la primera experiencia del socialismo en una serie de países escogidos por su ilustración paradigmática para el análisis escogido, previa descripción del metabolismo o funcionamiento del mercado, analizado a partir de sus principales componentes.

130 Norberto Bobbio, ¿Qué socialismo? Plaza, España, 1986; Ernesto Laclau, Mouffe Chantal, Hegemonía y estrategia socialista; hacia una radicalización de la democracia, Siglo XXI, España, 1987.

LIBRO SEGUNDO

SOCIALISMOS NACIONALES EN LAS REDES DEL MERCADO CAPITALISTA MUNDIAL

LIBRO SEGUNDO
SOCIALISMOS NACIONALES EN LAS REDES DEL MERCADO CAPITALISTA MUNDIAL

En el libro primero describimos el funcionamiento de la mercancía en el metabolismo del mercado, así como su metamorfosis en capital y el papel de éste en el crecimiento y la distribución desigual de la riqueza. En este libro segundo analizaremos en un primer momento los espacios y circuitos metabólicos de un mercado autorregulado, para luego describir las primeras experiencias socialistas nacionales en el seno del mercado capitalista mundial, así como su empeño en regular el mercado. A lo largo de sus dos capítulos observaremos en vivo la tesis principal de todo el trabajo, como lo es la confrontación que existe entre el socialismo y el mercado, dando cuenta de la estrategia de la regulación seguida por cada uno de los casos históricos escogidos y la forma en que el mercado terminó revirtiendo las economías socialistas y restaurando su imperio, y finalmente al propio capitalismo.

Efectivamente, el mercado, hegemonizado por el capital, regula nuestra conducta en forma catastrófica y su ciega regulación nos está llevando al precipicio, por lo que se ha vuelto imprescindible regularlo. Incluso los propios capitalistas están empeñados en hacerlo, aunque sea a su favor. El capital industrial genera daños ecológicos a la naturaleza y desigualdad social entre individuos, clases, regiones y naciones. Por otro lado, el intercambio de mercancías genera, a través de la competencia, escasez, sobreproducción, empobrecimiento, guerras y toda clase de vicios y enfermedades en los individuos y en el organismo social en su conjunto. Pero, los ciclos periódicos de desequilibrio económico son cada vez más cortos y la sociedad pierde aceleradamente estabilidad y capacidad para recuperarse de sus frecuentes traumas sociales. Las crisis financieras congestionan cada vez más la venta de bienes, incluso la realización de la plusvalía, afectando la propia reproducción del sistema capitalista. Un sistema social que ha perdido la capacidad de reproducción de sus miembros y sus mecanismos de equilibrio y adaptación, merece perecer y cambiarse por otro. Como sabemos, la historia del socialismo ha girado en torno a la crítica del capital, en tanto que relación social de explotación, buscando cómo enmendarlo a través de la socialización, vía estatización de los medios de producción.

Las primeras luchas fueron contra los capitalistas industriales y todo el esfuerzo de los regímenes socialistas en el poder giró alrededor de la planificación de la

producción estatal. No es sino hasta un siglo después, en ocasión de la implosión del socialismo soviético y demás regímenes socialistas a finales del siglo XX, que el mercado aparece y es reconocido como campo de batalla entre el capitalismo y el socialismo. Pero como vimos anteriormente, esta estrategia, conceptual y políticamente correcta, tiene algunas precisiones que es necesario hacer: a) Resulta que el capital no es solamente una relación social de explotación (riqueza social) que por supuesto hay que erradicar de la economía, sino que también se entiende por capital, un conjunto de medios de producción o bienes de capital propiamente dicho que siguen y seguirán siendo necesario mantener; b) Otra fuente de confusión es que la estatización del capital privado no significa todavía haber salido del capitalismo; más aún, sigue siendo capitalismo, llamado por Lenin capitalismo de Estado, lo que significa aceptar que el capital sigue siendo una relación social de explotación y la economía deberá seguirse rigiendo por las categorías mercantiles, de lo contrario nos exponemos a una distorsión del mercado y de la economía en su conjunto, cuyas consecuencias contribuyeron a la llamada implosión de los regímenes socialistas; c) Siendo el capital una más de las mercancías del mercado, aunque sea la más importante, se tiende a subestimar la importancia que tiene, conceptual y estratégicamente, la lucha o tarea contra la mercantilización en su conjunto; sobre todo en economías que por muy socialistas que sean, siguen inmersas en el marco funcional del mercado capitalista mundial y por tanto son parte de dicho mercado, teniendo que atenerse al mismo, para competir y para sustraerse de su campo de fuerza. Sobre todo cuando sabemos que muchos medios de producción, aun perteneciendo al Estado y estar por tanto socializados, son productores de mercancías que se venden a nivel nacional y particularmente a nivel internacional, como mercancías de exportación. En otras palabras, su desmercantilización es a medias, pues aunque hayan dejado de ser mercancías, ya que no se venden ni se compran, no han dejado de ser productores de mercancías. En síntesis, la discusión sobre la relación entre la socialización y la desmercantilización tenemos que plantearla y encararla, tomando en cuenta las limitaciones y posibilidades de la realidad concreta, social e históricamente determinada.

Como señalamos en los capítulos precedentes, la tarea de un régimen socialista de transición es crecer avanzando en la igualdad de oportunidades, cuidándose incluso de avanzar en la igualdad sin un crecimiento proporcional. No ignoramos, pues, que tanto el capital como el mercado, siguen siendo imprescindibles para el crecimiento, donde la igualdad de oportunidades no se rige solamente por la voluntad política, sino que es un proceso todavía regulado por la teoría del

valor-trabajo o mejor dicho por la ley del valor; proceso en el cual la distribución de la riqueza seguirá rigiéndose por el lema de a cada cual según su trabajo y no según su necesidad. Sin embargo, existe a nuestro favor, el hecho de que desde el capitalismo viene existiendo una institución, como es el sector público, que permite un campo y una cuota de distribución de acuerdo a las necesidades, basado en el presupuesto nacional. La cantidad y la modalidad de recaudación y distribución del presupuesto nacional, a su vez, dependerá de la lucha de clases entre el capital y el trabajo.

Desde hace mucho tiempo, las sociedades y sus instituciones han venido funcionando a través de normas más o menos conscientes, lo que no impide que cada una de aquellas instituciones funcione bajo las leyes de su propio metabolismo y del intercambio metabólico con el resto de instituciones. En los últimos siglos, las sociedades y muchos de sus miembros, han adquirido mayor conciencia de su propio comportamiento funcional al sistema, aprendiendo a regular, para su beneficio, las relaciones sociales, sexuales, políticas y económicas en las cuales los individuos y sujetos colectivos están inmersos. Nos pasó con la naturaleza, nos pasó con la sociedad y ahora nos pasa con la economía; primero fuimos actores inconscientes, como prolongación histórica de aquellos sistemas, después conocimos sus leyes y empezamos a actuar frente a frente en igualdad de condiciones.[131]

En esta parte, expondremos las categorías básicas que nos permitan describir y explicar el movimiento necesario para llevar a cabo la transición del capitalismo al socialismo, indagando primeramente las funciones metabólicas presentes en la autorregulación del mercado, es decir, aquellas que permiten o procuran mantener el equilibrio del sistema capitalista. En segundo lugar, aquellos procesos que apuestan a alterar sin mayores sobresaltos el metabolismo del mercado, tal los procesos de transición. En tercer lugar, aquellas funciones provenientes de los procesos que se proponen regular y sustituir al propio mercado. La descripción y análisis de este proceso estarán condicionados por las hipótesis y tesis que presentamos en la introducción, corregidas y modificadas en el camino, a raíz de las experiencias y lecciones derivadas de la transición del capitalismo al socialismo en las principales experiencias escogidas para la descripción y el

131 La crítica que los regulacionistas franceses, Aglietta en particular, hacen a la teoría económica capitalista es precisamente no poder entender la regulación más que como un conjunto de propiedades globales del equilibrio general, puesto que en el estudio del sistema económico no incluyen ni la transformación ni las rupturas. Cfr: Michel Aglietta, The needs for a theory of Capitalist Regulation, in A theory if capitalist regulation, the US experience, Verso, Great Britain, 1987.

análisis. Previamente quisiéramos relacionar los elementos fundamentales de la ley del valor y lo que nosotros entendemos por metabolismo del mercado.

La ley del valor y el metabolismo del mercado

Como lo dijimos brevemente en la introducción, el metabolismo, concepto proveniente de la biología, se refiere al conjunto de reacciones bio-físico-químicas que ocurren en una célula. En general se habla de metabolismo orgánico para referirse a los procesos de cambios y transformaciones que se producen permanentemente en los seres vivos y que les permite nutrirse, crecer, mantenerse, desarrollarse y reproducirse. Estos procesos se registran al interior del propio organismo, así como en su relación con el medio circundante. El ser humano necesita alimentarse, procesar y transformar los alimentos, excretando los residuos que no necesita o que le resulten tóxicos.

Por extensión, hoy en día, suele hablarse de metabolismo socioeconómico para dar cuenta de los flujos de insumos y procesamiento de materiales, así como del desecho o efluente de los mismos.

El concepto biológico aplicado a la sociedad, data de las reflexiones de Carlos Marx en El Capital, preocupado del daño causado por la sociedad industrial capitalista a la naturaleza. Como lo señalamos al inicio, fue Alfred Schmidt, en su tesis de doctorado, quien llamó la atención sobre la importancia del concepto de metabolismo social empleado por Marx.[132] A partir de este texto y en sintonía con las preocupaciones ecologistas a partir de los años 60, ha surgido una cierta bibliografía que muestra diferentes aproximaciones a la relación entre capitalismo y medio ambiente.[133]

Repasemos ahora los elementos básicos sobre la ley del valor y veremos aproximarse la analogía del metabolismo social en una sociedad capitalista, a partir del funcionamiento de la ley del valor[134]. En una sociedad mercantil capitalista

132 Véase el concepto de Alfred Schimidt: El concepto de naturaleza en Marx, Siglo XXI Editores, Madrid, 1977

133 Véase, István Mészaros, Más allá del capital-Hacia una teoría de la transición (particularmente el capítulo dos: El orden de la reproducción metabólica social del capital), Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Bolivia, 2010. Michael Lowy, Ecosocialismo, El Colectivo/Ediciones Herramientas, Buenos Aires, 2011. Manuel Sacristán, Pacifismo, Ecología y Política Alternativa, Icaria, Barcelona, 1989.Paul Burkett, Marx and Nature, Ared and Green Perspective, Saint Martin´s Press, Ney York, 1999.

134 Recordamos que en los capítulos VII y VIII del libro cuarto de este trabajo, se aborda con mayor detenimiento la ley del valor, a partir de la teoría marxista del valor-trabajo.

basada en la propiedad privada, la división del trabajo y la competencia de productores aislados e independientes unos de otros, la ley del valor regula y lleva a cabo el intercambio equivalente de mercancías, de acuerdo al valor o tiempo de trabajo incorporado en todas y cada una de las mercancías. De acuerdo a esta ley es que la sociedad regula la distribución de los medios de producción y de trabajo en las distintas ramas de la economía, donde los productores se mueven motivados por la ganancia.

De acuerdo a la ley del valor, el intercambio de mercancías se lleva a cabo a través de los precios de producción o expresión en dinero del valor de las mercancías, así como de los precios del mercado. El precio de producción equivale al costo más una ganancia media exigida por los empresarios de acuerdo al capital invertido. Si no hubiera ganancia para quienes invierten, no tendría sentido la operación del capital ni del sistema capitalista como tal. El precio de mercado, sería el precio de producción mayor o menor dependiendo de las oscilaciones de acuerdo a la oferta y la demanda. Los precios oscilan hacia arriba o hacia abajo, pero alrededor del valor; de manera que si la demanda de mercancías aumenta y los precios individuales aumentan por encima del valor social, los productores se desplazarán a producir más productos. Por el contrario, si la demanda disminuye y los precios descienden por debajo de su valor social, los productores abandonarán esa rama de la producción y se desplazarán a otras ramas rentables. Tal como lo había señalado la economía política desde sus inicios, los precios pueden ser de competencia o de monopolio.

La ley del valor es la que regula el metabolismo o la fisiología de ese organismo económico que llamamos mercado. En el mercado se intercambian mercancías producidas por el hombre o mercancías no producidas por el hombre, pero que tienen precio en el mercado, debido a que pertenecen a tejidos cuya conjunto está envuelto en el proceso generalizado del intercambio mercantil, como la tierra convertida en medio de producción o como una casa que pertenece a un barrio y que el mejoramiento del entorno le aumenta su precio, aunque individualmente no haya aumentado su valor o trabajo incorporado. El agua por ejemplo, no es producida por el hombre, pero puede adquirir valor cuando se le incorpora trabajo, ya sea para embotellarla o para purificarla. Asimismo, la tierra, no siendo producida por el hombre ni habiendo adquirido valor alguno por efecto de aplicación de trabajo al fertilizarla, puede adquirir un precio, arrastrada por el precio total del producto al cual pertenece: una finca, mil quintales de café, un edificio o cualquier otro valor de uso compuesto por muchos elementos. Asimismo sabemos que existen precios de monopolio aplicados a mercancías por el simple

hecho de ser propiedad exclusiva de uno o varios dueños; la mercancía objeto de monopolio puede ser la habilidad de un jugador o la belleza de una artista. Hablamos de mercancías porque son bienes o servicios que se intercambian por un precio determinado en una economía de mercado. Sin embargo, la aplicación de la ley del valor se aplica generalmente a una economía de mercado donde la gran mayoría de los bienes intercambiados a precios de producción o de mercado, son producidos en serie por los trabajadores y cuyos componentes incorporan trabajo vivo o trabajo acumulado (maquinarias, equipos, herramientas o insumos). Las mercancías a las cuales nos referimos, tal como lo señalamos al inicio, son los bienes y servicios de consumo consuntivo, los medios de producción y la fuerza de trabajo.

Ahora veamos cómo se relaciona todo esto con el metabolismo del mercado. Supongamos que la sociedad y concretamente la sociedad de mercado es un organismo compuesto, donde se relacionan organismos vivos o personas y bienes materiales relacionados entre ellos, consumiendo energía e intercambiando información. Para no generar malos entendidos, digamos que este organismo llamado mercado es un organismo social e histórico, sometido por lo tanto a la transitoriedad y modificado por fuerzas sociales que lo engendran, mantienen y transforman. Como todo organismo, alberga a su interior procesos de intercambio, en este caso, intercambio mercantil o de mercaderías, al igual que mantiene relaciones de intercambio con el mundo exterior, pudiendo ser con la naturaleza o con otros organismos similares (otros mercados-otros países). Su objetivo es alimentarse con los elementos que le dan vida; crecimiento, desarrollo y reproducción.

El mercado capitalista está compuesto por unidades económicas aisladas e independientes unas de otras, pero que se relacionan o interconectan a través de las mercancías o bienes intercambiados por dinero que aquellas unidades producen y que se venden en el mercado a diferentes precios, según el valor que contengan. Al interior de esta economía de mercado capitalista encontramos diferentes procesos en simbiosis o metamorfosis constante por parte de sus componentes y procesos. Por simbiosis se entiende la asociación interna de organismos correspondientes a especies diferentes para beneficiarse mutuamente en su desarrollo; alude asimismo a relaciones de cooperación entre personas o unidades económicas que emprenden actividades en común. Por metamorfosis se entiende toda transformación que experimentan determinados organismos en su desarrollo y que afecta no solamente su forma, sino también sus funciones y modos de vida; alude a todo cambio o transformación de una cosa en otra.

Bien, aquellas unidades económicas separadas de acuerdo a una determinada división del trabajo, son propiedad privada de individuos o grupos que producen en condiciones de competencia y en función de obtener una ganancia, una vez que las mismas se hayan realizado o vendidas por dinero en el mercado o espacio de intercambio de las mercancías producidas.

En esta economía de mercado capitalista, los objetos materiales de la naturaleza y el trabajo del hombre se combinan para producir valores de uso, como en cualquier otra economía. Sin embargo, en la economía de mercado capitalista, el valor que se genera o circula es el valor de cambio, pues cada productor-vendedor vende lo que no consume y todo comprador-consumidor compra lo que no produce. En economía política, incluyendo los aportes críticos de Marx a la misma, se distinguen tres dimensiones del valor. La magnitud del valor o tiempo de trabajo para producir una mercancía. La sustancia del valor o trabajo abstracto (general, indiferenciado) incorporado, encarnado, objetivado, en una mercancía. La forma valor es el modo especial de manifestarse el valor en el mercado capitalista.

En el mercado observamos o deberíamos observar que naturaleza y trabajo se convierten en valores de uso. De la naturaleza, incluida la nuestra, se desprende el trabajo para mantenernos y para distanciarnos del resto de la naturaleza. El trabajo se convierte en mercancía, es decir, se vende o intercambia por dinero. La mercancía se convierte en dinero. El dinero se convierte en capital y el capital o relación de explotación sigue su curso, engullendo magnitudes y produciendo valores.

A través de la forma del valor es que en el mercado aparece fetichizado el trabajo. En el mercado y a posteriori de la producción es que todos los trabajos se homologan, sin que los productores independientes se ocupen de ello. Digámoslo a través de las palabras de Néstor Kohan: "*Al interior de la sociedad mercantil los distintos trabajos privados, en cada una de las ramas de producción, se realizan de manera independiente, sin una planificación previa. Recién a través del rodeo indirecto del intercambio los trabajos realizados de forma privado se homologan y se igualan entre sí. Es recién en ese ámbito mercantil donde los productores pueden corroborar si la parte alícuota del trabajo global que emplearon en sus respectivas ramas de producción fue suficiente, escasa o en cambio derrocharon recursos sociales. Lo corroboran a través de un mecanismo indirecto y que funciona a tientas y en forma ciega, las variaciones de los precios de mercado por encima o por debajo de los precios de producción (que a su vez oscilan a largo plazo en torno a la línea de los valores de cambio), oscilación que ocurre*

completamente a espaldas de quienes realizaron los trabajos privados que aparecen cono sociales en el intercambio. El trabajo abstracto, entonces, constituye un trabajo social pero que posee una sociabilidad indirecta y una homologación a posteriori, mediada por el intercambio de objetos mercantiles y, a través de su encuentro con el equivalente general, en la comparación con todo el resto del universo mercantil (es decir, con todo el resto de los trabajos privados cristalizados y objetivados como valores). La igualación se puede realizar antes del cambio, pero solo mentalmente o en forma ideal (es lo que sucede en la contabilidad interna de las grandes empresas y en la planificación monopólica) pero en última instancia es el mercado, anónimo e impersonal, quien tendrá la última palabra y quien determinará la sentencia, de manera despótica, sancionando o no reconociendo las parcelas de los trabajos realizados en forma privada como parte del trabajo social global. En la sociedad mercantil capitalista el trabajo recién es social cuando los trabajos privados adoptan la forma abstracta de la generalidad y cuando el producto adopta la forma de un equivalente general, al venderse e intercambiarse. La conexión social no se realiza en las formas concretas del trabajo, sino en la abstracción de estas formas concretas, mediados por el equivalente (al intercambiarse por dinero). Al realizarse de este modo, el proceso laboral ('metabolismo entre el ser humano y la naturaleza') adquiere la forma mercantil para el cambio; el trabajo la forma de trabajo abstracto y los productos de dicho trabajo la forma de valor"[135].

El fetichismo de las mercancías se expresa en ese acto de intercambio de las mismas entre sí y a través del dinero. ¿Cómo hacen las mercancías o el mercado-prestidigitador, para intercambiarse justamente, es decir, cómo sabe el mercado lo que vale cada una o el precio que tiene cada una, tratándose de miles de millones de mercancías que circulan por el mundo entero? ¿Cómo se lleva a cabo eso que nosotros estamos llamando el metabolismo del mercado? Ahora vamos a auxiliarnos del propio Marx para intentar descifrar el metabolismo. En la sección primera del primer tomo (Mercancía y dinero) y después de hablarnos del doble carácter de la mercancía y del trabajo (valor de uso y valor.) Marx nos guía en el capítulo I (La mercancía) hacia la forma que adquiere el valor: a) La forma simple, concreta o valor de cambio (forma relativa y forma equivalencial); b) La forma total o desarrollada del valor, c) Forma general del valor, hasta d) la forma dinero; y es aquí donde nos habla del fetichismo de la mercancía y su secreto y nos dice: "*A primera vista, pa-*

135 Néstor Kohan, Extracto del libro, Nuestro Marx, Fetichismo y alienación, Red Roja, Cuadernos Teoría Praxis. Capítulo Contexto histórico de la polémica contemporánea, Magnitud, sustancia y Forma del valor. Cfr: Nuestro Marx, Editorial La Oveja Roja, Madrid, 2013, pp. 392-393.

rece como si las mercancías fuesen objetos evidentes y triviales. Pero, analizándolas, vemos, que son objetos muy intrincados, llenos de sutilezas metafísicas y de resabios teológicos. Considerada como valor de uso, la mercancía no encierra nada de misterioso. ¿De dónde procede, entonces, el carácter misterioso que presenta el producto del trabajo, tan pronto como reviste forma de mercancía? Procede, evidentemente, de esta misma forma. En las mercancías, la igualdad de los trabajos humanos asume la forma material de una objetivación igual de valor de los productos del trabajo, medido por el tiempo de trabajo, el grado en que se gaste la fuerza humana de trabajo, medido por el tiempo de su duración, reviste la forma de magnitud de valor de los productos del trabajo, y, finalmente, las relacione entre unos y otros productores, relaciones en que se traduce la función social de los trabajos, cobran la forma de una relación social entre los propios productos de su trabajo. El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fueses un carácter material de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo colectivo de la sociedad fuese una relación social establecida entre los mismos objetos, al margen de sus productores. Este quid pro quo es lo que convierte a los productos de trabajo en mercancía, en objetos físicamente metafísicos o en objetos sociales".[136]

Más adelante, en el capítulo III (El Dinero, o la Circulación de Mercancías), en la sección 2 (Medio de circulación), nos entrega un apartado (b) denominado: La metamorfosis de las mercancías, donde nos dice: "*El proceso de cambio, al transferir las mercancías de manos de aquel par quien son no-valores de uso a manos del que las busca y apetece como valores de uso, es un proceso de metabolismo social. El producto útil suple el de otro. Al llegar al sitio en que desempeña funciones de valor de uso, la mercancía sale de la órbita del cambio y entra en la órbita del consumo. Por el momento, esta no nos interesa, Hemos de limitarnos, pues, a investigar todo ese proceso en su aspecto formal, fijándonos solamente en el cambio de forma o metamorfosis de las mercancías, que sirve de cauce al proceso de metabolismo social. El hecho de que este cambio de forma se conciba de un modo tan defectuoso tiene su explicación en el hecho de que los cambios de forma de una mercancía se operan siempre mediante el trueque de dos mercancías: una mercancía vulgar y corriente y la mercancía dinero. Si nos fijamos solamente en este aspecto material, en el trueque de mercancía por*

136 Carlos Marx, El Capital, t.1, Op.cit., p.39.

oro, escapa a nuestra atención aquello precisamente que nos interesa ver, o sea, lo que ocurre en la forma. Enfocando así las cosas, no advertimos que el oro, considerado como simple mercancía, no es dinero y que las demás mercancías al asumir un precio, se remiten al oro como a su propia forma en dinero. En un principio, las mercancías se lanzan al proceso de cambio tal y como vienen al mundo. Pero este proceso produce un desdoblamiento de las mercancías en mercancías y dinero, antítesis mecánica en que las mercancías revelan su antítesis inmanente de valores de uso y valor. En esta antítesis, las mercancías se enfrentan, como valores de uso, con el dinero, valor de cambio. Lo cual no obsta para que ambos términos antitéticos sean mercancías, y por lo tanto, unidades de valor de uso y de valor. Pero esta unidad en la variedad cobra una expresión inversa en cada uno de los dos polos, representando con ello, al mismo tiempo, un juego de acciones y reacciones entre ambos. La mercancía es un valor de uso real; su existencia como valor sólo se reverla de un modo ideal en el precio, que las refiere como a su forma real de valor al oro, situado en el otro polo. A su vez, el material oro no interesa más que como materialización de valor, como dinero. En su aspecto real, por tanto, valor de cambo. Su valor de uso sólo se manifiesta de un modo ideal en la serie de las expresiones relativas de valor en las que se refiere a las mercancías situadas en el otro polo, como al corro de sus formas reales de uso. Estas formas antitéticas de las mercancías son las formas reales en que se desenvuelve su proceso de cambio". [137]

Intentando sintetizar, diríamos que el metabolismo del mercado se expresa a través del intercambio de mercancías o intercambio de valores mediados por el dinero. En este proceso, opera permanentemente una especie de simbiosis o asociación entre todas las mercancías, como poniéndose de acuerdo a que precios serán intercambiadas por otras. Esta simbiosis está precedida por una metamorfosis por medio de la cual el trabajo se desdobla en mercancía, con su valor de uso y su valor de cambio, la mercancía en dinero y el dinero en capital, productor de plusvalía o quantum de explotación. En el metabolismo biológico, el organismo o cuerpo humano aparece visibilizado en cada uno de nosotros, pero no las reacciones químicas internas de nuestros tejidos celulares, tampoco el intercambio entre nuestros tejidos u órganos con la naturaleza exterior y sus elementos que nos dan vida. En el metabolismo del mercado ocurre lo contrario, el mercado u organismo social no aparece visibilizado pero sí los intercambios

137 Ibidem, pp. 69-70.

entre las mercancías y sus precios, los que a su vez ocultan las relaciones económicas entre los productores. Por su lado, en las células mercantiles, equivalentes a las células del cuerpo, tampoco aparece el trabajo incorporado en ellas, mucho menos las relaciones sociales de explotación del trabajo por el capital.

No es de extrañarnos, entonces, que así como en el metabolismo biológico, los intercambios no sean observables, salvo auxiliado por la ciencia y la técnica de laboratorio o del microscopio, la forma del valor o el metabolismo mercantil sólo haya sido percibido como una mano invisible encargada de organizar todo ese complicadísimo proceso de intercambio. A lo que se agregó la percepción de que algo natural estaría escondido en todo ese tinglado y cuyos designios nos indicarían que no osáramos tocar, pues el mismo funcionaría en forma tal que su resultado no podría ser otro que la armonía de intereses entre todos los agentes del mercado.

En todo caso, es fácil rendirse ante la evidencia de cómo el mercado logra saber el precio y la cantidad requerida de todas y cada una de las mercancías que circulan libremente en sus dominios, así como los medios de producción que se necesitan en cada rama de la producción. Por mucho que las empresas o el Estado intenten planificar, es el mercado el árbitro final. Todo pasa como si el mercado tuviera la misma capacidad de la ley de la gravedad para nivelar una determinada cantidad de agua, independientemente del relieve que exista en un determinado terreno. Algunos pensadores han llegado a sugerir que ese intrincado mecanismo de ordenar el intercambio de valores equivalentes que realiza el mercado, también se lleva a cabo en el comportamiento público de las personas, donde los valores culturales objetivados en las actitudes personales son ordenados y homologados en la vida plural de la plaza pública. Al respecto nos dice Félix Guattari: "*El concepto de cultura es una manera de separar actividades semióticas (actividades de orientación en el mundo social y cósmico) en una serie de esferas, a las que son remitidos los hombres. Una vez que son aisladas, tales actividades son estandarizadas, instituidas potencial o realmente y capitalizadas por el modo de semiotización dominantes; es decir, son escindidas de sus realidades políticas (…) Lo que caracteriza a los modos de producción capitalísticos es que no funcionan únicamente en el registro de los valores de cambio, valores que son del orden del capital, de las semióticas monetarias o de los modos de financiación. Éstos también funcionan a través de un modo de control de la subjetivación, que yo llamaría cultura de equivalencia o sistemas de equivalencia en la esfera de la cultura. (…) La cultura de masas produce individuos: individuos normalizados, articula-*

dos unos con otros según sistemas jerárquicos, sistemas de valores, sistemas de sumisión".[138] Sería interesante, aunque nos alejaría del contenido principal de este trabajo, auscultar si el código de lo público no encierra una ley de la pluralidad donde se ordena y homologa, en aras del orden social.

Pero como veremos en la próxima sección, todo metabolismo tiene sus disfuncionalidades, crisis y mutaciones, en aras de preservar la evolución del organismo. En este sentido, sólo nos falta agregar que el concepto de metabolismo social ha sido utilizado para cuestionar dos de las responsabilidades que se le adjudican, a saber, a) El daño que el capital, en tanto que industria capitalista, movida por la ganancia, inflige a la naturaleza exterior -campo del ecologismo en marcha, b) El daño que el capital, en tanto que relación social de explotación, movido igualmente por la ganancia, inflige a los trabajadores. Pero, tal como hemos venido señalando, para nosotros el intercambio capitalista entre el trabajo y el capital, no es más que uno de los intercambios del mercado y por lo tanto necesitamos enfocarnos en todo el proceso de mercantilización que el mercado implica para la sociedad. Mientras exista el intercambio mercantil, dentro o fuera de las fronteras de una sociedad cualquiera, capitalista o socialista, no importa si todos los medios de producción o capitales en sentido de fuerza material, hayan sido socializados o trasladados al Estado, mientras la fuerza de trabajo siga siendo una mercancía, asalariada del Estado o de un conjunto de cooperativas o empresas autogestionarias, cosa que nos parece fantástico, el regreso de la mercantilización siempre será un fantasma que nos persiga. Y es que las células mercantiles que conforman el tejido del mercado, son como las células cancerígenas; mientras exista una sola célula o, peor aún, un tejido mercantil, la reversión del mercado tendrá el potencial de amenazar cualquier régimen socialista, tal como los conocemos hasta ahora.

Bien podríamos decir que la humanidad no vivirá tranquila hasta alcanzar la desmercantilización de la economía o, lo que es lo mismo, hasta que el metabolismo del mercado sea sustituido por un metabolismo social donde reine la abundancia y la misma sea administrada por un metabolismo directamente asociativo y autogestionario. Pero no nos adelantemos demasiado a probar esta tesis, analizando las diferentes experiencias del socialismo implementado a lo largo del siglo XX.

138 Félix Guattari, Suely Rolnik, Microfísica del deseo, Traficantes de sueños, Madrid, 2006, pp. 27-28.

Antes quisiéramos ilustrar el funcionamiento metabólico del mercado, tal como aparece en la superficie de los fenómenos, en la apariencia de las cosas, lo que además resulta más fácil de apreciar y para lo cual invitamos al lector a constatar su propia realidad a través de lo que llamaremos los espacios y circuitos metabólicos del mercado.

Espacios y circuitos metabólicos del mercado

Un circuito es una red o interconexión de dos o múltiples componentes que tienen una trayectoria cerrada, donde las redes y ciclos recorren tiempos y espacios determinados. En el caso del circuito mercantil, cuya principal ecuación es la relación entre la oferta y la demanda de mercancías, también existen espacios y órganos con funciones mayores o menores. El circuito mercantil alude a los movimientos internos del mercado y cuya función es desplazarse en función de la regulación de su propio funcionamiento.

Partimos de que todo ser vivo, sea nuestro propio organismo, la sociedad o la naturaleza exterior, funciona bajo un mecanismo metabólico, donde encontramos regularidades más o menos permanentes que bullen al interior de cada uno, así como entre los sistemas y su mundo exterior. El objetivo de estos mecanismos es mantener el equilibrio, resistir los desequilibrios y restablecer el equilibrio anterior, adaptándose a las nuevas condiciones. Si tales respuestas no son suficientes y la congestión amenaza con una verdadera trombosis metabólica, el sistema anterior tendrá que transformarse o mutar completamente hacia un nuevo sistema. La dilación para esta mutación es la que tiene sumido al mundo entero en la situación de caos, puesto que todavía el sistema capitalista tiene la fuerza como para impedir el avance del socialismo.

En los espacios y redes por donde circulan los componentes del mercado se lleva a cabo un proceso metabólico con un alto grado de autorregulación. Sin embargo, dado que la sociedad es un organismo vivo, al interior de la misma existen sujetos que intervienen en ese metabolismo, sobre todo cuando la autorregulación muestra disfuncionalidades que ponen en peligro la vida de todo el organismo al cual pertenece. Es lo que hace la medicina cuando el cuerpo humano u organismo autorregulado por excelencia, muestra signos de una enfermedad que amerita la intervención de su propio dueño, algunas veces actuando por su cuenta, otras veces con el auxilio de especialistas.

No debemos olvidar que el mercado tiene dos funciones, a saber: a) Una función positiva, como es su aporte al cálculo mercantil, al crecimiento y a la productividad; b) una función negativa, previamente explicada, como es la de concentrar y excluir permanentemente a productores y consumidores, capitalistas y trabajadores, ciudadanos urbanos y rurales, países colonizados o imperializados. Cómo combinar ambas funciones ha sido una de las preocupaciones de los sistemas económicos, particularmente del sistema socialista. Para ello se hace necesario conocer el metabolismo del mercado, así como la intervención por parte el Estado.

Al igual que pasó en el campo de la política, en el campo de la economía el Estado se ha revelado como uno de los órganos sociales más importantes para su regulación. Analizaremos, pues, la relación del mercado con el Estado, así como la que ambos mantienen con la sociedad circundante y con el entorno de la naturaleza exterior, última membrana de toda nuestra existencia. La dinámica proviene tanto de las crisis generadas en el seno de las variables políticas como las generadas por las variables sociales y económicas, originadas a raíz de la confrontación de intereses, sociales, locales, nacionales e internacionales. A través de los circuitos metabólicos del mercado podremos explicarnos los fenómenos de la concentración y exclusión, así como las razones por las cuales la concentración potencia el crecimiento y la exclusión genera las desigualdades sociales.

La verdad es que en toda sociedad donde existe el mercado siempre encontramos los dos procesos conjugados, la autorregulación o metabolismo del mercado y la regulación o intervención del Estado para ajustar o para transformar el metabolismo del mercado y de la economía. Como señalamos anteriormente, hubo momentos en los que el Estado era muy fuerte y el mercado apenas existía, pero también registramos momentos en los que el mercado ha sido muy fuerte y el Estado apenas se ha dejado sentir en el ámbito del mercado o de la economía en su conjunto. En la evolución de estos dos sujetos, mercado y Estado, existe una inter-relación genealógica donde aparecen otros componentes sin los cuales no se explicarían ni el metabolismo del mercado ni la intervención del Estado. Inter-relación, explicada por el marxismo y que nosotros compartimos, entre la propiedad privada de los medios de producción, la familia patriarcal, el mercado, el capital y el propio Estado. En cuanto a la economía, en tanto que disciplina científica, es decir, disciplina que busca cómo aproximarse lo más que pueda al funcionamiento de la economía real, la misma no ha dejado de mostrarse como

una disciplina donde la autorregulación del mercado se complementa con la regulación del Estado. Es por eso que para estudiar el metabolismo del mercado capitalista se hace cada vez más necesario conocer el funcionamiento del Estado, así como las inter-relaciones o inter-dependencias establecidas entre ellos. En el caso del socialismo, la relación del mercado y del Estado se volverá más preponderante. Más adelante explicaremos otras formas y mecanismos de regulación, más representativos o más participativos.

A continuación ofrecemos una imagen gráfica de la forma en que nos representamos los espacios o circuitos de interrelación o interdependencia metabólica entre el mercado, el Estado, las sociedades nacionales y la naturaleza exterior. A través de los círculos concéntricos pueden apreciarse las principales categorías que aquí hemos llamado *inter-espacios y circuitos metabólicos del mercado*. Por interespacio aludimos a los vínculos establecidos entre los diferentes espacios y/o momentos que constituyen un sistema complejo, en este caso el sistema económico y político capitalista.

El gráfico muestra en el centro dos grandes círculos, uno situado en la parte inferior donde se encuentra el mercado y otro situado en la parte superior donde se encuentra el Estado. En el espacio del mercado y de manera autorregulada encontramos las dos formas en que se producen y circulan las mercancías, una de reproducción simple o estacionaria y otra de reproducción ampliada o capitalista. En el espacio del Estado destacamos dos órganos, a los que llamaremos gobierno y sector público de la economía; diferenciamos gobierno de sector público, porque hay Estados, es decir, comunidades humanas organizadas por un poder jerárquico donde el sector público de la economía es casi imperceptible. En medio de estos dos círculos observamos un interespacio donde se lleva a cabo la regulación de la economía, así como la socialización y la desmercantilización.

En el espacio del mercado danzan las mercancías, es decir, los bienes, los medios de producción y la fuerza de trabajo, relacionándose y moviéndose al vaivén de los precios; ahí se encuentran compradores y vendedores intercambiando valores vehiculizados por mercancías y guiados por los precios que las mismas portan en su frente. En este espacio yacen las miles de unidades económicas con sus propios procesos de producción internos, al interior de las cuales se fusionan y se reproducen como partículas en chisporroteo otras tantas miles de mercancías, listas para salir, intercambiarse y finalmente consumirse. Todas ellas

hegemonizadas por la mercancía capital, engullendo fuerza muscular y esfuerzos mentales, en función de producir un incesante arsenal de riqueza destinada a ampliarse indefinidamente.

Dentro del mercado aparece la mayor de las mercancías, como es el capital, su órgano superior. Al igual que cualquier otra mercancía, el capital se compra y se vende. El capital y su función es entendida como medio de producción utilizado para reproducir mercancías, como riqueza material, como trabajo acumulado absorbiendo trabajo vivo, como instrumento de atesoramiento o acumulación, en fin, como relación social de producción y de explotación. Los derechos de explotación de la fuerza de trabajo o de expoliación de la naturaleza también funcionan como mercancías, es decir, también se compran y se venden.

En el círculo o espacio del Estado yace el Sector Público, haciéndose cargo de tareas que ni el capital ni el poder político, represivamente hablando, pueden llevar a cabo. Si el Estado desdoblado en aparatos represivos se hace cargo de los daños generados por el capital, el mismo, desdoblado como sector público, puede convertirse en el salvavidas del gran navío mercantil que tiene que nadar en las aguas turbulentas de la competencia encarnizada y bajo la motivación del lucro para uno y de las necesidades para otros. El Estado-gobierno, reducido a su mínima expresión, puede limitarse a las tareas republicanas del orden público, puede asimismo incursionar en la economía para contribuir a ordenarla, como regulador consciente, finalmente, aunque no menos importante, puede crear un área económica administrada estatalmente y que nosotros denominaremos el sector público de la economía. Estas tareas administrativas del poder y de la economía se encuentran en los mercados llamados autorregulados o en los mercados llamados regulados, no importando por ahora ni el grado ni la direccionalidad de la regulación. En este apartado intentaremos describir y explicar el metabolismo del mercado para ambas situaciones, así como el movimiento de transición histórica de un sistema (capitalista) a otro (socialista).

El estudio del sector público lo haremos en la forma dinámica en el que el mismo aparece, deslizándose hacia un círculo propio, situado entre el mercado y el Estado, colocándose así en un intersticio estratégico como regulador consciente, ya sea para socializar el capital o para enrumbarse definitivamente por las sendas de la desmercantilización total. La transición de un sistema capitalista hacia un sistema socialista implica que este círculo se va haciendo cada vez más grande

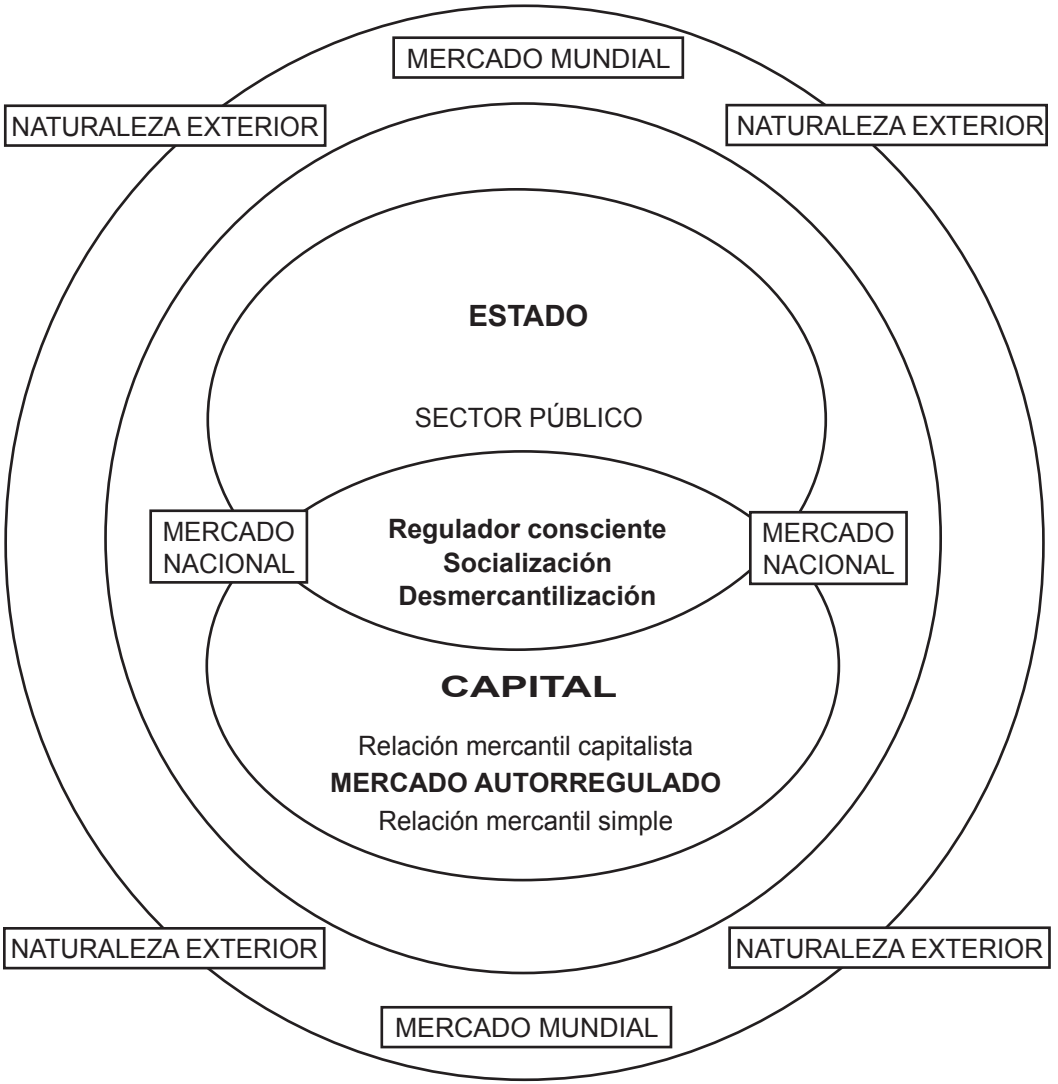
con relación a la figura o sistema económico total, en la misma medida que el círculo del mercado autorregulado o del capital se va haciendo cada vez más pequeño.

Dicho esto, damos por descritos topográficamente los espacios o círculos concéntricos en donde se llevan a cabo los circuitos metabólicos del mercado, del capital y del propio sistema capitalista en su conjunto; lo que nos permitirá, posteriormente, analizar su movimiento hacia lo que llamaremos los saltos metabólicos que se registran en la evolución de una economía de mercado autorregulada hacia una economía de mercado regulado, mayor o menormente, por el Estado o por otros sujetos colectivos existentes en la sociedad, como pueden ser las federaciones u otros órganos mayores de integración o escala.

Toda esta compleja, cotidiana y aparentemente eterna operación, está envuelta en una primera membrana que le sirve de placenta a los tres círculos concéntricos, llamada nación, con sus fronteras sociales que le brindan la geografía, la historia y los derechos políticos. Este primer y circundante gran círculo nacional corresponde al marco nacional que identifica a un conglomerado, por su lengua, raza, geografía e historia, morfología social, de otro de su misma especie. Desde el punto de vista de la institucional inmediata, el mercado se desenvuelve dentro de marcos nacionales, aunque en la realidad todo mercado funciona en un marco mundial.

Rodeando al mercado o a los mercados nacionales e ilustrado en forma de banda circular, aparece el mercado mundial o las diferentes y múltiples naciones que juntas conforman el mercado internacional.

Finalmente, aparece situado en la tangente del último círculo, el espacio exterior que cierra y encierra la base natural de todo el metabolismo y de todos los metabolismos; nos referimos a la naturaleza exterior de donde la producción obtiene los insumos naturales para oxigenarse y reproducirse. Valga decir, que cada país, está rodeado e inmerso en nuestra placenta natural-social, la naturaleza o reino de la ecología, donde se encuentra el origen y fin de la vida.


MERCADO MUNDIAL
NATURALEZA EXTERIOR
NATURALEZA EXTERIOR
ESTADO
SECTOR PÚBLICO
MERCADO NACIONAL
Regulador consciente
Socialización
Desmercantilización
MERCADO NACIONAL
CAPITAL
Relación mercantil capitalista
MERCADO AUTORREGULADO
Relación mercantil simple
NATURALEZA EXTERIOR
NATURALEZA EXTERIOR
MERCADO MUNDIAL

De la regulación moral y política a la regulación económica

A lo largo de los cinco siglos que ha durado el periodo de la modernidad (XV-XX) asistimos a un proceso histórico en el que las sociedades han venido ensayando múltiples formas de regulación del comportamiento social, tanto a nivel nacional como mundial: regulación moral, política, jurídica, religiosa, cívica, económica. No es que no haya habido regulación anteriormente, sin embargo, en estos siglos las formas de regulación se han generalizado en todo el mundo y en todos los ámbitos de la vida, desde el cuerpo y el alma individual hasta los colectivos planetarios. Todo pareciera moverse en una espiral sin fin: a mayor libertad, mayor libertinaje por parte de quien tiene más poder; a mayor normación y represión, mayores formas de liberación; a mayores leyes, mayores delitos; y así sucesivamente.

Más que las iglesias y que el poder político, el mercado es hasta ahora el ámbito que mayor consenso y autorregulación ha alcanzado en la vida diaria de los pueblos y naciones. A diferencia de aquellos, el mercado no tiene sanciones ni cárceles, salvo los que el Estado le presta para reprimir a quienes infringen algunas de sus leyes. En el mercado la gente se comporta como el pez en el agua; sin embargo, desde hace un buen tiempo, tanto las iglesias, como las asociaciones y los poderes políticos, han venido incursionando y buscando cómo regular al mercado, a veces a través de la moral, otras veces a nivel económico.

Así como el Estado nació para que las contradicciones y conflictos generados por la competencia no desembocaran en guerras ni revoluciones, asimismo la sociedad se dedicó a buscar mecanismos de regulación económica, para evitar que las reglas del mercado capitalista culminaran en las catástrofes sociales o económicas cotidianas que sufre la humanidad. Desde su fundación, el Estado moderno fue escogido como un mecanismo para regular el mercado y no podría ser de otra manera, pues se trataba de un sistema inflamable, en parte por la competencia, en parte por los desajustes y efectos no deseados del crecimiento y en parte también por las luchas sociales. Tanto es así que desde el siglo XV hasta el siglo XX, es decir, a lo largo de los últimos quinientos años, es cada vez más evidente la búsqueda por la mejor forma en que el Estado pueda regular primeramente el mercado y, una vez desaparecido éste último, la economía en su conjunto, en lo que respecta a la producción, el intercambio, la distribución, el consumo y la reproducción de nuestra vida animal y humana.

En este proceso, el Estado moderno aparece como uno de los primeros órganos sociales sometidos a una regulación consciente, donde los ciudadanos, las

clases y las naciones crearon, a través del gobierno, las leyes para regular sus relaciones sociales y los órganos creados para tal fin. Claro está que en este proceso, los individuos, las clases o las naciones, compiten entre sí, resultando más favorecidos unos que otros. Cada vez es más difícil encontrar a alguien que todavía piense que el mercado puede regularse solo y mucho más difícil demostrar que su autorregulación nos conduzca al mejor de los mundos posibles.

El mercado autorregulado y el sector público como regulador consciente

En este apartado ampliaremos los señalamientos hechos anteriormente para describir el funcionamiento y la relación entre el mercado autorregulado y el mercado regulado por el sector público.

En la base del gráfico mostramos **el mercado autorregulado,** con sus componentes internos, es decir, todas las formas concretas que expresan el intercambio de mercancías, facilitado por la circulación del dinero. Aunque en verdad deberíamos decir que lo que llamamos mercado autorregulado es en realidad el mercado regulado por el capital privado. El intercambio mercantil entre el capital y el trabajo, en forma directa o indirecta, regulado por la competencia y el lucro, es el intercambio que regula el resto de los intercambios, el mismo que explica las contradicciones y los procesos de equilibrio y desequilibrio del sistema capitalista en su conjunto. En una economía de mercado, las mercancías funcionan como las células del cuerpo humano, las unidades económicas o empresas funcionan como los órganos menores y los espacios concéntricos funcionan como si fueran órganos mayores, nos referimos a los mercados locales o nacionales, los Estados-gobiernos, las naciones o países, el mercado mundial y la naturaleza exterior.

Recordemos que dentro del mercado funcionan dos tipos de relación. Una relación mercantil simple y una relación mercantil ampliada o capitalista. En la primera, compuesta fundamentalmente por pequeñas unidades económicas, por lo general familiares, la composición orgánica de capital es mucho menor, es decir, el componente fuerza de trabajo es mayor que el componente bienes de capital. En el ámbito de la economía mercantil simple y que identificamos como economía popular, los valores y precios están más cerca de los costos de producción.

En las relaciones capitalistas, en cambio, las empresas cuentan con una mayor composición orgánica de capital donde el capital constante (c), compuesto por maquinaria, equipos y materia prima, es mucho mayor que su capital variable (v), compuesto por la fuerza de trabajo. En esta economía, los valores y precios

están muy por encima de los costos de producción, precisamente porque incorporan el plustrabajo, plusvalor, plusvalía, ganancia o quantum de apropiación del trabajo ajeno. En la economía mercantil simple los precios de mercado tienden a ser menores y se acercan al costo de producción de las mercancías. En la economía capitalista los precios de mercado tienden a ser mayores y contienen, además del costo de producción, la ganancia media reclamada por el empresario. La explicación radica en que la fuerza de trabajo es la única mercancía que se vende de acuerdo a su costo de producción, correspondiente más o menos a la canasta básica de cada una de las personas o de los países donde la fuerza de trabajo se encuentre; el trabajador vende o alquila su fuerza de trabajo sin ganancia alguna, como sí es el caso del capitalista, quien vende mercancías con un margen de ganancia o de beneficio.

En un mercado autorregulado, los precios y la asignación de recursos se fijan y establecen en forma espontánea y aparecen como agregado de las conductas individuales de familias, consumidores, productores, comerciantes, empresarios. En una economía de mercado, la gente sabe comportarse en relación a los precios y a las mercancías que quieren o pueden comprar y vender, incluso aprenden a contar, sin que necesariamente sepan leer o escribir. En el mercado, todos compiten, sin darse cuenta siquiera que están compitiendo. La competencia en el mercado, como en el deporte, la academia o el arte, es garantía de calidad y percepción de libertad, sin que nadie se moleste por no quedar en el primer lugar, incluso por quedar fuera del juego, siempre y cuando estén las reglas claras y el arbitrio sea democrático. Ahora bien, no atenerse a las reglas del mercado, ser desfavorecido por alguna desventaja o por la superioridad de sus competidores, implica perecer, no importa el sacrificio o la heroicidad invertidos. Cuando se trata de competir, nadar en aguas profundas o jugar en el casino, el mercado, las olas o la rueda de la fortuna, son democráticamente implacables. Pero en todos esos casos, a nadie se le ocurre quejarse; como sí se quejaría una persona cuando no se le permite comerciar, nadar cerca de la playa o apostar en la ruleta. La competencia obliga a superarse y los esfuerzos de superación aparecen llenos de incentivos. No importa lo escarpado de la montaña para un alpinista, no importan los peligros que corre el niño fuera de su casa, no importa la inevitable diferenciación social que el mercado acarrea, no importa que el casino le arrebate la fortuna a la mayoría de los jugadores. Para el que está obligado a jugar o quiere jugar no hay racionalidad que lo convenza dejar de hacerlo. Estas son las cosas que la gente añora cuando desaparece la autorregulación y todo el juego es ordenado e impuesto por una fuerza extraña, extraeconómica o gubernamental

Esta es la base de esa impresión de libertad que tiene la gente en una economía de mercado. Los precios son iguales para todo el mundo, sin privilegios de ninguna clase. Todos pueden comprar o vender de acuerdo a su capacidad para trabajar o para hacer negocios. Y lo que pasa a nivel local o de un país determinado, también pasa a nivel mundial. Los empresarios, nacionales o mundiales, migran donde los factores de producción son más baratos, sean éstos materia prima, energía o fuerza de trabajo, sabiendo que en el mercado mundial los precios tienen como base el mayor costo de producción.

Los productores que operan en el mercado libre viven motivados por el lucro y embrujados por el tesoro que sueñan encontrar después de cada negocio, no importa el resultado ni las dificultades. Los consumidores que habitan en una economía de libre mercado se detienen en una pulpería, en un escaparate de una tienda o en una vitrina de un centro comercial, y sienten tan placentero mirar y desear como comprar. Saben que no pueden comprar todas las mercancías que se anuncian, pero más les molestaría no poder mirarlas nunca más, viajar para visitarlas en un país lejano o verlas en la televisión.

Estas son algunas de las reflexiones que los filósofos y economistas utilitaristas, así como los publicistas nos han ofrecido para defender lo que ellos llaman el libre mercado. Hemos respondido con los mismos argumentos de siempre, creyendo que la gente piensa como nosotros; sobre todo si vivimos en una economía de libre mercado, ignorantes de su autorregulación.

Como puede inferirse, el metabolismo del mercado no se limita a operaciones frías de compra-venta, sino que se prolonga y llega hasta nosotros, con todas sus obras y con todas sus pompas, sin que podamos decirle "*detente Satanás*".

Entendiendo el metabolismo del mercado nos damos cuenta de que en un mercado autorregulado mueren diariamente, a causa de la competencia, millones de unidades económicas o de negocios particulares, resucitando otros tantos cada día. Y la muerte de todos ellos es lo que garantiza el éxito de los que sobreviven. Al igual que pasa con el juego de la lotería, todos saben que sólo hay un premio mayor y otros tantos premios menores, pero para que ello ocurra, el resto tiene que aceptar haber perdido.

En síntesis y sin menoscabo de un tratamiento más detallado en los últimos capítulos de este trabajo, quisiéramos sintetizar la ley metabólica por excelencia del mercado, es decir, la ley del valor que da cuenta de todos los intercambios que

lo hacen funcionar automáticamente, una vez que haya despegado. Además de los supuestos y antecedentes requeridos para llega a su mayoría de edad, la ley del valor acusa los siguientes rasgos: 1. La teoría del valor-trabajo que muestra que la fuente del valor de uso es, junto a la tierra, el trabajo o energía humana materializada en bienes necesitados y deseados por sus productores; 2. En una economía de intercambio mercantil, estos valores se intercambian en forma equivalente de acuerdo al costo o tiempo de trabajo requerido para producirlos; 3. Existe un intercambio por excelencia donde se producen las mercancías, como es el proceso inmediato de producción, ahí se cambia una suma determinada de salario equivalente a la canasta básica de cada país y época por una jornada de trabajo medida en horas, días o meses; 4. En este intercambio entre el capital y el trabajo, la jornada de trabajo genera un plustrabajo mayor al costo de producción de la mano de obra, excedente que es apropiado por el capital y convertido en ganancia una vez que se realiza en el mercado; 5. Es así que los precios se forman adicionando el costo de producción de todas las mercancías, incluyendo la mercancía fuerza de trabajo, más una ganancia media que es apropiada, directa o indirectamente por los capitalistas; 6. La competencia entre todos los agentes de la producción empuja la eficiencia o la productividad del trabajo y del capital hacia un rendimiento progresivo, auxiliado por las innovaciones y aplicaciones tecnológicas; 7. Este movimiento conduce a la economía hacia un proceso de acumulación y consumo indefinidos; 8. La contradicción entre la producción y el consumo, generan permanentemente una crisis de realización o de sobreproducción relativa, pues quienes tendrían que adquirir los productos no tiene la suficiente capacidad adquisitiva, ya sea a nivel del mercado nacional como a nivel del mercado mundial; 9. Estas crisis mantienen al mercado, la economía y la sociedad en una periódica zozobra donde se destruyen cada cierto tiempo toda clase de mercancías, incluyendo la mercancía fuerza de trabajo; 10. Todo este movimiento tiende hacia la concentración por un lado y hacia la exclusión por el otro, hasta que la sociedad decide trastocar la ley del valor y sustituirla por la dirección social y consciente del mercado y de la economía, cosa que solo puede hacerse cuando la abundancia elimine paulatinamente la penuria relativa y el trabajo ocupe apenas un tiempo muy corto para vigilar y controlar a las máquinas o trabajo acumulado y encargado de llevar a cabo las principales tareas de la sobrevivencia de la sociedad.

En la parte superior del gráfico aparece **el sector público** dentro del Estado y sus diferentes aparatos o células de poder, con las cuales el mercado se relaciona bajo diversas modalidades (parlamento, policía, fisco, empresas públi-

cas, otros). El Estado puede regular la conducta política de los ciudadanos o el desempeño de los agentes de la economía (familias, empresas, productores, empresarios, comerciantes, banqueros, consumidores), a través de la creación y administración de leyes y de la creación y administración de recursos. Además del propio mercado, el Estado es una instancia que desde siempre ha tenido funciones económicas para establecer reglas comerciales y productivas, fijar precios, asignar recursos, mantener el orden público, incluso producir, almacenar, comercializar, cobrar impuestos y atender necesidades sociales. El Estado es una de las condiciones del mercado, donde el gobierno aparece como uno de los órganos más importantes del mercado y por ende del capital para su funcionamiento. La diferencia es que en el capitalismo la regulación se hace partiendo del nivel de precios del mercado, aún para alterarlos, mientras que en el socialismo la regulación se lleva a cabo fijando precios de antemano.

El sector público es el patrimonio social y económico que la sociedad ha mantenido sustraído del mercado y de sus funciones metabólicas autorreguladas; hasta ahora y desde su nacimiento ha sido el mejor ejemplo de socialización, incluso de área desmercantilizada o incluso en proceso de desmercantilización, ya sea la desmercantilización de algunos servicios como la guerra o de servicios sociales en general. El sector público corresponde al interés común del conjunto de ciudadanos que conforman el Estado de un país, con igualdad ante la ley. Así como la igualdad ante Dios fue el antecedente de la igualdad ante la ley, esta última ha sido el antecedente de la igualdad ante el mercado o ante la economía. Incluso podría decirse que esa misma cultura se asume para hablar de la igualdad ante el sector público, donde todo su patrimonio pertenece a todos. Aquí vamos a hablar del sector público, más que del gobierno o del Estado, para enfatizar la contraposición entre el sector privado (ámbito del mercado) y el sector público (ámbito de la planificación y la redistribución común).

Hay países donde el sector público es bastante grande y otros donde el sector público es pequeño, dependiendo de los ingresos, el tamaño de la economía y los intereses del gobierno. A mayor tamaño del sector público, mayor socialización de los costos de la economía y mayor desarrollo y bienestar existirán, siempre y cuando el mismo no se utilice para rescatar a los bancos o corporaciones en momento de crisis y quiebras económicas, siempre y cuando el mismo no se utilice para gastar el erario en armamento o represión.

Entre el círculo superior del sector público y el círculo inferior del mercado, pero deslizándose hacia abajo, aparece un interespacio que vamos a denominar el

ámbito del **regulador consciente** donde el Estado y el mercado comparten, en mayor o menor medida, la regulación de la economía; el poder de este interespacio depende del tamaño adquirido por el sector público en las diferentes experiencias, sea de países capitalistas o socialistas. El sector público funciona, pues, como un regulador consciente de toda la colectividad. En los próximos capítulos, en donde analizaremos lo que denominaremos *socialismo de responsabilidad compartida*, vamos a profundizar el funcionamiento del sector público.

La regulación consciente puede hacerse a varios niveles: a nivel de la administración de un presupuesto nacional, incluyendo ingresos y gastos provenientes de la tributación; a través de la planificación indicativa o impositiva; a través de políticas económicas y sociales donde se orienta la reproducción de un sistema económico determinado. También existe otro ámbito de regulación consciente, situado en la infraestructura económica, donde empresarios y trabajadores establecen acuerdos para contrarrestar algunas tendencias del mercado.

Al igual que las instituciones políticas del Estado, el regulador consciente, ahí donde exista, sea en el capitalismo o en el socialismo, expresa la síntesis de las contradicciones entre los diferentes intereses que se enfrentan en la economía.

Hoy en día, la regulación consciente a gran escala no es patrimonio exclusivo del sector público, sino también de las grandes corporaciones productivas, comerciales y financieras, así como de lo que se denomina la economía social, como las cooperativas, las empresas autogestionarias, las asociaciones económicas sin fines de lucro, entre otras. La economía social trasciende la economía individual o familiar y aunque su ámbito no es tan grande como el del Estado, hay experiencias de redes sociales u organismos internacionales de mayor envergadura. Pensemos por ejemplo en la asociación mundial de cooperativas, la Unión Europea o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños.

Entre los bienes y servicios suministrados por el Estado y puestos a disposición del sector público, se encuentran tanto los bienes y servicios mercantilizados por las empresas públicas, como los bienes y servicios que no funcionan bajo las reglas mercantiles, entre ellos la infraestructura o los servicios sociales; también existen bienes y servicios en proceso de desmercantilización y que pertenecen al patrimonio nacional o mundial, entre ellos los llamados bienes públicos globales, cuyo consumo no es exclusivo ni su acceso está en competencia[139].

139 Véase: *Global Public Goods, en The Human Economy*, Philip S. Golub and Jean-Paul Maréchal, Polity Press, USA, 2013, pp.33-37.

Este interespacio de la regulación consciente, media entre el sector público y el sector privado, entre el Estado-Sociedad Política y el Estado-Sociedad Civil, el primero dotado de medios de represión, aunque administrados en función de los intereses generales, el segundo dotado de contratos mercantiles y voluntarios, pero donde la gente se mueve en función de intereses privados y en competencia unos con otros[140]. El sector público económico, es cada vez más grande en las economías de un país. Hace mucho tiempo el peso económico del sector público no pasaba del 10% de la economía, hoy en día, en los países industrializados, dotados de un capital fijo por habitante cada vez mayor, el peso del sector público sobrepasa el 50% de la economía. Por eso es que se habla de economía mixta, no solamente en los países socialistas, sino en los propios países capitalistas.

Asimismo, desde el sector público, ámbito de la regulación social del mercado, se ha emprendido la socialización del capital, confiscando las empresas privadas y poniéndolas a trabajar en función de una planificación general de la economía. Finalmente, aunque no menos importante, desde el sector público se han llevado a cabo desde siempre y mucho más en la primera mitad del siglo pasado, los procesos de redistribución de la renta; en otras palabras, el sector público de la economía toma los excedentes que se han generado previamente y los redistribuye desde su aparato fiscal con criterios no mercantiles.

El marco internacional del mercado y su relación con la naturaleza exterior

Hasta ahora, cuanto hablábamos del mercado, lo suponíamos como un circuito que tenía sus fronteras al interior de las naciones o países, cosa que sigue siendo válida. Al interior de un país existe una red de caminos por donde transitan las mercancías, una moneda propia que sirve de mercancía universal y que se ha vuelto imprescindible para el intercambio mercantil, un sistema jurídico que regula los contratos y norma las reglas del juego del mercado, tanto hacia el interior como hacia el exterior, en fin, un universo poblacional organizado como familias y demás unidades económicas (empresas capitalistas y productores mercantiles), unas cuentas nacionales que sirven de radiografía del crecimiento y las diferenciaciones, etc., etc..

140 El concepto de sociedad civil se ha prestado a cierta confusión. En el siglo XIX (Hegel y Marx) el concepto aludía al ámbito del mercado, connotando la competencia motivada por los intereses egoístas de las personas. En el siglo XX, los neoliberales (Hayek) recuperan el concepto, anteponiendo la democracia de la sociedad civil o democracia organizada por el mercado, a la democracia política o democracia organizada por el gobierno. Véase: Orlando Núñez, *La sociedad civil*, Ruth, Casa Editorial, Panamá, 2005.

Sin embargo, los mercados nacionales no sólo funcionan al interior de un país, no importa el régimen político y económico que impere en los diferentes países. Dicho de otra manera, los mercados nacionales funcionan como una de las tantas unidades económicas, que cual gigantes mercancías (fábricas-naciones) circulan en ese inmenso mercado capitalista mundial.

Por otro lado, fuera de las relaciones sociales más o menos mercantilizadas que funcionan a nivel nacional e internacional, el mercado, cual organismo vivo, tiene una membrana exterior que llamamos naturaleza, de la cual se alimenta en materias primas, suelo y agua, flora y fauna, climatología, etc., sin la cual ni siquiera existiría vida sobre la tierra, mucho menos economía y población.

Cuando hablamos de metabolismo, cual símil analógico, nos estamos refiriendo a todos los procesos y ecuaciones de intercambio entre las células mercantiles, sociales e institucionales, que hacen posible que ese organismo que llamamos mercado, cobre sentido.

Pues bien, así como el metabolismo nos permite analizar las crisis internas o mundiales del mercado capitalista, asimismo, el metabolismo nos permitirá analizar las inter-relaciones que se establecen entre los diferentes regímenes políticos, económicos, sociales, culturales, con el mercado capitalista mundial. Esta ecuación será de gran ayuda para entender la relación y funciones metabólicas o de intercambio recíproco entre los regímenes socialistas y el mercado capitalista mundial. De otra manera, nos sería imposible percibir la competencia entre el capitalismo y el socialismo, así como los avatares padecidos por los países socialistas debido al entorno capitalista e imperialista en que aquéllos se desarrollaron.

El marco internacional

En un tercer círculo aparece **el mercado mundial.** Cuando decimos sociedad nos estamos refiriendo no solamente a las relaciones sociales al interior de un país, sino a las relaciones internacionales o a la sociedad mundial, sobre todo si estamos pensando en términos de mercado. En la sociedad, así entendida, existen procesos metabólicos al interior de un país, entre distintos países o en una región mundializada.

La formación de precios y la asignación de recursos regulados por el mercado, funcionan a nivel local, nacional y mundial. Nadie puede abstraerse a este promedio generado por millones de manos invisibles y sin que se conozcan unas

a otras. Cada persona de las mil millones de familias con todos sus miembros, sobre todo adultos, que habitan el mundo, trabajan por sus intereses, producen lo mejor que pueden, consumen lo que pueden, atenidos a sus costos e ingresos respectivamente. Ciertamente que todos cuentan con una referencia de costos y precios de venta que tiene miles de años de existencia, aunque año con año tales cálculos se vayan actualizando de acuerdo a las nuevas tecnologías, nuevas fuentes de energía, nuevos productos, nuevos niveles de vida por cada localidad, nación, estrato, clase, edad, género, modas, nuevos índices de productividad, etc. Y en toda esta lucha ciega por alcanzar el promedio del precio de cada una de las millones de mercancías y millones de productores-consumidores, está de por medio la competencia, la productividad del trabajo y del capital, las condiciones climatológicas, las crisis, recesiones, depresiones, quiebras económicas, anarquía en la producción, guerras, alteraciones políticas, militares, ideológicas, etc. Sin embargo, ahí está el mercado, todos los días, calculando precios, con los cuales se orientan inversionistas, productores, prestamistas, consumidores. Los precios son, pues, punto de partida y de llegada, a partir de los cuales productores, comerciantes y consumidores organizan y disponen su comportamiento económico.

Sabemos que existen algunos criterios básicos más fáciles de calcular que otros. Por ejemplo, todos los productores saben que no pueden vender por debajo de sus costos, de la misma manera que todos los consumidores saben que no pueden gastar más de lo que tienen. Sin embargo, hasta eso es relativo desde que existe el crédito, donde los empresarios pueden disponer de mayor dinero del que poseen, igual que los consumidores pueden disponer para consumir más de lo que poseen. Pero aún el crédito y sus tasas de interés, como precio del dinero, son tomados en cuenta por el mercado y sometidos a sus leyes, pues en todo caso, todos tienen un límite, el que rebasado se enfrenta a las crisis de liquidez, exceso de capital, sobreproducción, escasez o subcosumo.

A esto habría que agregar, que en el criterio o cálculo de los precios hay que tomar en cuenta que cada uno de los millones de productores y cada uno de los millones de consumidores tienen varias alternativas con el mismo dinero en el bolsillo. Cada productor decide no solamente cuánta mercancía producir y a qué costo y precio de mercado tiene que vender, sino que tiene múltiples opciones de acuerdo a la mercancía y oportunidades escogidas para producir. Y lo mismo le pasa a los millones de consumidores, al optar por una u otra de las miles o millones de mercancías que puede comprar con el mismo nivel de ingreso que posea en su bolsillo, tanto en el mercado local, nacional o mundial.

La naturaleza exterior

En el último círculo aparece, **la naturaleza exterior**, aunque interior a la sociedad, que le sirve de membrana alimenticia a todos los círculos anteriores y en la cual tenemos que incluir no solamente las materias primas del suelo y del subsuelo terrestre o marítimo, la biodiversidad, sino también el espacio estelar que nos rodea.

Las fracturas y saltos metabólicos del mercado

El metabolismo del mercado no está ajeno a turbulencias o disfuncionalidades en su recorrido, vicisitudes que le permiten adaptarse o transformar su desempeño, no sin causar daños a sus componentes internos o a su alrededor. A estas fallas del mercado las vamos a denominar fracturas metabólicas y saltos metabólicos.

Las fracturas metabólicas del mercado

El concepto de fractura metabólica hace referencia al desequilibrio, desajuste, daño o crisis que sufre un organismo como efecto de acciones o conductas provenientes del organismo o sistema con el cual se relaciona e intercambia materia, energía o información. Como veremos más adelante, existe un sinnúmero de **fracturas metabólicas** del mercado. Siendo la principal aquella que precisamente pone en entredicho la autorregulación del mercado y que se relaciona con la dificultad para la reproducción ampliada del sistema. Anteriormente, los problemas metabólicos aparecían por desnutrición o crisis de escasez, con la entrada del capitalismo las crisis metabólicas más bien se suceden por exceso o abundancia relativa. En el mercado capitalista, la principal fractura metabólica se expresa como la contradicción entre la producción y el consumo, cuando la oferta no encuentra consumidores o compradores solventes, teniendo como resultado una congestión de la producción y de la capacidad productiva del propio sistema capitalista. Estas fracturas se expresan como crisis periódicas responsables de un movimiento ascendente o expansivo de la producción, seguido de un movimiento descendente de estancamiento, recesión o depresión de la economía[141]. Últimamente, los ciclos están vinculados con el comercio del dinero o el de precios ficticios de un bien con respecto al resto de bienes, generado por préstamos especulativos que inflan los precios hasta un momento en que el engranaje del crédito se congestiona por falta de pagos desde la base de la pirámide hasta la cúspide, la caída de los precios ficticios y el súbito frenazo o colapso de toda la cadena.

141 Cfr: Viviane Forrester, *L´horreur économique*, Fayard, Paris, 1996.

Las fracturas metabólicas o daño infringido por el mercado capitalista hacia su propio mundo mercantil, hacia la sociedad que le sirve de primera membrana o hacia la naturaleza exterior, apuntarían a la abolición del capital en tanto que relación social de explotación y a la abolición del mercado en tanto que regulador de las relaciones para satisfacer necesidades y deseos. En el mercado, los bienes no se venden para satisfacer necesidades de la gente, sino para satisfacer las necesidades del capital y de aquella parte de la gente que puede comprarlos.

Ante una congestión o fractura metabólica del mercado, los diferentes agentes económicos, particularmente el gobierno, intervienen para mantener el equilibrio del orden mercantil. Desde el inicio del capitalismo, los gobiernos recurrieron a buscar metales preciosos para facilitar el intercambio creciente de mercancías, recurrieron a mercantilizar la mano de obra esclavista o la fuerza de trabajo, los suelos y los recursos naturales en general. Asimismo, recurrieron a través del proteccionismo a levantar muros comerciales en sus fronteras o a derribar muros ajenos a través del pillaje, como lo hacen ahora. Karl Polanyi se queja de que durante la *Gran Transformación* ocurrida en el capitalismo industrial del siglo XIX, el mercado cometió el pecado de mercantilizar lo que él llama las tres mercaderías ficticias, como son el suelo, las personas y el dinero, aduciendo que son ficticias porque no son producidas por el hombre. La verdad es que para el mercado nada ni nadie está exento de mercantilizarse. Todo es que un objeto, actividad, persona, sentimientos o amante, se convierta en objeto de posesión o propiedad privada para que los mismos entren al torbellino de la mercantilización, donde son vendidos y comprados a precios que el mercado decide de acuerdo a sus leyes. Y si estos objetos, además de haberse convertido en mercancías, son proclives de valorización en tanto que medios de producción, es decir, de generar plusvalor para su dueño, en ese mismo momento se convierten además en capital. Si esas son las leyes de la mercantilización y no podemos regresar la rueda de la historia, lo que tenemos que hacer es indagar cuáles son las leyes de la desmercantilización y ponerlas en marcha.

En todo proceso de mercantilización, aún dentro del sistema capitalista, encontramos un proceso de desmercantilización, incluso de destrucción de mercancías. La destrucción de mercancías es parte del ejercicio cotidiano de las mismas, pues las mismas están hechas para consumirse y por lo tanto para desaparecer. Otra cosa son las dificultades metabólicas propias de la competencia, cuando las mercancías no logran venderse ni comprarse y su destino natural queda frustrado en el camino. Asimismo, encontramos tropiezos metabólicos a nivel de las

unidades económicas que perecen a causa de la competencia entre ellas. Una fuente mayor de destrucción de mercancías y unidades económicas a la vez proviene de las mercancías-armamentos, fabricadas expresamente para destruir capacidades instaladas enteras; en la guerra, las mercancías mortíferas se producen con el fin de destruir otras mercancías. Sin embargo, la mayor fractura metabólica ocurre cuando el sistema mismo de mercado encuentra dificultades para reproducirse y las nuevas fuerzas sociales se proponen ponerle fin a aquella irracionalidad. En el capítulo VI correspondiente al libro tercero, volveremos sobre los procesos de mercantilización y desmercantilizacion.

Diferentes autores, desde Marx hasta nuestros días, se han pronunciado sobre las crisis del mercado capitalista. Recientemente (2012), David Harvey ha escrito un libro que analiza las principales crisis del mercado capitalista. En el prólogo a su libro Diecisiete Contradicciones y el Fin del Capitalismo, nos dice: *"Las crisis son esenciales para la reproducción del capitalismo y en ellas sus desequilibrios son confrontados, remodelados y reorganizados para crear una nueva versión de su núcleo dinámico. Mucho es lo que se derriba y se desecha para hacer sitio a lo nuevo. Los espacios que fueron productivos se convierten en eriales industriales, las viejas fábricas se derriban o se reconvierten para nuevos usos, los barrios obreros se gentrifican. En otros lugares, las pequeñas granjas y las explotaciones campesinas son desplazadas por la agricultura industrial a gran escala o por nuevas e impolutas fábricas. Los parques empresariales, los laboratorios de I+D (inversión y desarrollo) y los centros de distribución y almacenaje al por mayor se extienden por todas partes mezclándose con las urbanizaciones periféricas conectadas por autopistas con enlaces y formas de trébol. Los centros metropolitanos compiten por la altura y el glamour de sus torres de oficinas y de sus edificios culturales icónicos, los megacentros comerciales proliferan a discreción tanto en la ciudad como en los barrios periféricos, algunos incluso con aeropuerto incorporado por el que pasan sin cesar hordas de turistas y ejecutivos en un mundo ineluctablemente cosmopolita. Los campos de golf y las urbanizaciones cerradas que comenzaron en Estados Unidos, pueden verse ahora en China, Chile e India, en marcado contraste con los extensos asentamientos ocupados ilegalmente y autoconstruidos por su moradores oficialmente denominados slums [áreas urbanas hiperdegradadas] favelas o barrios pobres*"[142].

142 David Harvey, Diesiciete contradicciones y el fin del capitalismo, Traficantes de Sueños, p.11, Madrid, 2012.

Las diecisiete contradicciones a las que se refiere David Harley y que bien podríamos considerar como otras tantas fracturas metabólicas por las crisis que genera y por los daños que ocasionan a las personas, al medio ambiente y a la cultura humana, entendiendo la cultura como los hábitos del bienestar social y del buen vivir, son los siguientes: *"1. Valor de uso y valor de cambio, 2. El valor social del trabajo y su representación mediante el dinero, 3. La propiedad privada y el Estado capitalista, 4. Apropiación privada y riqueza común, 5. Capital y trabajo, 6. ¿El capital es una cosa o es un proceso?, 7. La contradictoria unidad entre producción y realización, 8. Tecnología, trabajo y disponibilidad humana, 9. División del trabajo, 10. Monopolio y competencia: centralización y descentralización, 11. Desarrollos geográficos desiguales y producción de espacio, 12. Disparidad de renta y riqueza, 13. Reproducción social, 14. Libertad y sometimiento, 15. El crecimiento exponencial y acumulativo sin fin, 16. La relación del capital con la naturaleza, 17. La rebelión de la naturaleza humana: la alienación universal"*[143]. Bien podríamos agregar a las contradicciones, crisis o fracturas metabólicas, todos aquellos referidos a la conducta individual y social que bullen en el mercado, incluyendo las rebeliones de las clases o pueblos.

Saltos metabólicos

A lo largo de su historia el mercado ha llevado a cabo lo que podríamos denominar **saltos metabólicos**, es decir, transformaciones que le permiten desarrollarse o autoconstruirse de acuerdo a las condiciones históricas y sociales existentes. Entre los saltos metabólicos que podríamos citar a manera de ilustración se encuentran los siguientes:

El primer gran salto metabólico del mercado se inició cuando el mismo convirtió el intercambio simple de mercancías por mercancías en un intercambio de mercancías por dinero y éste en equivalente general de todas las mercancías. El segundo salto se llevó a cabo en el momento en que los medios de producción se transformaron en capital, es decir, cuando la riqueza material se emplea para ser consumida productivamente, para incrementarse a través de una acumulación indefinida. El tercer salto aparece cuando el mercado convirtió la fuerza de trabajo en mercancía, ya sea en mercancía-esclava o en mercancía libre, alquilada por un salario; como veremos adelante, existen situaciones en que la fuerza de trabajo pareciera desmercantilizarse o desproletarizarse, aunque en realidad y como lo analizaremos tal fenómeno más bien apunta una especie de proletariza-

143 Ibidem, p. 9.

ción por cuenta propia, aunque con la apariencia de antaño cuando las regían las relaciones de mercantilización simple.

Desde entonces, el capital, fundamentalmente el capital industrial, ha sido la gran obra del mercado y el principal instrumento para la multiplicación de las mercancías.

El cuarto salto metabólico del mercado, que sería su salto mortal, estaría signado por la desmercantilización de la economía, momento que implicaría haber alcanzado un nivel de abundancia, regulación social y distribución de la riqueza que superaría el actual sistema capitalista de producción y por ende el fin del propio mercado. Este proceso, tantas veces intentado, se inició transformando el capital privado en capital público o social, en cuyo proceso, el capital sigue funcionando como capital y la mano de obra como fuerza de trabajo asalariada, aunque los excedentes se distribuyan entre las empresas públicas, los trabajadores y la comunidad, hasta que llega el momento de la desaparición del capital, del mercado y del propio Estado. Esto que parece utópico existe en diferentes campos de la economía, como lo veremos más adelante. Esta ausencia de intercambio mercantil, existe al interior de las familias, al interior de una fábrica o incluso al interior de una rama entera de la economía, en la recaudación y gasto de los impuestos para servicios sociales gratuitos, en las tarjetas de racionamiento, durante las guerras o en los regímenes socialistas. Asimismo, hay momentos excepcionales, como cuando se confiscan las riquezas o cuando se reparte la tierra sin costo alguno durante las épocas de reforma agraria, sin que medien relaciones de compra-venta.

En el capítulo que ofrecemos a continuación analizaremos lo que en nuestro lenguaje llamarían la desmercantilización del capital, comúnmente referido como socialización estatista, llevada a cabo por medio de un proceso que se propuso, a través de un conjunto de revoluciones socialistas, transformar los mecanismos metabólicos del mercado autorregulado en mecanismos de regulación consciente. Lamentablemente estas revoluciones nacieron en condiciones de penuria, teniendo que recurrir a un ahorro forzoso con el fin de crecer compitiendo en el mercado mundial, antes de alcanzar la abundancia que permitiría un proceso más acelerado de desmercantilización de la economía. Dicho sea de paso y como analizaremos posteriormente, podemos adelantar que en el socialismo, las crisis provienen de un relajamiento de la productividad que suele desencadenar crisis de desabastecimiento, como producto de haber fijado algunos precios al

alcance de todos, sin haber alcanzado un nivel de abundancia que lo permita y que lo resista.

En el siguiente capítulo pasamos a exponer, previa explicación de los supuestos teóricos con los cuáles se emprendieron, las diferentes experiencias de los llamados países socialistas. Esperamos que los conceptos y explicaciones anteriores hayan permitido entrar a conocer las vicisitudes por las que pasaron los regímenes socialistas realmente existentes, a la hora de aplicar la matriz marxista para emprender esa gran aventura del siglo XX llamada transición del capitalismo al socialismo.

Capítulo III

DE LA AUTORREGULACIÓN A LA REGULACIÓN CONSCIENTE DEL MERCADO

En este capítulo tendremos la oportunidad de indagar, a partir de un conjunto de experiencias históricas concretas, las características de una economía administrada o planificada por un regulador consciente, tarea que recayó en partidos políticos comunistas, diseñados para tomar el poder y para socializar los medios de producción y regular la economía desde el aparato de Estado.

A raíz del éxito en la regulación social a través de los valores cívicos y morales de la humanidad y de la regulación política por el Estado, la humanidad ha desatado una búsqueda por regular la economía con leyes aún no escritas. Lo mismo ocurrió con las leyes naturales de las ciencias físicas que sirvieron para regular la naturaleza o las de la democracia política para regular el comportamiento de los ciudadanos. En el campo económico, sin embargo, todavía no hay acuerdos definitivos para saber qué hacer, pues el mercado ha resultado ser un potro difícil de domar.

La historia socio-económica y la historia de las ideas políticas y económicas, ha mantenido desde hace mucho tiempo una polémica para descifrar como se relacionan o deberían relacionarse el Estado y la economía o mejor dicho el mercado. En el campo político la mayoría se inclina por la democracia en sus diversas formas (representativa, participativa o directa), con el objetivo de controlar al gobierno y participar en la toma de decisiones políticas y económicas. En la economía, la lucha social se ha desarrollado en definir u optar por la autorregulación del mercado o por la regulación consciente de la economía desde el Estado, sin obviar un conjunto de prácticas o corrientes de pensamiento que optan por una economía mixta, desde el capitalismo, o por una economía en transición, desde el socialismo, donde se combinan la autorregulación del mercado y la regulación consciente a través del Estado.

En relación a la participación del Estado en la vida económica existen dos posiciones que se han venido acercando y complementando, sin perder su identidad fundamental, como son las posiciones liberales y las posiciones marxistas. Anteriormente, solía hablarse de países con economía de libre mercado y países con economías planificadas; hoy en día, las diferencias están más bien en el énfasis

que se concede al mercado autorregulado y a la regulación consciente, en función de los intereses de grupos, clases, estados, naciones, empresas, familias.

Los liberales proponen que el Estado se limite o circunscriba a la defensa, la seguridad ciudadana, las condiciones generales de la producción (infraestructura), las condiciones sociales (salud, educación), la norma de los contratos sobre la propiedad y los negocios.

La verdad es que en las filas del liberalismo económico, particularmente en su moderna expresión las opiniones están divididas, unos piensan que hay que intervenir o regular la economía, otros piensan que más bien hay que desregularla del todo. Aunque en la práctica, como lo hemos señalado y como lo demostraremos más adelante, la mayoría de los regímenes capitalistas y los pensadores liberales en general se han decidido por regular el mercado, pero a favor de los intereses de las empresas o corporaciones económicas

Los neoliberales, por ejemplo, proponen prácticamente que el Estado desaparezca y que todas las actividades públicas, incluyendo la democracia, se le entreguen al mercado. Sin embargo, los más radicales anti estatistas, como los monetaristas y neoliberales, o al menos sus representados, empresarios y banqueros, asienten complacidos a un tipo de regulación llamado el *rescate bancario* con los cuales las corporaciones recuperan las ficticias ganancias de sus ficticios precios, utilizando para ello el dinero de los contribuyentes.

Últimamente, los responsables de las políticas económicas de gobiernos y grandes corporaciones intervienen cada vez más el funcionamiento mercantil, intentando evitar las crisis y regulando aquellas funciones que favorecen el crecimiento sostenido de la tasa de ganancia, basada en la tasa de explotación. A pesar de este esfuerzo regulatorio por parte de capitalistas, tecnócratas y burócratas del sistema, la cultura liberal y sus publicistas neoliberales siguen pregonando que nadie debe intervenir el mercado y que lo mejor para todos es dejarlo funcionar libremente. Como los prestidigitadores que mediante algunos trucos, cada vez más conocidos, intervienen en la manipulación de los objetos y siguen mostrando las manos limpias en señal de que ellos no han influido en los resultados.

Por su lado, los socialistas, proponen que el Estado se haga cargo no solamente de las funciones tradicionales (defensa y seguridad, infraestructura y servicios sociales), sino también de la administración de los medios de producción, así

como de la planificación indicativa e impositiva de la economía. Los problemas han radicado en saber cómo sustituir el cálculo económico del mercado por el cálculo presupuestario del Estado: cuánto dedicarle al consumo y cuánto al ahorro o la inversión; qué productos de consumo ofrecer; cómo distribuir la renta entre las diferentes categorías sociales, a cuáles estímulos apostar (materiales o morales-políticos) para que los trabajadores y las empresas alcancen un mayor rendimiento o productividad. El problema mayor es que hasta ahora todos los regímenes socialistas han tenido que actuar dentro del más duro de los mercados, como es el mercado mundial. De nada sirve alterar costos y precios al interior de un país, si al momento de exportar e importar la economía socialista tiene que comportarse con las reglas del mercado mundial, a riesgo de perecer en la competencia.

Aunque últimamente, a partir de la implosión del socialismo soviético y del llamado socialismo de mercado de la China comunista, las divisiones también están divididas, como lo estuvo el socialismo en su origen comunista-estatista o socialista-socialdemócrata. Unos piensan que hay que estatizarlo totalmente y desde arriba, otros piensan que hay que hacerlo parcial, progresivamente y en forma compartida o pluralista. El fondo de la discusión está en lo que tempranamente planteaba Marx, retomado autocríticamente por los principales líderes de las revoluciones de transición del capitalismo al socialismo a lo largo del siglo XX e inicios del siglo XXI, referido a la necesariedad de convivir con ciertos postulados económicos del mercado, al menos mientras predomine la producción social.

Sin embargo, la direccionalidad inicial y la apuesta se mantiene: mientras exista el mercado, la lucha apenas estará empezando, por lo tanto, el mismo tendrá que ser regulado por nosotros, a través de múltiples formas y mecanismos, ya sea desde el Estado, desde los colectivos asociativos y autogestionarios, o desde ambas direcciones. En otras palabras, una vez que el mercado, en su estado actual de mercado capitalista, vaya extinguiéndose, la regulación desde el Estado podrá enriquecerse con otras formas y mecanismos de regulación, más representativos o más participativos, más impositivos o más democráticos. No omitimos nuestra deuda con la relación genealógica que el marxismo estableció entre la propiedad privada de los medios de producción, la familia patriarcal, el mercado, el capital y el sistema capitalista, desde sus primeros pasos hasta su nivel actual. En cuanto a la economía, en tanto que disciplina científica, es decir, disciplina que busca cómo aproximarse lo más que pueda al funcionamiento de la economía real, la misma no ha dejado de mostrarse como una disciplina donde la autorregulación del mercado se complementa con la regulación del Estado.

Es por eso que para estudiar el metabolismo del mercado capitalista se hace cada vez más necesario conocer el funcionamiento del Estado, así como las inter-relaciones o inter-dependencia establecidas entre el mercado y las políticas económicas de los gobiernos. Es por ello que se hace necesario analizar lo que hemos venido llamando el metabolismo del mercado, es decir, la relación de la economía de mercado con el Estado, así como la que ambos mantienen con la sociedad circundante y con el entorno de la naturaleza exterior, última membrana de toda nuestra existencia. La dinámica de la transformación proviene tanto de las crisis generadas en el seno de las variables económicas como las generadas por las variables sociales, provenientes de la confrontación de intereses, sociales, locales, nacionales e internacionales[144]. En otras palabras, el motor de la historia y su proceso de evolución o revolución hay que rastrearlo, plantearlo y encararlo, tanto en la lucha de clases como en la dinámica contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción. Esperamos, pues, que a través de los circuitos metabólicos del mercado podamos explicarnos los fenómenos de la concentración y exclusión, así como sus flujos físicos y conceptuales; las razones por la cual la concentración potencia el crecimiento, genera desigualdad social y a la larga termina frenando el propio crecimiento. Entonces, podremos indagar en qué forma la inclusión económica permite mejorar la igualdad social sin poner en riesgo el crecimiento.

En síntesis, el planteamiento central de este libro aspira a poner en agenda las principales contradicciones, limitaciones y confusiones, a saber: a) Creer que basta estatizar para salir del capitalismo; b) Manejar inadecuadamente las categorías mercantiles, cosechando, por un lado, sendos problemas en cuanto a la eficiencia competitiva con el mundo capitalista y por otro lado, batallando contra un fantasma, como es su reversión hacia la economía de mercado; c) Soslayar la importancia que tiene para el socialismo y para las masas populares, como estímulo y motivación de vida, la libre apropiación y participación en la gestión de las instituciones políticas y económicas, sin las cuáles no se logra ni superar al capitalismo, ni se termina de entrar plenamente en una sociedad socialista; d) Finalmente, no disponer de una estrategia y un programa explícitos de desmercantilización que vaya más allá de difamar el mercado, ofreciendo a cambio una

144 Para una aproximación a las causas de las crisis, puede consultarse: El marxismo del nuevo siglo, escrito por César Altamira, Editorial Bibles, Buenos Aires, 2006. Igualmente puede recorrerse la polémica sobre la regulación en los trabajos de los regulacionistas franceses, particularmente relacionados con la crisis del capitalismo; véase: Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1999. Michel Aglietta, *A theory of Capitalism Regulation*, Verso, New York, 1987.

ruta que incluya indicadores específicos de la marcha hacia un socialismo cada vez más desmercantilizado.

En muchos regímenes socialistas desapareció la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, así como la burguesía y el sistema de explotación capitalista; sin embargo, la sobrevivencia del intercambio mercantil, externo e interno, terminó rescatando al capital y revirtiendo el proceso socializador, llevándolo de nuevo, por la vía del mercado, hacia el capitalismo; apareciendo, el socialismo, en estos casos, como si se tratara de otra vía o ruta, más corta o más larga, hacia el capitalismo. Después de las primeras transformaciones, la mayoría de estos regímenes colapsaron política y económicamente ante la escasez de bienes, la disminución progresiva de la productividad del trabajo, la pérdida de eficiencia y por lo tanto de competitividad internacional, perdiendo finalmente la hegemonía en el seno de una población seducida por las libertades políticas y de consumo de los regímenes capitalistas occidentales. No fue una derrota militar, sino una implosión política y económica, la que desplazó y empujó a estos regímenes hacia el mercado, la privatización y progresivamente hacia el capitalismo.

Se debe ir disipando el mercado, pero no de cualquier manera, ni en forma prematura. Ni desprendiéndose totalmente del mismo, ni de una manera en que ocasione un daño irreversible para avanzar hacia la desmercantilización de todas las mercancías sin excepción. Tampoco esperando que su disipación sea obra exclusiva de la disipación del capital. Toda esta reflexión nos llevaría a pensar que si bien es cierto "*no se puede pretender realizar el socialismo con las herramientas melladas del capitalismo*", como dijera el Che Guevara, tampoco parece plausible en una sociedad en transición pretender administrar el mercado, todavía capitalista, con las incipientes herramientas del socialismo. De lo que se trata, entonces, es de saber qué mecanismos del sistema anterior se deben mantener o incorporar y qué mecanismos desechar. Dicho de otra manera, la lucha contra el capitalismo en el campo de batalla del mercado, así como las tareas de la transición tendrán que hacerse contra el mercado pero desde el mercado.

En aras de la brevedad y antes de entrar a analizar las experiencias históricas, señalaremos y analizaremos los ejes sobre los cuales han girado los principales debates que desde el inicio y hasta nuestros días se han mantenido alrededor de la regulación, todos ellos orientados por una voluntad de eliminar la explotación y las clases sociales a través de la erradicación y del empobrecimiento y de la desigualdad social.

El primer debate, bastante superado, tiene que ver con la esencia del socialismo, como lo es la sustitución de la regulación del mercado por lo que se ha dado en llamar el regulador consciente, expresado por la estatización de los bienes de capital. El segundo debate, más problemático, gira alrededor de la pregunta sobre la necesidad y posibilidad de abandonar la ley del valor, concretamente, las categorías y relaciones mercantiles, fijando precios y asignando recursos de acuerdo a la regulación consciente del aparato político. El tercero, mucho menos emprendido, sobre el cual queremos centrar nuestro análisis y cuya falta de dilucidación ha sido fuente de los fracasos del socialismo, tiene que ver con las posibilidades, oportunidades, limitaciones y mecanismos para desmercantilizar la economía[145].

De la autorregulación y anarquía del mercado a la regulación consciente y la planificación

Las tareas del socialismo se derivaron del diagnóstico que se tenía de la economía capitalista. Se decía que la economía capitalista estaba basada en la división del trabajo, la propiedad privada de los medios de producción, la competencia, la autorregulación de los precios por el mercado, la ganancia del empresario individual, la anarquía del mercado, los monopolios privados, el apoyo de Estado a los empresarios, la desigualdad social y empobrecimiento de las masas y de los países periféricos, democracia electoral burguesa, entre otros. Por lo tanto, el socialismo no podría ser otra cosa que socializar el capital, es decir, confiscar a los capitalistas y pasar las empresas al Estado, desaparecer progresivamente las transacciones mercantiles entre las empresas estatales, regular el mercado fijando precios y asignando recursos de acuerdo a una planificación central, desaparecer los monopolios privados, sustituir la democracia burguesa electoral por una democracia directa de las masas que garantizaran el funcionamiento democrático del partido comunista, redistribuir los excedentes en función de la acumulación como medio para avanzar hacia la industrialización del país y la igualdad de oportunidades para todo el mundo.

Todo esto implicaba una centralización y una regulación-planificación consciente de la economía. En otras palabras, se trataba de sustituir la regulación del mercado y del capital por la regulación de un aparato conscientemente dirigido hacia el cumplimiento de las tareas y metas del socialismo.

145 En lo que respecta la relación entre socialización y mercantilización, el lector encontrará un análisis más detallado en el capítulo VI. En relación a la vieja polémica entre marginalistas y marxistas sobre la fuente del valor, así como al interior del marxismo sobre la prevalecencia de la ley del valor, pueden remitirse a los apéndices, particularmente a los capítulos VII y VIII.

Veamos al respecto la explicación que da Hilferding, al iniciar su libro El Capital Financiero sobre el regulador consciente: "*La comunidad humana de producción puede estar constituida, en principio, de dos formas distintas. Por un lado, puede estar regulada conscientemente. La sociedad –que comprende al círculo de la familia patriarcal autónoma, a la tribu comunista o a la sociedad socialista- crea los órganos que, como representantes de la conciencia social, fijan el volumen, la clase de producción y reparten entre los miembros el producto social obtenido. Cómo, dónde, cuánto, con qué medios se crean nuevos productos en las condiciones de producción, naturales y artificiales, existentes, es decidido por el Pater familias o por los comisarios comunales, regionales o nacionales de la sociedad socialista. Estos, bien sea al conocer por experiencia personal las necesidades y las fuentes de aprovisionamiento de las familias, o bien por abarcar las necesidades sociales con todos los medios de una estadística de producción y consumo, organizan, conscientemente, toda la vida económica con arreglo a las necesidades de las comunidades representadas y dirigidas por ellos. Los miembros de una comunidad organizada de esta forma se relacionan conscientemente en su producción como parte de una comunidad de producción. Su ordenamiento del trabajo y el reparto de sus productos están sometidos al control central. Las relaciones de producción aparecen como relaciones sociales inmediatas; las relaciones de los individuos, en tanto se refieran a la vida económica, como determinadas por el orden social, como relaciones sociales independientes de su voluntad privada. La misma relación de producción se comprende directamente como establecida y querida conscientemente por la totalidad*.

"Por otro lado, tenemos la sociedad que carece de esta organización consciente. Está disuelta en personas independientes unas de otras, cuya producción no aparece como hecho social, sino como asunto privado. Así, son propietarios particulares que están obligados por el desarrollo de la división del trabajo, a entrar en relación entre sí; el acto en que lo hacen es el cambio de sus productos. Mediante este acto se establece la cohesión en la sociedad disgregada en sus átomos por la propiedad privada y la división del trabajo. Pero sólo como intermediario de las relaciones sociales constituye, el cambio, el objeto del análisis teórico-económico. Desde luego, también en una sociedad socialista puede tener lugar el cambio. Pero es un cambio de acuerdo con un reparto que la sociedad ha realizado y normativizado voluntaria y conscientemente. Este cambio es, en cierto modo, una corrección privada del reparto social, un acto particular sometido al capricho subjetivo y a consideraciones personales, pero no es objeto de análisis

económico. Para la economía teórica desempeña el mismo papel, por ejemplo, que el cambio de juguetes, en el cuarto de los niños, entre Juanito y Pepita; un cambio muy diferente al que ha hecho su padre al comprarlos en la tienda. Este cambio es sólo un elemento en la suma de todos los actos de cambio, mediante los cuales la sociedad se convierte en lo que es, en una comunidad de producción. Por eso, en cada uno de estos actos de cambio deber estar expresada la comunidad de producción. Pues mediante él es cuando sucede la unión a un todo de la sociedad desarticulada por la división del trabajo y la propiedad privada. Por eso, cuando Marx dice que dentro de las relaciones de cambio la chaqueta vale más que fuera de ellas, puede decirse también que, dentro de una determinada relación social, la relación de cambio vale más que dentro de otra. Sólo donde el cambio produzca la relación social, esto es, en una sociedad en la que estén separados los individuos por la propiedad privada y la división del trabajo, por un lado, y sean interdependientes, por otro, recibe el cambio certeza social y tiene que cumplir la función de hacer posible el proceso de vida social. En la consumación de todos los actos de cambio posible en esta sociedad tiene que imponerse lo que, en una sociedad comunista, regulada conscientemente es determinado con conocimiento por el órgano central de la sociedad: qué y cuanto, dónde y por quién ha de producirse. La tarea de la economía teórica es encontrar la ley del cambio así determinado. De esta ley tiene que salir la regulación de la producción en una sociedad productora de mercancías lo mismo que de las leyes, ordenanzas y prescripciones de las autoridades socialistas, sale el curso tranquilo de la economía socialista. Sólo que esta ley no prescribe directa y conscientemente el comportamiento humano en la producción, sino que actúa a la manera de una ley natural, con "necesidad natural social".[146]

Teóricamente, este planteamiento tiene menos problemas para entenderlo que para llevarlo a cabo, como veremos a lo largo de este libro segundo, donde analizaremos las experiencias históricas y empíricas de la transición del capitalismo al socialismo en un conjunto de países a lo largo del siglo XX e inicios del siglo XXI, escogiendo para ello los casos más paradigmáticos.

Las categorías mercantiles: la fijación de los precios y la asignación de recursos

Si hay punto delicado y complejo en cuanto al tratamiento teórico práctico de la ley del valor, tanto en su expresión marginalista o neoliberal como marxista, ese es el tratamiento de los precios y la asignación de recursos. Para unos, tales ca-

146 Rudolf, Hilferding, *El capital financiero*, Tecnos, Madrid, 1985, pp. 9-10.

tegorías hay que dejárselas al mercado autorregulado, para otros hay que manipularlas de acuerdos a criterios políticos y económicos, incluso se llegó a pensar de que no había que hacer uso del todo de tales categorías, pues si el capital deja de ser privado, el mercado desaparecería por añadidura.

Cuando se habla de categorías mercantiles, los economistas se refieren a precios y costos ofrecidos por el mercado, versus precios y costos regulados de acuerdo a lo que los economistas socialistas llamaron en su momento precios y asignación de recursos regulados o presupuestados. Los precios y asignación de recursos, mercantiles o presupuestados, se relacionan a su vez con la inversión y el gasto público, la tributación y el gasto social, el dinero en circulación y el ajuste de otros precios como el de la fuerza de trabajo, el interés, los bienes de consumo y los bienes de capital, entre otros.

Aunque el último libro, es decir, el libro cuarto, ofrecido como apéndice, está dedicado a la secular polémica sobre la ley del valor, quisiéramos desde ahora adelantar el centro del problema que sobre la vigencia o no en el socialismo de la ley del valor, giraron los debates y las opciones concretas: Se trata de la utilización o no de las categorías mercantiles en lo que respecta precisamente a la fijación de los precios y a la asignación de recursos en una economía en transición.

La importancia de la polémica sobre la ley del valor estriba en que ha sido una de las fuentes de confusión que estuvieron en la base de lo que se señala como errores del socialismo y que lo llevaron a la famosa implosión. Cuando hablamos de implosión del socialismo nos estamos refiriendo no solamente a la debacle política padecida por algunos países socialistas al interior de sus contradicciones internas, sino sobre todo al desenlace entre esa gran batalla a la que nos referíamos en la introducción general de este libro, entre una economía estatal y una economía de mercado. Hoy en día, incluso, puede que en algunos países continúen los mismos regímenes socialistas, pero sin renunciar a la administración que combine la planificación y la economía de mercado.

Sobre este tema, tenemos la ventaja de que fueron los mismos dirigentes de los regímenes socialistas los que se autocriticaron por haber abandonado las categorías mercantiles. Sin embargo, nadie aprendió con cabeza ajena y como todo se olvida con facilidad, nos parece oportuno sintetizar aquella polémica, la misma que está detrás de las reformas que se están llevando a cabo en las economías ex-socialistas. Más importante es la elucidación del derrotero para que el regreso a las categorías mercantiles no desemboque en un socialismo de mercado, en

el mejor de los casos, o en un capitalismo salvaje y neoliberal en el peor de los casos, como está sucediendo en algunos países exsocialistas.

Como sabemos, a través de la ley del valor, el mercado regula la producción, el intercambio, la distribución del trabajo y demás recursos de la economía, y lo hace en forma automática, mecánica, anárquica, teniendo como consecuencia la concentración, la exclusión y el despilfarro de riquezas, así como las recurrentes e inevitables crisis financieras. Productores, trabajadores, comerciantes, banqueros y consumidores en general, contribuyen sin saberlo al funcionamiento del mercado y de la ley del valor que lo regula. Recordemos que la ley del valor regula el intercambio de mercancías sin otro parámetro que el funcionamiento explicado en la teoría del valor-trabajo: intercambio de valores equivalentes al tiempo de trabajo socialmente necesario incorporado a las mercancías, lo que supone la existencia de productores libres y aislados, que se relacionan indirectamente a través del intercambio de sus mercancías. Esta forma de intercambiar, así como la finalidad ineludible de satisfacer necesidades, incluso de bienes escasos, decide los volúmenes que deben producirse, el trabajo que debe asignarse y la forma en que los mismos deben distribuirse, teniendo como resultado el crecimiento en el mejor de los casos, además de la desigualdad y el despilfarro de recursos.

Expliquémoslo más detenidamente. Las categorías mercantiles son las utilizadas por el mercado en su proceso de intercambio, proceso que es regulado por la ley del valor. La ley del valor regula estos intercambios de acuerdo al tiempo de trabajo socialmente necesario para producir una determinada mercancía. En una economía mercantil simple, donde la composición orgánica del capital es elemental, el intercambio de mercancías corresponde a un intercambio de equivalentes, es decir, el valor de un producto producido en un día se cambia por el valor de otro producido en el mismo tiempo. En una economía mercantil capitalista, donde la composición orgánica de capital es mayor el intercambio de valores equivalentes corresponde al intercambio de magnitudes de valores similares, pero precedidos por diferentes remuneraciones en el momento en que se produjeron. En pocas palabras, la ecuación se desarrolla en dos momentos: a) Intercambio de capital dinero por tiempo de trabajo, pagado a través de un salario equivalente a la canasta básica del trabajador; con el producto resultante se amortizan los medios de producción (maquinaria y materia prima), se amortiza el salario adelantado y, el remanente, o trabajo no pagado (plusvalía convertida en ganancia) es apropiado por el dueño del capital; b) Intercambio de mercancías a precios de mercado, es decir, a precios que incluyen los costos de producción

más una ganancia media adicionada al precio inicial y cobrada por el capitalista. Existe en el mercado un intercambio de equivalentes similar, pero sin que medien relaciones salariales, correspondientes al intercambio de bienes mercantiles por bienes mercantiles, ecuación que esconde mucho más el traslado de excedentes o la desigualdad de remuneración de un agente a otro, ecuación que la explicaremos más en detalle en los próximos capítulos. Por ahora vamos a concentrarnos en la formación de los precios y en la asignación de recursos, para ilustrar la forma en que lo hace el mercado autorregulado o regulado a favor de los empresarios, y la forma que lo hacen los regímenes donde el mercado está regulado en favor del bienestar social.

Este proceso genera diferencias de ingresos entre capitalistas y trabajadores por un lado y entre capitalistas entre sí por otro lado; pues unos ganan más que otros de acuerdo a la correlación de fuerzas entre el salario y la ganancia, o entre las diferentes cuotas y volúmenes de ganancia.[147] Esto lo conocen los economistas, los empresarios y los trabajadores. Ahora bien, como esta operación se multiplica por millones de operaciones y en el intercambio participan aisladamente millones de vendedores y consumidores, además de millones de mercancías, se necesita de un regulador del intercambio de mercancías que nos diga a qué precio o proporción relativa deben cambiarse todas y cada una de las mercancías, tomando en cuenta o suministrando la información sobre la ganancia de los inversionistas, el precio de la fuerza de trabajo, la capacidad de compra de los consumidores, la asignación de recursos a las distintas ramas de producción, entre otros. Este trabajo es el que hace el mercado a través del establecimiento de los precios de acuerdo a la ley del valor y en forma automática y con la precisión y velocidad de una gigantesca computadora.

Ahora bien, como estas operaciones de fijación de precios de mercado y por el mercado, sobre todo en las economías mercantilmente capitalizadas, generan una incesante diferenciación social o diferencia de ingresos, es que el socialismo decidió intervenir los capitales privados y buscar como regular el intercambio de manera que no se produzcan, sino que más bien se disminuyan las diferenciaciones. Sin embargo, resulta que este intercambio regulado por la ley del valor,

147 Valiéndose del concepto de plusvalía o trabajo no pagado a los asalariados productivos, Marx demuestra que en el intercambio del salario, correspondiente a la canasta básica, a cambio del alquiler de la fuerza de trabajo, llevado a cabo entre el capitalista y el obrero, sobra un remanente apropiado por el capitalista y no pagado al obrero llamado plusvalía. Esta situación le permitió descubrir la fuente y solución de la explotación de los trabajadores.

incentiva y desarrolla no solamente el ahorro-explotación, sino también la inversión-crecimiento; el problema para el socialismo es como utilizar la ley del valor, sin fomentar la diferenciación social ni afectar el crecimiento; sabiendo que el intercambio debe realizarse tanto al interior como al exterior del país socialista. El problema, pues, ha estado en la intervención en la fijación de los precios de costo y venta, asignación de recursos a la inversión y al consumo, a cada una de las diferentes mercancías y a la producción de mercancías en general.

Los teóricos y planificadores del socialismo intentaron combinar el mercado y la planificación; sin embargo, la dimensión de las economías y lo apremiante de cierta asignación de recursos (inversión en armamentos, por ejemplo), dificultaron el cálculo preciso para fijar precios y asignar recursos sin que pudieran evitarse tales distorsiones del mercado y de la economía, fenómenos que estuvieron en la base causal de los trastornos políticos y de la restauración del mercado capitalista.

Como sabemos, Marx planteó que durante la transición del socialismo al comunismo todavía necesitamos echar mano de la ley del valor, pues necesitamos de su contabilidad para medir el trabajo incorporado en las diferentes mercancías, para calcular la asignación de recursos y los costos de producción, así como la distribución del ingreso entre los trabajadores y el fondo social. En otras palabras, aun si todas las empresas pertenecieran al Estado, en presencia de bienes y servicios limitados, el valor y precio de las mercancías todavía estarían regulados por la ley del valor, basados en el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir las mercancías. La ley del valor solo comenzaría a desaparecer cuando empiece a reinar la abundancia de bienes y servicios, cuando los mismos estén disponibles para todo el mundo, independientemente del trabajo aportado por cada uno de los ciudadanos o familias. La ley del valor dejaría de funcionar cuando desapareciera la división del trabajo y por ende la propiedad privada, cuando los bienes y servicios sean de libre adquisición, lo que supone una gran disponibilidad de dichos bienes, como el aire en nuestros días.

Este tema, sin embargo, ha sido muy controversial y apareció en la mayor parte de las experiencias concretas de regulación emprendidas por los diferentes regímenes socialistas. A la conclusión a que llegaron los principales pensadores y dirigentes de los países socialistas es que la estatización de los grandes medios de producción no era suficiente para la eliminación del mercado: ni del mercado interno, mucho menos del mercado mundial, siendo, como lo es, un mercado mundial capitalista. En la mayoría de las veces, la discusión discurrió sobre co-

sas más concretas. Los pensadores y dirigentes se preguntaban si había o no, si era necesario o no, que hubiera intercambio mercantil entre las distintas empresas estatales; si había que respetar los costos de producción y los precios de mercado; qué hacer con aquellos pequeños o medianos productores existentes, en algunos casos mayoritariamente, en el momento de la toma del poder o de iniciar la planificación socialista; cómo crear y distribuir los excedentes, a través de la explotación de la fuerza de trabajo campesina o esperando que maduraran los proyectos de la economía estatizada; qué hacer con la competencia de los países socialistas con el resto de países situados fuera de sus fronteras, fueran capitalistas o socialistas; cuándo había que usar el cálculo económico de acuerdo a la ley del valor y cuándo usar el cálculo presupuestario. Y toda esta discusión se hacía muchas veces en países muy retrasados técnicamente y con pocas posibilidades de emprender un proceso sostenido de acumulación endógena, en parte por la escasez de bienes de capital y en parte por la presencia de una gran mayoría de segmentos empobrecidos de la población. En la mayoría de las veces, la revolución política, social y económica se hacía en momentos de crisis internas y de confrontación bélica con el imperialismo.

Entender el capital, como una parte, importante, pero no única, de la ley del valor y habiendo girado la teoría socialista alrededor de la categoría de capital, más que de la categoría de mercado, amerita regresar a repasar la polémica, no solamente en el momento y circunstancias en que se sucedieron los acontecimientos de subida, desarrollo y colapso de los regímenes socialistas, sino ahora que tenemos la tarea de enmendar el paradigma.

En la cadena del valor, ninguna parte existe aisladamente, sino que todas se co-responden y todas están implícitas en el tejido y recorrido que articula a todo el organismo, desde el nacimiento de la primera célula mercantil (la mercancía). En otras palabras, mientras siga vivo el organismo, la eliminación temporal de una pieza no impide su regeneración posterior. En este sentido, la eliminación del capital, pieza y eslabón estratégico de toda la cadena, no significa la eliminación del proceso de mercantilización de la economía, entendiendo a la vez que mientras el mecanismo mercantil siga vivo, todo el proceso y todas sus piezas pueden regenerarse tarde o temprano, como la piel de una serpiente cuando a la misma le llega el momento de mudar o cuando la vida renace permanentemente en presencia de las condiciones que la habilitan para nacer de nuevo.

Puede haber capital sin mercado, como existió durante mucho tiempo, durante la etapa, llamada por Marx, antediluviana del capital comercial y usurario.[148] Asimismo, puede haber mercado sin capital y sin capitalistas, como sucede en una relación mercantil de reproducción simple, como sucedió en épocas antiguas o como ocurre en las últimas experiencias socialistas, aunque en el capitalismo ambas realidades y conceptos, capital y mercado, están estrechamente vinculados. En el mercado pueden circular mercancías producidas por un productor mercantil simple o por empresas públicas, capitalistas o socialistas, en cuyo caso, tal intercambio no generará tanta diferenciación social, o se realizará en menor grado. Asimismo, el intercambio, nacional o internacional, puede estar connotado por relaciones de explotación o por razones de beneficio complementario.

Si el capitalismo se caracteriza, en términos generales, por ser una combinación de capital privado + economía de mercado, el socialismo nace como capital social (riqueza material de propiedad colectiva, común, estatal) + economía planificada; el primero enfatizando el crecimiento y la libertad de comercio, el segundo enfatizando la justicia social y la intervención vertical del Estado sobre el mercado.

Con todo este trasfondo, la discusión y las decisiones giraron alrededor de dos variables principales: **la definición de los precios y la asignación de los recursos,** como mecanismos para dinamizar el crecimiento y/o disminuir las desigualdades sociales.

Esta necesidad de la planificación consciente y de los riesgos de la intervención del Estado sobre el mercado se conocen desde hace más de ciento cincuenta años. Como diría Marx: "*Todo el quid de la sociedad burguesa consiste precisamente en que en ella no existe a priori ninguna regulación consciente, social, de la producción. Lo razonable, lo naturalmente necesario no se manifiesta sino bajo la forma de una media, que actúa ciegamente*".[149] Por su parte Engels agrega: "*La reacción del poder del Estado sobre el desarrollo económico puede efectuarse de tres maneras: puede proyectarse en la misma dirección, en cuyo caso éste discurre más de prisa; puede ir en contra de él, y entonces, en nuestros días, y si se trata de un pueblo grande, acaba siempre, a la larga, sucumbiendo; o puede, finalmente, cerrar al desarrollo económico ciertos derroteros y trazarle imperativamente otros,*

148 En capítulo 1, nosotros agregamos otras formas de capital, diferente al capital comercial o usurero, antes del capitalismo. Asimismo, se hará necesario diferenciar la forma que adquiere el capital en un régimen político socialista.

149 Carlos Marx, *Carta a L. Kugelman*, Londres, 12 de abril de 1871, en Obras Escogidas, T.II, Editorial Progreso, Moscú, 1955, p. 464.

caso éste que se reduce en última instancia, a uno de los dos anteriores. Pero es evidente que en el segundo y tercer caso el poder político puede causar grandes daños al desarrollo económico y originar un derroche en masa de fuerza y de materia. A estos casos hay que añadir el de la conquista y la destrucción brutal de ciertos recursos económicos, con lo que, en determinadas circunstancias, podría antes aniquilarse todo un desarrollo económico local o nacional"[150]

Los marxistas, en cualquiera de sus acepciones, confían más en que la asignación de recursos y la definición de los precios se defina a través del Estado, en tanto que regulador consciente de la economía, ocupándose de planificar de tal forma que se pueda armonizar el crecimiento con la igualdad social, sea a través del control directo de los medios de producción y de cambio, o a través de la distribución del excedente económico vía el sector público, o a través de políticas económicas y sociales compensatorias. El conocimiento de lo que se tiene que destinar al consumo o a la inversión, dependerá de las opciones políticas, sociales y técnicas de la planificación central, la que dependerá de la información que recaben los órganos de planificación. Así como las fracturas metabólicas del mercado capitalista surgen ciegamente, las fracturas metabólicas del mercado en el socialismo surgen por una consciente aunque inadecuada forma de fijar precios y asignar recursos. Y no nos estamos refiriendo a esos momentos excepcionales, tanto en países capitalistas como socialistas, como los acaecidos en la guerra o los desastres naturales, donde el Estado interviene la economía, haciéndose cargo de regular los precios de mercado o la asignación de recursos.

En los regímenes socialistas, como tendremos ocasión de analizar más en detalle, las fracturas metabólicas suelen estar generadas por el cambio de modelo económico y frecuentemente se expresan como distorsiones del mercado que a su vez generan un descenso de la productividad, la escasez de algunos productos, el desabastecimiento, el mercado negro, la desestabilización económica y por ende política. La gran fractura metabólica estaría en la caída de la producción o en la falta de liquidez de los órganos de planificación para seguir supliendo los desfases de las cuentas nacionales. En este sentido, el Estado tendrá mayores dificultades para tomar las grandes decisiones de las que depende el desempeño general de la economía.

No puede negarse el papel del mercado para definir precios, como resultado o síntesis de miles de decisiones de familias y empresas, decidiendo lo que más

150 Federico Engels, *Carta a K. Schmidt, Londres*, 27 de octubre de 1890, Ibídem, p. 495.

les interesa de acuerdo a sus capacidades y preferencias. Tampoco podemos negar la dificultad que encuentra un aparato de planificación para calcular con igual precisión los precios y productos que más convienen a las familias, las empresas o los países. Sin embargo, cada vez más las gigantescas empresas capitalistas, algunas de ellas mucho más grandes que decenas de los presupuestos nacionales de varios países, se encuentran en la misma situación planificadora que el Estado. Por otro lado, los aparatos de planificación, tanto de las grandes corporaciones como de los Estados, son cada vez más precisos y son cada vez más socorridos por el desarrollo de los ordenadores y la informática.

A continuación veremos las diferentes experiencias de los proyectos socialistas para sustituir el funcionamiento capitalista de competencia anárquica por una regulación consciente, pero donde se mantuvieron relaciones mercantiles, aun limitadas fuertemente por la intervención del Estado sobre precios y sobre la distribución o redistribución de los recursos sociales. En estas experiencias encontraremos economías estatizadas y planificadas, con o sin el concurso de las comunidades obreras y sociales auto-gestionadas. Asimismo, encontraremos economías mixtas, donde se combina la planificación y mercado.

Este capítulo lo dedicaremos a analizar los debates y experiencias en los principales paradigmas de lo que se llamó el socialismo real o socialismo realmente existente; en el primer capítulo nos situaremos en los dos grandes países de la periferia mundial, como son la URSS y China; el final de este mismo capítulo se lo dedicamos a Cuba, pues aunque es un pequeño país de la periferia, además de ser un país latinoamericano, comparte con China y la Unión Soviética el paradigma estatista del socialismo en un solo país, así como una transición posterior hacia una economía de mercado, aunque regulada desde el Estado.

1. Avances y limitaciones del socialismo en un solo país (URSS, CHINA)

La lucha contra el mercado se expresa en primer lugar por medio de una lucha teórica contra el enmascaramiento de la explotación y de la transferencia de valores encontrada en las sociedades capitalistas. En segundo lugar, se expresa como una lucha práctica contra la regulación capitalista del mercado, batalla llevada a cabo coyunturalmente por los trabajadores para mejorar la repartición del trabajo social, o interviniendo drásticamente el mercado a favor de una acumulación con rostro social, tarea llevada a cabo por regímenes políticos de orientación socialista.

En la primera parte del siglo XX se ensayaron tentativas para regular el sistema a través del control político, ya sea en su expresión socialista o en su versión keynesiana, en un caso para neutralizar los efectos del mercado sobre los trabajadores y en el otro para paliar las contradicciones del capital. En ambas versiones, la sociedad civil y particularmente la clase trabajadora, quedó neutralizada y mediatizada, confiando en que los males de la propiedad privada y del capital se extinguirían trasladando su control a manos del Estado, capitalista, socialdemócrata o socialista. En ambos casos, el Estado se convirtió en instrumento para el relanzamiento o desarrollo del capitalismo monopolista de Estado o del socialismo de mercado en el marco global del mercado capitalista mundial.

Desde sus inicios, el socialismo aparece como un sistema antagónico al capitalismo, donde los efectos de la acumulación privada se manifiestan, progresivamente o por medios de ciclos y crisis periódicas de expansión-depresión, cada vez más en la exclusión y pauperización de los trabajadores-pobladores y en la concentración en pocas manos de los capitales y de la riqueza social, lo que a su vez sigue incidiendo en la desigualdad social. Después de lo que ha pasado en la Unión Soviética y en China, existe una mayor confusión sobre el significado del socialismo y de la estrategia para lograrlo.

La revolución soviética como el paradigma del socialismo en el siglo XX[151]

A partir de la revolución rusa de 1917, para los líderes y teóricos del comunismo, la revolución anticapitalista tendría una evolución ininterrumpida, incorporando, sin mucha precisión, tanto los elementos del socialismo como los del comunismo; además tendría que llevarse a cabo a nivel mundial, bajo el esquema de lo que se llamó la revolución permanente, es decir, más allá de una experiencia limitada a un solo país. No es por casualidad que a raíz de las revoluciones socialistas de Rusia y China asistimos a una insurgencia revolucionaria y de orientación socialista en muchos países del mundo, desde Europa, Asia, África y América Latina; todas ellas apoyadas por la Unión Soviética. Algunas de estas revoluciones no avanzaron más allá de un nacionalismo antiimperialista, otras hicieron todo lo posible por transitar hacia el socialismo con el apoyo de la Unión Soviética, lo que debilitó los esfuerzos de acumulación en la propia URSS, pues a las cargas internas se sumaba una obligada inversión en armamentos para su propia defensa, dentro y fuera del país, que estaba más allá de sus capacidades, pero como señalamos anteriormente, las revoluciones socialistas no podían limitarse a un solo país, pues la confrontación con el imperialismo se volvió inevitable.

151 E.H. Karl, *La revolución bolchevique*, 1917-1923, El orden económico, Alianza, España, 1982.

En toda la primera mitad del siglo pasado y coincidiendo con sendos movimientos de liberación nacional, nació un Tercer Mundo de liberación colonial-nacional, enfrentado al imperialismo y con capacidades menores a los países socialistas más consolidados. Un tercer mundo diferente a los países capitalistas que vivían bajo la égida del imperialismo, pero también diferente al mundo socialista, por su menor envergadura, pues provenían de una situación colonial y de un mayor atraso tecnológico.

Una parte significativa de Europa vivió bajo regímenes socialistas (Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Estonia, Letonia, Lituania, Eslovaquia, Albania, Rumanía, Hungría, Moldavia, Polonia, República Checa, Armenia, Azerbaiyán, Georgia, Kazajstán, Alemania del Este, Yugoslavia). Más allá de Eurasia estaba China, Corea del Norte, Vietnam, Laos y Camboya. En África empezaron las revoluciones de liberación nacional orientadas hacia el socialismo, como fueron las revoluciones independentistas de Argelia, Angola y Mozambique, entre otras.

La revolución rusa era el paradigma de revolución socialista. Un partido comunista único que dirigía todo el proceso de transformación consciente, un Estado fuerte administrando la gran propiedad confiscada a los capitalistas, un proceso de colectivización del campesinado, una planificación de la economía priorizando la gran industria o industria pesada productora de bienes de capital, encaminada hacia la industrialización de la ciudad y del campo. Puede decirse que la revolución avanzaba exitosamente, llegando a competir con el resto de naciones capitalistas desde el punto de vista económico y social, e incluso con el imperialismo estadounidense como fuerza político militar de contención. Se desencadenó una confrontación denominada “guerra fría”, caracterizada por confrontaciones parciales entre los dos grandes bloques y cuya guerra se escenificaba en los países colonizados, llamados desde entonces del Tercer Mundo, para diferenciarlos del capitalismo y de un comunismo mucho más radical como el que existía en la Unión Soviética y en China.

Desde entonces, y hasta la implosión del comunismo soviético entre 1989 y 1991, los rasgos de toda revolución socialista se mantuvieron alrededor de lo que pasó en la Unión Soviética. Sin embargo, a raíz del milagro económico chino y del fracaso de la Unión Soviética, el socialismo transita a través de una economía mixta, donde se combina la planificación estatal con la liberalización del mercado. Los países que habían avanzado por la senda estatista, mantienen un fuerte control y una considerable planificación por parte del Estado; combinación que, dicho sea de paso, también existe con diferentes variables en aquellos países

capitalistas que han tenido un buen desempeño económico, tal es el caso de los países asiáticos. Otros países en cualquiera de las categorías económicas en que los clasifiquemos, han optado por introducir o mantener el pluralismo político o la democracia al estilo occidental.

Hasta ahora y desde que existe el socialismo como proyecto para disminuir y eliminar la concentración y exclusión de la riqueza generada por un país, así como para desplazar a las clases sociales empobrecedoras, la intervención o manipulación de las reglas del mercado han significado un dolor de cabeza, pues no se puede redistribuir la riqueza de acuerdo a los criterios de justicia social, sin contar con capital para producir ampliadamente o sin tener que trastocar el funcionamiento del mercado capitalista.

Hoy en día suele afirmarse que lo que hubo en la URSS no era socialismo, cosa que nosotros no compartimos, pues tenía los rasgos básicos de lo que se entiende por socialismo. Al respecto y para que sirva a lo largo de todo este trabajo, deberíamos separar o al menos especificar que cuando hablemos de modo de producción estaremos hablando desde el punto de vista económico y cuando hablemos de sistema social estaremos incluyendo tanto los aspectos económicos como los políticos y sociales.

Veamos a continuación los rasgos del socialismo, tal como nació y se desarrolló en la Rusia-Unión Soviética.

a) Fue una economía donde los grandes medios de producción pasaron a manos de las instituciones públicas y los excedentes se distribuyeron equitativamente en relación al trabajo aportado por los trabajadores, a los requerimientos económicos de la reproducción ampliada y de acuerdo a las necesidades de los sectores más vulnerables (niños, estudiantes o desprotegidos).

b) Una economía que amparada en los medios de producción en manos del Estado pudo acortar el camino hacia la acumulación o reproducción ampliada de la economía, sin obviar las relaciones de intercambio desigual entre la ciudad industrial y el campo agropecuario, así como entre este país y el resto de la economía mundial.

c) Una economía donde desapareció, por ende, la propiedad privada y la acumulación del capital como fin en sí mismo, así como los empresarios o la burguesía nacional, sustituidos en la conducción y ejecución por un programa económico nacional centralizado. Debiéramos agregar, asimismo, la desaparición del cam-

pesinado individual, producto de duros procesos de colectivización de sus parcelas y la formación forzada de cooperativas de producción.

d) Una dirección de la economía a cargo de una clase política estatal, acorde con un plan económico que intervino y planificó el mercado, ordenándole otras reglas de distribución, no totalmente mercantilizadas.

e) Gestión de los medios de producción por parte de los trabajadores y participación de todos en la elección de autoridades a todos los niveles. En un inicio en manos de los soviets o consejos de obreros y soldados, posteriormente por lo que se llamó el centralismo democrático a través del partido comunista.

f) Una alianza entre obreros, productores de bienes industriales y campesinos, productores de bienes alimenticios, recayendo el peso de las cargas de la acumulación en los brazos campesinos y posteriormente reduciéndose aquella diferenciación.

En ambos casos, y después de un período determinado, estos procesos están enrumbándose desde un socialismo estatista, llamado muchas veces capitalismo de Estado, hacia un socialismo de mercado.

En todo caso y a pesar de que la revolución mundial no estuvo totalmente a la orden del día, a pesar de los esfuerzos de las revoluciones y movimientos comunistas por llevar la revolución a todos los países del mundo entero, ahí donde hubo revolución de orientación comunista y socialista, los resultados son espectaculares, tal como se desprende del nivel alcanzado por las dos grandes revoluciones del siglo XX, como fueron la Unión Soviética y China, aunque lo mismo puede decirse, en menor escala, de otros procesos revolucionarios.

La Unión Soviética alcanzó al capitalismo europeo sin recurrir al capital privado en los 30 años señalados, mientras que China tuvo que abandonar el socialismo estatizado y recurrir al capital privado para lograrlo. La Unión Soviética sucumbió a la competencia con occidente cuando ya había comenzado la producción masiva de bienes generados por la industria ligera, teniendo que transitar hacia el capitalismo; mientras que China inicia su expansión económica combinando la industria pesada con la industria ligera, lo que le permite competir en mejores condiciones tanto en lo que respecta a la producción como en lo que respecta al consumo de masas, debatiéndose entre un capitalismo de Estado y un socialismo de mercado. En 1921 Lenin atisbó, de acuerdo a la teoría marxista, que había que madurar el capitalismo, llevándolo a un capitalismo de Estado, antes de en-

trar de lleno a lo que sería una sociedad socialista. Como sabemos, a la muerte de Lenin, Stalin siguió la línea de querer construir el comunismo desde arriba, lo que hizo con mucho éxito económico, pero con altos costos humanos, sobre todo para el campesinado. Lo mismo hizo Mao TseTung en China durante tres décadas que se iniciaron en 1949, año del triunfo de la revolución comunista y que terminó con la muerte de Mao en 1976 en que aparecen las reformas chinas hacia un capitalismo de Estado o, como lo llaman los chinos, hacia un socialismo con características chinas.

Como señalamos anteriormente, uno de los debates teóricos y dificultades prácticas de las revoluciones socialistas tiene que ver con el papel preponderante que tiene el capital, privado o público, en el destino de una economía. Tanto es así que los principales teóricos del socialismo, desde Marx-Engels hasta Lenin, tuvieron que admitir la necesidad de recurrir al capital privado, como riqueza material o social, a los mecanismos mercantiles y al propio capitalismo, a la hora de afrontar los retos teóricos y prácticos de la transición del capitalismo al socialismo. Dicho sea de paso, la discusión sobre la revolución en los países más industrializados, sobre la revolución permanente y sobre la ley del valor, tiene que ver con el desarrollo autosostenido y de reproducción ampliada, como una necesidad debida a que toda revolución socialista se hace en lucha y en competencia con la economía capitalista anterior, particularmente en lucha contra la vanguardia del capitalismo, como es el imperialismo o fase superior del capitalismo, en todos los aspectos.

El c*apitalismo de Estado de orientación socialista*

Sabiendo que la experiencia y el término de capitalismo monopolista de Estado fueron inaugurados en el seno del propio capitalismo, creemos necesario ofrecer y señalar la diferencia entre capitalismo de Estado de orientación capitalista y capitalismo de Estado de orientación socialista. El primero estaría en función de las corporaciones capitalistas, momento en que el Estado se dispone en función de salvar la rentabilidad de las corporaciones. El segundo estaría caracterizada por una conducción política cuya voluntad está encaminada a desplazar a las corporaciones capitalistas y a sustituirlas por un capitalismo de Estado a favor del bienestar social de la población. En síntesis, la apelación al capitalismo de Estado estaría considerado como un instrumento, para apuntalar el crecimiento, entrenarse en la planificación de la economía mientras se avanza en la productividad y autostenibilidad alcanzada por los países capitalistas más desarrollados, pero sobre todo mientras se alcanza la etapa en que el imperialismo sea sustituido por la gran federación o unión mundial de países socialistas. De lo contrario,

cada régimen socialista aislado sería desplazado por una economía de mercado y por la reversión del proceso de socialización del capital hacia una economía capitalista, tal como está pasando hoy en día después de la implosión del socialismo real.

Una vez que un país esté en condiciones de competir en todos los campos con los países capitalistas y conjurado el problema del imperialismo, estaría, entonces, en capacidad de transitar a lo que podría llamarse socialismo de Estado.

Quizás a algunos lectores les choque que hablemos de capitalismo de Estado, a pesar de que Lenin haya tempranamente enarbolado el término, al menos para las condiciones en que no se podía hacer otra cosa, como en las circunstancias en las que le correspondió gobernar (1917-1924) a Rusia y posteriormente a la Unión Soviética. Para disipar tempranas confusiones y con ánimo de alimentar la confianza en nuestro análisis me gustaría referirme al concepto de capitalismo de Estado en los clásicos del marxismo. Tanto para los clásicos del marxismo, como para Lenin, la denominación de capitalismo de Estado corresponde a sus limitaciones, pero también a sus alcances. En otras palabras, con el capitalismo de Estado no se pone fin al capitalismo, pero mientras más se avanza en el capitalismo de Estado más se aproxima y se convierte el proceso en la antesala del socialismo.

Sobre las limitaciones y alcances del capitalismo de Estado es sano recordar aquellas palabras de Engels, tomadas de su libro Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico: "*El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista. Y cuantas más fuerzas productivas asuma en propiedad, tanto más se convertirá en capitalista colectivo y tanta mayor cantidad de ciudadanos explotará. Los obreros siguen siendo obreros asalariados, proletarios. La relación capitalista lejos de abolirse con estas medidas, se agudiza, llega al extremo, a la cúspide. Más, al llegar a la cúspide, se derrumba. La propiedad del Estado sobre las fuerzas productivas no es la solución al conflicto, pero alberga ya en su seno el medio formal, el resorte para llegar a la solución*"[152]. El concepto de socialismo utópico utilizado y criticado por Marx y Engels en el temprano siglo XX, bien podría utilizarse en nuestros propios tiempos desde otro punto de vista. En el primer caso, los clásicos del marxismo tildaban de utópicos a los reformistas que pretendían eliminar las consecuencias o efectos no deseados del capitalismo, sin cuestionar las causas[153]. En el segundo caso, el socialis-

152 Federico Engels, Del socialismo utópico al socialismo científico, Op.cit., p.147.

153 Cfr: Federico Engels, *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*, en Marx-Engels, Obras Escogidas, Op.cit., pp. 88-153.

mo utópico estaría signando por la pretensión de creer que basta con estatizar en mayor o menor medida los medios de producción o fortalecer el sector público en la redistribución del ingreso, para que el mercado capitalista o el capitalismo de Estado deje de existir. Aunque, como señalaron Engels y Lenin, no es despreciable tal pretensión, porque con tales medidas, nos acercamos a la antesala del socialismo.

En cuanto a Lenin y más cercano a la relación entre el capitalismo de Estado y lo que podríamos llamar socialismo de Estado, él partía de que el socialismo implicaba efectivamente el desmantelamiento del mercado. Al menos hasta sus reflexiones alrededor de la revolución rusa en 1917. Pero al intentar aplicar el socialismo a la revolución rusa en el período que va de 1917 a 1921, año en que introduce la Nueva Política Económica, la NEP por sus siglas en inglés (New Economics Policy) y que dura hasta 1928, Lenin, abandona la colectivización forzosa, sobre todo en el caso del campesinado, al que considerará como aliado de la clase obrera, en tanto vanguardia clasista del pueblo ruso.

A partir de 1921, el recién nacido Estado obrero emprende un giro radical y busca refugio en las relaciones monetario mercantiles, así como en la oxigenación de la economía por el capital privado nacional e internacional. Para Lenin la situación era tan crítica, y tan grave para el futuro de la economía soviética, que alcanzar aunque fuese el capitalismo de Estado podría considerarse una bendición, tal como puede desprenderse de algunos de sus textos. Veamos al respecto la siguiente afirmación de Lenin: *"El capitalismo de Estado representaría un paso adelante en comparación con la situación existente hoy en nuestra república soviética. Si dentro de unos seis meses se estableciera en nuestro país el capitalismo de Estado, esto sería un inmenso éxito y la más firme garantía de que, al cabo de un año, el socialismo se afianzaría entre nosotros definitivamente y se haría invencible*".[154]

El argumento principal para Lenin y para los teóricos de la transición estribaba en la existencia de una heredada división del trabajo y de unidades o formas económicas atrasadas y aisladas, a saber, la economía campesina patriarcal, la pequeña producción mercantil simple, además de la preponderancia del capitalismo privado, de manera que había que aspirar al capitalismo de Estado y desarrollar progresivamente la producción socialista. Efectivamente, la existencia de millones de propiedades privadas y la creencia de que solamente a partir de la propiedad so-

154 Lenin, Sobre la economía actual de Rusia, en Debate sobre la economía soviética y la ley del valor, Teoría y Praxis, Grijalbo, México 1974, p. 31.

cial se pueden controlar los excedentes, dificultó el objetivo inmediato de la tarea, que era la de redistribuir la riqueza, pero sin descuidar el crecimiento, sobre todo en lo que concernía a la competencia con las potencias occidentales capitalista.

Después de la muerte de Lenin y de la purga estalinista contra los principales líderes revolucionarios, Stalin introduce nuevamente la colectivización forzosa del campesinado y el énfasis en la producción de grandes medios industriales de producción, con el fin de acortar la distancia económica con el resto de países capitalistas, teniendo como agravante la participación de Rusia en la Segunda Guerra Mundial. En este período que va de 1928 a 1953, año en que muere Stalin y se inician las reformas de Nikita Kruschev, puede decirse que la Unión Soviética avanzó como nadie hasta ahora ha avanzado en la revolución socialista, no solamente en lo que respecta a la estatización de los medios de producción y de cambio, o en cuanto a la desaparición de la propiedad privada y de la burguesía (grande, mediana y pequeña), sino en lo que respecta a la planificación del mercado y de sus precios bajo criterios socialistas. Lo que no quiere decir que haya logrado eliminar la división del trabajo y por ende la producción social, ni el trabajo asalariado, ni la competencia o el intercambio mercantil del capital en el nada despreciable comercio exterior, ni un régimen dictatorial como opción dentro de la dictadura del proletariado.

Una vez eliminada la burguesía y por tanto el capital privado, la discusión se desplaza de la vigencia del capital privado, a la vigencia de las categorías mercantiles donde rige la ley del valor, aunque disminuida. Yo diría que lo que diferenciaría a un capitalismo de Estado de un socialismo de Estado, sería que en el segundo, además del capital público hegemonizando las relaciones sociales, comenzarán a desvanecerse las categorías mercantiles, cosa que como veremos no puede hacerse por decreto, a riesgo de distorsionar la economía, la que todavía se encuentra inmersa en y en competencia dentro de ese gigantesco archipiélago de economías capitalistas tanto o más desarrolladas y reguladas por el sistema capitalista imperial. En todo caso, la discusión sobre la ley del valor se recrudece en la Unión Soviética a la muerte de Lenin y bajo el liderazgo de Stalin.

La discusión de los años 20 sobre la ley del valor

A raíz de la revolución rusa de 1917, la polémica sobre la ley del valor se encarna en una lucha política contra la burguesía, en el emprendimiento de grandes esfuerzos encaminados a eliminar, domesticar o regular las relaciones capitalistas, en frenar las tendencias diferenciadoras y concentradoras del mercado y en buscar cómo establecer la estrategia del desarrollo socialista. La acción para des-

plazar mecanismos monetario-mercantiles significó el establecimiento de precios no necesariamente relacionados con los costos locales o internacionales, la asignación de recursos o distribución de bienes de acuerdo a criterios sociales y no siempre en favor del crecimiento económico, la colectivización y socialización de la propiedad de la tierra y de las empresas industriales. Todo ello, en medio de grandes debates y rectificaciones, pero también del asedio imperialista, particularmente alrededor de la primera guerra mundial.

Por necesidades de la guerra entre la revolución y la contrarrevolución, los nuevos estados socialistas se vieron en la necesidad de distribuir el producto social de acuerdo a las necesidades de los combatientes, de los trabajadores y de la población en general que participaba en las tareas de defensa de la revolución, lo que implicó conscientemente una violación de los precios, puesto que ahí las mercancías o los bienes no se distribuían de acuerdo a sus costos de producción, sino de acuerdo a las metas económicas, necesidades sociales o criterios políticos del momento. Podríamos decir, que lo que se conoce como comunismo de guerra o simplemente economía de guerra, cosa que ha pasado tanto en países socialistas como capitalistas, brindó en el caso de los países socialistas una oportunidad para avanzar en lo que se quería fuera una economía planificada, legitimada por las necesidades de la guerra.

Es así que la revolución rusa puso en agenda no solo la pertinencia coyuntural del llamado comunismo de guerra, sino lo que se llamó el período de transición del capitalismo al comunismo, pensamiento expresado en las obras de Lenin: *El Estado y la Revolución*; Bujarin y Preobrazhenski: *El ABC del Comunismo*; Bujarin: *Teoría Económica del Período de Transición*. En estas obras, así como en las medidas del llamado comunismo de guerra, se apostaba fundamentalmente a prescindir parcialmente de la realidad económica y de las categorías monetario-mercantiles referentes a precios, costos, ingresos, oferta, demanda, etc.; a sustituir el Estado por los Soviets y las Milicias Populares, al control popular sobre la burocracia y sobre las relaciones capitalistas en general (Estado-Comuna). La reflexión para pasar del sueño a la realidad no excluyó la necesidad de combinar las medidas políticas de intervención estatal de la economía, con medidas de control económico por parte de los trabajadores.

Claro está que la práctica y la inercia del llamado comunismo de guerra contribuyeron a mantener la necesidad coyuntural como necesidad permanente. De una u otra manera, este giro del comunismo de guerra al capitalismo de Estado y al socialismo de Estado, se ha repetido en todas las revoluciones de orientación so-

cialista hasta ahora conocidas, pues casi todas ellas han pasado por una guerra civil o por guerras de agresión. La tragedia estribó en que la conducción de este giro se centralizó cada vez más en una burocracia, quien a la larga jugó el papel de una burguesía de Estado, dando al traste con el incipiente socialismo de los Soviets y convirtiendo poco a poco a estas economías en rutas específicas hacia el capitalismo. El control obrero se quedó en la agenda teórica y la economía pasó a ser controlada por la burocracia capitalista estatal.[155] En la práctica, la regulación social se fue convirtiendo en regulación estatal; el resto quedó más en el papel o en las estructuras superiores, terminando con la desaparición real de los soviets o consejos obreros y trasladando todo el predominio al Soviet Supremo.[156]

La economía de mercado por su parte revelaba la verdadera fuerza de sus leyes históricas y los riesgos de violentarla sin apenas conocerla. El recorrido de estas vicisitudes fue expresado por el propio Lenin, con la franqueza y claridad que lo caracterizaba: "*Hasta ahora, nos dice, destacaban en primer plano las medidas encaminadas a la inmediata expropiación de los expropiadores. Hoy colocamos en primer plano la organización de la contabilidad y del control en las haciendas y empresas ya expropiadas a los capitalistas y en todas las demás. Si quisiéramos continuar expropiando al capital con el ritmo anterior, sufriríamos, sin duda, un fracaso, puesto que nuestra labor en el terreno de la organización de la contabilidad y del control proletario se ha retrasado a todas luces*".[157]

Con la implementación de la Nueva Política Económica (NEP), Lenin decidió dar un paso atrás en el funcionamiento de las relaciones mercantiles en el comercio campesino. Al respecto nos dice Lenin: "*Tenemos un centenar de explotaciones, minas o bosques. No podemos explotarlo todo: no tenemos suficiente máquinas, víveres, medios de transporte. Por el mismo motivo explotamos mal las restantes empresas. Las concesiones son un pacto con los capitalistas. El concesionario es un capitalista. Dirige las empresas a la manera capitalista, con el fin de obte-*

155 Al respecto puede consultarse las obras de Charles Bettelheim: La lucha de clases en la URSS, Siglo XXI Editores, Madrid 1987; Rudolf Bahro, La Alternativa (Contribución a la Crítica del Socialismo Realmente Existente); Adam Schaff, *El Comunismo en la Encrucijada*, Editorial Grijalbo, Barcelona 1983; Ernest Mandel, *Tratado de Economía Marxista*. Aunque quizás la muestra más convincente antes del colapso sea la confesión analítica de Gorvachov, *La Perestroika*.

156 Los Soviets, Órganos del Poder Popular, Editorial Progreso, Moscú 1977.

157 Lenin, Las Tareas Inmediatas del Poder, en: Las leyes y categorías principales de la transición, en Teoría y política de la transformación social. Revista de la facultad de economía de la Universidad Nacional Autónoma de México: Investigación Económica, enero-junio 1982. Facultad de Economía, México 1982, p.177.

ner ganancias extra, superganancias, o con el fin de obtener materias primas que no podría obtener o que muy difícilmente podría obtener de otro modo"[158].

A partir de las resoluciones del Partido Comunista Soviético, en diciembre de 1921, el tono de las afirmaciones es prácticamente una opción por una mayor utilización de la ley del valor, a fin de combinar racionalmente los precios dispuestos por la planificación con los precios tal cual se desprenden de la realidad económica nacional e internacional y cuya violación distorsionaba el crecimiento general. Diversos comentarios por parte de los principales cuadros técnicos y teóricos de la experiencia soviética ilustran aquel juicio. En opinión de Gurov y Goncharov: "*La tarea fundamental del PC de Rusia en el área de la economía es, en el momento presente, la dirección de la labor económica del Poder Soviético en el sentido de dominar el mercado, partiendo de su existencia y teniendo en cuenta sus leyes, y tomar en sus manos la regulación del mismo y de la circulación monetaria mediante medidas económicas sistemáticas, rigurosamente meditadas y estructuradas sobre el cálculo exacto del proceso de mercado*".[159] El cálculo del mercado se basa en la ley del valor, es decir, las mercancías tendrían que intercambiarse de acuerdo al tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas, independientemente de las desigualdades producidas en las relaciones horizontales de intercambio; habría que agregar que si a nivel interno la ley del valor cobra vigencia en aras de las necesidades económicas, independientemente de los estragos sociales, a nivel de la red internacional dentro de la cual se encuentra inmersa la economía socialista nacional, la presencia y vigencia de la ley del valor es todavía más intensa y por supuesto más dañina para el desarrollo de las propia relaciones socialistas.

Según Katorguin: "*La NEP significaba no solo la implantación de la libertad de comercio y la admisión del capital privado bajo el control estatal, sino también la introducción de nuevos métodos de dirección del desarrollo de la economía: el paso de las empresas estatales a la autogestión financiera (...) El reconocimiento de la acción de la ley del valor y de la existencia objetiva del mercado modificó la noción sobre el papel del dinero. Sin crear un sistema monetario estable y una divisa sólida no se podía desarrollar las relaciones monetario-mercantiles, ni realizar la planificación corriente y a largo plazo de la economía nacional, ni establecer activas relaciones económicas con los países capitalistas*".[160]

158 V.I.Lenin, De la Nueva Política Económica (NEP) y sus concesiones, en Obras Escogidas, t.3, p. 616, Editorial Progreso, Moscú, 1961.

159 Gurov y Goncharov, *La Política Agraria Leninista*, Investigación Económica, Op. cit., p.182.

160 Katorguin, La Experiencia histórica de aplicación de la NEP por el PCS, Investigación Económica, Ibíd., p.182.

Sobre el mismo problema, Stalin fue mucho más categórico en dicha polémica, al afirmar: "*A veces se pregunta si la ley del valor existe y actúa en nuestro país, en nuestro régimen socialista. Sí, existe y actúa. Allí donde hay mercancías y producción mercantil no puede no existir la ley del valor. En nuestro país la ley del valor extiende su acción ante todo, a la circulación de mercancías, al intercambio de mercancías, principalmente, de las mercancías de consumo personal. Aquí, en esta esfera, la ley del valor sigue desempeñando, naturalmente con ciertos límites, el papel de regulador. Pero la acción de la ley del valor no queda limitada a la esfera de la circulación de mercancías. Se extiende también a la producción (...) Los productos destinados al consumo, necesarios para cubrir los gastos de fuerza de trabajo en el proceso de la producción, se producen y se realizan en nuestro país como mercancías sometidas a la acción de la ley del valor (...) Por este motivo tienen hoy importancia para nuestras empresas cuestiones como el cálculo económico y la rentabilidad, el coste de producción, los precios, etc. Pero, ¿quiere decir todo esto que la acción de la ley del valor tiene en nuestro país vía libre, como bajo el capitalismo, que la ley del valor es en nuestro país un regulador de la producción? No, no quiere decir eso. En realidad la esfera de acción de la ley del valor está en nuestro régimen económico rígidamente circunscrita y limitada(...) Se dice que la ley del valor es una ley constante, obligatoria para todos los períodos del desarrollo histórico, y que, si pierde su fuerza como regulador de las relaciones de cambio en la segunda fase de la sociedad comunista, conservará en esa fase de desarrollo su fuerza como regulador de las relaciones entre las distintas ramas de la producción, como regulador de la distribución del trabajo, entre las ramas de la producción. Eso es completamente equivocado. El valor, lo mismo que la ley del valor, es una categoría histórica vinculada a la existencia de la producción mercantil. Cuando la producción mercantil desaparezca, desaparecerán también el valor, en todas sus formas, y la ley del valor. En la segunda fase de la sociedad comunista, la cantidad de trabajo invertido en la producción de productos no se medirá indirectamente, a través del valor y de sus formas, como ocurre en la producción mercantil, sino de manera directa e inmediata, por la cantidad de tiempo, por la cantidad de horas invertidas en la producción de los productos*."[161]

Esto significaría que se hace tabla rasa de los distintos tipos y complejidades del trabajo, lo que de acuerdo a la experiencia desestimula la productividad entre los diferentes oficios, los que tienen diferentes costos. Producir un médico cuesta más a la familia que producir un albañil, por lo tanto el primero cobrará de

161 Stalin, *Problemas económicos del socialismo*, en Investigación Económica, Op. cit, p.185.

acuerdo a sus costos, más alguna ganancia media por el capital invertido. De lo contrario, lo que ha pasado es que o el médico migra a otro país o la productividad de todos los estratos anteriores decae fuertemente y con ella el crecimiento económico. La justicia social no es una preocupación del mercado.

En otras palabras, la frase de Stalin "cantidad de tiempo" excluiría los conceptos y magnitudes de capital privado y ganancia privada, al menos al interior del país, incluidos en los precios de producción y en el concepto de valor utilizado en el capitalismo. Recordemos que en el capitalismo, por trabajo socialmente necesario se entiende el que decide y define el proceso de producción capitalista, en donde la lucha de clases es favorable a los grupos de propietarios de los medios de producción o del capital en cualquiera de sus formas. Pero si bien aquella regla puede evitarse a nivel de la economía nacional, no se escapa a la misma cuando nos situamos en el mundo obligado del comercio exterior con un mundo enmarcado y hegemonizado por el capitalismo y el imperialismo. De ahí que cobra importancia en el análisis el hecho de la inserción de los regímenes socialistas dentro del campo del capitalismo mundial a la hora de hacer el balance o respondernos por qué la existencia del imperialismo es una de las causas de la implosión del socialismo en cada uno de los regímenes socialistas que tuvieron que sortear su transición violentando, para bien y para mal, a las categorías mercantiles todavía sobrevivientes. Esta situación será todavía más pertinente cuando tengamos que analizar la lucha que libran los países, revolucionarios o no, del Tercer Mundo, subordinados a los imperativos del capitalismo globalizado, aún sin tomar en cuenta los estragos causados por el avance y los daños irreparables de la aplicación del neoliberalismo.

Como puede notarse la disyuntiva entre utilizar, de una forma u otra, la ley del valor, o prescindir totalmente de ella, no es tan fácil como algunos supondrían. En el caso de la URSS, la polémica y la realidad sobre el uso de las categorías monetario-mercantiles y el funcionamiento de la ley del valor, estuvieron limitadas a una serie de acontecimientos y prioridades que tuvieron desenlaces no deseados.

En primer lugar, la competencia económica y militar con el imperialismo obligó a los soviéticos a priorizar la eficiencia en la producción interna, sin descuidar su apoyo a los procesos revolucionarios en el exterior, situación que estuvo marcada por luchas internas, tales como la discusión entre Trotsky y Stalin alrededor de la revolución en un solo país o la revolución permanente en todo el mundo. En segundo lugar, la existencia de sujetos económicos privados dificultaba la planifi-

cación y la regulación consciente del mercado y de la ley del valor; situación que quiso enmendarse a través de la colectivización forzosa emprendida por Stalin. En tercer lugar, la brecha y separación progresiva entre el control popular y la burocracia estatal, hizo que la propiedad social y el control de los excedentes se divorciaran a tal extremo, que se desencadenó un proceso de fortalecimiento de las relaciones mercantiles y de colapso del socialismo estatista.

A pesar de esta discusión, la voluntad política del régimen estalinista, entre la muerte de Lenin (1924) y la muerte de Stalin (1953), enrumbó la economía soviética por la senda de lo que se consideraba que debía ser el comunismo, es decir, la estatización total de los medios de producción, la colectivización forzosa en el campo, la planificación central priorizando la producción de la industria pesada o sector I de la economía, un régimen política y económicamente vertical, represivo contra toda disidencia. Para 1926-27 el 91% de la producción bruta de la llamada industria re-censada (más de 16 o más de 30 trabajadores con o sin fuerza motriz mecánica) en la Unión Soviética estaba en manos del Estado. Por el contrario, en el caso de la producción de la pequeña industria, el 79% estaba en manos del sector privado[162].

Para el año de 1953, antes de las reformas introducidas por Nikita Kruschev después de la muerte de Stalin, el peso del Estado sobre la economía era absoluto en todos los campos. Y todos coinciden en que hasta entonces la Unión Soviética había avanzado en treinta años lo que a Europa le había tomado más de doscientos años.

Efectivamente, en este período la Unión Soviética era considerada la segunda potencia económica, militar y en la industria espacial. El nivel de vida en la Unión Soviética (pleno empleo, educación y escolaridad, salud, vivienda, deporte, turismo, entretenimientos varios, inversiones tecnológicas, industria espacial, etc.) alcanzó niveles envidiables para cualquier país del mundo, sobre todo del Tercer Mundo; lo mismo podríamos decir de la solidaridad y desprendimiento de la Unión Soviética para con la liberación nacional y construcción del socialismo en los pequeños y atrasados tecnológicamente hablando del Tercer Mundo.

Sin embargo, la competencia con el campo capitalista y el retraso en la industria ligera, particularmente en la microelectrónica, la informática y la comunicación con respecto a occidente, comenzó a pesar, tanto en términos económicos como

162 Charles Bettelheim, *La lucha de clases en la URSS, segundo período (1923-1930*), Siglo XXI Editores, pp. 177-178.

políticos. De tal manera que cuando llegamos a las reformas de Gorbachov en 1980, el desplome de la URSS era inminente y no pudo lograr la transición que lograría China más tarde sin desplomar totalmente el sistema.

Del socialismo al capitalismo en la URSS

En el período entre 1953 y 1985, sobre todo a partir de 1970, el agotamiento del modelo soviético comenzó a sentirse en la economía y la sociedad de la URSS. Los directores adquieren mayor poder sobre los trabajadores, los que pierden el estímulo moral y comienzan a resentir la falta de estímulos materiales. Había problemas con el abastecimiento energético, la producción siderúrgica y petrolera, el estancamiento de la producción cerealera, obsolescencia de equipos y maquinarias y el desabastecimiento se hacía sentir en la población. Se esperaba que la disminución de los gastos de defensa y el traslado de los recursos a la producción civil, crearían condiciones favorables para el crecimiento de los países que participaron en la segunda guerra mundial, lo que pasó en Estados Unidos, en Europa y en la misma Unión Soviética.

Los Estados Unidos, por ejemplo, en 1945 usaban el 37% del PIB para gastos de defensa y, en 1947, apenas dos años después, tal porcentaje bajó a 74%; mientras que en la URSS seguía aumentando, es decir, desgastándose en una carrera armamentista que le disminuía sus posibilidades de acumulación interna.

Ahora sabemos que la economía soviética implosionó por dentro sin poder competir con las economías occidentales, sobre todo en lo que a productos de consumo ligero respecta, los que tienen una gran importancia en el deseo de los consumidores, sobre todo para aquellos ciudadanos que comparan su vida cotidiana con la imagen ofrecida por la propaganda occidental de los sectores clase-medieros urbanos. Aunque sí lo hizo respecto a la producción del sector de la economía dedicado a la producción de grandes medios de capital, necesarios para la industrialización del país, así como para competir en la correlación político-militar de fuerzas, lo que ha impedido una mayor intervención de parte del imperialismo europeo-estadounidense en los asuntos internos de la Federación Rusa y demás miembros de la extinta Unión Soviética, parte de cuyas repúblicas se han pasado con todo e ideología al campo occidental. La misma Federación Rusa funciona a su interior bajo las reglas del capitalismo salvaje.

En la década de los 70, Rusia tuvo un repunte económico debido a los altos precios del petróleo, pero cuando los mismos bajaron, esta entró en recesión, y

posteriormente los precios del petróleo cayeron en un 40%. Incluso llegó un momento en que dependía de las exportaciones de petróleo y gas, como cualquier país periférico mono-exportador o extractivista. Pero a criterio de los expertos y de los propios rusos, lo que más les afectó fue la forma irregular en la que transitó al capitalismo. Comenzaron a privatizar todo a precios favorables para los nuevos oligarcas y desfavorables para el Estado. Cuando liberaron los precios se desató una inflación que afectó enormemente a la clase trabajadora, lo que unido a los despidos y a la pérdida de las prestaciones sociales aumentaron los índices de pobreza de la población, en un momento en que las mínimas instituciones, imprescindibles en una economía de mercado, todavía no existían (catastros, leyes fiscales, sanciones jurídicas para la contratación comercial, ofertas de crédito). Para la década de los 70 el modelo de crecimiento y bienestar de la Unión Soviética parecía estar agotado. Los gastos armamentistas, la dependencia de la exportación de materias primas, el desfase tecnológico con occidente, el agotamiento de la resistencia de productores y consumidores en cuanto a la desconexión entre la producción y el consumo. Se producía lo que no se demandaba y se demandaba lo que no se producía.

Podría decirse que la Unión Soviética, al igual que China o Vietnam, comenzó a deslizarse hacia una economía de mercado a través de dos grandes reformas, la primera en 1953 encabezada por Nikita Kruschev y la segunda en 1980 encabezada por Mijail Gorbachov.

¿Pero a qué se debió la crisis y la reversión del régimen soviético hacia una economía de mercado, más aún, a un sistema de capitalismo salvaje? Mucho se ha escrito al respecto y no es fácil señalar un único factor. Uno de los análisis más cercanos a la realidad, desde nuestro punto de vista es el que hace Georgi Derlugian e Inmanuel Wallerstein sobre el desencadenamiento de la lucha de clases a partir de la muerte de Stalin.[163]

Según estos autores, el régimen soviético se mantuvo cohesionado, hasta la muerte de Stalin, por su férrea conducción a través de las *Purgas (represión selectiva de dirigentes), el Gulag (destierro) y la Cortina de Hierro (confinamiento*). En todo este periodo, se desarrollaron tres clases o fuerzas socio-políticas que fueron madurando y fortaleciéndose hasta desencadenar el conflicto que permi-

163 Georgi Deluguian, De Iván el Terrible a Vladimir Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo. Inmanuel Wallerstein: Revista Nueva Sociedad, 253, Septiembre-Octubre 2014, Friedrich Ebert Stiftung, Buenos Aires, Argentina, octubre, 2014.

tió el colapso de la Unión Soviética, a saber: a) La llamada *Nomenklatura* o altos dirigentes de la burocracia del partido, el gobierno y las fuerzas armadas, b) La llamada *Intelligentsia* compuesta por educadores, ingenieros, personal de salud, intelectuales), c) El proletariado, al que se incluye las masas de excampesinos, posteriormente asalariados de las granjas estatales. "*La célebre denuncia del estalinismo en el XX Congreso del Partido Comunista, en 1956, marcó el punto culminante en la rebelión de la* nomenklatura *con los métodos terroristas"*[164].

La rebelión juvenil de los años 60 generó sendos movimientos sociales en toda Europa, incluidos algunos países pertenecientes al bloque soviético, pero más cercanos a occidente (Checoslovaquia y Alemania), sin contar con la tradición independentista de Hungría y el nacionalismo polaco y de los países bálticos. En todo este tiempo, el acercamiento con occidente y la propaganda occidental había comenzado a calar en las clases medias soviéticas. Ya habían pasado los años duros del trabajo en la Unión Soviética y ésta contaba con una pujante economía, prácticamente la segunda del mundo. "*Hacia la década del 60, la nomenklatura ya no podía valerse de estas viejas herramientas. Solo quedaba comprar la sumisión de los trabajadores mediante el incremento del consumo y la tolerancia extraoficial de ineficiencias*"[165]

Muchos sectores, sentían que se merecían un bienestar diferente al de gente bien alimentada y bien dormida. Con la muerte del líder, murió también el carisma, se aflojó la represión y crecieron nuevos aires de libertad y movilidad social. Sin embargo, no parecía haber lugar para los deseos de todo el mundo. Por otro lado, los dirigentes de la *nomenklatura*, Gorbachov a la cabeza, habían comenzado una distensión con occidente, particularmente con Europa, la que también quería ponerle un límite a la Guerra Fría de permanente tensión con los soviéticos.

Los que no tenían el control del poder seguían aferrados a su estatus, aunque sabían que no contando ni con el carisma ni con el ánimo represivo de Stalin, pretendieron diseñar alianzas con los otros sectores restantes. Las concesiones entraron en un círculo vicioso, mientras más demandas, más temores y menos capacidad de represión y de concesión. En el ínterin, los precios del petróleo bajaron y las divisas soviéticas tuvieron que reorientar su distribución. "*Los círculos de la intelligentsia disidente se volvieron entonces hacia las dos ideologías radi-*

164 Ibídem p. 58.
165 Ibídem, p. 60

cales que habían sido un anatema para la burocracia soviética: el nacionalismo radical y el individualismo de mercado neoliberal"[166].

En estas condiciones la *nomenklatura* decide tomarse las banderas de la oposición, como son las elecciones parlamentarias, las privatizaciones de empresas estatales y las soberanías. "*Entre 1990 y 1992, la nomenklatura se abocó a desensamblar la URSS, ya fuera en repúblicas y provincias o empresas y sectores industriales. La pérdida de integridad estatal y económica condujo a una proliferación rampante de patologías burocráticas que nunca habían estado ausentes en el pasado*" [167]

En la década de los años 90 el PIB ruso cayó en 54%, mientras que la producción industrial lo hizo en un 60%, incluso mucho más de lo que había caído entre 1940-1946[168].

Entre 1980 y 1991 se produjo una privatización sin precedentes y la antigua Unión de República Socialistas Soviéticas se terminó desintegrando. Después de la segunda guerra mundial y del enfriamiento de la llamada guerra fría, la Unión Soviética había decidido pasar a producir bienes de consumo masivos, como el automóvil, incluso había decidido comenzar a democratizar la sociedad, a través de lo que Gorbachov llamó Perestroika (reformas) y Glasnost (transparencia). Sin embargo, el avanzado nivel de la crisis, el desgaste de la competencia militar y política contra el imperialismo, esto último expresado por el apoyo soviético a los movimientos de liberación del Tercer Mundo, el endeudamiento y el desestimulo interno de una clase trabajadora que empezó a estar subordinada a los directores de empresas y a una franja superior de trabajadores privilegiados, contribuyeron a disminuir la productividad y por ende la competitividad con el mercado capitalista mundial. Finalmente, la Unión Soviética, se desplomó, empujada por los problemas económicos y por el cansancio de las masas que querían mayor movilidad social, mayor y más libre acceso a medios de consumo que observaban en occidente, así como mayor democracia, libertad y democracia política de los ciudadanos y de las repúblicas federadas y autónomas con relación a Moscú.

En 1998 Rusia atravesó una crisis típicamente capitalista del tipo de las que más o menos al mismo tiempo sucedieron en Asia. El rublo se encontraba sobre-apreciado y los importadores hicieron grandes ganancias a la vez que muchos nue-

166 Ibídem, p. 62.
167 Ibídem, p. 67.
168 Joseph, E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Tauros, Argentina, 2003, p. 205.

vos empresarios hicieron grandes préstamos a los bancos. Súbitamente llegó la depreciación del rublo con respecto al dólar y los prestatarios pagaron con rublos que valían la mitad o menos que al momento de recibir los préstamos. Por ese camino Rusia tuvo que sobreendeudarse con el F.M.I. para rescatar a los bancos quebrados, mientras aquellos empresarios habían ya sacado sumas escandalosas hacia los paraísos fiscales. En otras palabras, Rusia entró al mundo capitalista por la peor puerta, la de las estafas financieras.

A juicio de uno de los economistas estadounidenses que trabajó en el Banco Mundial en los momentos de la transición del socialismo al mercado, J.Stiglitz, jefe del Consejo Asesor del Presidente Clinton y vicepresidente *senior* del B.M., la transición en Rusia fue un desastre para la economía y para la población, en gran parte debido a las políticas equivocadas del F.M.I. y del B.M., que olvidaron que hasta en el capitalismo se regula lo que pasa o debe pasar, específicamente porque la liberalización y la privatización se hizo sin que estuvieran listas las instituciones que permiten funcionar adecuadamente al mercado. Al respecto nos dice: *"Los viejos manuales de economía suelen afirmar que la economía de mercado posee tres ingredientes esenciales: precios, propiedad privada y beneficios. Junto con la competencia, ellos aportan los incentivos, coordinan las decisiones económicas y logran que las empresas produzcan lo que los individuos desean al menor coste posible. Pero desde hace mucho se ha reconocido la relevancia de las instituciones: los marcos legales y reguladores son de la máxima importancia para que los contratos se cumplan, para que haya una forma adecuada de zanjar las disputas comerciales, para que cuando los prestatarios no puedan pagar lo que deban haya unos adecuados procedimientos de quiebra, para que se mantenga la competencia, y para que los bancos que toman depósitos puedan devolverles el dinero a los depositantes cuando así lo pidan. Este marco de leyes y organismos ayuda a que los mercados de valores operen de modo equitativo y que los directivos no abusen de los accionistas, ni los accionistas mayoritarios de los minoritarios (…) Las empresas nuevas deben poder comprar terrenos, y eso exige un mercado y un registro de tierra*".[169]

La revolución china como el paradigma del socialismo de mercado

Al igual que Rusia-Unión Soviética, otras revoluciones, entre ellas la revolución china, siguieron el modelo impulsado por Stalin, es decir, una estatización radical, iniciada con el llamado comunismo de guerra, una colectivización forzosa y

169 Josepf Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Taurus, Op.Cit., pp. 199-200.

una planificación centralizada sobre el mercado, acompañada de una represión brutal sobre el campesinado y sobre otros estratos urbanos.

Sin embargo, el caso de China, difiere del de la URSS, pues logró desarrollar exitosamente un capitalismo de Estado bien apadrinado por la dirigencia comunista, en competencia favorable frente a las potencias de occidente, combinando la planificación centralizada con una apertura vigilada de los mercados de bienes de capital y de bienes de consumo masivo. China ha llegado a ser una potencia que compite por el control unipolar de la economía y el poderío político-militar con los Estados Unidos y Europa, y junto con la Federación Rusa forma parte de los famosos BRICS o naciones emergentes en el orden multipolar del mundo globalizado, nos referimos, por su orden de sigla a Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, aunque cada día habría que agregar otros tantos países considerados como emergentes en el orden internacional.

La revolución china nace en 1949 y durante los primeros quince años intenta despegar económicamente sin éxito alguno. En el seno del Partido Comunista se desarrolla una larga batalla entre aquellos que optaban por radicalizar aún más la revolución y los que optaban por reformas liberales que permitieran un despegue de su economía. En 1966 y durante una década, el proceso se radicaliza a través de la revolución cultural encabezada por Mao Tse Tung y las Brigadas Rojas Juveniles; proceso que dura hasta1976, cuando el ala reformista del partido logra girar hacia un socialismo de mercado encabezado por las reformas del secretario del Partido Comunista Chino, Deng Xiaoping.

A finales de los 70 y comienzos de los ochenta, China ha tenido un desempeño y una prosperidad económica expresados por un crecimiento de 9% anual en los últimos 30 años, logrando sacar al pueblo chino de la extrema pobreza, convirtiendo a China, al igual que lo fue la Unión Soviética, en la segunda potencia mundial, después de los Estados Unidos, pero con una desigualdad económica entre las más altas del mundo. Al igual que la Unión Soviética, el socialismo chino, empujado por la competencia con Occidente, a pesar de que su modelo no incluye el pluralismo político, tiene el desafío de evitar convertirse en una típica economía de mercado capitalista: privatización de la economía, economía de mercado abierto, fuerte presencia del capital extranjero, avance de las desigualdades sociales.

Sin embargo, para algunos pensadores, el caso de los países socialistas exitosos, desde el punto de vista económico, como la Unión Soviética en un primer

momento, o como China o Vietnam a partir del momento de sus reformas, parecieran mostrar una vía socialista hacia el capitalismo, más que un socialismo de mercado.

Un autor marxista y simpatizante del modelo chino, como es Samir Amin expresaba todavía en el año 2013: "*Pero en lo que respecta a Rusia, Marx no rechazaba la idea de saltarse la etapa capitalista (véase correspondencia con Vera Sassuliche). Mao comprendió –todavía mejor que Lenin- que la vía capitalista no llevaba a ninguna parte y que la resurrección de China solo podría ser obra de los comunistas (…) "Mao, marxista de espíritu independiente, entendió bien la necesidad de la resurrección de China con respecto a Occidente. Y no solo esto; también entendió perfectamente que esta batalla no había sido ganada de antemano –por la victoria de 1949- y que el conflicto entre seguir la larga ruta del socialismo, condición del renacimiento de China, y el retorno al redil capitalista ocuparía todo el futuro visible"*. [170]

En todo caso, lo que nos interesa es saber que la apropiación de la tecnología universal, la apertura comercial con el mundo capitalista, el concurso de los capitales internacionales y nacionales, la liberalización del mercado interno, pero manteniendo el control absoluto del Estado y de la dinámica de la economía en manos del Partido Comunista, ha sido la vía por la que han optado en mayor o menor grado la mayoría de los países que provienen de un socialismo absolutamente estatizado.

El caso de China es espectacular en cuanto al crecimiento de la economía y al esfuerzo de sacar al pueblo chino de la pobreza. En menos de 30 años y después de una reforma hacia el mercado, China ha alcanzado un desarrollo equiparado a lo que a Europa le tomó más de 250 años, colocándose hoy en día como la segunda potencia a nivel mundial, después de los Estados Unidos.

En lo que respecta a China todo, lo deseable y lo no deseable, tiene extraordinarias dimensiones. En un libro reciente de un empresario español dedicado a China, titulado China 2050, y producto de un conjunto de entrevistas con dirigentes del Partido Comunista Chino, la academia, el mundo empresarial, público y privado, especialistas y pensadores, aparece una semblanza que vale la pena resumir[171]. En 1977 la población rural era de setecientos millones, la mitad tra-

170 Samir Amín, ¿*China es capitalista o socialista*? El Viejo Topo 302/marzo 2013, Es paña, p. 36.
171 Marcelo Muñoz, China 2050, *Los grandes desafíos del gigante asiático*, Editorial Kailas, España, 2011.

bajando en la agricultura, en comunas con baja productividad y en condiciones de trabajo muy duras, en las que la producción no era suficiente para alimentar a más de mil millones de habitantes; a partir de ese año, el campo se organizó en parcelas familiares, con libertad progresiva de cultivos, precio y venta de los productos. Empezaron a proliferar los mercados libres, con oferta de todos los productos agrícolas en mayor abundancia y mejores precios. En 1978, tanto la industria como los servicios, eran ciento por ciento de titularidad estatal o pública, totalmente centralizados, sometidos a planes quinquenales por la dirección política del partido. En 1981, ya se habían liberalizado los sistemas de cultivo y de producción de trescientos millones de campesinos y de otros cuatrocientos millones de habitantes rurales y China se convirtió, en 2010, en el primer exportador mundial de cereales, carne, frutas y hortalizas. En ese mismo año se crearon cinco millones de pequeñas empresas rurales ocupando a sesenta y cinco millones de aldeanos y el ingreso neto por campesino había crecido en 140%. China ha multiplicado su PIB por cuatro en solo treinta años. Ha pasado de ser la potencia económica 120 en 1978 a la segunda en 2010.

Las paradojas del socialismo de mercado

En 2010, la producción agrícola en China se había multiplicado por cuarenta, tecnificado en gran medida, con dos millones de hectáreas cubiertas por invernaderos, cinco millones de hectáreas con sistema de riego por goteo, las empresas rurales empleaban a más de ciento setenta millones de aldeanos. Un excedente de doscientos cincuenta millones de mano de obra rural había encontrado trabajo en la ciudad. En este año, el 70% del PIB procede de empresas privadas, seiscientas mil de ellas con capital extranjero. Las empresas públicas habían pasado de 97% del PIB en 1980 a un 50% en 2000, y a un 30% en 2009. Este proceso de desmantelamiento no estuvo ajeno de traumas sociales.

El ahorro ha facilitado la privatización masiva de las empresas y los bancos, pues muchos ciudadanos lo han invertido en acciones. La exportación y la inversión extranjera ha generado superávit comercial y la mayor reserva de divisas del mundo: cerca de tres billones de dólares, en diciembre de 2010, parte de los cuales corresponden a quinientos mil millones en euros. Cuenta con una red de carreteras de 4 millones de kilómetros, de ellos unos 70,000 de autopistas, con 60% de las presas del mundo, con seis de los mayores puertos del mundo, con el 30% del tráfico mundial de contenedores, 130,000 kilómetros de vías navegables y 180.000 barcos registrados, una red ferroviaria de 80,000 kilómetros[172].

172 Ibídem, Capítulo 1.4. *Desmantelamiento del Estado maoísta*, pp. 59-75.

Sobre el socialismo chino los entrevistados comentan: "*Contrario al neoliberalismo económico y a la idolatría del mercado los chinos defienden la igualdad social, el papel del Estado como garante del bienestar de la mayoría, los impuestos que aseguren los servicios sociales y la redistribución de los bienes, así con el medio ambiente y la lucha contra el abuso de poder y la corrupción*"[173].

Cuando a los chinos se les dice que tal proceso corresponde a una dinámica netamente capitalista, responden: "*Aunque así fuese, las medidas son acertadas, porque estamos saliendo ya de la crisis, con un crecimiento medio entre 9% y 10%, el mayor del mundo. Estamos afianzando el socialismo, con un Estado fuerte con economía de mercado, regulación financiera, actividad económica privatizada en su mayor parte y avances sustanciales hacia el Estado de bienestar. El Estado mantiene un control firme de un sector de la economía y las finanzas (30%/PIB), especialmente en sectores estratégicos, y una regulación de la economía y las finanzas más estricta que la media europea.*[174]

En relación a la Unión Soviética y a otros países que siguieron los pasos del FMI, los economistas conceden una gran importancia a no dejarse llevar por las recomendaciones del F.M.I. Al respecto nos dice Stiglitz, "*No es casualidad que la única nación asiática que eludió la crisis, China, escogiera un rumbo exactamente opuesto al aconsejado por el F.M.I".* [175]

En enero de 2015, el semanario estadounidense The New York Times comenta los avances de la infraestructura china bajo el título: "*Proyectos eclipsan muralla china. China construye un túnel de 36 mil millones de dólares que será el túnel submarino más grande del mundo, cuya distancia es el doble del que existe en el Canal de la Mancha. Además construye el puente más grande sobre el mar de 42.5 kilómetros, el aeropuerto más grande, y el gasoducto más largo del mundo, a lo largo de una ruta que se extiende más de 2,400 kilómetros. La Comisión Nacional de Desarrollo autorizó 115 mil millones de dólares para 21 proyectos de infraestructura, están iniciando un canal interoceánico en Nicaragua por un valor que supera los 50 mil millones de dólares*".[176]

Por supuesto que todo este despegue económico no ha transitado sin costo social alguno. La privatización de empresas produjo solo entre 1995 y 2001, cincuenta y tres millones de despidos, cuando no había casi ningún subsidio de desempleo.

173 Ibídem, p. 77.
174 Ibídem, p. 84.
175 Joseph E. Stiglitz, El malestar en la globalización, Op.Cit. p.182.
176 The New York Times (enero, 2015).

El caso de Vietnam es también muy significativo, por tratarse de un país que en menos de medio siglo y después de haber quedado destruido completamente por las invasiones francesas y estadounidense que destrozaron completamente su economía, hoy se levanta como una pequeña potencia mundial. Hoy en día (2014) Vietnam aparece a la cabeza mundial de la exportación de arroz, sobrepasando a la poderosa China continental y a la cabeza de la exportación de café, sobrepasando al igualmente poderoso Brasil.

Por supuesto que existen otros países asiáticos, capitalistas, como Taiwán, quien en medio siglo pasó de ser un pequeño y empobrecido país de la periferia del sistema capitalista mundial a estar a la cabeza de la exportación de microcomputadoras a nivel mundial.

Habría que preguntarse cuál es el denominador común que explica que dos países pequeños como son Vietnam y Taiwán, uno proviniendo del socialismo estatista y el otro del capitalismo, hayan superado el atraso económico.

Además de lo que dice Piketty, sobre la importancia que reviste la apropiación del capital-conocimiento o capital-tecnología, habría que mencionar el liderazgo del Estado en la planificación, en función de los intereses nacionales así como la combinación de la producción de bienes de capital y de bienes de consumo. En este sentido Piketty parece seguir la tradición neoclásica de la economía mixta que se encuentra desde Knut Wicksell (siglo XIX) hasta Amartya Sen, afirmando este último que todas las economías actuales en el mundo pueden considerarse como economías mixtas, tal como lo señalamos anteriormente.

El caso de la URSS, es decir, el caso de Rusia y del resto de países socialistas de Europa del Este, así como el de otras experiencias socialistas, es diferente, en el sentido de que debido a la implosión de sus economías, la transición del capitalismo de Estado (o socialismo de Estado) a un socialismo de mercado (o hacia un capitalismo más o menos liberalizado), impidió el poder combinar los mecanismos mercantiles del mercado con las ventajas de la planificación centralizada.

En relación a la democracia política, la misma depende en última instancia del desarrollo económico, sobre todo en el sentido de la disposición de tiempo libre que la población necesita para dedicarse a su ejercicio. Como dicen los dirigentes chinos, ¿cuánto tiempo le tomó a Europa y cuánto despilfarro de vidas humanas esclavizadas para alcanzar los estándares democráticos que dicen enarbolar y practicar? Y aun así, las prácticas nazifacistas y el genocidio todavía practicado

en gran escala por la civilización cristiano-occidental contra las naciones y pueblos del mundo entero dejan demasiado que desear en términos de democracia. Esto no nos autoriza a pensar que la humanidad o el socialismo tienen que pasar por el mismo derrotero para enrumbarse hacia una sociedad económicamente igualitaria y políticamente libre y democrática. Sobre las vicisitudes que los países socialistas han pasado inútilmente para intentar transitar hacia una sociedad más libre, las mismas han sido ilustradas por una amplia bibliografía que van desde los testimonios de sus propios dirigentes, hasta la literatura económica universal[177].

2. El control obrero o la economía autogestionaria (YUGOSLAVIA)

Además del control estatal de la economía en su conjunto y de las empresas en particular, existen muchas experiencias de orientación socialista donde el control del mercado se inicia a partir del control de las empresas por parte de los obreros. Si bien es cierto que dentro de las empresas no existe intercambio mercantil, puesto que toda la empresa pertenece a un mismo propietario, sea esta empresa capitalista o estatal, ha sido característico del sistema capitalista el control individual de las mismas por parte de los empresarios, dueños o gerentes.

En este sentido, son muy conocidas las alusiones al ejemplo de la Comuna de París de 1871, donde los trabajadores y el pueblo parisino organizado en la Comuna, gestionaran el poder público existente, así como diferentes funciones, antes en manos del Estado. Igualmente conocidas son las gratas alusiones por parte de los socialistas a la experiencia anarcosindicalista y comunera de los trabajadores españoles durante la guerra civil acaecida en España en la primera mitad del siglo XX.

Para Marx y para la tradición marxista, siempre estuvo dentro del espíritu socialista la necesidad de que las empresas, unidades económicas en general, la economía en su conjunto y el propio Estado, mientras desaparecían sus funciones represivas, fueran dirigidos por los propios trabajadores organizados en Consejos o Comunas.

Al interior de los países capitalistas existe una tradición por parte del campesinado de organizarse en cooperativas de producción o de servicios, así como de parte de los sindicatos obreros de organizarse en colectivos autogestionarios. Algunas de estas experiencias se cuentan por miles y mantienen su vigencia en muchos países.

177 Para el caso de la Unión Soviética y de la misma experiencia de la revolución cubana, y pensando en los lectores latinoamericanos, recomendamos una novela reciente de Leonardo Padura, titulada *El hombre que amaba los perros*. Tusquets editores, Madrid, México, octubre, 2013.

La historia del socialismo registra muchas más experiencias de comunidades autónomas con respecto al Estado, incluyendo la revolución rusa, la que contó entre sus más revolucionarias banderas socialistas la instauración del gobierno de los Soviets de Petrogrado al iniciar la insurrección y la toma del poder por los Bolcheviques, hasta connotar totalmente la identidad del Estado con el gobierno de los Soviets o de los Consejos de obreros, campesinos y soldados. Como es de sobra conocido todas estas experiencias fueron bastante efímeras y no han quedado más que de referencia para la historia de la autogestión obrera.

Ciertamente que el caso de la experiencia autogestionaria y asociativa yugoslava no es el único en el mundo, pero es uno de los más exitosamente logrados en la historia del socialismo de orientación marxista. En Yugoslavia se combinó la estatización con planificación y con la experiencia asociativa, autogestionaria y democrática, única por su envergadura y generalidad en el tiempo y en el espacio. No olvidemos que, al igual que el resto de países socialistas, Yugoslavia desarrolló su experiencia de transformación capitalista y construcción de una sociedad socialista en el marco competitivo y agresivo del resto de países capitalistas del mundo entero. La experiencia federativa de las diferentes repúblicas, que se turnaban para gobernar la federación, la experiencia de las empresas autogestionarias, en su mayoría en manos de los trabajadores, la centralización y planificación de la economía, no fueron obstáculos para las libertades políticas y democráticas, como lo fueron en las experiencias socialistas del mundo entero.

Las empresas autogestionadas por los trabajadores y la Federación de Naciones

Después del triunfo contra el nazi-fascismo, por los partisanos yugoslavos en 1945, nace La República Democrática Federal de Yugoslavia; en 1946 decide llamarse República Federal Popular y, en 1963, República Federal Socialista de Yugoslavia. Bajo el liderazgo de Josip Bros Tito, Yugoslavia decide seguir, y mantiene, una política independiente, tanto de la Unión Soviética y del Pacto de Varsovia, como de los países occidentales y de la OTAN. Yugoslavia queda así constituida por 6 repúblicas (Eslovenia, Croacia, Bosnia y Herzegovina, Macedonia, Montenegro y Serbia, así como dos provincias autónomas), cinco nacionalidades, 4 idiomas y tres religiones, entre ellas un porcentaje significativo de religión musulmana en determinados territorios.

Desde el triunfo contra los invasores externos (1945) y la muerte de Tito (1980), Yugoslavia alcanza niveles de crecimiento y de vida sin precedentes, logrando un crecimiento del PIB de 6,7% y un 91% de personas alfabetizadas.

La Liga Comunista de Yugoslavia y la autogestión obrera yugoslava constituyen, sin lugar a dudas, la experiencia más completa y con mayor grado de permanencia, de lo que podría llamarse un modelo de socialismo autogestionario y federativo, donde se combinó la gestión económica por parte del gobierno central o federado, con la gestión de los sindicatos o grupos autogestionarios, y la gestión social de las comunidades u otras organizaciones, incluyendo a las propias organizaciones partidarias.

A pesar de lo dicho anteriormente, la experiencia yugoslava es de las experiencias menos conocidas dentro de la literatura o la cultura socialista. En parte, ello es debido al peso preponderante que tuvo la concepción leninista o soviética de lo que es, o debería ser, el socialismo. A ello habría que agregar que la revolución yugoslava nace con un nivel de autonomía y de autodeterminación muy marcado, tanto frente al mundo occidental como frente al bloque socialista liderado por la Unión Soviética. Recordemos que Yugoslavia tiene en su haber independentista no solamente la liberación de las tropas nazis durante la segunda guerra mundial y la ruptura con Stalin después de esta, sino un significativo liderazgo en lo que fue El Movimiento de Países No Alineados.

La Liga de los comunistas yugoslavos decide implementar a mediados del siglo XX un modelo autogestionario, donde se estimula no solamente el cooperativismo, tal como pasó en el resto de países socialistas, sino la autogestión obrera. Durante la segunda mitad del siglo XX, prácticamente Yugoslavia logra combinar un sistema caracterizado por la planificación central, la gestión de las empresas en manos de los trabajadores y la utilización de los mecanismos del mercado para orientar la asignación de recursos, la producción y la distribución. En cuanto a la planificación central habría además que agregar que se trataba de una Federación de Repúblicas y Provincias Autónomas, donde varias Naciones, Estados o Regiones autónomas participaban bajo condiciones de igualdad en la planificación global de la Federación. En lo que concierne a la autogestión, las empresas económicas llegaron a controlar la mayor parte de la economía empresarial del país y a generar más del 80% del Producto Social. A diferencia del resto de países socialistas, Yugoslavia mantuvo un mayor grado de apertura al mercado mundial, lo que tuvo sus ventajas y desventajas.

Sin lugar a dudas la experiencia yugoslava constituye la experiencia más democrática alcanzada por las fuerzas sociales hasta ahora conocidas, puesto que se trata de una democracia política, una democracia étnico-nacional y una democracia económica, tanto a nivel nacional y regional, como a nivel de la microeconomía o de las unidades económicas.

De acuerdo a ciertos pensadores la economía autogestionaria tiene las siguientes características. Es un lugar común la definición que propone Jarosa Vanek: "1. *La empresa autogestionaria está controlada y dirigida por quienes trabajan en ella de un modo democrático y compartido, 2. Los ingresos de la empresa son distribuidos entre los trabajadores según los criterios que ellos mismos hayan establecido, atendiendo a las características particulares de cada ocupación, 3. El conjunto de los empleados posee derecho exclusivo a controlar y dirigir la empresa, pero ello no le confiere derecho de propiedad sobre los capitales, sino un derecho a usufructo, y por lo tanto no puede vender ni enajenar el capital, 4. Las empresas autogestionarias funcionan dentro del marco del mercado, en donde las decisiones son tomadas por los agentes particulares (empresa, consumidores, sector público), las autoridades regulan e impiden que el mercado funcione a su libre albedrío, 5. Existe libertad de empleo y los trabajadores pueden abandonar o cambiar de empleo cuando quieran o puedan*".[178]

A partir de la Constitución de 1974, se profundiza el proceso autogestionario. Se crean, además de las empresas autogestionarias, Organizaciones del Trabajo Asociado (OTA), organismos más microeconómicos llamados Organización Básica del Trabajo Asociado (OBTA), los que podían –agrupándose con otros similares– conformar empresas. Así mismo se crean las llamadas Organizaciones Complejas del Trabajo Asociado, conformadas por acuerdos autogestionarios de varias empresas. Finalmente se impulsan y desarrollan las Comunidades de Intereses, expresiones locales que sustituyen y reducen práctica y explícitamente al Estado Central, unidades que llegaron a controlar la mayor parte del gasto social de la Federación. En esa misma Constitución se fortalece la democracia autogestionaria, al conceder mayor poder autónomo y participativo a las repúblicas y provincias, tanto en su interior como a nivel central.[179]

Finalmente y antes de la desintegración de la Federación Yugoslava y de la intervención de las empresas transnacionales primero y de los ejércitos de los países capitalistas después, en la década de los años 90, el mercado capitalista, particularmente el mercado capitalista mundial había socavado los extraordinarios esfuerzos del socialismo yugoslavo por combinar el crecimiento y la equidad, bajo un modelo planificado y autogestionario. Ernest Mandel en el prefacio a uno

178 Jaroslar Vanek, *La economía de participación*, Editorial Amorrortu, citado por Pedro José Gómez Serrano, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1992, p. 76.

179 Para mayor información recomendamos consultar el trabajo de Pedro Gómez, previamente citado. Asimismo puede consultarse el libro de Jovan Djordjevich: *Yugoslavia, Democracia Socialista*, Fondo de Cultura Económica, México ,1966.

de los libros más ilustrativos del drama yugoslavo[180] opina lo siguiente, *"El fracaso yugoslavo tiene dos causas fundamentales: haber recurrido excesivamente a los mecanismos de mercado y al mantenimiento del poder político en las manos de la burocracia. Una de las ideas más extendidas allá donde domina la planificación burocrática es que la única manera de enfrentar su influencia paralizante es recurriendo a la expansión del mercado (en Yugoslavia). La aspiración a la autogestión reforzó este punto de vista. Sin embargo, la experiencia yugoslava muestra más allá de toda duda que el despotismo burocrático es perfectamente compatible con el mercado. El único contrapeso verdaderamente eficaz contra aquel despotismo sería el control, la iniciativa generalizada de los trabajadores/productores/consumidores. La autogestión fragmentada, limitada esencialmente a la empresa, obstaculiza y limita la asociación libre de productores. El costo económico y social de esta fragmentación confirma la actualidad del punto de vista de Marx, en cuanto a la sustancia. "La Asociación" por intermediación del mercado tiende a oponer a los colectivos obreros entre sí; ella es un sinsentido teórico y práctico. Y cuando las fuerzas obreras se dispersan, se disgregan, se disocian, los privilegios y los poderes de la burocracia se consolidan y se afirman*.[181]

Frente al debate y a la realidad de los países socialistas referidos a las causas de su desintegración, presentado por algunos como la opción obligada entre planificación o mercado, valor o precio, centralismo democrático o libertad, burocratización o descentralización mercantil, socialismo de Estado o democracia capitalista, Catherine Samary presenta un punto de vista dialéctico, al afirmar: "*Lo que nos importa aquí se limita a una sola cuestión. La misma puede expresarse desde un punto de vista marxista, o según los conceptos de la economía liberal: ¿debemos admitir o no que los mecanismos del mercado incorporan criterios universales en materia de medición de costos, derroche, necesidades básicas, productividades? (...) El centro de gravedad de nuestra aproximación se ha desplazado de la relación plan/mercado a la cuestión: ¿quién decide, según qué criterios sociales, qué mecanismos institucionales? Y esto tanto en relación al mercado, al plan o a la articulación entre ambos (...) Sin duda, la respuesta no estriba en negar las bondades del mercado, ni los efectos contra-productivos de su superación prematura, sino que el debate deberá centrarse cada vez más en la pregunta: ¿cuál mercado/cuál Estado para satisfacer cuáles necesidades y según cuál modo de apropiación? Como reza el Manifiesto del Partido Comunista:*

180 *Le Marché contre l'autogestion* [El Mercado contra la Autogestión].

181 Ernest Mandel, prefacio al libro de Catherine Samary, Le Marché contre l'autogestion, L'experience yougoslave, Éd. Publisud-La Brèche, París, Op.Cit., pp. 7-8.

'la libre realización de cada uno será la condición de la libre realización de todos' [-y viceversa, diríamos nosotros]".[182]

Es muy ilustrativa al respecto una aclaración que en otra parte de su texto nos entrega Samary, a propósito de lo que entiende por el término *regulador:* "*Nosotros entendemos el término 'regulador', en el sentido amplio (sin vinculación a ninguna 'Escuela' o a los mecanismos (conscientes o no) que aseguran la reproducción del sistema). Y distinguiremos el mercado concebido como regulador de conjunto y la utilización parcial de los mecanismos mercantiles subordinados a diferentes formas posibles de planificación*".[183]

El socialismo yugoslavo sucumbe ante el mercado y es aplastado por Occidente.

Sin embargo, Yugoslavia no estuvo exenta de desarreglos en su economía, pero no fueron estos los que produjeron la desintegración del socialismo autogestionario yugoslavo, sino la invasión más despiadada de los gobiernos imperialistas europeo-estadounidenses.

En la década de los 70, sobre todo a partir de la crisis del petróleo en 1973, Yugoslavia comenzó a tener problemas económicos y cae bajo las políticas crediticias del Fondo Monetario Internacional. Sin Tito a la cabeza, principal líder que mantenía la unidad de las repúblicas yugoslavas, Estados Unidos decide en 1984, bajo el gobierno de Ronald Reagan desestabilizar el país, provocando y fomentando la división inter-étnica, hasta que logra que la antigua Yugoslavia quede completamente desintegrada entre 1991 y el año 2006. La entrada al sistema de mercado capitalista pleno vino por añadidura.

La experiencia Yugoslavia sucumbió y la desintegración de la Federación terminó con aquella experiencia que guardando las diferencias nos recuerda los tiempos de la democracia ateniense. El mercado mundial logró penetrar, endeudar, quebrar a miles de empresas yugoslavas y finalmente imponer internamente la lógica de la competencia y el lucro en la arena internacional. Finalmente, la federación fue intervenida militarmente por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), desmantelando la federación y fomentando el odio y la masacre inter-étnica y entre sus ciudadanos en general, condenando a sus líderes bajo el juicio y criterio de sus enemigos occidentales de Europa y los Estados Unidos.[184]

182 Catherine Samary, Ibid, p. 41. Los corchetes son nuestros.

183 Ibídem, p. 20.

184 Sobre la invasión de la OTAN, puede consultarse el capítulo 3 (Yugoslavia y la reinversión de la OTAN) del libro: La Globalización de la OTAN, escrito por Mahdi Darius Nazemroaya, varias ediciones.

El avance del mercado capitalista a través de la internacionalización y globalización de la economía mundial y particularmente de sus fuerzas de choque, como son las empresas transnacionales, aparece como el principal responsable del retroceso de aquellas experiencias socialistas que han intentado intervenir el mercado y rescatar a la población de sus efectos concentradores y excluyentes. La labor de destrucción que provocan los precios de productos provenientes del mercado mundial, es fácilmente concebible cuando sabemos que en las economías capitalistas desarrolladas no hay prioridades a la hora de distribuir el trabajo social; lo que cuenta es la rentabilidad, independientemente de las necesidades sociales, lo que permite a las empresas dedicarse a los negocios más lucrativos y a competir en mejores condiciones. The best business is business, dicen los empresarios norteamericanos, lo demás corresponde a una ética que pertenece al mercado.

En síntesis, el enfrentamiento principal llevado a cabo a lo largo del siglo XX entre las economías capitalistas y las economías socialistas, tuvo como contrincantes, por un lado, la regulación mercantil por la competencia y el lucro y, por otro, la regulación estatal a través de la planificación de precios y mercados. Además, la propiedad privada de los medios de producción versus la propiedad social, tanto en su expresión estatal como autogestionaria. En este desenlace estuvo presente la extraordinaria fuerza monopólica de los recursos históricos (económicos, tecnológicos y culturales) acumulados por la humanidad, depositados en los países occidentales y controlados por las empresas transnacionales.

Otro factor que merece mayor análisis a la hora de calibrar la superioridad competitiva de los países capitalistas industrializados en el reino de la acumulación económica, es la relación entre el consumo y la inversión. Un país capitalista, colonial o imperialista, no tiene que sacrificar un solo centavo a la hora de decidir si los dedica al consumo de los trabajadores o a la inversión de sus empresas. Pero, un país socialista está obligado por el propio modelo a compartir su renta más equitativamente entre la acumulación y el consumo o bienestar de la población trabajadora. Este factor se combina con el anterior si recordamos que la acumulación primitiva capitalista se hizo sometiendo a la esclavitud a sangre y fuego a la mayor parte de la población colonial, mientras que lo que podríamos considerar como la acumulación primitiva socialista se hizo sacrificando a una parte de la población interna, particularmente al campesinado.

De tal manera que cuando hablamos de mercado a la hora de medir las fuerzas entre el capitalismo y el socialismo, estamos hablando de fuerzas donde la eficiencia competitiva se impone frente a todas las cosas, sin que medien escrúpu-

los o límites morales que no sean los del lucro inmisericorde. No es extraño que un sistema que encontró en el egoísmo individual y el lucro, la forma perfecta para hacer coincidir la moral con el utilitarismo, muestre una mayor temeridad en la competencia en el mercado mundial. Excluir de la competencia cualquier consideración sobre la injusta brecha entre ricos y pobres, es la recomendación que dicta el mercado, a riesgo de perecer en la carrera por el crecimiento.

Y es en esta competencia por los costos más bajos, donde el mercado capitalista logró imponer la superioridad técnico-económica sobre las economías socialistas. Es así que cuando una economía socialista veía disminuida su competitividad internacional, aumentaba su tentación de liberar a sus unidades económicas colectivas de los criterios o trabas sociales que le impidieran competir como lobos en la jungla del mercado. La relajación de estos criterios llevaba consigo el debilitamiento de la propiedad social y el fortalecimiento de la propiedad individual y a la postre el debilitamiento del sistema en su conjunto. En un mundo donde todo tiene un precio, los valores (en sentido moral) son un estorbo.

A pesar de todo y en relación con países de desarrollo similar, sean aquellos capitalistas o socialistas, muchos analistas coinciden en afirmar que los desastres de la globalización y de las reformas económicas de adaptación frente a la crisis capitalista mundial han tenido en Yugoslavia un efecto menos devastador para la población, debido precisamente a la plataforma autogestionaria del modelo yugoslavo. Ello muestra la importancia y además la diferencia que implica un modelo autogestionario, no solamente frente a los regímenes capitalistas, sino también frente a los regímenes socialistas.

Sin embargo, lo que más nos interesa aquí es destacar las lecciones inferidas de la experiencia yugoslava así como la relación entre el mercado nacional y mundial y el modelo autogestionario, especialmente a propósito de la desintegración de la República Federativa Popular de Yugoslavia.

Es significativo que frente a la ofensiva del mercado capitalista contra la planificación de los países socialistas, los países socialistas que todavía resisten, se estén refugiando en una especie de guerrilla económica donde los obreros y sindicatos se hacen cargo de la gestión de sus unidades económicas quebradas. En otras palabras, los ajustes económicos realizados por los países capitalistas frente a las crisis permanentes del mercado mundial, expresados en las privatizaciones, podrían tener como contrapartida en el caso de los países socialistas, una especie de privatización colectiva, llamada desestatización, donde las empresas estatales

pasan a manos de empresas colectivas, autogestionarias en el caso de la clase obrera o cooperativas en el caso de los campesinos. Por otra parte y debido al desempleo generalizado los trabajadores se refugian en el llamado trabajo por cuenta propia, aunque por el momento tal experiencia apenas les resuelve su sobrevivencia.

Esta misma tendencia se observa por parte de los trabajadores y campesinos que viven en sociedades capitalistas, quienes frente al desempleo generado por la globalización excluyente, se convierten en trabajadores por cuenta propia o en cuentapropistas, a la usanza campesina o artesanal, pero con una visión de tomarse los espacios del mercado para recuperar los excedentes que pierden a través del intercambio y formando diferentes tipos de asociaciones para defender sus intereses. Igualmente se aprecia en los países capitalistas un movimiento participativo por parte de los trabajadores, llamado movimiento por la economía social, donde junto a la lucha por el empleo o por el salario, los trabajadores han emprendido la lucha por la gestión o el control de los medios de producción.[185]

Es digno de mencionarse que en países como China y Cuba donde los partidos comunistas de orientación socialista mantienen todavía control político sobre el mercado, pero que han tenido que llevar a cabo reformas económicas que implican la entrada del capital extranjero y la adaptación de sus economías a los mecanismos del mercado interno o a las fuerzas del mercado capitalista mundial, han optado o estén optando por desestatizar la economía, entregando gran parte de los recursos a los trabajadores para ser auto-gestionados por sus propias organizaciones locales.[186]

En el caso de China, más de la mitad de las empresas rurales y urbanas se encuentran gestionadas de una manera o de otra por parte de los trabajadores. El caso de China es significativo por ser el único país que en los últimos años ha mantenido un crecimiento del Producto Interno Bruto de alrededor del 9%, cuando en el mismo período los países capitalistas más industrializados no pasan del 4% en el mejor de los casos.[187] Xulio Ríos, uno de los especialistas contemporá-

185 Véase: Experiencias de la economía social en Italia, España, Brasil y Centroamérica, Ponencias al I Simposio Nacional sobre experiencias y estrategias de economía social, realizado en San José, Costa Rica en marzo del 2000.

186 Sobre la transición en China puede consultarse, Patrick Tissier, La Chine, *Transformations Rurales et Développement Socialiste*, François Maspero, París, 1976.

187 Véase: *El crecimiento de la economía china* en: Xulio Ríos, China ¿Superpotencia del siglo XXI? Icaria, Barcelona 1997.

neos de la economía china, señala al respecto: "*El motor del elevado crecimiento chino no es el empresario privado. Hasta finales de 1994 la economía privada e individual representaba menos del 10% del total nacional. El personaje central del modelo de crecimiento chino es aquel burócrata que ha comprendido la esencia del actual proceso. De lo que se trata es de servirse de las potencialidades del sistema pero sin desmontarlo en absoluto. Son las empresas de propiedad social o colectiva, promovidas por organizaciones sociales, administraciones territoriales e incluso empresas estatales, quienes lideran el boom económico chino. Actualmente representan aproximadamente el 40% de la producción industrial. En el primer semestre de 1996 su crecimiento fue del 17.9% frente al 5.8% de las empresas estatales (...) En 1994 la radiografía de la distribución empresarial presenta el siguiente balance: Empresas estatales = 100 millones de personas en el medio urbano; empresas colectivas = 115 millones en el medio rural; empresas privadas = 26 millones (la mayoría con menos de 9 empleados); empresas privadas con participación extranjera = 20 millones".*[188] Como veremos más adelante, esta situación ha venido cambiando, a medida que la economía china se ha venido privatizando.

En el caso de Cuba, país eminentemente agrario, se decide a partir de 1993 entregar gran parte del capital agrícola a los sindicatos obreros, con el objetivo de conformar las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC), para ser autogestionadas por los propios trabajadores. Las UBPC han llegado a controlar en los últimos años alrededor de la mitad de la tierra nacional. Entre las medidas de la llamada reforma económica en Cuba llama la atención el mismo fenómeno de desestatización que observamos en China. En la primera década del siglo XX se implementan una serie de medidas encaminadas a liberar la economía, manteniendo la producción y el intercambio, siempre bajo la tutela de los órganos de planificación. Hay que señalar que esta liberación de parte del mercado no solamente obedece a criterios o necesidades económicas, sino a presiones políticas por mejorar el acceso a bienes mercantilizados, así como a mejores ingresos, lo que equivale a un mejor nivel de vida, independientemente de la diferenciación social que ello conlleva y que no es ajeno al conocimiento de la dirección del partido comunista cubano.

188 Ibíd., p. 28.

3. El socialismo en los pequeños países periféricos (CUBA)

La reflexión y la experiencia sobre la ley del valor acaecida en la URSS, se repitieron de una u otra manera en el resto de países socialistas, en tránsito hacia el socialismo u orientados por el socialismo. En América Latina resalta el caso de Cuba, primer país socialista de América y defensor férreo de las ideas del socialismo. En Cuba la polémica sobre la ley del valor se conoció a través de la discusión o disyuntiva entre el cálculo presupuestario y el cálculo económico. El caso cubano es muy ilustrativo, entre otras cosas, porque estamos hablando de un país donde la propiedad estatal o socialista alcanzó niveles incomparables con los de la URSS de la época de Lenin, cosa que según los teóricos soviéticos era una de las causas principales que impedía la eliminación de la ley del valor.

La revolución cubana triunfa en 1959 y después de la invasión yanqui a la isla en 1961, el gobierno encabezado por Fidel Castro, decide enrumbar a Cuba por el camino del socialismo. Cuba estatizó y centralizó prácticamente toda la economía, salvo algunas posesiones campesinas. El desarrollo social de una pequeña economía, como la cubana, es un hecho sin precedentes en América Latina, sólo comparable con el desempeño de la economía costarricense, después de la revolución de José Figueres en 1948. La producción de médicos, maestros y deportistas, es relativamente una de las más altas del mundo; se logró el pleno empleo, se disminuyó la desigualdad social como solo se había logrado en la Unión Soviética. Pero quizás donde más brilló el potencial que tiene el socialismo como sistema alternativo al capitalismo fue en los niveles de solidaridad del pueblo cubano para con sus hermanos del Tercer Mundo.

Uno de los actos más audaces y solidarios de la revolución cubana fue el apoyo a los esfuerzos de liberación del pueblo angolano, cuando recién independizado de Portugal fue invadido por tropas sudafricanas. Un pequeño país de siete millones de habitantes, batallando por salir del empobrecimiento de su economía, bloqueado y amenazado permanentemente por el imperialismo estadounidense, envió 35,000 combatientes guerrilleros a defender Angola donde murieron alrededor de 2,000 cubanos.

Además de ese hecho sin precedentes, el pueblo cubano se comprometió prácticamente con todos los movimientos guerrilleros de América Latina, además de otros movimientos en varios países africanos y asiáticos, enviando combatientes, médicos, maestros, alimentos, recibiendo enfermos y entrenando guerrilleros para combatir las invasiones imperialistas de los Estados Unidos. Hoy en día, y

gracias a la solidaridad cubana y venezolana, millones de habitantes latinoamericanos se han alfabetizado o recobrado la vista gracias a las masivas campañas de operaciones totalmente gratuitas, es decir, totalmente desmercantilizadas. Y en todas estas acciones, cualquier motivación política, moral o ideológica podría esgrimirse menos la motivación del lucro, como pasa en el resto del mundo capitalista.

El debate sobre el cálculo económico y el cálculo presupuestario

En el caso de Cuba, la polémica sobre la ley del valor estuvo protagonizada en Europa por Charles Bettelheim y Ernest Mandel, y en Cuba por Ernesto Che Guevara y otros compañeros cubanos, tales como Carlos Rafael Rodríguez y Humberto Pérez, entre otros. Tanto unos como otros conocían la discusión de los años veinte en la Unión Soviética, así como los peligros de uno u otro de los extremos: el despilfarro, la caída de la productividad y la incompetencia con el capitalismo al prescindir y violentar la ley del valor, o la tendencia hacia la restauración del capitalismo por la vía de la economía al abusar de las relaciones monetario-mercantiles. En los pensadores cubanos era necesario admitir e incluir una fórmula que combinara la aplicación de la ley del valor, sobre todo en las empresas no estatales, con una mayor planificación en las empresas estatales y en la economía en su conjunto. Todo esto pudo mantenerse mientras la revolución cubana y sus transformaciones sociales fueron subsidiadas por la propia Unión Soviética, pero a partir de la caída del socialismo europeo, Cuba tuvo que enfrentarse a la realidad generada por las propias limitaciones económicas de un país atrasado económicamente.

En Cuba la polémica comenzó con las posiciones y medidas aplicadas por el Che, combinando lo que en aquel momento se llamaba cálculo económico o autogestión financiera con el cálculo presupuestario. (Cuando Bettelheim y el Che se referían al cálculo económico, en oposición al cálculo presupuestario, se estaban refiriendo en realidad al cálculo monetario expresado por los precios de mercado y la competencia entre las empresas).

En un trabajo que data de 1963 el Che relataba el camino seguido y el problema de lidiar con los precios internos, bajo un contexto internacional capitalista: "*En Cuba, frente a la carencia de mercancías se hubiera producido inmediatamente un proceso de aumento de los precios en el mercado y se hubiera nivelado nuevamente la relación de oferta y demanda. Pero establecimos rígidas congelaciones de precios, manteniendo un sistema de racionamiento en el cual el valor real*

de las mercancías no se puede expresar a través del mercado, el que tiene ahora distintas características (...) ¿Cómo hacer para que los precios coincidan con el valor? ¿Cómo manejar conscientemente el conocimiento de la ley del valor para lograr el equilibrio del fondo mercantil por una parte, y el reflejo fiel en los precios por otra? Este es uno de los problemas más serios planteados a la economía socialista (...) La autogestión financiera se basa, en grandes líneas, en establecer controles globales, reflejarlos a través de las finanzas, hacer de los bancos órganos de control primario de la actividad de la empresa y desarrollar adecuadamente el estímulo material de manera que, sometido a las reglas necesarias, sirva para provocar la tendencia independiente al aprovechamiento máximo de las capacidades productivas, lo que se traduce en beneficios mayores para el obrero individual o para el colectivo de la fábrica. En este sistema, los créditos otorgados a las empresas socialistas se cobran con interés, como medio de acelerar la rotación de los productos. (...) En la gestión de la empresa presupuestaria consideramos que el costo de producción es el elemento fundamental que hará que pueda el administrador de la unidad, la empresa o el ministerio, observar inmediatamente y a grandes rasgos el funcionamiento de la unidad productiva (...) El costo sería el que realmente daría el índice de la gestión de la empresa; no importa que éstos fueran mayores o menores que el nivel de los precios del sector socialista o, incluso, en determinados casos aislados, a los que se vendiera el producto al pueblo, ya que lo que interesa es el análisis continuado de la gestión de la empresa, a través de un determinado tiempo, medido por su éxito en rebajar los costos. En el precio se reflejaría, en este caso, el análisis automático de la rentabilidad en relación con los precios mundiales".[189]

El Che estaba consciente de las implicancias para la economía de querer intervenir la ley del valor y el mercado mismo, pero estaba mucho más consciente del peligro que significaba dejar al mercado sin una planificación adecuada, o dejar a las empresas actuar con los mecanismos propios de una economía de mercado, aunque ésta fuera regulada por el Estado socialista. Al respecto y en un discurso en Argelia sobre la planificación, el Che nos recordaba la contradicción de caer en otro de los extremos entre la necesidad de la planificación para construir el socialismo y al mismo tiempo las condiciones objetivas imprescindibles para hacerlo: "*Nosotros copiamos mecánicamente experiencias de países hermanos, y eso constituyó un error, no muy grave, no de los más graves, pero un error que frenó el desarrollo espontáneo, el desarrollo libre de nuestras fuerzas, y contribu-*

189 Che Guevara, *Consideraciones sobre los costos*, en: Investigación Económica, Revista de la facultad de económica de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México, p. 204.

yó peligrosamente a uno de los fenómenos que más deben combatirse en una revolución socialista: el burocratismo (...) Nosotros aprendimos en la práctica que no se puede forzar la planificación mientras las condiciones económicas objetivas no lo permitan".[190]

Los criterios cubanos utilizados para recorrer un camino diferente al de la URSS en cuanto a la utilización del cálculo presupuestario sobre el cálculo económico se desprende de los siguientes argumentos del Che Guevara, citados por un economista brasileño (Paul Singer) en un libro dedicado a los problemas de la economía planificada: "*Cuba, por ejemplo, optó por la gestión totalmente centralizada, pese a los resultados que tuvo en la URSS, por una argumentación al mismo tiempo política y empírica. A cierta altura Guevara dijo: "En Cuba hay menos fábricas que en la ciudad de Moscú. ¿Por qué no administrarlas centralmente? Nuestra población es de solo 7 millones, y las opciones son concomitantemente limitadas. Tenemos capacidad de administrar esto en forma central. La extensión del país es pequeña y tenemos buenas vías de comunicación. ¿Entonces por qué descentralizar? ¿Por qué emplear métodos capitalistas que dividen al pueblo*?[191]

La importancia de las condiciones objetivas para poder intervenir el mercado y obtener los resultados deseados, es asimismo enfatizada por Bettelheim: "*El negarse a reconocer que hay razones objetivas para que subsistan todavía las categorías mercantiles en el interior del sector productivo, o querer "exorcizar" esta realidad en nombre de una imagen abstracta y "pura" de la sociedad socialista, es llevar al despilfarro, es retardar el desarrollo de la economía socialista y, por consiguiente, el momento en que desaparecerán las categorías mercantiles, porque habrá sonado efectivamente la hora de su desaparición (...) Una forma específica de dualidad de las relaciones de producción se encuentra en el origen de la dualidad de los tipos de cálculo económico (cálculo económico directo, en valor de utilización y en tiempo de trabajo concreto; cálculo económico indirecto, en moneda, en precio y en trabajo abstracto) (...) La necesidad para la construcción del socialismo de la intervención de los niveles políticos e ideológicos sobre el nivel económico es una característica general de todos los períodos de transición pero, como ya sabemos, es particularmente imperiosa en lo que concierne a la transición del capitalismo al socialismo, puesto que la propia finalidad de esta transición debe ser el sometimiento permanente del desarrollo de la economía al*

190 Che Guevara, *Discurso en el Seminario sobre Planificación en Argelia*, 13 de julio de 1963, en *Escritos y Discursos* t. 7, Editorial Ciencias sociales, La Habana Cuba 1977, p. 81.

191 Ernesto Che Guevara, citado por Paul Singer, *Economía Planificada,* en Curso de Introducción a la economía política, Editorial Siglo XXI, 7ª edición, México, 1986, p. 254.

dominio de las otras instancias o escalones de la formación social, y de aquí la desaparición de la pseudo-independencia del nivel económico tal como se expresa a través de la auto-regulación por la ley del valor".[192]

Posteriormente y sobre las implicancias de la aplicación de la ley del valor a la economía cubana, Fidel concluía: *"Interpretando idealistamente el marxismo y apartándonos de la práctica consagrada por la experiencia de los demás países socialistas, quisimos establecer nuestros propios métodos. En consecuencia se estableció una forma de dirección que se apartaba tanto del cálculo económico, que era generalmente aplicado en los países socialistas, como del sistema presupuestario impulsado por el Che, acompañado por un nuevo sistema de registro económico, que fue precedido por la erradicación de las formas mercantiles y la supresión de los cobros y pagos entre las unidades del sector estatal (...)Y al no tomarse en cuenta la retribución con arreglo al trabajo, el exceso de dinero circulante se incrementó notablemente ante una escasez de oferta de bienes y servicios, lo que creó condiciones favorables y el caldo de cultivo para el ausentismo y la indisciplina laboral*".[193]

A mucha distancia de la propuesta leninista en ocasión de la NEP, la propia revolución cubana se vio obligada a reutilizar los mecanismos de la ley del valor, aunque con una dirección consciente que permitió el traslado de excedentes hacia la satisfacción a corto, mediano y largo plazo de las necesidades integrales de la revolución. Al respecto y sobre las diferencias entre los planteamientos del Che y los mecanismos finalmente aplicados por la revolución cubana para rectificar los primeros intentos de domesticación de la ley del valor, se pronuncia un cuadro de dirección económica de la revolución cubana; se trata del discurso de Humberto Pérez en ocasión del Congreso Constituyente de la Asociación de Economistas Cubanos: *"Si dejamos a un lado las disquisiciones teóricas acerca del mayor o menor alcance de la Ley del Valor en el socialismo (cuya vigencia no negó de manera absoluta el Che) y sobre el carácter mercantil o no de los productos que se intercambian entre las empresas estatales, ¿dónde residen las diferencias prácticas y concretas entre lo que planteaba el Che como posible forma de organización más adecuada de la economía y los mecanismos que hoy estamos aplicando? Mientras en el Sistema de Financiamiento Presupuestario planteado*

192 Charles Bettelheim, *La transición a la economía socialista*, en Investigación Económica, Op. cit., p.195.

193 Fidel Castro, *Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*, 1975, en: Investigación Económica, Op. cit, p. 129.

por el Che, la empresa no contaba con fondos financieros propios y no estaba obligada a compatibilizar sus gastos con los ingresos que obtuviera, puesto que los recursos para sus egresos por los distintos conceptos le eran asignados directamente por el presupuesto y situados en el banco específicamente con ese destino, y ella entregaba directamente al Presupuesto los ingresos que obtenía producto de la venta de su producción o de sus servicios, en el sistema que hoy aplicamos la empresa cuenta con fondos propios para resolver una parte de sus gastos (no todos porque los gastos para inversiones le son asignados directamente por el Presupuesto). Debe además cubrir la totalidad de sus egresos con los ingresos que le produzca la venta de su producción o de los servicios que preste, debiendo obtener como norma una determinada ganancia, la mayor parte de la cual ingresa al presupuesto, aunque puede retener una parte de esta ganancia, como estímulo a la mayor eficiencia de su gestión siempre que cumpla determinados indicadores de interés social que le son impuestos centralizadamente y de manera directiva. Estos son, por ejemplo, el plan de producción en cantidad, surtido y calidad; el plan de incremento de la productividad del trabajo y el plan de reducción de sus costos de producción. No significa que en el Sistema Presupuestario no tuviera importancia la ganancia y la rentabilidad: en los rudimentos más elementales de la ciencia económica está, como algo insoslayable, la necesidad de que exista un excedente en el proceso de producción que permita la reproducción ampliada, es decir, que permita que cada año podamos no sólo reponer lo que hemos consumido tanto en medios de producción como en medios de consumo, sino, además, ampliar la producción y solventar los gastos de la llamada esfera improductiva. (...) La diferencia entre un sistema y otro estriba en que para el Che esa rentabilidad no debía medirse como diferencia entre los ingresos y egresos a nivel de cada empresa, de cada unidad. En ese nivel se mediría en relación a los costos, como avance de la productividad y la rentabilidad relativa sólo sería un índice, puesto que lo que interesa es la rentabilidad general del aparato productivo de todo el país. En el sistema que ahora aplicamos, y en coincidencia con el Che, en la importancia priorizada de la rentabilidad global de toda la economía, se lucha por el aumento de la productividad y la reducción de los costos. Para lograr esos fines, se parte del criterio de que si la economía en su conjunto debe tener un excedente, cada empresa y unidad, como partes integrantes de esa economía, deben aspirar a producirlo, a ser rentables y a aportar una parte proporcional de esa rentabilidad total, midiendo esa rentabilidad a nivel de cada empresa y unidad, a partir de la relación entre ingresos y gastos al final de cada período, y utilizando una pequeña parte de la ganancia obtenida para

premiar a los colectivos de trabajadores según el grado en que cumplan el plan en todas sus categorías y según su aporte a la economía nacional".[194]

Hoy, la relación de precios con el mercado capitalista mundial y la orientación de gastos con criterios sociales para mantener la equidad al interior de la sociedad cubana, amén de los gastos militares y de los estragos del bloqueo comercial norteamericano, siguen erosionando la productividad de dicha economía. Al mismo tiempo, los vectores monetario-mercantiles siguen perforando los muros de contención de la economía social, en tanto que el regulador consciente, se esfuerza ex-ante y ex-post en frenar, neutralizar o prevenir la diferenciación social causada por la ley del valor a nivel internacional, la que aqueja en mayor o menor medida a todas las economías del mundo entero, sean éstas socialistas o capitalistas.

Las limitaciones de las economías socialistas subsidiadas

Tal como lo señalamos anteriormente, el caso de Cuba es muy significativo, entre otras cosas, porque la economía socializada cubana logró concentrar en manos del Estado más del 90% de los recursos, siendo quizás el país que más largo ha llegado en cuanto a la propiedad social de los medios de producción en forma estatizada, además de contar con la dirigencia que ha enfrentado con más beligerancia los vicios de la burocratización, factores ambos que se esgrimen con frecuencia a propósito de las causas del derrumbe del socialismo soviético. Decimos derrumbe porque no fueron los panzers alemanes o los marines gringos, ni una burguesía privada interna la que dio al traste con el socialismo soviético, sino la extralimitación prematura en la intervención del mercado, cuando el aparato productivo no tenía todavía los excedentes necesarios como para no preocuparse por la reproducción ampliada de la economía.

Los ajustes que actualmente se están llevando a cabo en Cuba para enfrentar los problemas de la economía, especialmente a raíz del colapso del socialismo en el ex-bloque soviético, muestran la agresividad del mercado y de las tendencias monetario-mercantiles para disputarle al Estado, a la voluntad de gran parte de la sociedad en su conjunto, los excedentes que aquellos le estaban disputando al mercado; entendiendo por mercado no solo las normas de competencia interna, sino también el régimen internacional de precios, movilidad y penetración del capital extranjero, factores éstos que contribuyen fuertemente a la concentración

194 Humberto Pérez, Discurso de clausura del Congreso Constituyente de la Asociación Nacional de Economistas de Cuba, en Investigación Económica, Op.cit., p. 211.

privada de los recursos y a una férrea competitividad por parte de las empresas cubanas para no ser desplazadas del necesario comercio internacional.[195]

Si tuviéramos que optar por la causa principal en última instancia de la hegemonía del mercado capitalista mundial y los estragos padecidos por los países socialistas en lucha contra el sistema capitalista, utilizaríamos la vieja preocupación de Preobrazenski cuando afirma: "*Si aplicáramos a la URSS los precios mundiales, dos tercios de nuestra industria se encontrarían eliminados a causa de su situación deficitaria y de su carácter no necesario desde el punto de vista de la división mundial de trabajo con base capitalista. Nuestra agricultura se resentiría profundamente a largo plazo al transformarse el país en una semi-colonia agrícola del capitalismo mundial*".[196]

Resulta entonces que siendo importante el peso de la propiedad social sobre los medios de producción, es insuficiente para desentenderse completamente de los efectos de la ley del valor, la que se expresa a través de las variables precios, oferta y demanda, no solamente al interior de un país, sino en los espacios de inserción internacional donde tales países tienen que participar. Permanece la vieja advertencia de Marx sobre el peso significativo que tiene en última instancia el famoso desarrollo de las fuerzas productivas, a las que las relaciones sociales de producción deben subordinarse. Ya ha sido señalado por algunos estudiosos de la transición el costo que tiene acelerar la socialización o colectivización desde el punto de vista social, sin contar con el mismo avance técnico-económico. Al respecto nos dice Tépich: "*En los países que se proponen una transformación socialista existen prácticamente dos movimientos a realizarse, en forma paralela pero no idéntica: a) de la agricultura campesina a una agricultura industrial, b) de la explotación privada a una explotación colectiva. Si el segundo movimiento avanza más rápido que el primero, lo que resulta es una economía campesina multiplicada*".[197]

Y cuando se habla de desarrollo de las fuerzas productivas no es suficiente pensar en procesos industriales. Igualmente cuenta el desarrollo de las fuerzas productivas humanas, o dicho de otra manera, el grado de productividad alcanzado por una y otra relación social de producción. Un ejemplo significativo de la superioridad, en términos de productividad, se observa en el caso de las economías campesinas dedicadas a la producción de alimentos, así como a su agresividad a

195 Véase: Carlos Tablada Pérez, *Acerca del Pensamiento de Ernesto Che Guevara*, Universidad de La Habana, Cuba, 1987.

196 Preobrazenski, citado por Catherine Samary en *Le marché contre l´autogestion*, L´experience y*ouoslave, Éd. Publisud-La Brèche, París, 1998,* p. 31. (Traducción del autor).

197 J. Tépich, *Marxisme et Agriculture,* Armand Collin, París, 1973, p. 75. (Traducción del autor).

la hora de competir con formas sociales de mayor escala, sean estas capitalistas o socialistas. Existen suficientes estudios y experiencias que nos han mostrado la fuerza que tienen las diferencias de productividad de las pequeñas economías campesinas privadas, para minar el marco forzado de los esfuerzos de colectivización o de la planificación de precios, aún y cuando las cooperativas hayan accedido a una mayor aplicación tecnológica.[198]

La transición controlada hacia un socialismo con mercado

La verdad es que a partir de 1987 y después de 30 años de socialismo subsidiado (59-89) se inicia en Cuba un lento aunque *sin pausa* proceso de privatización y liberalización del mercado que hasta ahora no se ha detenido y que busca enfrentar la caída de la producción y con ello el bienestar social. Al respecto nos dice uno de los investigadores cubanos que observan desde la izquierda la transición del socialismo cubano hacia una economía socialista de mercado, pero direccionada por el Estado y el Partido Comunista: "*La desintegración del bloque económico este-europeo y posteriormente de la URSS, significó un golpe severo para la economía nacional. Entre 1986 y 1989, la economía había permanecido prácticamente estancada y desde 1990 se inició una brutal declinación que hacia 1993 alcanzó una contracción acumulada del PIB alrededor del 40%. La situación del sector externo era aún más compleja, pues súbitamente el país había perdido el 85% de sus mercados tradicionales -regularmente mercados preferenciales-, la casi totalidad de sus líneas de crédito a largo y mediano plazo, y sus principales fuentes de provisión tecnológica. La capacidad importadora de la economía nacional se redujo en dos tercios*"[199].

Desde 1992 se comenzó a reconocer en ciertos sectores la propiedad privada y en 1993 se autoriza el uso y la tenencia de dólares estadounidenses. Una de las investigadoras de la universidad de La Habana y miembro del consejo editorial de la revista Temas, nos dice en el año 2008: "*Entre las medidas fundamentales que integraron el paquete de reformas puesto en práctica hacia 1993 se incluyeron: apertura al capital extranjero; entrega en usufructo de tierras estatales a cooperativas y familias; creación del mercado agropecuario; legalización de la circulación de divisas y de las empresas familiares; sustitución de la estrategia azucarera por*

198 Véase el estudio realizado sobre la experiencia creciente en los espacios de producción e ingresos de las unidades campesinas frente al resto de la economía, una vez que aquellas unidades han comenzado a ser permitidas en diferentes países socialistas: Orlando Núñez, *La Unidad Familiar Campesina revierte el Proceso de Colectivización*, CIERA, mimeografiado, Managua, 1983.
199 Haroldo Díaz Alfonso, *Cuba: el rumbo de una transición incierta*, Socialist Register, USA, 1999 (exinvestigador del Centro de Estudios de América CEA).

la priorización de sectores claves para la captación de divisas (turismo, biotecnología, explotación niquelífera y petrolera); ampliación de las autorizaciones al empleo por cuenta propia, implantación del sistema de estimulación al trabajo en divisas en actividades seleccionadas; reestructuración y reducción del aparato administrativo estatal; aumento de la descentralización en la toma de decisiones económicas; mayor espacio para la distribución a través del mercado"[200].

Según algunos investigadores, existirían tres corrientes ideológicas, a saber, la estatista, la economicista y la autogestionaria[201]. La verdad es que los cambios en la economía van más rápido que las discusiones sobre el derrotero a seguir en el socialismo cubano.

En enero del año 2014, uno de los más lúcidos intelectuales cubanos (Premio Casa de las Américas), el escritor Fernando Martínez, señalaba los aspectos culturales y axiológicos de la crisis que vive Cuba, actualmente, en los siguientes términos: *"La despolitización y la conservatización están a la orden del día: la conservatización compite por ser la rectora de los valores y del buen gusto, de la imagen social y de los criterios, del juicio que cada quien se forme acerca de sí y de los demás, de la concepción del mundo y de la vida en nuestra sociedad. Este cáncer es pariente cercano de otro mal que nos corroe, de apariencia más moderna: el enorme consumo de productos culturales norteamericanos. Por ejemplo, a través del consumo de un alud interminable de materiales se intenta norteamericanizar a cientos de millones en todo el planeta, en cuanto a las imágenes, las percepciones y los sentimientos"*.[202]

Hasta ahora, todos los comentaristas de izquierda coinciden en que el proceso de ajuste, privatización y liberalización de precios en Cuba, no se vincula a los procesos de ajuste estructural impuestos en América Latina por el Fondo Monetario Internacional (FMI). El Estado cubano procura mantener los logros sociales de la revolución en salud, educación, empleo, vivienda, deporte, cultura, igualdad social en general, siendo una de las más altas de América Latina. Tampoco niegan la erosión que los mecanismo mercantiles están haciendo sobre el tejido social de la sociedad cubana en cuanto a diferenciación social o en cuanto al peso que

200 Mayra Espina, *Viejas y nuevas desigualdades en Cuba*, Nueva Sociedad, No. 216m julio-agosto, Buenos Aries, 2008.

201 Cfr. Camila Piñeiro Harnecker, *Visiones sobre el socialismo que guían los cambios actuales en Cuba*, en Temas, No. 70, abril-junio, La Habana, 2012, p. 134.

202 Fernando Martínez Heredia, *La despolitización y el conservatismo a la orden del día*, en: Revolución, cultura y marxismo, "Catalejo", Comparecencia ante la Unión de Periodistas de Cuba, La Habana, 2014.

están adquiriendo los empresarios extranjeros, los tecnócratas de las empresas estatales o los cuentapropistas en toda la escala de la estratificación social. Hasta ahora, Cuba mantiene la tarjeta de racionamiento, es decir, un componente significativo de la canasta básica a precios de la economía socializada, lo que implica un fuerte subsidio a la población, independientemente del trabajo aportado por cada ciudadano; es decir, una asignación y redistribución de recursos independientes de la productividad del trabajo y del trabajo mismo, dicho de otra manera, bajo el criterio de a cada uno según sus necesidades. Es decir, una distribución completamente desmercantilizada y cuyos costos son subsidiados por la economía en su conjunto. Esto significa un componente superior de desmercantilización a la mayoría de los países capitalistas, incluidos los países socialdemócratas escandinavos del norte de Europa. Sin embargo, el problema reside en que las expectativas de la población están influenciadas por el nivel de vida de los países capitalistas, mejor dicho por la vitrina opcional que muestra el capitalismo en sus escaparates, independientemente del número de pobladores que acceden a la mayoría de las mercancías ahí exhibidas.

En términos de política económica, Cuba enfrentará el riesgo de enrumbarse hacia un socialismo de mercado, dada la política permisiva hacia los grandes capitales extranjeros, empezando con la industria turística, así como la apertura mercantil a pequeños y medianos productores, transportistas, cuentapropistas, comerciantes y servicios en general, en todas las ramas de la economía. En una reciente publicación, denominada *La guía del cuentapropismo,* se consigna la libertad para ejercer todo tipo de actividades privadas. Ahí aparecen 201 actividades a las cuales se pueden dedicar los ciudadanos cubanos, como las facilidades para su gestión, arrendamientos, créditos, otros. También, en el mismo manual, están las responsabilidades entre las cuales está el pago de impuestos al Estado. Sabemos que los impuestos constituyen uno de los mecanismos que tiene el Estado para regular precios y contribuir a través del fisco a la equidad social.[203] En el año 2014 se registran en Cuba alrededor de 500,000 trabajadores por cuenta propia.

Otra de las causas, además de la propiedad privada, que se señalan como escollos para la aplicación de un regulador consciente o de la planificación exitosa de la economía, es el carácter parcial del control de la gestión económica, la que se ha limitado en la mayoría de los países a la planificación del Estado o de la burocracia gubernamental. Sobre esta misma temática y para el caso de Cuba nos

203 *Guía del cuentapropista*, Edición Especial, Finanzas al día 3, La Habana, 2014, Texto impreso de Internet.

dice uno de los investigadores cubanos contemporáneos: *"Desde finales de 1993 se viene desarrollando en Cuba una profunda reforma a la tenencia del suelo que obligatoriamente modifica el anterior régimen mixto agrario, especialmente la forma estatal predominante, que se fue conformando durante más de tres décadas. La diversificación de la forma de tenencia y explotación del suelo -la preferencia por la colectivización de las tierras estatales y del posterior reparto de tierra en explotación individual, y la formación de un nuevo tipo de economía mixta agraria, son los rasgos más sustantivos de la reforma estructural en la agricultura"*.[204]

A finales del año de 2014, apareció un texto que a nuestro modo de ver resume el pensamiento de la dirigencia cubana. Se trata de una entrevista a José Luis Rodríguez, ministro de Economía de Cuba entre 1995 y 2009. Ante la pregunta *¿Hacia dónde va Cuba y cuál es el modelo económico elegido, el exministro responde? "En primer lugar se mantiene la propiedad social sobre los medios de producción fundamentales -es decir- los que resultan determinantes para el desarrollo del país. Se establecen límites al desenvolvimiento de la propiedad no estatal al reducir su capacidad de acumulación y se asegura la prestación de servicios sociales básicos universal y gratuitamente: Al mismo tiempo, se abren espacios a la pequeña propiedad privada –como autoempleo o trabajo por cuenta propia-, la propiedad cooperativa agropecuaria y no agropecuaria y las empresa mixtas con capital extranjero. Se parte así del concepto que otras formas de propiedad no estatal pueden contribuir al desarrollo del país, sin ser predominantes y si se les encauza adecuadamente, es decir, sin que se conviertan en preponderantes (...) Este es un cambio significativo, pero a él se ha llegado partiendo de que –por un lado- una propiedad estatal únicamente no asegura el éxito del socialismo en la fase de construcción socialista en que nos encontramos; por otro lado, durante años se trató de seguir ese camino y el balance no ha sido favorable (…) Por último hace ya tiempo que la teoría marxista llegó a la conclusión de que la existencia de relaciones de mercado en el socialismo obedece a un determinado grado de desarrollo en el cual no puede socializarse directamente el trabajo individual de los productores, y se requiere de las categorías mercantiles para hacerlo. Por lo que se impone la necesidad de reconocer esa realidad si queremos avanzar a un desarrollo más racional. Eso no significa que la presencia de las relaciones de mercado –en el grado en que las mismas se reconocen- no tenga que ser monitoreadas y sometidas a control social para compensar sus efectos socialmente negativos. Lo dicho anteriormente da una idea de que en nuestras condiciones esto es lo que puede asegurarnos un desarrollo socialista posible de acuerdo a*

204 Véase: Víctor M. Figueroa, *El Nuevo Modelo Agrario en Cuba Bajo los Marcos de la Reforma Económica*, en UPBC, Desarrollo Rural y Participación, Universidad de La Habana, Cuba 1998.

las circunstancias de subdesarrollo en que se desempeña nuestra economía, aunque –desde luego- no es nada sencillo"[205]. Según esta misma fuente, a mediados de la década del 2000 se estimó un compromiso de inversión extranjera de 4,200 millones de dólares, de los cuales 42% se han concentrado en el turismo, 13% en minería, 10% en la industria manufacturera, 7% en alimentación, 6% en la construcción, 25 en agricultura y 12% en otros rubros menores.

A finales del año 2014, el Presidente de los Estados Unidos, Barak Obama y el Presidente de Cuba, Raúl Castro, firmaron un acuerdo para restablecer las relaciones diplomáticas entre ambos países, entre otras cosas por la solidaridad del bloque latinoamericano y del apoyo de la casi totalidad de los países del mundo que año con año votan en contra el bloqueo que Estados Unidos ha mantenido frente a Cuba. Además se han abierto las negociaciones para disminuir el bloqueo, incrementando las relaciones comerciales y de personas entre ambos países. Si esta intención se lleva a cabo, Cuba enfrentará un recrudecimiento de las relaciones mercantiles y el mercado pasará a la ofensiva como lo ha hecho en otros países exsocialistas. Se abre así una nueva experiencia de cómo convivir con el mercado sin frenar las transformaciones. En este sentido, todo lo que hemos dicho sobre los mecanismos del sector público alimentado por los impuestos a las ganancias, jugará un importante papel. Asimismo, la vía asociativa en la que pueden entrar miles de unidades económicas de trabajadores-productores, es decir, pequeños y medianos productores del campo, la ciudad y el mar, los pequeños comerciantes y otros sectores ofertantes de servicios a la población o al Estado, puede ser otra vía para limitar los estragos diferenciadores del mercado.

En diciembre del año 2014, el Presidente Raúl Castro pronunció un discurso que muestra los avances de la transición de una economía socialista estatal hacia una economía socialista de mercado. Al respecto dice Raúl: "*El sistema económico que prevalecerá en nuestro país continuará basándose en la propiedad socialista de todo el pueblo sobre los medios fundamentales de producción, donde deberá regir el principio socialista ´de cada cual según su capacidad y a cada cual según su trabajo´ (…) Estrechamente asociado a la actualización del modelo se encuentra el proceso de paulatina descentralización de facultades desde los ministerios hacia el sistema empresarial. A favor de una mayor autonomía de la empresa estatal socialista se otorgaron facultades para la comercialización de excedentes productivos. Asimismo, se dispuso la eliminación de límites administrativos para el pago de salarios vinculados a los resultados. La justa aspiración a*

205 Entrevista a José Luis Rodríguez, ministro de economía de Cuba (1995-2009), concedida a Rosa Miriam Elizalde, La Pupila Insomne, 21 de noviembre, 2014, La Habana, Cuba.

devengar mayores salarios es una cuestión muy sensible, en la cual no nos está permitido equivocarnos, ni dejarnos conducir por el deseo o la improvisación. Nos alegra que aumenten de manera gradual los salarios de aquellos trabajadores que laboren en las actividades con resultados más eficientes y reportan beneficios de particular impacto económico y social[206]".

Con todas estas medidas y ante la posible apertura del mercado norteamericano, los dirigentes socialistas cubanos están conscientes de que las mismas acarrearán un cierto nivel de diferenciación social, cosa que no puede evitarse si se quiere crecer económicamente. "*Debe quedar bien claro*, sigue diciendo Raúl, *que no se puede distribuir una riqueza que no hemos sido capaces de crear, hacerlo conllevaría serias consecuencias para la economía nacional y de cada ciudadano. Soltar dinero a las calles sin un incremento correspondiente de la oferta de bienes y servicios generaría inflación, fenómeno que entre otros efectos nocivos reduciría la capacidad adquisitiva de los salarios y de las pensiones, golpeando en primer lugar a los más humildes. Y eso no lo podemos permitir*"[207]. Esta última afirmación resultaría muy simple para cualquier economista, sin embargo, de acuerdo a las prácticas socialistas, significa un giro remarcable, pues ha sido usual haber recurrido a tales prácticas, anteponiendo, como señalamos desde la introducción, la igualdad social al crecimiento económico.

El giro en las políticas económicas cubanas no ha pasado desapercibido para el pensamiento occidental. El número de marzo-abril 2015 de la revista Forbes de Centroamérica encabeza su portada anunciando una provocativa, aunque bien informada crónica sobre Cuba titulada "*Cuba: El capitalismo ya tiene un pie en la isla caribeña*". La parte principal de su contenido está dedicada a una entrevista al economista Omar Everleny Villanueva, coordinador de investigaciones y profesor titular del Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC), miembro del Consejo de Ciencia y Tecnología, adscrito a la Comisión de Implementación de los lineamientos económicos y sociales impulsado por Raúl Castro, merecedor del premio nacional de Ciencia en Cuba por su trabajo titulado: "*Economía Cubana, ensayos para una reestructuración necesaria*"[208]. A continuación ofrecemos las respuestas más sugestivas sobre el tema que estamos tratando. "*La nueva ley (118) no permite que empresarios cubanos se asocien a inversionistas extranjeros, aunque sí admite esa asociación en las cooperativas que se han crea-*

206 Raúl Castro, Discurso ante la Asamblea del Poder Popular, Palacio de Convenciones, 20 de diciembre del 2014, "Año 56 de la Revolución" (Versión taquigráfica, Consejo de Estado), pág. 2.
207 Ibidem.
208 Humberto Herrera Carlés y Fellipe López, Cuba, el beneficio que viene. Revista Forbes de Centroamérica, marzo/abril 2015.

do". "Entre las áreas que se beneficiarían de una abolición del embargo o de un relajamiento del mismo estaría, en primer lugar, el turismo nacional, favoreciendo tanto a las empresas turísticas estatales como el arrendamiento de viviendas por parte de privados". Ante la pregunta: *¿Cómo puede alinearse una economía de libre mercado, como la de Estados Unidos, con una centralizada como la de Cuba*?, el economista responde: "*No creo que Cuba sea el único país que logre integrarse a Estados Unidos con un sistema económico diferente, los casos de China y Vietnam lo demuestra*". Continua diciendo el economista: "*Aunque creo en la gradualidad que el gobierno de Raúl Castro le ha dado a las reformas estructurales de la economía cubana, pienso que la velocidad podría acelerarse, dado que aún no son perceptibles para una mayoría de la población cubana, los resultados de esas reformas, en términos de bienestar económico*". Ante la pregunta: "*¿Cuba piensa integrarse a los mecanismos del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial*?" El economista responde: "*Creo que Cuba necesita lo que se conoce en el argot económico como 'prestamistas de última instancia', entre los cuales están los mecanismos del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Es una necesidad para una economía subdesarrollada como la de Cuba acceder a préstamos para el desarrollo, especialmente para la construcción de infraestructuras complejas y costosas. Aunque se conoce de las adversidades que han traído estas instituciones en otras economías*". Ante la pregunta "¿Cuba se está transformando hacia una economía de mercado?, el economista responde: "*Debe precisarse que utilizar mecanismos de mercado no es necesariamente construir capitalismo, es difícil pensar que un país avance hacia el desarrollo si no cuenta con el mercado, al menos el de los modelos económicos conocidos. Cabe recalcar que Vietnam ha avanzado su ritmo de crecimiento económico y el bienestar de sus habitantes gracias a la introducción de elementos de mercado, es decir, se puede avanzar hacia una economía de mercado con el mantenimiento de los logros sociales alcanzados, pero con un mayor bienestar que el que se ha tenido hasta el momento en la economía cubana, para todo el país*"[209].

Más allá de las declaraciones, en el año 2014 se aprobó a una nueva ley de inversión extranjera (118/2014) donde se le concede al capital foráneo mayores concesiones e incentivos, al menos comparada con la ley 77/1995. Hasta ahora, el capital extranjero proviene de alrededor de 75 países, la mayor parte corresponde a los países de la Unión Europea. La principal figura de la inversión extranjera corresponde a las empresas mixtas, las que acaparan el 51%, el resto aparece con contratos de administración. En la nueva ley se descentralizan los niveles de aprobación, no se cobra ningún impuesto a las utilidades en los primeros ocho años, tampoco se grava la reinversión de utilidades, no se paga

209 Ibidem, pp. 96/99.

impuesto por contratación de mano de obra, se exonera el impuesto sobre ingresos personales de los socios, se exonera el impuesto sobre las ventas durante el primer año de operaciones, se libera el pago de impuesto aduanero en el período de inversiones, entre otros[210].

Antes de pasar al próximo capítulo, quisiéramos recordar o repetir una afirmación de Marx en el tercer libro de *El Capital* respecto a la necesidad de mantener la ley del valor después del capitalismo: "*Después del capitalismo, seguirá predominando la ley del valor, en el sentido de que serán más esenciales que nunca la regulación del tiempo de trabajo y la distribución del trabajo social entre los distintos grupos de productores y, finalmente, la contabilidad de todo esto*[211]".

A las dificultades anteriores de la planificación, habría que agregar que la revolución y la transición al socialismo se han llevado a cabo sobre todo en países atrasados económicamente, en comparación con los países capitalistas más avanzados, con los que tienen que competir en el marco inevitable del mercado imperialista mundial. Aunque esos gobiernos socialistas han iniciado sus procesos priorizando la industria pesada y usufructuando la tecnología más avanzada posible de los países capitalistas. En muchos casos se ha tenido que descuidar la industria ligera, lo que ha tenido ciertos costos en materia de las preferencias económicas y políticas de los consumidores. Habría que agregar que dado que la competencia con los países capitalistas se ha extendido al campo militar, las inversiones en la industria de guerra han generado un lastre a la hora de asignar mayores recursos a la producción. Esto y la necesidad de priorizar la lucha contra la extrema pobreza o contra el empobrecimiento, ha implicado descuidar una parte del ahorro para otros menesteres que no sean los concernientes al despegue económico.

En general podemos decir que los mayores problemas metabólicos de la transición al socialismo han sido el insuficiente entrenamiento para administrar los medios de producción, sobre todo cuando se ha decidido administrar medianas o pequeñas empresas, así como el desarreglo de los precios y la errática consecuencia para asignar recursos donde más se necesitan, con los consabidos costos sobre la productividad, la producción, la competitividad y la estabilidad política, terminando frecuentemente en el racionamiento y el descontento de la población, incluso la más beneficiada. Sin embargo, todo parece indicar que, en última instancia, la explicación principal sobre las dificultades económicas del socialismo es la de tener que convivir en un contexto donde las reglas del mercado nacional están supercondicionadas por las reglas del mercado mundial capitalista.

210 Ley 118/2014, Cuba, 2015.
211 Carlos Marx, *El Capital*, libro III, sección VII, capítulo XLIX, p. 314.

Capítulo IV

LA ORIENTACIÓN SOCIALISTA DE LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA

La revolución latinoamericana tiene un origen independentista. Después de tres siglos de conquista y colonización, lo que hoy es gran parte de América Latina inició su independencia de España, quedando balcanizada cuando las antiguas provincias españolas se conformaron como naciones individuales a inicios del siglo XIX.

La revolución independentista latinoamericana tuvo una influencia de parte del liberalismo europeo, aunque tuvieron que pasar un par de siglos hasta que las fuerzas conservadoras, feudales u oligárquicas, fuesen desplazadas del poder. A finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, la llegada de inmigrantes europeos a América, trajo consigo no solamente las ideas liberales europeas, sino también las ideas socialistas y anarquistas de la época, lo que se reflejó en la conformación de varios partidos socialistas a lo largo de toda América Latina. Estas ideas revolucionarias estuvieron presentes en las diferentes guerras librero-conservadoras, incluso anti inti-interversionistas que se sucedieron durante toda esta época.

No fue sin embargo, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX que el socialismo, tanto en su versión insurreccional de la revolución cubana encabezada por Fidel Castro en Cuba durante la revolución de 1959, como en su versión democrática, a raíz del triunfo electoral de la Unida Popular en el Chile del socialista Salvador Allende en 1970, comenzó a ser una realidad en la agenda institucional revolucionaria latinoamericana.

La orientación socialista de la revolución latinoamericana se ha mantenido a caballo entre una revolución antiimperialista y una revolución anticapitalista. Y esto es así, porque desde que Latinoamérica se independentiza de España, cae bajo la égida del imperialismo estadounidense, un imperio anexionista, intervencionista y capitalista. Muchas de las revoluciones liberales tuvieron que hacerse frente a la presencia del gobierno norteamericano, quien apadrinaba a las fuerzas más reaccionarias del continente. Fue así que las luchas, aún democrático-burguesas, de las fuerzas progresistas o liberal-revolucionarias, tuvieron que volverse antiimperialistas, pues no se podía ser nacionalista, independentista, sin tener que ser anti intervencionista o antiingerencista. Una contradicción que afecta incluso a las revoluciones encabezadas por las burguesías nacionalistas, puesto que Estados Unidos significaba el paradigma del capitalismo mundial. Aquella

misma situación obligaba a los revolucionarios latinoamericanos de orientación socialista a establecer alianzas con las burguesías nacionales o con las clases medias y el campesinado, sin las cuales tampoco podría llevarse a cabo una revolución de carácter antiimperialista.

Por otro lado, desde el punto de vista ideológico como de la estructura y posición de clases de las sociedades latinoamericanas, los revolucionaros latinoamericanas resintieron la propaganda anticomunista desencadenada por los Estados Unidos en el seno de los empresarios, las clases medias y el campesinado. Sobre todo, tomando en cuenta que una vez en el poder, las revoluciones socialistas nacientes, enfrentadas al imperialismo y al capitalismo occidental, solo encontraban auxilio en la Unión Soviética, lo que fue bien aprovechado por los aparatos propagandistas del imperio.

Uno puede imaginarse la contradictoria dificultad de legitimar, por ejemplo, la política de reforma agraria, en tales condiciones. En primer lugar, la reforma agraria ha sido una bandera de todas las revoluciones, desde la independencia hasta nuestros días y cuyo fin es entregar la propiedad de la tierra a millones de campesinos que no disponían de ella para trabajar. En segundo lugar, la reforma agraria se lleva a cabo a partir de un discurso contra la concentración de la tierra y por tanto en contra del capital, lo que genera desconfianza en diferentes sectores de la sociedad, incluso dentro del campesinado. En tercer lugar, una vez llevada a cabo, la misma constituía al mismo tiempo la medida que más enraizaba al productor con su propiedad, la que, más temprano que tarde, se convierte en una mercancía o en un medio de producción privado, funcionando bajo la égida política, económica e ideológica, del capital; en otras palabras, la reforma es a la vez una política de socialización y desemercantilización, al mismo tiempo que una política de remercantilización o de fortalecimiento del mercado.

La misma contradicción nos encontramos en relación al capital. Hacer la revolución en economías que no cuentan con capital endógeno o interno, significa una de las principales limitaciones para llevar a cabo las transformaciones de carácter económico que necesita un país para desarrollarse. Sin capital, entendido como riqueza material o medios de producción, la economía no avanza y el empleo o bienestar del pueblo, motivación principal de la revolución, tampoco avanza. Por otro lado, apelar al capital nacional o extranjero es fortalecer precisamente la fuerza sobre la que se quiere avanzar. Esta contradicción se verá más intensamente planteada y desafiada, una vez que la implosión de la Unión Soviética, ha dejado a estas revoluciones, no solamente huérfanas de paradigma, sino de

capital necesario para emprender una acumulación al servicio de los intereses nacionales y populares.

Finalmente, habría que señalar que después de la derrota de la revolución armada latinoamericana y el rumbo democrático que orienta su transición, genera una contradicción política mucho mayor que las atravesadas por el socialismo estatista de democracia directa, con el cual se operó en los regímenes de orientación soviética. Hoy en día, sobre todo en América Latina y después de 50 años de la revolución cubana, orientada y subsidiada por el comunismo ruso, los movimientos políticos de izquierda, es decir, críticos del capitalismo y orientados por el socialismo, están probando la ruta democrático-burguesa hacia el socialismo, empezando por erradicar la extrema pobreza y el empobrecimiento de las mayorías, teniendo que batallar bajo las reglas del mercado e incorporando las mejores experiencias de lo que podría caracterizarse como capitalismo de Estado, pero divorciado con el imperialismo, sabiendo que el imperialismo es precisamente quien controla toda forma de capital, particularmente el capital-dinero que se requiere para emprender un proceso de acumulación industrial.

La batalla dentro del mercado, buscando al mismo tiempo como neutralizar al menos la tendencia concentradora y excluyente, es uno de los mayores desafíos de los gobiernos de izquierda en América Latina; como lo es tener que administrar una economía capitalista y tener que gobernar una sociedad neo-liberalizada. Redistribuir los excedentes con una lógica diferente, implica intervenir o tratar de regular el mercado, sin desestabilizarlo ni disminuir sus rendimientos, pues de lo contrario sus efectos se convertirían en un boomerang contra las mismas políticas económicas redistributivas.

Después de la revolución cubana, por unas razones y después de la implosión del socialismo soviético, por otras razones, la revolución socialista se enfrenta a una lucha encarnizada y castigada fuertemente por el imperialismo y por sus aliados locales en América Latina. Por otra parte, avanza la conciencia de que toda revolución en América Latina necesita cada vez más, para afianzarse, de lo que pase en toda la región.

Veamos a continuación, cómo se expresan concretamente las contradicciones señaladas en un pequeño país de la periferia capitalista, con fronteras adversas, intervenido por el gobierno norteamericano y sin posibilidades de una acumulación endógena.

1. El socialismo bajo un régimen de economía mixta y pluralismo político (Nicaragua)

En esta sección queremos reseñar la experiencia y el debate llevado a cabo en un pequeño país periférico, como Nicaragua, donde la regulación del mercado se llevó a cabo no solamente en medio de una guerra de agresión convertida en una guerra civil, sino bajo un esquema de economía mixta, pluralismo político y No Alineamiento, es decir, con la presencia permitida de una rancia oligarquía enrolada en la contrarrevolución y en ofensiva para distorsionar el funcionamiento de un mercado dentro de una economía que difícilmente palpitaba. En otras palabras, a las contradicciones estructurales señaladas anteriormente, se suman un conjunto de limitaciones de carácter coyuntural.

En este país, donde la clase obrera apenas existía, la revolución descansaba en una parte de los jornaleros agrícolas, una parte del campesinado y una parte de las clases medias urbanas, así como en una estrecha alianza con un núcleo reducido de lo que se llamó la burguesía patriota, la que prontamente desertó de la revolución social. Nos referimos a la revolución nicaragüense encabezada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

La experiencia nicaragüense en términos generales ha recorrido las mismas vicisitudes que las experiencias socialistas reseñadas en el capítulo anterior. Un país que luchó para emanciparse de la dictadura política somocista; una revolución que gobernó bajo una economía de guerra y de orientación socialista, al menos bajo un régimen de economía mixta y de lo que Lenin llamaría capitalismo de Estado, en medio de la llamada guerra fría y bajo el subsidio de la Unión Soviética y de la revolución cubana. Un país que fue castigado económicamente por las fuerzas políticas y militares del gobierno estadounidense y destrozado por las fuerzas competitivas del mercado capitalista mundial. Un país que experimentó el bloqueo de su acumulación y cuya dirección política fue finalmente desplazada del gobierno en una contienda electoral desfavorablemente emprendida.

En 1979, 20 años después de la revolución cubana, surge la revolución nicaragüense, encabezada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). La revolución sandinista nace como un movimiento guerrillero rural que poco a poco se va convirtiendo en un movimiento urbano, logra asaltar el poder, desplazando a una de las dictaduras más represivas de América Latina. A su llegada al poder, la revolución nacionaliza las empresas de la familia Somoza y de sus allegados, así como de los enclaves estadounidenses, enrumbándose hacia un

modelo socialista, lo que le enajena las alianzas con la burguesa antisomocista y los gobiernos centroamericanos.

La revolución sandinista es la última revolución que llega al poder a través de la lucha armada y sigue los pasos difíciles de la transición al socialismo bajo el modelo de Economía Mixta, Pluralismo Político y No alineamiento. La transición al socialismo se expresa como una disputa por la propiedad, los excedentes económicos y la orientación social del proyecto, entre el sector público y el sector privado. Y en esta lucha, el sector privado y el propio mercado resultaron ser un adversario duro de roer, especialmente bajo una guerra civil fomentada por el gobierno de los Estados Unidos.

Efectivamente, el FSLN pudo triunfar en Nicaragua a partir de una audaz política de alianzas con la burguesía conservadora antisomocista. Durante más de 40 años ningún movimiento político o armado pudo remover los cimientos de la dictadura somocista, ni los conservadores antiliberales y antisomocistas ni los movimientos armados de diferentes ideologías, incluyendo a los sandinistas de orientación castrista-guevarista. Solo al aliarse la derecha conservadora y la izquierda sandinista se logra enfrentar a la Guardia Nacional y soliviantar a una parte, aunque no mayoritaria, del pueblo nicaragüense. Gracias a la alianza con las fuerzas democráticas antisomocistas de derecha es que el FSLN logra lo que parecía imposible, como es la posibilidad de un apoyo por parte de los gobiernos establecidos de la región. Se llegó a contar con el apoyo del Presidente venezolano Carlos Andrés Pérez, el Presidente panameño Omar Torrijos y el Presidente costarricense Rodrigo Carazo Odio, incluso para pasar armas desde Cuba hasta los frentes de guerra en territorio nicaragüense. Estamos claros de que lo que los movía era un antisomocismo promovido por las pretensiones regionales de la dinastía de la familia Somoza. El mismo antisomocismo que movió al Presidente Carter. Todos temían que la permanencia de Somoza en el poder exacerbara los ánimos populares y revolucionarios en Nicaragua, lo que podía inclinar la ofensiva antisomocista hacia posiciones más radicales.

Finalmente, la presión estadounidense obliga a Somoza a renunciar y abandonar el país, bajo amenaza de ser entregado a los sandinistas, si insistía en resistir la ofensiva insurgente. La huida de Somoza hacia los Estados Unidos, desencadenó el desmoronamiento de la Guardia Nacional. Decimos desmoronamiento y no derrota militar porque al salir Somoza la Guardia Nacional se desmoraliza, se desmoviliza y se desplaza hacia Honduras y Guatemala, países vecinos y alineados a la política exterior norteamericana, donde posteriormente se organiza la retaguardia de la ofensiva contra-revolucionaria antisandinista.

Una vez iniciada la revolución, los anteriores aliados, nacionales y regionales, con excepción de Cuba y México, dejaron de apoyar al sandinismo y más bien se identificaron con la contrarrevolución armada, entrenada y financiada por el gobierno estadounidense. Apenas empezaba a instalarse la revolución, debe enfrentar al ejército somocista que habiéndose marchado hacia Honduras, guardaba su base social dentro del campesinado nicaragüense; al menos los familiares de más de 15,000 efectivos de la Guardia Nacional. Desde los primeros años de la revolución, el gobierno estadounidense se declara hostil al gobierno sandinista y decide apoyar al ejército somocista y a la oposición que se forma inmediatamente después del triunfo revolucionario.

Abandonada por sus anteriores aliados políticos, la revolución continúa confiscando y expropiando otra parte significativa de las empresas nacionales y extranjeras, el comercio exterior, la banca y los servicios públicos, pero cuando empieza a implementar las medidas de justicia social, aparece inmediatamente la ofensiva contrarrevolucionaria dirigida desde Washington, organizada desde los puestos fronterizos e iniciada con los restos, bastante intactos de los aparatos de represión somocista. Nace así la llamada “guerra de baja intensidad”.

La Guerra de Baja Intensidad

En Nicaragua, el gobierno norteamericano estrena la Guerra de Baja Intensidad. Una guerra del imperio, con todos los recursos del imperio en el campo militar, diplomático, propagandístico y asesoramiento a los combatientes internos en las bases militares que el gobierno norteamericano había desplegado al otro lado de la frontera. Se dice de Baja Intensidad, porque las tropas extranjeras no intervienen directamente, pero desgastan económica y militarmente al gobierno y los proyectos de reconstrucción que el país necesitaba después de haber pasado una insurrección armada contra la dictadura. Muchos analistas que se distanciaron posteriormente de la revolución culpan a las políticas sandinistas, las que efectivamente eran imprescindibles aunque desgastantes para cualquier gobierno, sin analizar la ofensiva imperial que tuvo a su favor un ejército intacto, el ejército somocista, con todos sus mandos y su base social-familiar.

El rechazo de una parte de los finqueros somocistas confiscados por estar enrolados en la contrarrevolución no se hizo esperar y una parte importante del campesinado, sobre todo de campesinos medios y pobres, se levantaron en armas contra la revolución, apoyados por el ejército somocista que se encontraba bien avituallado por asesores argentinos y estadounidenses; gran parte de ellos fami-

liares y vecinos de los soldados somocistas que se encontraban en Honduras. Ante este levantamiento guerrillero, fomentado y armado por el gobierno estadounidense de la administración de Ronald Reagan, un fanático neoliberal que fungió como presidente durante ocho años, la revolución respondió afectando el comercio campesino de productos de primera necesidad, imprescindible para los frentes de guerra. Dicho de otra manera, tocar la propiedad y el comercio, además de fomentar el cooperativismo y enrolar militarmente a los hijos varones del campesinado para luchar contra una resistencia campesina, fue fácilmente capitalizado por la contrarrevolución.

En todo el período revolucionario, el gobierno sandinista, llamado Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, se encaminó hacia la planificación económica, aunque en condiciones de una cruenta guerra contrarrevolucionaria que desgastaba la economía, la sociedad y la base social misma de la revolución. En los diez años que duró la revolución, la misma aparece y se asemeja más a una economía de guerra que a una economía en transición al socialismo.

La orientación socialista en la primera etapa de la revolución sandinista

En la primera etapa de la revolución se juntan las condiciones de una economía de guerra con las políticas de orientación socialista, lo que permitió una situación revolucionaria similar a la revolución cubana, aunque con algunas diferencias. El modelo nicaragüense, incluyó una política de alianza con una parte de la burguesía y con una parte de la iglesia católica, particularmente con la corriente de la teología de la liberación. La orientación socialista, sin embargo, no pasó desapercibida ni para los somocistas, ni para la oligarquía, ni para el gobierno estadounidense, ni para gran parte de la burguesía, así como tampoco para una parte significativa del pueblo nicaragüense. En esta revolución estaba en entredicho el capital, pero también el mercado. Un documento secreto de la Embajada de Estados Unidos, fechado antes del triunfo revolucionario, muestra la preocupación de un imperio, atrapado entre una dictadura que le restaba legitimidad y una insurrección que amenazaba su proyecto histórico. En una de las partes dice el documento, titulado "*La única manera de salvar nuestra civilización en el istmo centroamericano*": "*Frente a estos dos obstáculos principales, nuestra preocupación medular es qué hacer para salvar de la violencia popular EL INTERCAMBIO MERCANTIL* (mayúscula en el original), *que es y ha sido la única actividad portadora de progreso de nuestra civilización*"[212]. "*La única salida que platean es la guerra civil: "Así pues, una guerra civil que surgiera de manera inminente, es*

212 (Documento secreto procedente de la Embajada de EE.UU. en Managua, fechado en Washington, a 26-10-1978). Citado por María Dolores Ferrero Blanco, en el libro La Nicaragua de los Somoza, 1936-1979. IHNCA, Universidad de Huelva, UCA 2012, Managua, p. 680-681.

desde nuestro punto de vista, la única medida para mantener nuestra civilización en Nicaragua, porque si las fuerzas populares no se agotan en el terreno militar –el único terreno en el cual el gobierno en el poder es actualmente competente- existe el peligro de que esas fuerzas populares, fortalecidas por la crisis económica presente, se desencadene socialmente a un nivel tal, que el fenómeno será entonces muy difícil de contener en el interior de las fronteras"[213]. Como sabemos, la guerra de baja intensidad fue inaugurada por Reagan, en cuya receta se incluye provocar la subversión y la guerra civil.

Durante la guerra civil, se centralizaron las divisas y se regularon los precios, se combatió el agiotismo y la especulación, más del 50% del PIB pasó a manos del Estado, se crearon las Empresas de Área Propiedad del Pueblo (APP) y se fomentó la formación de las cooperativas en el campo, se movilizó una gran cantidad de pobladores combatientes, la inflación llegó más allá de cinco dígitos, la moneda nacional se devaluó y depreció progresivamente, el abastecimiento general entró en una etapa crítica, solamente mantenido por la solidaridad de Cuba y el campo socialista europeo, soviético y socialdemócrata. Su principal fuente de abastecimiento fueron las donaciones en trigo, petróleo, agroquímicos, maquinaria, armas y avituallamiento militar de sus aliados externos, a la cabeza de los cuales se encontraba la Unión Soviética y Cuba. La revolución sandinista que nació apoyada políticamente por todos sus vecinos se convierte en una revolución asediada por los mismos.

La planificación estatal obedeció a las necesidades y lineamientos políticos de la defensa del proceso revolucionario, lo que incluía no solamente administrar una economía de guerra, sino responder a las reivindicaciones de los sujetos que habían protagonizado la revolución política, incluyendo los combates armados. En tales condiciones, los movimientos sociales formaron un bloque histórico con la conducción revolucionaria. Durante el proceso revolucionario de los años 80, una parte significativa del sector popular organizado acompañó a la revolución en todas las medidas populares, empezando con la reforma agraria. Al mismo tiempo, otra parte significativa de la población rechazó la orientación socialista, fortaleciendo así el movimiento contrarrevolucionario.

Muchos pequeños, medianos y grandes productores, sobre todo en el campo y en la costa Caribe, asiento de varios pueblos indígenas y comunidades afro-descendientes, rechazaron la intervención del Estado en el comercio, la fijación de

213 Ibidem, p.683.

los precios, la distribución centralizada de los bienes de primera necesidad, así como el alineamiento con el campo socialista, culpando al gobierno sandinista del desabastecimiento, la hiperinflación, la escasez de divisas, lo que en parte había sido provocado por la economía de guerra impuesta por el imperialismo.

En cuanto a las políticas económicas en el campo, fue notorio el énfasis que puso la revolución en concentrar las inversiones y el apoyo financiero en las empresas estatales, llamadas Área de Propiedad del Pueblo (APP), descuidando las inversiones y apoyo decidido al campesinado. La ley de reforma agraria tardó un par de años en instalarse, y tuvo que hacerse en las condiciones más difíciles, pues una parte del campesinado la rechazaba. El discurso oficial fustigó la propiedad privada, el comercio especulativo y el ausentismo de los propietarios agro-exportadores, a la vez que facilitaba la producción estatal y posteriormente las cooperativas de producción, las que una parte del campesinado identificaba con el comunismo cubano. Un dato que puede aclarar malos entendidos es que la reforma agraria y la confiscación del capital agro-exportador se hizo con criterios políticos, es decir, se confiscaban los bienes del somocismo, independientemente del tamaño, al mismo tiempo que se respetaban las grandes propiedades de los opositores al somocismo; entre ellos había muchos padres de cuadros de la dirigencia revolucionaria.

En tales condiciones se volvía necesario distribuir alimentos, insumos y otros bienes, además de abastecer a los frentes de guerra, independientemente del trabajo aportado por los trabajadores y por las familias de los soldados. Esta intervención de los precios, no favoreció la productividad del trabajo; muchos campesinos y cooperativas preferían vender los insumos entregados al otro lado de la frontera que dedicarlos a trabajar, pues era más rentable comerciar con ellos que invertirlos en la producción.

En esta situación, la defensa ocupaba la mayor parte de los esfuerzos. La emisión monetaria desencadenó una hiperinflación, una escasez y un contrabando, que atizaba aún más las distorsiones del mercado. En medio de la guerra, la revolución hace todos los esfuerzos por construir una alianza popular, tanto en el campo como en la ciudad. Alianza que comenzó a rendir frutos, pues una parte de los productores del campo y una parte significativa de la pequeña burguesía urbana deciden apoyar a la revolución, incluyendo sectores significativos de los pueblos indígenas y comunidades étnicas de la Costa Caribe.

Después de las confiscaciones de los primeros años, los precios y costos de prácticamente todos los productos fueron intervenidos o alterados a favor de las políticas sociales de la revolución. Durante la etapa de subsidio y solidaridad del pueblo soviético y cubano, las cosas marcharon a pesar de las dificultades, pero a partir de la Perestroika de la Unión Soviética la situación se volvió insostenible y el proceso tuvo que subordinarse a las imposiciones del mercado mundial.[214]

Las posibilidades de la acumulación en una economía agroexportadora

Una economía agroexportadora, descansa en la producción, comercio y exportación de materias primas agrícolas y ganaderas, producidas en gran parte por plantaciones capitalistas contratantes de mano de obra estacional, así como en un campesinado productor de productos alimenticios, los mismos que una parte del año funcionan como asalariados estacionales. Estos productos, apenas son procesados para poder ser exportados.

En el caso de Nicaragua las reflexiones, más que el debate, estuvieron centradas en la descripción del proceso de enfrentamiento con el imperialismo norteamericano y en las dificultades de un país periférico para emprender un proceso auto-sostenido de acumulación.[215] Sin embargo, existen algunos trabajos que además de ilustrar las políticas económicas seguidas por la revolución sandinista, nos pueden conectar con la problemática agroexportadora de hoy en día, donde los trabajadores del campo, ayer semiproletarios y hoy sobrevivientes campesinos y proletarios por cuenta propia en general, juegan un papel importante a la hora de pensar en cualquier alternativa de emancipación o acumulación auto-sostenida.

Nicaragua no tenía ni tiene actualmente las condiciones económicas para iniciar un proceso de reproducción ampliada de la economía que pueda priorizar la industria pesada o industrial; en parte porque no tiene excedentes o capital para hacerlo y en parte por la ausencia de tecnología para desatar un proceso de industrialización o de sustitución de importaciones. Si nos preguntáramos por la

214 Un análisis más detallado del proceso puede encontrarse en dos libros que abordan esta temática: Orlando Núñez, *Transición y Lucha de Clases en Nicaragua (tesis de doctorado),* Siglo XXI Editores, México, 1988. Asimismo, Orlando Núñez, Gloria Cardenal et alt., *La Guerra y el campesinado en Nicaragua*, Editorial CIPRES, Managua, 1998.

215 Véase: José Luis Coraggio y Diana Deere, Carmen: *La Transición Difícil, La Autodeterminación de los Pequeños Países Periféricos*, en la Transición Difícil Siglo XXI-CRIES Editores, Managua, 1986.

estrategia económica para emprender un proceso de acumulación auto-sostenida, solo podríamos decir que en las condiciones de una economía agroexportadora, la producción industrial solo puede llevarse a cabo con las divisas de la propia agro-exportación. En otras palabras, sería el campo el único que podría alimentar tanto al sector I (medios de capital) como al sector II (bienes de consumo) de la economía. De otra manera, solo queda la posibilidad de recurrir al capital extranjero, el que nunca ha estado interesado más que en promover la producción y exportación de materias primas.

Analicemos a continuación las posibilidades de acumulación en condiciones de una economía agroexportadora. Se ha considerado que para los pequeños países periféricos la acumulación depende en gran parte de las posibilidades de incrementar el Sector I de la economía, productor de bienes de capital, avanzando progresivamente en el sector II, compuesto por la producción de bienes de consumo industrial. Ahora bien, tratándose de países agrícolas con un nivel muy incipiente de industrialización, el sector I solo podría empezar a construirse con las divisas generadas por el sector agroexportador o de comercio exterior, destinándolas a la importación de bienes de capital; bienes imposibles de producir internamente, sustituyendo así la deficiencia en la producción interna de dichos medios. En otras palabras, el acceso a bienes de capital solo podría ser logrado por quienes producen los bienes del sector II de la economía, es decir, por la agro-exportación, en manos de grandes, medianos y pequeños productores, incluido el campesinado, quienes producían los bienes alimenticios para ellos mismos, para la clase obrera estacional que trabajaba en las plantaciones de exportación, así como para el artesanado y para la clase media urbana.

Como puede inferirse, el campesinado, junto a los medianos productores, el semiproletariado del campo y los trabajadores por cuenta propia de la ciudad (proletariado por cuenta propia), todos ellos acompañados por el Estado, estarían destinados a jugar un papel importante en el despegue económico o acumulación auto-sostenida de la economía. Progresivamente, la producción de bienes ligeros de carácter industrial o agroindustrial, debería estimularse por el Estado, recurriendo a créditos para la agro-industrialización; misión imposible por el bloqueo comercial y financiero del gobierno de los Estados Unidos.

En este sentido y para el caso de Nicaragua, es interesante la reflexión elaborada por el principal asesor económico del gobierno sandinista, el profesor Valpy FitzGerald. Partiendo del esquema de reproducción de Marx y de las tesis kaleckianas para los países intermedios, Valpy Fitzgerald, analiza en sus reflexiones

sobre la economía sandinista en marcha, la relación entre las posibilidades de acumulación y el sector exportador de la economía, centrándose en la relación entre Acumulación y Planificación. Al respecto, el profesor Fitzgerald señala: *"Hasta ahora hemos identificado los principales componentes de estas economías y hemos sugerido cómo se relaciona la distribución del ingreso, los precios de los productos y el comercio exterior. Este modelo surge de la necesidad de articular tres 'formas de producción': el campesinado, el Estado y el sector externo. Sin embargo, la determinación del balance correcto es incompleta sin la tasa de inversiones. Por lo tanto, la tasa de crecimiento planificada define el equilibrio y determina la producción de bienes de consumo y no al revés. (...) Los bienes de capital importados son distribuidos entre los dos sectores que usan los medios de producción de origen externo (exportación y manufactura, Sectores o Departamentos I y II), que determinan las inversiones futuras y el nivel de consumo respectivamente. El trabajo humano tiene que ser distribuido también entre los dos sectores: exportación y bienes salariales. La combinación de esos dos 'intercambios' en el tiempo, en interacción con la tasa de crecimiento deseada del salario real, establece la tasa de crecimiento de la economía en general. El problema no es esencialmente diferente al planteado en la URSS en los años veinte, pero tiene una articulación distinta y una lógica diferente. No solamente los sectores son otros, sino que su balance es a través del comercio exterior. La tasa de expansión máxima obtenible en el sector exportador, y por lo tanto la tasa de acumulación de la economía, están determinadas por las inversiones realizadas con anterioridad en el sector y por los requerimientos de consumo en el presente. Puede mostrarse fácilmente que las claves de la tasa de crecimiento posible en el Departamento I son tres: los términos de intercambio y el coeficiente de importaciones; la tasa planeada de crecimiento de la oferta de bienes salariales; y los coeficientes de capital-producto. La tasa máxima en términos técnicos está determinada por la tasa mínima tolerable de crecimiento en el consumo, que será la tasa de crecimiento de la población. (...) Primero, la inversión en gran parte no estará en la producción material, como hemos mencionado, sino más bien en infraestructura. Esta puede ser económica (caminos) o social (recreación), las que no aumentarán la producción directamente, aunque retengan, gran parte de los fondos. Para cualquier tasa de crecimiento los esfuerzos de acumulación tienen que ser proporcionalmente mayores, dado que aproximadamente la mitad de las formaciones de capital fijo serán destinadas a dicha infraestructura. También hemos sugerido que la inversión esté dirigida hacia una mayor producción o mayor productividad laboral. En realidad tiene que estar relacionada también con la reducción en el coeficiente de las importaciones a través de un proceso de*

sustitución. Es decir, incrementar el rendimiento de cada unidad de divisas y, por lo tanto la capacidad real de compra de las exportaciones. Aunque el alcance de esto es limitado en una economía pequeña, el principal criterio para la inversión será el ahorro neto de dividas generado. Segundo, las restricciones en el empleo que hemos discutido anteriormente, no nos estancarían en las primeras etapas de la transición mientras la mano de obra desocupada sea absorbida. Como señala Kalecki, esto permite un crecimiento más rápido, ya que no es necesario elevar la productividad laboral mientras la estabilidad del salario real da como resultado el aumento del consumo y el mejoramiento de la distribución del ingreso (…) Sin embargo, dicho período puede ser acortado por el uso de préstamos extranjeros, que pueden ser pagados con los aumentos en las ganancias de las exportaciones. Tercero, la parte central jugada por los términos de intercambio externo en el balance de acumulación, significa que mientras estos se deterioran es necesario invertir más en el sector de exportación y sacrificar el aumento del consumo para poder mantener la acumulación, lo que da en efecto una 'curva de oferta regresiva'.[216]

Antes de reflexionar concretamente sobre las alternativas a lo que nosotros hemos llamado el modelo capitalista agroexportador y que dicho sea de paso, mantiene sus rasgos estructurales de dependencia y bloqueo de la acumulación como fue encontrado antes de la insurrección sandinista, terminaremos de describir el recorrido, los efectos y sobre todo las modalidades de la reimplantación del modelo agroexportador.[217]

Desde el inicio de la década de los años 80, la década revolucionaria, asistimos al desplome de la producción del primer rubro de exportación de Nicaragua, como es el algodón, asfixiado por la relación desfavorable de los costos de producción versus los precios internacionales. En un trabajo realizado por el CIPRES entre el 2005 y el 2010, a partir del Censo Agropecuario 2005, se puede apreciar el descenso de la producción algodonera centroamericana, en el momento en que las aplicaciones tecnológicas de insecticidas y fertilizantes, hicieron inviable la utilidad de esta producción. Si Nicaragua prolongó la producción algodonera con respecto a Centroamérica fue a costa de un subsidio estatal, producto de la

216 Valpy Fitzgerald, Acumulación, Planificación y Distribución del Ingreso en Pequeñas Economías Socialistas Periféricas, en La Transición Revolucionaria en América Latina, UASD Rep. Dominicana 1983, p.185-186.

217 Véase: Orlando Núñez, *El Somocismo y el Modelo Capitalista Agroexportador*, (incluye prefacio a la tercera edición), CIPRES, Managua 2,000

alianza con la burguesía agroexportadora y la clase trabajadora agrícola, mayoritariamente empleada en las actividades algodoneras[218].

Quizás el logro más importante de la revolución sandinista haya sido la reforma agraria que se inició con la revolución del 79 y que se amplió en las últimas décadas. Gracias a la reforma agraria y urbana, el campesinado, así como los pequeños-medianos productores del campo y la ciudad, han llegado a constituirse como los mayores productores de bienes alimenticios, divisas y empleo, siendo éste un sujeto económico emergente en el sentido que tiene un peso económico en relación al PIB que lo convierte, junto al resto de trabajadores, en verdadero sujeto económico, al que un proyecto revolucionario podría apostar a la hora de querer disminuir o equilibrar la estructura piramidal de clase del país.

La reforma agraria sandinista incluyó el acceso legal a los pueblos indígenas y afro-descendientes de la Costa Caribe al territorio ocupado por sus ancestros y que equivale a cerca de más de 25,000 kilómetros cuadrados, un territorio más grande que el de El Salvador.

La contrarrevolución neoliberal y la segunda etapa de la revolución sandinista

Cuando la Unión Soviética comienza a implosionar, el régimen económico sandinista llega a su fin, afectado por perder el polo que la subsidiaba. Al igual que en Cuba y en los mismos años, alrededor de 1987, la orientación socialista del proyecto sandinista sucumbió al mercado y se enrumbó hacia una rectificación, preludio de las medidas neoliberales posteriores. Al final de la década, la revolución apuesta a la paz y al diálogo con el movimiento contrarrevolucionario mismo; en esas condiciones y exhausta por la guerra la revolución se vio obligada a tomar medidas para liberalizar el mercado.

Después de 10 años de resistencia popular, apoyada por una impresionante solidaridad, sin haber salido siquiera de la guerra de agresión o de la guerra civil desencadenada por la contrarrevolución, el gobierno sandinista es forzado a adelantar las elecciones, las que pierde ante una coalición de partidos apoyados por la iglesia católica y la vieja oligarquía conservadora. Comienza así un gobierno de restauración libero-conservador y contra revolucionario que duró 17 años consecutivos en el poder (1990-2006). La revolución, con el Frente Sandinista a la cabeza, se mantiene en la oposición durante todo este tiempo.

218 Véase: Orlando Núñez, César Martínez, Gloria Cardenal, *Los pequeños y medianos productores*, Ciprés, Managua, 2006.

Una vez que recuperaron el gobierno, la restauración y la contrarrevolución desmantelaron el incipiente bienestar social alcanzado por las políticas revolucionarias, especialmente en materia de educación, salud, alimentos y vivienda. Durante el período que duró la restauración, las principales fuerzas sociales, particularmente la clase trabajadora, fue lanzada a la desocupación en un rápido proceso de "desmercantilización" laboral y de reprivatización de los bienes que habían sido nacionalizados, no solamente por el régimen sandinista, sino por la propia dictadura somocista.

Sin embargo, lejos de regresar a una economía controlada por la burguesía, la globalización impuso el desmantelamiento de las fronteras arancelarias y con ello el desplazamiento de lo que quedaba de una parte de la burguesía local, entregándose a las grandes empresas extranjeras. La ofensiva globalizadora de las empresas transnacionales, por su parte, profundizó la sobreexplotación de los trabajadores de la agro-exportación, incluyendo la auto-explotación del campesinado que continuó produciendo y vendiendo bienes por debajo de su valor o mejor dicho por un valor de la fuerza de trabajo que no le permite ni siquiera mantenerse todo el año, mucho menos mantener a su prole. Los precios harán de nuevo su agosto con la desmejorada y raquítica posibilidad de que el sector comercial exportador, permita desarrollar el mercado interno que se necesita para emprender un proceso de acumulación auto-centrado y auto-sostenido.

El gobierno sandinista tuvo que gobernar en el nuevo marco de los acuerdos con los Estados Unidos, los gobiernos centroamericanos y la clase política interna de raigambre contrarrevolucionaria y neoliberal. Se trataba de administrar una economía capitalista destrozada por la guerra y por las políticas económicas neoliberales y en un sistema regido por la democracia electoral. En 2011, el Frente Sandinista vuelve a ganar las elecciones y rápidamente alcanza una clara hegemonía política, desarrolla un exitoso programa social en favor de los sectores más empobrecidos del país y goza de una estabilidad macroeconómica y política sin precedentes en la turbulenta historia nicaragüense. Sin embargo, la revolución apenas puede aspirar a emprender las medidas de una exitosa revolución democrático-burguesa, las mismas que los regímenes conservadores y liberales anteriores no habían logrado por su dependencia frente al gobierno norteamericano.

Desde la derrota electoral en 1990 hasta nuestros días (2015), el sandinismo se reconcilia con la resistencia campesina e indígena que antes lo rechazó. En 2007 diversifica los mercados y se granjea así la alianza con el sector privado.

Se reconcilia con una gran parte de la iglesia católica, firma con Venezuela un acuerdo petrolero de carácter concesionario que le permite restaurar la infraestructura de carreteras y electrificación, así como restituir la gratuidad en la educación y la salud, lo que junto con un significativo subsidio al transporte público le permite superar el 50% de apoyo por parte de los votantes en las elecciones del año 2011. Al mismo tiempo que sostiene una convivencia con los sectores nacionales y regionales del capital, sin lo cual parece difícil hacer frente a un proceso auto-sostenido de acumulación endógena. Sin embargo, el FSLN mantiene un discurso socialista, mostrando simpatías y tejiendo alianzas no solamente con los gobiernos latinoamericanos antiimperialistas, sino también con la Federación Rusa y con China comunista. En el año 2013 el gobierno firma con empresas chinas una concesión para la construcción de un Canal Interoceánico con sus respectivos puertos en ambos océanos, lo que permitiría un proceso encaminado hacia una acumulación originaria industrial y comercial.

En esta nueva etapa, el FSLN se encuentra con nuevas banderas, enarboladas mientras estuvo en la oposición y con las cuales comienza a granjearse nuevas simpatías. Entre estas banderas destacan el feminismo, el ecologismo y la restitución de derechos a la población, incluyendo la población autóctona, indígena y afro-descendiente. Banderas que han tenido mayores y mejores posibilidades, pues son de carácter legal y cultural y dependen más de la voluntad política que de los recursos económicos del gobierno.

Ha sido paradigmática la reglamentación de la Ley de Autonomía de los pueblos indígenas y comunidades afro-descendientes. La ley contra la violencia femenina, así como otras leyes por las cuales se impone a los partidos políticos y a las instituciones públicas una cuota fija de 50% para que las mujeres ocupen cargos públicos. Otra norma programática confiere a 100,000 mujeres campesinas la capitalización de sus economías rurales y urbanas, así como un crédito solidario para otras tantas 100,000 mujeres urbanas.

En esta nueva situación, Nicaragua, al igual que otros pequeños países centroamericanos y caribeños, ha sido apoyada significativamente por Cuba en diferentes campos, sobre todo en la salud y la educación, así como por Venezuela en el marco de Petrocaribe, a través de préstamos concesionales, sin los cuales no tendría el nivel de estabilidad económica y hegemonía política del que goza actualmente. En cuanto a la política económica, el país cuenta con un marco macroeconómico estable en términos de balance fiscal, reservas internacionales, inflación, abastecimiento alimenticio, lo que junto a las políticas sociales ha

permitido una disminución de la pobreza y de la extrema pobreza. En este corto tiempo, el gobierno se ha dedicado a producir energía de carácter renovable a base de plantas eólicas y geotérmicas, presas hidroeléctricas y de biomasa.

Todos estos esfuerzos se llevan a cabo en condiciones políticas donde el sandinismo tiene que librar batallas electorales permanentes con las clases políticas tradicionales y apoyadas por el imperialismo europeo-estadounidense. Todas las variables parecen mostrar las enormes dificultades para transitar hacia un modelo socialista, salvo en lo que concierne a una posición antiimperialista e intentando erradicar el empobrecimiento de los sectores mayoritarios del país. La misma soberanía política de Nicaragua, ya no digamos económica, pasa por la soberanía latinoamericana.

Se trata, pues de avanzar en la hegemonía político-ideológica, intentando erradicar la extrema pobreza. En tal sentido, el sandinismo ha buscado como alcanzar, a través de alianzas políticas, sociales y económicas con el resto de la sociedad, una hegemonía que le permita avanzar establemente en el bienestar de la población, preferentemente de la población más empobrecida, teniendo como principal objetivo erradicar la pobreza, sabiendo que erradicar el empobrecimiento es, al decir de Marx, una necesidad radical, es decir, una necesidad que no puede lograrse totalmente, a menos que se transforme el sistema socioeconómico imperante que la genera, lo que depende no solamente de la voluntad política, sino también de las posibilidades económicas. Este proyecto, por tanto, se atiene a la existencia y papel de todas y cada una de las fuerzas sociales en escena: el sector privado o capitalista, nacional e internacional, las iglesias católica y evangélica, los trabajadores asalariados y no asalariados, los pequeños y medianos productores, el estudiantado, los pueblos indígenas y comunidades étnicas afro-descendientes de la Costa Caribe, así como los diferentes movimientos sociales existentes en el país.

El FSLN se convierte así en un movimiento político, que controla las principales instituciones públicas y que ha logrado alcanzar la hegemonía en la ciudadanía y en sus principales fuerzas sociales organizadas, a juzgar por el apoyo mayoritario que tiene en la opinión de la ciudadanía. Tiene hegemonía en el poder ejecutivo, legislativo y judicial, en el Ejército Nacional y en la Policía Nacional, en las organizaciones populares, sindicatos obreros, estudiantes y un fuerte contingente de la juventud organizada. Al mismo tiempo que mantiene una entente con el capital privado y con la iglesia católica, así como una buena relación de vecindad con los gobiernos centroamericanos y caribeños.

Una fórmula que sintetiza la política económica frente a la propiedad es la que el Frente Sandinista aprobó en uno de sus congresos, refiriéndose a la propiedad de la tierra, la que expresa no solamente la correlación de fuerza de las distintas clases sociales, sino la necesidad de combinar los mecanismos mercantiles con la estrategia económica y la planificación en una economía de mercado, que dice así: "*Respeto a todas las formas de propiedad, defensa de la pequeña propiedad, fomento de la propiedad asociativa*".

En términos políticos, la correlación de fuerza electoral actualmente en Nicaragua (2015), está inclinada en un 65% hacia el sandinismo, a raíz del virtual colapso de la oposición libero-conservadora o fuerza política tradicional desde hace doscientos años, la que hasta ahora no ha podido captar ni siquiera el 10% de las simpatías de la población votante. Igualmente, deben señalarse las sucesivas victorias electorales del sandinismo en forma mayoritaria, para acceder al gobierno central, el parlamento, las alcaldías, los gobiernos regionales autonómicos de los pueblos originarios y etnias afro-descendientes, entes autónomos y demás poderes del Estado; incluyendo una hegemonía de los medios de comunicación y opinión pública nacional; entendemos como hegemonía la conducción de la orientación intelectual y moral de una sociedad.

Hay que aclarar que el Frente Sandinista ha formado diferentes coaliciones electorales con las cuales se presenta a las elecciones, siendo la última la denominada *Unida Nicaragua Triunfa*, donde participaron varios partidos políticos de diferentes ideologías enmarcados en la ideología nacionalista y popular del sandinismo. Vale la pena agregar que el Frente Sandinista ha encabezado un gran movimiento de reconciliación nacional que le permite gobernar con sobrada estabilidad política y económica.

Las políticas económicas del sandinismo están condicionadas para la acumulación o inversión económica en el país, por las tres fuentes principales de divisas encaminadas a la producción de bienes de capital (sector I de la economía) y de bienes de consumo (sector II de la economía), a saber: a) Las divisas enviadas por la población migrante o ahorro de la clase obrera en el exterior, éstas son las divisas más líquidas y más orientadas al consumo y ahorro familiares; b) Las divisas generadas por el comercio exterior, producidas por los productores y trabajadores en general, donde ocupan lugares similares el gran capital externo, el capital nacional y los pequeños y medianos productores; c) Las divisas adquiridas por créditos concesionales (mejores condiciones que las del mercado privado), en el que ocupa un lugar privilegiado el capital del comercio exterior con

Venezuela, pues las mismas pueden pagarse con productos alimenticios destinados al mercado venezolano, así como los créditos concesionales, adquiridos en la ventanilla de los organismos financieros internacionales.

La regulación de precios está determinada en gran parte por los precios de mercado (costos + ganancia media del capital) y una intervención del Estado para mitigar las fluctuaciones de la oferta y la demanda, a través de mecanismos tales como: la compra por parte de organismos estatales de la producción campesina; la consecución de mercados alternativos para la exportación; puestos de distribución estatal con apoyo y participación de las comunidades de barrios urbanos; subsidios al combustible y otros accesorios para el transporte público de la capital; fijación de precios al transporte local e interlocal, gratuidad de la educación y la salud; subsidios al consumo del agua y la electricidad en forma diferenciada según los diferentes sectores sociales; intervención de algunos aranceles de exportación-importación; regulación paulatina de los impuestos directos e indirectos con el objetivo de alcanzar una tributación progresiva, la creación de un mecanismo tripartito (Estado-trabajadores-empresario) para la fijación del salario mínimo; revisión y ajuste de los ingresos para acceder a la canasta básica, a través de un aumento periódicamente pactado del salario mínimo; incentivos fiscales a los productores en general y a las cooperativas en particular; programas sociales de contenido económico como la capitalización a los pequeños productores, entregando un capital en bienes para ser administrado por las mujeres; distribución masiva del crédito con bajas tasas de interés para el campo y para las mujeres de la ciudad. Una preocupación y un logro del gobierno ha sido el mantenimiento de la estabilidad de la macroeconomía, para regular la inflación, las reservas de divisas en el Banco Central y el balance fiscal.

En ese contexto ha fomentado el estímulo a las exportaciones, la defensa del capital nacional frente a los tratados de libre comercio impuesto por los organismos financieros internacionales y los países industrializados, el estímulo a la inversión de capital extranjero, a la inversión en bienes de capital por parte de los organismos que administran los tratados petrolero-alimenticios con Venezuela, en el marco regulatorio y vigilante de PETROCARIBE. Así ha equilibrado el peso de las inversiones privadas en los bienes de capital. Ha alcanzado con el ALBA y PETROCARIBE un acuerdo para el establecimiento de un área económica común regida por una moneda propia diferente al dólar[219].

219 La Alianza bolivariana de los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y los acuerdos petroleros-aimenticios entre Venezuela y 19 países de Centroamérica y el Caribe (PETROCARIBE), serán abordados cuando analicemos el caso de Venezuela.

En efecto, en este movimiento envolvente de reconciliación y unidad nacional, convergen asociaciones privadas y entes públicos, discutiendo, acordando y gestionando operativamente las políticas aprobadas en el Parlamento o en los decretos presidenciales o ministeriales. Puede afirmarse que las principales banderas de los movimientos sociales convencionales han sido enarboladas y traducidas en leyes por el gobierno sandinista: las reivindicaciones sindicales de obreros sobre el salario mínimo y la canasta básica, la reforma agraria, la titulación de tierras a los campesinos, la titulación de tierras indígenas, la reglamentación de la ley de autonomía de las regiones autónomas de la Costa Caribe, el 6% del presupuesto a las universidades, el fomento a la educación de los maestros empíricos, la desmercantilización de la salud y la educación, la distribución de un millón de raciones escolares, pavimentación de carreteras, calles y caminos de penetración, la paridad de género en las instituciones públicas y en la candidatura de los partidos políticos, la asignación de unidades de transporte a las cooperativas de transporte público, el mantenimiento del precio del transporte público para los usuarios, la participación de los dirigentes de las organizaciones sociales para ocupar cargos de ministros, diputados y alcaldes, la lucha contra el narcotráfico y el crimen organizado, donde la policía trabaja con los pobladores, el combate a la violencia contra la mujer, la paz nacional y la seguridad social, la soberanía alimentaria y la defensa de la soberanía nacional, el destierro de la represión contra el pueblo, ratificación de acuerdos progresistas en los organismos internacionales, fomento de la unidad latinoamericana, solidaridad con los pueblos del mundo agredidos por el imperialismo, participación en coaliciones de izquierda en el mundo entero, entre otras.

Los nuevos sujetos económicos surgidos de la revolución

Teóricamente el mercado capitalista está compuesto por dos clases sociales antagónicas, la burguesía y el proletariado, componentes y representantes principales del intercambio de mercancías (capital-dinero versus fuerza de trabajo). Sin embargo, tal como venimos constatando, existen otros sujetos que ni son burgueses-empresarios ni son proletarios o trabajadores asalariados. Son simplemente productores-trabajadores, pero que en el mercado de intercambio de mercancías finales portan en sí mismos ambos polos del intercambio de valores. Son responsables de la producción de mercancías y productores de plusvalía o excedentes comercializables, es decir, explotan o mejor dicho se autoexplotan a sí mismos. Explotación que se realiza definitivamente en el momento en que intercambian valores equivalentes, aunque remunerados en forma diferenciada o inequivalen-

te. Efectivamente, en el momento del intercambio en el mercado, fuera del lugar de la producción, se realiza el intercambio de valores equivalentes, medidos por los costos de producción más la ganancia media; pero debido a que sus horas o días de trabajo son remunerados en forma desigual, la ganancia no es retenida por el productor-trabajador, sino por el comprador que llega al mercado un trabajo mejor remunerado. Por ejemplo, si a nuestro productor-trabajador una mercancía que vale $ 5 dólares le tomó un día producirla y la misma es cambiada por otra mercancía que vale $ 5 dólares, asistimos a un intercambio equivalente. Pero si al otro agente económico -comprador-vendedor- la mercancía que entrega le tomó medio día producirla, asistimos a un intercambio desigual, pues se estarían intercambiando un día de trabajo por medio día de trabajo. Claro está que en un mercado popular donde se encuentran dos productores-trabajadores que intercambian los mismos $ 5 dólares que a cada uno de los agentes les tomó un día producirlos, asistiríamos no solamente a un intercambio de valores equivalentes ($5), sino también a un intercambio en igualdad de condiciones, pues ambos invirtieron el mismo día de trabajo para producir cada una de las mercancías.

Estos nuevos sujetos económicos (productores-trabajadores) han llegado a ser más numerosos en los países del Tercer Mundo que el proletariado convencional (asalariado-fabril) y cuando intercambian su fuerza de trabajo con el capital, a través del intercambio de mercancías, devienen proletarios, en el sentido en que son explotados, aunque fuera de la fábrica. Este tema será abordado con mayor profundidad en los próximos capítulos y retomado en los apéndices donde abordamos la polémica sobre el valor en las distintas corrientes económicas. Sin embargo, lo traemos a colación en este apartado, porque en el caso de la economía nicaragüense dicho sujeto ha llegado a ser mayoritario. Además, creemos que sobre él puede descansar la vía asociativa o cooperativa hacia el socialismo, junto a los obreros organizados en consejos de fábricas.

Volviendo a la temática del presente capítulo, la principal herencia de la revolución sandinista en sus dos etapas desde el punto de vista social, económico y político, ha sido el fortalecimiento de lo que aquí llamamos los sujetos económicos y políticos de la revolución. Se trata de los pequeños y medianos productores del campo y de los pequeños comerciantes de la ciudad, organizados política y económicamente en organizaciones sociales y productivas, aliados orgánicamente del FSLN, producto de una estructura social agroexportadora en crisis, una reforma agraria y urbana redistribuidora de tierras para trabajar, lotes de vivienda en la ciudad y otros medios de producción y transporte, una experiencia

político-militar, así como de un fogueo político contestatario durante los 17 años del neoliberalismo.

Son sujetos que se han apropiado de un significativo segmento de medios de producción. En todo este tiempo, a medida que la burguesía se retiraba del proceso inmediato de producción y que el desempleo cundía en todos los rincones de la economía nicaragüense, los trabajadores buscaron la sobrevivencia por su cuenta, alcanzando el 70% de la fuerza laboral del país, pero no como asalariados, sino como trabajadores por cuenta propia, controlando segmentos significativos en el café, el ajonjolí, la crianza de ganado, el transporte, el maíz, el frijol y el arroz, la mayor parte de las frutas y verduras, así como del transporte público de pasajeros. Se trata de trabajadores cuentapropistas, insertos en relaciones de producción mercantil, o como los hemos llamado: productores-trabajadores o proletarios por cuenta propia. Hay que hacer notar que una parte importante de la clase obrera nicaragüense se encuentra en el extranjero como migrantes: son remeseros que envían periódicamente remesas a sus familiares, con las que éstas se ayudan para sostener sus pequeños negocios familiares. Este segmento de la clase trabajadora es el más numeroso del país, genera alrededor de un millón de empleos en el exterior y cerca de $1,300 millones de dólares netos, pues el país no gasta ni un centavo para mantenerlos, es decir, cerca de la mitad de las exportaciones brutas y mucho más de la mitad de las divisas netas del país para el año 2015.

Tanto los trabajadores-productores "por *cuenta propia*" como las pequeñas empresas comerciales o de servicios por ellos conformadas no dependen de ningún patrón ni contratan fuerza de trabajo, es decir, no están organizadas a través de relaciones capitalistas, basadas en la explotación individual asalariada, sino que producen en parte para la satisfacción de sus necesidades, produciendo directamente sus medios de subsistencia o mercantilizando parte de su producción. Sin embargo, y a pesar de que controlan los medios de producción, no controlan los excedentes, en parte debido a que en la actual economía nicaragüense éstos ya no se controlan en el proceso inmediato de producción, sino en la circulación, es decir, a través del comercio (captación a través de precios de mercado) y a través del crédito (captación por interés), y porque no tienen todavía la fuerza suficiente (capital, cultura empresarial) para competir, o carecen de una estrategia de mercado acertada para apropiarse de las actividades y mecanismos de la intermediación o del resto de los eslabones de la cadena de valor.

Si la fuente del valor es el trabajo y estos productores-trabajadores son dueños de su producción, deberían entonces ser dueños de los excedentes por ellos

producidos, pero dado que el trabajador constituye la única mercancía en la que su valor o precio de mercado corresponde a su costo de producción o incluso menos, el mismo está obligado a vender sus productos al precio de lo que le cuestan, es decir, a uno muy inferior al valor relativo del resto de mercancías que circulan en el mercado mundial y que permiten a los capitalistas revendedores cobrar por las mismas un precio de mercado que equivalga al costo de producción más la ganancia media, la que en este caso es apropiada por los empresarios metropolitanos y no por los productores-trabajadores de los países neocoloniales. Estos productores-trabajadores, no solamente son los productores de una gran parte del empleo, los alimentos y las divisas del país, sino que habiendo sido protagonistas de la insurrección sandinista y de la defensa de la guerra de agresión, han heredado una cultura organizativa y una mayor conciencia de clase.

¿Cuál debiera ser la estrategia a seguir por estos trabajadores-productores, o por un movimiento político que los represente? No podría ser un proyecto socialista basado en que una clase proletaria minoritaria tome el poder, confisque a pequeños y medianos productores y les ofrezca acceder a una relación salarial a manos de empresas estatales o a una participación autogestionaria en el seno de empresas. Tal discurso o proyecto no tendría éxito de ninguna manera, más bien nos podríamos encontrar con una masa de productores mercantiles organizados por la burguesía en contra del pretendido proyecto socialista, con mayor fuerza que como sucedió durante el alzamiento campesino contrarrevolucionario en los años de la revolución sandinista. Tampoco parecería revolucionario o socialista un proyecto que los invite a desprenderse de sus medios de producción y a engancharse en una de las pocas empresas nacionales o transnacionales que vendrían a reventarlos por un mísero salario.

Otra pregunta ligada a la anterior es la siguiente: ¿Habrá que esperar que la burguesía nacional se recomponga o resucite de las embestidas de la globalización, para encontrar trabajo? O por el contrario, ¿deberían enrumbarse, desde la estructura económica realmente existente, en una estrategia donde la lucha por una mejor correlación política de fuerzas se acompañe de una lucha por los espacios económicos, locales, nacionales e internacionales?

Todo pareciera indicar que junto a la clase trabajadora en general, un proyecto socialista debería encontrar en los pequeños y medianos productores, su principal sujeto económico al cual apostar, no solamente por razones sociales, sino porque económicamente son estos sujetos los que mantienen la economía nacional, tanto la economía del mercado interno como la economía del mercado in-

ternacional, pero tal estrategia solo podría progresar a través de la asociatividad generalizada.[220]

El impulso asociativo de la revolución sandinista[221]

Resulta evidente que la única manera que existe para que las fuerzas sociales en general y los productores-trabajadores en particular, mejoren su correlación de fuerzas en la actual lucha por el excedente social, es organizándose económicamente en cooperativas, política e ideológicamente en concejos comunales desde donde participar en la discusión y aprobación de los presupuestos municipales y en las mesas sectoriales de producción a nivel de los ministerios nacionales, para escalar y ocupar los espacios de la intermediación por la vía de la asociatividad, y de esta manera apropiarse de los excedentes, ahí donde estos se encuentran, particularmente en el procesamiento y el comercio de sus propios productos.

La toma del poder en este caso, significa la toma del control sobre el conocimiento administrativo y tecnológico empresarial, la toma del control sobre los espacios conquistados en las instituciones públicas que permitan mejorar su correlación de fuerzas, la toma y el control de la economía a través de arrancarle al mercado cuotas, espacios y valores. Por supuesto que esto no sería más que una escuela de entrenamiento político y económico similar a los procesos reivindicativos que la clase obrera emprende habitualmente en su lucha por el empleo y el salario.

Al respecto Bettelheim trae a colación un texto de Marx que contribuye a aclarar todo este embrollo: «*Como decía Marx, "(La clase obrera) sabe que la presente acción espontánea de las leyes naturales del capital y de la propiedad inmobiliaria no puede ser reemplazada más que por la acción de las leyes de la economía social del trabajo libre y asociado, como resultado de un largo proceso de desarrollo de condiciones nuevas". El "largo proceso de las condiciones nuevas" es el que se efectúa en el curso del período de transición. Durante este período, dos tipos de leyes se enfrentan y combinan sus efectos, principalmente bajo la forma de la ley de dirección social de la economía, por una parte, y de la ley del valor, por la otra (anotaremos que, en la redacción definitiva de ese texto, Marx habla)*

220 El trabajo citado del CIPRES sobre los pequeños y Medianos Productores, muestra el rol preponderante de estos productores en el PIB, así como en el peso económico de la mayoría de los productos nacionales.

221 Sobre la asociatividad en Nicaragua puede consultarse el artículo titulado: *Cooperativismo, Sandinismo y Socialismo*, escrito por Orlando Núñez Soto, Revista Correo de Nicaragua, No 38, abril/2015, Managua, 2015.

de un "plan común" al "conjunto de asociaciones cooperativas, gracias al cual éstas toman la 'producción nacional' bajo 'su propia dirección'"».[222]

La lucha contra los efectos de la ley del valor, tal cual se aplica en el marco de una economía capitalista, donde predomina la producción mercantil, no debería esperar la toma política del poder a la vieja usanza, sino que debería desde ahora y desde la oposición, emprender, a través de una lucha por la asociatividad económica directa de los pequeños productores del campo y la ciudad, la batalla político-ideológica por los excedentes que se encuentran en la circulación mercantil. Todo esto en alianza con los sindicatos que por su parte podrán acceder a los excedentes, no solamente disputando a través del salario las migajas que pueda arrancarle al empresario, sino a través de la ocupación o creación de unidades económicas asociativas.[223]

Si la tarea de los obreros es sindicalizarse y avanzar en la autogestión de la empresa, la tarea de un trabajador por cuenta propia, artesano o campesino, es la de asociarse y avanzar en la cooperativización o asociatividad, y la tarea de ambos es la de formar federaciones sindicales, cooperativas, autogestionarias o asociativas de diversa índole, tal como se está haciendo en Nicaragua. Las empresas autogestionarias y las empresas asociativas actuarían como el foco guerrillero en la jungla del mercado, sustituyendo relaciones capitalistas de producción y de cambio por relaciones de cooperación y solidaridad, hasta lograr una presencia y una influencia en las localidades en donde se opera, así como un control de las instituciones públicas que les permita avanzar en el posicionamiento y usufructo del poder en favor de sus intereses.

Al comienzo estas guerrillas económicas serían columnas insurgentes contra la ley del valor, pero en la medida que avancen y mientras se conviertan en el pueblo organizado, serán también una escuela de formas nuevas de intercambiar tiempo de trabajo concreto, escuela de lo que algún día será la gestión consciente de la sociedad, entendida como la Unión de Productores Libremente Asociados, es decir, el socialismo como lo definía Marx. Este proceso se mejoraría por supuesto en la medida en que las fuerzas políticas que lo representen vayan apropiándose en espacios políticos de poder en las alcaldías, Parlamento, Fuerzas Armadas o del propio Poder Ejecutivo, a través, entre otras formas, de elecciones representativas.

222 Carlos Marx, *La Guerra Civil en Francia*, citado por Charles Bettelheim, Cálculo económico y formas de propiedad, siglo XXI editores. México 1972, p.198.

223 Un análisis más detallado puede consultarse en otro libro del autor: Orlando Núñez, *El Manifiesto Asociativo y Autogestionario*, CIPRES, Managua 1999.

Al igual que en las experiencias anteriores, la transición se iniciaría como una economía mixta donde habrá empresas privadas capitalistas, unidades privadas campesinas, empresas obreras auto-gestionadas, empresas estatales nacionales o municipales, empresas cooperativas, empresas asociativas, que se disputarían los excedentes de la economía en su conjunto. La labor de los revolucionarios entonces será la de enarbolar la cultura asociativa facilitando la imaginación y el diseño para poner en agenda los intereses de los trabajadores a la hora de regular o intervenir la economía a su favor, acompañando y divulgando las experiencias del proceso, aprovechando y educando para que cada trabajador y cada productor se convenza de las ventajas que tiene la asociación en la dura competencia contra formas capitalistas existentes en su país o localidad.

Una estrategia asociativa y autogestionaria dentro de una cultura socialista, tendrá que hacerse un espacio y tratar de impregnar de cooperación y solidaridad las relaciones sociales de la población. Una cultura que desde ahora empiece a mostrar las experiencias de millones de obreros, campesinos, técnicos y profesionales, marchando por el sendero de la asociatividad, gestionando sus propios medios de producción y tomándose los medios de circulación y los medios de comunicación, y convirtiendo su trabajo, en esfuerzos cuyo objetivo sea satisfacer las necesidades de la mayor cantidad de gente posible.

En términos generales podemos sintetizar una estrategia que combine los objetivos y tareas a corto, mediano y largo plazo, lo que no excluye que aquellos y aquellas que participen del proceso tengan una visión completa del proyecto. Tener una visión integral del proceso significa entender que la lucha fundamental está entre el funcionamiento automático del mercado, es decir, entre el mercado local, nacional e internacional regido por la ley del valor en una sociedad capitalista, y el funcionamiento de la economía y de la sociedad donde la producción y la acumulación, el intercambio y la distribución, estén regulados en forma consciente y a favor de la población más vulnerable y de los nuevos sujetos económicos.

Todo proyecto de emancipación necesita una orientación estratégica, de lo contrario estaríamos regresando a formas contestatarias que apenas logran cambiar presidentes o regímenes políticos, recoger migajas, desahogarnos de una injusticia o lograr una mejoría pírrica en cualquier campo, sin alterar las causas de la explotación, la dominación y la miseria. Pero debemos estar conscientes de la importancia que tiene el ejercicio de acciones parciales o reformistas a nivel político, económico o cultural, trátese de huelgas por salario, injusticias patronales

o gubernamentales, formación de cooperativas o empresas autogestionarias al interior de un régimen capitalista o ganar elecciones con programas que permitan avanzar. Todas estas acciones se considerarían como logros parciales y como logros estratégicos en la medida en que los productores, trabajadores y ciudadanos en general, se ejerciten en esa escuela encaminada hacia la gestión asociativa y generalizada.

Hablar de estrategia aplicada a la economía, es hablar de la regulación consciente, la que no podría identificarse con la que llevan a cabo los gobiernos fondomonetaristas o las empresas transnacionales, puesto que dicha regulación o economía mixta compuesta de libre competencia y monopolio, como la llama Samuelson, no impide la concentración de la riqueza y la exclusión de las grandes mayorías.

La regulación consciente de la que hablamos es la regulación democrática emprendida por los órganos sociales que representan a los productores, a los trabajadores y a los consumidores, tanto a nivel de una fábrica o de una finca, a nivel de un barrio o de una comunidad, y a nivel local y nacional a través de los Estados municipales y del Estado nacional.

No nos oponemos a la toma del poder político a la vieja usanza, expresada en la toma de los aparatos del poder político, pero creemos que la toma del poder de un aparato determinado debe emprenderse simultáneamente con la toma real y cotidiana del poder por las grandes mayorías organizadas cotidianamente alrededor de todas las actividades económicas, políticas y sociales. No importando si se avanza más en un espacio que en otro; mucho menos se trata de esperar que hasta que se tome el gobierno debe un proyecto emprender el mejoramiento de su correlación de fuerzas.[224]

En cuanto a la forma de regular la economía en favor de los productores, trabajadores y consumidores, tarea fundamental de todo régimen socialista, creemos que la misma tiene que hacerse presionando por políticas económicas que mejoren la correlación de fuerzas de todos aquellos sujetos frente a la anarquía y exclusión del mercado, independientemente de que el proyecto revolucionario esté en la oposición, que tenga representantes en algunas de las instituciones públicas o esté completamente en el gobierno. En todos los casos se hace im-

224 Sobre las experiencias de participación de los trabajadores, tanto en países socialistas como capitalistas, véase: la antología elaborada por Ernest Mandel, *Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, Ediciones La Ciudad Futura, Buenos Aires 1973.

prescindible conocer las reglas del mercado, con el fin de poder combinar la utilización de las categorías o relaciones monetario-mercantiles con una intervención adecuada. Combinar las reglas del mercado y las posibilidades de orientar la economía en favor de los intereses del proyecto, lo consideramos necesario y posible, recurriendo a las nuevas reflexiones sobre economías mixtas o de los nuevos conceptos y mecanismos de la regulación;[225] también a las experiencias socialistas y a las democráticas, parciales o generales, que se están llevando a cabo en diferentes partes del mundo, como podría ser el caso de Venezuela.

En relación a la necesidad de combinar la planificación y el mercado, lo que para nosotros es una forma de regulación, es interesante la visión que tenía el presidente venezolano Hugo Chávez, cuando señalaba: *"En los proyectos políticos de los dos últimos siglos, en procura de la seguridad y la justicia social, las vertientes utilizadas para distribuir el producto social han sido las autoridades centrales o el mercado. La experiencia secular indica altos grados de ineficiencia en la utilización separada o aislada de esas vertientes. La acción complementaria del mercado y del Estado es indispensable para el funcionamiento eficaz y progresivo de la economía. Es lo que entendemos como la fórmula de las dos manos, donde interactúan la mano invisible del mercado y la mano visible del Estado. El reto del desarrollo debe ser fundamental para el Estado, especialmente en las circunstancias de un país donde éste es poseedor de las principales riquezas, cuya distribución desigual entre la población produce depauperación en amplios sectores de la sociedad*".[226]

Es imprescindible que en los órganos de planificación o en los organismos de toma de decisiones participen las organizaciones sociales a todos los niveles, en el Poder Ejecutivo, en el Parlamento, en los Consejos de Planificación, en las alcaldías, como actualmente pasa en Nicaragua.

Asimismo, se hace necesario que todos los ministros sean revocables en todo momento, y estas sugerencias las podemos fomentar incluso estando en la oposición. En cuanto a las formas de propiedad no hay que caer en el error de creer que la propiedad estatal es la única forma de propiedad social, tampoco hay que creer que la propiedad privada es invulnerable a la regulación de sus excedentes.

225 Véase al respecto: Michel Aglieta, Regulación y Crisis del Capitalismo, la Experiencia de los Estados Unidos, Siglo XXI editores, México 1979.

226 Hugo Chávez, *Con Bolívar y el Pueblo, Nace Un Nuevo Proyecto Latinoamericano*, editor: Heinz Dieterich, Editorial 21, México 1999.

El primer error nos puede llevar a confundir y enajenar el control económico en manos de una burocracia, subestimando otras formas importantes de propiedad social, como pueden ser las mismas cooperativas, las empresas de los trabajadores, las empresas municipales o cualquier otra forma de propiedad en manos de colectivos sociales en general. El segundo error nos puede llevar a excluir, abusar o prescindir del aporte económico de lo que vaya quedando de propiedad particular, la que incluso puede ser colectiva o familiar, es decir, popular; la regulación indirecta de los excedentes tiene excelentes experiencias en los países nórdicos, en manos de la socialdemocracia europea o canadiense y a través de los impuestos progresivos y de otras políticas económicas de bienestar; o en el caso yugoslavo a través del control de las divisas, la moneda, el crédito, los precios líderes u otras medidas de inversión y fomento selectivo.

En cuanto al sujeto político, social o económico de la revolución y del socialismo, ni qué decir de la importancia que tiene el hablar de las asociaciones de trabajadores y trabajadoras en cualquiera de sus formas (obreras, salariales, campesinas, cooperativas, autogestionarias, cuentapropistas, pequeña producción industrial, comercial o de servicios), asociaciones de consumidores, organizadores de servicios sociales de salud, educación, construcción, cultura, deporte, diversión, etc., trátese de iglesias, fundaciones, universidades, pobladores, comunidades, organizaciones ecologistas, estudiantiles, feministas, juveniles, étnicas, otras.

Para los pequeños y medianos productores, así como para el resto de trabajadores por cuenta propia, la única manera que tienen para enfrentarse al mercado es a través de asociaciones cooperativas con el fin de escalar niveles de integración que les permitan salir de la producción simple de materias primas, incorporando a sus actividades productivas el crédito, el acopio, el procesamiento y la comercialización local, nacional y regional.

En una sociedad sensible a las necesidades sociales, la programación de la producción debe estar en sintonía con las necesidades del consumo de la sociedad en su conjunto. La producción de alimentos o la producción de divisas para importar bienes de capital tendrán que priorizarse sobre la producción de armas o de cocaína, así como deben priorizarse la asignación de recursos a la salud, el vestido, la educación, la vivienda y la diversión de aquellos que todavía no han accedido a tales logros. Una sociedad orientada hacia el buen vivir es la suma del bienestar de todas y cada una de las comunidades, quienes deberán decidir en su propia localidad qué se produce, cómo se produce y para quién se produce.

De la agroexportación a la agroindustria

Producir alimentos, frutas y verduras, carne, leche y cereales, hasta la satisfacción total de los miembros de una comunidad, es la primera semilla y la primera prueba de que hemos cambiado de rumbo, desobedeciendo las leyes del mercado y creando nuestras propias leyes, encaminadas hacia un crecimiento o desarrollo socioeconómico autocentrado.

Refiriéndose a lo que tales estudios denominan Premisas Teóricas para un Desarrollo Auto-centrado y pensado para un país centroamericano como es Costa Rica, un conjunto de autores encabezados por Tolman Altenburg nos dicen lo siguiente:

"1. Aunque la articulación de una economía nacional con el mercado mundial ha tenido gran importancia para el desarrollo socio-económico de los países del 'Tercer Mundo', las perspectivas para el futuro primeramente no dependen del grado de integración en el mercado mundial, entonces tampoco dependen de más o menos exportaciones. Más importante es el impacto de estas exportaciones sobre la coherencia interna de la sociedad y la economía nacional y, por medio de eso, sobre el carácter más o menos autocentrado del proceso de desarrollo nacional. Para explicarlo en una forma más simple: lo importante no es el volumen absoluto de las exportaciones, sino sus efectos sobre el desarrollo socioeconómico, como la distribución de los ingresos, los niveles de educación y salud, la capacidad tecnológica, la integración interna de diferentes sectores de producción y de servicios, y la capacidad de controlar políticamente las repercusiones del sector exportador.

2. Partiendo de las experiencias de los pequeños países europeos y de países del 'Tercer Mundo' como Corea o Taiwán, se puede constatar la importancia primordial de un cambio profundo de la agricultura y del desarrollo de industrias y servicios vinculados con ella, como puntos de partida para el proceso de desarrollo socioeconómico. Por eso insistimos en la necesidad de un modelo de desarrollo agroindustrial definido como un modelo de desarrollo socioeconómico de una sociedad en que tanto el proceso de industrialización como el desarrollo de un sector de servicios modernos y de las instituciones políticas, se basen en vinculaciones que surjan en torno a la dinámica agrícola. Este modelo de desarrollo ofrece una opción para casi todas aquellas sociedades nacionales (o bien regionales), cuya estructura sigue siendo predominantemente rural.

3. 'Desarrollo agroindustrial', según esta definición, ya implica un cierto carácter "auto-centrado" del cambio socioeconómico. 'Autocentrado' no significa 'desvinculado' del mercado mundial, sino que la dinámica del desarrollo se basa primeramente en la inter-relación de diferentes sectores de la economía nacional".[227]

En todo caso, una de las mayores amenazas para la agroindustrialización del país, son sin lugar a dudas los tratados comerciales con Estados Unidos y Europa, donde los pequeños países centroamericanos abren totalmente las puertas al comercio, mientras los primeros tienen mil y una maneras de cerrar sus fronteras. Sólo queda desarrollar el comercio con los países centroamericanos, caribeños y sudamericanos.

2. El socialismo en una economía rentista y periférica (VENEZUELA)

Venezuela es el último país latinoamericano que emprende una revolución con una firme orientación socialista, concebida como un modelo de ruptura con el imperialismo y el capitalismo nacional, apostando a una transición democrática hacia un sistema socialista.

Este capítulo está dedicado a este caso concreto y contemporáneo, como es el proceso de ruptura y transición que ha vivido el pueblo venezolano en los últimos quince años (1998-2015) y que muestra la pertinencia de un análisis donde partiendo del metabolismo del mercado puedan rastrearse las fracturas metabólicas en que puede incurrir un régimen político de orientación socialista, tanto por sus propias medidas como por la resistencia y lucha de las fuerzas internas y externas de la oligarquía y el imperialismo de los Estados Unidos. Dicho de otra manera, el mismo está motivado por la crisis política provocada por la contrarrevolución y por las políticas económicas implementadas por la transición, teniendo como antecedente la experiencia socialista de una veintena de países que después de casi 100 años tuvieron que revertir el modelo socialista, frente a una beligerante restauración del mercado capitalista.

Existen tres rasgos heredados que caracterizan la economía venezolana, a saber: a) Es un país rentista que depende totalmente de las exportaciones del petróleo. La economía no petrolera venezolana, apenas pasa de $15,000 millones de dólares, próxima a la de Honduras). b) Es un país eminentemente urbano,

227 Tilman Altenburg et. alt., El Desafío Económico de Costa Rica, Desarrollo Agroindustrial Auto-centrado como Alternativa, Editorial DEI, San José C.R. 1990, p.15.

dependiente de la importación de alimentos. c) Es un país comprador, donde la mayor parte de los bienes de capital y de consumo son importados, fundamentalmente de los Estados Unidos, con una costumbre de alto consumismo, acentuado por un tradicional y excepcional subsidio al combustible, favorable fundamentalmente a las clases medias y a las industrias capitalistas nacionales o internacionales que operan al interior de Venezuela.

En relación a los otros países que emprendieron el socialismo desde la periferia capitalista, Venezuela es el primer país que puede, gracias a la renta petrolera, desencadenar un proceso de acumulación endógena, sin tener que convertirse en un socialismo subsidiado, como fue el caso de otros países periféricos que fueron sostenidos económicamente por la Unión Soviética. Asimismo, Venezuela ha pretendido transitar al socialismo bajo un régimen de economía mixta y de pluralismo político, alineado totalmente con la integración latinoamericana, de la cual ha sido uno de los principales impulsores. Muy consciente del modelo emprendido, el Comandante Chávez se decide a gobernar con la consigna: *"Tanto estado como sea necesario y tanto mercado como sea posible" (Hugo Chávez)*, a pesar de lo cual y al igual que otros países en transición al socialismo, comenzó la transición controlando precios a un ritmo y modalidad que, a la par que contribuye a disminuir las desigualdades sociales, tal proceder, unido a la guerra económica montada por la oligarquía, ha contribuido a las conocidas distorsiones económicas y políticas del mercado.

Los antecedentes de la revolución venezolana

El gran Caribe mesoamericano que incluye México, Las Antillas, Centroamérica y las costas caribeñas de Colombia y Venezuela, ha sido un campo de batalla entre la soberanía latinoamericana y el imperialismo estadounidense a lo largo del siglo XX.

La batalla se inicia en 1901 cuando los marines yanquees le roban a Colombia el territorio de Panamá para construir un Canal Interoceánico bajo la modalidad de enclave. En 1902 Venezuela es bloqueada militarmente por tropas de Gran Bretaña, Alemania e Italia. A lo largo del siglo XX el gobierno estadounidense interviene militarmente en Cuba, México, República Dominicana, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Haití, Granada, Panamá.

La reacción de los pueblos no se hace esperar. En 1917 surge en México la primera revolución pos-independentista de América, encabezada por Emiliano Za-

pata y Francisco Villa. En el siglo XIX, el gobierno y yanqui le había robado a México casi la mitad del su territorio. La revolución mexicana fue una de las primeras revoluciones continentales de raigambre nacionalista y popular, precursora de la reforma agraria y de la nacionalización de los recursos petroleros, estando en el gobierno el Presidente Lázaro Cárdenas, en el año de 1930.

Entre 1926 y 1933, una guerrilla nacionalista en Nicaragua, encabezada por Augusto C. Sandino, logra expulsar a los yanquis que ocupaban el territorio nacional, no sin antes dejar instalada la Guardia Nacional somocista, cuya primera tarea fue asesinar a Sandino y a miles de sus compatriotas. En El Salvador, Farabundo Martí funda el Partido Comunista, cuyo movimiento fue aplastado y el mismo líder fue asesinado en 1932, junto a 20,000 campesinos, por la dictadura de Maximiliano Hernández Martínez. Farabundo Martí fue Secretario de Sandino con el rango de Coronel del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua en el año de 1929.

En 1948 triunfa la revolución costarricense encabezada por don Pepe Figueres, quien siendo presidente nacionaliza la banca y el comercio, inicia la reforma agraria, desarrolla el cooperativismo y elimina el ejército, siendo la principal revolución armada triunfante en América Latina bajo los principios de la socialdemocracia. A partir de entonces aparece en la región la llamada Legión del Caribe, donde muchos compatriotas se proponen enfrentar las dictaduras militares del momento en el área.

En 1944 se desata una revolución en Guatemala encabezada por un grupo de militares, entre ellos Jacobo Árbenz y se convoca a elecciones, saliendo ganador el militar Juan José Arévalo, quien gobierna entre 1945 y 1951; su sucesor, Jacobo Árbenz, gana las elecciones en 1951, emprende la Reforma Agraria y confisca la United Fruit Company. El presidente Árbenz fue desplazado del poder en 1954 por una invasión militar de los marines norteamericanos, orquestada por la CIA y apoyada desde Nicaragua, precisamente por el dictador nicaragüense Anastasio Somoza.

En 1959 triunfa la primera revolución socialista de América, encabezada por Fidel Castro, Ernesto Che Guevara y otros conocidos dirigentes; a partir de entonces se multiplican las guerrillas latinoamericanas contra las dictaduras militares. En ese momento, Cuba se convierte en la primera trinchera de la revolución latinoamericana contra el imperialismo yanqui.

En 1968 el General Omar Torrijos asume el poder en Panamá a través de un golpe de Estado, presiona al gobierno estadounidense y logra firmar el Tratado Torrijos-Carter en 1977, por medio del cual el Canal de Panamá sería regresado al país centroamericano en 1999. Torrijos apoya a la revolución sandinista de 1979, y es asesinado por la CIA en 1981.

En 1979 triunfa la Revolución Sandinista en Nicaragua, encabezada por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, inaugurando un nuevo proyecto nacionalista de orientación socialista, bajo el modelo de Economía Mixta, Pluralismo Político y No Alineamiento. En ese momento, la Revolución Sandinista representó la primera línea de batalla frente al imperialismo norteamericano.

En el mismo año 1979 triunfa la revolución en la isla caribeña de Granada, la que es invadida por los marines yanquis en 1983, quienes asesinan a su líder Maurice Bishop.

En 1998, triunfa electoralmente el movimiento bolivariano del comandante Hugo Chávez Frías, quien asume el poder en 1999, veinte años después de la revolución sandinista, y el proceso bolivariano iniciado por éste se convierte en una revolución de orientación socialista. A diferencia de la revolución cubana y nicaragüense, la revolución venezolana cuenta con una renta petrolera que le permite emprender con recursos propios un proceso endógeno de acumulación. Al igual que la revolución nicaragüense, la revolución bolivariana se desarrolla bajo el marco de una economía mixta y pluralismo político que la condiciona periódicamente a someter el poder a la contienda electoral, teniendo como adversario a una fuerte oligarquía, aliada del imperialismo estadounidense, que cuenta con una significativa base social en el pueblo venezolano y está inmersa en la institucionalidad del gobierno (alcaldes, policías, gobernadores, diputados) y por supuesto del sector privado.

Revolución y contrarrevolución en Venezuela

Veamos en perspectiva los hechos políticos y económicos que han desencadenado la actual crisis de un país que a pesar de tener una gigantesca renta petrolera padece una crisis de transición, sumada a una beligerante oposición que utiliza todos los medios para desestabilizar económica y políticamente al gobierno y a la sociedad venezolana.

En 1992 el comandante Chávez encabeza una rebelión militar que no cuajó, fue detenido y declarado culpable. En 1993 el Presidente Carlos Andrés Pérez fue

acusado de corrupción y depuesto del cargo. En 1994 el comandante Chávez es indultado por el Presidente Rafael Caldera y liberado.

En 1998 el Comandante Hugo Rafael Chávez Frías gana las elecciones en Venezuela, toma posesión en febrero de 1999, convoca a elecciones para una Asamblea Constituyente y el 15 de diciembre un referendo popular aprueba una nueva constitución con el 71.78% de los votos.

A mediados de 2001 y autorizado por el Parlamento, a través de una Ley Habilitante, el Presidente Chávez comienza su lucha para recuperar para el pueblo el negocio del petróleo, aumentando los impuestos de extracción a las transnacionales en un 30%; asimismo, desplaza a la oligarquía del monopolio de la tierra, beneficiando a campesinos y pescadores artesanales. La oligarquía y las empresas transnacionales resintieron las medidas expropiadoras y comenzaron a tomar una posición crítica, esperanzados en ganar las elecciones en los próximos comicios.

El gobierno del Presidente Chávez inicia su gestión contribuyendo a reconstituir la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), y con ello mejorar el precio del petróleo; tal como lo había hecho Venezuela anteriormente. Posteriormente, expropia la explotación del petróleo.

Frente a este panorama, la desesperada oligarquía decidió en 2002 (cuatro años después del primer triunfo electoral del Presidente Chávez) y en contubernio con sectores del ejército, los sindicatos petroleros y los medios de comunicación, asestar dos golpes al régimen bolivariano. Primeramente desatan un golpe de Estado el 11 de abril del año 2002; simultáneamente las principales organizaciones empresariales (FEDECAMARA), acompañadas de los sindicatos petroleros desencadenan una huelga patronal-obrera. Ante el fallido intento golpista, protagonizan un paro petrolero entre diciembre de 2002 y febrero de 2003, lo que dejó pérdidas por más de $ 20,000 millones de dólares a la economía venezolana.

Saliendo airoso del golpe de Estado de 2002 y apreciando el apoyo masivo del pueblo venezolano, el Presidente Chávez profundiza la revolución, expropiando otros recursos naturales, declarando enfáticamente el derrotero socialista de la revolución, tal como lo había hecho Fidel Castro después de la invasión yanqui a Cuba en 1961, año en que la revolución cubana declara el socialismo como modelo político, social y económico.

En el paro o huelga obrero-patronal y el señalado sabotaje económico, la oligarquía y la revolución midieron fuerzas, con un final infeliz para la primera, lo que permitió al gobierno chavista profundizar las medidas económicas y sociales.

Ante el fracasado golpe de Estado del 2002 y la pérdida del control de la empresa Petróleos de Venezuela S.A. (PDVESA), la oligarquía pierde su principal base económica, pues la administración de la empresa petrolera pasa al Estado y el viejo sindicato-patronal es sustituido por personal revolucionario. Así, no le queda más opción que seguir apostando a una victoria electoral. Chávez, sin embargo, sigue ganando elecciones, batiendo records en el número de justas electorales ganadas en América Latina, en todo tipo de comicios: presidenciales, gubernaturas, municipales, parlamentarias, referendos; 18 elecciones en total, entre 1998 y 2013.

Con la nueva renta petrolera multiplicada y en manos del Estado, el gobierno bolivariano implementó una serie de medidas de carácter anti-neoliberal y de orientación socialista, tanto a nivel nacional como internacional, entre ellas la estatización de la gran industria y el gran latifundio, así como la puesta en marcha de una serie de programas de educación, salud, vivienda, transporte, alimentos, apoyo a cooperativas y empresas de trabajadores, llamados Misiones, que funcionan como un Estado paralelo, en beneficio de la población, no solamente venezolana, sino también latinoamericana.

El 5 de marzo de 2013 muere el comandante Chávez y su sucesor, el vicepresidente Nicolás Maduro, se somete a elecciones presidenciales ese mismo año, ganando con un margen muy estrecho, lo que envalentona a la oligarquía agrupada en la llamada Mesa de la Unidad Democrática (MUD), que se ilusiona y pretende ganar las elecciones municipales; sin embargo, el chavismo gana 2/3 de las alcaldías, aunque la oposición obtuvo un significativo triunfo en las principales ciudades del país. Hay que decir que este último triunfo ha sido el más reñido, distanciándose en un punto la diferencia entre uno y otro partido, lo que muestra la erosión electoral infringida por la oposición al proyecto bolivariano

La guerra económica entre la revolución y la oligarquía criolla-estadounidense

La guerra económica está protagonizada por una lucha entre dos modelos, un modelo de capitalismo dependiente y otro modelo de socialismo de mercado; dos modelos que tienen cada uno un segmento de la sociedad, enfrascada en una lucha de clases e intereses económicos; una lucha de clases que tiene como cam-

po de batalla el mercado, el mercado nacional y el mercado mundial; una lucha por el crecimiento económico y una disputa por la apropiación de los excedentes por cada una de las clases y estratos existentes.

A nivel económico la guerra se lleva a cabo a través de la distorsión de precios, la fuga de capitales, el mercado negro, la especulación, el desabastecimiento, el tráfico ilegal y fraudulento de divisas, así como del contrabando por la frontera colombiana. Mecanismos difíciles de administrar para el gobierno bolivariano de Venezuela, a pesar de tener una política monetaria, fiscal y comercial todavía manejable, de acuerdo a los índices macroeconómicos avalados por los organismos internacionales. Entramos así de lleno en lo que hemos venido llamando la lucha política y económica en el campo de batalla del mercado (local, nacional e internacional).

Esta guerra económica tiene dos aristas principales. En primer lugar, el cambio de modelo, que al desplazar a la oligarquía de importantes rubros de la economía y al cambiar la matriz tradicional de la distribución del ingreso, genera desequilibrios macroeconómicos. En segundo lugar, la ofensiva de la oligarquía, que aprovecha y profundiza la desalineación de precios y de otras variables del mercado; una situación que no debe sorprender, pues las revoluciones se hacen precisamente para transformar el sistema, lo que difícilmente se puede hacer sin que la sociedad altere sus instituciones y el comportamiento de las diferentes clases.

La crítica de la oposición oligárquica al proyecto venezolano se centra en el rechazo abierto a que el gobierno emprenda un proyecto y políticas económicas a favor de cambiar a corto plazo el modelo económico y a largo plazo sustituir el sistema capitalista por un sistema socialista. El gobierno bolivariano por su parte plantea su derecho a querer cambiar el sistema por razones sociales y en favor del bienestar del pueblo venezolano.

En estas condiciones, la guerra económica está planteada en un contexto de mercado abierto y en el marco de la Constitución y de las reglas establecidas políticamente por el sistema democrático, cada uno buscando cómo ganar adeptos en la dividida opinión pública. Como dice el gobierno, "*si nos quieren tumbar tendrá que ser por el voto popular*".

Asistimos a una batalla ideológica sin precedentes, donde cada uno echa mano de las cartas que tiene a su favor. La revolución, detentando la mayor parte del Estado, pero enfrentando las turbulencias de todo cambio profundo en el seno

de las instituciones. La contrarrevolución emprendiendo toda clase de maniobras para desestabilizar política y económicamente al país y contando con el apoyo del gobierno estadounidense.

Una de las singularidades de la transición venezolana, cuyos antecedentes los encontramos en el caso chileno y en el caso nicaragüense, es que tiene que gobernar y buscar como profundizar la revolución y la transición, en un contexto en que las clases desplazadas del poder, todavía mantienen espacios en la institucionalidad política, la economía y la opinión pública; además que tiene que someter el poder a elecciones periódicas. Hoy en día (2015), la oposición oligárquica ocupa 76 de las 337 alcaldías (incluyendo muchas grandes ciudades), 3 de las 23 gubernaturas estatales, 67 de los 165 escaños parlamentarios, controlando incluso cuerpos armados que ponen a disposición de las protestas contra el gobierno. Y es en estas condiciones que la oligarquía venezolana arremete permanentemente la llamada guerra económica y política; una guerra que cuenta a su favor con las leyes, fuerzas sociales estratégicas en el mundo de la ideología, como es la iglesia católica, parte del estudiantado y los medios de comunicación. Sin hablar de una cantidad de ciudadanos opositores que hoy por hoy (2015) sobrepasa el 48% de la población.

La intervención de la economía por parte del gobierno tiende a generar el resentimiento del mercado, tanto en las variables internas como externas. Uno de los instrumentos en manos del gobierno, utilizados para contrarrestar las políticas desestabilizadoras de la oposición oligárquica, es el control de las divisas, llevado a cabo para evitar la fuga de capitales, además del control del comercio exterior para favorecer la importación de aquellas mercancías consideradas prioritarias. Recordemos que la mayor parte del comercio exterior de Venezuela se hace con los Estados Unidos, su principal comprador de petróleo y el principal proveedor de suministros necesarios para la reproducción ampliada de la economía. La inflación y el desabastecimiento de algunos productos, sobre todo alimenticios, ha llevado al gobierno a incrementar las importaciones, lo que no se ha hecho sin dificultad debido a que es la empresa privada la que tiene la mayor parte del andamiaje comercial de la economía interna.

En estas condiciones, el gobierno no puede responder con medidas radicales que distorsionen más la economía, pero tampoco puede quedarse con los brazos cruzados frente a una situación que también desfavorece el abastecimiento popular. Responde, por tanto, con medidas de mayor nacionalización, mayor

control de precios y ganancias, mayor protección a la población que resiente la inflación, multando incluso a grandes, medianos y pequeños establecimientos, lo que por su número se vuelve una tarea difícil de controlar, sobre todo porque es fácilmente visibilizada como represiva por los medios de comunicación que están en manos de la derecha.

El lector se preguntará ¿si la gente se está beneficiando del chavismo, por qué cerca de la mitad de la población votó por la oposición en las últimas elecciones presidenciales?

La principal respuesta es que la conciencia social todavía está condicionada por un ser social anterior a la revolución. En estas lides, el factor subjetivo instalado en la superestructura tiene una inercia muy grande, sobre todo si sigue alimentándose de los aparatos ideológicos del Estado, como la universidad, la iglesia y los medios de comunicación, sin hablar de la cultura del mercado, bien inculcada en la población.

La situación no es nueva en la historia del socialismo. Pero, no es despreciable mantener en agenda el análisis de las distorsiones del mercado y sus consecuencias político-ideológicas en un modelo regulador en franca ruptura con el orden anterior.

Y no es un asunto de voluntad política. Baste recordar las vicisitudes que tuvieron que pasar los regímenes socialistas en el siglo pasado, teniendo que bregar, convivir y padecer las leyes del mercado hasta llegar a revertir el modelo estatizado como los gobiernos socialistas de China, Vietnam o la misma Cuba, en condiciones más difíciles y de cuya voluntad y posición política socialista no se puede dudar.

No está demás agregar el peso que tiene el consumismo en lo que el Presidente Chávez llamó la *guerra económica del imperialismo*. Si la satisfacción de las necesidades básicas necesita todavía del trabajo y éste a su vez necesita de estímulos materiales para disciplinarse, la satisfacción de los deseos todavía se rige bajo la influencia cultural e ideológica de los parámetros de la sociedad de consumo.

Los deseos individuales, la libertad formal de consumo, la movilidad social de las clases medias y las aspiraciones psicológicas estimuladas por los deseos bien publicitados por el sistema, calan fuertemente en el alma de los pueblos.

Avanzar es seguir en la batalla

Como si eso fuera poco, asistimos a una ofensiva por parte de la derecha y el imperialismo para denigrar y emplazar a los nuevos gobiernos de izquierda, muchas veces con el apoyo de antiguos izquierdistas. En esta batalla, los medios de comunicación funcionan como vitrinas ideológicas para influir en las poblaciones latinoamericanas con su guerra de imágenes mostrando los dos mundos, el que ofrecen y el que rechazan, más interesados en contraponer el modo de producción socialista al modo de vida de las clases medias y altas de los países capitalistas desarrollados, enfatizando el consumismo del *American way of Life*.

Toda esta situación genera un gran dolor de cabeza a un gobierno socialista que tiene que combinar las políticas para erradicar la pobreza con los requerimientos de la economía para mantener el equilibrio y la capacidad de una reproducción ampliada.

Quizás el lector esté tentado a decirnos: “entonces, ¿no hay posibilidad de avanzar hacia el socialismo?” A lo que nosotros respondemos: avanzar es mantenerse en la batalla.

Cuando hablamos de una revolución de orientación socialista nos estamos refiriendo a la lucha entre un régimen político y otro, entre un sistema económico y otro, entre los valores de una civilización y otra, independientemente de los avances y avatares de la revolución en marcha. Es una revolución, pero en el marco del viejo sistema de mercado capitalista dependiente y bajo la hegemonía del imperialismo, particularmente estadounidense.

La orientación socialista del nuevo modelo venezolano avanza a través de lo que se conoce como economía mixta, donde el sector privado subsiste frente a un progresivo fortalecimiento del sector público de la economía.

Aún sin la presencia, o con una presencia debilitada, del capital privado, la economía mercantil aparece como una verdadera retaguardia y comadrona de toda diferenciación social, generadora incluso de capital, entendido como relación social, así como de sus agentes privados o públicos. Ello, porque no se puede prescindir de las categorías mercantiles para administrar una economía en transición. Porque es muy difícil evitar la distorsión del mercado. Porque de acuerdo a la constitución, el gobierno tiene que someter el poder a sucesivas e interminables contiendas electorales.

Alcances y limitaciones de la economía venezolana

Tomando en cuenta que la lucha entre la revolución y la contrarrevolución, encabezada esta última por la oligarquía criolla y la voluntad efectiva del gobierno de los Estados Unidos, se lleva a cabo no solamente en el campo de la política (protestas callejeras, guerra mediática), sino también en el campo de batalla del mercado, objeto sustantivo de este libro, vale la pena señalar la radiografía de la economía venezolana a la altura de 2014-2015.

Venezuela es un país de 30 millones de habitantes, de los cuáles 90% son urbanos. El Producto Interno Bruto (PIB) es de 385 mil millones de dólares, ocupando el cuarto lugar a nivel latinoamericano, con un PIB per cápita de 13 mil dólares por habitante.

Hay algunos rasgos estructurales que Venezuela arrastra desde el siglo XX y que pesan a la hora de enfrentar los desequilibrios económicos[228]. Como señalamos al comienzo, además de ser un país rentista, Venezuela es un país urbano y prácticamente no cuenta con una fuerza laboral campesina como otros países latinoamericanos, lo que dificulta el abastecimiento de productos alimenticios. La importación en general es asumida desde la renta petrolera, situación difícil de revertir en los próximos años, a pesar de los grandes esfuerzos del gobierno para cambiar la matriz económica. Salirse de la mono-producción-exportación no es fácil, como lo muestra el caso cubano con la caña de azúcar, apoyado intensamente por la Unión Soviética y en un período más largo.

La fuente principal y rasgo distintivo de la economía venezolana, es la exportación de petróleo, rubro que genera el 96% de las exportaciones. El comandante Chávez a través de la OPEP pudo llevar el precio del petróleo de 8 dólares que costaba en 1998 a 109 dólares por barril al cierre de 2012. Venezuela produce 2,7 millones de barriles diarios. Desde 2012, el Estado venezolano es el principal explotador de hidrocarburos y gas.

Para el año 2013 Venezuela mantuvo un superávit en la balanza comercial (33,520 MD), no así en la balanza de servicios (-15.874MD) ni en los movimientos de capital (-18.388MD), lo que influye en la disminución del superávit en cuenta corriente (6.645MD) y en la deficitaria balanza global (-8.591.0MD). Sus

228 Véase: La teoría económica del capitalismo rentístico, Asdrúbal Baptista, 70 aniversario, Banco Central de Venezuela, Caracas, 2010.

Reservas Internacionales Brutas han venido disminuyendo de 43.127 MD en el año 2008 a 21.750 en el año de 2013. El movimiento de capital obedece en gran parte a las inversiones venezolanas en el exterior, emprendidas recientemente. A finales del 2014, con la bajada en un 40% del precio internacional del petróleo, la balanza en cuenta corriente puede empezar a ser deficitaria, erosionando aún más el déficit de la balanza de pagos

El déficit fiscal y el déficit en la balanza de pagos se cubren con endeudamiento público. Hay que hacer notar que a través de las Misiones, el Estado venezolano alimenta un servicio público mayor que el que aparece en las cuentas nacionales, pues es cubierto como gasto de operación de la empresa petrolera estatal PDVSA.

La economía no petrolera es muy pequeña y depende para su demanda interna y procesos agroindustriales de las importaciones de materias primas y bienes de capital, incluyendo alimentos para la población. Anualmente Venezuela importa el equivalente al 10% de su PIB, incluyendo una parte importante de productos básicos alimenticios; teniendo que destinar parte de los ingresos de la gran empresa energética PDVSA para el pago de las importaciones.

La mayor parte del comercio exterior se realiza con los Estados Unidos (exportaciones e importaciones), aunque se está avanzando en la diversificación de sus mercados, siendo su relación con China una buena muestra y un buen logro de este objetivo.

Antes de la revolución bolivariana, Venezuela tuvo varias crisis económicas y financieras, reflejadas en serias distorsiones macroeconómicas, las que fueron enfrentadas mediante ajustes fiscales y monetarios, bajo la orientación del FMI, diálogos políticos con los principales actores y otras medidas represivas, desencadenándose conflictos inmanejables; podríamos decir que este es el principal antecedente del golpe de Estado intentado por el comandante Hugo Chávez en 1992.

La crisis actual sin embargo, obedece al cambio de modelo político, social y económico, al paso de una economía privada a una economía mixta de orientación socialista, con un gran peso estatal a partir de la expropiación del petróleo y otros bienes (minas y tierra), manteniendo una economía abierta al mercado mundial capitalista.

Las transformaciones sociales y la crisis política

Una economía mixta de orientación socialista se caracteriza por el peso que tiene el sector público en la economía y la socialización de los costos sociales en beneficio de la población en su conjunto. Entre los indicadores más importantes para medir el grado de intervención del mercado o la socialización de la economía se utiliza el peso que tiene el sector público en las cuentas nacionales, están:

a) El peso del sector público dentro del Producto Interno Bruto (PIB), que muestra el avance de la economía socializada sobre la economía capitalista.

b) El peso del gasto social dentro del presupuesto nacional, que muestra los beneficios sociales que está recibiendo el pueblo empobrecido.

c) El peso de los ingresos tributarios en el gasto público, que muestra la redistribución de las cargas fiscales entre la población y las empresas.

Usualmente, los gobiernos financian su gasto público con deuda pública, la que puede pagarse: con más deuda externa-interna; con emisión monetaria (señoreaje) hasta que la economía comienza a salirse de control, enfrentando el riesgo de una espiral híper-inflacionaria; con impuestos sobre el capital y el trabajo; o a través de lo que se conoce como la precariedad, es decir, disminuyendo el gasto social.

Venezuela acusa en los últimos años un déficit fiscal que se equilibra con las regalías provenientes de las empresas estatales, particularmente de la gran empresa estatal Petróleos de Venezuela, Sociedad Anónima (PDVESA).

El PIB de Venezuela es de 385 mil 862 millones de dólares para el año 2013, de los cuáles 109 mil 199 millones de dólares corresponden al gasto público total, es decir, a alrededor del 28%. Hay que decir que en economías capitalistas como la de Estados Unidos y Europa, el peso del sector público ronda actualmente entre el 30% y el 50%, dependiendo de los países.

El peso del gasto social con respecto al gasto público total es de 37%, correspondiente a gastos en educación, salud, seguridad social y vivienda. En los países europeos supera el 40%, alcanzando el 55% en el caso de Suecia.

El peso de los ingresos tributarios en Venezuela con relación al PIB es de apenas 13,66%, utilizando el año 2012 como referencia. La mayoría de los países

latinoamericanos tienen un peso mayor, destacándose países como, México, Nicaragua o Colombia (19.6%), Ecuador (20.25%), Costa Rica (21.0 %), Bolivia (26%), Uruguay (26.3%), Brasil (36.3%), Argentina (37.3%). Esta situación se compensa con las regalías que provienen de las empresas que se encuentran en propiedad del Estado venezolano

En los países europeos el peso es mucho mayor, particularmente en los países escandinavos. Habría que señalar que si bien es cierto que los ingresos tributarios aparecen menores que otros países latinoamericanos, también es cierto que los ingresos no tributarios como las regalías del petróleo son muy altos (40 mil millones de dólares, equivalente al 9.8% del PIB) y compensan la falta de ingresos tributarios con los cuales Venezuela hace frente a su gran gasto fiscal.

Comparado con países capitalistas, el avance de la socialización no debería ser un problema, sobre todo en el marco de un pluralismo político; sin embargo, lo que la oligarquía resiente es la pérdida de la correlación de fuerzas para mantener su estatus rentista

Gracias al gasto social, el gobierno venezolano ha llevado a su economía a un extraordinario desempeño y a su pueblo a alcanzar un mejoramiento que lo sitúa a la cabeza del bienestar de los pueblos latinoamericanos de acuerdo a los principales indicadores sociales. El grado de desarrollo humano es uno de los más altos de América Latina, lo que ha sido reconocido por instancias internacionales como la CEPAL.

La pobreza extrema bajó de 16.32% en el año de 1999, cuando asumió el poder el Comandante Chávez, a 6.97 % a finales del año 2011. La pobreza bajó de 38.52% a 24.57%. El índice de desarrollo humano pasó de 0.662 en el año 2000, a 0.771 en el año 2012. El coeficiente de Gini pasó de 0.498 en 1999, a 0.394 en el año 2010[229]. La esperanza de vida al nacer pasó de 69.9 años de edad en el año 2000, a 71.5 años de edad en el año 2010. La matrícula estudiantil pre-escolar pasó de 43.40%, a 70.70% en el año 2012. La matrícula estudiantil de primaria pasó de 90.70% en el año de 1999, a 93.00% en el año 2012. La matrícula estudiantil media pasó de 53.60% en el año de 1999 a 74.00% en el año 2012. La deserción escolar, en cambio, pasó de 11.50% en el año de 2011

229 El coeficiente de Gini es un indicador que sirve para medir el nivel de igualdad-desigualdad, cuyo rango va de 0 a 1, donde 0 representa la igualdad absoluta y 1 representa la desigualdad absoluta; de tal manera que mientras menor sea el coeficiente más nos acercamos a una situación de igualdad.

a 7.00% en el año de 2012. La tasa tributaria en educación universitaria pasó de 28.00% en el año de 1998, a 86.20% en el año de 2011. El Sistema de Pensiones de la Seguridad Social pasó de 387,007 pensionados a 2,436,306 pensionados en el año de 2012.[230]

Asimismo se ha avanzado en vivienda (500 mil viviendas en una década), desempleo (7% e indexación del salario), transporte (el combustible más barato del mundo), capacidad adquisitiva y salario mínimo (el salario mínimo en 2014 es de 4 mil bolívares y la canasta básica es de 3 mil bolívares).[231]

No es nada despreciable la creación de más de una docena de *Misiones* (Nuevos Programas) encargadas de mejorar el ingreso y los servicios sociales, no solamente al pueblo venezolano, sino también a muchos países latinoamericanos, como la *Misión Milagro*, que ha posibilitado la visión a más de dos millones de latinoamericanos ciegos a través de operaciones completamente gratis; o como la *Misión Yo Sí Puedo* que con el apoyo cubano ha contribuido a desterrar el analfabetismo en diferentes países latinoamericanos.

Las críticas de la oposición oligárquica son abiertamente ideológicas. Acusan al gobierno bolivariano de regalar el petróleo a sus amigos comunistas, particularmente a Cuba. La verdad es que el programa de Petrocaribe contratado con 20 países, se lleva a cabo con países de diferentes opciones políticas, algunos de los cuales, como Guatemala u Honduras, tienen gobiernos de derecha. Pero el convenio petrolero de Petrocaribe consiste en una venta al contado en un 50%, con un crédito a mediano plazo del otro 50%, a la manera de los créditos concesionales de los organismos financieros internacionales. Además, la suma del petróleo convenido con Petrocaribe es insignificante. De los 2.9 millones de barriles diarios que produce Venezuela, apenas 130 mil son concedidos como crédito concesionario a estos pequeños países. Una suma que contrasta con los 800 mil barriles que el gobierno venezolano vende a los Estados Unidos o los 700 mil que le vende a China.

La democracia participativa es la superación de la democracia electoral y significa la profundización de la misma, tanto en un entorno capitalista como en un entorno socialista. El Presidente Chávez introdujo como precepto constitucional el referéndum revocatorio, por medio del cual la oposición puede solicitar la revo-

230 Plan de la Patria, Segundo Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación 2013-2019, Ediciones Correo del Orinoco, Venezuela, 2013.
231 Cepal, 2013.

cación del período presidencial, lo que se ha hecho en Venezuela y de lo que el movimiento bolivariano ha salido airoso.

En el socialismo, la democracia participativa ha evolucionado hacia una democracia directa, que tiene hondas raíces en los procesos revolucionarios de la historia, desde la Comuna de Paris, hasta los Consejos Obreros en Rusia, las Comunas en China, la autogestión obrera en Yugoslavia, la cogestión obrera en las empresas de reforma agraria en Nicaragua, el Consejo de Estado durante la revolución sandinista, los Consejos de Defensa Revolucionaria en Cuba, los Consejos Comunitarios, campesinos, ciudadanos y de familia en toda América Latina.

Además de la redistribución que puede medirse a través de las cuentas nacionales, la democratización de un país se mide por el grado de control social que tiene el destino de los excedentes. A propósito de los servicios públicos (en tanto que excedentes sociales destinados a mejorar la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo), el economista belga Ernesto Mandel afirma: *"La sobrevivencia de categorías de mercado y monetarias se hace inevitable durante el periodo de transición del capitalismo al socialismo. Sin embargo, esto no es cierto para los servicios; en este dominio, de acuerdo con los recursos que tiene la sociedad y que puede proporcionar, la distribución se puede hacer basándose en la salud, la educación, los transportes públicos, la electricidad, el gas, o la vivienda. Sin embargo, los mecanismos de mercado no son los únicos, ni siquiera los principales instrumentos, que el plan puede utilizar para alcanzar sus objetivos. Los cálculos económicos, las consultas directas a los consumidores, las discusiones en asambleas populares pueden utilizarse con el mismo objeto de equilibrar la oferta y la demanda"*.[232]

La encrucijada económica y política de la revolución

Todos estos gastos, correctamente considerados como inversión, han sido asumidos por lo que se conoce en términos neoclásicos como relajamiento de la política fiscal y monetaria, acompañada por los problemas técnicos, como por ejemplo, mantener subsidios y transferencias de parte de la empresa petrolera PDVSA, una sobre-apreciación del bolívar, una indexación de los salarios y otros aspectos de incidencias macro-económicas, aprovechados por la oposición, para culpar al gobierno por las limitaciones e insuficiencias del crecimiento en la de-

232 Ernest Mandel, *Ensayos sobre el neocapitalismo*, t. 3, Editorial Era, México. 197, págs. 214 y 219.

manda agregada, relacionadas con la inflación y el deterioro de los saldos en la Balanza de Pagos.

Para fijar el punto de inflexión de la actual crisis, a partir de 2009 se aprecia una cierta inestabilidad monetaria y fiscal, posiblemente como herencia de la crisis económica y financiera internacional generada desde los EEUU. En 2012 los indicadores de las cuentas nacionales muestran un claro desajuste, así como el de los principales precios del mercado. Ello, unido a la guerra económica de la oligarquía, provoca distorsiones en el mercado, desarreglos económicos y desestabilización política. Es de sobra conocido que, en una situación de fijación central de algunos precios con una oferta de bienes limitada, la planificación impositiva puede incidir en el descarrilamiento del resto de precios y por ende en la distorsión del mercado y de la economía. Si se imponen precios favorables en un producto de oferta limitada, el mismo producto tiende a acapararse y agotarse, generando mercado negro, desabastecimiento, presión importadora y baja de liquidez estatal.

El crecimiento del PIB (2005-2013) parece haberse detenido. Los organismos internacionales presagian una recesión económica y una caída del PIB hasta niveles bajo 1 para los próximos dos años (2014-2016). La inflación ha pasado del 65% en 2014. Los niveles de escasez han sobrepasado el 20% en general, siendo más agudos en algunos artículos de primera necesidad. El déficit fiscal supera el 15% del PIB. La deuda pública proyectó cerrar en 2014 por encima del 50% del PIB. La distorsión del mercado de divisas (tres tasas cambiarias) afecta las importaciones y aumenta la especulación sobre los precios de las mercaderías importadas y presiona sobre el desabastecimiento y el mercado negro. El déficit en la cuenta corriente y de capital, más la fuga de capital sigue repercutiendo en el endeudamiento público y en las reservas internacionales.

La crisis en el mercado interno ha sido provocada y aprovechada por la oligarquía venezolana-estadounidense, desencadenando toda clase de zancadillas interno-externas, rumores de escasez, alteración de precios y ganancias, juego de expectativas de los comerciantes, aumento de la fuga de divisas (vía servicios, subfacturación, sobrefacturación y toda clase de desvíos), mercado negro, especulación, lo que aumenta la presión inflacionaria, mayores importaciones, medidas de control de precios y presiones salariales, con todos los costos económicos y políticos que esto lleva consigo. La clase trabajadora venezolana está compuesta en una buena parte, como toda economía compradora y rentista, de trabajadores por cuenta propia, una clase muy inclinada a la renta comercial,

venga de donde venga. Los límites de una situación como ésta tienen sus fronteras en los recursos líquidos de una economía y en la necesidad del gobierno de mantener la estabilidad política.[233]

Hasta mediados del año 2014, Venezuela tenía todavía capacidad de endeudamiento, aunque los bonos soberanos mostraban una tendencia hacia la baja; el PIB potencial requiere de un proceso de maduración, que tendría que esperar dos o tres años para aumentar sustancialmente la producción de petróleo y la economía no petrolera, apremiando además la necesidad de mejorar el desempeño de algunas políticas económicas, sabiendo que se tiene como horizonte político las próximas elecciones legislativas (2015) o el eventual referendo revocatorio (2016) que podría ser convocado si la oposición toma ese camino y cumple los requisitos legales.

En cuanto a la estabilidad política, en el último año (2014) la oligarquía ha sabido aprovechar y provocar las distorsiones del mercado, acompañándolas con las famosas "Guarimbas" o tumultos callejeros (barricadas, quema de metrobuses, de universidades, provocaciones y francotiradores, marchas permanentes), acompañando todo este tinglado con una campaña de desprestigio a través de medios locales, nacionales e internacionales de comunicación. A esto habría que agregar la problemática de la seguridad ciudadana, sabiendo que Venezuela está catalogada como uno de los países de AL de mayor violencia cotidiana e inseguridad ciudadana.

Existen dos variables económicas heredadas de gobiernos anteriores que se hacen sentir en todo proceso de rectificación y que vale la pena señalar, como son el enorme subsidio a la gasolina y la dependencia de las importaciones, particularmente de Estados Unidos; la primera, muy difícil de alterar, políticamente hablando, y la segunda muy difícil de superar en el corto tiempo, económicamente hablando. Hoy en día (2014), la expansión del gasto social comenzó a presionar el balance fiscal y el nivel de inflación, en momentos en que el precio del petróleo bajó de más de $100 dólares por barril a $ 55 dólares por barril en menos de 6 meses.

El debate teórico o político, nacional como internacional, sobre la ley del valor no alcanza en Venezuela el nivel que adquirió el caso de la Unión Soviética o de Cuba, tanto fuera como dentro de esos países. La disputa política aparece muy

233 Datos tomados de varios organismos internacionales y del Banco Central de Venezuela, 2014.

polarizada y gira sobre posiciones políticas suficientemente matriculadas, lo que contribuye a la propia polarización de las fuerzas políticas que protagonizan la guerra económica. A pesar de las diferencias con otras situaciones o experiencias de transición, la matriz del debate sigue siendo muy parecida. Quizás la diferencia que más pesa puede resumirse en los términos siguientes:

a) A diferencia de la mayoría de las experiencias socialistas, Venezuela goza de una renta petrolera que le permite emprender transformaciones sociales sin tener que depender de un ahorro-explotación nacional como fue el caso de la URSS o de China, ni tampoco de un subsidio exterior, como fue el caso de Cuba o de Nicaragua. Sin embargo, tal como le pasó a la URSS, las oscilaciones en el precio del petróleo tienden a desestabilizar la economía y ponen en peligro la liquidez de la misma, lo que repercute económica y políticamente en el desempeño requerido por el gobierno.

b) A diferencia de Cuba, que no tiene fronteras terrestres por ser una isla, Venezuela tiene una extensa frontera con Colombia y Brasil; hay que señalar que Colombia, llamado el Israel de América, tiene el ejército más fogueado de Latinoamérica, cuenta con siete bases militares estadounidenses y se encuentra actualmente (2014) en una ronda de negociaciones con la guerrilla más vieja de Latinoamérica, como son las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). La frontera terrestre es una condición que Venezuela comparte con Nicaragua, país que padeció una ofensiva por parte de fuerzas contrarrevolucionarias asentadas al otro lado de sus fronteras, como fueron Honduras y Costa Rica, apoyadas además por el ejército de los Estados Unidos.

c) Al igual que Nicaragua y a diferencia de Cuba, el modelo de transición venezolano tiene como marco económico una economía mixta y como marco político el pluralismo político; lo que aumenta su vulnerabilidad política frente a la oposición, tanto interna como externa.

Las distorsiones del mercado, los riesgos de liquidez para mantener el abastecimiento externo-interno y el rimo y monto de los subsidios a la población, unido a la percepción real y sobredimensionada del desajuste de los precios del mercado y su repercusión en una equívoca asignación de recursos, más un discurso único que presupone como único interlocutor al sector chavista de la sociedad, provocan una desestabilidad política alimentada por la suma de distorsiones económicas + erosión de la legitimidad del discurso público.

¿Qué hacer?

Lo que está claro es que a mediano y largo plazo la oligarquía tiene todas las desventajas, pues el gobierno tendrá tiempo para consolidarse. A corto plazo las desventajas corren a cargo del gobierno, pues toda desestabilización política o económica tiende a deslegitimar a cualquier gobierno y frenar las transformaciones. Las medidas de urgencia tienen que estar acompañadas de medidas más estables y estratégicas, pues es muy difícil lidiar con una oposición consciente de que en cada crisis se juega el todo por el todo, frente a un gobierno decidido a trastocar el orden capitalista e instaurar un modelo socialista.

Ahora bien, conectándonos de nuevo con nuestras tesis de que el mercado se ha convertido en un verdadero campo de batalla entre el capitalismo y el socialismo, creemos que en el caso de Venezuela el panorama es manifiesto y que el gobierno bolivariano deberá tomarlo en cuenta a fin de no tener que luchar con dos adversarios a la vez: la oligarquía y el imperialismo, por un lado, y un mercado que se resiste a ser domesticado de cualquier forma, por otro.

Entre uno y otro, el gobierno bolivariano está buscando alianzas nacionales e internacionales para mantener su hegemonía. Internamente ha ofrecido un diálogo a una fracción del capital nacional y extranjero que esté dispuesto a marchar junto a una revolución de orientación socialista. A nivel internacional, ese capital aliado ha sido China y algunos otros capitales públicos sudamericanos, con quienes es más fácil entenderse.

Internamente la situación es más difícil, pues cualquier alianza útil para ambos contendientes pasa por trastocar la empatada correlación de fuerzas, a juzgar por los resultados de las últimas elecciones.

Por parte de la revolución, sus opciones políticas descansan en lo que podríamos llamar la clase política chavista, donde se encuentran diferentes sectores, a saber: el ejército, la burocracia pública, los ejecutivos y técnicos vinculados al aparato económico que está surgiendo con la revolución, los cuadros del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), la población votante chavista y la población en general beneficiada por las políticas de la revolución, en la cual -independientemente de las posiciones políticas– se han encarnado los programas sociales del gobierno revolucionario.

En estas condiciones la voluntad de "*un proyecto intermedio, tanto Estado como sea necesario y tanto Mercado como sea posible (o la voluntad) de gobernar*

con la mano invisible del mercado y con la mano visible del Estado",[234] se vuelve una cuestión de arte político donde la dirigencia tiene que sopesar las alianzas populares con las medidas de ajuste necesarias para permitir mayor tregua al proyecto, mientras mejora la correlación de fuerzas, tanto en términos económicos (liquidez y alineamiento de precios), sociales (opinión pública) como políticos (mayoría electoral); lo que pasa por una unidad interna al interior del grupo chavista cimentada en una sólida y consciente estrategia de transición.

Consciente de que el problema no es un simple asunto de desequilibrio económico producido por la distorsión de las reglas del mercado, (cosa que técnicamente no sería mayor problema resolver, como el alineamiento de precios), lo que el régimen tiene que resolver es cómo recuperar el equilibrio de la economía sin erosionar la base social sobre la que se asienta la revolución.

La lógica económica indica la necesidad de aplicar un conjunto de medidas económicas que aunque obvias no pueden llevarse a cabo si no van acompañadas de medidas políticas vinculadas a la correlación de fuerzas, las alianzas políticas internas y externas, la focalización del apoyo social al pueblo.

Por lo demás, cualquier técnico fondomonetarista sugeriría estabilizar a través de un ajuste estructural, lo que empieza por un ajuste de precios: el precio de la gasolina, el precio de las divisas, el precio de las mercancías de consumo nacional, producidas internamente o importadas; buscando detener la tendencia de aquellas variables perturbadoras de los equilibrios, como el endeudamiento público, las reservas internacionales, la expansión fiscal y monetaria, el abastecimiento, la inflación, la especulación y el contrabando, entre otras. Cualquiera de estas variables tiene costos para todo el mundo, pero sobre todo para los sectores populares que actualmente apoyan el modelo político-socio-económico de transición.

Veamos un ejercicio para tener un idea de lo difícil del caso, que esperamos los compañeros venezolanos puedan sortear. A continuación quisiéramos concentrarnos en lo que ha sido uno de los principales objetivos de este trabajo, como es la utilización de la política económica en la confrontación de clases, ateniéndonos al metabolismo del mercado y a sus fracturas metabólicas durante los periodos de transición hacia una regulación consciente.

234 Comandante Hugo Rafael Chávez Frías, Presidente de Venezuela: *Discurso en la toma de posesión*, Caracas, Venezuela, 29/2/1999.

Obviamente, la economía venezolana está aquejada por los síntomas típicos de un desajuste provocado por políticas económicas encaminadas a regular el mercado, remunerando los factores económicos de acuerdo a las necesidades de la población, rozando con la disciplina del mercado, incluso violentando las categorías mercantiles, que recomiendan o esperan que la asignación de recursos se haga de acuerdo al valor-trabajo y progresivamente de acuerdo a las necesidades universales. Insistimos en señalar que el mayor problema es que se está remando en aguas turbulentas y desfavorables, pues estamos hablando de un régimen de economía mixta, democrático y pluralista, con la beligerante oposición de una de las oligarquías más poderosas de América Latina y de las más vinculadas al gobierno de los Estados Unidos. Un país donde el sector llamado informal, de comerciantes, trabajadores por cuenta propia y demás negocios familiares, constituye la mayoría de los trabajadores, con una clase fuerte y superconsumista clase media, donde la clase obrera es minoritaria.

Esta apreciación comienza a ser parte de la agenda al interior del propio régimen chavista. Un dirigente chavista como Allí Rodríguez, hasta hace poco secretario de UNASUR (2012-2014) y prominente cuadro del gobierno de Hugo Chávez (1999-2013), antiguo ministro de Petróleo y Minas, Energía Eléctrica y Relaciones Exteriores, hoy propuesto para hacerse cargo de la Embajada de Venezuela en Cuba (2014), señaló públicamente que "*Venezuela debe "definir mejor" el perfil de su política económica. Advirtiendo que el Estado no puede asumir el control de todas las actividades de la economía dado que* "*su eficacia es muy limitada" (…) "Está demostrado que el Estado no puede asumir todas las actividades económicas. Debe haber una definición en cuanto a "los roles que va a cumplir el sector privado, estableciendo las regulaciones para evitar la formación de monopolios. ¿Qué vamos a hacer con un conjunto de actividades en la cuales se ha venido metiendo el Estado, que están francamente mal y no lo podemos ocultar"? ¿Qué vamos a hacer con la siderurgia? Yo no estoy proponiendo que se privatice, pero ¿vamos a continuar pasando más actividades al Estado cuando su eficacia es muy limitada?*".[235]

Entre las recomendaciones técnicas y desde un punto de vista fondomonetarista la rectificación o el ajuste apuntarían a liberar los precios de los productos, lo que implicaría eliminar o frenar, dependiendo de los montos y ritmos, el subsidio a los sectores populares y dejar al mercado asumir la asignación de recursos en la economía, lo que se expresaría en un descenso del nivel de vida de las masas

235 Allí Rodríguez, Diario El Universal, Caracas, Venezuela, 10 de agosto, 2014.

populares, y a su vez podría interpretarse prácticamente como la claudicación de la revolución.

Veamos a continuación las necesarias y posibles medidas que el régimen chavista estaría contemplándose y proponiéndose, como alternativa a una situación que no puede continuar como está, pues la misma es generadora no solamente de distorsiones del mercado y de la economía, sino que es fuente de inestabilidad política.

1. *Aumentar la producción de petróleo, diversificar la economía y sustituir importaciones*

Aumentar la producción de petróleo está contemplado en el Plan de la Patria, recuperando para los próximos años niveles anteriores que puedan alcanzar los 3,5 millones de barriles de petróleo por día, cifra que Venezuela ya ha alcanzado en tiempos pasados, pero que no es fácil recuperarlo en pocos años. La meta no es fácil de cumplir, pero prefieren mantener la apuesta. Asimismo, el plan contempla, seguir con las inversiones encaminadas a diversificar la economía, acelerando la maduración de los proyectos dirigidos a sustituir las importaciones actuales, particularmente de alimentos, lo que tampoco se puede hacer de la noche a la mañana, pero podemos decir que se está yendo por buen camino. Lo primero permitiría aumentar las reservas de divisas y disminuir el peso de la deuda externa e interna; lo segundo permitiría disminuir las importaciones de equipos y alimentos, reducir la escasez y el mercado negro y mantener la dinámica económica y el empleo.

Esta variable es una de las más importantes, pues de ella depende el mantenimiento del modelo social y económico de la revolución. Sin embargo, siendo una renta sostenida por el mercado mundial, la misma no está ajena a las vicisitudes del mismo. Hoy en día, Estados Unidos, por ejemplo, ha decidido explotar sus reservas y apostar a otras fuentes de energía, como el petróleo y gas de esquisto, un producto obtenido de material rocoso; lo que le permite a Estados Unidos disminuir sus importaciones de energía y más bien dedicarse a exportarla. Según The Economist, la producción de petróleo de Estados Unidos, proveniente del esquisto se ha incrementado en cuatro millones diarios desde el año 2008[236]. Esta situación más la disminución de la demanda de petróleo tienden a bajar volúmenes y precios del petróleo en el mercado internacional, lo que evidente-

236 *The Economist*, citado por El Nuevo Diario, 22 de octubre, 2014, Managua, Nicaragua.

mente perjudicaría a países exportadores como Venezuela. A finales de 2014 e inicios del 2015, los precios del petróleo se desplomaron de un poco más de 100 dólares hasta 45 dólares, lo que está obligando al gobierno venezolano a recortar el gasto fiscal. Las oscilaciones del precio internacional de petróleo no son nuevas; recordemos que a la llegada de Chávez al poder (1998), el barril de petróleo estaba a 9 dólares, después subió y volvió a bajar durante la crisis de 2008-2009, luego subió hasta 128 en el año 2012. Sin embargo, hoy las cifras parecen responder a la voluntad política de los Estados Unidos y demás países productores de petróleo donde tiene mayor influencia como Arabia Saudita, o más aún en países ocupados militarmente como Irak y Libia. Asimismo, deberíamos recordar que la caída del precio del petróleo fue una de las causas de las dificultades de la Unión Soviética al final de la crisis que la hizo implosionar económica y políticamente. Como sabemos, China, a quien Venezuela le está vendiendo más petróleo (después de los Estados Unidos) está desacelerando su economía. Lo que queremos decir con esto es que la transición al socialismo cuando se está inmerso en el marco vinculante del mercado capitalista mundial, arrastra el Talón de Aquiles que aqueja al modelo del socialismo en un solo país.

En cuanto a la diversificación e intento de sustituir importaciones, apalancando con empresas o cooperativas de reciente creación, tampoco es fácil, pues estas empresas o cooperativas muchas veces funcionan bajo la política del cálculo presupuestario y no del cálculo económico, lo que las hace menos competitivas.

En todo caso, el PIB venezolano está creciendo a menos del 1%, muy por debajo del promedio latinoamericano, que fue de más del 3% en 2013. Las exportaciones de petróleo se han venido diversificando, abriendo mercados en China. En este mismo campo, el gobierno venezolano está buscando cómo desprenderse de sus empresas de refinería en los Estados Unidos (17) y de sus estaciones de derivados del petróleo (15,000).

2. Disminución del Gasto Público, el endeudamiento y la inflación

A pesar de los inmensos ingresos petroleros y el superávit de la balanza comercial, Venezuela tiene que hacer frente a un abultado gasto público para financiar las inversiones del Estado, las importaciones –en particular las de alimentos–, el gasto social o subsidio a la población, los gastos corrientes y de capital para mantener el gobierno y las inversiones, los servicios de una creciente deuda externa, sobre todo con China, a quien le paga con petróleo, disminuyendo así los ingresos netos de sus exportaciones petroleras.

El déficit fiscal, compensado con el apalancamiento de PDVSA también se sortea con emisión monetaria, lo que unido a gastos sin contrapartida en mercancías, genera un proceso inflacionario que ronda el 60%, en promedio (2014). La inflación o aumento de precios de los productos en general y de los alimentos en particular es compensada con periódicos aumentos salariales para hacer frente a la disminución de la capacidad adquisitiva de la población, lo que a su vez presiona el proceso inflacionario; el último aumento salarial a inicios de 2014 fue de 30%, manteniéndose la presión para otro aumento antes de que terminara el año.

Los economistas saben que todo gobierno tiene varias opciones para pagar la deuda pública: Aumentar el endeudamiento, lo que obviamente tiene un límite. Aumentar los impuestos, a través de una tributación progresiva, es decir, que quien gane más pague más y quien tenga menos ingresos que pague menos; esta medida implica cargar el gasto de los ingresos de ricos y pobres, quienes responden bajando la producción o resintiendo su nivel de vida. Aumentar las emisiones monetarias, lo que además de ser una medida inflacionaria, que golpea la capacidad adquisitiva de todos, sobre todo de los sectores populares, contribuye más aún a distorsionar los precios. Eliminar o frenar el ritmo y ciclo de los subsidios, es decir, optar por lo que se conoce como la precariedad social. Siendo la población venezolana una de las más subsidiadas internamente del continente y contando el partido de gobierno con una cuota significativa de chavistas, habría un margen de riesgo en intentar hacer que la población aceptase esta medida.

3. Aumentar progresivamente el precio de la gasolina

El precio de la gasolina en Venezuela es uno de los más baratos del mundo y así ha sido desde hace mucho tiempo, mucho antes de la llegada del Comandante Chávez al poder.

En Venezuela toda la población puede adquirir un galón de combustible por el precio de 0,18 centavos dólar el galón, mientras que en América Latina se necesitan 4 dólares en promedio; en otras palabras, con el precio de lo que paga en su país por un galón de combustible, un latinoamericano podría adquirir en Venezuela alrededor de 20 galones.

Este precio tan barato beneficia fundamentalmente a las clases medias, que son las que tienen el grueso del parque vehicular y a la burguesía industrial que es quien más consume energía.

Es verdad que en Venezuela siempre ha existido un subsidio al combustible, sin embargo, en términos de subsidio, no es lo mismo 0,18 centavos dólar por galón cuando el barril de petróleo valía 9 dólares, que cuando ese mismo barril vale 100 dólares. Tanto es así, que el gobierno venezolano paga más de 20 mil millones de dólares anualmente por el subsidio al combustible, lo que se explica no solamente por el precio de los 700,000 barriles diarios de petróleo que destina a su mercado interno, sino porque Venezuela refina parte de su petróleo en el extranjero, incrementando así el volumen y precio del subsidio.

Aumentar el precio a los combustibles permitiría mejorar los ingresos de la Hacienda Pública y el balance fiscal, pero sabiendo que este es un precio líder por su gran efecto multiplicador sobre el resto de precios de las mercancías, su impacto afectaría a todo el mundo.

Venezuela ha tenido varias crisis políticas, incluyendo desequilibrios económicos, golpes de Estado y refriegas callejeras. La última tuvo que ver precisamente con el intento de subir el precio de la gasolina. En 1989, durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez y ante una situación de iliquidez, endeudamiento, gastos sociales insolventes, sobre-recaudaciones, inflación, control de cambios y de precios en general, escasez, mercado negro, desinversión privada, el FMI llega a Venezuela y pretende aplicar una política de choque al estilo de los paquetazos neoliberales (que incluyeron liberación del tipo de cambio, liberación de precios y de las tasas de interés, aumento de tarifas públicas, congelamiento de gastos, eliminación de aranceles y aumento del precio de la gasolina, entre otros). El intento de Pérez y del FMI terminó en el llamado *"Caracazo"* o insurrección callejera con saqueos populares, lo que fue sofocado a sangre y fuego por la policía municipal, la Guardia Nacional y el ejército.

En otras palabras, no parece tan fácil decirles a los venezolanos que después de mucho tiempo le subirán el precio de la gasolina, aunque técnicamente sea necesario para poder ajustar las cuentas nacionales. Tal medida tendría que ser precedida de un programa de subsidios diferenciados, focalizados hacia los sectores más vulnerables, subsidiando el precio del transporte públicos, aumento gradual del precio de otros bienes y otras medidas similares. Hay que tomar en cuenta que el gobierno de Venezuela se encuentra en pleno combate político y económico, donde el mercado reclama un nivel de precios que corresponda a los costos de producción más la ganancia media del capital, público o privado, presionado por un modelo de gobierno que quiere regularlo de acuerdo a las necesidades populares, a través de la dirección social de la economía.

Uno de los efectos no deseados del bajo precio de la gasolina es que una gran parte (200,000 barriles diarios) del consumo interno se fuga para Colombia, como contrabando.

La situación se vuelve contradictoria y conflictiva. Si no se hace nada, la distorsión del mercado seguirá influyendo en el desequilibrio de las variables macroeconómicas. Si se transige con el mercado, el gobierno perderá el ritmo de las transformaciones sociales y puede disminuir el apoyo de la población.

4. Detener la fuga de capitales

La situación del mercado y los intereses de la oligarquía han desembocado en una creciente fuga de capitales por múltiples y diversos mecanismos: compra de divisas, control de los bancos comerciales, subfacturación y sobrefacturación, contrabando de combustible por las fronteras de Colombia y Brasil, entre otros. Por estas y otras razones, el gobierno ha optado por administrar y restringir las divisas que el país genera, destinándolas a aquellos productos que más convengan a la población en su conjunto, desestimulando a la vez su uso para bienes no considerados de primera ni de segunda necesidad.

Para algunos sectores tal medida implica una restricción de divisas, generando un mercado paralelo o mercado negro de divisas, pues el mercado busca como establecer su regla de precios de acuerdo a la oferta y la demanda. Si hay escasez de divisas habrá escasez de aquellos productos que se compran con divisas, generándose así un mercado negro no solamente de divisas sino también de las mercancías adquiridas con divisas.

Solamente para el año de 2012 se hablaba de una fuga de capitales de más de 20,000 millones de dólares por parte de empresas de maletín que fingían operaciones para adquirir la moneda extranjera. El mismo Presidente Nicolás Maduro reconoció públicamente que el CADIVI (Comisión para la Administración de Divisas), la principal ventanilla de entrega de divisas en el país hasta el año de 2013,había sido “perforada” desde el año 2003 por los delincuentes y puso en marcha una reorganización completa del sistema de divisas. El CADIVI fue sustituido en el año 2013 por el CENCOEX (Centro Nacional de Comercio Exterior). Algunos analistas hablan de una gigantesca suma que ronda los 250,000 millones de dólares en el período que va de 1998 a 2013, de un total de MM$US 1,746,957. Es decir, alrededor del 15%, aproximadamente.[237]

237 Sinfonía de un Desfalco a la Nación, Rebelión, 2014.

5. Erradicar el contrabando y la corrupción

Habría que agregar como parte de la fuga de capitales, no solamente la gasolina de contrabando que se fuga a Colombia, sino una gran parte de medicinas y alimentos de primera necesidad. Las autoridades estiman que, 40% de los alimentos y de las medicinas subsidiadas también se fugan para Colombia, a través de lo que se conoce como el contrabando de extracción. Como respuesta, el gobierno ha montado un operativo, junto a las autoridades colombianas donde ha comprometido a 17,000 efectivos militares venezolanos para reprimirlo. Sabemos además que una gran parte de estos comerciantes o contrabandistas son de origen popular, lo que hace más difícil su confrontación.

Tanto la fuga de la gasolina como de los alimentos o insumos obedecen a la diferencia de precios entre Venezuela y Colombia. Si los precios de los productos son más baratos en Venezuela siempre existirá tentación de que una parte de los mismos se acaparen y se vendan al mejor postor, dentro y fuera de las fronteras. Hay que señalar, además, que en Venezuela, gran parte de los alimentos y de las medicinas son importadas.

Otro flagelo que todos aceptan como reprobable es la corrupción, no solamente por lo que significa en términos de montos, sino porque la misma incide en la fuga de divisas y en la mala imagen del gobierno. En agosto 2014 la Agencia Venezolana de Noticias (AVN) divulgó la noticia de que un ex Gerente del Fondo China-Venezuela fue acusado formalmente por el desfalco de más de 84 millones de dólares; otros altos funcionarios han sido también acusados y enjuiciados por similares delitos.[238]

6. Ajustar la paridad cambiaria

En Venezuela existían a inicios del 2014 tres niveles de tipo de cambio. Uno donde el dólar vale 6.3 bolívares, otro donde el dólar vale 10.5 bolívares, otro donde el dólar vale 60 bolívares. Ajustar la paridad cambiaria implicaría acercar progresivamente los extremos, hasta llegar a un promedio, lo que debe hacerse gradualmente. Ello implica soltar un volumen considerable de divisas, perdiéndose la selectividad para bienes de primera, segunda o tercera necesidad. Esta medida beneficiaría a los estratos más altos que ahora no encuentran dólares o los encuentran a 60 bolívares por dólar, permitiéndoles acceder a un volumen y precio mejorado de divisas; desmejorando la situación de aquellos sectores

238 Agencia Venezolana de Noticias, Caracas, 17 de agosto de 2014.

representados por el gobierno que ahora compran los productos de primera necesidad a precios favorables, pagando 6 bolívares por dólar.

Los tipos de cambio diferenciados llevan a que los artículos de primera o segunda necesidad, o los artículos escasos, como medicinas, alimentos, repuestos de vehículos o electrodomésticos en general, tiendan a ser sustraídos del mercado oficial, deslizándose hacia el mercado negro, creando acaparamiento y especulación. A su vez, los diversos tipos de cambio alteran el nivel de precios del mercado en general y tienden a aumentar la sed de divisas, el mercado negro, la escasez y la fuga de capitales, en una vorágine sin fin, donde todos estos factores se alimentan mutuamente, sobre todo si a ello se suman los mensajes desestabilizadores de los medios de comunicación de la derecha oligárquica, sin contar con los rumores que son capaces de cumplirse automáticamente sin que existan razones económicas más allá del rumor mismo.

Tal como están las cosas políticas hasta ahora, no puede descartarse que una medida de esta naturaleza aumente la fuga de divisas existente, volviendo más difícil el control del gobierno para impedirlo.

Por su lado, algunos sectores de la empresa privada -opositores acérrimos del gobierno- también colaboran con el desabastecimiento de algunas mercancías, cerrando sus bodegas o posponiendo su venta, ya sea porque no compraron el equivalente en divisas de lo que se les otorgó o porque prefirieron acapararlas para especular con los precios futuros, contribuyendo así con la escasez, la especulación y el mercado negro. La escasez por su lado, tiende a encarecer los precios, pues la gente está dispuesta a pagar más porque sabe o cree que dichos productos dejarán de existir, sobre todo los alimentos.

Todo este panorama es aprovechado por la oligarquía a través de sus medios de comunicación y de sus rumores permanentes que se convierten en profecías auto-cumplidas y respaldadas por experiencias constatadas.

Habría que decir que en presencia de un diferencial cambiario se genera automáticamente acaparamiento, escasez y mercado negro, pues la fijación política de precios no impide que el mercado imponga sus precios y costos de acuerdo a la ley del valor, haciendo que el diferencial de precios funcione como vaso comunicante entre el precio fijado por el Estado y el precio fijado por el mercado.

El éxito pasa por armar un paquete de políticas económicas que lleve como sello una alianza con los diferentes sectores económicos y políticos, incluyendo el

capital productivo; de lo contrario, seguiremos la apuesta entre las reglas de un mercado distorsionado y la lucha de clases, teniendo a la economía y a la sociedad soportando aquella contradicción.

Hegemonía y alianzas de clases

Si a este panorama de precios alterados en relación a los precios estables del mercado, agregamos una campaña político-económica y económico-ideológica que predispone a muchos sectores (comerciantes y consumidores en general), a protestar contra lo que señalan como pecados del gobierno, es obvio que el resultado de las reglas alteradas del mercado, comenzarán a favorecer la oposición de la oligarquía. El eje de la propaganda se alimenta de las mismas reacciones del gobierno, como cuando se detiene a unos manifestantes por protestar en forma violenta contra el gobierno, esta vez saqueando almacenes, vaciando bodegas, acaparando bienes, alterando precios, traficando divisas, ofreciendo a través de sus medios de comunicación un discurso y una imagen que fácilmente puede homologarse con lo que la gente mira a su alrededor.

A esto hay que agregar la lucha política callejera en forma cada vez más provocadora. Las marchas se convierten en manifestaciones de protestas contestatarias, desembocando en las “Guarimbas”, un término usado hace algunas décadas en Venezuela proveniente de un juego en el que frente al enemigo el jugador perseguido podía refugiarse en una residencia o guarida determinada y donde el enemigo no podía entrar. Políticamente, la “Guarimba” es una especie de guerrilla urbana apoyada por un vecindario opositor al régimen, quien les estaría ofreciendo refugio a los protestantes. Sería este el caso de aquellas alcaldías venezolanas en manos de la oligarquía, que ofrecen protección frente a la llegada de los alistados de la Guardia Nacional.

Frente a todo esto, el gobierno ha levantado la bandera del diálogo y la legitimidad que la Constitución garantiza a un gobierno legalmente elegido por el pueblo, como es el caso del Presidente Maduro y a quien no se le puede destituir más que por los votos; esfuerzos que no parecen haber progresado; sobre todo después de las posiciones del gobierno estadounidense, lo que desmoraliza a algunos funcionarios y envalentona a la oposición.

El 9 de marzo del año 2015, el Presidente de los Estados Unidos, Barack Husein Obama, emitió un decreto ejecutivo acusando a Venezuela de haberse convertido en “una inusual y extraordinaria amenaza a la seguridad nacional de los

Estados Unidos", lo que para muchos analistas significa un preámbulo para una intervención militar norteamericana en territorio venezolano. Un poco más de un mes después, el gobierno estadounidense aprueba 2,000 millones de dólares para fomentar la democracia en Venezuela, Cuba, Ecuador y Nicaragua, países con gobiernos abiertamente antiimperialistas.

El gobierno está muy consciente de que no hay hegemonía sin alianza de clases. Lo que hay que determinar es lo que se puede ofrecer a potenciales aliados que hoy se encuentran enfrascados en una lucha por derrocar al Presidente venezolano Nicolás Maduro, particularmente a aquella fracción de la burguesía que no ha sido totalmente desplazada de la economía. Por eso decimos que se trata de una crisis política y económica, donde cualquier paquete de medidas de estabilización económica –pues hay que evitar prolongar el statu quo– debe estar acompañado de acuerdos y alianzas que permitan neutralizar las seguras reacciones negativas de un ajuste económico; diálogo que permanentemente está proponiendo el Presidente Maduro, con pocos resultados.

En estas condiciones cabe preguntarse: ¿cuáles son las consideraciones, antecedentes e interlocutores políticos de esta alianza? Nuestra principal hipótesis es que el itinerario debe tener un guion preestablecido. Sabiendo que lo más preciado es el apoyo popular, las alianzas deben empezar en primer lugar, como un acuerdo al interior de la propia clase política chavista; en segundo lugar, establecer una alianza estratégica con aquella fracción de la burguesía más proclive a trabajar conjuntamente con un modelo de socialismo de mercado. Finalmente, establecer un conjunto de medidas que permitan retomar el control de la economía, estableciendo acuerdos con segmentos escogidos de la población en su conjunto, focalizando y compensando el golpe general de la reestructuración de precios.

El itinerario de las alianzas. La experiencia de los países socialistas a lo largo del siglo XX, que pasaron por todas estas vicisitudes, funcionaron bajo el marco de una hegemonía política, con el control absoluto y vertical de la economía y de la sociedad. Quizás sea la Revolución Sandinista lo más parecido a un proceso donde la transición tuvo que hacerse en el marco de una alianza con los diferentes sectores. En la mayoría de experiencias, incluyendo la sandinista, el desenlace terminó con la apertura comercial y la privatización de la economía.

En el caso de la revolución venezolana estamos frente a un escenario donde "los acontecimientos se encuentran en pleno desarrollo", como diría el eslogan de uno de los programas de teleSur.

Lo que puede inferirse de los discursos de los líderes de la revolución venezolana, es que la alianza incorpora dos variables: la rectificación de algunas políticas y el diálogo con la oposición. Parece obvio que el itinerario de la alianza pasa por tres momentos:

a) Acuerdo dentro de la dirigencia de la revolución, a nivel de las fuerzas militares, la burocracia el Estado, el partido, los dirigentes de las unidades económicas sociales (empresas y cooperativas), así como la dirigencia de las organizaciones sociales.

b) Acuerdo con una fracción de la burguesía, aislando a los sectores más radicales de la oligarquía y del imperialismo norteamericano.

c) Acuerdo con la base social amplia, acompañando el paquete de medidas de política económica, focalizando el subsidio para aquellos sectores que salgan perdiendo con los ajustes.

Los acuerdos con la burguesía no pueden intentarse sin acuerdo previo con las fuerzas internas de la revolución. De lo contrario, la revolución enfrentaría acontecimientos como el de algunas renuncias o despidos de viejos compañeros, lo que erosiona la unidad interna del chavismo.

El paquete de medidas económicas no puede abordarse sin el acuerdo previo con algunos sectores productivos de la burguesía. De lo contrario, se arriesga que las medidas generales sean aprovechadas por los dirigentes políticos opositores para soliviantar a una parte del pueblo.

Hay que resaltar que el chavismo tiene enfrente a tres sectores nada despreciables ideológicamente, como son los medios de comunicación, la iglesia y una parte significativa de los estudiantes universitarios. Además de la población que le negó al chavismo su voto presidencial, que proviene de todos los sectores sociales (obreros, campesinos, trabajadores por cuenta propia, comerciantes, clase media y por supuesto la mayor parte de la oligarquía). Incluso podríamos decir que aunque la mayor parte de las Fuerzas Armadas es chavista, existen segmentos no totalmente ganados para la revolución, prueba de lo cual es la depuración de altos mandos del ejército realizada por el Presidente Maduro a mediados de 2014.

Otro hecho significativo –que ya mencionamos– en esta clásica lucha de clases y de los proyectos enfrentados, es que una parte de la oposición está institucio-

nalizada en alcaldías, gobernaciones y diputaciones, incluyendo policías bajo las órdenes de autoridades no chavistas o antichavistas.

Repasemos a continuación los diferentes sectores con los cuales el gobierno revolucionario podría emprender un programa de negociaciones, acuerdos, diálogos o alianzas estratégicas.

La oligarquía. En primer lugar está el adversario político principal, la oligarquía (interna-externa). El problema concreto de la oligarquía no solamente es que le quitaron la renta del petróleo, sino que le están quitando gran parte del engranaje mercantil del negocio interno-externo de la economía petrolera y no petrolera. Tienen conciencia de clase, tanto a nivel empresarial como a nivel político, no están dispuestos a ceder (no pueden) ni en lo uno (sus negocios) ni en lo otro (perder el marco capitalista del sistema). Su estrategia es ganar hegemonía entre el pueblo, apostando no a una propuesta, sino al desgaste económico y político del gobierno; de ahí lo encarnizado de su lucha ideológica, para lo cual cuenta con poderosos instrumentos (medios de comunicación, iglesia, parte del estudiantado universitario).

Su fortaleza está en la debilidad del gobierno para sustituirlos en el control del engranaje mercantil, el mismo que contribuye a distorsionar el mercado. La mayor fuerza de la oligarquía no está solamente en el apoyo imperial, mucho menos en el número de sus miembros, sino en su capacidad de influir en la opinión pública interna.

Ciertamente, la desestabilización económica y política afecta más al gobierno que a la oposición, sobre todo sabiendo que esta última trabaja a tres bandas:

a) Lucha ideológica basada en las distorsiones del mercado y dirigida a los sectores populares propios y chavistas, así como al sentimiento anticomunista.

b) Negociación para que el gobierno ceda y así recomponer su posición negociadora en las próximas luchas, en las próximas elecciones y en los próximos diálogos.

c) División del trabajo entre una oposición pacífica-electorera y otra violenta y desestabilizadora.

Un rasgo del modelo de pluralismo político es que el partido de gobierno, gobernando en oposición a un sistema que todavía no ha cambiado, alberga en su

interior a la oposición, la que usufructúa toda su influencia, recursos y personal para desestabilizar al gobierno central.

Los sectores medios. Los trabajadores informales y sectores medios son el segmento más delicado. Este sector es mayoritario y tiene mucho peso, tanto en términos mercantiles como ideológicos (es la pequeña burguesía). En una economía rentista e importadora como la venezolana, el sector de los pequeños comerciantes junto con la mediana burguesía, tiene un papel significativo -difícilmente sustituible- en el engranaje comercial y de transporte.

Este sector es muy sensible a que le toquen los mecanismos del mercado y defensor acérrimo del modo de vida (sector consumista que además vive del consumo). Es el mayor protagonista del mercado negro y del desabastecimiento, elementos que se pueden convertir en el hoyo negro desde el punto de vista económico (congestión mercantil de la economía interna, desabastecimiento de alimentos, mercado negro) como político (descontento por falta de vitrinas): mientras más productos importados inyecta el gobierno más se dinamiza el mercado negro, aún sin los rumores (profecías auto-cumplidas).

En toda economía de mercado, existe una inercia de confianza en la estabilidad de los precios de parte de productores y consumidores. Cada uno de los centenares de estratos cotidianos acepta la diferencia en la capacidad adquisitiva en el seno del pueblo (considera natural que las compras se hagan de acuerdo a lo que cada uno tenga en el bolsillo), pero todos resienten la inestabilidad o el control extraeconómico de los precios, aunque les beneficien parcialmente. Es por eso que la desmercantilización más aceptada es la de los servicios públicos (salud, educación, transporte), pues estos no se pueden comprar ni vender en una economía socializada.

Este sector es fuerte y se está fortaleciendo con las distorsiones del mercado. Si desaparece el mercado negro, vuelve a sus negocios tradicionales. El peligro es que se vuelva adicto a los negocios del mercado negro y la especulación. La fortaleza de este sector es que es menos sustituible que la mediana burguesía en la tubería del engranaje mercantil. No hay manera de controlar precios de mercado para bienes ligeros diseminados en miles de pulperías (pequeñas tiendas donde se venden artículos de consumo cotidiano), con intervenciones directas, tienda por tienda y acompañados de policías de hacienda.

Desde el punto de vista ideológico, además de la pequeña burguesía económica, están los estudiantes, quienes suelen ser muy beligerantes, a favor o en contra del cambio. Los sectores ideologizados del pueblo que rechazan los cambios, suelen ser muy influenciables por la iglesia católica, sobre todo si la jerarquía está contra del cambio social.

El chavismo. En esta fuerza hay que distinguir dos componentes, a) la clase política y b) la base social. La unidad y conciencia de la clase política chavista se alimenta del apoyo ideológico al proyecto revolucionario y del apoyo del proyecto revolucionario a sus propios intereses sociales.

A pesar de la unidad que pueda existir dentro de la clase política chavista, la misma está compuesta por varios bloques con intereses muy específicos: el ejército, la burocracia estatal y administradora de los bienes públicos, los cuadros nacionales y locales del partido de gobierno. Esta fuerza es reacia a la rectificación, razona ideológicamente haciendo coincidir sus intereses con los intereses estratégicos del modelo y no siempre acepta equilibrar los intereses estratégicos con los tácticos. Esta fuerza política es nueva y su correlación de fuerzas es proporcional al porcentaje de votos logrados en las últimas elecciones presidenciales (51,59%), al grado de control político de las instituciones y al grado de control que tenga sobre la economía. En las actuales circunstancias, es obvio que cualquier medida de estabilidad económica y política pasa por un acuerdo social interno del bloque en el poder, pues el modelo actual ha creado ya una clase política propia, militar, ideológica y económica, que apuesta al actual modelo sin rectificaciones.

En este bloque están, en primer lugar, los asalariados, entre los que se cuentan dos millones de funcionarios públicos, quienes apuestan a la indexación de sus salarios y, en su psicología, cuenta más el salario nominal y la capacidad adquisitiva del mismo, que el salario social, situación que se vuelve proclive al círculo vicioso de la inflación-indexación.

En segundo lugar, está la base social amplia, muy influenciada por los programas sociales, pero también por las clases medias, chavistas, no chavistas y antichavistas. Como en la mayoría de los países latinoamericanos, en Venezuela la clase obrera industrial es minoritaria con relación a los trabajadores por cuenta propia, incluso con relación a una categoría social importante como son los estudiantes.

Como dijimos anteriormente, la diferencia del modelo político venezolano con el socialismo estatista basado en la democracia directa, donde se podían cambiar los dirigentes, pero no el modelo, es que aquí se juega el modelo en cada elección. Un caso, similar, fue el caso de la revolución sandinista, la que después de haber tomado el poder a través de una revolución armada, a la usanza de Cuba, lo perdió en las elecciones; el resultado fue que en un solo día se revirtió el proceso y los logros revolucionarios que se habían acumulado durante 10 años.

Empíricamente, la lucha no se sitúa solamente frente a la oligarquía, sino también frente a una ciudadanía que vota en una u otra casilla; en otras palabras, si hay un 49% de votantes adversos, hay que pensar que existe tal proporción en cada uno de los estratos populares, por lo que es recomendable que el discurso vaya también a la población no chavista o antichavista.

Todos coinciden en que lo que haya que hacer hay que hacerlo pronto, antes que eventualmente se lleve a cabo el referéndum revocatorio. Las medidas que afecten a las masas tienen que compensarse con apoyo focalizado a los sectores populares desfavorecidos por las mismas. Lo que quiero decir es que no basta con saber lo que hay que hacer desde el punto de vista técnico, sino también cómo evitar los costos políticos.

Una vez establecida esta alianza interna, hay que acompañar las medidas económicas con una alianza político-económica con aquella fracción de la burguesía industrial, encargada del engranaje económico, tanto del negocio interno de los combustibles, como de las actividades no relacionadas con éstos. Todo parece indicar que esta fracción-facción (económico-política) no estaría de acuerdo con una alianza coyuntural, sino estructural, es decir, como parte sustantiva del modelo, habida cuenta del control que este sector tiene del engranaje interno-externo de la economía. Sin el primero, no hay segundo acuerdo y sin estos acuerdos, las medidas económicas, por muy suaves que sean, alimentarán las contradicciones y los conflictos políticos en el resto de la sociedad.

Ante el agotamiento de los escenarios de alianza y estabilización, seguramente aparecerán sectores que propondrán radicalizar la revolución, lo que incluye salirse del modelo de economía mixta y pluralismo político, opción nada fácil, pues habrá que seguir batallando contra un mercado interno-externo que no tiene corazón ni más razón que la suya. Sabemos además que cada intervención del mercado conlleva una mayor intervención política, lo que suele erosionar, nacional e internacionalmente, la legitimidad del régimen.

El marco latinoamericano de la revolución venezolana

A nivel internacional las condiciones han sido favorables para la revolución bolivariana. Un caso muy simbólico es el de la OEA (en la que participan Estados Unidos y Canadá), la cual –a raíz de albergar un conjunto mayoritario de gobiernos de centro-izquierda– se parece más a un frente antiimperialista que aquel viejo ministerio de colonias yanqui como se la catalogó una vez. El caso más paradigmático de la nueva conducta de esta organización es la propuesta de readmitir en su seno a Cuba (propuesta a su vez rechazada, con fundamento, por la isla socialista) o la prudente posición con respecto a lo que pasa en Venezuela. Además de la nueva conducta de la OEA en el caso de Cuba, se destaca su actitud en el caso de Honduras, cuando condenó el golpe de Estado (también en 2009) contra el presidente Manuel Zelaya, y en el caso de la propia Venezuela, donde apoyó el diálogo entre el gobierno y la oposición.

Alrededor de los acontecimientos en Venezuela, la OEA fue vetada para mediar entre el gobierno y la oposición, y la misma fue sustituida por UNASUR, por considerarse a la OEA muy parcial, dada la presencia en ella de Estados Unidos. Hace unos pocos años, tal situación hubiera parecido imposible.

Otro sector regional favorable es la naciente Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR), el Mercado Común del Sur (MERCOSUR) y la más reciente Comunidad de Estados Latinoamericanos (CELAC), donde no participa Estados Unidos.

Esta situación ha favorecido el diálogo entre el gobierno y la oposición en su expresión cívica, llamada la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), organización que a mediados de 2014 se retiró del diálogo, apostando a la desestabilización política interna, acción en la que fracasó.

Cabe destacar, como una creación socialista, el tratado comercial conocido como Petrocaribe, por medio del cual Venezuela intercambia petróleo por alimentos. En esta experiencia encontramos reciprocidades complementarias favorables entre las economías, como se desprende de algunos ejemplos. Según el informe de gestión anual 2013 de la empresa petrolera venezolana PDVSA, Guayana entregó a Venezuela 231,000 toneladas métricas de arroz, recibiendo 4,400 barriles diarios de petróleo; Dominicana entregó 40,000 toneladas de azúcar, alimentos para animales y pastas alimenticias, recibiendo a cambio 28,000 barriles diarios de petróleo; Jamaica entregó 19,640 toneladas métricas de Clinker, a cambio recibe 22,300 barriles diarios de petróleo; Nicaragua entregó 13 tipos de productos alimenticios,

entre ellos ganado vacuno, aceite de palma africana, leche descremada, a cambio de 27.397 barriles diarios de petróleo; Cuba, que recibe la mayor cantidad de petróleo, ha enviado miles de médicos y maestros a Venezuela, sirviendo a las misiones de alfabetización y operaciones de la vista a varios países latinoamericanos.

Podemos decir que existen logros de la revolución bolivariana en diferentes países de América Latina y El Caribe, tanto a nivel local, nacional como internacional. Logros relacionados con la lucha contra la diferenciación social a través de los servicios públicos, meta natural del socialismo, como con la lucha antiimperialista por la soberanía nacional y latinoamericana, meta ineludible de cualquier proyecto socialista.

Por todas estas razones, creemos que en Venezuela se juega de nuevo el destino de la revolución latinoamericana y lo que pase en ese país afecta a toda América Latina. Por tanto, todos los latinoamericanos estamos preocupados. El objetivo de estas reflexiones es ampliar el debate y fortalecer la solidaridad latinoamericana con el pueblo y gobierno de Venezuela, es decir, con la revolución bolivariana que es parte de la revolución bolivariana latinoamericana.

3. Las posibilidades del socialismo en América Latina

Después de haber repasado las categorías y experiencias básicas de la transición y manteniendo el interés y motivación de este libro en el devenir de la revolución latinoamericana de orientación socialista, podemos emprender algunas reflexiones finales, sobre las posibilidades del socialismo en América Latina, tarea a la que le dedicaremos el siguiente apartado.

Antecedentes y consideraciones sobre la revolución latinoamericana

En relación al socialismo estatista del siglo pasado, dos cosas caracterizan a las nuevas revoluciones latinoamericanas de orientación socialista, una es la economía mixta y la otra el pluralismo político; una tercera podría ser lo que en el siglo pasado se llamó el No-Alineamiento. Este último concepto estaría hoy referido a la lucha por la soberanía nacional y la unidad latinoamericana. Hoy, como suele suceder muchas veces, la práctica va un poco más avanzada que la sistematización o el análisis teórico de los procesos en marcha con luchas salpicadas de victorias y derrotas.

Como se verá más adelante en detalle, en todos los países de América Latina y más aún donde los gobiernos de izquierda muestran una voluntad política orientada hacia el socialismo, puede notarse, distintos grados de economía mixta. Son gobiernos que combinan la lucha antiimperialista con la construcción de una soberanía económica nacional que les permita un despegue económico sostenible y una redistribución progresiva de los ingresos nacionales. Estos objetivos los llevan a mantener una situación paradójica, como es estar en el gobierno, pero en oposición al sistema. Y viceversa, estar en oposición al sistema, pero teniendo que depender y recurrir a los capitales extranjeros, precisamente para poder emprender un proceso de acumulación endógena.

Lo que parece claro, es que antes de planificar el mercado y la economía, toda revolución requiere previamente controlar el Estado bajo cualquier medio posible. Hasta hace menos de medio siglo, era obvio que la toma del poder debía hacerse a través de las armas, pasando luego a la confiscación y la instauración de un régimen vertical que planificara la economía. Últimamente, todo empieza a verse desde otro prisma. La izquierda, ha decidido disputar el poder a través de elecciones democráticas y enrumbar la economía sin violentar demasiado las reglas del mercado. Esta ruta implica emprender las transformaciones revolucionarias contando con una mayoría política. En otras palabras, construir una hegemonía política que permita un proceso ininterrumpido de reformas políticas y económicas para contribuir a que las condiciones objetivas y subjetivas de la economía y la sociedad maduren hacia situaciones más favorables para transformaciones mayores.

En la primera década del siglo XXI la izquierda ha llegado a los gobiernos de América Latina, aprendiendo que aun teniendo éstos, debe seguir en oposición al sistema. La derecha, por su parte, ha pasado a la oposición a dichos gobiernos, asumiendo algunos métodos tradicionalmente de izquierda para impedir las transformaciones sociales.

Con el golpe de Estado contra el presidente chileno Salvador Allende en 1973, se supo que tomar el gobierno no era lo mismo que tomar el poder. Posteriormente, durante la revolución sandinista, cuando el proyecto revolucionario tenía el gobierno y sus tres poderes (ejecutivo, legislativo y judicial), las fuerzas armadas, los medios de comunicación y las organizaciones sociales, se terminó de aprender que todo ello tampoco garantizaba el poder. Después de perder las elecciones, al final de una larga guerra contrarrevolucionaria, la revolución sandinista entendió que el verdadero poder existe solamente cuando se tiene una mayoría política

que asume con convicción propia un proyecto revolucionario de transformación social.

La principal lección para un movimiento de izquierda, si es revolucionario, es saber que mientras exista el capitalismo, a nivel nacional y a nivel mundial, aun cuando controle los principales aparatos del poder, siempre será un gobierno de oposición al sistema. Una oposición que solo terminará cuando el poder haya sido entregado a los trabajadores y pobladores para que gestionen la cosa pública, en sus centros de trabajo y de estudio, en sus comunidades y en sus centros de diversión; cuando la economía se haya desmercantilizado y la abundancia relativa entregue la posibilidad de satisfacer las necesidades y los deseos de las mayorías.

En todo este tiempo, los movimientos políticos y los movimientos sociales se han aliado para tomarse los principales aparatos del poder político, las alcaldías, las diputaciones, la presidencia, bajo diferentes formas de lucha:

a) A través de la lucha armada desde las guerras de independencia que recorrieron toda América, incluyendo los Estados Unidos, en los siglos XVIII y XIX hasta las guerrillas en las montañas de Latinoamérica y El Caribe contra las dictaduras latinoamericanas en el siglo XX.

b) A través de las elecciones periódicas para presidentes, parlamentarios, alcaldes y otros cargos regionales; situación en la que nos encontramos actualmente.

c) A través de la lucha por la regulación consciente del mercado.

Volviendo a la relación entre la revolución y el socialismo, señalemos brevemente la biografía reciente de las revoluciones latinoamericanas, lugar donde nos interesa situar el análisis de este trabajo. Hasta ahora, las victorias políticas de todas las revoluciones nacionalistas se enfrentaron inmediatamente a una feroz ofensiva de la política exterior imperial del gobierno estadounidense, que fomentó la contrarrevolución interna o la agresión directa a través invasiones militares como fue el caso en Mesoamérica y El Caribe. Recordemos el derrocamiento de Jacobo Árbenz en Guatemala, la fracasada invasión militar contra Cuba y un bloqueo económico de medio siglo, la invasión militar a República Dominicana, el desembarco de marines estadounidenses en Grenada y en Panamá, la guerra de baja intensidad estrenada en Nicaragua, los golpes de Estado en Guatemala, Chile, Brasil y más recientemente en Honduras y Paraguay, hasta la desestabi-

lización político-económica ensayada en Bolivia, Ecuador y Venezuela, entrado el siglo XXI.

El acuerdo tácito entre la derecha y la izquierda en América Latina

Quisiera empezar señalando que a nivel mundial, y con muy pocas excepciones, ha habido un acuerdo tácito entre la izquierda y la derecha, por medio del cual los movimientos revolucionarios, incluso los gobiernos con vocación socialista, aceptan participar en la democracia representativa, manteniendo, en menor o mayor grado, las reglas del mercado. Por su parte, la derecha permitiría la existencia de organizaciones políticas anti-sistémicas, es decir, socialistas y comunistas, aceptando incluso tales programas en caso de que las organizaciones políticas de izquierda ganaran las elecciones.

Esta posición parecer hoy natural, sin embargo, hace apenas medio siglo ello hubiera aparecido como una claudicación, tanto para la izquierda como para la derecha. Anteriormente, hablar de revolución era hablar de lucha armada para tomar el poder, confiscar los medios de producción, planificar el mercado y distribuir de acuerdo a las necesidades básicas. A su vez, para la derecha, hablar de democracia implicaba una lucha abierta contra las organizaciones que tuvieran un discurso anticapitalista o antiimperialista.

Este acuerdo arranca desde la implosión del campo socialista, cuando las revoluciones en los pequeños países periféricos tendrían grandes dificultades para mantenerse en el poder sin el apoyo del campo socialista europeo-asiático. Pero también proviene de la derrota de las dictaduras militares, producto de las luchas guerrilleras que a partir de la revolución cubana poblaron todos los campos y ciudades latinoamericanas bajo la bandera de la liberación nacional. En aquellos tiempos de guerra de guerrillas y de triunfos de varios movimientos de liberación nacional, fue difícil mantener las dictaduras militares, lo mismo que la hegemonía del imperialismo por métodos exclusivamente represivos.

Podríamos decir que tanto para la izquierda como para la derecha, el acuerdo significó una gran concesión política, sin que con ello quiera decirse que la lucha de clases se terminó o que se congeló la lucha entre el capitalismo y el socialismo. En la realidad tal acuerdo parece constituir una tregua histórica, con repercusiones, ventajas y desventajas, tanto para la derecha como para la izquierda.

Para la izquierda, las ventajas se encuentran en la posibilidad de existir legalmente y así conquistar la hegemonía social o ideológica propiamente tal. Las

desventajas están en la dificultad real de avanzar hacia el socialismo manteniendo una economía de libre mercado. Efectivamente, participar en las elecciones permite enarbolar un discurso público y una libre movilización para concientizar y movilizar a las masas populares, pero con las reglas y valores del sistema, pues de lo contrario ni siquiera las masas están anuentes a optar por un programa socialista o comunista. Implica además dotarse de recursos financieros escasos, teniendo que recurrir a alianzas con grupos pertenecientes al orden establecido.

Otro punto, no menos importante, se refiere a la vida cotidiana; no solamente de las organizaciones, sino de los militantes de carne y hueso. No es lo mismo mantener una conducta socialista en una economía socialista, que en una capitalista. Participar en el mercado dificulta desarrollar una conciencia o una conducta revolucionaria de orientación socialista.

En cuanto a la derecha, las ventajas de aquel acuerdo tácito, se vinculan a la estabilidad política, social y económica, pues sus adversarios, socialistas o comunistas, no pretenden ahora alterar radicalmente el orden establecido. Las desventajas estriban en que se arriesga a perder la hegemonía en los campos ideológicos, sociales y económicos, pues es muy fácil para la izquierda denunciar las contradicciones y perversiones del sistema de mercado.

Por el momento, es la propia experiencia práctica la que está determinando el derrotero, tanto para la izquierda como para la derecha, tanto para las oligarquías locales o regionales, como para el propio imperialismo.

En el caso de América Latina, la lucha armada ha sido descartada por el momento; la democracia electoral y el pluralismo político, a su vez, han sido aceptados y sobre el mercado libre o abierto existe una cierta flexibilidad. A su vez, se avanza progresivamente hacia una democracia participativa. Los gobiernos de izquierda buscan como fortalecer el sector público, a través de escasas expropiaciones y de una tributación progresiva, al mismo tiempo que el Gasto Social del Presupuesto Fiscal apuesta a mejorar el buen vivir de la población. Sin embargo, en ninguno de los procesos revolucionarios actuales (Nicaragua, Venezuela, Ecuador y Bolivia), las medidas son tan radicales como lo fueron durante la revolución cubana o nicaragüense, a mediados y finales del siglo pasado, respectivamente.

Ahora bien, la lucha en el mercado requiere diversas estrategias y mecanismos económicos, dependiendo de lo que se quiera regular, a favor de quien y hacia donde se pretenda enrumbar la economía.

Desde el punto de vista de los trabajadores, la lucha va desde una huelga de brazos caídos hasta tomas de empresas para ser gestionadas por los trabajadores; desde una alianza con el partido de gobierno hasta acuerdos con los mismos empresarios. Una vez en el poder, el proyecto de los trabajadores y de los pequeños y medianos productores, es decir, los sectores más golpeados por el capital, se mantiene en la agenda de la lucha política, presionando por políticas económicas, tales como créditos de corto o mediano plazo, transferencias de capital y tasas de interés favorables para los pequeños productores, progresividad fiscal, convenios tripartitos, nacionalización de empresas estratégicas, destino nacional de las inversiones y control de precios, gratuidad de servicios como salud y educación, mecanismos antiinflacionarios, subsidio a sectores vulnerables, lucha por mejorar los términos comerciales a nivel internacional, al mismo tiempo que control sobre el endeudamiento público y las concesiones a empresas transnacionales. En fin, todo aquello que permita al menos erradicar progresivamente la pobreza extrema, así como el empobrecimiento generalizado provocado por la explotación, el comercio internacional y el desempleo.

Por su parte, quienes están a favor del orden establecido o pretenden derrocar gobiernos de izquierda legítimos, han endurecido sus luchas usando desde el boicot o huelga empresarial, distorsionamiento del mercado, hasta el acaparamiento para producir desabastecimiento, agiotismo, fuga de capitales, mercado negro, subfacturación o sobrefacturación en el comercio internacional, generación de rumores contra las políticas de gobierno, manoseo de las tasas de interés para generar desestabilización, alianza con gobiernos extranjeros para castigar al gobierno establecido, campañas mediáticas para deslegitimar al gobierno y a sus políticas, acusación de populismo, comunismo o terrorismo. Todo ello contra simples medidas de defensa de la soberanía nacional por parte de gobiernos de izquierda.

En todas estas luchas, ha tenido una importancia creciente la lucha ideológica, protagonizada por el control de los medios de comunicación de masas, desde la radio y la televisión hasta el internet y las redes sociales.

Por su lado, como señalamos anteriormente, el proyecto revolucionario ha decidido emprender un proceso de orientación socialista en el marco del mercado y por medios democráticos, reto que pone a prueba no solamente las transformaciones sociales, sino el mismo mantenimiento del gobierno. Anteriormente, la socialdemocracia había planteado un camino democrático hacia el socialismo, enfrentando al mercado capitalista a través de un sector público creciente, teniendo

en los países escandinavos su principal paradigma. Hoy, existen en el seno de la izquierda latinoamericana dos experiencias: a) un socialismo controlado por un regulador consciente, donde las principales empresas estratégicas pertenecen al Estado, ya sea en un 100% o ya sea en un 51%, como es el caso de Cuba, aceptando una progresiva apertura al mercado interno e internacional. Diríamos que es un socialismo con características cubanas, parafraseando al denominado socialismo con características chinas. En ambos casos, la característica fundamental, frente al resto de los procesos revolucionarios con vocación socialista, es que no tienen que disputar el poder periódicamente con una oposición burguesa; b) Procesos revolucionarios con vocación socialista, es decir, con mayor o menor grado de estatización y planificación, pero teniendo que disputar el poder político electoralmente y en forma periódica con una oposición burguesa. Este sería el caso de Venezuela, en su versión más radical, y el de otros procesos democráticos y revolucionarios en toda América Latina, aunque menos radicales en sus medidas antineoliberales. El denominador común de todos estos procesos políticos latinoamericanos y los que los hace revolucionarios, es su posición y enfrentamiento activo y militante contra el imperialismo.

La revolución bolivariana y la segunda independencia latinoamericana

Decimos revolución bolivariana para referirnos a la voluntad de independencia política, social, económica y cultural que caracteriza a la mayoría de los gobiernos nacionalistas que gobiernan los países latinoamericanos y caribeños. Algunos son más proclives a la integración latinoamericana, pero todos parecen tener conciencia que deben impulsar una revolución democrático-burguesa, es decir, admitiendo el pluralismo electoral y el pluralismo económico, entre el gobierno y el sector público, así como la conciencia de alcanzar la independencia económica de los Estados Unidos, incursionando en las relaciones comerciales, financieras y políticas con países que le disputan internacionalmente la hegemonía política o económica a los Estados Unidos, como Rusia o China.

Partiendo de que una revolución social empieza por una revolución política, nos parece pertinente recordar un punto bastante polémico en lo que concierne a los sujetos de la revolución y el socialismo. Nos inclinamos por diferenciar los sujetos políticos, los sujetos sociales, los sujetos económicos y los sujetos históricos de la revolución y el socialismo, no pretendiendo cerrar el debate o aferrarnos a una posición preconcebida, sino aspirando a enriquecer las diferentes percepciones.

Desde Marx hasta Lenin, pasando por Fidel Castro y Hugo Chávez, entre los líderes anticapitalistas y antiimperialistas más conocidos, se llegó a la conclusión de que mientras se mantenga el país en lo que se llama una semipenuria, la remuneración del trabajo en una sociedad pos-capitalista debe hacerse de acuerdo a la ley del valor, es decir, se deben establecer los precios o la remuneración salarial de acuerdo al tiempo de trabajo socialmente necesario. Todo esto ha generado y sigue generando grandes debates y no pocas tendencias distorsionadoras del mercado y de la economía. Ello ha implicado tomar conciencia de que se vive económicamente en una situación de subordinación al mercado capitalista mundial.

Todo proyecto socialista tiene que manifestarse como un proceso revolucionario, es decir, un proceso que tiene un adversario definido, como lo son el imperialismo y/o el capitalismo globales. Una revolución que tiene que hacerse con el control del Estado, no importa en qué forma ni en qué dimensión, algunas veces en forma radical, otras en forma democrática, algunas lo hará conquistando el gobierno, otras buscando mayoría en el parlamento y otras accediendo a algunas alcaldías.

Y en esta tarea por hacerse con el control del Estado, no está de más discutir sobre los sujetos que participan en esta lucha. Hablar de revolución y de socialismo implica plantearse el asunto de los sujetos de la revolución y del socialismo. Y cuando hablamos de sujetos tenemos que distinguir los sujetos políticos, los sujetos sociales, los sujetos económicos y el más espinoso de todos, el sujeto histórico. El sujeto político hace referencia a la revolución política, el sujeto social a la revolución social, el sujeto económico a las transformaciones económicas, el sujeto histórico a la construcción de un nuevo sistema socioeconómico.

El sujeto político se refiere a la organización política, entendida como la mediación entre la teoría y la práctica, entre el discurso y la acción, entre la pedagogía y la formación de redes que participan en las tareas políticas; puede ser un partido, un conjunto de partidos, una coalición de partidos, un movimiento político o un proyecto político encarnado en cuantas organizaciones y expresiones organizadas existan en una sociedad, incluyendo la cultura, los medios de comunicación, la academia, el parlamento o los partidos políticos existentes. La tarea política del sujeto político revolucionario es hacer la revolución, para lo cual tendrá que contar con un programa, una estrategia, un plan de trabajo. El sujeto político se refiere a una clase política, armada de una posición política, no importando si está compuesta por personas de origen obrero, campesino, estudiantes, profesiona-

les, intelectuales, en fin, gente de clase media, incluso de personas provenientes del mediano capital, disputando espacios al gran capital y al capital extranjero.

El sujeto social de la revolución y del socialismo está referido a las clases, grupos, organizaciones sociales (estables y vinculadas a la estructura económica) o movimientos sociales (grupos vinculados a determinadas reivindicaciones), desde las organizaciones obreras o campesinas, hasta los movimientos sociales estudiantiles, genéricos o indígenas. Las organizaciones sociales pueden o no participar de una organización o de un movimiento político, pero sin perder la identidad de los roles de cada quien: la organización política tiene como objetivo hacerse con el poder del Estado, las organizaciones o movimientos sociales tienen el cometido de influenciar al Estado o a las mismas organizaciones políticas. Una organización política representa a un conglomerado mayor (la nación o una amplia alianza de clases), una organización o un movimiento social representa a una clase, sector o agrupación, cohesionada alrededor de una reivindicación específica.

El sujeto económico de un proyecto político o del socialismo está referido a trabajadores, productores o consumidores: la clase obrera, el campesinado, las trabajadoras domésticas en general, una comunidad indígena, los pequeños y medianos productores, es decir, a grupos encargados de producir la riqueza, distribuirla o participar en la distribución o reinversión de los excedentes, haciéndose por lo tanto extensivo a grupos poblacionales que participan por ejemplo en la distribución de los presupuestos municipales.

El sujeto histórico está referido a un conglomerado sobre el que recae la responsabilidad de la dirección, gestión y reproducción del sistema socio-económico: la burguesía en el caso del capitalismo o los productores libremente asociados en el socialismo. Hay algunos pensadores que sugieren que ahora todos somos o pertenecemos al sujeto histórico, sin decirnos a qué sistema se refieren y cuál es el proyecto de gestión social de la economía o de sistema socioeconómico en su conjunto al que apuestan. Otra cosa sería el bloque histórico o conjunto de sujetos colectivos que orientan el Estado, la economía, así como los valores intelectuales y morales del sistema social.

El sujeto histórico está vinculado al sistema socioeconómico instaurado o cuestionado en una sociedad. En el socialismo o en la lucha por instaurar el socialismo, mientras no exista una organización generalizada de asociaciones de productores-trabajadores, gestionando el Estado y la economía, es preferible que

empecemos hablando de sujetos políticos, sujetos sociales, sujetos económicos, mientras se va perfilando el sujeto histórico del nuevo sistema. Hablar alegremente, jactándonos de democráticos, de que todos somos sujetos históricos, no nos permite ni siquiera reconocernos en la división actual del trabajo en que todavía nos mantenemos.

En momentos de efervescencia revolucionaria, no importando el nivel alcanzado por la revolución, el sujeto político es aquel que maneja el discurso estratégico y táctico del momento; corresponde a la clase política dirigente que sabe y muestra las tareas posibles del momento. Tareas que contribuyen a favorecer y potenciar a las clases subalternas en su lucha por el mejoramiento de la correlación de fuerzas frente a las clases dominantes. Es asimismo, el sujeto que donde quiera que esté, en oposición o en el gobierno de una sociedad orientada por el mercado capitalista, impulsa aquellas políticas económicas a favor de los nuevos sujetos económicos de la revolución (clase obrera o productores-trabajadores). Finalmente, es el sujeto que orientará la construcción del nuevo sujeto histórico, es decir, del que encarnará las nuevas relaciones sociales de producción. Su identificación dependerá del grado de hegemonía logrado en la sociedad entera, sobre todo en las masas populares. Empíricamente hablando, es decir, en cuanto a la identidad de carne y hueso en la que se encarna el sujeto político, éste se construye en todos los campos de la lucha y puede provenir de cualquier clase o estrato social interviniente en los procesos de cambio. Su conciencia o discurso político es alimentado por su propia práctica e inmersión en la lucha de su país, igualmente, su práctica será alimentada por un atinado discurso político, ambas validadas por la principal corriente histórica que está marcando el momento de los cambios revolucionarios.

Toda revolución y todo proyecto, liberal, socialista o neoliberal, necesita detentar la hegemonía política. Si alguna lección aprendimos de los regímenes socialistas del pasado es que no se puede hacer la revolución sin contar con una mayoría política, de lo contrario, aun con todos los aparatos de Estado, tal situación no garantiza un apoyo masivo a la hora de defender o implementar las políticas económicas que se necesitan para controlar y reproducir el poder, para planificar o regular la economía, para desencadenar el proceso de acumulación originaria socialista, en fin, para socializar el capital o para desmercantilizar la economía.

Cuando exista la sociedad organizada alrededor de una hegemonía política socialista, cuando el proyecto socialista tenga el poder sobre el Estado, cuando exista la correlación de fuerzas a nivel regional (latinoamericano), entonces el

proyecto socialista estará listo para llevar a cabo las viejas y sabidas tareas del socialismo, sea del siglo XX, del siglo XXI o como le queramos llamar, como son la socialización de los medios de producción, el desencadenamiento de la acumulación originaria socialista, la distribución del presupuesto público para instaurar las condiciones generales de la producción (construcción y energía), los servicios públicos de salud, educación, vivienda y transporte colectivo; todo ello con el fin de recuperar el rezago estructural con respecto al resto del mundo, empezando con una ineludible tarea como es la erradicación de la pobreza, frenando al menos el sistema empobrecedor heredado.

Las victorias electorales de la izquierda latinoamericana

La derrota de las dictaduras militares y los efectos nefastos y evidentes del neoliberalismo, han contribuido a las victorias de la izquierda latinoamericana, a nivel de las presidencias, las alcaldías, los parlamentos.

A fines de los años 80 y después de 70 años de socialismo exitoso, honrosamente solidario con todas las revoluciones del mundo, asistimos a la Perestroika en Rusia y al desmoronamiento de los países socialistas (1989), quienes giraron violentamente hacia el capitalismo, estimulados por las medidas neoliberales del Fondo Monetario Internacional (FMI), del Banco Mundial (BM) y de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Alrededor de los años 90 y después de 30 gloriosos años de socialismo en todos los campos, acaecen las primeras reformas en Cuba para liberalizar su economía y así salir del marasmo y el desgaste en que se encontraba.

No vamos a reseñar el récord de cada uno de los países, pero debemos decir que a nivel político asistimos a victoria tras victoria de la izquierda latinoamericana, en alcaldías, parlamentos, gobiernos municipales y gobiernos nacionales. En los últimos 20 años y hasta nuestros días (2015), se suceden múltiples triunfos electorales. En Brasil, un líder sindical de formación marxista y antiimperialista, Luiz Inacio Lula da Silva, en el país latinoamericano más grande, llega a la presidencia. Asistimos a triunfos electorales, a la cabeza de los cuales se encontraban líderes guerrilleros como Daniel Ortega en Nicaragua, Salvador Sánchez en El Salvador y el Tupamaro José Mujica en Uruguay. Mujeres como Michelle Bachelet en Chile, que en su juventud sufrió el asesinato de su padre y la prisión con su madre; o como Dilma Rouseff que fue encarcelada y torturada en Brasil; mujeres que pertenecieron a la generación que protagonizó las luchas estudiantiles de los años 60, como Cristina Fernández; dirigentes de movimientos sociales,

como el líder del Movimiento Al Socialismo (MAS) Evo Morales, primer indígena que llega a ser presidente en un país donde la mayoría es indígena; líderes intelectuales como Rafael Correa en Ecuador; líderes militares como el comandante Hugo Chávez en Venezuela. No es menos importante destacar el caso de Honduras donde nace un movimiento político producto de una gran alianza con los movimientos sociales, a la cabeza del cual está la esposa del ex-presidente de Honduras, depuesto por un golpe de Estado perpetrado en la base militar de los Estados Unidos en Honduras, habiendo alcanzado el segundo lugar en las últimas elecciones. Asimismo, es pertinente señalar un profesor universitario que llega a la presidencia en Costa Rica, derrotando el bipartidismo libero-conservador de la oligarquía tradicional costarricense, como es el caso de Humberto Solís, o Rafael Varela que llega a la presidencia de Panamá derrotando a un acérrimo enemigo de la revolución venezolana. No podríamos dejar de mencionar que a raíz de una enfermedad del comandante Fidel Castro accede a la presidencia de Cuba el comandante Raúl Castro, reformando la constitución entre otras cosas para poner fin a los cargos indefinidos. En muchas islas caribeñas triunfan líderes progresistas y antiimperialistas. Y por qué no señalar como un hecho simbólico la elección del primer presidente negro en la historia del país más racista del mundo, el presidente Barack Hussein Obama, quien a finales del 2014 restablece relaciones diplomáticas con Cuba.

¿Son válidas para América Latina las premisas del Manifiesto Comunista?

En este apartado queremos recordar aquella pregunta inicial que nos hicimos en la introducción, sobre las dificultades de llevar a cabo la revolución socialista en países no industrializados, recomendación del viejo Marx, soslayada por Lenin y por muchos otros revolucionarios del Tercer Mundo. La verdad es que el socialismo accedió al poder de distintas maneras y emprendió su primera gran experiencia para cambiar las economías capitalistas, y a pesar de que el mismo se llevó a cabo en la periferia del sistema, logró poner en marcha con mucho éxito el programa diseñado por los clásicos del marxismo.

Hoy en día, después de que el mercado ha roto las fronteras sociales de los regímenes socialistas, prácticamente, en todo el mundo, debiéramos preguntarnos si son válidas para América Latina las premisas del Manifiesto del Partido Comunista, el que dicho sea de paso funcionó perfectamente en los países socialistas donde se instauraron tales medidas.

En el Manifiesto del Partido Comunista, escrito por Marx y Engels, en el siglo XIX, se ofrecía un programa de transición a partir de una serie de medidas que podrían ser tomadas por un gobierno al servicio de la clase obrera que, una vez en el poder, comenzara a desmantelar el sistema capitalista. De hecho, muchos de los países socialistas, tomaron estas medidas, aún válidas en muchos países del mundo donde se quiera transitar hacia el socialismo.

En el capítulo II del Manifiesto del Partido Comunista titulado "Proletarios y Comunistas" se afirma:

"*El primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia. El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas. (…) Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países. Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:*

1. *Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra en los gastos del Estado*
2. *Fuertes impuestos progresivos*
3. *Abolición del derecho de herencia*
4. *Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos*
5. *Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo*
6. *Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte*
7. *Multiplicación de las empresas fabriles y de los instrumentos de producción, pertenecientes al Estado, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general*
8. *Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura*
9. *Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo*

10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de estos en las fábricas tal como se practica hoy, régimen de educación combinado con la producción material.[239]”

A pesar de que este texto se escribió en 1848, gran parte de sus postulados siguen siendo tareas necesarias e ineludibles para una revolución que quiera construir el socialismo; claro está que implementar estas tareas dependerá de la correlación de fuerzas que cada proceso revolucionario alcance en su país.

Casi todas estas medidas se llevaron a cabo en el socialismo estatista del siglo XX, a pesar de que este se desarrolló en países atrasados, poscoloniales, incluso en pequeños países periféricos, llamados del Tercer Mundo, es decir, no industrializados. En estos últimos las medidas fueron posibles por un extraordinario subsidio de la revolución socialista soviética. Asimismo, algunas de estas medidas se han establecido parcialmente en los países capitalistas más desarrollados, como los países nórdicos europeos, con excepción quizás de la abolición del derecho de herencia y las confiscaciones.

A pesar de la implosión del socialismo soviético, reseñado anteriormente, no podríamos afirmar que se debió a la implementación de estas políticas, sino principalmente, a un proceso de desacumulación (ahorro y reinversión de excedentes) en los países socialistas, debido en cierto modo a la política distributiva que frenó la acumulación en condiciones de competencia con el mundo capitalista. Hoy en día, confiscar al capital se vuelve cada vez más difícil, en parte por la necesidad de capital externo para impulsar la necesaria industrialización, en parte porque el principal capital es el capital extranjero, quien fácilmente se traslada de un lugar a otro en términos de segundos. A los pequeños países periféricos, les pasa lo que a los trabajadores, quienes necesitan de un empleo, pero solo lo obtienen al costo de ser explotados y precarizados por el capital.

¿Qué hacer?

En América Latina, el capitalismo y el imperialismo se desarrollan a raíz de la independencia política de las colonias hispanoamericanas frente a España y Europa, cuando los capitalismos nacionales del centro del sistema estaban más interesados en subordinar a estos países a través del comercio internacional, sin que esto últimos pudieran desarrollar economías capitalistas nacionales como había sucedido en la metrópolis.

239 Carlos Marx y Federico Engels, *El manifiesto del Partido Comunista*, en Marx Engels, Obras Escogidas, t.II, Editorial Progreso, Moscú, 1985.

A lo largo de los últimos dos siglos, en todo el Tercer Mundo, las guerras de independencia se convirtieron progresiva y larvadamente en revoluciones contra aparatos internos y en confrontaciones con las fuerzas externas, protagonizadas por movimientos de liberación nacional, y por lo tanto con una fuerte carga antiimperialista. En algunos casos, estas revoluciones independentistas se enrumbaron hacia un modelo de capitalismo nacional, en otros casos se ensayaron modelos socialistas en transición. En ambos casos, sin embargo, fueron neutralizadas y subordinadas al sistema capitalista mundial o imperialismo. Tanto es así que se pensó que no podría haber desarrollo capitalista nacional en estos países, mucho menos socialismo; tesis revertida últimamente con la aparición de los países emergentes y con el nuevo ensayo de socialismos de mercado; pero tales experiencias irrumpen a través de procesos de competencia en el mundo internacional, encaminados, además, a resultados de crecimiento con progresiva desigualdad.

En todo caso, está claro que cualquier movimiento de liberación nacional, ya sea para conformar economías capitalistas o socialistas, tiene que competir o enfrentar a las potencias imperiales. En primer lugar, porque se hace necesario recuperar (expropiar o confiscar) el capital nacional acumulado al interior de sus propias fronteras. En segundo lugar, porque parte del capital acumulado por la humanidad se traduce en conocimiento tecnológico, capital al que se puede acceder sin necesidad de tener que pasar por todas las vicisitudes que pasó la humanidad para generarlo, como lo demuestran los países asiáticos o los llamados BRICS, a los que nos referiremos en su momento. Las aplicaciones y habilidades tecnológicas son quizás el principal capital que puede expropiarse a nivel internacional.

Otro de los debates que ha estado en agenda, es saber si basta con ser antiimperialista para ser anticapitalista, o si debido al retraso tecnológico de los países tercermundistas, una vez independizados políticamente del imperialismo, estos deberían en primer lugar construir el capitalismo o si podrían pasar directamente a construir el socialismo. Recordemos por ahora las dudas que tenía Marx al respecto. Para los creadores del socialismo marxista, toda guerra de independencia o movimiento de liberación nacional debería encaminarse a llevar a cabo las tareas del capitalismo. No se podía emprender directamente la construcción del sistema socialista en países atrasados tecnológicamente; dicho de otra manera, un nuevo sistema sólo puede advenir hasta que el viejo sistema haya agotado sus potenciales en tanto que desarrollo técnico-industrial, claro que se trata de fuerzas productivas materiales y humanas. En todo caso, el planteamiento no está ajeno de contradicciones, nacionales y mundiales. El propio sistema capitalista a escala mundial sólo puede avanzar de crisis en crisis, las que implican un derroche cada vez mayor de fuerzas productivas materiales y humanas, lo que lo

ha llevado a tener que frenar la capacidad instalada industrial. Más aún, el capitalismo mundializado hace rato que ha empezado a destruir medios de producción por diferentes vías.

¿Qué hacer después de la implosión del campo socialista y los derroteros mercantiles tomados por los países ex-socialistas de Europa y Asia? ¿Podrán estos países socialistas de la periferia o de la semiperiferia enfrentar las leyes del mercado capitalista mundial, sin pasar por un proceso de mercantilización, como no lo han podido hacer ni la Unión Soviética, ni China, ni Cuba?

Estas economías, ofrecen el siguiente mapa de bloques de productores. Por un lado, un bloque de enclaves trasnacionales que desplazan o subordinan sin cesar a las que pudieron ser las burguesías nacionales o locales, sin ningún efecto articulador o multiplicador sobre el resto de la economía, en manos de grandes corporaciones cuyos apátridas dueños están diseminados en todo el mundo. Por otro, una miríada de pequeños productores y comerciantes, campesinos o trabajadores del llamado sector informal urbano, que conforman lo que llamamos la economía popular, generadores de gran parte de la riqueza, pero empobrecidos por la expoliación de sus excedentes a través de relaciones nacionales e internacionales de mercado.[240] Algunos países del sur tienen un mayor contingente de clase obrera, pero muy subordinada, igual que sus gobiernos, a la fuerza de las empresas capitalistas nacionales e internacionales.

La primera respuesta es seguir disputando el poder político a las oligarquías y enfrentar al imperialismo de los Estados Unidos. Lo segundo es buscar la forma de desmantelar las políticas neoliberales, en la medida de las posibilidades. No es fácil, por ejemplo, romper con todos los tratados de libre comercio que nos obligaron a firmar, pero muchas cosas se pueden hacer en medio de tales limitaciones económicas.

Al igual que todas las revoluciones de orientación socialista, la revolución latinoamericana sigue siendo una lucha protagonizada por el sector público, disputándole al sector privado la regulación del mercado: el sector público produciendo valores de uso y el sector privado produciendo valores de cambio, mercantilizando al mismo tiempo todos los bienes y servicios posibles.

240 Es significativo a este respecto el rechazo de las nuevas organizaciones contra las grandes corporaciones multinacionales y contra lo que ellos llaman la mercantilización del mundo, particularmente las protestas contra las reuniones de la Organización Mundial del Comercio en Seattle, Quebec, Davos, Porto Alegre, así como contra los Tratados de Libre Comercio, tales como el TLC-NA (Tratado de Libre Comercio de Norteamérica) o el ALCA (Acuerdo de Libre Comercio de las Américas).

En todo caso, no hay que llamarse a engaño, la desmercantilización no significa privarse del capital, privado o público, sino todo lo contrario; el capital público tiene que seguir ampliándose y si no puede hacerlo tendrá que recurrir al capital privado para mantener el empleo y ampliar el mercado interno. Ampliación que transcurre por la vía de los impuestos y por el endeudamiento público, lo que genera una gran contradicción, pues la imposición fiscal golpea al capital social en su conjunto, incluyendo ingresos privados que podrían ahorrarse e invertirse. En otras palabras, los impuestos fiscales y el endeudamiento los paga toda la población. Es por ello que el presupuesto público tiene que saber distribuirse, tanto en inversiones como en bienes de consumo de primera necesidad.

Nacionalizar o re-nacionalizar podrá ser una respuesta para algunos servicios y para algunas empresas, pero no para la mayor parte de la economía, pues es evidente la dificultad que se tendría para expropiar tanto a las corporaciones transnacionales como a los trabajadores por cuenta propia de la economía popular (campesinos, pescadores, pequeños propietarios y pequeñas empresa, talleres artesanales o pequeños comerciantes).

En uno y otro caso, la expropiación de la propiedad no garantiza el control efectivo ni de la producción ni de los excedentes, en el primer caso porque se trata de empresas filiales cuyas matrices y fondos están situadas en el exterior, en el segundo caso porque son pequeños negocios que dependen del trabajo de sus dueños. Esta limitación, sin embargo, no excluye la lucha por la redistribución de los excedentes a través de la nacionalización de la mayor cantidad de servicios públicos posibles (educación, salud, agua), así como por la toma en consideración de los costos o externalidades económicas provenientes del uso de los recursos naturales por parte de las empresas, tales como el agua, las playas, el medio ambiente en general.

Otra iniciativa es apoyar la asociatividad de la economía popular,[241] como mecanismo de equiparar su correlación de fuerzas con otros actores y forzar al mercado a que los bienes y servicios se intercambien tomando en cuenta el valor incorporado por el eslabón primario de la producción, mientras los mismos se encaminan en recorrer los eslabones superiores y más rentables de las cadenas de valor.

241 Sobre el concepto y realidad de la *Economía Popular* existe alguna literatura en América Latina, la que será citada en su momento, nosotros mismos hemos escrito textos sobre economía popular y sobre asociatividad, Orlado Núñez Soto, La Economía Popular, CIPRES Editores, Nicaragua, 1998; Véase, asimismo: El Manifiesto Asociativo y Autogestionario, CIPRES Editores, Nicaragua, 1999.

Complementaria e independientemente de otras estrategias, se necesita poner en agenda una lucha generalizada contra las viejas reglas de la remuneración, imponiendo nuevas, a la usanza de las luchas obreras del siglo pasado, pero en forma generalizada para todas las clases y para todos los estratos de la sociedad. Exigir el derecho a la participación en la plusvalía histórica que existe a nivel mundial, amasada por tantos años de esclavitud, servidumbre, explotación e intercambio desigual. Conscientes, sin embargo, que en última instancia la emancipación definitiva sólo podrá llegar cuando los pequeños y medianos productores, así como los trabajadores, logren a través de la asociatividad y la autogestión respectivamente, el control de la producción, el comercio, el crédito, el procesamiento y el intercambio internacional, teniendo para ello que dominar la tecnología, el conocimiento, las políticas económicas, los espacios públicos, administrativos y políticos, amén de cualquier mecanismo que les permita alterar y mejorar su correlación de fuerzas en la sociedad.

En el caso del mercado, los estudiosos plantean que la vida del mismo y de la división del trabajo que lo generó, solo terminan cuando se alcanza la abundancia. Ésta ya existe a nivel mundial, aunque mal repartida. Por eso es mejor decir, cuando los bienes se distribuyan de acuerdo a las necesidades y todo el mundo pueda acceder a ellos, como pasa todavía con la educación y la salud públicas en algunos países, o como sucede al interior de las economías familiares, donde el mercado no ha logrado todavía establecer relaciones de compra-venta y los bienes se distribuyen de acuerdo al criterio de las necesidades sociales, independientemente del aporte en tiempo de trabajo de cada uno de los integrantes de la unidad familiar.

Mientras tanto, la lucha principal tendrá como vanguardia histórica a los nuevos sujetos económicos encargados de complementar a los antiguos. En caso contrario, no habrá posibilidad de socialismo alguno. Engels afirmaba, polemizando con el incipiente capitalismo de Estado del siglo XIX que el capitalismo no termina con las nacionalizaciones, o como él mismo precisaba: las fuerzas productivas no dejarán de ser capital porque pasen a manos del Estado, sino cuando los productores directos (los productores-trabajadores) controlen y gestionen directamente los medios de producción y de cambio, solamente entonces la riqueza se distribuirá proporcionalmente al trabajo incorporado[242].

242 Polémica que aparece en la obra: *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*, desenmascarando prematuramente las pretensiones de lo que posteriormente se conoció como el socialismo de Estado o socialismo realmente existente, en donde los medios de producción pertenecían al Estado, pero los trabajadores no controlaban la gestión directa. Véase concretamente, el pie de página de la página 145 en donde se refiere a las nacionalizaciones de Bismark: Carlos Marx y Federico Engels, Obras Escogidas, tomo II, Editorial Progreso, Moscú 1955.

Este mercado capitalista tiene que ser regulado por quienes producen la riqueza a través de la única regulación posible: la regulación democrática de la sociedad en su conjunto (gobierno y asociaciones no mercantiles de la sociedad civil)[243]. Posibilidad que requiere del desenmascaramiento del mercado capitalista y de la ficción democrática, lo que implica actualizar aquellos planteamientos pioneros, tales como la ley del valor y el intercambio desigual, antes de conocer las múltiples experiencias donde el mercado comienza a ser regulado microeconómicamente por los trabajadores libremente asociados, quienes empiezan a través de variados mecanismos y experiencias, a recuperar en el mercado mismo los excedentes generados en el proceso inmediato de producción donde ellos trabajan.

Para los trabajadores y para el pueblo en su conjunto, la lucha por el empleo, el salario mínimo contra la explotación, así como la lucha por el control de los medios de producción o la eliminación de las relaciones obrero-patronales, se acompaña cada vez más por una lucha para recuperar los excedentes históricos acumulados por la humanidad, no solamente a través del empleo-salario, los servicios públicos o el control, directo, comunitario o estatal de los medios de producción, sino a través del control del consumo y de los precios, lucha que pasa por una alianza entre productores y consumidores. Quizás por ello mismo, las luchas populares han llevado las banderas más allá de las fábricas y más allá del Estado, incorporando a la vida cotidiana nuevas banderas y nuevas conductas que permiten construir aquí y ahora nuevas formas de pensar, sentir y actuar. En otras palabras, se trata de que los individuos tengan una estrategia donde el mercado esté regulado por el Estado y las organizaciones no-mercantiles de la Sociedad Civil en función de las necesidades sociales, y donde la remuneración se hará de acuerdo al tiempo de trabajo, la riqueza aportada y las necesidades de la población.

El debate y la lucha continúan, los liberales regulando en nombre de la desregulación, los socialistas aprendiendo a regular progresiva y democráticamente, desde la oposición o desde el gobierno, pero partiendo del mercado bajo el lema: “con la mano invisible del mercado y la mano visible del Estado”, y nosotros agregaríamos: y con la mano visible de los Consejos de Trabajadores-Productores y de las Comunidades Asociadas, dentro de un proyecto democrático que no espera la

243 Siendo que la sociedad civil es una función que a diferencia de la sociedad política descansa sobre el contrato o consenso y no sobre la represión, correspondiendo por tanto a la economía de mercado, debemos distinguir en su seno tanto las asociaciones mercantiles como las no mercantiles; de lo contrario estaríamos cayendo en el error de creer que la sociedad civil nada tiene que ver con el mercado, cuando en realidad, el mercado es su anatomía.

toma del poder para empezar a cambiar el mundo, porque sabe que el poder comienza con la concientización, organización y movilización política y económica, asociativa y autogestionaria de una sociedad civil y laboral que pueda servir de matriz a un Estado o proyecto alternativo, independientemente que se susciten de vez en cuando insurrecciones o revoluciones políticas que faciliten aquel proceso.

Como cualquier ensayo, esta reflexión tiene como referencia histórica la experiencia de formaciones sociales concretas. En este caso, nuestra referencia no es la Inglaterra que sirvió de ilustración para el análisis del funcionamiento del capitalismo, ni los Estados Unidos que ilustraron las reflexiones sobre el imperialismo, sino los países denominados del Tercer Mundo, especialmente los países latinoamericanos periféricos con sus propias experiencias revolucionarias, como Cuba, Nicaragua, Venezuela, Ecuador y Bolivia, es decir, países subordinados al mercado mundial, concretamente a los intereses de aquellas naciones.

En síntesis, la regulación consciente del mercado debe ser un proceso democrático, popular y progresivo. Democrático quiere decir, entre otras cosas, que las políticas que se apliquen deben tener el mayor grado de hegemonía en la sociedad. Sabemos que una revolución política armada se puede hacer o se ha solido hacer con el 25% de la población, como se demostró en los países donde hubo una toma revolucionaria del poder durante el siglo XX, pero estar a favor de intervenir el mercado y construir el socialismo en diversos campos, requiere que la mayoría de la población abrace tales valores. Es mucho más fácil trabajar con una mayoría política, como se está mostrando en varios países latinoamericanos, como en Nicaragua, incluyendo el acceso al parlamento y a las alcaldías a través de procesos electorales, que tener que gobernar con una minoría política o en condiciones de un equilibrio precario.

Popular quiere decir que la regulación consciente no puede ser obra exclusiva de la burocracia gubernamental, sino que requiere autogestión obrera, cooperativización campesina, consejos comunales, comunidades políticas y un modelo de responsabilidad compartida. En este sentido es importante saber que si de lo que se trata es de evitar o neutralizar la diferenciación social, la misma puede hacerse también desde el ámbito de la circulación. Ya anotamos que en el capitalismo maduro las fuerzas comerciales y bancarias se quedan con el excedente sin participar en lo más mínimo en el proceso inmediato de producción. Y esto es válido frente a la gran producción y frente a la pequeña producción; es preferible que los pequeños productores o los trabajadores por cuenta propia se ocupen de socializar sus excedentes a través de cooperativas comerciales y de crédito que empeñarse prematuramente en colectivizar la pequeña propiedad popular. Popu-

lar quiere decir que no podemos inclinar el equilibrio consumo/inversión pensando solamente en el crecimiento de la economía y descuidar el consumo presente de las masas, no solamente en alimentos, sino también en diversiones.Y hacerlo en forma progresiva quiere decir comenzar a frenar las leyes del mercado capitalista, primeramente en aquellas transacciones lucrativas de evidente despojo y donde la concentración privada, la destrucción ecológica o el empobrecimiento de la población son mucho mayores.

Ahora bien, el hecho de que la reflexión ofrecida esté pensada para los países donde la izquierda gobierna en medio de un mercado capitalista y donde el peso económico del empresariado es mayoritario, no quiere decir que tengamos que hacer de la necesidad una virtud. Claro está que sería mucho mejor si pudiésemos tener una economía donde se combine la planificación económica estatal con un mercado de intercambio entre pequeños productores, como en Cuba, es decir, donde el Estado tiene el control mayoritario de las empresas estratégicas. Sabemos que las reglas de la política obedecen a la correlación de fuerzas de las clases o proyectos en lucha, lo que no evita que tengamos una visión estratégica del rumbo a seguir para lograr erradicar el empobrecimiento de la gente.

Por otro lado, no parece coherente, ni prudente, intervenir aquellos espacios, muchas veces mayoritarios y populares, donde las transacciones corresponden a una relación mercantil simple y donde los intercambios se hacen de acuerdo a valores equivalentes. Es deseable, sin embargo, el control del patrimonio estratégico por parte del Estado, en forma exclusiva o en relación con inversionistas privados, nacionales o internacionales, o en alianza con gobiernos socialistas o izquierdistas, alcaldías, cooperativas, universidades, etc.

Esta es una experiencia que hay que analizar a la luz de la estrategia por la soberanía nacional, la lucha contra el imperialismo y el establecimiento de relaciones de solidaridad regional, en la perspectiva de formar bloques mayores que permitan mejorar la correlación de fuerzas contra el imperialismo. Asimismo, es una expresión de los esfuerzos por combinar la regulación de un mercado capitalista, tanto a nivel nacional como a nivel internacional, en un marco de un modelo pluralista desde el punto de vista político.

En el caso de América Latina existe un tarea ineludible para el despegue, al menos de un régimen pos-neoliberal, como es la soberanía nacional, la que pasa necesariamente por la soberanía latinoamericana, o como suelen decir sus líderes, la segunda independencia americana y que tiene su mayor expresión en la recientemente conformada Comunidad de Estados Latinoamericanos (CELAC).

Quizás la principal limitación para transitar hacia el socialismo sea la poca disposición de capital para que cada país pueda despegar económicamente, teniendo necesariamente que recurrir al capital concesionario o a capitales extranjeros, poco interesados en el bienestar de la población o en el respeto a la ecología local. Recordemos que el capital no es solamente una relación social de explotación, sino también un stock de mercancías, tecnologías y capacidad humana para la reproducción ampliada de la economía y del mismo capital.

A continuación repasaremos algunas de las medidas que podrían ser tomadas en los países revolucionarios latinoamericanos, señalando sus contradicciones y limitaciones, sobre todo cuando se trata de pequeños países periféricos.

La agenda y los retos del socialismo en los pequeños países periféricos

Como sabemos, aquellas medidas planteada en el Manifiesto Comunista, fueron pensadas para países industrializados, con una pujante y organizada clase capitalista nacional, así como con una clase obrera organizada. Este no es el caso de los pequeños países periféricos, empobrecidos, intervenidos por capitales extranjeros, con una clase obrera minoritaria, un gran sector informal rural-urbano y con pocos empresarios interesados o con la capacidad de reinvertir productivamente sus excedentes.

En todo caso, partimos de que toda revolución socialista se lleva a cabo en el seno de un sistema capitalista e imperialista, por lo tanto esta lleva consigo un distanciamiento progresivo de este sistema, pero en competencia con el mismo, lo que implica una serie de contradicciones y limitaciones a la hora de implementar políticas económicas encaminadas a sustituir un régimen social por otro.

A continuación señalamos algunas de las contradicciones y limitaciones planteadas para aquellas revoluciones llevadas a cabo en los pequeños países periféricos.

Soberanía nacional latinoamericana.

En primer lugar el proyecto socialista implica la toma del poder del Estado, ya sea por la vía armada o revolucionaria o por la vía pacífica o democrática, con el fin de desvincularse del imperialismo y permitir una planificación por parte del Estado.

En el caso de países periféricos, la toma de Estado no se limita a derrotar a las fuerzas internas, sino que por lo general pasa por un enfrentamiento político, ar-

mado y económico, con el imperialismo y las oligarquías locales. Es por eso que los países donde la izquierda toma el poder se ven frecuentemente confrontados con guerras civiles de carácter contrarrevolucionario o con intervenciones militares por parte del gobierno estadounidense, lo que hace retroceder enormemente los procesos de liberación.

No se puede negar sin embargo, que hoy existe una cultura política latinoamericana con fuertes raíces antiimperialistas, tanto en los movimientos sociales como en los movimientos políticos.

El caso del sector privado, empresarial y asociativo

En nuestros países, gran parte del capital está en manos de grandes corporaciones transnacionales, bancos internacionales, regímenes de Zonas Francas, enclaves extranjeros, que explotan la minería y otros recursos naturales. Otra parte está en manos del sector privado nacional y otra en manos de pequeños y medianos productores, campesinos, pescadores, pequeños comercios, talleres, cooperativas. Esta situación genera un gran problema a la hora de querer confiscar o expropiar estos medios de producción o de cambio, tomando en cuenta la subordinación y la penuria en que nos encontramos con respecto al capital transnacional y frente a los organismos financieros internacionales. Otro problema que surge, en caso de que pudiéramos apropiarnos de aquellas empresas, es la desorganización de la producción, que lleva a disminuir la producción nacional y a poner en peligro el abastecimiento de algunos bienes de consumo general, sobre todo por la dificultad de sustituir a centenares de miles de pequeños o medianos empresarios por funcionarios. Además, a nadie se le ocurriría confiscar o expropiar a los centenares de miles de campesinos o artesanos de la ciudad, pensando así en avanzar hacia el socialismo.

La eliminación del empresariado implica una pérdida inmediata de capital, no solamente en capital dinero, sino, especialmente, en conocimiento tecnológico y capacidad administrativa. Al romper las redes de distribución instaladas, también se generan distorsiones que rigidizan relaciones y también obstaculizan el crecimiento, que es fundamental, precisamente, para llevar a cabo la satisfacción de las necesidades básicas de la población empobrecida.

En el caso del mediano y pequeño productor, la contradicción es mucho mayor y el sentido común se ha inclinado a respetar a los pequeños propietarios, intentando, a lo sumo, transformarlos posteriormente en productores cooperados.

Erradicación del empobrecimiento.

La primera medida, en los países agrarios donde se han llevado a cabo las revoluciones, ha sido la reforma agraria, con el objetivo de emplear mano de obra y fortalecer el mercado interno, incluyendo la entrega de algunos medios de producción a los pequeños productores. También, la reforma urbana para que las clases desposeídas tengan un techo; seguido de medidas de política económica como crédito a los pequeños productores, rebaja de las tasas de interés, aumento del gasto social en educación, salud, agua potable, transporte, vivienda, subsidios, condonaciones de deuda, entre otros. Igual importancia tiene una tributación progresiva donde los que ganen más deban pagar más impuestos, mientras que los que menos ganen paguen menos.

Sabemos, además, que aunque todos los medios de producción pasaran a manos del Estado, lo que es prácticamente imposible en estos países, la remuneración al trabajo se seguirá haciendo de acuerdo a las categorías mercantiles o a precios de mercado. Lo mejor que se ha podido hacer es establecer un salario mínimo correspondiente a la canasta básica, acompañado de un salario social de acuerdo a las posibilidades fiscales.

Donde ha existido un mejor margen ha sido en la rebaja de precios, mediante subsidios, de algunos servicios públicos, como salud, educación, transporte, energía, dependiendo de las capacidades presupuestarias de los gobiernos revolucionarios.

El sector público

El asunto de los servicios públicos, a través de la distribución del presupuesto, tiene una gran importancia a la hora de enlistar las medidas de política económica a favor de erradicar la pobreza, objetivo principal de todo programa socialista. Antes quiero decir que la erradicación de la pobreza, a pesar de su aparente inocencia vinculada muchas veces con el asistencialismo, puede convertirse en una medida muy radical, puesto que la misma pertenece a lo que Marx llamaba las necesidades radicales, es decir, necesidades que no se pueden satisfacer dentro del sistema que las genera, en este caso dentro del sistema capitalista. Los servicios públicos tienen una larga trayectoria, aún en los países capitalistas, incluso dentro de sus políticas económicas para aumentar la demanda agregada, como fue la sugerencia del economista británico John Keynes y de sus seguidores. Aun cuando, la redistribución de los excedentes a través del gasto público es una de las medidas que pueden catalogarse casi como comunistas, al ser distribuidas

de acuerdo a las necesidades y no de acuerdo a la ley del valor, es decir, del tiempo de trabajo aportado por los ciudadanos-trabajadores. No es por casualidad que las medidas neoliberales incluyeran políticas para abrir el mercado a las empresas transnacionales, privatizar la banca, el comercio exterior y los servicios públicos, con los cuales debilitan a los países tercermundistas, incluyendo a sus burguesías locales, además de destrozar las conquistas seculares de la clase trabajadora.

Reproducción ampliada de la economía.

Las medidas anteriores no pueden limitarse al ámbito de la justicia social, sino que deben ir de la mano con el aumento de la producción o reproducción ampliada del capital. Insistimos, el capital no es solo una relación social de producción, sino también el ahorro nacional con el que se lleva a cabo las inversiones necesarias para lograr la reproducción ampliada. De lo contrario seguiríamos condenados a redistribuir desde abajo de la pirámide o, como dicen los detractores del socialismo, a distribuir crecientemente la miseria.

Esto crea un gran problema en los países cuya economía capitalista carece de capital suficiente para empujar el crecimiento sostenido. Un aumento desproporcionado de los gastos sociales en relación a los recursos disponibles pone en peligro la reproducción ampliada del capital y con ello se frena la acumulación, lo que a mediano plazo repercutirá severamente en la viabilidad de la reproducción ampliada de la economía y por tanto del proyecto socialista. Incluso, a corto plazo, enfrentará una descontrolada inflación que terminará golpeando el salario real de los trabajadores.

Reorganización del mercado y aumento de la productividad.

Todos estos cambios pueden generar contradicciones económicas, sociales y políticas, disminución de capitales, de producción y de productividad, desabastecimiento, pérdida de competencia con el mundo capitalista, distorsiones de la economía en general, lo que desembocará en algo parecido a una economía de guerra que gasta y desgasta todas las energías de la nueva sociedad.

Todo ello exigirá recomponer la economía bajo otros parámetros, organizar, movilizar y concientizar a los trabajadores y a la población, dar la lucha ideológica, donde el adversario tiene grandes ventajas, debido a su hegemonía tradicional y a la incomprensión de gran parte de la población acerca de las causas de la situación.

La experiencia demuestra que las medidas para cambiar la correlación de fuerzas del capital tienen que tomarse gradual y progresivamente, pero ojalá antes de que las distorsiones del mercado aparezcan y vuelvan más penosa, engorrosa y riesgosa la tarea de la socialización.

El aumento de la productividad pasa en gran medida por la apropiación de la tecnología de los países más avanzados, sean estos capitalistas o socialistas.

La Guerra económica

Aún sin la aparición de una economía de guerra o de una guerra civil, se produce una confrontación encarnizada con las viejas clases dominantes, incluyendo muchas veces a clases subalternas, todavía dependientes de una cultura mercantilizada, como campesinos, pequeños comerciantes o pequeña burguesía urbana. La guerra económica no proviene solamente de las oligarquías sino también de segmentos populares más o menos significativos, pero fuertemente influidos por las viejas clases dominantes.

La lucha por la hegemonía.

La lucha por la hegemonía, que comienza con la toma del poder, se prolonga por la confrontación ideológica entre quienes están con el proyecto y quienes no lo están, incluyéndose entre estos últimos a estratos populares significativos. Recordemos que la vieja sociedad está impregnada del funcionamiento de la ley del valor, lo que significa para el capital, grande, mediano o pequeño, precios de mercado que incluyen costos y ganancias, lo que produce en el trabajo la presión por un intercambio basado en el valor-trabajo, forzando las remuneraciones hacia una horizontalidad que solo puede hacerse desde la parte baja de la pirámide. Ello resiente a los que han sido peor remunerados en la pirámide social. Esta lucha por la hegemonía se recrudece en presencia de bloques ideológicos cuyos valores son adversos a la revolución, entre los que sobresalen parte de la iglesia, colegios, universidades, medios de comunicación, sin que estén exentos contingentes de sindicatos y organizaciones populares, aquejados por las contradicciones en el seno del pueblo, entre la ciudad y el campo, amén de todas las desigualdades heredadas por el sistema anterior.

En otras palabras y como señalamos en los primeros capítulos, la nueva sociedad nace en el seno de la vieja sociedad, condicionada y presionada por la inercia de los viejos valores y de todos sus condicionamientos materiales. La revolución y el socialismo no dependen solamente de la voluntad política de las clases o grupos que padecen los males de la vieja sociedad, en caso de que

tengan conciencia de ello, sino de la correlación de fuerzas y de las posibilidades económicas de las nuevas fuerzas, políticas, sociales, económicas y culturales.

Asimismo creemos que la contradicción principal en las naciones proletarizadas, no puede limitarse a la contradicción con el imperio, ni a la contradicción entre los empresarios y la clase obrera, sino también a la que existe entre el capital local y los trabajadores por cuenta propia, a través del mercado, dado el bajo nivel de proletarización industrial. En estas naciones proletarizadas, la orientación social transcurre por tres políticas principales:

1) Recuperar el retraso con respecto al resto del mundo, nacionalizando-estatizando los sectores estratégicos de la economía, aliándose con el sector más nacionalista del capital y aumentar la productividad bajo el criterio de las categorías mercantiles de a cada uno según su trabajo.

2) Respetar todas las formas de propiedad, obligados por la penuria de capitales para poder contribuir al empleo y enfrentar la competencia por el crecimiento; defender la pequeña-mediana propiedad, pues la misma se ha convertido en una propiedad popular y empobrecida; fomentar la propiedad asociativa, pues el único futuro de la propiedad y de la economía popular es la asociatividad de sus miembros.

3) Encabezar las políticas sociales creando y ampliando progresivamente los servicios públicos, bajo el criterio de las necesidades sociales (salud, educación, vivienda, cultura y deporte), en tanto valores de uso no mercantilizables.

4) Conformar bloques regionales para acompañar la soberanía política y económica de los diferentes países con la soberanía de las regiones federadas.

En todo caso, lo primero que hay que hacer es actualizar el escenario y el diagnóstico. De lo que pasa al interior del sistema capitalista e imperialista, tanto en relación a la situación mundial como en relación a la situación de cada región o país en particular; tarea que emprenderemos en el próximo libro y particularmente en el próximo capítulo.

LIBRO TERCERO

EL NUEVO ESCENARIO
DEL MERCADO CAPITALISTA MUNDIAL

LIBRO TERCERO
EL NUEVO ESCENARIO DEL MERCADO CAPITALISTA MUNDIAL

En el primer libro señalamos los principales rasgos de la mercancía, las leyes invisibles del mercado, la distinción y contradicción entre el capitalismo y el socialismo, dejando sentadas como supuestos, o hipótesis, las contradicciones que dominan, tanto al capitalismo como al socialismo, al emprender una reproducción ampliada del sistema económico, ambos intentando armonizar el crecimiento y la igualdad de oportunidades para el capital y el trabajo respectivamente.

Sobre la mercancía señalamos su pluralidad, y la libertad con que cuenta para reproducirse y venderse al mejor postor, lo que da lugar a la existencia de millones de mercancías que compiten entre sí, para cumplir su destino, el cual es venderse, consumirse y reproducirse. Asimismo, describimos las principales leyes del mercado, entre ellas la competencia a muerte entre capitalistas por un lado y entre el capital y el trabajo por el otro, tanto a nivel nacional como internacional.

Mostramos que el capitalismo aparece como un arsenal de mercancías funcionando como capital. Mercancías que tienen que reproducirse indefinidamente en función del beneficio privado y la acumulación indefinida. Acumulación indefinida que a partir de cierto momento empieza a congestionarse, debido a la mayor capacidad que tiene el sistema para producir y a la menor capacidad para consumir lo que produce. Contradicción que presiona a la población para consumir de cualquier manera y a cualquier precio, aunque para ello tenga que trabajar el doble.

En el libro segundo mostramos la forma y circunstancia en que las distintas experiencias de regímenes socialistas fueron recuperadas por el mercado y sus férreas leyes. Ahora nos corresponde actualizar el diagnóstico y el análisis a fin de situar histórica y teóricamente la confrontación entre el capitalismo y el socialismo.

En este tercer libro queremos revisar la situación actual y el marco del mercado mundial en que se encuentran hoy las diferentes clases sociales, en los países capitalistas y socialistas, en la que se destaca la hegemonía de la oligarquía financiera y su rol en el funcionamiento de un Estado mundial imperial. En el nuevo escenario mundial, las burguesías nacionales, propietarias y productivas, tienden a ser desplazadas por las oligarquías financieras que controlan los bancos, las industrias, el comercio mundial, las políticas económicas, los complejos

militares industriales, los aparatos políticos, la especulación financiera, los medios de comunicación y la cultura.

Asimismo, nos propondremos responder sobre las posibilidades y mecanismos requeridos para continuar el proceso de emancipación del trabajo iniciado en el siglo XX. Sabemos que la lucha contra el capitalismo pasa por la lucha contra el imperialismo, es decir, por el poder de las grandes corporaciones financieras, apoyadas por el Estado imperial.

Sabemos que las economías nacionales no pueden seguirse estudiando como si fueran las únicas unidades de análisis. Hoy en día, existen corporaciones que registran un Producto Interno Bruto mucho más grande que el de muchas naciones juntas. Corporaciones que no tienen nacionalidad particular, pues están situadas y operan a lo largo y ancho de la economía mundial, respaldadas por los aparatos estatales del imperio. Corporaciones que no solamente concentran o acaparan la producción de plusvalía, sino que participan en la centralización y redistribución del capital, la plusvalía o las riquezas materiales generadas por la humanidad.

Toda esta nueva situación influye en la forma en que se están planteando o se deben plantear las revoluciones y las transformaciones económicas en cada uno de los países, regiones o bloques internacionales.

Por su parte, las revoluciones y el socialismo parecen encaminarse a combinar las luchas políticas y militares con las luchas electorales; el protagonismo de las organizaciones políticas con el protagonismo de los movimientos sociales; la contestación al interior de una nación, con la contestación a nivel internacional; las viejas reivindicaciones con las nuevas banderas.

A la confrontación al interior de una nación se superpone la confrontación entre naciones: naciones y Estados imperialistas, por un lado, versus naciones y Estados proletarizados, por otro lado. En cuando a las iniciativas sociales y económicas de la transición, el socialismo estatista parece evolucionar hacia un socialismo combinado, desde arriba y desde abajo. Un socialismo mixto compuesto por empresas públicas y por empresas asociativas o privado-colectivas. Un socialismo que tiene que actualizar la agenda de la revolución cultural, después que la cultura dominante ha logrado una cierta hegemonía en las masas, no solamente en los países capitalistas sino también en los países socialistas, cuyas masas fueron seducidas por el modo de vida occidental, anteponiéndolo a un modo de

producción socialista que satisfacía las necesidades generales, pero no los deseos por aquellas mercancías expuestas en las vitrinas del mercado capitalista.

Ahora bien, tomando en cuenta las nuevas condiciones de la lucha, donde la conciencia y la opinión pública se vuelven cada vez más relevantes, los contendientes recurren cada vez más a los mecanismos persuasivos, ya sea a través de la lucha cultural en sentido amplio, como a la creación de indicadores sociales, con los cuales se pretende medir y probar el grado de legitimidad presente y futuro de los proyectos en disputa.

Cualquier lucha que se emprenda a nivel local, nacional o internacional, debiera no solamente diagnosticar la forma de operar del mercado capitalista, sino revisar la experiencia del socialismo desarrollado en el siglo XX, incorporando por supuesto los logros y buenas prácticas de las luchas revolucionarias de las últimas décadas.

Capítulo V

EL IMPERIALISMO Y LAS NACIONES PROLETARIZADAS

El imperialismo en tanto que como fase superior del capitalismo ha sido suficientemente estudiado, desde Lenin hasta los analistas marxistas a lo largo del siglo XX. En estos estudios, el imperialismo es más conocido por la hegemonía financiera, industrial, política, militar y cultural de las grandes corporaciones. Existe, sin embargo, una referencia al imperialismo a partir de las relaciones internacionales de dominación entre las potencias imperiales y los países de la periferia. Esta otra acepción del imperialismo es mucho más cercana a nosotros, en parte porque los países coloniales fueron precisamente ocupados militarmente por los países metropolitanos; en parte porque los gobiernos de los países del norte siguen dictando el comportamiento económico de los países del sur, a través del FMI, el BM y la OMC, sobre todo a través de los tratados comerciales, el crédito y el endeudamiento.

La verdad es que hoy en día, no existen naciones capitalistas independientes, sólo naciones imperializadas. Si a finales del siglo pasado existió un debate sobre la teoría de la dependencia en América Latina es porque estos países no podían aspirar a emanciparse si no se independizaban económicamente de la hegemonía imperial.

En el texto de Engels La Guerra Civil en Francia, escrito a finales del siglo pasado, se lee una definición del imperialismo que está más cercana a la tradición, en tanto que aparato de Estado al servicio del imperio y de sus intereses, así como a la percepción que queremos relevar. Al respecto dice Engels: "*El imperialismo es la forma más prostituida y al mismo tiempo la forma última de aquel poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en su medio para la esclavización del trabajo por el capital*[244]".

El imperialismo o capitalismo de los monopolios y de las grandes corporaciones financieras, donde el capital bancario aparece fusionado con el capital industrial, se inicia en los años 70 del siglo XIX, cuando los Estados, centrales y periféricos, fueron instrumentalizados por los intereses de las élites oligárquicas que controlan las mega-corporaciones.

Mientras que la explotación del trabajo por el capital se ensañaba en las fábricas a través de la explotación directa, el imperialismo hacía el mismo papel pero a nivel internacional, a través de la expoliación de todas las colonias, convertidas hoy en naciones proletarizadas.

La verdad es que para los pueblos oprimidos del Tercer Mundo, el imperialismo tiene su rostro más visible en las invasiones militares y el robo descarado de sus materias primas, por parte de sus guerras de rapiña, hoy guerras de baja intensidad. Un ejemplo muy actualizado de estas incursiones imperiales es ese gran aparato llamado Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), conducido por el gobierno norteamericano, la Unión Europea y otros países arrastrados al nuevo holocausto por el que atraviesa la humanidad entera a manos de la globalización neoliberal. Un reciente trabajo (2012) de Mahdi Darius Nazemroaya, puede servir de ilustración sobre las barbaries de la OTAN[245].

El neoliberalismo y el desmantelamiento de los Estados nacionales

En la primera década del siglo XXI nos encontramos en medio de una crisis que ha calentado la política y la economía del orden internacional; una situación en que arrecia la competencia capitalista y el imperialismo vuelve sobre sus fueros, echando mano de las mismas políticas con las cuales vino al mundo, desde las

244 F. Engels, *La Guerra Civil en Francia*, Marx Engels, Obras Escogidas, t.1, op.cit., pág. 498.
245 Mahdiu Darius Nazemroaya, La Globalización de la OTAN, CASA EDITORIAL, Mimiografiado para ser publicado en Nicaragua, Managua, 2015.

políticas mercantilistas, la conquista y colonización de América, hasta las guerras imperiales de los últimos siglos.

La gran contrarrevolución conservadora llevada a cabo por el capitalismo y por el imperialismo a finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI es la contrarrevolución neoliberal. Contrarrevolución que no se limita a desmontar regímenes socialistas, sino que arrasa incluso con los logros del liberalismo, llevando a las economías a una etapa pre-liberal con un sector púbico disminuido. Efectivamente, el neoliberalismo se ha propuesto desmantelar los Estados nacionales, privatizando las empresas públicas que el socialismo y el liberalismo habían nacionalizado, liberalizando el comercio de bienes y capitales, desmantelando las fronteras arancelarias, eliminando las conquistas de la clase obrera, desobedeciendo toda censura moral sobre la explotación de la fuerza de trabajo.

Los Estados nacionales que antes luchaban por instaurar el capitalismo y algunos por avanzar hacia el socialismo, hoy tienen que luchar de nuevo por la soberanía nacional, etapa supuestamente superada con las revoluciones liberales del siglo XIX.

A raíz de la crisis de endeudamiento que incluía un abultado déficit fiscal y deficiencias en los servicios del Estado, surgió en 1989 el llamado Consenso de Washington que consistía en una receta de diez puntos para enmendar las economías de los países en vías de desarrollo[246]. La oferta provenía realmente de la necesidad de Estados Unidos de pasar a la ofensiva, una vez colapsadas las economías socialistas. Los 10 puntos son los siguientes: 1. *Disciplina en política fiscal 2. Redefinición de los subsidios indiscriminados, limitando el apoyo a la educación primaria y a ciertos servicios de salud, 3. Reforma tributaria, ampliando la base tributaria y una imposición moderada, 4. Tasas de interés determinadas por el mercado, 5. Tasas de cambio competitivas, 6. Liberación de las importaciones, eliminando las restricciones y bajando los aranceles, 7. Liberación de la barreras a las inversiones extranjeras, 8. Privatización de las empresas estatales, 9. Desregulación de cualquier mecanismo que impida el acceso al mercado o que restrinja la competencia, 10. Seguridad jurídica a los derechos de propiedad.*

Según los actores el término no incluía, más bien excluía, la liberación de los mercados de capitales, la austeridad fiscal y la concepción de un Estado mínimo, como lo pregonan los neoliberales y fundamentalistas del mercado. La verdad es

246 El término fue acuñado por el economista Jonh Williamson del Comité de expertos en economía internacional con sede en Washington.

que bajo las instituciones multilaterales, se impuso un comportamiento económico que terminó desmantelando a los Estados nacionales, generando mayores crisis que las que decían combatir. En todo caso, la ofensiva neoliberal instauró el fundamentalismo del mercado y el pensamiento único, bajo ese gran movimiento postsocialista llamado Globalización que implica la liberalización comercial y la integración de todas las economías al Consenso de Washington y a las medidas neoliberales, bajo la orientación del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos y sus adláteres, los organismos multilaterales.

Dicho en la forma que hemos querido ponerlo en agenda en este trabajo, el neoliberalismo es la mayor ofensiva que el capitalismo ha logrado en aras de la mercantilización de la economía, incluso de la cosa pública. Privatizar el capital socializado y remercantilizar la economía ha sido el gran logro del neoliberalismo. La globalización neoliberal significa la eliminación de toda frontera a la explotación de los recursos naturales y humanos, así como la eliminación de toda frontera a la mercantilización. Hoy en día todo negocio es legítimo, vender drogas u órganos de niños, de la misma manera que todo es objeto de mercantilización o de cosificación, desde un vientre materno hasta el amor de un amante. Los valores morales más sagrados son definidos como valores mercantiles.

La globalización basada en el Consenso de Washington, fortalecida por las ideas o políticas neoliberales, las que dieron pie a lo que se conoce como el fundamentalismo del mercado, se empalma con la liberalización de los capitales y la especulación financiera que desde entonces azota al mundo entero. Situación confesada hasta por los más connotados especuladores del propio sistema capitalista. A propósito, un conocido y exitoso especulador de las principales bolsas de valores del mundo entero, George Soros, se queja de lo que él mismo llama el fundamentalismo del mercado y afirma: "*El fundamentalismo del mercado desempeña un papel decisivo en el sistema capitalista global. Proporciona la ideología que no solo motiva a muchos de los actores de más éxito, sino también impulsa la política. En su ausencia, no tendríamos justificación para hablar de régimen capitalista (...) El sistema capitalista global gobierna nuestras vidas del mismo modo que cualquier régimen gobierna la vida de las personas. El sistema capitalista puede compararse con un imperio cuya cobertura es más global que cualquier imperio anterior. Gobierna toda una civilización y, como en otros imperios, quienes están fuera de sus murallas son considerados bárbaros. Es casi invisible porque no posee una estructura formal*"[247].

247 George Soros, La crisis del capitalismo global, Editorial Debate, Madrid, 1998, p.135-158.

Sin embargo, las contradicciones, las crisis y las luchas no se detienen, como puede inferirse de la agenda actual del mundo globalizado del capitalismo, cuyas manifestaciones se expresan, entre otros, por los siguientes rasgos: a) Una crisis de sobreproducción o de realización de la plusvalía, al mismo tiempo que una lucha por la captación de la plusvalía mundial, es decir, la plusvalía histórica, acumulada y heredada de generación en generación por las grandes fortunas, b) Una lucha por los mercados, sobre todo a partir de la emergencia de algunos países situados en la periferia del sistema-mundo, que están minando competitivamente el mercado de las antiguas potencias capitalistas; nos estamos refiriendo a los llamados BRICS, encabezados por Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica, aunque la lista no se detiene en estos países, c) Una lucha encarnizada por los recursos naturales y materias primas, entre ellos los combustibles fósiles (carbón, gas y petróleo), así como por los metales utilizados en las nuevas industrias de la informática, coltan, tantalita, etc., d) Una crisis de desempleo y empobrecimiento, sobre todo en la periferia del sistema, lo que profundiza las crisis de sobre-producción o el subconsumo a nivel mundial, e) Una circulación de mercancías donde las transacciones monetarias o fiduciarias son mil veces mayores, y circulan a mayor velocidad, que las mercancías encarnadas en bienes y servicios, intercambio fiduciario que ronda los 3 mil millones de dólares al día.

A su vez, esta lucha ha tenido una serie de consecuencias que repercuten y recrudecen la competencia, a saber: a) Nuevas innovaciones y aplicaciones tecnológicas, con el fin de recapturar o redistribuir la plusvalía mundial, b) Concentración y centralización de los capitales, a través de nuevas y sucesivas fusiones corporativas, c) Guerras de pillaje por parte de los Estados Unidos y la Unión Europea, entre las que sobresalen las invasiones militares en Medio Oriente, d) Deslocalización de las empresas de los países industrializados hacia los países con mano de obra más barata, así como migración de las poblaciones de los países no industrializados hacia los países industrializados, e) Sobreexplotación llevada a cabo a través de lo que llaman la flexibilidad laboral, eufemismo para esconder el desmantelamiento de las conquistas laborales, pagando a los trabajadores por debajo de la reproducción de la fuerza de trabajo, acompañadas de masivos despidos y creciente desempleo, f) Mayor expoliación de los recursos naturales de la tierra, g) Abuso de la emisión monetaria e inflación de la economía mundial por parte del dólar estadounidense, lo que a su vez repercute en el subconsumo mundial.

Desde el punto de vista político asistimos a una lucha por el poder a través de: a) Movilizaciones populares y hostigamiento o acceso popular a las instituciones

públicas en diferentes países, respondidas con desproporcionadas represiones político-militares, donde los diferentes proyectos políticos se disputan el control de las instituciones gubernamentales, b) Guerras económicas con el fin de desestabilizar las economías y los gobiernos enemigos, incluyendo sanciones económicas, bloqueos comerciales, provocación de desabastecimientos, fomento de mercados paralelos, fuga de capitales, puniciones personales a funcionarios de gobiernos enemigos, c) Nuevas guerras de baja intensidad entre las grandes potencias, particularmente de Estados Unidos contra los países de oriente medio y Eurasia, incluyendo Rusia y China.

En este contexto, existen tres expresiones de la contradicción y el conflicto planteadas alrededor de la lucha de clases: a) Contradicciones y conflictos entre la clase obrera y el empresariado, tanto en los países capitalistas industrializados del Centro como en los núcleos capitalistas de la Periferia, b) Contradicción y conflictos al interior del capital, tanto en diferentes países como a nivel mundial, c) Contradicciones y conflictos políticos entre el imperialismo norteamericano-europeo y los países de la Periferia, sean estos capitalistas o de orientación socialista. La contradicción imperio-periferia es equivalente o es la variante de la contradicción capital-trabajo, donde las naciones imperialistas hacen la labor del capital, mientras que las naciones proletarizadas juegan el papel del trabajo, independientemente de las diferenciaciones internas en cada uno de los polos nacionales. En estas fábricas-naciones, el imperialismo mantiene un proceso permanente de acumulación originaria, saqueando materias primas y fuerza de trabajo por la fuerza de las armas o del endeudamiento y otras políticas, al margen del intercambio internacional y del desfavorable intercambio de precios relativos.

La lucha por los capitales y la lucha por los mercados

La lucha por los capitales y la lucha por los mercados, ha sobrepasado los mecanismos económicos y se ha adentrado en las viejas conflagraciones militares que vuelve a recorrer el mundo entero, esta vez de la mano de los marines norteamericanos y de la OTAN. Las invasiones militares de la globalización del terror, están llevando a cabo una virtual guerra mundial de baja intensidad, por la cantidad de territorios, soldados, muertos y heridos, refugiados y excluidos de toda forma de sobrevivencia. La violencia sigue siendo un mecanismo de distribución, como lo fue durante la conquista y al colonización, diezmando poblaciones enteras, generando guerras civiles, destruyendo para que las empresas del imperio puedan conseguir jugosos contratos de reconstrucción, robando materias primas, ensayando nuevas armas de destrucción masiva, envenenando a la opinión pública

mundial a través de sus gigantescos altoparlantes televisivos que se escuchan y se ven en cada rincón de la tierra, ofreciendo más circos y espectáculos que panes.

Para los liberales y capitalistas, el capitalismo es una forma de producción y de vida en función del crecimiento y el bienestar de quienes puedan usufructuarlo, decantándose de sus efectos llamados colaterales. Para los marxistas y socialistas, el capitalismo es un modo de producción y de explotación generador de desigualdades, empobrecimiento y genocidio, siendo necesaria su superación, cambio y sustitución.

Existen naciones capitalistas y socialistas expoliadas por el imperialismo o capitalismo globalizado, a través del intercambio comercial, el endeudamiento, la instauración de corporaciones en su territorio, o directamente a través de la fuerza bruta en forma de invasiones militares.

Para los empresarios y países capitalistas, la lucha es una lucha por los capitales y por los mercados de capital y de consumo. La lucha por los capitales se expresa como una lucha por apropiarse de las materias primas, las innovaciones y aplicaciones tecnológicas, así como por el capital dinero y el oro almacenado en los bancos. Asimismo, las empresas o países capitalistas luchan por apropiarse de los mercados, tanto de los mercados de capitales u oportunidades de inversión y producción de plusvalía, como de los mercados de consumidores, tanto de medios de producción como de medios de vida en todos los sentidos de la palabra. Para ello, utilizan todos los medios habidos y por haber, desde la invasión militar, el invento o el robo de patentes, el endeudamiento de los países más vulnerables y de todos los gobiernos, hasta la publicidad y las políticas económicas asumidas para ellos o impuestas a sus subordinados, competidores o adversarios.

La humanidad siempre tuvo necesidad de aparatos e instituciones para dirimir sus contradicciones. Magia, religión, academia o publicidad, cada una con sus respectivos aparatos, trabajan con el fin de dirimir esa ansiedad que el alma o el cerebro enfrenta frente a sus demonios engendrados históricamente. Otro aparato utilizado para exorcizar sus conflictos es el propio Estado, en tanto aparato de represión y propaganda, cuyo fin es disciplinar a quienes, no poseyendo bien alguno, tuvieran la tentación de tocar lo ajeno, aunque ese ajeno haya sido anteriormente propio. Guerras, cuarteles y tecnología de muerte, para dirimir periódicamente quien sobra y quien manda en este mundo donde nadie respeta frontera alguna. Hoy, todo eso sigue existiendo, perdido en la jungla del mercado.

Como señalamos, conceptual e históricamente, existe una relación entre el mercado, los comerciantes, el capital, el capitalismo, los capitalistas y el imperialismo. El mercado es el área de las transacciones mercantiles y los comerciantes son los agentes activos del mercado. El capital es el valor que se incrementa a través del intercambio equivalente, pero desigual, los capitalistas son los agentes cada vez más conscientes de mantener aceitada la máquina de la acumulación, el capitalismo es el sistema de mercados nacionales donde el capital y el Estado forman un conjunto articulado. El imperialismo es el capitalismo mundial de los monopolios financieros, es decir, el control bancario-industrial y militar sobre el mundo entero. La globalización, a pesar de que se presenta como la extensión universal del comercio, que ya lo era desde el siglo XV, es la generalización del crédito, el endeudamiento especulativo, el soborno a los Estados subordinados al mercado capitalista mundial, la bancarrota periódica de las economías, los rescates bancarios en cada crisis financiera, el negocio de las guerras, las burbujas financieras especulativas y los ciclos de expansión-depresión, concentración y exclusión.

En el capitalismo, la competencia aparece como una forma democrática de producir y consumir, siempre y cuando se tengan las condiciones para producir y la capacidad adquisitiva para consumir, lo que no acontece a todo el mundo ni en todo momento. Por ese camino llegamos a las crisis de sobreproducción y por lo tanto de crecimiento, situación que genera crisis cíclicas de expansión y depresión, generando al mismo tiempo desigualdades sociales que empobrecen aún más a los trabajadores y pobladores en general, incluyendo a los productores o poseedores de medios de producción.

Por otro lado, la metamorfosis del capitalismo, transformándose en imperialismo o poder de las grandes corporaciones financieras y de los aparatos político-militares de las grandes potencias, ha conducido a una gran concentración de capital en manos de los banqueros y élites financieras, desplazando y empobreciendo cada vez más a la población mundial, incluyendo a las burguesías nacionales o locales del mundo entero. La producción se acompaña cada vez más de redistribución de los capitales. Ayer lo hacían con piratas y corsarios, hoy lo hacen con mercenarios y especuladores financieros.

La lucha de clases no aparece solamente como una lucha entre burgueses y proletarios, sino como una relación entre países o potencias capitalistas super industrializadas y países empobrecidos. Los primeros hegemonizando el capital, el capitalismo y el imperialismo, los segundos subordinados al gran capital, al capitalismo y al imperialismo.

En cuando al trabajo, desde el siglo XVIII sabemos de la pauperización de la clase obrera debido a la explotación y sobre-explotación de su fuerza de trabajo. A través de las noticias que aparecen a diario en la televisión nos enteramos de las quiebras de empresas y bancos por doquiera, las que como fichas de dominó se expanden a todos los países del mundo, arrastrando al desempleo no solamente a los trabajadores, sino también a los propios productores y empresarios.

En cada crisis económica, seguida de una recesión o depresión, miles de empresas salen del juego del mercado y pasan a engrosar los patrimonios gigantescos de las grandes corporaciones financieras. Gran parte de las medianas y pequeñas burguesías se están empobreciendo y muchas de ellas suelen transitar frecuentemente a las filas de los nacionalismos radicales, acompañando políticamente a algunas de las revoluciones populares en los países del Tercer Mundo.

Lo que queremos decir es que en las redes del mercado, aún sin mediar relaciones laborales entre empresarios y asalariados, el crédito y el endeudamiento, son capaces de mantener la explotación del capital sobre trabajadores-productores, sobre la población y sobre países enteros. La concentración del capital, el desarrollo tecnológico de las grandes corporaciones imperialistas y las crisis financieras están desplazando a burgueses y proletarios, los primeros quebrados, los segundos desempleados. Muchas veces es más importante para una empresa evitar el riesgo, antes de quebrar y quedar endeudada, que lanzarse en pos de las ganancias buscadas. De la misma manera que para los trabajadores es más importante evitar el desempleo que la explotación.

En síntesis, podemos decir que a nivel internacional, la relación contradictoria, antagónica y conflictiva entre el capital y el trabajo se manifiesta como una relación de dominación entre las naciones imperialistas y las naciones proletarizadas. En estos términos, decimos que una nación es proletarizada, en la medida que sus excedentes son drenados hacia la metrópolis a través del crédito y del comercio internacional, debido a la subordinación en que la misma se encuentra en el mundo globalizado. Sabemos que al interior de cada una existen un sinnúmero de clases y estratos diferenciados, como pasa al interior de los capitales y al interior de la clase obrera, sin embargo, cada una se beneficia o padece, económicamente hablando, según el lugar que ocupa en la división internacional del trabajo.

1. La hegemonía de las corporaciones financieras internacionales

Vivimos bajo la hegemonía del imperio occidental, quien en nombre de la libertad y la democracia, pero blandiendo el monopolio de la fuerza, el dinero, el endeudamiento, las políticas económicas, los precios, la emisión de moneda ficticia, los medios de comunicación y una cultura-ideología dominante, resuelve con estafa y muerte sus periódicas crisis financieras de sobre-producción.

Ciertamente, las formaciones sociales nacionales todavía rigen la organización política y económica, pero el orden imperial de las corporaciones está cada vez más presente en las decisiones sobre el funcionamiento mundial del capitalismo-imperialismo. En este escenario, el mundo funciona como un mundo imperial, dirigido por grandes Estados y gigantescas corporaciones, subordinando a los Estados menores, a las burguesías menores y a los trabajadores y pobladores en general. La lucha de clases ya no se entiende sin esa superposición de clases y naciones. En otras palabras, en la lucha entre el capital y el trabajo ocupa un lugar cada vez más importante la lucha por la hegemonía mundial por parte del imperialismo y la lucha por la liberación nacional por parte de las naciones proletarizadas. En esta lucha se alinean los actores nacionales, ya sea que se trate de los empresarios como de las clases subalternas. El mundo aparece como una grande y abigarrada nación multiétnica con un gran Estado Mundial encabezado por los Estados Unidos. Esta gigantesca superpotencia o Estado Mundial tiene un gran ejército mundial (los marines), un gran parlamento mundial (ONU), un gran ministerio de economía (FMI, BM, OMC), un gran banco central (BPI), un gran aparato ideológico universal (Hollywood y el Vaticano), una etnia y un género dominante (el hombre blanco), una economía globalizada, una gran sociedad civil (el mercado) y una multitudinaria población desempleada, empobrecida y migrante.

La oligarquía financiera es una élite corporativa que controla a escala los grandes mercados comerciales, el capital-dinero a través del control de la banca y las principales inversiones industriales. Una corporación es una sociedad o persona jurídica que tiene todas las ventajas de una persona natural y ninguna de las desventajas. Es una sociedad de acciones, como cualquier sociedad anónima, responsable solamente de su capital accionario. El control sobre la banca central de un país, o de las bancas centrales de un conjunto de países, le permite la emisión monetaria para destinarla al crédito de bancos, empresas o países, generando especulación y embargos que terminan concentrando el capital a escala planetaria.

En este macro-mercado globalizado la lucha contra el capitalismo se convierte automáticamente en una lucha antiimperialista y la lucha antiimperialista se convierte en una lucha anticapitalista. Las revoluciones, cuyo marco sigue siendo nacional, aparecen como revueltas contra los representantes nacionales del imperio o como revueltas provinciales contra la capital del imperio.

La competencia y el capitalismo monopolista

En el mundo imperial hay libre competencia, pero combinada con el monopolio del capital y de todas las formas de propiedad: tierra, territorios, minas, materias primas, dinero, tecnología, conocimiento y circos internacionales. Hay libre comercio, soberanía política y democracia en algunas metrópolis, pero acompañados de invasiones militares, condicionalidades comerciales, castigos económicos y golpes de Estado. La sombra del fascismo o abandono total de la democracia y los derechos humanos como si todo el globo estuviera en guerra o bajo la ley marcial y el toque de queda. El tercer mundo se siembra de élites mundiales, así como el primer mundo se llena de segmentos cada vez más empobrecidos o precarizados.

La competencia nació con el mercado y se agudizó con el mercado capitalista, y sobre todo con la llegada del imperialismo. Todos compiten entre sí. El mundo es un mercado de competencia donde todos estamos obligados a competir.

Incluso en el pensamiento marxista, el monopolio de los medios de producción, es decir, del capital por parte de los capitalistas es señalado con el nombre de propiedad privada de los medios de producción. Cuando aparecen los estudios sobre el imperialismo empieza a hablarse de monopolio. Ahora bien, si es cierto que los pensadores del imperialismo, tales como J. A. Hobson, Hilferding, Lenin, Rosa Luxemburgo, entre otros, señalan como características del imperialismo la monopolización de las empresas capitalistas y el capital financiero, tal condición es atribuida a ciertas empresas y no a las empresas capitalistas en general. En otras palabras, la noción de monopolio es reservada a la competencia intercapitalista, más que a la relación entre el capital y el trabajo, aunque por supuesto, todos ellos están claros de la relación de monopolio que existe entre un capitalista y un trabajador, en cuanto a la posesión exclusiva y excluyente de medios de producción o de capital que el primero detenta.

Ya el simple metabolismo del mercado no basta para explicar el robo de las cosas ajenas. El fraude y la estafa, igual que la violencia vuelven a reinar y auxiliar a los

poderosos. El crédito y las burbujas financieras están de moda para incrementar o complementar la estafa; esta vez más visible y con menos culpa que nunca.

Ahora bien, la hipótesis, esgrimida por nosotros, según la cual detrás de las relaciones mercantiles y su ulterior transferencia de valores se encuentra el monopolio y la especulación, no es nueva en el pensamiento económico. Hace más de 2,300 años Aristóteles ya lo había señalado en sus agudas reflexiones al respecto. "*Citaré*, nos dice Aristóteles, *lo que se refiere a Tales de Mileto, a propósito de una especulación lucrativa que le dio un crédito singular, honor debido sin duda a su saber, pero que está al alcance de todo el mundo. Gracias a sus conocimientos en astronomía pudo presumir, desde el invierno, que la recolección próxima de aceite sería abundante, y al intento de responder a algunos cargos que se le hacían por su pobreza, de la cual no había podido librarle su inútil filosofía, empleó el poco dinero que poseía en darlo en garantía para el arriendo de todas las prensas de Mileto y de Quios; y las obtuvo baratas, porque no hubo otros licitadores, pero cuando llegó el tiempo oportuno, las prensas eran buscadas de repente por un crecido número de cultivadores, y él se las subarrendó al precio que quiso. La utilidad fue grande; y Tales probó, por esta acertada especulación, que los filósofos, cuando quieren, saben fácilmente enriquecerse, por más que no sea este el objeto de su atención. Esto es una muestra de un ejemplo de gran habilidad de Tales; pero, repito, esta especulación pertenece en general a todos los que están en posesión de constituir en su favor un monopolio. También hay Estados que en momentos de apuro han acudido a este arbitrio, atribuyéndose el monopolio general de todas las ventas. En Sicilia un particular empleó las cantidades que se le habían dado en depósito en la compra de todo el hierro que había en las herrerías, y luego cuando más tarde llegaron los compradores desde distintos puntos, como era el único vendedor de hierro, sin aumentar excesivamente el precio, lo vendía sacando cien talentos de cincuenta. Informado de ello Dionisio, lo desterró de Siracusa, por haber ideado una operación perjudicial a los intereses del príncipe, aunque permitiéndole llevar consigo toda su fortuna. Esta especulación sin embargo, es en el fondo la misma que la de Tales; ambos supieron crear un monopolio"*[248].

Otro ejemplo histórico en que el mercado aparece como un monopolio que relaciona y vincula posesión y desposesión, base de la explotación en su forma definitiva, puede observarse en las anotaciones de Marx sobre el origen y fundamento del capitalismo. *"Ni el dinero ni la mercancía,* escribe Marx*, son de por*

248 Aristóteles, *La Política*, Ediciones Universales, Bogotá 1997, pág. 41-42.

sí capital, como no lo son tampoco los medios de producción, ni los artículos de consumo. Necesitan convertirse en capital. Y para ello han de concurrir una serie de circunstancias concretas, que pueden resumirse así: han de enfrentarse y entrar en contacto dos clases muy diversas de poseedores de mercancías; de una parte, los propietarios de dinero, medios de producción y artículos de consumo, deseosos de valorizar la suma de valor de su propiedad mediante la compra de fuerza ajena de trabajo; de otra, los obreros libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo. Obreros libres, en el doble sentido de que no figuran directamente entre los medios de producción, como los esclavos, los siervos, etc., ni cuentan tampoco con medios de producción propios, como el labrador que trabaja su propia tierra, etc., libres y dueños de sí mismos. Con esta polarización del mercado de mercancías, se dan las dos condiciones fundamentales de la producción capitalista. El régimen de capital presupone el divorcio entre los obreros y la propiedad sobre las condiciones de realización de su trabajo. Cuando ya se mueve por sus propios pies, la producción capitalista no sólo mantiene este divorcio, sino que lo reproduce y acentúa en una escala cada vez mayor. Por tanto, el proceso que engendra el capitalismo sólo puede ser uno: el proceso de disociación entre el obrero y la propiedad sobre las condiciones de su trabajo, proceso que, por una parte, convierte en capital los medios sociales de vida y de producción, mientras por otra parte, convierte a los productores directos en obreros asalariados. La llamada acumulación originaria no es, pues, más que el proceso histórico de disociación entre el productor y los medios de producción. Se llama "originaria" porque forma la prehistoria del capital y del régimen capitalista de producción"[249]. En realidad debe entenderse que lo que diferencia al empresario del trabajador no es solamente la propiedad de los medios de producción, sino la gestión de los mismos en tanto capital, pues hay trabajadores o naciones que controlan ciertos medios de producción, pero cuyos excedentes van a parar a las manos de los empresarios-comerciantes. En otras palabras, la propiedad de los medios de producción no garantiza ni el control de la gestión ni el control de las ganancias; por otro lado, existen clases o naciones que no siendo propietarios de los medios de producción controlan la gestión y el destino de los excedentes. En tal sentido, cuando hablemos de monopolio tenemos que incluir no solamente la propiedad o el control de medios de producción, sino el control de la gestión, la influencia sobre los precios de monopolio, el destino de los excedentes, en fin, la orientación social del sistema económico.

249 Carlos Marx, *El Capital*, tomo 1, op.cit., p.634.

Bien podrían ser estos textos de Marx una demostración del monopolio que engendra y mantiene el mercado capitalista, en tanto condición de la relación capital-trabajo y del intercambio de mercancías, monopolio cuyo origen arrastra su sello de garantía en el despojo, siendo "l*a violencia la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva*"[250].

En este trabajo de Marx sobre la acumulación originaria del capital abundan los señalamientos sobre el despojo de pequeños productores agrícolas, artesanos y pequeños manufactureros o comerciantes, de sus medios de producción, hasta convertirlos en asalariados; asimismo, abundan ilustraciones sobre el monopolio de las compañías (orientales y occidentales) comerciales y demás capitalistas, ya sea sobre una ruta, la sal, el opio, el té, los esclavos, el oro, la plata, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema tributario y el sistema proteccionista, todos ellos valiéndose del poder y del monopolio de Estado, es decir, de la fuerza concentrada y organizada de las sociedades nacionales de las metrópolis de entonces.

El monopolio, tal como lo hemos dicho anteriormente, existe al lado de la libre competencia, al igual que la dictadura existe al lado de la democracia. La existencia del monopolio, entendida como lo entienden los propios liberales, como intervención del mercado por parte de los capitalistas para fijar los precios independientemente de la oferta y la demanda, es ahora aceptada hasta por los más recalcitrantes doctrinarios de la armonía del mercado.

A propósito del monopolio, hasta el profesor Samuelson se da cuenta del derroche que genera el sistema capitalista realmente existente: "*En esta forma de competencia monopolística, dice Samuelson, el resultado es una situación económica quizás peor que en el monopolio total, pues no solo los precios son altos, sino además, se derrochan valiosos recursos, ya que cada empresa tiene paradas parte de sus instalaciones y de la mano de obra. La situación es mala por triple partida: los fabricantes pierden, los recursos se desaprovechan y los precios que ha de pagar el consumidor son excesivamente altos*"[251].

En el mercado de monopolio, un comprador o un vendedor tienen la capacidad de imponer los precios de acuerdo a la correlación de fuerzas adquirida, no solamente frente a los trabajadores, sino también frente al resto de empresarios no monopólicos. En los mercados capitalistas, el costo mínimo depende de la

250 Ibíd., p.689.

251 Paul A. Samuelson, *Curso de Economía Moderna,* op. cit., pág. 576.

productividad tecnológica y de la soportabilidad físico-psíquica de la fuerza de trabajo. En el caso del mercado de monopolio, el techo de los precios depende no solamente de la cuota de explotación de los trabajadores, sino también de la cantidad del excedente global generado por la sociedad y dividido entre los capitalistas de acuerdo al monopolio que cada uno ejerce sobre el mercado (recursos, patentes, conocimiento, seducción del consumidor, dinero, etc.).

Ahora bien, la negación del consumo para el trabajador a través de la explotación directa, sumada al desempleo y la marginación, ha hecho posible una nueva rebelión de los desposeídos, esta vez como consumidores que luchan contra un sistema que les niega el pan o que los manipula para que destinen sus pocos centavos adquiriendo basura ofrecida como bienes de primera necesidad. Pequeños productores y naciones empobrecidas han iniciado la lucha por los excedentes que les son escamoteados a través del intercambio mercantil. Incluso, encontramos consumidores de los países industrializados protestando y boicoteando empresas por el veneno que les venden o por el nivel de destrucción de la ecología del planeta.

Hoy, ha aparecido un generalizado resentimiento, no solo en los trabajadores, sino también en los consumidores de clase media y aún en parte de los capitalistas, frente a la compulsiva competencia a la que se encuentran sometidos para sobrevivir como tales en el mercado, todos ellos obligados a buscar el dinero y a buscar cómo hacer dinero para adquirir bienes y para incrementar sus bienes, con el riesgo de perecer si el éxito no les sonríe.

Además de los trabajadores, quienes sospechan cada vez más que alguna relación existe entre el mercado, el capital y su miseria (ya que mientras más trabajan menos tienen) la clase media tiene la certeza de que mientras más necesidades y deseos cultiva, estimulada por la publicidad del mercado, menos posibilidades tiene para satisfacerlas y más angustiada vive en su insatisfecha frustración, con el agravante del miedo y el riesgo permanente de precipitarse en el valle de lágrimas de los desempleados, lugar donde purgará su negligencia, engrosando así el bando de los condenados, desposeídos y fracasados. El mercado la invita a consumir cada vez más, el consumo la obliga a conseguir cada vez más dinero, en un ciclo sin fin que día a día acrecienta la brecha entre sus expectativas y sus posibilidades, sin poder detenerse; en esta situación y a diferencia de lo que proponen los manuales marginalistas, mientras más necesidades y deseos, mientras más demandan los soberanos consumidores y mientras más escasez real existe para ellos, menos tienen.

Igual sentimiento y suerte padecen los capitalistas, muchos de los cuales ayer gritaban ¡Viva el mercado libre! Y ahora pagan con la quiebra o insolvencia de sus negocios, la ley de hierro de la competencia mercantil capitalista: ¡quien no acumula se estanca, retrocede y perece!

A pesar de las quiebras permanentes, siguen comulgando con la ética del mercado: la libertad para hacer dinero y para intercambiar sin límites ni censura todo lo que les permita acrecentarlo, motivación utilitaria para comportarse moralmente, egoísmo hedonista y racional para relacionarse con los demás de su especie, permisividad absoluta en el mundo de la avaricia y los negocios para aquellos que rezan con la moral calvinista de un Benjamín Franklin cuando nos dice: "*Piensa que el tiempo es dinero. Piensa que el crédito es dinero. Piensa que el dinero es fértil y reproductivo*"[252].

A diferencia de los trabajadores y la clase media, los capitalistas insolventes no arremeten sin embargo, contra el sistema capitalista, sino contra el lugar y suerte que el mercado les depara en dicho sistema, comportándose igual que aquellos fieles quienes ante el pecado por ellos cometido prefieren culparse por debilidad antes de aceptar la naturaleza de las cosas. No es que estén en desacuerdo con la competencia, sino con el lugar en que quedaron en la última carrera. No es que estén en desacuerdo con la existencia del capital como monopolio de las condiciones para hacer dinero, sino con su expulsión llevada a cabo por otros monopolistas más avezados que ellos. Sin darse cuenta que en economía la posesión sólo existe si existe desposesión y por lo tanto desposeídos, y que tarde o temprano la mano invisible y lucrativa del mercado capitalista alcanzará con su maldición hasta a sus más fervientes creyentes.

En nuestros días el viejo carácter especulativo señalado hace muchos años por Aristóteles, así como el monopolio de los medios de producción, hoy expresado como dinero, señalado por Carlos Marx, aparece de nuevo bajo otras forma: la especulación bursátil. Es cada vez más evidente, hasta para los ideólogos del capitalismo, que el enriquecimiento especulativo, es decir, el más moderno de los enriquecimientos capitalistas, nada tiene que ver con el sacrificio de éstos, ni con el ahorro empresarial, ni con el adelanto futuro del salario, ni con la soberanía del consumidor, sino simple y llanamente con el monopolio y la especulación.

252 Benjamín Franklin, *Advertencias necesarias a los que quieren ser ricos*, Citado por Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo,* Ediciones Península, Barcelona 1973, pág. 42. Véase igualmente la posición de la ética frugal de Franklin en favor de la riqueza y la acumulación en *El Camino de la Riqueza*, en Benjamín Franklin, Autobiografía y Otros Escritos, Editorial Porrúa, S.A., México, 1989, pp.113-119.

Ahora bien, si por cualquier motivo, los capitalistas más fuertes pierden el monopolio y se encuentran en las mismas condiciones en que todos se encuentran en el mercado, lo que hacen es recurrir de nuevo a la fuerza para recuperar el monopolio del capital, llámese materias primas o llámese capital dinero.

A pesar de todo lo dicho sobre las diferentes formas de monopolio, el principal sigue siendo el monopolio sobre la propiedad de los medios de producción y de cambio, es decir, sobre el capital y su lógica mercantil. Como dice David Harvey: "*El poder de los monopolios es básico y no una forma de aberración en el funcionamiento del capital y que existe en unidad contradictoria con la competencia (…) Ambos aspectos son indistinguibles, ambos se fusionan dejando la contradicción en estado latente más no antagónica (…) La clase capitalista se puede definir frente al trabajo por su monopolio colectivo sobre los medios de producción (o en una versión más reciente, sobre los medios de financiación). Lo que está ausente en las acostumbradas discusiones sobre el monopolio es el concepto y la realidad del poder monopolístico de clase (el poder colectivo del capital), incluido las rentas monopolísticas de clase, cuando se aplican a los proceso económicos y políticos*.[253]

Hoy, todas las guerras imperiales del gobierno estadounidense y de las potencias europeas se autodefinen como acciones benéficas para rescatar a los países del Tercer Mundo de sus gobernantes a quienes llaman dictadores y de sus ciudadanos a quienes llaman terroristas. De esa manera siguen invadiendo impunemente todos aquellos países que poseen recursos materiales o geoestratégicos, tales como Kuwait, Afganistán, Pakistán, Irak, Libia, Siria o Ucrania, Yemen, Rusia o Venezuela, por no hablar más que de los más recientes (2014).

Existen acontecimientos donde el mercado asesta su mayor golpe, como son los endeudamientos y las consiguientes bancarrotas del sistema bancario-empresarial, conocidos como crisis financieras periódicas y rescates bancarios. Por eso decimos que el modo de producción capitalista funciona como un modo de producción tributario, pues son los contribuyentes quienes pagan los rescates bancarios del capital.

Y para eso están los llamados medios de comunicación, instrumentos que a la vez que acceden al reparto de la plusvalía mundial, envenenan el cerebro de las almas consumidoras de mercancías y de símbolos, llegando hasta sus propios

253 David Harvey, Las diecisiete contradicciones y el fin del capitalista, Op.Cit., p.138.

dormitorios a decirle qué comprar, dónde comprar y a quien comprar. En estas pantallas la única palabra que compite con las marcas que publicitan es la palabra democracia, aplicada al imperio y negada a los gobiernos nacionalistas, democráticamente electos. La izquierda que aceptó disputar el poder a través de los votos se ha dado cuenta de que no basta ser legal para ser legítimo, estando la diferencia en el veredicto imperial anunciado en la gran pantalla.

El crédito y el endeudamiento

La primera forma en que el capital quiso resolver la contradicción entre la producción y el consumo, entre la oferta y la demanda, entre la explotación y las dificultades para encontrar a quién vender sus mercancías, fue el crédito, al que sigue el endeudamiento, y por esa vía, la subordinación económica de los deudores. La creación de la moneda o del dinero facilitó el crédito y el endeudamiento.

Si el capital como reproductor de valores tiene que apropiarse de los medios de producción y de cambio, si el capital para existir tiene que producir y obtener las ganancias que le permiten reproducirse, si para ganar tiene que producir plusvalía, si al producir plusvalía tiene que explotar y pauperizar, si para realizar la plusvalía tiene que vender o lo que es lo mismo encontrar compradores para sus productos, ¿cómo hace cuando los posibles compradores o consumidores no tienen dinero suficiente para comprarle sus mercancías? Tiene que recurrir al crédito. Y esto pasa a nivel local, nacional, regional o internacional.

El crédito es una relación de intercambio, entre acreedores y deudores, por medio de la cual se cambia una porción de dinero por una promesa de pago, con la que el acreedor se deshace productivamente de su dinero, es decir, esperando obtener una ganancia o dinero suplementario, mientras que el deudor puede comprar las mercancías que no podría adquirir debido a su empobrecimiento. En otras palabras, el crédito es una relación pecuniaria que genera excedentes; pertenece, junto con el comercio, a la existencia antediluviana del capital. En fin, el crédito es una relación económica que genera endeudamiento y por lo tanto subordinación, ya sea entre personas, entre empresas o entre países. Con el crédito los grandes banqueros europeos financiaron guerras y conquistas, ayer endeudando monarquías, hoy endeudando a naciones y pueblos enteros.

Hoy, hasta los gobiernos de las grandes potencias viven endeudados con el capital financiero, nacional o internacional, pagando deudas públicas permanentemente. ¿Y cómo pagan la deuda pública estos gobiernos? Aumentando los

impuestos, inflacionando la economía, endeudándose más para pagar cada vez más o pauperizando a sus pueblos. Según datos de las Naciones Unidas, todos los países del mundo deben, en promedio, el equivalente al 50% del Producto Interno Bruto (PIB), ya sea en concepto de deuda interna como externa; países como Italia deben el 130% del PIB, Estados Unidos el 108% del PIB, Italia el 130% del PIB, Grecia el 180% del PIB, Japón el 245% del PIB.[254]

¿Y qué pasa cuando un gobierno no puede pagar la deuda? Una salida es seguir endeudándose. Otra es aplicar mayores impuestos, lo que tarda mucho en implementarse y además los capitales privados se fugan con facilidad de una nación que les quiere aplicar impuestos. Otra salida es producir más inflación a través de emisiones monetarias inorgánicas. Otra salida es vender todos los activos que tiene el gobierno, es decir, privatizarlo todo y dejar a una masa de la población sin acceso libre a los servicios públicos, ahora privatizados, lo que produce una situación de precariedad generalizada. Esta historia es archiconocida, tanto en los países empobrecidos como en los países enriquecidos, pero con un capital concentrado en pocas manos. La última estación de este recorrido son las quiebras bancarias y empresariales, recientemente eximidas por lo que se conoce como el rescate bancario.

En estos tiempos, hasta el ciudadano más empobrecido es candidato elegido para poseer una tarjeta de crédito, endeudarse hasta el cuello y así verse obligado a seguir trabajando toda la vida. El crédito logra elegantemente lo que antes hacía la esclavitud, obligar al trabajador a trabajar todo el día. Sin embargo, el crédito también empobrece. Entonces hay que seguir prestando y endeudándose hasta el infinito, hasta la muerte o hasta la destrucción de la naturaleza y de los países enteros. La deuda externa se convierte así en una deuda eterna.

La obligación de trabajar para comer se convierte en la obligación de trabajar para poder pagar, viviendo bajo la angustia de la quiebra o de la insolvencia económica o del vacío en el bolsillo y en el estómago, culpabilizados por no poder pagar, por no poder pedir prestado, por no poder trabajar, por no poder mantener a la prole, por no ser ni siquiera un explotado tradicional del sistema.

Este nuevo verdugo que obligó a los capitalistas a endeudarse para poder alimentar el mañana de la acumulación capitalista, mientras se descongestiona de la sobreproducción del presente, obliga también a los productores-trabajadores a

254 Naciones Unidas, *Economía Mundial*, New York, 2014.

endeudarse para poder concurrir al mercado y obliga asimismo a todos los consumidores, para quienes el ingreso del ahora es insuficiente, a endeudarse para poder consumir y sobrevivir.

La clase media por su parte puede testimoniar la angustia, la culpa que anida al interior de su ser fracasado, la pena que la agobia y la hace perder su última identidad y su preciado reconocimiento, en el momento que pierde la posibilidad de usar su tarjeta de crédito.

La relación con la comunidad crediticia se convierte en una relación perversa entre deudores y acreedores, en una pena viviente que impide vivir y sobrevivir, condenando a las almas en pena, por no poder pagar, por no poder cobrar, a la depresión o a la ruptura delincuencial. Se suicida el jugador de bolsa y se suicida el que no lleva en la bolsa ni siquiera el interés del capital prestado; se corrompe el empresario que no logra alcanzar la rentabilidad sin incurrir en la estafa, se corrompe el trabajador por cuenta propia que tiene que matar antes que embargar sus últimos bienes a la oficina de crédito, no importando si el dueño de esta oficina es un usurero despiadado o un banco de ahorro y crédito que para sobrevivir tiene que devorar a sus propios hijos.

Un agudo pensador y filósofo, como Nietzsche, sugiere que la culpa y todas las obligaciones morales que domestican al ciudadano, tienen su antecedente y causa principal en las relaciones entre deudores y acreedores. "*El sentimiento de la culpa,* dice Nietzsche*, de la obligación personal, ha tenido su origen en la más antigua y originaria relación personal que existe, en la relación entre compradores y vendedores, acreedores y deudores. (...) Fijar precios, tasar valores, imaginar equivalentes, comprar y vender, junto con todos sus accesorios psicológicos, son más antiguos que los mismos comienzos que cualquier forma de organización social y que cualesquiera asociaciones: el germinante sentimiento de intercambio, contrato, deuda, derecho, obligación, fue traspasado desde la forma más rudimentaria del derecho personal a los más rudimentarios complejos comunitarios, juntamente con el hábito de comparar, de medir, de tasar poder con poder. (...) El delincuente es ante todo un 'infractor', alguien que ha quebrantado, frente a la totalidad, el contrato y la palabra con respecto a todos los bienes y comodidades de la vida en común, de los que hasta ahora había participado. El delincuente es un deudor que no sólo no devuelve las ventajas y anticipos que se le dieron, sino que incluso atenta contra su acreedor. La cólera del acreedor perjudicado, de la comunidad, le devuelve al estado salvaje y sin ley, del que has-*

ta ahora estaba protegido: lo expulsa fuera de sí -y ahora puede desatar contra él toda suerte de hostilidad. La pena es, en este nivel de las costumbres, sencillamente la copia, el mimus (reproducción) del comportamiento normal frente al enemigo odiado, desarmado, sojuzgado, el cual ha perdido no sólo todo derecho y protección, sino también toda gracia: es decir, el derecho de guerra y la fiesta de victoria del Vae Victis (¡ay de los vencidos¡) en toda su inmisericordia y en toda su crueldad: -así se explica que la misma guerra (incluido el culto de los sacrificios guerreros) haya producido todas las formas en que la pena se presenta en la historia"[255].

La entrada y salida libre de capitales-divisas es hoy una práctica corriente para desmantelar las riquezas de los países subordinados al mercado mundial, en manos de los grandes buitres especuladores; práctica amparada y fomentada por los organismos multilaterales (FMI, BM, OMC). La operación es muy sencilla, como la ilustra el vicepresidente del BM, Joseph Stiglitz a propósito de la crisis de Tailandia: "*Los especuladores, cuando anticipan la devaluación de una moneda, procuran abandonarla y comprar dólares, si hay libre convertibilidad, lo que se hace fácilmente. Pero a medida que los operadores venden una moneda, su valor cae, lo que confirma la profecía. Alternativamente, y de modo habitual. El Gobierno intenta sostener su divisa. Vende dólares de sus reservas y compra la moneda local para mantener su valor. Pero finalmente se queda sin divisas fuertes. La moneda se hunde. Los especuladores han quedado satisfechos. Ahora pueden comprar otra vez la moneda local y cosechar un jugoso beneficio. Supongamos que el especulador Fred acude a un banco tailandés, pide prestado 24.000 millones de baht (la moneda de Tailandia), que al cambio original pueden ser convertidos en 1.000 millones de dólares. Una semana más tarde el tipo de cambio cae de 24 a 40 bahts por dólar. Con 600 millones de dólares, convirtiéndolos a bahts, obtiene los 24.000 millones de baths para cancelar el préstamo. Los 400 millones de dólares restantes serán sus beneficios*"[256].

El Banco de Pagos Internacionales (BPI)

El endeudamiento generalizado está en la base de las burbujas financieras generadas por el Banco de Pagos Internacionales (BPI), especie de Banca Central que controla a los principales bancos centrales de los países más poderosos. El truco es bien sencillo, se infla artificialmente un producto, generalmente inmue-

255 Friedrich Nietzsche. *La Genealogía de la Moral*, Alianza Editorial S.A., Madrid 1997, pp.92-93.
256 Joseph E. Stiglitz, El malestar en la globalización, Op.Cit., p. 14.

bles, se presta dinero para comprar ese producto o las acciones de ese producto, el que alcanza precios exorbitantes, hasta que el propio sistema reclama pagos atrasados que la gente ya no puede pagar y el precio de aquellos productos se derrumba y todos, menos los que controlan el negocio a control remoto, quiebran estrepitosamente: los que no pueden seguir pagando y pierden la casa, los bancos que prestaron y no recuperan dichos préstamos, las aseguradoras que se encuentran con empresas y bancos quebrados, hasta que el escándalo llega al Banco Central y éste ordena al Estado endeudarse para rescatar a las empresas y bancos quebrados, supuestamente para evitar la estampida.

El capital puede subordinar al trabajo sin que medien relaciones salariales, incluso sin que el capitalista posea o administre medios físicos de producción. Dicho de otra manera, el sistema capitalista, en tanto productor de plusvalía y capital a través del intercambio, puede funcionar vinculando capital dinero por un lado y trabajadores-productores mercantilizados por el otro[257], pero fuera de las fábricas. Los capitalistas, o agentes del capital, serían a lo sumo, aquellos agentes administradores del crédito para producir, apropiarse o redistribuir plusvalía y valorizar capital, así como los organizadores del intercambio entre el capital productivo y el trabajo productivo, es decir, del capital o el trabajo que valoriza el capital y reproduce las condiciones del proceso capitalista. La situación extrema y paradójica estaría protagonizada por aquella relación social en que en un extremo estaría simplemente el crédito, aún el crédito perteneciente al Estado, o la sociedad en su conjunto, o a un grupo de trabajadores, y en el otro estarían los trabajadores produciendo según las orientaciones del mercado, transmitidas a través de las solicitudes de crédito. Si nos preguntamos hacia dónde irían los excedentes en el caso de que el capital crediticio estuviese en manos de los trabajadores, no sabríamos responder de otra manera que como responde el capital: hacia la producción de más capital, hacia la acumulación por la acumulación, hacia la inversión de todos los excedentes, aunque no quede nada para comer.

Junto a los capitalistas industriales, operando como grandes enclaves, nace paralelamente la más moderna relación del mercado capitalista: los capitalistas prestamistas por un lado, y los países poscoloniales o productores independien-

257 Desde mediados del recién pasado siglo XX se comienza a llamar la atención sobre la desaparición de propiedad y gestión en el capitalismo; véase al respecto: Maurice Zeitlin, *Propiedad y Control: La gran Corporación y la Clase Capitalista.* Sobre el nuevo fenómeno de un sector popular urbano y rural, diferente al obrero y al campesino, existen varios autores centroamericanos señalándolo con el nombre genérico de economía popular; véase al respecto: Aquiles Montoya: *La Nueva Economía Popular*, UCA Editores, San Salvador 1993.

tes por el otro; los primeros enriqueciéndose y los segundos endeudándose. La diferencia entre el capital comercial o usurario de la época anti-diluviana del capital y el actual capital de préstamos es que este último es conducido por capitales financieros o comerciantes integrados plenamente al sistema capitalista, donde el funcionamiento del mercado y el funcionamiento del capital van a la par. No importa aquí si los dueños del capital de préstamos son los mismos que los dueños del capital industrial o las grandes corporaciones, como lo ilustran Baran y Sweezy para el capitalismo monopolista. Lo que importa es el mecanismo por el cual el capital de préstamo se apropia del excedente generado en el mundo entero, no necesitando para ello controlar directamente la producción.

Siempre supimos que el intercambio entre capital y trabajo opera como crédito o adelanto que el empresario entrega al obrero en forma de salario, igual que hace con el resto de los costos de producción. Adelanto en el sentido de que se entrega dinero mucho antes de haber realizado la producción. Es el caso, a nivel internacional, de las relaciones entre el capital de préstamo con sede en la metrópolis y las naciones llamadas subdesarrolladas productoras de materias primas, no importando si el interlocutor local es el Estado, los empresarios nacionales o los propios trabajadores. La diferencia con este crédito o adelanto es que hoy se hace bajo la forma de compra de futuro a países, productores o a productores-trabajadores donde el capitalista no tiene a su cargo el proceso inmediato de producción y el productor menor o el trabajador-productor no se comporta como asalariado, sino como contratista.

La riqueza, en tanto medio de producción, y en tanto capital, ha tenido y tiene múltiples manifestaciones: tierra, esclavos, trigo, instrumentos de trabajo, mercancías, equipos, dinero, etc. Hoy, el dinero, además de medio de cambio, medio de pago, instrumento de cuenta y de atesoramiento, ha llegado a ser el equivalente general, no solamente de las mercancías, sino también del capital. El dinero se trasforma en capital productivo, en capital comercial, en capital bancario, en capital de préstamos, en capital financiero, en capital ficticio y en capital especulativo, independientemente que en última instancia tenga que recurrir a la forma productiva de capital para poder incrementarse o valorizarse. Poseer dinero es poseer todas las formas posibles de propiedad que se quiera, lo que permite la mayor de las versatilidades del intercambio, muchas veces sin que las propiedades físicas se muevan una pulgada. Y si por dinero entendemos también la titularidad de sumas registradas en los bancos o en las bolsas de valores, la intercambiabilidad de valores puede recorrerse a la velocidad de los impulsos informatizados y satelizados de las computadoras.

El dinero no solo llegó a ser el equivalente general de todas las mercancías que necesitaban intercambiarse y realizarse, sino que hoy ha llegado a ser también el equivalente general de todos los capitales. Por lo tanto, y al igual que ayer, la mercancía era la hija legítima del matrimonio capital-mercado; hoy, el dinero ha llegado a ser no solamente el hijo legítimo del mercado y del capital, sino el heredero de todas las riquezas de sus padres. El dinero ha logrado expresar no solamente el capital pasado y previamente acumulado, en tanto plusvalía histórica atesorada por quienes se apropian de la riqueza existente, sino que incluso, a través del capital de préstamos, sumas de riquezas futuras que todavía no se han producido.

Entre todas las criaturas del mercado y del capital, el dinero ha llegado a ser el principal objeto de intercambio y de competencia. En el umbral del siglo XXI, más del 95% de las transacciones mercantiles son monetarias[258]. Quien tiene el monopolio del dinero tiene el monopolio de todos los capitales y de todas las mercancías. En el mercado financiero, la compra-venta de dinero expresa el derecho de posesión exclusiva y excluyente de cualquier forma de capital, siempre y cuando se guarde la regla fundamental de tal derecho, como es el monopolio y la extracción de plusvalor o excedente.

Y lo que pasa con el pillaje imperial por parte de las grandes potencias bélicas, pasa con las grandes corporaciones bancarias. A través del crédito esquilman a todo el mundo diciéndoles que lo hacen para evitar que el dinero caiga en manos del narcotráfico o de gobiernos irresponsables que se endeudan sin tener capacidad de pago. Así inventan las burbujas financieras fabricadas por el capital bancario en contubernio con la Banca Central de un país todopoderoso como Estados Unidos o la misma Unión Europea; estos bancos-países, endeudan a todo el mundo, especulan con el aumento de los precios de una mercancías determinada como pueden ser los bienes inmobiliarios, luego venden sus acciones cuando se acerca el momento en que nadie puede pagar sus deudas, quedándose así con bienes y dinero. Si por alguna razón, algunas grandes empresas o algunos grandes bancos quiebran en el camino, llega la caballería de la Hacienda Pública y rescata a las rezagadas corporaciones. Por supuesto que el dinero no proviene de las reservas bancarias, sino de los contribuyentes y en nombre de los contribuyentes, diciéndoles que todo eso se hizo para evitar que éstos o los trabajadores salieran perjudicados.

258 Cfr: Michel Beaud, *L`économie mondiale dans les années 80*, Editorial La Découverte, Paris, 1989. Eric Toussaint, Le bateau ivre de la mondialisation, Arnaud Zacharie CADTM/Syllepse, Paris 2000.

Pero más allá del control monopólico del comercio y de la producción agrícola, minera o industrial, la mayor concentración del capital y su ejercicio hegemónico se lleva a cabo desde las cúpulas financieras. Más allá de los bancos, están los bancos centrales y sobre los bancos centrales se encuentra el gran banco central. Nos referimos al Banco de Pagos Internacionales (BPI), llamado el banco central de los bancos centrales. Este banco fue fundado por varios ministros de Hitler y otros ministros ingleses, y actualmente está conformado por 150 mega-corporaciones, aproximadamente, teniendo en su balance cientos de miles de millones de dólares y miles de toneladas de oro, desde donde se controla alrededor del 40% de la economía mundial. Como ha revelado una ex-asesora jurídica del Banco Mundial, la señora Karen Hudes, recientemente despedida (2013) por haber develado esta hidra financiera: *"Una organización internacional inmensamente poderosa de la cual la mayoría ni siquiera ha oído hablar, controla secretamente la emisión de dinero del mundo entero. Es el llamado Banco de Pagos Internacionales,* (el BPI, conocido como BIS por sus siglas en inglés: Bank for International Settements*) es el banco central de los bancos centrales. Está ubicado en Basilea, Suiza, pero tiene sucursales en Hong Kong y en Ciudad México. Es esencialmente un banco central del mundo no electo que tiene completa inmunidad en materia de impuestos y leyes internacionales (…) Hoy (2013), 58 bancos centrales a nivel mundial pertenecen al BPI, y tiene, con mucho, más poder en la economía de los Estados Unidos (o en la economía de cualquier país) que cualquier político. Cada dos meses, los banqueros se reúnen en Basilea para otra `Cumbre de Economía Mundial´. Durante estas reuniones, se toman decisiones que afectan a todo hombre, mujer y niño del planeta, y ninguno de nosotros tiene voz en lo que se decide. El Banco de Pagos Internacionales es una organización que fue fundada por la élite mundial, que opera en beneficio de la misma, y cuyo fin es ser una de las piedras angulares del venidero sistema financiero global unificado. Quieren que seamos todos esclavos de la deuda, quieren ver a todos nuestros gobiernos esclavos de la deuda, y quieren que todos nuestros políticos sean adictos a las gigantes contribuciones financieras que ellos canalizan en sus campañas. Como la élite también es dueña de todos los medios de información principales, esos medios nunca revelarán el secreto de que hay algo fundamentalmente errado en la manera en que funciona nuestro sistema*"[259].

Los tratados de libre expoliación

Situándonos en la relación que más nos interesa en este libro, como es la relación entre el capital internacional por un lado y la masa de trabajadores de todas

259 Karen Hudes, *Rusia Today*, 4 de marzo, 2014.

las categorías que habitan en la periferia del capitalismo por otro, es demasiado evidente, como veremos en los próximos capítulos, que son los millones de trabajadores del tercer mundo quienes producen las materias primas y la valorización de las mismas. Siendo evidente asimismo que todo el excedente de aquellos productos es apropiado por las empresas globalizadas, independientemente que participen o no directamente en el control del proceso productivo. Hoy, aunque la plusvalía se siga generando en el proceso inmediato de producción, es en la circulación donde se captura, por obra y gracia del crédito y del comercio mundial.

Los campesinos latinoamericanos productores de café poseen la tierra, alquilan el dinero y pagan sus intereses, alimentan a su familia y cortan el café para finalmente venderlo al precio de costo (costo de su miseria). Asimismo, es evidente la miseria en que viven estos campesinos productores de café, a pesar de llevar más de un siglo produciendo y vendiendo dicho producto, y quienes apenas perciben una suma para mal comer. Esta diferencia entre lo que se paga en el tercer mundo y lo que se gana en el primer mundo, es lo que explica la diferencia entre el nivel de vida de unos y otros países. Una familia campesina gana en un año lo mismo que gana el trabajador norteamericano o europeo, que menos gana, en una semana.

Muchas materias primas, como el café o los minerales, se siguen produciendo en el Tercer Mundo, pero su realización final se lleva a cabo en las metrópolis, lugar donde también se quedan los excedentes. Y lo que se dice del café o de los minerales se puede decir de las materias primas en general, las que son importadas a precios relativamente menores que los productos manufacturados que estas empobrecidas naciones importan de la metrópolis. La diferencia es que ahora, las mismas burguesías están padeciendo aquellas relaciones por ellas iniciadas, gracias al injusto comercio internacional entre naciones enriquecidas y naciones empobrecidas.

Y todo este mecanismo se garantiza a través de la imposición de tratados comerciales entre los gobiernos metropolitanos y los gobiernos semicoloniales. A través de estos tratados se impone el desmantelamiento de las barreras arancelarias, la privatización de los bienes públicos, la libre circulación de las mercancías, con excepción de la fuerza de trabajo. Es obvio que una vez firmados estos tratados será cada vez más difícil para un país tercermundista industrializar su economía, pues muchos de los productos alimenticios e industriales producidos en la metrópolis son subsidiados por el Estado, cosa que no pasa en los países empobrecidos por el mercado mundial.

Hoy, el mercado ha eliminado toda censura o valladar que anteriormente existía sobre el capital y sobre toda conducta humana: censura moral, censura económica, censura laboral, censura ecológica, etc. Todo se puede comprar, todo está en venta y todo negocio es permitido: armas, estupefacientes, guerras, tabaco, ron, cocaína, mujeres, niños, órganos del cuerpo humano, clientela comercial, bancaria, electoral o deportiva.

El final de toda mercancía es ser consumida o devorada por el sistema de mercado. Si ocurre, como es el caso, en que el reino del mercado la naturaleza y el ser humano mismo se convierten en mercancía, todos ellos tendrán que ser engullidos por el mercado. Hace un par de siglos, cuando el liberalismo económico no había aún logrado imponer la agenda del fundamentalismo mercantil, ni el fuego mercantil había alcanzado tanta destrucción ecológica, se gritaba: ¡Que nadie intervenga en el mercado para que los que tienen ventaja puedan intervenir a su gusto y antojo! Establecer, por ejemplo, el mercado libre de las medicinas para que las empresas trasnacionales, a través de sus patentes, puedan seguir ganando miles de millones de dólares, controlando y regulando el mercado de las vacunas contra el SIDA; aunque para gozar dicha libertad el mundo tenga que asistir impotente a la muerte por sida de 20 millones de africanos anualmente.

¡Derribemos todos los muros comerciales y fronteras internacionales! Rezan los dictados de Washington, aunque el gobierno de los Estados Unidos mantenga, contra la voluntad de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el bloqueo comercial contra Cuba en los últimos 50 años, así como el proteccionismo al interior de sus propias fronteras frente al desprotegido resto del mundo.

¡Que nadie intente explicar por qué un trabajador latinoamericano gana menos que un trabajador norteamericano, en condiciones en que ambos trabajan el mismo tiempo de trabajo y producen la misma cantidad de mercancías!

Un ejemplo irrebatible es el de los salarios pagados en las llamadas Zonas Francas situadas en Nicaragua, Costa Rica, México o Estados Unidos por cada hora laborada, independientemente que en los cuatro países se fabriquen la misma cantidad de pantalones blue jeans. Mientras que en Nicaragua se pagaba (2005) $0,50 centavos dólares la hora, en Costa Rica un poco más, en México un poco más y en Estados Unidos se paga $ 8 dólares la hora. Eso es lo que Marx llamaba plusvalía extraordinaria, pues el mismo *Blue Jean* se vende en el mercado mundial al precio de mayor costo, de lo contrario los fabricantes que pagan más no podría alcanzar ni siquiera el punto de equilibrio. Es así que los mismos em-

presarios metropolitanos operan en la periferia del sistema donde los costos son menores, fabricando más barato los mismos productos, vendiéndoles luego en la metrópolis donde los costos son más altos, quedándose así con una ganancia extraordinaria.

La liberalización del comercio, donde todas las barreras comerciales han sido arrasadas, ha mostrado a los capitalistas que en muchos casos es más cómodo recurrir a los mecanismos comerciales o de la explotación indirecta que a la explotación directa. Efectivamente, a través del comercio, nacional o internacional, todo parece más justo y menos riesgoso, evitándose todas las incomodidades de la fábrica, como huelgas, riesgos de sobreproducción, dificultades para una ciega acumulación que genera anarquía en la producción, etc.

A través del comercio mundial, si un comerciante no tiene garantizada la ganancia no compra, procura comprar lo más barato que pueda, puede pagar incluso por debajo de la canasta básica, pues no es responsable de la reproducción de la clase obrera.

A finales del siglo pasado y comienzos de este siglo, los Estados Unidos y Europa se han dedicado a presionar o chantajear a los gobiernos de los países de la periferia para que firmen tratados comerciales, por medio de los cuales las empresas metropolitanas y transnacionales se afincan en las economías firmantes de los tratados, donde encuentran el mejor de los mundos posibles: mano de obra barata, permisibilidad sin límites de ninguna especie, exención y exoneración tributaria, en fin, condiciones que no encuentran en sus países de origen. Como resultado de estos tratados internacionales, por ellos llamados tratados de libre comercio, se esfuman las posibilidades de los países atrasados para industrializar sus economías, pues es dificilísimo competir con las mercancías industrializadas de aquellos países.

2. El desplazamiento de las burguesías nacionales

En la historia del pensamiento marxista es usual señalar las diferentes etapas por las que ha atravesado el sistema capitalista. Hasta ahora se apuntan las siguientes: el capitalismo comercial y manufacturero, el capitalismo industrial (agrícola y fabril) y el capitalismo financiero.

Desde el punto de vista de la lucha de clases, el sistema capitalista aparecía como una lucha entre la burguesía y el proletariado industrial; sin embargo, con

las transformaciones del capitalismo, el rol de la burguesía ha venido siendo desplazado por los managers o ejecutivos de las grandes corporaciones. Las burguesías nacionales a su vez son desplazadas por las burguesías transnacionales.

Las burguesías administradoras y financieras

Desde el siglo antepasado Engels mostraba las tendencias del capitalismo y llamaba la atención sobre el carácter superfluo de la burguesía y la necesidad de la revolución proletaria. Refiriéndose al último momento de la revolución capitalista, apunta: "*Reconocimiento parcial del carácter social de las fuerzas productivas, arrancándolas a los propios capitalistas. Apropiación de los grandes organismos de producción y de transporte, primero por sociedades anónimas, luego por trust, y más tarde por el Estado. La burguesía se revela como una clase superflua; todas sus funciones sociales son ejecutadas ahora por empleados a sueldo*"[260].

Hoy, sobre todo en los países industrializados, los ejecutivos de las corporaciones y los brókers (intermediarios financieros o corredores de bolsa) tienen mucho más poder e influencia que muchos de los otrora llamados capitanes de industria, es decir, los capitalistas o propietarios de la industria, pudiendo afirmarse que además están más cercanos a la forma peyorativa que muchas veces usamos para referirnos a los empresarios.

En este sentido, suenan pertinentes las palabras de Marx en el prólogo a la primera edición de El Capital, refiriéndose a los capitalistas, no solamente a los que les va mal, sino también a los que les va bien, cuando señala: "*Un par de palabras para evitar posibles equívocos. En esta obra, las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas, ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las personas en cuanto a personificación de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase. Quien como yo concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico-natural, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas*"[261]

260 Clase obrera y socialismo han estado identificados en prácticamente todos los pensadores socialistas: Babeuf, Proudhon, Blanqui, Blanc, Saint Simon, Fourrier, Owen, Bray, Gray, Weitling, Hess, etc., etc. El campesinado, con excepción del pensamiento anarquista y de algunos precursores del socialismo, ha estado menos presente en cuanto a su identidad con la revolución socialista. Véase: G.D.H. Cole, *Historia del Pensamiento Socialista*, tomo I, Fondo de Cultura Económica, México 1980.

261 Carlos Marx, Prólogo a la Primera Edición de El Capital, op.cit., pág. XI.

El mismo Marx señala la tendencia a la desaparición del burgués como autor directo en el funcionamiento del sistema capitalista. Como resultante del papel del crédito en la producción capitalista y de la formación subsecuente de las sociedades anónimas afirma: *"Transformación del capitalista realmente activo en un gerente, administrador de capital ajeno, y de los propietarios de capital en simples propietarios, en simples capitalistas de dinero. Aun cuando los dividendos que perciben incluyan el interés y el beneficio de empresario, esta ganancia total solo se percibe ahora en forma de interés, es decir, como simple remuneración de la propiedad del capital, separada por entero de la función que desempeña en el proceso real de reproducción, lo mismo que esta función se halla separada, en la persona del gerente, de la propiedad del capital"*[262].

Durante el siglo antepasado, aparece el capital financiero como el capital hegemónico por excelencia: "*Llamo capital financiero,* dice Hilferding*, al capital bancario, esto es, capital en forma de dinero, que de este modo se transforma realmente en capital industrial*"[263].

Poco a poco el crédito se revela como el principal instrumento de extracción de plusvalía y la burguesía bancaria o financiera la gran concentradora de toda la plusvalía acumulada por la humanidad en su historia capitalista. *"El capital bancario,* sigue diciendo Hilferding*, fue la negación del capital usurero y es negado a su vez por el capital financiero. El capital financiero es la síntesis del capital usurero y del capital bancario, y, como éstos, aunque en un grado infinitamente superior del desarrollo económico, se apropia de los frutos de la producción social*"[264].

En el siglo XX fuimos testigos de un acelerado proceso de expansión del capitalismo a nivel mundial; la reconversión de las naciones capitalistas en países imperialistas, conductores del proceso expansionista del capital; la concentración y fusión de grandes conglomerados industriales y bancarios; el fortalecimiento del Estado como regulador o asimilador de las crisis; la sustitución de la burguesía por managers y burócratas, el desarrollo del proletariado y auge de la revolución socialista. Hoy en día, asistimos a un trastrocamiento radical de dicho proceso: contracción del Estado de Bienestar, colapso del socialismo de Estado, globalización y desmantelamiento de los Estados Nacionales en Europa y el tercer mun-

262 Carlos Marx, *El Capital*, op.cit., t.III, capítulo XXVII, pág. 455.
262 Rudolf Hilferding, *El Capital Financiero*, Tecnos, Madrid, 1985, p.249.
264 Ibíd., pág. 249.

do, reprivatización de las empresas estatales, preponderancia de las empresas transnacionales sobre los Estados, desmercantilización de la fuerza de trabajo y desintegración del proletariado por la vía del desempleo y el avance del trabajo por cuenta propia, y sobre todo expansión sin precedentes del crédito como forma intermediaria de valorización del capital y de la producción de plusvalía.

La desaparición del burgués nacional clásico, en tanto propietario de industrias y responsable del proceso inmediato de producción, así como su sustitución por el gerente acumulador o por el súper-burgués de las grandes corporaciones industriales o financieras, han estado ligadas a la aparición de las sociedades anónimas, al proceso de transnacionalización del capital, e igualmente al desarrollo del crédito o al rol del capital ficticio.

Las transformaciones del capitalismo en los últimos tiempos han sido también analizadas a lo largo del siglo XX por economistas marxistas y no marxistas, entre ellos Berle y Means, Schumpeter, Sombart, por un lado, y Baran y Sweezy, Harry Magdoff, Ernest Mandel, Charles Bettelheim, Maurice Dobb, por otro lado, entre otros[265]. Igualmente ha sido suficientemente señalada la asociación que existe entre las grandes corporaciones y la nueva clase capitalista, especialmente en la disociación entre la propiedad y el control del proceso de acumulación o del funcionamiento del capitalismo[266].

En relación al carácter superfluo de la burguesía observamos dos tendencias.

La primera es la tendencia hacia la desaparición de los burgueses en tanto capitanes de industria, sustituidos efectivamente por los gerentes de las corporaciones; la segunda es pasar a hacerse cargo de funciones menores o secundarias en la conducción del proceso industrial, refugiándose en actividades menos rentables o de mayor riesgo, convirtiéndose en agentes de las grandes empresas y confundiéndose con labores encomendadas a los gerentes, funcionarios o trabajadores asalariados, desintegrándose y perdiendo las funciones o la identidad que anteriormente tenían como clase gestora y dominante del proceso.

El grueso de los excedentes es captado por la súper-burguesía o los súper-gerentes de las grandes empresas transnacionales, por los banqueros que admi-

265 Véase: Paul M. Sweezy, *Teoría del Desarrollo Capitalista*; Maurice Dobb, Economía Política y Capitalismo.

266 Véase: Maurice Zeitlin, *Propiedad y Control: La Gran Corporación y la Clase Capitalista*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1974.

nistran el crédito o por los millones de ahorrantes o accionistas diseminados en todo el planeta. El ahorro forzado, sobre todo en los países periféricos, se ha puesto a la orden del día para que el capital imperial pueda continuar su carrera de producción incesante de plusvalía, incluso prescindiendo del burgués local en tanto productor o empresario.

El conocimiento sobre el desplazamiento de la burguesía no es reciente y aparece pintado claramente desde mediados del siglo XIX. Veamos lo que dice Engels al respecto: "*Así como las crisis revelan la incapacidad de la burguesía para seguir rigiendo las fuerzas productivas modernas, la transformación de las grandes empresas de producción y transporte en sociedades anónimas, trust y en propiedad del Estado demuestra que la burguesía no es ya indispensable para el desempeño de estas funciones. Hoy, las funciones sociales del capitalista corren a cargo de empleados a sueldo, y toda la actividad social de aquél se reduce a cobrar sus rentas, cortar sus cupones y jugar en la Bolsa, donde los capitalistas de toda clase se arrebatan unos a otros sus capitales. Y si antes el modo capitalista de producción desplazaba a los obreros, ahora desplaza también a los capitalistas, arrinconándolos, igual que a los obreros, entre la población sobrante; aunque por ahora todavía no en el ejército industrial de reserva*."[267]

En todo este escenario, el capital por excelencia se reduce cada vez más a capital dinero almacenado en los bancos en oro, dólares o cifras adjudicadas, como dinero de reserva, respaldo mercantil o como dinero de crédito. Hoy, el dinero contante y sonante se ha convertido en la condición general de la producción y la acumulación. Ciertamente tiene un precio, expresado en la tasa de interés, pero solo se puede valorizar encaminándose y encarnándose en y hacia la producción, es decir, hacia lo que actualmente se llama economía real. El desfase entre la velocidad de centralización y rotación del capital dinero por la vía de los flujos bursátiles y financieros, así como por la expansión del crédito en busca de valorización o acumulación del capital en su conjunto, y la velocidad de inversión, producción y realización de las mercancías y del capital en general, desemboca cada vez más en crisis financieras, seguidas de prácticas tributarias de los gobiernos, prácticas monopólicas de las empresas transnacionales, y prácticas especulativas y destructivas de capital real. Proceso que salta a la vista en el caso de las crisis financieras e industriales padecidas a finales del siglo recién pasado

267 Federico Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, en Marx-Engels, Obras Escogidas, tomo II, op.cit., págs. 146.

(XX) por varias economías y países, con el consiguiente proceso de quiebras de empresas y desempleo masivo de burgueses y proletarios respectivamente[268].

Siendo el capital-dinero el que hoy hegemoniza la conducción del sistema capitalista, es decir, la condición necesaria para sobrevivir en función de incrementar la producción y valorización del capital, para adquirir medios de producción o adelantar bienes salariales, y habiéndose instituido el crédito como el mecanismo universal de la disposición y distribución monetaria, resulta factible que el sistema capitalista pueda sobrevivir sin una parte significativa de burgueses y obreros asalariados. En otras palabras, el capitalista, dueño del dinero y responsable de la gestión de crédito, bien podría ser un banco comunitario perteneciente al municipio o al Estado, una caja rural perteneciente a los propios trabajadores o productores, o una sociedad anónima de crédito perteneciente a millones de ciudadanos accionistas. Por el otro lado, el proletario bien podría ser un campesino, artesano o pequeño productor, a quien se le adelanta el dinero para adquirir los alimentos, los instrumentos de trabajo y los insumos para producir mercancías, plus-trabajo y por lo tanto capital, logrando que organice por sí solo y a través del mercado la transferencia de excedentes vía el comercio y los intereses.

Esta situación no es nueva en la historia del capitalismo y ha sido conocida por los economistas desde el siglo XVIII, a juzgar por el siguiente texto de David Ricardo: *"En todas las naciones prósperas existe un cierto número de individuos que forman lo que llamamos la clase adinerada, estas personas no se dedican a ninguna industria, sino que viven del interés de su dinero, que utilizan para descontar documentos, o en préstamos concedidos a los sectores más industriosos de la comunidad. Los banqueros también utilizan enormes masas de capital con el mismo objeto. El capital así empleado constituye un capital circulante de considerable cuantía, y se usa, en mayor o menor proporción, en todas las actividades de un país. Acaso no hay ningún fabricante, por rico que sea, que limite sus negocios hasta el nivel de sus disponibilidades particulares: siempre recurre en cierta proporción a dicho capital flotante en cantidad mayor o menor según lo requiera la demanda de sus productos*"[269].

La diferencia consiste entre otras cosas en el peso mayoritario adquirido por la masa circulante de dinero en relación a la masa circulante de mercancías materiales, en la preferencia escogida por los capitalistas para valorizar su capital y

268 Véase: Eric Toussaint, Le Bateau Ivre de la mondialisation, obra citada.
268 David Ricardo, *Principios política y tributación*, Editorial Hemisferio, México, 1977, pág. 67-68.

centralizar riqueza, así como en las secuelas de la liberalidad y desenfreno del crédito para cogestionar y congestionar la economía.

Las burguesías de Estado

La desvinculación productiva de las clases dominantes parece corresponder a la etapa parasitaria de todo sistema económico, en donde el capital-dinero utilizado como préstamo funciona como su principal mecanismo de enriquecimiento. El fenómeno del parasitismo no ha pasado desapercibido para los pensadores del capitalismo internacional. Ya Hobson en su Estudio sobre el Imperialismo, texto mentor de los estudios marxistas sobre el imperialismo, señalaba a propósito de la expansión capitalista: *"Ya hemos apuntado la posibilidad de que los Estados occidentales constituyeran una alianza de aún mayores proporciones, una federación europea de grandes potencias que, lejos de beneficiar la causa de la civilización mundial, introdujeran en el planeta el gigantesco peligro de una parasitismo del Oeste. Un grupo de naciones industrializadas desarrolladas, regido por sus clases superiores, que extraerían enormes tributos de Asia y África, con los cuales mantendrían grandes masas de servidores, que ya no se dedicarían a las actividades básicas de la agricultura o la industria, sino a las propias de los criados o de la industria de menor importancia, siempre bajo el control de una nueva aristocracia financiera (...) En cualquier caso, tanto si consideramos el imperialismo a escala internacional como si lo vemos dentro de los límites de la política de Gran Bretaña, nos encontramos con muchas cosas que recuerdan enormemente al imperialismo de Roma. Uno de los rasgos más distintivos de la Roma imperial de la última época fue la aparición de una aristocracia prestamista, integrada por hombres activos y sin escrúpulos procedentes de diversas naciones, que se las arreglaban para situarse en los altos cargos de la administración del Estado, jefes políticos o aventureros militares que habían triunfado con sus actividades como usureros, amanuenses o directores de la policía en las provincias. Esta aristocracia crecía constantemente con los funcionarios que llegaban de las provincias imperiales y con los millonarios de las colonias. Las grandes fortunas amasadas con la corrupción en los cargos públicos, los tributos públicos, la usura y los sueldos oficiales en las diferentes provincias no dejaron de tener repercusiones en Italia. Ya no se solicitaba italianos para trabajar la tierra, ni las manufacturas, ni siquiera para el servicio militar. Las últimas compañas del Rhin y del Danubio, se ha dicho, fueron en realidad cacerías de esclavos a una escala gigantesca*"[270].

270 J.A. Hobson, *Estudio del Imperialismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág. 329.

Esta situación es la que nos hace pensar que el capitalismo se está convirtiendo en un modo de producción tributario, donde las burguesías financieras recogen y amasan las ganancias previamente producidas, además de cobrar al Estado los subsidios por operaciones que son cada vez menos rentables, productivamente hablando. Y son los contribuyentes con su tributo o impuesto quien paga esos subsidios a las burguesías financieras; el rescate bancario no es otra cosa que la tributación a un modo de producción cada vez más parasitario.

Otro ejemplo de una burguesía no propietaria serían los ejecutivos de las grandes firmas y los burócratas de las empresas públicas. Para el caso de los países socialistas, Bettelheim solía llamarles burguesía de Estado. Incluso podríamos adelantar que toda forma de gestión colectiva, como suele suceder en las sociedades anónimas laborales o en las cooperativas, mientras vivan bajo la hegemonía de las leyes del mercado capitalista, los socios y los administradores en general harán el papel de burguesía, pues tales funciones son funciones invisiblemente delegadas por el capital hegemónico, agrícola, industrial, comercial o bancario.

Pero hay algo más. Si la burguesía ha pasado de ser una clase que revolucionó la producción a través de la industria, la robotización, la informática, las comunicaciones, en tanto clase dominante, también es una clase que se ha vuelto cada día más parasitaria, fraudulenta, estafadora y corrupta. Y como si eso fuera poco, utiliza cada vez más la guerra de rapiña para competir y enriquecer a los vencedores de la gran competencia. Su último número, sin embargo, es la organización no de más sociedades anónimas o clandestinas, sino de verdaderas mafias internacionales, traficantes de drogas y mujeres. Han asaltado al Estado y lo han desmantelado como institución que garantiza la seguridad ciudadana. Hoy el narcotráfico ofrece mayor seguridad a cambio de extorsión, pero a diferencia de ayer, vive en la completa impunidad, pues tiene subordinada a grandes segmentos de los viejos aparatos judiciales. No tiene más ley que la fuerza y el miedo, más fortuna o negocio más jugoso que el crimen organizado. Si los neoliberales desmantelaron los Estados-naciones, el narcotráfico y el crimen organizado se ha tomado sus retazos, reorganizándolo a su manera, sin miedo y sin censura moral de ninguna especie.

3. El proletariado por cuenta propia

Si la burguesía tiende a abandonar la gestión directa de los medios de producción, eso no quiere decir que el proletariado ha desaparecido como clase explotada generadora de plusvalía. El mismo tiende a reproducirse como proletariado

por cuenta propia, responsable, como decía Marx de su propia explotación. El proletariado por cuenta propia genera plusvalor, el que es apropiado por los capitalistas comerciales en la circulación de los circuitos del sistema.

Todo parece indicar que asistimos a una situación donde el mercado capitalista, tal como fue pintado por el marxismo, acusa ciertos límites, no solamente debido a las crisis financieras o al sub-consumo, sino también porque no tiene cómo seguir empleando a su gallina de los huevos de oro, es decir, al proletariado industrial, tal como fue descrito en El Capital de Marx; en parte porque las crisis financieras impiden seguir produciendo sin poder vender, en parte por el enorme incremento de la productividad y su creciente desempleo de recursos y mano de obra. Y un sistema económico de explotación que no es capaz ni siquiera de mantener o reproducir a sus esclavos está condenado a morir.[271]

En este capítulo nos interesa interrogarnos sobre la forma que adquiere la explotación en condiciones donde el intercambio generalizado no se da a través del intercambio directo entre burgueses y proletarios o entre empresarios y obreros; es decir, en una economía donde la mayoría de los trabajadores son trabajadores-productores por cuenta propia.

La economía política marxista nos entregó la teoría de la explotación partiendo del intercambio directo entre el capitalista y la fuerza de trabajo, por medio del cual el primero, comprando fuerza de trabajo y vendiendo el trabajo generado, se enriquecía, al mismo tiempo que se empobrecía el segundo, explicación también conocida como teoría de la plusvalía.

¿Pero qué pasa cuando la competencia o el enfrentamiento se generalizan fuera del proceso inmediato de producción, es decir, a través del mercado de bienes y servicios, o de capitales?

La teoría internacional del intercambio desigual, como explicamos en los últimos capítulos (apéndices 1 y 2), avanzó bastante el debate, como una explicación de las relaciones entre naciones ricas y naciones pobres, pero no ha pasado lo mismo a nivel de los intercambios locales.

271 Sobre la concepción marxista del ejército industrial de reserva, véase: Carlos Marx, *El Capita*l, op.cit., t-1, sección VII, capítulo XXIII, apartado 3 y 4, págs. 573-591.

Los límites de las relaciones salariales de producción

El capitalismo sucede al sistema mercantil y adquiere su madurez cuando se mercantiliza la fuerza de trabajo y el sistema se polariza entre empresarios industriales o propietarios capitalistas, por un lado, y obreros o asalariados de la industria, por otro. Actualmente y debido entre otras cosas a la concentración y globalización del capital, la producción parece independizarse del control de los propietarios-empresarios y de la otrora poderosa clase obrera, siendo sustituidos por gerentes por un lado y trabajadores por cuenta propia por otro. En cuanto a la forma de extraer excedentes el sistema mundial adquiere el perfil del enriquecimiento colonial donde unos pocos países o castas se enriquecían a costa de una gran masa colonizada que producía bienes para ser comercializados a la metrópoli, sin que necesariamente se haya instalado en los países coloniales o neocoloniales relaciones capitalistas de producción. En otras palabras, los países de la periferia están subordinados al mercado capitalista mundial, pero no producen necesariamente bajo relaciones salariales de producción; por otro lado, aunque lo hagan, los capitalistas nacionales no se quedan con todos los excedentes, siéndoles difícil por tanto desarrollar el mercado interno o masa solvente capaz de consumir productos nacionales manufacturados. Estos países se han vuelto países compradores de productos industriales y vendedores de materias primas, en parte porque su mercado de realización de mercancías siempre estuvo fuera de sus fronteras.

Por otro lado, asistimos a una gran migración de trabajadores de países periféricos hacia los centros coloniales, debido en gran parte a que no encuentran empleo en sus respectivos países de procedencia. El capital instalado en los países postcoloniales ya no necesita tanta mano de obra, pues su productividad es suficiente para producir lo que está contratado vender. Es bueno recordar que hoy la economía se ha vuelto en gran parte una economía de contratos, es decir, se produce bajo contrato. Los enclaves o empresas de Zona Franca están limitados en su producción por los contratos que consiguen en la metrópolis, por ende, apenas ocupan un reducido número de obreros. En Centroamérica, por ejemplo, en los últimos 25 años de instalación de estas empresas la contratación de mano de obra local es igual a la fuerza de trabajo que anualmente se incorpora al mercado de trabajo. Pues bien, uno de los resultados de esta desocupación, ha llevado a los desempleados a buscar su propio empleo, bajo una forma de autoempleo.

En el actual sistema económico conviven el mercado y varias formas de capital, desde el capital productivo-industrial, comercial, bancario, financiero, rentista, es-

peculativo, sin que tengan necesariamente que existir relaciones capitalistas o formas asalariadas o de subordinación directa del trabajo al capital. A medida que los trabajadores asalariados y los capitanes de industria disminuyen, aumentan los llamados trabajadores por cuenta propia o pequeños productores mercantiles. Nos acercamos a un sistema donde la extracción principal de los excedentes se lleva a cabo a través de las transacciones o intercambios comerciales, más que a través de la relación directa entre el capital y el trabajo, tanto a nivel internacional como a nivel nacional. Por eso parece más propio hablar de mercado capitalista que de modo de producción capitalista. Aquí en la periferia no existe un proceso de acumulación ampliado, aunque las empresas transnacionales sí mantengan un proceso ampliado de apropiación de excedentes históricamente producidos. El capital se está centralizando, las tasas de ganancia aumentan más que el crecimiento de la producción y de los ingresos nacionales, como muestra Piketty en su libro sobre el Capital en el siglo XXI.

Fuera del ámbito del proceso inmediato de producción, el mercado es, algo más que el lugar donde compradores y vendedores intercambian mercancías para satisfacer sus mutuas necesidades. El mercado realmente existente es toda relación de compra-venta que conmina a quienes se enfrentan a disputarse el excedente económico generado en beneficio propio y en detrimento del otro; es un campo de batalla regido por la ley de la competencia, la habilidad y la permisibilidad absoluta, donde se intercambia todo lo habido y por haber. Comprar barato y vender caro sigue siendo la clave del negocio, misterio que unos explican aduciendo que la mercancía solo muestra su valor total cuando llega a su destino final, sumándosele en el camino más valor que el inicial, de tal manera que quien controla la última estación de dicho viaje, es el que obtiene la mayor parte de su valor. Para otros, la explicación reside en que el primer comprador compró la mercancía a un valor inferior del que objetivamente cuesta, vendiéndola luego a su valor real, lo que lleva a la interrogante de saber cuál es ese valor real.

El marxismo, conoció y previó en su análisis, una situación donde el aumento de productividad del capital, generaba un excedente laboral, bautizado por Marx como *ejército industrial de reserva*; es decir, un ejército de desempleados que contribuirían a bajar los salarios, funcionando a la vez como una reserva para momentos posteriores.

Realmente, la migración o exportación de mano de obra de la periferia hacia el centro es una muestra del funcionamiento de nuestros desempleados como un ejército industrial de reserva del capitalismo metropolitano; sin embargo, la mayor

cantidad de fuerza de trabajo desempleada no emigra necesariamente, sino que se queda en nuestros países buscando como subsistir bajo su propio esfuerzo. Los países que no logran convertirse en países emergentes profundizan su empobrecimiento, albergando poblaciones empobrecidas que sobrepasan los dos mil quinientos millones de personas, es decir, la tercera parte de la humanidad, al mismo tiempo que no más del 1% de las familias más adineradas controlan la mayor parte de la riqueza mundial.

El proletariado por cuenta propia en las naciones proletarizadas

Si en el apartado anterior hablamos de la transformación o incluso de la sustitución de la burguesía, como capitanes de industria, por los gerentes corporativos, no es porque creamos que ya desapareció el capitalismo. El lector se preguntará, en primer lugar, si ese fenómeno también se aplica a los países periféricos y en segundo lugar si la transformación de la burguesía acarrea la desaparición del proletariado. Ahora nos concentraremos en la forma sui-géneris que adquiere la proletarización en nuestras naciones proletarizadas.

Ya se ha señalado, incluso para los países capitalistas industriales, el fenómeno de la exclusión de la clase obrera de los centros de trabajo, generada por la programación, automatización y globalización del capital, donde su composición orgánica ha llegado a sus límites y el capitalismo parece tomar una pausa en su valorización productiva, dedicándose a centralizar capitales, apropiándose plusvalía previamente producida a través de mecanismos crediticios, especulativos o parasitarios.

Muchos trabajos han estado mostrando, desde hace más de cincuenta años, la desaparición paulatina del proletariado en los países industrializados[272]. En un ensayo reciente, nosotros mismos describimos este fenómeno que denominamos como la desmercantilización de la fuerza de trabajo, refiriéndonos a un desempleo cada vez más masivo y excluyente, y que ahora intentamos probar que se trata más bien de una especie de reproletarización de la fuerza de trabajo bajo la apariencia de la desmercantilización, conviviendo con las formas tradicionales del

272 Véase: A. Gortz, *Adieu au Proletariat, Au delà du socialisme*, Edition Galillé, Paris 1980. Rudolf Barho, La alternativa (Contribución a la crítica del socialismo realmente existente), Editorial Alianza, Madrid, 1977. Eugenio del Río: Ha muerto la clase obrera, Editorial Revolución, Madrid, 1989.

273 Véase, La Metamorfosis del Sistema Capitalista y la Alteración de los Supuestos de la Emancipación, en: Orlando Núñez, La Economía Popular, Asociativa y Autogestionaria, tercera edición, CIPRES, Managua 2000.

capitalismo asalariado[273].

En los análisis que se hicieron mientras se preparaba la insurrección sandinista contra el régimen somocista se señalaba el carácter semi-proletario de la formación social nicaragüense: *"El peso fundamental de la economía nicaragüense descansa sobre la producción agropecuaria. La producción agropecuaria se descompone a su vez en dos sectores complementarios como son: a) un sector capitalista desarrollado (producción de plusvalía) y b) un sector mercantil subdesarrollado (producción de fuerza de trabajo). El primero especializado en producir mercancías para el mercado mundial (algodón, azúcar, café), y el segundo especializado en la producción de mercancías para el mercado interno (arroz, frijol, maíz), así como mano de obra para el otro sector. El requerimiento de mano de obra para los cultivos de exportación se efectúa fundamentalmente en el lapso que va de noviembre a febrero, mientras que el resto del año se utiliza para que aquellos obreros-campesinos vuelvan a sus parcelas para reproducirse o sobrevivir por su cuenta mientras llega la zafra de nuevo. Si es así, habría que preguntarse ¿Cómo hace dicha fuerza de trabajo para reproducirse en el tiempo (9 meses) en que está fuera del lugar de trabajo asalariado? Se podría pensar que regresan a sus parcelas de origen y ahí se dedican a sembrar productos de consumo, o pasan a las ciudades (migración urbana) donde obtienen empleos informales (...) Este proceso que acabamos de describir ocurre todos los años, lo que lleva a la clase trabajadora a sufrir de forma estructural un proceso de proletarización-desproletarización, o mejor dicho, una forma peculiar de proletarización del modelo capitalista agro-exportador*".[274] Hoy podríamos decir, un proceso de mercantilización y de desmercantilización, pero en forma indirecta, ya que aún como campesinos o cuentapropistas, su fuerza de trabajo es considerada una mercancía que vale lo que cuesta producirla, ya sea que su compra-venta se lleve a cabo directamente por un salario o a través de la compra-venta indirecta a través del intercambio comercial, es decir, cambiando sus mercancías por dinero a precios que implican un intercambio desigual.

En el mismo trabajo se cita un texto de Marx, donde éste señala: *"Del mismo modo que el trabajo del obrero individual se desdobla en trabajo necesario y trabajo sobrante, el trabajo en conjunto de la clase obrera puede dividirse también de tal modo que la parte que produce el conjunto de los medios de subsistencia para la*

274 Orlando Núñez Soto, *El Somocismo y el Modelo Capitalista Agroexportador*, Publicación Universitaria, Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua, UNAN, Managua 1978.

clase obrera realice el trabajo necesario para toda la sociedad. El trabajo ejecutado por la parte restante de la clase obrera puede considerarse como trabajo sobrante. Nos encontramos también con que unos, socialmente hablando, ejecutan solamente trabajo necesario mientras que otros solo ejecutan trabajo sobrante y a la inversa. Es simplemente la división del trabajo establecido entre ellos".[275] Dicho de otra manera, los campesinos producen los bienes de subsistencia, trabajo necesario, mientras los obreros asalariados, total o parcialmente, sean o no los mismos campesinos en otro momento, producen el trabajo sobrante. En ambos casos, por tanto podemos y debemos hablar de proletariado.

Con la revolución sandinista, y después de la reforma agraria y urbana, gran parte de los trabajadores pasaron por un proceso de propietarización, función que se fortaleció con la desocupación masiva producida por las medidas neoliberales y la conversión posterior de la masa trabajadora en trabajadores marginales en cuentapropistas. Este proceso de propietarización de la fuerza de trabajo se ha fortalecido enormemente debido a la insolvencia económica de los empresarios productivos por causa de los desfavorables precios de intercambio con el mercado externo. Últimamente, los grandes y medianos empresarios, quienes producen bajo la lógica del costo-beneficio, se han retirado de algunas actividades productivas, dejando el campo libre para ser organizado por productores-trabajadores capaces de laborar o producir sin salario y sin ganancia, nos referimos a los productores campesinos, los pescadores, artesanos y pequeños comerciantes, responsables de la producción de materias primas para la agro-exportación o para mantener a la clase trabajadora de la agroexportación (café, cacao, ajonjolí, otros).

El proletario por cuenta propia es un trabajador que posee medios de producción y por lo tanto no tiene un patrón, pero tampoco tiene asalariados a su cargo; es, pues, un trabajador-productor que vive de su trabajo. Produce mercancías, pero también produce plusvalía, es decir, trabajo excedente que utiliza para reproducirse, por lo cual decimos que es un proletario, en el sentido marxista del término.

Recordemos que un proletario, recibe un adelanto (pago futuro del valor que producirá) por parte de su patrón, equivalente a la sobrevivencia, es decir, al tiempo de trabajo socialmente necesario para mantenerse precariamente como prole, entregando a cambio el sobre-trabajo o excedente expresado en las mercancías entregadas a su patrón. Esta misma relación de compra-venta, en este caso mediada por el mercado, aparece entre los compradores de fuerza de trabajo ajena, pero

275 Ibíd., p.59.

a través de la compra de mercancías que encierran un valor mayor que el que se necesita para la reproducción de nuestro trabajador mercantil; éste, al igual que el proletario asalariado, no tiene otra cosa que vender que su fuerza de trabajo, pero convertida en mercancía, y no tiene otra cosa que intercambiar más que su trabajo encarnado en mercancías a precios subvalorados. Este productor es mucho más proletarizado que el proletario asalariado, no solamente porque entrega su fuerza de trabajo sin horario y sin salario, sino porque entrega además la fuerza de trabajo de su familia, tanto en labores de reproducción como en labores productivas.

El término proletariado proviene del latín romano y significa prole o descendencia. Se denominaba así a la gente más empobrecida que no tenía otra cosa que entregar al poder que sus hijos para el servicio militar. Posteriormente, al inicio del capitalismo se denominó proletario al que no tenía otra cosa que vender que no fuera su fuerza de trabajo, pero en forma directa. Sin embargo, como nos esforzamos en explicar aquí, la misma fuerza de trabajo puede venderse en forma indirecta, a través de la producción de una mercancía y de un precio de la misma que apenas permite reproducir la prole.

De acuerdo a esta explicación, deberíamos de denominar como unidad proletaria a toda unidad familiar en la que sus miembros sobreviven gracias a su trabajo, ya sea como asalariados o como productores mercantiles, es decir, vendedores de mercancías para su sobrevivencia.

A diferencia del proletario asalariado, no recibe el ingreso hasta que las mercancías por él producidas hayan sido realizadas en la primera transacción o incluso en posteriores transacciones; en otras palabras, no tiene garantía de un ingreso, y si los precios son desfavorables no recibe nada a cambio. A diferencia del proletario asalariado, no goza de ninguna prestación social por parte de la empresa o del Estado, teniendo que arreglárselas por sí solo para reproducirse o para reproducir a su prole. A diferencia del proletario asalariado, tampoco goza de las ventajas de la división técnica del trabajo al interior de una fábrica, ni de la oportunidad de una vida asociada con sus compañeros de infortunio, que le permita aumentar su productividad u organizarse y movilizarse colectivamente.

Se parece más bien al campesino o artesano del modo de producción tributario (asiático o azteca) de los viejos tiempos, obligado a entregarle a un poder despótico, en este caso invisible, un tributo, regulado ayer por la costumbre y hoy por las leyes del mercado, equivalente a todo lo que produzca, salvo lo estrictamente necesario para seguir produciendo estacionariamente en condiciones miserables.

El equivalente al contrato de trabajo que antaño ataba al obrero al patrón es ahora sustituido por el contrato de crédito para trabajar. La vieja relación se trastoca y aparece ahora como una relación entre deudores y acreedores; todos obligados a acrecentar el dinero; todos ellos actuando como piezas conscientes de una máquina de hacer dinero; unos obligados a colocar dinero como préstamo a riesgo de perecer, otros obligados a comprometerse a pagar el precio del dinero, produciendo lo que el contrato estipule.

En el imperialismo o globalización, el capitalista individual y el proletario como clase quedan invisibilizados, al menos sociológicamente. La mano invisible del mercado sigue guiando el intercambio de valores y la mano cada vez más visible del capital seguirá guiando la transferencia de valores, sin que medie la concreta relación de burgueses y proletarios asalariados al interior de una fábrica. Si hablamos de capitalismo, al menos desde el punto de vista económico, es porque se mantienen las relaciones que definen su naturaleza, a saber, el monopolio de las condiciones de la producción, en este caso el dinero como crédito, una transferencia de valores en medio de intercambios de valores igualados por el capital, y un proceso económico condicionado por la producción generalizada de mercancías, plusvalía y capital. En cuanto a la anarquía en la producción, las crisis de realización, la quiebra de empresas, la centralización del capital, el desempleo y la miseria, la brecha creciente entre ricos y pobres, no son más que las mismas características que tuvo el capitalismo desde su nacimiento, y por lo tanto no desvirtúan su naturaleza, identidad o definición.

Si seguimos hablando de proletarios es porque existe una masa de trabajadores por cuenta propia, productores de mercancías, quienes reciben estrictamente lo mínimo para reproducirse y cuyos excedentes producidos son transferidos al capitalista vía el intercambio mercantil.

Hasta ahora siempre se ha hablado de la explotación del trabajo por el capital, concretamente del capital productivo sobre los trabajadores asalariados, a los que se conocían con el nombre de proletariado. Sin embargo, ahora, durante la globalización del capitalismo y su impacto sobre el desempleo, los trabajadores han recurrido al autoempleo, sumándose así a los grupos de campesinos, artesanos o pescadores que no pudieron ser absorbidos por el capital productivo. Se trata de lo que anteriormente denominamos trabajadores-productores, productores-trabajadores o trabajadores por cuenta propia.

En este contexto, las dificultades para visibilizar o entender la estafa emprendida

bajo relaciones capitalistas de producción, advertida hace dos siglos por el análisis de la producción de plusvalía, serán mucho mayores a la hora de visibilizar la estafa en las transacciones entre mercancías, es decir, fuera del proceso inmediato de producción. En el mercado todos aparecemos mucho más libres e iguales de lo que realmente somos, no solamente en términos políticos o morales, sino también en términos económicos. En el mercado capitalista, el dinero vale igual para todos, aunque la diferencia cuantitativa del mismo permita que el que posea más dinero pueda lograr en una transacción mercantil quedarse con una parte o con todo el dinero del otro.

En otras palabras y sin negar la existencia del capitalismo, afirmamos que la explotación no se limita al mecanismo que prima en las relaciones capitalistas de producción, sino que las mismas pueden darse a través del mercado, es decir, fuera de las fábricas, como tendremos ocasión de ilustrar a propósito de la producción-exportación de bienes del tercer mundo, gran parte de la cual está en manos de pequeños campesinos. Nos preguntamos, entonces, cómo se lleva a cabo la explotación en el reino estricto del mercado y cuál sería en consecuencia la estrategia alternativa frente al mismo.

Actualmente la relación entre capital y trabajo ya no aparece escenificada exclusivamente por capitalistas industriales y obreros asalariados, sino que se expresa por poseedores de capital-dinero que no tienen propiedad ni control productivo alguno sobre cualquier medio de producción, por un lado, y trabajadores por cuenta propia por otro, quienes siendo dueños de sus medios de producción, siguen subordinados indirectamente a un intercambio mercantil donde quienes poseen y adelantan el dinero se apropian a través de la fijación de los precios de los excedentes generados por aquéllos. Cuando Marx estudió las condiciones de la producción capitalista en Inglaterra se encontró con una forma de producción pre-capitalista que se conocía como Domestic System o sistema doméstico de producción, donde un empresario adelantaba a un responsable de trabajo materias primas y dinero a condición de que produjera un conjunto de bienes para él; algo que todavía pasa en muchos lugares. Pero ahora estamos hablando de un fenómeno parecido, aunque en pleno desarrollo del capitalismo, tanto a nivel nacional como internacional.

Aquí estamos hablando de una subordinación indirecta del trabajo al capital. No se trata, pues, de lo que Marx llamó subsunción formal (plusvalía absoluta) o subsunción real (plusvalía relativa), sino de una subordinación que se realiza a través del mercado, es decir, fuera del taller o de la fábrica, pero dentro de una formación

social plenamente capitalista. La subordinación del trabajo por el capital puede darse ahí donde ni siquiera existan relaciones salariales. Un ejemplo, señalado por el propio Marx, fue la subordinación de la fuerza de trabajo esclavista en los campos algodoneros estadounidenses, donde los esclavos trabajaban para un esclavista que tenía el compromiso de entregar algodón a las fábricas textileras. Es obvio que no se trataba de un modo de producción esclavista, sino de un modo de producción capitalista, pero bajo relaciones laborales esclavistas. Lo mismo puede decirse de los campesinos de los países periféricos que producen y venden bienes a un capitalista local, nacional o extranjero, pero donde el proceso de producción es administrado directamente por estos campesinos o productores mercantiles. La experiencia centroamericana de los enclaves bananeros es un buen ejemplo donde un productor mercantil simple o un campesino producían bananos para la United Fruit Company, relación que suele estar mediada a través de relaciones comerciales, tanto al interior de una nación como a través del comercio internacional.

Es tradición en la economía política definir el capital como una relación social entre poseedores y desposeídos y al capitalismo como una relación de explotación entre capitalistas y proletarios en su expresión de patronos y obreros respectivamente. Nos interesa sobremanera remarcar y diferenciar el carácter sustantivo o económico del carácter sociopolítico de los sujetos que encarnan la relación capital y trabajo. Los explotadores o poseedores pueden ser los primeros capitalistas comerciantes, dueños de mercancías comerciales, transportes y almacenes; o los ulteriores capitalistas industriales, dueños de las fábricas o de empresas agropecuarias; o los modernos capitalistas financieros, dueños de bancos y corporaciones; o los capitalistas anónimos e invisibles, dueños del dinero o del control del crédito en las sociedades corporativas, hasta llegar a los agentes (gerentes) económicos que no poseen propiedad alguna, pero administran el proceso de acumulación del capital.

Por su parte, los explotados o desposeídos de su trabajo pueden ser los trabajadores a domicilio del primitivo Domestic System inglés, o los asalariados productores de plusvalía absoluta a través de la llamada subsunción formal del trabajo por el capital, o los modernos asalariados productores de plusvalía relativa de la llamada subsunción real del trabajo por el capital en las empresas tecnificadas hasta llegar, hoy, a los últimos proletarios del sistema: los trabajadores por cuenta propia, productores de plusvalía en forma indirecta, produciendo con sus propios medios de producción y entregando el plusvalor a través de las relaciones comerciales y crediticias del mercado al que se subordinan.

En esta sección lo que nos interesa es el surgimiento en nuestros países de un productor-trabajador que hace las veces del proletariado moderno y cuyo número aumenta día a día. Cuando creíamos que el proletariado, es decir, el obrero industrial o el trabajador asalariado, no tenía nada que perder más que sus cadenas, y cuando pensábamos que la explotación del mercado y el monopolio capitalista no tenían otra forma visible de extraer excedentes más que a través del trabajo asalariado, aparece una nueva forma de extracción de excedentes, plus-trabajo o plusvalía, como es el intercambio puramente mercantil entre el capital-dinero por un lado y los trabajadores por cuenta propia por otro, intercambio que implica la previa expulsión de los trabajadores asalariados del sistema. Es decir, una forma de extracción de excedentes donde se invisibiliza aún más la explotación y por tanto la dictadura del mercado, el monopolio de unos y la exclusión de otros.

Adam Smith señalaba que el principio de la acumulación capitalista residía en el trabajo asalariado productor de mercancías. Para los fundadores de la economía clásica (Smith, Ricardo, Marx) el trabajo asalariado es por excelencia la forma propia del trabajo en un régimen de producción capitalista. Dicho sea de paso, el proletariado, entendido como la clase obrera o trabajadores asalariados de la industria, había sido hasta ahora, y desde los albores del pensamiento socialista, la clase que supuestamente representaba al sujeto colectivo y explotado en el interior del capitalismo, así como el sujeto revolucionario y redentor de la sociedad de la misma manera que el burgués en tanto patrón industrial había sido señalado como el capitalista por excelencia. Desde entonces y en cada momento del desarrollo capitalista, las discusiones se suceden sin cesar sobre lo que debe entenderse por burgués o por proletario, asalariado productivo o no productivo, sujeto revolucionario desde el punto de vista político, económico o histórico; todo ello encaminado a definir la estrategia para reformar, revolucionar o sustituir al capitalismo y enrumbarse hacia el socialismo, etc. Hoy, sin embargo, la revolución capitalista del dinero y el monopolio del efectivo, parecen haberle sonado la campana a burgueses propietarios y obreros asalariados. Los primeros dejan de ser imprescindibles para la gestión de la industria, los segundos deberán engrosar las filas de los desempleados y convertirse en proletarios por cuenta propia, en autoexplotados por un capital que ellos mismos tienen que gestionar.

Se trata de cientos de miles de trabajadores existentes en prácticamente todo el Tercer Mundo y que en algunos países constituyen el 80% de la fuerza laboral total y controlan el 60% de la tierra, el 70% de la producción de divisas y el 90% de la producción de alimentos en general; productores de materias primas

como café, ajonjolí (sésamo), tabaco, caña de azúcar, crianza de ganado, banano, soya, es decir productos que no son consumidos por estos campesinos o trabajadores mercantiles, sino que se producen exclusivamente para venderse al mercado mundial[276].

Algunos de estos productores mercantiles son considerados productores medianos en la escala nacional, otros son considerados pequeños productores mercantiles, otros son considerados campesinos. La diferencia entre un productor mercantil simple y un campesino es que el primero produce para vender y vive de la venta de su producción, mientras que el campesino consume una parte de su producción y vende otra parte.

Estos productos se venden al costo de producción, es decir, a precios insignificantes, puesto que en estos países la parcela de tierra, la fuerza de trabajo familiar, la comida, los servicios de salud y educación, son tan bajos o no tienen precio ni valor alguno, porque son prácticamente inexistentes. Las familias campesinas mercantilizadas no se pagan salarios ni tienen escuela o centros de salud en sus comunidades, pudiendo decirse que constituyen sin lugar a duda la mano de obra más barata que ha existido en la historia de la explotación. Estos mismos productos son comprados por intermediarios urbanos, exportadores nacionales o importadores internacionales, a un precio que equivale al costo de producción de los mismos. Esto se da independientemente del costo real (en sentido social, ecológico y económico) del suelo que se deteriora día a día, del salario que no se paga, de la fuerza de trabajo que no se reproduce ni siquiera en forma simple, de las tasas de interés usurarias que el campesinado paga por alquilar el dinero para poder producir. Como todos sabemos, tales mercancías se venden y se compran posteriormente en el mercado mundial al precio relativo al resto de mercancías en un mercado completamente globalizado.

En su momento iniciamos una discusión sobre las posibilidades de sostenimiento o desarrollo de aquellas economías a las que estábamos apoyando, así como a la justeza de los precios en el mercado internacional. A pesar de que estos productos son irreductibles, es decir, que la gran mayoría de los mismos no podría producirse en cualquier parte del mundo, nos preguntamos qué pasaría si esos mismos productos fuesen producidos en Nueva York o en Berlín. Fácilmente sabemos que si sumamos allá el precio de la materia prima, la renta de la tierra, las

276 Estos datos corresponden a la situación de Nicaragua. Véase: Orlando Núñez Soto, *La estructura socioeconómica heredada*, en: *La Economía Popular*, op.cit., p.31.

herramientas utilizadas y sobre todo el precio de la mano de obra, el costo y por ende el precio, resultaría inmensamente superior, aún sin tomar en cuenta la ganancia media que los capitalistas agregan a los costos de producción. De manera que aunque estos productos sean producidos en el tercer mundo, el hecho de venderse en los países industrializados, es decir, en la plaza o mercado de destino, ocasiona que sus precios alcancen sumas exorbitantes y que el excedente sea apropiado por los empresarios del norte.

Vemos, por lo tanto, que esta relación, establecida entre el capital dinero y el trabajo por cuenta propia, es una relación capitalista, aunque no esté mediada por la relación patrón-asalariado: un capital dinero comprando un producto al precio del costo de producción de la fuerza de trabajo, más el costo del escaso capital invertido por la familia campesina, luego, vendiendo el mismo producto por su valor en el mercado final, quedándose con una ganancia explicada en gran parte por la plusvalía producida por los trabajadores rurales del tercer mundo. Es decir, exactamente igual como si fuera un proletario o trabajador asalariado explotado por un capitalista directo.

Esta constatación nos impone responder a la siguiente interrogante: si la mayoría de los campesinos nicaragüenses, centroamericanos o tercermundistas, tienen un pedazo de tierra debido a la masificación de la reforma agraria o a cualquier otra circunstancia, si la mayoría de los trabajadores urbanos tienen un pequeño negocio productivo o comercial, si la mayoría de los ciudadanos o trabajadores poseen medios de producción y por lo tanto ya no son explotados en forma asalariada por patronos capitalistas, si miles de pequeños productores y cooperativas se encaminan a comercializar y hasta exportar sus productos al mercado europeo y norteamericano, si estamos hablando de trabajadores libres que ni siquiera necesitan alquilar por día su fuerza de trabajo, pues poseen medios de producción y por lo tanto tienen igual derecho que cualquier productor mercantil capitalista para comprar y vender sus bienes, ¿por qué entonces se incrementa la miseria en el seno de estos productores por cuenta propia?

La respuesta para nosotros no podría ser otra que una hemorrágica transferencia de valores a través del intercambio entre los productores-trabajadores y el moderno capital comercial-bancario, tanto a nivel nacional como internacional, que impide que los productores-trabajadores accedan al producto de su trabajo, debido precisamente a las reglas del mercado, es decir, a la existencia de monopolios a lo largo de la cadena o del ciclo de producción, y a la imposición dictatorial de sus precios. En este caso el monopolio no es sobre la tierra, ni sobre los instrumentos

de producción, sino sobre el dinero -que por adelantado necesita el campesino para comprar insumos y bienes alimenticios para mientras siembra y cosecha-, así como sobre el mercado de venta: dinero adelantado mientras se realiza el producto, dinero para comprar el producto, procesarlo o empacarlo, transportarlo, almacenarlo, distribuirlo, venderlo. Si las familias campesinas tuvieran este dinero obtendrían mayores y mejores precios.

Marx, llega incluso a afirmar que el capital usurario y el capital comercial son también apropiadores de plusvalía: "*El capital usurario, en la medida que adelanta dinero a los productores directos y obtiene enormes intereses expolia al productor directo, y estos intereses, sea cual sea su monto, no constituyen más que otro nombre de la plusvalía. Transforma su dinero en capital, de hecho, arrancándole al productor directo trabajo impago, plustrabajo. Pero no se inmiscuye en el proceso mismo de producción, el cual, hoy como ayer, se desenvuelve al margen de él, a la manera tradicional (...) Otro ejemplo es el del capital comercial, por cuanto hace pedidos a una serie de productores directos, reúne luego sus productos y los vende; al actuar de esta suerte puede también adelantarles la materia prima, etc., e incluso dinero*"[277].

Ahora bien, esta situación lejos de ser pasajera, transitoria, marginal o parcial, mientras maduraban las relaciones salariales, como pensaba Marx, más bien parece ser el destino de las nuevas relaciones de trabajo en un capitalismo que recupera los viejos vicios del capitalismo primitivo. En el caso de muchas materias primas, dichos productos son producidos en su mayor parte por familias campesinas, es decir, por trabajadores por cuenta propia, por ende el interés de los acreedores e importadores metropolitanos está en bajar los precios de compra de tales productos, bajando con ello el costo de la mano de obra y subiendo por ende las ganancias. A este propósito señalaba Marx: "*El capital a interés o capital usurario, para emplear el término arcaico, figura con su hermano gemelo, el capital comercial, entre las formas antediluvianas del capital que preceden desde muy lejos al régimen de producción capitalista y con las que nos encontramos en las más diversas formaciones económicas de la sociedad (...) El capital usurario como forma característica del capital a interés corresponde a la fase de predominio de la pequeña producción, a la fase de los campesinos que trabajan para sí mismos y de los pequeños maestros artesanos (...) Hemos visto que las dos formas más antiguas del capital son el capital comercial y el capital a interés. Pero es lógico que el capital a interés se revele a la mentalidad popular como la forma*

277 Carlos Marx, *El Capital*, Capítulo Sexto (inédito), Siglo XXI, México, 1979, p.58.

del capital por excelencia. El capital comercial entraña una actividad mediadora, ya se la conciba como estafa, como trabajo o como quiera que sea. En cambio, el capital a interés lleva implícito en toda su pureza, como una cualidad misteriosa, el carácter del capital que se reproduce a sí mismo, del valor que se valoriza, la producción de plusvalía"[278].

La existencia y actualidad de este proletariado no ha pasado desapercibida para los pensadores marxistas contemporáneos, y parece corresponder al fenómeno del capitalismo periférico productor de materias primas para el mercado mundial. Al respecto declara Samir Amín: "*Uno se contenta demasiado a menudo buscando la relación capitalista en la escala "microeconómica", la de la empresa. Si esta relación aparece casi siempre evidente en el capitalismo central, no ocurre lo mismo en el capitalismo periférico. Aquí la apariencia puede ser por ejemplo la de un modo de pequeño comerciante integrado en el mercado capitalista. Pero detrás de esta apariencia inmediata se esconde la dominación del capital sobre el productor directo. Este no es un pequeño productor comercial, y no es la ley del valor en su forma simple la que determina el precio de su producto. En realidad se parece al proletario que trabaja a domicilio, como antes existía en Europa, explotado por un capital al que en realidad no vendía su producto, sino su fuerza de trabajo. No ver que en este caso es la venta de la fuerza de trabajo la que dirige el sistema, significa no comprender la unidad del sistema mundial, sustituirlo una vez más por una yuxtaposición de modos de producción diferentes, simplemente ligados entre ellos, permanecer en la óptica del 'dualismo'. Hay quizás una excusa para la persistencia de esta visión 'dualista' a la que nosotros oponemos la de la unidad del sistema mundial. Es que en realidad esta unidad es muy reciente. Es cierto que los orígenes del sistema mundial se remontan a los comienzos del mercantilismo, hace cuatro siglos: es cierto, también, que la contribución de este sistema ha sido considerablemente acelerada por el imperialismo a partir de fines del siglo pasado. Sin embargo, el proceso de transformación de las relaciones entre el modo capitalista y los otros modos de producción en el origen de las relaciones 'episódicas' y 'marginales', en el advenimiento de las relaciones de dominación que han alterado radicalmente los modos no capitalistas, ha reducido esas relaciones a una simple forma: una cáscara cuyo contenido se ha convertido después en una relación de venta de la fuerza de trabajo. Ese proceso, lento al comienzo se ha acelerado recientemente. Quizás en los años 30 los productores de la periferia eran en su mayoría pequeños productores comerciales. Estamos*

278 Carlos Marx, *El Capital*, tomo 3, op.cit. pp.607-622.

persuadidos que no lo son más y que hoy están en gran medida proletarizados, son vendedores, aunque indirectos, de su fuerza de trabajo. Mil hechos sociales lo prueban cada día. De este desfasaje entre la realidad de hoy y una imagen que sigue estando en la de ayer, surgen importantes errores en la estrategia política"[279].

Creemos, al igual que Samir Amín, que en este sentido el mercado está logrando interpretar uno de sus más espectaculares números como prestidigitador: excluir, desaparecer o invisibilizar del campo de juego a sus principales contendientes, separar a capitalistas y trabajadores, a empresarios y asalariados, multiplicando y confundiendo en la muchedumbre de la democracia capitalista al comerciante especulador de su vieja historia, y entrenando a los trabajadores a que se exploten a sí mismos; administrando directamente el capital como trabajadores manuales del machete o la computadora; como pequeños productores o trabajadores por cuenta propia, trabajando de sol a luna para entregar al comerciante el tributo milenario, como sacrificio al último de los divinos déspotas; como administrador que desplazando al antiguo gestor capitalista se encarga de valorizar sin poseer el bien más preciado del mercado: el capital, que se apresta a ensayar su salto mortal en el terreno del comercio y de la bolsa: concentrar cada vez más la totalidad de la riqueza terrenal hasta que no quede más que un dueño en cada rubro.

Al igual que ayer y como lo dijo Engels: *"El comercio degenera cada vez más en estafa. La opresión violenta cede el puesto a la corrupción, y la espada, como principal palanca del poder social, es sustituida por el dinero*"[280].

Ahora bien, si desde el punto de vista económico afirmamos que el régimen de producción capitalista nace como una particular combinación de capital y mercado, y, según Marx, desde el punto de vista social este régimen de producción alcanza su madurez a través de la relación capital-trabajo asalariado, cómo se explica o se compatibiliza entonces la desintegración de la clase obrera y la aparición progresiva de una masa mayoritaria, al menos en el Tercer Mundo, de trabajadores por cuenta propia.

¿Querrá decir esto que el capitalismo ha desaparecido, que se ha transformado en otra cosa, o que solamente ha cambiado de forma y mantiene su naturaleza

279 Samir Amín, ¿*Cómo funciona el capitalismo*? El intercambio desigual y la ley del valor, Siglo XXI editores, México, 1985, págs. 24-25.

280 Federico Engels, Del socialismo utópico al socialismo científico, op.cit., pág. 117

.

histórica? Lo que sabemos es que al modo de producción capitalista pueden subordinarse diferentes y variadas relaciones de producción: esclavistas, asalariadas o formas de trabajo por cuenta propia; de tal manera que ni siquiera la generalización de las formas asalariadas son imprescindibles para el funcionamiento del sistema, tal como observamos a propósito del fenómeno contemporáneo de la desmercantilización de la fuerza de trabajo asalariado, tanto en el capitalismo central como en el periférico.

Capítulo VI

SOCIALIZACIÓN Y DESMERCANTILIZACIÓN

Socializar la economía significa varias cosas a la vez. En primer lugar, significa trasladar la propiedad privada individual de los medios de producción de los empresarios capitalistas a manos del Estado, para ser administrados en función de los intereses de la sociedad. En segundo lugar, existe un nivel menor de socialización en la medida en que los colectivos de trabajadores o cooperativas de productores gestionan medios de producción en forma asociativa. En tercer lugar, podemos hablar de socialización cuando los ingresos o presupuestos públicos, producto de regalías, impuestos o empréstitos, se distribuyen gratuitamente a la población.

Socializar el capital es parte de la desmercantilización en la medida que el propio capital es una mercancía, la que una vez socializada comienza a desmercantilizarse, pues la misma no se compra ni se vende. Ahora bien, un medio puede dejar de ser una mercancía, como es el caso de una empresa estatal, pues no se vende ni se compra, pero puede que el mismo siga produciendo mercancías, ya sea para venderlas al exterior o para vendérselas a la población nacional.

Otra forma de desmercantilización aparece cuando ciertos bienes o servicios son ofrecidos gratuitamente a los pobladores y son de acceso universal, como pasa con algunos alimentos, los servicios públicos de salud, educación, o bienes de uso común como las carreteras o los parques.

Una tercera forma de desmercantilización ocurre cuando la fuerza de trabajo deja de ser una mercancía, pues no se alquila sino que trabaja por cuenta propia, pero en la medida que produzca mercancías sigue bajo la hegemonía del mercado.

La desmercantilización total deja de existir cuando los bienes y servicios producidos son de acceso libre y universal y, en el caso de los trabajadores, cuando el tiempo de trabajo es insignificantemente menor que el tiempo libre o tiempo disponible para toda la clase trabajadora.

A esta altura del trabajo y tratándose de diferenciar la socialización del capital de la desmercantilización de la economía, habría que someter al análisis la posibilidad de continuar con el proceso de desmercantilización iniciado desde el capitalismo a través del sector público, pasando por las experiencias socialistas pre-

viamente estudiadas, incluyendo además experiencias todavía no analizadas en este trabajo, como son los regímenes socialistas mixtos escandinavos donde se mezcla el mercado, la planificación y la democracia, o como son las experiencias en marcha de la llamada economía social compuesta por unidades económicas en manos de trabajadores-productores.

Igual que otros pensadores, vamos a partir de la mercancía. Si el tema es el capitalismo, es lógico que la categoría más importante sea el capital, independientemente de cómo la defina cada una de las escuelas. Pero si se habla del mercado, no cabe duda que el concepto más importante seguirá siendo la mercancía en general, incluyendo, por supuesto todas las formas o variantes señaladas anteriormente.

Todas las corrientes económicas coinciden en que una mercancía, para ser tal, debe tener un valor de uso, de lo contrario nadie podría venderla o comprarla, así como un valor de cambio, de lo contrario no sabríamos como intercambiarla por otra. Vamos a suponer, asimismo, que estamos de acuerdo en la maternidad de la naturaleza y en la paternidad del trabajo para crear las mercancías y que toda mercancía tiene que ser producida como tal, es decir, producida para ser vendida, para lo cual se necesita el concurso del trabajo social, acumulado o vivo, donde toda mercancía es producida por muchas personas, momento en que la división de trabajo o la producción social ya está bastante desarrollada.

Ahora vamos a responder sobre la posibilidad de socializar el capital y desmercantilizar la economía, es decir, la posibilidad de que el capital y el mercado puedan desaparecer, afirmación que seguramente generará mucho escepticismo.

1. Socializar el capital y desmercantilizar la economía

Ya vimos que puede desaparecer el capital como forma de explotación, pero eso no significa que desaparezca el mercado. Sabemos también que mientras el mercado exista, nacional o mundialmente, siempre existirán las posibilidades de que el capital recupere sus fueros perdidos.

Como señalamos anteriormente, uno de los motivos, académicos y políticos, de este libro, ha sido el tratar de desentrañar la dificultad del capitalismo para crecer sin generar desigualdades, así como la dificultad del socialismo para reducir o eliminar las desigualdades sin sacrificar el crecimiento. Por lo tanto, sobre todo después del diagnóstico de la fallida experiencia socialista, nos interesa indagar

por qué el mercado logró revertir el proceso de socialización de las economías y de las sociedades socialistas. Y nuestra principal hipótesis es que se pensó que socializando el capital, tarea necesaria, dicho sea de paso, sería suficiente para abandonar definitivamente la tendencia del mercado a mercantilizar todo lo que encuentre a su paso. En todo caso, como hemos analizado y seguiremos analizando, la desmercantilización del capital no fue suficiente, debido a diferentes razones que señalaremos posteriormente.

Existe una lucha entre la mercantilización y la desmercantilización, la que se expresó como una lucha entre empresas estatales y empresas privadas capitalistas, entre el sector público y el sector privado, entre la planificación y la autorregulación del mercado, en fin, entre el socialismo y el mercado. Sin embargo, las experiencias y discusiones entre el capitalismo y el socialismo giraban más alrededor de quién poseía los bienes de capital, que sobre la desmercantilización de la economía. Hoy en día, el debate parece más claro en la medida en que las dos posiciones, capitalistas y socialistas, aparecen enfrentadas alrededor del mercado. Se dice que las economías capitalistas son economías donde rige el libre mercado y además el mercado abierto; mientras que el socialismo aparece como un régimen de economía planificada, regulando el mercado y progresivamente toda la economía y la sociedad; resguardado de la competencia de los capitales extranjeros.

En principio, la solución estaría en avanzar simultáneamente enfrentando el capital, en tanto que relación social de explotación y enfrentando el mercado, aunque no de cualquier manera, puesto que, como hemos venido señalando, el mercado, sigue siendo un adversario del cual el socialismo no se puede desprender fácilmente.

Teóricamente, desmercantilizar la economía capitalista implica desmercantilizar el capital, desmercantilizar la fuerza de trabajo y desmercantilizar los bienes de consumo masivo. En el socialismo realmente existente, se empezó desmercantilizando el capital o, lo que sería lo mismo, sustraer al mercado la mercantilización de los bienes de capital. Efectivamente, cuando los bienes de capital pasan a manos del sector público, existe la posibilidad de que una vez fuera de la influencia de los empresarios privados, el mismo pueda administrarse en forma planificada. El regulador consciente de la economía estatal decide cómo extraer los excedentes, cuánto ahorrar y cuánto y donde reinvertir o acumular; asimismo decide cuánto destinar al sector I (bienes de capital), cuánto destinar al sector II

(bienes de consumo), incluso cuánto destinar al sector III (bienes de lujo). Hasta aquí apenas nos movemos en la experiencia.

Ya sabemos que sustraerle al mercado su principal mercancía, la mercancía-capital, la que a partir de entonces ya no será objeto de compra-venta, es debilitar el funcionamiento autónomo o auto-regulado del mercado. Igualmente, sabemos que sustraerle al capital su compulsiva tendencia a mercantilizar todos los medios que encuentre a su paso, es, asimismo, debilitar el capital, en tanto que relación social de explotación o de producción de excedente. No hemos dicho que en manos del Estado las fuerzas productivas no sigan funcionando como capital, en tanto que relación social de explotación, puesto que sigue asalariando fuerza de trabajo, pero en la medida que los asalariados o un gobierno que los represente, sean quienes le dicten su conducta, ritmo y destino, en esa medida se va convirtiendo más en riqueza material al servicio de sus nuevos amos, los trabajadores y pobladores asociados. Un capital socializado puede decidir, en la medida de su productividad, desmercantilizar la mercancía-fuerza de trabajo y/o desmercantilizar la mercancía-bienes de uso.

Claro está que sin una democracia del trabajo, toda decisión competirá con las opciones de los demás agentes de la producción, el intercambio y el consumo, reproduciendo así la anarquía y el descontento. En este sentido, ese capital socializado, estará obligado a cambiar las decisiones espontáneas por las decisiones democráticamente planificadas; esto último se vuelve ahora más fácil que antes, en parte por la presencia de la informática y la computación.

Antes de continuar con el razonamiento y con las posibilidades de que un capital socializado contribuya a desmercantilizar el resto de mercancías, es justo que mientras el socialismo siga siendo un socialismo nacional, es decir, limitado a sus propias fronteras y por tanto obligado a competir en el marco del capitalismo mundial, serán las reglas del capitalismo mundial las que le dicten en gran parte su comportamiento. Y dada la interdependencia entre los distintos capitales situados en todas las naciones del mundo entero, nuestro capital socializado y administrado por unas tantas miles de unidades productivas al interior de su propia nación, aparecerá comportándose igual como si estuviera actuando en una sociedad capitalista en la cual tiene que competir. Esta situación se convierte en la principal contradicción y limitación a las que estará sometido el capital nacionalmente socializado. Una comparación más sencilla puede ayudar a entender tal situación. Me refiero a las diferentes unidades familiares, donde reinan relaciones sociales más socialistas incluso que en las mismas sociedades socialis-

tas, relaciones de cooperación y solidaridad, pero que al estar rodeadas, enmarcadas, cercadas por un entorno de mercado, las mismas tienen que funcionar como unidades mercantiles de competencia y por tanto regidas por las reglas del mercado. Fuera del hogar, cada unidad económica familiar es una unidad económica en competencia con el resto de unidades económicas familiares.

La otra limitación a la que estará sometido el capital socializado tiene que ver con las expectativas de la población trabajadora y consumidora al interior de su propio país, sabiendo asimismo que las expectativas y conductas de las familias y los consumidores en general se desenvuelven en una red social de plena interdependencia y co-dependencia con el resto del mundo. No es por casualidad que los capitales nacionales, sean éstos administrados por regímenes capitalistas o por regímenes socialistas, se desempeñan mejor al interior de regiones o federaciones donde puedan paliar la competencia y anarquía mundial que genera el capitalismo-imperialismo. Ese fue el caso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas o del llamado campo socialista. Ese es el caso de la Unión Europea. Ese es el caso de los bloques comerciales hoy en día implementados por diferentes países. Tanto así, que el funcionamiento global está siendo atravesado por el funcionamiento de bloques regionales en Asia, África, Europa y América. Tampoco es casualidad que aquellos países con grandes contingentes poblacionales tengan la posibilidad, siempre y cuando privilegien su mercado interno, de sortear mejor la competencia generada por la globalización, tal es el caso de los países emergentes, los que además combinan cada vez más la planificación con la información que les brinda el mercado nacional e internacional.

Vamos a continuar esta discusión preguntándonos, primeramente, si es, al menos, teóricamente hablando, posible la desaparición del capital y la desaparición del mercado. El capital entendido como relación social de explotación y forma hasta ahora utilizada por las economías para ahorrar y crecer, siendo además la principal mercancía del mercado. El mercado, a su vez, entendido como intercambio de mercancías, lo que implica la desaparición de las mercancías mismas: la mercancía-capital, la mercancía-fuerza de trabajo y la mercancía-bienes de consumo, aunque no los medios de producción, ni la fuerza de trabajo, ni los bienes de consumo.

Sobre la desaparición del capital y del mercado

El capital se define como un medio de producción que se valoriza (riqueza material) y en el capitalismo dicha valorización se hace a través de una relación

social de explotación (riqueza social). Un terreno, un camión o una herramienta, por ejemplo, es un medio de producción y por tanto riqueza material que puede producir riqueza material, pero en la medida que la tierra o la fábrica sirve para explotar a un conjunto de trabajadores, se convierte en capital, en riqueza generada por un sinnúmero de trabajadores que establecen indirectamente relaciones sociales, pero a través del intercambio mercantil. Igualmente, al desaparecer las relaciones mercantiles, aquellos medios de producción dejan de ser capital en sentido social, para convertirse en medios de producción.

En el libro anterior estudiamos algunas experiencias, sobre todo socialistas, donde el capital en tanto que riqueza social o relación social de explotación, se socializó y en parte se desmercantilizó parcialmente. Asimismo, constatamos que la socialización o desmercantilización parcial del capital no necesariamente fue acompañado totalmente por una desmercantilización de la economía; más aún, señalamos que una de los tropiezos de los regímenes socialistas del siglo pasado fue precisamente haberse precipitado en desmercantilizar algunos bienes, sin tomar en cuenta su precio de costo o las categorías mercantiles.

Abaratar el precio de la mano de obra y de los bienes y servicios que necesita y desea, a través de lo que se conoce como salario social, es como crear una burbuja social, donde el precio de los bienes seleccionados es ficticio. A la larga, si los precios de estos bienes están depreciados a favor de la clase trabajadora, pues no tienen una contrapartida real (trabajo socialmente necesario), llegará un momento en que los mismos bienes comenzarán a escasear.

Estamos conscientes que desmercantilizar la economía es eliminar la naturaleza mercantil de los bienes y servicios y en última instancia eliminar el mercado. Es decir, cuando las mercancías, o mejor dicho los bienes y servicios, dejan de ser mercancías. Para esto empezaremos preguntándonos, en primer lugar, cuándo una mercancía deja de ser tal. Una primera respuesta, en la que creo estaríamos de acuerdo, es que una mercancía deja de ser tal cuando no tiene utilidad para nadie, cuando nadie está dispuesto a comprarla, por lo tanto nadie podría venderla. Una piedra encontrada en el camino sin valor de uso para alguien sería un bien que no tiene el carácter de mercancía; es decir, no tendría ni valor de uso ni valor de cambio, por lo tanto tampoco tendría precio alguno.

Preguntémonos, en segundo lugar, cuándo un bien útil, necesitado por todos no funciona como mercancía. Una primera respuesta, es que un bien útil no aparece como mercancía cuando todos tienen libre acceso a él, sin necesidad de entregar

dinero u otra mercancía para adquirirlo, cuando nadie tiene que comprarlo para acceder a él y por lo tanto nadie podría venderlo, pues todo el mundo podría poseerlo. Utilicemos, en este caso, el ejemplo del aire. Efectivamente, el aire es una de las cosas más útiles para la vida, pero como se encuentra abundantemente y ha sido considerado, hasta ahora, como propiedad de todos, no hay necesidad de comprarlo ni posibilidad alguna para venderlo, salvo en el caso de que para disponer del mismo requiera de algún costo de producción o trabajo incorporado para adquirirlo.

Hasta aquí podríamos afirmar que la mercancía es un bien útil y limitado, elaborado por el trabajo humano con el propósito de intercambiarlo por dinero, con el objetivo de adquirir otra mercancía; siendo, entonces, el trabajo humano el que confiere valor a un producto mercantilizable. Algunos autores se niegan a considerar el suelo y las personas como mercancías, porque señalan que no han sido producidas por el hombre, llamándolas mercancías ficticias; sin embargo, es evidente que un trabajador, esclavo o asalariado tiene un costo y por tanto se necesita del trabajo para producirlo, tanto para sus familiares como para la sociedad; lo mismo pasa con el suelo, una vez que se convierte en medio de producción, al habérsele incorporado insumos o nutrientes artificiales, accesos de comunicación, costos de transacción, impuestos, deviene una mercancía por el trabajo o costo requeridos para producirlos.[281].

Supongamos que estamos de acuerdo con el argumento marxista que parte de que el valor de una mercancía depende del trabajo socialmente necesario para producirla. El trabajo social o socialmente necesario requerido por un producto implica que tal producto es producido por muchos trabajadores y además que es producido para el consumo de otros. Para Marx, un trabajo que no sea social, como el de un trabajador que trabaja para su autoconsumo, no tiene valor y por lo tanto no es considerado como mercancía. De ello se infiere que no basta con que un objeto tenga utilidad o que sea producto del trabajo para ser mercancía, sino que tiene que tener valor, es decir, ser objeto de trabajo social, producto del trabajo de muchos trabajadores y además ser producido para otros, es decir, para un consumo ajeno. Auxiliados por Marx, digamos que "*las mercancías sólo se materializan como valores en cuanto son expresión de la misma unidad social: trabajo humano, que, por tanto, su materialidad como valores es puramente social, y comprenderemos sin ningún esfuerzo que esa su materialidad como valores sólo puede revelarse en la relación social de unas mercancías por otras*

281 Véase: Karl Polanyi, *La gran transformación*, obra citada previamente.

(…) "La relación más simple de valor es, evidentemente, la relación de valor de una mercancía con otra concreta y distinta, cualquiera que ella sea. La relación de valor entre dos mercancías constituye, por tanto, la expresión más simple de valor de una mercancía."[282]

Sigamos, entonces, preguntándonos, cuándo un producto útil y producido por el trabajo social, deja de ser una mercancía. Una primera respuesta es que un producto deja de ser mercancía cuando no es producido por trabajo social, es decir, cuando ha desaparecido la división social del trabajo y la apropiación privada. Sin embargo, hay productos que son producidos por un trabajo social y no son considerados como mercancías. Efectivamente, hay objetos o servicios, producidos socialmente, es decir, por muchos trabajadores aislados y que no se consideran mercancías, pues no se venden ni se compran, como es el caso de una carretera o el servicio de educación o salud, en países donde el usufructo de estos bienes o servicios es ofrecido gratuitamente. De lo anterior se desprende la misma respuesta: un producto social deja de ser mercancía cuando todos tenemos libre acceso al mismo, sin importar el trabajo social incorporado, aunque sea producido por un trabajo social de productores o propietarios aislados, o sea producido bajo un régimen donde todavía reina la división social del trabajo y donde reina la propiedad social generalizada. Y si nos preguntamos cuándo podemos todos acceder libremente a los bienes y servicios producidos o dispuestos por la sociedad, la respuesta no puede ser otra que cuando nadie tenga el *monopolio* de bienes y servicios requeridos por otros y todos tengan la misma oportunidad para adquirirlos, situación que aparece en condiciones de abundancia

Ahora pasemos a interrogarnos sobre lo mismo, pero enunciado de otra manera. ¿Cuándo desaparece el mercado, si es que creemos que puede y debe desaparecer? La primera respuesta es obvia y hasta simple: el mercado desaparece cuando desparecen las mercancías, cuando el intercambio de bienes y servicios, ahí donde los haya, deja de ser un intercambio mercantil de valores (valores de cambio); cuando la sociedad trabaje para sí misma como un todo, igual que al interior de una familia, donde todos tienen iguales derechos y oportunidades, pero donde todos tienen libre acceso a los mismos bienes y servicios, en tanto comunidad basada y orientada en la cooperación y la solidaridad. En ese momento, otra división del trabajo y otros intercambios sustituirán a la actual división del trabajo y a la actual forma de intercambio.

282 Carlos Marx, *El Capital*, op. cit. t.I, La forma del valor o valor de cambio, págs. 15-16.

De esta reflexión queremos desprender dos afirmaciones.

La primera, expuesta y desarrollada anteriormente, se vincula a la presencia del mercado en economías socialistas, donde todos los medios de producción son propiedad del Estado. En estas economías, las relaciones de mercado, en tanto intercambio de mercancías, se mantuvieron entre el Estado y los trabajadores asalariados, aunque el plustrabajo o excedente social se repartía a medias entre las necesidades de la reproducción del capital y las necesidades de la reproducción y del bienestar de la gente, mientras que algunas mercancías se repartían gratuitamente. Igualmente, la producción social y mercantil se mantuvo en relación al mercado externo donde se exportaban y se importaban bienes y servicios.

Estos regímenes, como explicaría Hilferding, operaban bajo la lógica de un regulador consciente, tomando la mayor distancia posible de la anarquía del mercado, pero en medio de un mercado capitalista mundial que los sometía a las reglas de la competencia, la productividad y la reproducción ampliada de la economía.

Como vimos en los capítulos III y IV del libro segundo, estos regímenes se enfrentaron a la penuria económica y a rigideces políticas. Por otro lado, en otros casos o en diferentes momentos, estos regímenes sucumbieron al mercado y se encontraron en mayor o menor medida con la restauración del mercado capitalista.

La segunda reflexión, reconocida tanto en las experiencias capitalistas como socialistas, es que la desmercantilización puede llevarse a cabo, dependiendo del nivel de desarrollo económico de un país, a través del acceso universal a los bienes y servicios, fuera del ámbito del mercado, por medio de la asignación de servicios gratuitos a la población, como educación y salud por parte del sector público, ya sea que las mercancías las produzca el sector privado, el sector público o las cooperativas. En este caso, la desmercantilización tiene que ver con el desarrollo de las fuerzas productivas y de la productividad del trabajo; en otras palabras, entramos de lleno al reino de la abundancia, cuando el desarrollo tecnológico, entendiendo la tecnología como trabajo que ahorra trabajo, permita la disminución del tiempo de trabajo, a la vez que el acceso universal de todos y a todos los bienes habidos y por haber. La humanidad ya entró en esa posibilidad, si no fuera por el sistema capitalista de distribución imperante. Hay individuos, ya no digamos corporaciones, cuyo ingreso sobrepasa el ingreso nacional de muchos países y por supuesto de sus poblaciones. Solamente el presupuesto armamentista sería suficiente para erradicar el empobrecimiento de toda la población del planeta.

Quizás valga señalar aquí un nivel particular de desmercantilización como es el subsidio de muchos gobiernos capitalistas industrializados a la producción de alimentos, argumentando que al no ser rentable individualmente su producción, el gobierno tiene que subsidiarlos por motivos de seguridad nacional.

A propósito de la abundancia y más allá de la competencia, diferentes países que despegaron económicamente como regímenes socialistas han tenido que girar hacia el crecimiento, con el objetivo de alcanzar una abundancia que les permita precisamente ofrecer a sus pueblos la satisfacción de las necesidades básicas, lo que ha implicado destinar parte del consumo actual hacia la inversión, haciéndolo por la vía de los mecanismos más eficientes del mercado, aunque no sean los más equitativos.

En el caso de los países socialistas, la desmercantilización del capital, a través de la socialización o estatización de los medios de producción y de cambio, como pasó en la Unión Soviética, mostró un nivel de acumulación y desmercantilización de bienes y servicios sin precedentes en los países capitalistas, aunque al final, el país entero sucumbió a los imperativos del mercado capitalista mundial, sin poder combinar, como se lo estaba proponiendo al final de periodo, la planificación con el mercado, así como la centralización con la democracia política (Perestroika-Glasnost).

En el caso de China, país que comenzó socializando o estatizando los medios de producción y posteriormente combinando la planificación con las reglas del mercado, ha alcanzado un nivel de reproducción económica igualmente espectacular que el de la Unión Soviética, sacando de la pobreza a la mitad de su población; en términos políticos, la centralización ejercida por el Partido Comunista y el Estado, ha priorizado la democracia económica sobre la democracia política.

En ambos casos, estos países lograron en 30 años más que los países europeos en 200 años, logrando cada uno en su momento devenir la segunda potencia económica mundial, después de los Estados Unidos de Norteamérica.

En honor a la verdad, hay que decir, que un despegue económico similar se está logrando en otros países pequeños y periféricos, como es el caso de Vietnam, proviniendo del socialismo estatista, o el caso de Taiwán, proviniendo de un capitalismo abierto. En ambos casos, el secreto parece estar en la combinación de la planificación con el mercado, así como en la apropiación de la tecnología y el conocimiento administrativo más avanzados, mundialmente hablando.

Una vez despejado el asunto económico, el desafío para estos países sigue siendo cómo mantener o lograr el crecimiento económico, avanzando igualmente en la igualdad social o democracia económica, así como en la democracia política.

Finalmente, en todos estos casos, los niveles de socialización de los medios de producción y los niveles de desmercantilización de los bienes y servicios, fueron muy altos, comparados con los países occidentales más desarrollados. Y aunque los niveles de explotación de ciertos sectores económicos, como el campesinado, han sido violentísimos, no podrían compararse con los siglos de esclavitud, servidumbre y pillaje, utilizados por Europa y los Estados Unidos.

En síntesis, podemos afirmar que los mecanismos económicos producidos por la mercantilización pueden ser tan funcionales para el despegue económico, como disfuncionales para la igualdad y justicia social. Igualmente, el aumento de la demanda efectiva (La capacidad adquisitiva o el consumo ampliado) puede ser funcional para el crecimiento económico, pues la producción tendrá una salida en el mercado de bienes y servicios.

Pero todavía no hemos terminado o agotado el razonamiento sobre la desaparición del mercado. Si hablamos del fin del mercado es porque pensamos que el mercado engendra el capital, la explotación del trabajo y la diferenciación o desigualdad social, lo que es cierto en la sociedad capitalista y en cierta medida, en los países socialistas.

Tenemos por tanto que regresar a las preguntas anteriores. Preguntarnos si el capital puede sobrevivir sin el mercado. Igualmente habría que preguntarse si el mercado puede sobrevivir sin el capital.

Ya habíamos explicado que el capital puede existir sin el mercado. Siendo éste el caso de una economía cerrada sobre sí misma, como el feudalismo, donde la gente entregaba al señor, rey o a la iglesia católica, una parte del producto de su trabajo, como podría ser todavía en algunas haciendas ganaderas caracterizadas por la mediería. En todos estos ejemplos, los bienes no se producen para mercantilizarse, sino para consumirse, dejando un sobretrabajo para la comunidad representada por el poder central. En todos estos casos, tenemos evidencia de la existencia del capital, en la medida que existen medios que se reproducen a partir de variadas formas de explotación de la fuerza de trabajo.

Quizás el antecedente más parecido a esta situación sea el modo de producción tributario, donde las familias tributaban, en especie, trabajo o dinero, a la comu-

nidad-estado que ocupaba aquella riqueza material para hacerle frente a los trabajos sociales, pero donde los bienes y servicios en general no estaban mercantilizados, puesto que las familias trabajaban para el autoconsumo, entregando un plustrabajo (al cacique, poder central o iglesia) para el bien de la comunidad.

Ahora preguntémonos si el mercado puede existir o sobrevivir sin el capital. En este caso la respuesta es igualmente positiva. En aquellas economías donde el desarrollo o la concentración de la riqueza no permiten la aparición del capital, como en las economías llamadas de reproducción simple, actualmente en las economías populares donde el intercambio se rige de acuerdo al tiempo de trabajo de cada productor, ahí estamos en presencia de relaciones mercantiles precapitalistas, sin mucho espacio para el capital.

Además, deberíamos preguntarnos si en las actuales condiciones podemos prever siquiera una economía donde no existe ni el capital en tanto que relación de explotación, ni el mercado en tanto que relación mercantil. Sabiendo que en las economías socialistas, en gran parte, asistimos a una desaparición del capital en tanto que relación de explotación y asistimos a la desaparición parcial del mercado, en tanto existía un conjunto de bienes para los cuales no se necesitaba dinero para comprarlos y por lo tanto tampoco podían venderse porque todos tenían acceso a los mismos.

Las posibilidades de la socialización del capital

En la literatura marxista, sobre todo marxista-leninista, se entiende por socialismo la transición del capitalismo hacia el comunismo. El socialismo estaría regido por el principio: “a cada uno según su trabajo, mientras que en el comunismo estaría regido por el principio: “a cada uno según sus necesidades”. Esto último parece una utopía, sin embargo, es bien sabido que desde el punto de vista tecnológico el aparato industrial instalado por el sistema capitalista actual tiene la capacidad para satisfacer las necesidades de todos. Basta que cada uno de los adultos trabaje 3 horas o lo que sería lo mismo 3 días por semanas de ocho horas, o menos, para que toda la población mundial pueda satisfacer sus necesidades de empleo y bienestar al nivel de los ciudadanos de los países más industrializados. Esta situación es impedida porque este sistema está limitado a producir para satisfacer la demanda solvente de quien puede comprar y no para satisfacer las necesidades sociales. Claro está que estamos hablando del sistema capitalista a nivel global. ¿Y cuál sería este promedio de consumo, preguntarán los lectores? La respuesta giraría alrededor del ingreso per cápita a nivel mundial, es decir, un

promedio de $1,000 dólares mensuales por cada miembro de la familia, según la tabla de Piketty, el mismo que equivale al promedio per cápita latinoamericano. Esto significa que una familia de cinco miembros devengaría un salario mensual de $5,000 dólares por familia.

Como señalamos desde la introducción de este trabajo, para el socialismo la polémica y la lucha contra el capitalismo tuvo como centro el capital, entendido como relación social de explotación. Por lo tanto, un programa socialista implicaba socializar o mejor dicho estatizar los capitales privados. Aunque el término desmercantilización no se haya utilizado, es obvio que se trataba de desmercantilizar el capital, es decir, que los bienes de capital pasaran a ser posesión de la sociedad a través de un régimen político de orientación socialista. Digo de orientación socialista porque en los principales líderes marxistas existía la conciencia de que se trataba de un capitalismo de Estado, superior, por supuesto, al capitalismo monopolista de Estado que comenzaba a incursionar en el seno del propio sistema capitalista. Sobre el capitalismo monopolista de Estado existe una bibliografía abundante[283].

Desmercantilizar el capital significa que los medios de producción, aunque funcionen todavía como capital (riqueza material y relaciones asalariadas), no serían objeto de compra venta y por lo tanto dejarían de ser mercancías. Ahora bien, el hecho de que el capital público no sea objeto de compra-venta no quiere decir que deje de producir mercancías, como señalamos anteriormente. Un capital público puede producir mercancías y vendérselas a otros capitales, a sus ciudadanos o a otros países; igualmente, el mismo puede producir bienes de uso para ser distribuidos gratuitamente entre los destinatarios, como pueden ser las raciones de alimentos que se entregan gratuitamente a los escolares.

Otra consideración, pertinente a nuestras hipótesis de trabajo, es que los capitales públicos de los países socialistas, tienen que seguir compitiendo con el resto de capitales del mundo entero, regido aún por el mercado capitalista mundial. Esta situación coloca al socialismo en condiciones adversas, pues para competir con el capital extranjero no le queda otra opción que funcionar como capital, es decir, producir plusvalía, o excedente, lo que implica en todo caso seguir tratando a la fuerza de trabajo como mercancía, apropiarse de parte del trabajo o mejor dicho del plus-trabajo de la clase trabajadora nacional, aunque dicha apropiación no sea individual.

283 Paul A. Baran y Paul M. Sweezy, *El capital monopolista*, Siglo XXI editores, México, 1975.

En otras palabras, en el socialismo se trataría de producir excedentes, pero no plusvalía. Se habla de plusvalía cuando la diferencia positiva entre el gasto y el ingreso, lo que comúnmente se conoce como utilidad o rentabilidad, es propiedad privada y su uso genera desigualdad social. En cambio, hablaríamos de excedente cuando aquel remanente, una vez deducido los gastos o inversiones necesarios, está en manos de la colectividad.

En la conceptualización marxista, particularmente en el marxismo norteamericano, se utiliza una definición de excedente que puede ayudar a comprender lo que estamos analizando. Así nos dice Paul Baran: "*El excedente económico real es la diferencia entre la producción real generada por la sociedad y su consumo efectivo corriente. Es por lo tanto, idéntico al ahorro corriente o acumulación, y toma cuerpo en los activos de diversas clases que se agregan a la riqueza de la sociedad durante el periodo correspondiente: instalaciones productivas y equipo, existencias, saldos en el exterior y atesoramiento de oro. Comprende obviamente una parte menor del producto total que la abarcada por la noción de plusvalía de Marx. Esta última, como se recordará, consiste en la diferencia total entre el producto total y el ingreso real del trabajo. "El excedente económico real" tal como se ha definido anteriormente es simplemente la parte de la plusvalía que está siendo acumulada; en otras palabras, no incluye el consumo de la clase capitalista, ni los gastos gubernamentales en administración, establecimientos militares, etc."* [284]

¿Qué hacer para eliminar el capital privado y convertirlo en capital público, sin sacrificar la competencia y sus implicancias en la disminución de la productividad y el crecimiento? ¿Cómo avanzar hacia la desmercantilización de los bienes de consumo y de la fuerza de trabajo?

Como señalamos, dejado a su libre albedrío, el mercado termina como mercado capitalista y el capitalismo termina en una anarquía económica generadora de periódicas crisis financieras, por eso es que hasta los más conservadores de los empresarios y políticos de la derecha, se están decidiendo por intervenir las reglas generales del mercado. Sin embargo, no es lo mismo intervenir el mercado para los agentes del capital que para los proyectos que quieren erradicar la pobreza o enrumbar la economía hacia un destino más solidario y amigable con la ecología de la Pacha Mama. Tampoco es lo mismo intervenir el mercado desde el poderoso complejo agroindustrial mundial o de las mega-corporaciones

284 Paul Baran, *La economía política del crecimiento*, FCE. México, 1987, pág. 73.

financieras que desde una economía empobrecida, poscolonial y dependiente del mercado mundial como la de nuestros países latinoamericanos.

Hoy en día todos parecen coincidir en la necesidad de tener que intervenir o regular el mercado, más aún, todos coinciden en que regular el mercado se ha vuelto una necesidad para el propio capitalismo, debido a que el funcionamiento del mercado genera grandes desequilibrios, entre ellos un empobrecimiento que a su vez genera descontento e inestabilidad política, crisis de sobreproducción, destrucción ecológica y agotamiento de materias primas o insumos renovables. Existe asimismo una gran discusión entre los especialistas y la clase política sobre las formas de regular el mercado; unos piensan que hay que regularlo a favor de las necesidades de la gente; otros piensan que hay que regularlo a favor de los empresarios; otros dicen que hay que regularlo a favor del crecimiento; otros que no hay que regularlo o que hay que regularlo democráticamente.

En otras palabras, regulación no significa socialismo, pues el mercado puede ser regulado a favor de los capitalistas o del capitalismo, pero constituye una aceptación implícita de que el mercado capitalista, o lo que es lo mismo, el mercado libre, ya no puede seguir siendo tan libre como antes. Y quien habla de mercado se está refiriendo al reino de las mercancías, con todas sus obras y todas sus pompas.

Hay que adelantarnos a decir que a pesar de lo dicho existe una gran diferencia entre el capitalismo monopolista de Estado, regido por una orientación capitalista que el capitalismo de Estado al cual se refería Lenin. En el primero, el Estado regula la economía en función de las sociedades anónimas y de la restauración del capitalismo, en el segundo se regula en función de las necesidades de la población y en función de avanzar hacia el socialismo, etapa que se lograría cuando la democracia laboral permitiese que fuesen los trabajadores quienes administraran la economía y el Estado. Por lo tanto, hablar de capitalismo de Estado en el socialismo implica matizar los conceptos de plusvalía, explotación o de burguesía de Estado. Si Engels o Lenin llamaron capitalismo de Estado a los regímenes estatistas, incluso donde todos los medios de producción fuesen estatizados, es porque el capital, aunque social, seguiría extrayendo plusvalía de los trabajadores, pues estos seguirían siendo trabajadores asalariados y su fuerza de trabajo una mercancía, remunerada de acuerdo al trabajo necesario (costo de la canasta básica) y en función de la acumulación.

En el capitalismo de Estado organizado por regímenes de orientación socialista, la explotación o apropiación y distribución de excedentes se hace en función de las necesidades de la acumulación social, en tanto que medio para el bienestar de la sociedad, no en función de una acumulación privada. En segundo lugar, los tomadores de decisión sobre el destino de los excedentes, están o deberían estar a su vez regulados por una fuerza social, diferente a la de los empresarios o capitalistas privados. Como sabemos, Lenin propuso la organización de los soviets o consejos de obreros, situación que no logró plasmarse por el nivel de desarrollo de la sociedad soviética. De todas maneras, sobre todos estos conceptos no existe todavía una opinión unánime dentro del marxismo; algunas veces las diferencias son de cantidad o proporciones, otras veces las diferencias sólo aparecen dependiendo de los resultados en términos de repartición social y de bienestar de la población.

Las vicisitudes del socialismo en la intervención el mercado

Tanto al capitalismo como al socialismo les interesa intervenir o regular el mercado en aras de alcanzar el crecimiento y la ganancia privada en un caso, o disminuir las desigualdades en el otro caso. Aunque a decir verdad, al capitalismo también le afectan las desigualdades por la sobreproducción o el sub-consumo que aparece a la hora de realizar la plusvalía y por ende la ganancia. De la misma manera que al socialismo también le interesa aumentar el crecimiento, para poder distribuir o redistribuir. En ambos casos, existe una preocupación por la ecuación resultante de la proporción en que la prosperidad económica y las desigualdades sociales se relacionen.

Violentar la ley del valor, inflacionando o deflacionando los precios para favorecer al capital o para favorecer al trabajo, conlleva serias consecuencias para el equilibrio económico. Los costos de la intervención extraeconómica del mercado no solo han frenado el desarrollo del socialismo, sino también el del capitalismo. Como dijimos anteriormente, desde hace ya mucho tiempo, los países capitalistas también han decidido intervenir el mercado y redistribuir la riqueza, pero a favor del capital financiero, excepción hecha de las políticas keynesianas. Hace varias décadas que los capitalistas se dieron cuenta de que a la hora de decidirse por producir más medios de producción tienen que tener en cuenta no solamente la capacidad productiva, sino la demanda agregada o capacidad del mercado interno o externo para realizar las mercancías. No tomar en cuenta aquella verdad ha llevado a situaciones no deseadas y catastróficas. Por eso es que hay crisis de sobreproducción relativa, por eso es que las fábricas trabajan por debajo de

sus capacidades, con el fin de no inundar de mercancías el mercado, evitando así, bajar los precios. Sobre el particular, existe una política perversa como es la de optar por medios de producción que en vez de multiplicar la producción de mercancías, se dediquen más bien a destruir mercancías y parques empresariales o estructuras económicas enteras. Sobre el particular los capitalistas no se rinden fácilmente. Últimamente, se han dedicado a fabricar un tipo de mercancías, las armas, que son vendidas a unos compradores especiales, a sus propios gobiernos o a otros Estados; cuyo uso más bien destruye y genera contratos de trabajo para reconstruir los pueblos desbaratados por las guerras, como es el caso de Iraq o de Libia, donde estos pueblos están pagando con su petróleo los gastos de una guerra impuesta por el imperialismo estadounidense. Las empresas europeo-estadounidenses están haciendo mucha plata, contratados por los gobiernos para reconstruir los países afectados. No es por casualidad que cuando el Papa habla de la paz bajen las acciones en Wall Street.

En el caso del trabajo o del socialismo, controlar o fijar políticamente los precios o costos de producción, incluso decidiendo qué bienes producir y qué bienes consumir, puede generar una baja de la productividad del trabajo, inflación, ausentismo, escasez, desabastecimiento, incluso iliquidez o colapso de la economía. En el socialismo tal desajuste se genera por el abandono de los precios fijados por el mercado, quien tiene la información del comportamiento de las variables económicas, fijándose precios de acuerdo a criterios políticos, bajo el cálculo presupuestario, aunque auxiliados por una contabilidad social que supone lo que se debe invertir o consumir, qué bienes de consumo priorizar, a qué precios ponerlos para beneficiar a determinados sectores, entre otros. Hoy en día la contabilidad social, ya sea de las corporaciones o de los aparatos de Estado es una herramienta más confiable debido a la programación informática, cosa que se ha puesto a prueba por las grandes corporaciones financieras que planifican operaciones y montos superiores a los presupuestos de muchos países.

¿Por qué el mercado le ganó la batalla al socialismo? No podemos decir que fue debido a una confrontación bélica con su enemigo principal, el imperialismo occidental, aunque la llamada guerra fría, entendida como la lucha entre los polos capitalista (EE.UU.) y socialista (Unión Soviética), afectó y desgastó más a la Unión Soviética que al imperialismo yanqui.[285] En todo este trabajo hemos

285 Hoy en día, dicho sea de paso, el imperialismo occidental parece más decidido a cercar económica y políticamente lo que queda de la Unión Soviética, tomándose varios estados que antes pertenecían a la Federación Rusa o al Pacto de Varsovia, incorporándolos al Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y presionando financieramente para desgastar a la Federación Rusa.

mantenido la tesis de que las dificultades del socialismo se relacionan sobre todo con el mercado, particularmente en países con una baja composición orgánica de capital. La tesis se basa en que es muy difícil mantener algún contacto con el mercado sin que el mismo presione o imponga sus principios. El reto del mercado tiene que ver con la productividad-competitividad de una economía con respecto a otra y tiene que ver con la competencia por la opinión pública. En el marco del mercado mundial con el cual todo país socialista tiene que comercializar y competir, es decir, exportar e importar, nadie puede abstraerse de los costos y precios relativos entre unos y otros. Igualmente, sobre todo con el desarrollo de los medios de comunicación, nadie puede abstraerse de la publicidad o competencia de imágenes, valores, expectativas, entretenimientos, ofertas y opciones.

En una economía socialista, además de planificar la economía, se busca socializar los costos de los servicios básicos, ya sea por la vía del presupuesto estatal, ya sea regulando los precios de las mercancías a favor de las necesidades básicas. Tratándose de países insertos en el capitalismo mundial y con relaciones comerciales con el mismo, la regulación de precios incluye en primer lugar el control de las divisas. Controlar las divisas implica destinar divisas hacia la importación de los bienes de primera necesidad, tanto bienes de producción como de consumo, a los que se le aplica una tasa de cambo preferencial; destinando en segundo lugar divisas para bienes que llamaremos de segunda necesidad. El primer efecto que aparece es que los bienes de segunda necesidad, tienden a ser considerados como prohibitivos y los mismos empiezan a ser solicitados, demandados, introducidos, contrabandeados o cambalachados (cambiados como trueque) intercambiando bienes de primera necesidad por bienes de segunda necesidad; tal como lo pudimos ver en el caso de Cuba o de Venezuela.

Si se asignan divisas a tasas preferenciales para unos bienes y a tasas no preferenciales para otros, se genera un mercado paralelo, pues el mercado tiende a nivelar el precio de las mercancías de acuerdo a su valor y no de acuerdo a los criterios políticos de los planificadores. Incluso el mercado de distribución para los bienes de primera necesidad tiende a ser co-regulado por el mercado, pues hay gente a la que le sobran ciertos bienes y necesita otros, pero como los bienes son distribuidos equitativamente, por ejemplo los cigarrillos y el ron, entonces aparece un mercado de cigarrillos y otro mercado del ron, diferente en ambos casos a la distribución y a los precios regulados por el Estado. En algunos casos tal intercambio se convierte en negocio y aparece un mercado negro de bienes y servicios, pues es más fácil que el mercado decida la cuota o el gusto de los consumidores que un ministerio de planificación.

Una mercancía muy difícil de esconder, prohibir o impedir que su consumo seduzca a un contingente significativo de masas de un país socialista, por ejemplo, es el celular y artefactos similares, no solamente por su valor de entretenimiento, sino por su valor como comunicador democrático. En los países latinoamericanos, al menos, parece muy difícil encontrar alguien que no tenga un celular, incluso un pequeño televisor o cualquier artefacto que ofrezca un nivel de información. Lo que queremos decir con esto y lo explicaremos más ampliamente en los próximos apartados, es que parece difícil prohibir el consumo en nombre de las necesidades básicas, sin violentar lo que la gente desea o piense que es una necesidad básica. En América Latina, por ejemplo, habrá millones de personas que están lejos de haber satisfecho sus necesidades básicas, sin embargo, no podría prohibirse o dejar de ofrecerle un pequeño televisor o prohibirle que adquiera un celular, sin desencadenar un levantamiento popular.

Tomando en cuenta que el objetivo general del socialismo es la eliminación de la diferenciación social y de las clases sociales, esta reflexión quiere centrarse en la incidencia que tiene para cualquier gobierno con vocación socialista o socialdemócrata intervenir el mercado o querer regularlo con el fin de que no sea el único parámetro en el crecimiento ni en la distribución del ingreso. En el caso del socialismo, la regulación de los precios bajo criterios diferentes a los de la ley del valor, ha contribuido grandemente a una dispar productividad económica con respecto al mundo capitalista, lo que ligado a la falta de libertad política y a la escasez de productos publicitados por el capitalismo occidental inclinaron la opinión pública de las poblaciones socialistas a rechazar aquel modelo, a pesar de los beneficios sociales. En síntesis, podemos afirmar que la intervención del mercado y la regulación de la economía con criterios socialistas, no tuvo un final feliz en el paradigma socialista soviético, lo que ha conducido a que ahora las nuevas revoluciones de orientación socialista transiten por otro tipo de paradigma, donde se incorporan los mecanismos mercantiles y el propio mercado, así como las exigencias políticas y de consumo de las masas populares o de las clases medias.

En los países socialistas se intervino o reguló el mercado y la estructura social de la economía en una forma radical, a través de confiscaciones, pero la competencia económica mundial con el imperialismo desequilibró el crecimiento sostenido y la estabilidad macro y micro-económica de aquellas economías. Hoy, la mayoría de los países ex-socialistas se transformaron en economías de mercado capitalista o en lo que ellos llaman socialismo de mercado, donde se combina

una mayor o menor planificación de la economía, permitiendo, con algunas restricciones, el funcionamiento abierto del mercado y una economía abierta al mercado mundial. El caso de China es el más paradigmático y exitoso, tanto por sus niveles productivos, como por el control de la economía desde una regulación centralizada por el Partido Comunista. En China, la prioridad de la inversión en medios de producción no ha descuidado la prioridad en la inversión en medios de consumo de masas, pudiendo incluso competir con el mundo capitalista.

La diferenciación social apenas puede disminuirse, pero no desaparecerla de un día para otro. Y no nos estamos refiriendo a la diferenciación existente entre los grandes capitales y el pueblo empobrecido, sino de una estructura piramidal donde en cada eslabón existe una diferenciación particular; por ejemplo al interior de la clase trabajadora, al interior del campesinado, al interior de las clases medias urbanas, entre el campo y la ciudad, etc., etc. A pesar de la importancia que tiene el pueblo como sujeto político, social y económico, no se puede omitir que en el mercado capitalista existe una fuerte diferenciación al interior del propio pueblo, tal es el caso, por ejemplo, del intercambio entre la ciudad y el campo.

La experiencia de los países socialistas nos enseña lo difícil que es para una dirigencia revolucionaria que en principio tiene un estatus objetivamente superior en términos materiales, mantener las rigideces de la planificación y el consumo, sobre todo cuando la población está sometida a una disputa por bienes materiales necesitados o deseados por motivaciones subjetivas de las masas. En esos países, la dirigencia tuvo que introducir mecanismos mercantiles, no solamente encaminados a la producción, como pasó en la URSS cuando se introdujo la NEP, sino también al consumo de bienes de segunda necesidad, pero que tienen una valoración nada despreciable en los sectores medios y populares. Al final todo el andamiaje socialista se vino abajo sin que los esfuerzos de algunos sectores comunistas pudieran hacer mucho por detener un mercado que los llevó a restaurar el capitalismo. En Cuba se ha tenido que emprender la vía de la liberalización del mercado, no solamente a través de la apertura al capital extranjero como se hizo en Rusia antes de la estatización absoluta, sino a través de liberación interna del mercado de bienes y servicios. En todos estos países, los dirigentes han tenido que aceptar una fuerte diferenciación al interior del pueblo y de la dirigencia misma como ha pasado en Vietnam o China, por ejemplo, donde existen muchos millonarios que trabajan al interior del propio partido comunista.

En todo caso, lo que queremos resaltar es el riesgo que se corre al intervenir el mercado, pues este no se rinde fácilmente y responde distorsionando toda la

economía, haciéndola perder competitividad, productividad y liquidez, hasta un punto que para hacer frente a la penuria inminente tienen que soltarlo y recurrir a los capitales extranjeros, permitiendo que se revierta el proceso socialista. Otra historia ha sido la de los países socialdemócratas, incluso liberales, que tomaron la vía de la intervención del mercado con el objetivo de fomentar la igualdad de oportunidades, pero a posteriori de la producción, es decir, a través de políticas impositivas y redistributivas.

En nuestros días, esa batalla entre la planificación desde el sector público y el mercado, interviniendo precios y conductas empresariales o incluso populares, lo estamos viendo en vivo y a todo color en el caso de Venezuela, choque magnificado por la fuerte oposición, boicot, zancadillas y golpes económicos por parte de la oligarquía. Ahí observamos que a pesar de los inmensos recursos que dispone el país, debido a la renta petrolera, se vuelve difícil disciplinar al mercado inyectándole recursos financieros y cómo poco a poco la liquidez del aparato fiscal disminuye, debilitando así las políticas económicas y sociales con las cuales el régimen sostiene el bienestar social propuesto. Y la iliquidez del aparato fiscal implica una mayor presión sobre la balanza de pagos en general.

Asimismo, observamos en Venezuela, la inercia que tiene el consumismo en las masas populares, ya no digamos en la clase media. No importa la abundancia que exista en cuanto a los artículos de primera necesidad, mientras falte un producto, al cual el pueblo estaba acostumbrado, la inconformidad tiende a crecer, estimulada además, por los medios de comunicación, nacionales e internacionales. En tal contexto, poco logran las explicaciones brindadas por los dirigentes, a pesar de la razonable lógica que encierran los fenómenos de la distribución de acuerdo a las necesidades y no de acuerdo al trabajo. Si se imponen precios bajos para que la gente pueda tener acceso a los mismos, es comprensible y esperable que los artículos tiendan a desaparecer de las pulperías o de los escaparates y que la escasez aparezca más temprano que tarde.

En síntesis, en el marco de un mercado capitalista mundial y dado el nivel de interdependencia económica a través del comercio exterior, política a través de la presencia en los organismos internacionales, e ideológica a través de los medios de comunicación, el socialismo no puede exponerse como si tal cosa no existiera. La distorsión del mercado o de los costos comparativos de la economía, puede llevar a un proceso de desacumulación que tarde o temprano dejará de competir favorablemente con el resto del mundo. La distorsión del consumo, a través de una planificación que no puede competir ni con el cálculo económico

que ofrece el mercado, ni con las preferencias de consumo de bienes básicos o no básicos, puede generar un malestar económico debido a la inercia que tiene el consumismo de las vitrinas internacionales.

La disyuntiva no es fácil, pero no podemos esconder la cabeza como el avestruz, después de lo que ha pasado, Ni podemos hacer de la necesidad una virtud y rendirse ante el mercado. Ni podemos empezar de nuevo sin asimilar las lecciones anteriores, aprendidas o no, bien planteadas o insuficientemente planteadas, como las que estamos insuficientemente planteando.

La desmercantilización de la economía

En el primer capítulo hablamos de lo que llamamos la fórmula trinitaria de la mercancía, refiriéndonos a la mercancía-bienes de uso, la mercancía-fuerza de trabajo y la mercancía-medios de producción que funcionan como capital.

Asimismo, señalamos la tendencia hacia la mercantilización de la economía y de la vida social misma, donde todo tiende a convertirse y a funcionar como mercancía. Pero también hablamos de la sobre-producción de mercancías cuando la demanda efectiva-solvente o la capacidad adquisitiva es menor que la oferta social; incluso señalamos el fenómeno de la destrucción de las mercancías que se lleva a cabo en el capitalismo, en parte para mantener los precios a un nivel rentable, en parte por las crisis periódicas con su secuela de paro industrial y desempleo y en parte por el hecho de que el sistema se dedique a producir mercancías de guerra donde gran parte de las mercancías son destruidas. Esto último podría considerarse como una tendencia hacia la desmercantilización, generada y expresada por lo que hemos llamado la fractura del metabolismo del mercado; pero no es este último tipo de desmercantilización la que nos interesa discutir, sino aquella desmercantilización donde los bienes son consumidos en igualdad de oportunidades por todo el pueblo, sabiendo que en el capitalismo pleno y en la mayoría de los casos, algunas mercancías solamente son consumidas por una minoría.

Ahora quisiéramos señalar aunque sea brevemente, aquellas circunstancias o lugares en que los bienes y servicios, la fuerza de trabajo y el capital dejan de funcionar como mercancías.

En una sociedad donde mora el mercado capitalista y este es regido por la ley del valor, la desmercantilización de la economía comienza cuando las mercan-

cías dejan de ser valoradas y apreciadas de acuerdo al trabajo y a la ganancia de los empresarios; es decir, cuando las mismas comienzan a ser depreciadas o desprovistas de su precio natural o de mercado.

Hay situaciones muy conocidas, como las que encontramos en lo que se denomina economía o comunismo de guerra donde los productos se distribuyen de acuerdo a las necesidades de los soldados y de la población; en tales situaciones y a pesar de los gastos extraordinarios para la guerra, la economía sigue funcionando y la gente acepta generalmente la escasez producida por la distribución masiva. Aunque las experiencias han sido anormales y cortas comparadas con el tiempo del mercado, algunas sobrepasan fácilmente el quinquenio sin que los regímenes sean trastocados; muchas veces incluso el nacionalismo exacerbado tiende a granjearle a los dirigentes mayor apoyo de la población, cosa que no pasa en los tiempos de paz. Señalo esta situación para mostrar que es perfectamente posible y admitido que en determinadas circunstancias, la desmercantilización ocurra sin sobresaltos económicos. Claro está que existen distintas experiencias. Algunas veces la economía se desploma inmediatamente y los ejércitos pierden la guerra, desangrados por el derroche militar, pero hay casos donde la economía más bien se reactiva, como pasó en Alemania durante la segunda guerra mundial, hasta que la misma terminó desplomándose; otro caso es el de Estados Unidos, donde la guerra trajo muchas ventajas económicas, durante y después de los acontecimientos bélicos.

También analizamos el socialismo donde los bienes de capital y su producción dejan de ser propiedad privada y se convierten en propiedad del Estado, a partir de lo cual se distribuyen fuera de las reglas del mercado capitalista, es decir, de acuerdo a los criterios diseñados por un órgano de planificación y no de acuerdo a lucro que generan para su propietario individual. En estos casos la desmercantilización avanza paulatinamente, tanto en tiempo de guerra como en tiempos de paz, aunque a la larga, como lo hicimos notar suficientemente en los capítulos anteriores, las economías estatizadas se desplomaron y tuvieron que revertir el proceso de desmercantilización, enrumbándose de nuevo hacia un proceso de mercantilización y de capitalización.

Pero donde quizás la desmercantilización es un hecho indiscutible y la misma se ha mantenido sin sobresalto alguno, es en aquellos bienes y servicios conocidos como servicios públicos, los que existen tanto en los países socialistas como en los países capitalistas o en todos los ámbitos donde funciona la economía mixta. Tal y como lo vimos en apartados anteriores, cuando nos referimos a la econo-

mía mixta y particularmente al sector público, es decir, al mejor ejemplo de la desmercantilización de los bienes y servicios. Los que no solamente se producen en abundancia, es decir, son accesibles para todos, sino que difícilmente pueden convertirse en mercancías. Si todos los niños son vacunados por el servicio público de salud, nadie puede apropiarse de ese servicio y vendérselo al vecino que también lo tiene gratuitamente, lo mismo podría decirse de muchos otros servicios: nadie pueda vender una matrícula escolar, nadie puede vender el uso de una carretera, salvo que haya sido privatizada a favor de una empresa, nadie puede vender el uso del parque, etc., etc. Como dijimos anteriormente, la desmercantilización avanza más rápida y seguramente cuando los bienes son tan abundantes o suficientes para que todos y todas puedan acceder universalmente a los mismos, sin que nadie pueda venderlos ni nadie tenga que comprarlos.

Desde que existe el capitalismo, siempre ha existido un sector público que genera bienes y servicios que son distribuidos en forma gratuita, desde las casas para pobres al inicio del capitalismo, donde se distribuía comida gratuita, hasta los bienes públicos como las calles y los parques, el servicio de aseo o de seguridad, así como la infraestructura de carreteras y puentes utilizados gratuitamente por todos los conductores; lo mismo podemos decir de las cárceles, iglesias, hospitales y centros escolares. Efectivamente, en muchos países, al menos hasta antes de las políticas neoliberales donde absolutamente todo quiere ser privatizado, la salud y la educación son totalmente gratuitas y donde su uso no depende del dinero, sino de las necesidades, por lo tanto no pueden considerarse como mercancías; pudiendo afirmarse que aún en el capitalismo más avanzado existen bienes y servicios libres de mercantilización alguna.

Un fenómeno todavía común hoy en día, son las movilizaciones para la vacunación o la alfabetización, administradas por instituciones públicas, las que a pesar de lo masivo del servicio, el costo social y la envergadura del gasto, son distribuidas en forma gratuita y en abundancia, por no hablar de otros servicios como el de los bomberos o del apoyo ofrecido a la población en momentos de desastres naturales o sociales. Incluso se puede encontrar servicios de alimentación totalmente gratuitos en centros escolares, asilos de ancianos, hogares de niños, pensiones, estipendios para los desempleados o drogadictos, etc. En todos estos servicios, la solidaridad y la cooperación es la norma, alejadas totalmente de la mercantilización imperante.

Existen otros ámbitos o territorios desmercantilizados, donde los bienes y servicios no funcionan como mercancías, como son aquellos bienes y servicios exis-

tentes al interior del hogar. Al interior del hogar no existe el mercado, la madre no le cobra al niño por la leche con la cual lo amamanta y así podemos decir de todos los bienes y servicios que se consumen en el hogar; por lo tanto podemos afirmar que en la inmensa mayoría de las casas del mundo la mercancía no aparece por ningún lado, son territorios libre de mercado, pues las relaciones son relaciones de cooperación y solidaridad. Y si quisiéramos abusar del argumento podemos afirmar que siendo una nación la suma de sus hogares, podríamos afirmar que el mercado no funciona del todo, pero todos sabemos que la nación también existe fuera de los hogares y ahí reina el mercado; lo inmediatamente público equivale a lo mercantil; la sociedad civil es una sociedad de mercado.

En cuanto a la mercancía que más caracteriza a las relaciones capitalistas de producción, como es la fuerza de trabajo, podemos decir que la misma es fabricada sin que medien relaciones mercantiles. Una familia que cría a sus hijos, los sana, los divierte y los educa desde la infancia hasta que llegan a la universidad sin que los hijos tengan que pagar absolutamente nada por esos bienes y servicios. Y no podría ser de otro modo, pues el día en que las mujeres y los familiares en general cobren por esos servicios el capitalismo dejaría de funcionar, pues no hay fábrica o establecimiento alguno que pueda pagar la fabricación de trabajadores-ciudadanos como lo hacen los hogares, frecuentemente con el apoyo de las instituciones públicas. En el último siglo y sobre todo en los países industrializados europeos, los servicios estatales han contribuido grandemente a la reproducción de la fuerza de trabajo, a través de la socialización de la salud, la educación, el transporte, la vivienda, la recreación, el sistema de asignaciones familiares a las familias numerosas, diferentes primas, seguros y pensiones, etc. Por supuesto que en los países socialistas este apoyo ha sido mucho mayor. Lamentablemente, la arremetida del neoliberalismo ha recortado grandemente tales subsidios familiares y laborales.

En términos conceptuales podemos afirmar que ahí donde los costos son socializados, es decir pagados por la comunidad, tales bienes y servicios han dejado de ser mercancías. En esta lista podríamos colocar el servicio de seguridad que brindan las fuerzas armadas o la policía, las elecciones municipales o nacionales, etc., o servicios similares que al no ser propiedad privada de nadie, nadie tiene que pagar por ellos.

Asimismo, nos hemos referido a la desmercantilización del uso de la fuerza de trabajo, es decir, no solamente de la reproducción por la familia en forma desmercantilizada, sino a la disminución de la jornada de trabajo. Si antes la jornada

de trabajo era de 15 horas y ahora es de 8 horas, es evidente que hemos desmercantilizado la fuerza de trabajo en un 50%, lo que se puede seguir haciendo, mientras existan las condiciones de productividad, las que ya existen, y mientras exista la voluntad política que todavía no existe.

En muchos países donde todavía existen pequeños productores, como campesinos y pescadores, una parte sustantiva de la producción es consumida directamente por los hogares sin que dichos productos hayan sido mercantilizados. Estamos hablando de bienes de primera necesidad como carne, leche, fruta, verdura y cereales.

En síntesis, podemos decir que así como existe una lucha silenciosa entre el sector público y el sector privado, también existe una lucha entre la mercantilización por un lado y la desmercantilización por otro; pero lo que queremos dejar sentado es que hablar de desmercantilizar los bienes y servicios, la fuerza de trabajo o los bienes de capital no es una locura. No importa si tal realidad existe como un movimiento proveniente del capitalismo o del socialismo, la verdad es que en ambos, la economía mixta es una realidad insoslayable.

Existe un fenómeno de desmercantilización al que pocas veces nos referimos, como es la reforma agraria. La mayoría de los países del mundo experimentaron ese fenómeno, desde la revolución francesa y demás revoluciones liberales, al confiscar las tierras de la realeza o de la iglesia para entregárselas a los nuevos empresarios, hasta las revoluciones socialistas donde se confiscaban todas las tierras de los terratenientes o capitalistas para entregárselas a los campesinos sin costo alguno.

Muchos de los países latinoamericanos desencadenaron después de una revolución política una redistribución de la tierra o reforma agraria, donde se desconoció la propiedad privada para grandes latifundios y la tierra se distribuyó de acuerdo a las necesidades del trabajo y no de acuerdo a las necesidades del capital. En tales casos, podemos decir que una parte sustantiva de la tierra dejó de ser mercancía y pasó a funcionar como un artículo de primera necesidad para las familias campesinas, por la cual no tuvieron que pagar dinero alguno. Claro está que después de cierto tiempo, la tierra se convirtió de nuevo en mercancía. En otras palabras, vemos ahí los dos fenómenos a los cuales estamos refiriéndonos, como son las oscilaciones periódicas de mercantilización y desmercantilización.

Otro fenómeno donde los bienes no padecen el vaivén de la mercantilización es el don o regalo que se hace la gente, ya sea por razones festivas o religiosas. Pero hay un don muy especial, importante y actual, como son las remesas familiares, que al menos en un momento de su circulación dejan de funcionar como mercancías. Efectivamente, la suma de dinero que los remeseros-migrantes envían a sus familiares se hace como un regalo, pues ni los remeseros lo venden ni los familiares lo compran, aunque nació como mercancía y tendrá un fin como mercancía.

Sobre la existencia de categorías mercantiles en los países socialistas, donde todavía existe la pequeña producción simple, (sobre todo campesinos), hay una reflexión que nos puede ayudar mucho a la hora de definir el grado de desmercantilización de la economía. Sobre el universo de mercancías en la transición del capitalismo al socialismo, nos dice Mandel: "*Una primera categoría de mercancías, sobre cuya existencia en la época de transición no hay discusión posible, concierne al conjunto de la producción privada campesina y artesanal, que es por definición una pequeña producción mercantil. Todo lo que no es auto-consumo en este sector, es producción de mercancías. La misma tesis se aplica a la producción individual de mercancías. A la producción de las cooperativas de producción, o a las ventas de las cooperativas comercializadoras, en la medida en que hay manifiestamente cambio de propietarios, cuando tales cooperativas venden sus bienes a los ciudadanos y al Estado. Una segunda categoría de mercancías se deriva automáticamente de la existencia de la primera: ella concierne al conjunto de los medios de producción y de cambio que el sector estatal vende al sector privado o cooperativo: máquinas, instrumentos y abonos agrícolas, medios de transporte, utensilios de comercio, máquinas e instrumentos de trabajo artesanal, etc. Aquí todavía la naturaleza de mercancías de estos productos no puede suscitar dudas, porque ellos son claramente cambiados, es decir, cambian de propietarios. La misma observación se aplica evidentemente al conjunto de los medios de producción exportados. Una tercera categoría de mercancías plantea más discusiones teóricas que prácticas. El conjunto de los bienes de consumo vendidos por el sector socialista a los consumidores privados (incluyendo los bienes de consumo importados) constituyen mercancías, porque hay en el mismo un cambio evidente de propietarios (...) Aún queda la cuarta categoría de las mercancías, sobre la cual en efecto recae lo esencial del debate: los medios de producción que quedan en el interior del sector socialista. En nuestra opinión, no se trata de mercancías porque no hay ni cambios ni sustitución de propietarios. La transmisión de los medios de producción de una empresa del Estado a otra, no es en el fondo más que la misma operación de transferir un producto de*

una fábrica a otra dentro de un mismo trust capitalista. Ciertamente, ella presenta las formas exteriores de una operación mercantil, en la medida en que ocasiona un "precio" con fines de cálculo y de control económico de conjunto. Pero esta forma no cubre un contenido mercantil real: los medios de producción que no se sustraen al sector socialista no son verdaderas mercancías".[286]

Salta a la vista que en presencia de este archipiélago de empresas, el mercado no parece haber desaparecido, aunque haya sido golpeado o intervenido o desemercantilizado en alguna medida. Mandel no se pronuncia en este texto, aunque sí en otros textos que citaremos más adelante, sobre un tipo de bienes que nosotros hemos introducido desde el prefacio a este trabajo y en los capítulos precedentes, como muestra de la desmercantilización de la economía y que corresponden a los bienes y servicios del sector público. Estos últimos bienes y servicios, no-mercancías, serían el tipo de bienes y servicios que la sociedad debe introducir paulatinamente y en la medida de sus posibilidades, como parte del proyecto de la desaparición del mercado, a la par de la desaparición del capital, no en tanto medio de producción, sino en tanto medio de explotación[287]. Quizás la ventaja que han tenido los servicios ofrecidos hasta ahora por el sector público para no convertirse en mercancías se deba a que tales servicios no pueden ser fácilmente vendidos ni comprados porque todas las personas tienen acceso a ellos, pero sobre todo porque son muy difícil de transar. Efectivamente, otros bienes de igual acceso universal, como ciertos alimentos, aunque todo el mundo accede a los mismos, son en cambio, más fáciles de transar, como un alimento determinado, unos cigarrillos, una botella de alcohol, a causa de que unas personas necesitan o desean más que otras el poseer dicho bien.

La contradicción principal que han tenido las sociedades que han optado por el socialismo se ubica entre la prosperidad económica y la igualdad social, elementos que no necesariamente caminan juntos. Hasta ahora la tónica ha sido que los países socialistas se inclinaron en un primer momento por cambiar las relaciones sociales de producción, o lo que es lo mismo, decidieron repartir la riqueza en gran parte de acuerdo a las necesidades y no siempre de acuerdo al trabajo, sin poder calcular el balance óptimamente requerido.

286 Ernest Mandel, Las Categorías Mercantiles en el Período de Transición, en La Transición Revolucionaria en América Latina, op.cit., p.135-138.

287 Recordamos que el término capital proviene del vocablo latín cápita y que significa ganado. En un tiempo, el ganado sirvió a su vez como moneda de cambio. Cuando aquí nosotros hablamos de desaparición del capital, nos estamos refiriendo al acto de desproveer a las fuerzas productivas privadas de su función de capital, en tanto que relación social de explotación.

Como señalamos en la introducción de este libro, cuando el cambio de las relaciones sociales de producción avanza más rápido que el desarrollo de las fuerzas productivas o cuando la distribución avanza más rápido que el crecimiento requerido para que el reparto no agote ni haga escasear los bienes, se corre el riesgo de hacer colapsar la reproducción de la economía en su conjunto, pues la escasez de cualquier bien repercute en toda la cadena metabólica o en todos los tejidos y órganos del mercado.

Ahora quisiéramos referirnos a las consecuencias de intervenir el mercado y desmercantilizar la economía, pero en relación a la conducta cotidiana y, a la larga, política de las masas. La intervención del mercado conllevó la intervención de la voluntad política de las masas hasta niveles insostenibles a largo plazo, sobre todo en la medida que la gente observaba que las cargas no se distribuían igualmente entre la población y la dirigencia. Durante un siglo de socialismo, casi todos los regímenes socialistas, en gran parte debido a una fuerte y acelerada intervención estatal sobre la economía y sobre la sociedad, sacrificaron las libertades económicas, lo que tarde o temprano llevó a intervenir las libertades políticas. Ante los desequilibrios económicos y el descontento político generado por las políticas económicas internas y por la presión externa, los regímenes socialistas tuvieron que dar marcha atrás y reintroducir las categorías mercantiles en la producción y la distribución, reprivatizando y re-liberalizando la economía para rescatar sus economías de la penuria acaecida. Al final, igualmente, la liberalización del mercado conllevó a una apertura política a la disidencia, la que en algunos casos logró desplazar a la dirigencia socialista con la voluntad de una mayoría política, sea a través de la fuerza o a través de los votos.

Para los clásicos del marxismo, la sociedad de mercado desaparecería cuando el intercambio de bienes y servicios haya dejado de ser un intercambio mercantil, es decir, cuando desaparezca el mercado, cuando la humanidad viva en el comunismo; un comunismo que no estará precedido por la penuria o la escasez, como el comunismo primitivo, sino por la abundancia. Es así que para los teóricos del marxismo, el socialismo aparecía como una etapa o momento de transición antes de alcanzar el estatus del comunismo, pero una transición entre el capitalismo plenamente desarrollado y el comunismo plenamente desarrollado. Por el contrario, en un socialismo que tenga lugar en países técnica y económicamente atrasados, aun cuando toda la economía se haya estatizado, la existencia del intercambio mercantil o del mercado, nacional e internacionalmente operando, la reversión hacia el libre mercado y hacia el capitalismo siempre estará a la orden

del día. Esta es la hipótesis que hemos utilizado y esta sería la regularidad que nosotros habríamos encontrado en las diferentes experiencias emprendidas por regímenes socialistas.

Estas limitaciones materiales dicen mucho más a propósito de avanzar en la ruta hacia el socialismo que en el manejo de variables políticas o sociales, las que pueden ser importantísimas a la hora de la revolución política o a la hora de descifrar la hegemonía ideológica del proceso revolucionario o socialista.

A pesar de lo dicho, existen no solamente experiencias, como las socialdemócratas escandinavas, sino en todo el mundo, donde la desmercantilizacion ha podido llevarse a cabo en forma pacífica y progresiva. Igualmente, existe una cierta reflexión desde el marxismo más ortodoxo que apuesta a la desmercantilización o, como ellos lo dicen, a la extinción de las categorías mercantiles, aunque en forma progresiva.

En esta línea pueden ser muy oportunas las reflexiones que hace Mandel sobre las condiciones históricas del proceso de extinción de las categorías mercantiles: "*Nosotros hemos expuesto por qué mecanismo concreto se producirá el proceso de extinción de las categorías mercantiles. El desarrollo de las fuerzas productivas permitirá sucesivamente satisfacer una serie de necesidades en bienes y servicios. La elasticidad de la demanda de estos bienes y servicios evolucionará hasta cero; aún más, puede convertirse incluso en abiertamente negativa. Esto quiere decir que la distribución según las necesidades, sin el intermedio de la moneda, no solamente no ocasionará más que riesgos insignificantes de despilfarro, que pueden ser progresivamente suprimidos por la educación, la propaganda, el control social, etc., sino que ella implica incluso economías importantes de medios de circulación y gastos de distribución. Mientras más elevado es el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, más grande es el número de bienes y de servicios que pueden ser distribuidos de esta manera, y mayor la parte de consumo de cada ciudadano, asegurada no ya por la retribución individual, sino de manera gratuita por la sociedad (gratuita para el individuo desde luego. La sociedad deberá dedicar siempre gastos de trabajo determinados a la satisfacción de estas necesidades, es decir, una acción de la fuerza de trabajo y de los recursos económicos disponibles, lo que significa que ella "carga" la satisfacción de estas necesidades a su presupuesto general). A partir de un cierto punto de esta evolución, devendrá manifiestamente irracional aumentar aún los ingresos monetarios corrientes de los ciudadanos, toda vez que estos ingresos no sirven ya sino para comprar un número cada vez más pequeño de bienes y de servicios. La socie-*

dad reconocerá que el proceso de extinción de las categorías mercantiles va siendo cada vez más posible, y reducirá radicalmente los ingresos monetarios, la moneda será "arrinconada" hacia las zonas cada día más marginales de la vida económica y social, se retirará cada vez más de la conciencia y de los hábitos de los ciudadanos, hasta que constituya no más que un simple instrumento de medida y de contabilidad para ser reemplazada en definitiva en este campo por un cálculo directo en gastos de trabajo (cálculo muy facilitado por el desarrollo de las máquinas electrónicas de calcular).(...) "Sólo en el momento en que la distribución (gratuita) de los bienes y de los servicios permitan ya satisfacer plenamente las necesidades fundamentales de los ciudadanos; sólo en el momento en que lleguen a la mayoría de edad de hombres socialistas que no hayan conocido el hambre, la sed, el frío, ni la falta de vivienda porque la sociedad haya garantizado a cada uno la satisfacción automática de todas estas necesidades. Sólo cuando el hombre haya sido efectivamente liberado de la esclavitud de la "necesidad material" y cuando haya tomado plenamente conciencia del "milagro" que acaba de vivir, y que esta conciencia desarrolle un segundo hábito, una segunda naturaleza. Es sólo en este momento, que el hombre podrá considerar que es igualmente normal rendir a la sociedad un trabajo en toda la plenitud de sus capacidades, sin esperar una recompensa mayor o exactamente medida porque él recibe de ella de antemano todo aquello que necesita. Y es sólo en este momento que la conciencia comunista habrá triunfado definitivamente en la gran masa, no obstante que sea indispensable comenzar la educación y la práctica en este sentido inmediatamente después de la victoria de la revolución socialista".[288]

En todo caso, la extinción de las categorías mercantiles, incluso del valor de cambio o de la ley del valor, tiene que ver con el desarrollo tecnológico. Habría que preguntarse entonces, en qué lugar se encuentra la humanidad hoy en día, para lo cual dedicaremos un par de páginas a la relación entre la desmercantilización y la desaparición de la ley del valor. En este caso no estaremos recurriendo a tesis reformistas o utópicas, sino al análisis más calificado desde el punto de vista marxista, concretamente a las reflexiones del propio Marx.

Una manera de imaginarnos una sociedad sin capital y sin mercado es la primera y todavía existente unidad económica familiar. Al interior de la familia no hay relaciones de intercambio mercantil. Las personas que habitan al interior del hogar tienen una especial diferenciación del trabajo. Los bienes que se producen, sea con ayuda de algún dinero que llega de afuera o a través del simple trabajo inter-

288 Ernest Mandel, Las Categorías Mercantiles en el Período de Transición, op.cit., p.132-135.

no, se distribuyen sin que medie el dinero. Lo que se produce se consume más o menos equitativamente y tal cosa no crea mayor problema. Y los problemas de desigualdad que existen no son porque falte a su interior relaciones mercantiles o monetarias. La casa es compartida, la comida es compartida, los juguetes infantiles son compartidos, el presupuesto de la casa es compartido. Las relaciones sociales son relaciones de asociatividad, cooperación y complementariedad. Si hay desigualdad es desigualdad de género, pero sin que medie el mercado, más allá de lo expuesto en que se encuentra la familia de sus puertas para fuera en lo que podríamos denominar su mercado exterior, como le pasa a cualquier país socialista que actúa en el marco del mercado mundial.

La desmercantilizacion a nivel mundial y el fin de la ley del valor

Si por capital entendemos en principio un medio de producción o un valor que se valoriza, entonces deberemos decir que siempre necesitaremos medios de producción. Si el capital es una relación social y, en el sistema capitalista, una relación social de explotación del trabajo ajeno, entonces diremos que el mismo puede existir como una relación social sin que necesariamente tenga que ser una relación social de explotación. Por otro lado, si decimos que el capital en tanto medio de producción es trabajo acumulado por las generaciones anteriores, entonces deberíamos afirmar que siempre vamos a necesitar del capital. Por lo menos hasta que "*las hilanderas hilen solas*", como decía Aristóteles refiriéndose a la posibilidad de que algún día desaparezca la esclavitud. En nuestros tiempos diríamos que el trabajo vivo y fatigoso, base actual del capital, también podrá desaparecer no solamente como mercancía, sino como tiempo dedicado a satisfacer nuestras necesidades animales, quedando solamente el trabajo como tiempo libre o disponible para hacer lo que queramos. Cosa que sucederá cuando las máquinas o los robots trabajen solos y hagan el trabajo que hoy todavía hacen millones de hombres y mujeres.

Ya señalamos en los capítulos anteriores que no siempre los bienes y servicios han funcionado como mercancías, ni tienen por qué funcionar necesariamente como mercancías. Hoy en día, existen bienes y servicios que no funcionan como mercancías, tal como pasa al interior de una familia o de una fábrica o de una rama industrial que pertenece al mismo dueño o de un medio de producción que pertenece a toda una colectividad más o menos grande y donde todos son dueños de todo. Sabemos, por otro lado, que para que los bienes y servicios dejen de ser mercancías, los mismos tienen que existir abundantemente como el aire. Ahora bien, en cuanto a la mercancía fuerza de trabajo o trabajo vivo, la misma

sólo podrá dejar de ser mercancía cuando las máquinas hagan el trabajo que hoy hacen los trabajadores, pero sobre todo cuando la sociedad decida que así sea, dependiendo solamente del estado de la ciencia y la tecnología.

En los apartados anteriores, despejamos las interrogantes sobre la vigencia o desaparición del capital y del mercado y concluimos que tal aspiración o posibilidad solo podría ser posible cuando la humanidad haya alcanzado un nivel tecnológico y de productividad del trabajo que el mismo, tal como lo conocemos ahora, fuera innecesario, pues las máquinas se encargarían del trabajo que fatiga. Respecto a la desaparición del trabajo vivo como mercancía, así como a su relación con la creación de la riqueza quisiéramos introducir aquí una discusión atingente a aquellos polos del sistema capitalista, es decir a los países o a los nichos más desarrollados tecnológicamente, donde el desarrollo de las fuerzas productivas está alcanzando niveles insospechados que preludian incluso la desaparición del tiempo de trabajo necesario para que la población mundial pueda disponer de todo o de la mayor parte de su tiempo que hoy dedica a su sobrevivencia, para dedicarlo al ocio creativo. La pertinencia de esta discusión tiene validez en la medida en que la desaparición parcial o total del tiempo de trabajo necesario o fatigoso no dependa de condiciones objetivas, las cuales estarían ya cumplidas, *sino* subjetivas o, mejor dicho, políticas, tanto a nivel nacional como mundial, es decir, cuando la sociedad organizada y empoderada tenga la capacidad para imponer su voluntad.

La discusión deberíamos centrarla entonces, más que en la desmercantilización del capital o de los bienes y servicios en general, en la desmercantilizacion de la fuerza de trabajo. Sabemos que para algunos, esto puede parecer un disparate, como sonaba a disparate anteriormente la desaparición de la esclavitud o como sonó a ilusión en su momento la propuesta de pasar la jornada de trabajo de 16 horas a 8 horas diarias, tal como lo hemos apuntado anteriormente.

Si hay un concepto y una temática que ha dividido a las principales corrientes del pensamiento económico, por no decir a las más importantes, como son el marginalismo y el marxismo, ese concepto y esa temática tiene que ver con el valor, sobre todo como fuente de la riqueza. Partiendo de que todo bien tiene un valor de uso y un valor de cambio, diremos que el valor de uso, en el que ambas corrientes coinciden, es la preferencia que la gente tiene por un bien o servicio para satisfacer necesidades y deseos, preferencia definida, como lo dicen los marginalistas por la utilidad de ese bien. Sin embargo, en una economía de mercado, la controversia que existe es en cuanto al valor de las mercancías, el parámetro o

la magnitud por la cual una mercancía se cambia por otra, dicho de otra manera, el valor de cambio de las mercancías.

La discusión sobre el valor entre marginalistas y marxistas, tal como lo explicamos ampliamente en los apéndices de este trabajo, está referida al valor en tanto origen de la riqueza. Los marginalistas infieren su concepción del valor a partir de la relación del hombre con la naturaleza o con las cosas, mientras que el marxismo lo hace, además, a partir de la relación de la colectividad de productores con la naturaleza y entre ellos, es decir, a través de las relaciones sociales e históricamente determinadas. La concepción del valor en la corriente marginalista se conoce como la teoría del valor-utilidad, mientras que en el marxismo se conoce como la teoría del valor-trabajo. Marx reconoce que todo valor mercantil tiene que tener un valor de uso, de lo contrario sería un no valor, una pura inutilidad, pero el valor propiamente dicho, es decir, el valor de cambio y por lo tanto la riqueza de una sociedad sólo puede originarse en el trabajo de la gente.

En otras palabras, para los marginalistas, mientras haya necesidad siempre habrá necesidad de las mercancías y por lo tanto valor de cambio; no se les ha pasado por la mente que la necesidad y su satisfacción es anterior a las mercancías, pudiendo existir sin que existan quienes hoy la colman. Para Marx, en cambio, la mercantilización de la vida y el funcionamiento del capital, en tanto que relación social de producción y de explotación de la fuerza de trabajo ajeno, es un asunto histórico que tuvo un origen y tendrá un fin. De la misma manera que el valor –valor de cambio- tuvo un origen, asimismo, debe tener un fin. Esto último puede sonar contradictorio con la teoría del valor-trabajo, contradicción que Marx atribuye al capital mismo.

La riqueza de un pueblo necesita que su gente trabaje, de lo contrario se moriría de hambre, pero a su vez, la riqueza de una nación se mide por el trabajo acumulado. Mientras más trabajo acumulado tiene una nación, mayor es su riqueza; trabajo acumulado en términos absolutos y en términos relativos, es decir, trabajo acumulado en relación al trabajo necesario que ese pueblo dedica a la sobrevivencia y trabajo acumulado excedentario dedicado a mantenimiento del valor, a inversiones en nuevas innovaciones y aplicaciones tecnológicas, en fin, a más ahorro de tiempo de trabajo necesario y aumento de tiempo disponible. A su vez, nos dice Marx, “*una nación es verdaderamente rica cuando en vez de trabajar doce horas se trabajan seis*”. Y bien podríamos agregar, sin contradecir a Marx, que esa misma nación será mucho más rica si no trabaja del todo o lo hace apenas dirigiendo intelectual o profesionalmente la economía.

Esta paradoja, en este caso aparentemente contraria a la opinión del propio Marx sobre la teoría del valor-trabajo, puede entenderse si en vez de una nación hablamos de una persona que se hace rica trabajando y deja de trabajar una vez enriquecida. Claro está que en una economía capitalista quien más trabaja no es quien más se enriquece, sino quien más capital tiene. Por eso mismo es que Marx mide la riqueza de una nación por el capital fijo acumulado y no por el trabajo vivo que tiene que dedicar para su manutención.

Resumiendo, diríamos que para Marx, llegará un momento, producto del propio desarrollo del capitalismo, en que el valor-trabajo y la teoría que lo sustenta, habrán llegado a su fin, momento en que la gente y no solamente la gente rica tendrá que dedicarse al ocio creativo, pues la sociedad tendrá tanta riqueza que bastará echarle una ojeada a las máquinas para que éstas sigan haciendo el trabajo que hoy hacen las bestias o los trabajadores explotados. Y con la desaparición del trabajo vivo y fatigoso, habrá llegado el momento para que también desaparezca la sociedad capitalista y mercantil.

Esta discusión sobre el fin del trabajo vivo en la concepción marxista, comenzó en los años 70 en el seno de la izquierda europea, particularmente en una corriente de pensamiento conocida como el *postobrerismo* italiano, en ocasión de la lectura del segundo tomo de los Borradores (Grundrisse) de Carlos Marx, particularmente a propósito del famoso segmento del maquinismo en relación a la desaparición de la ley del valor, basada ésta, a su vez, en la teoría clásica del valor-trabajo. La discusión fue levantada por algunos pensadores marxistas, entre ellos Hart y Negri[289].

A continuación citaremos ampliamente las partes más pertinentes del texto de Marx en relación a cómo la gran industria de su tiempo tendía a eliminar el trabajo necesario y ampliaba a su vez el trabajo disponible. Hoy en día, más de 150 años después de haber escrito ese texto, el desarrollo de la robotización y de la automatización, la informática y la microelectrónica, las computadores y las máquinas inteligentes en general, el potencial energético e industrial que ha llevado a los capitalistas a tener que frenar el potencial productivo para mantener los precios, muestran la innecesariedad del trabajo vivo. Son pues, las relaciones sociales y no las fuerzas productivas las que sumen a la humanidad en el desempleo y el

289 Véase: Michael Hardt y Tony Negri, Imperio, Paidós, Barcelona, 2002. Asimismo, Tony Negri, Marx más allá de Marx, Akal, Cuestiones de antagonismo, Madrid, 2001. Una buena síntesis de esta discusión aparece en la Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas, 11-2005, Universidad Complutense de Madrid, en un estudio escrito por Pablo Iglesias Turrión.

hambre. Todo esto muestra que el problema ya no es económico, sino político. Ya no es el capital, sino la sociedad la que tiene que hacerse cargo de planificar la producción y la distribución, con el fin de ponerle fin al capital, al mercado y a la mercantilización de la fuerza de trabajo y de la vida misma. Hoy por hoy, el conocimiento acumulado nos ofrece la posibilidad de que el valor-trabajo como magnitud o medida del valor de cambio deje de ser la medida del valor de uso, brindándonos la oportunidad para abandonar el reino de la necesidad y entrar al reino de la libertad. En estas condiciones, retardar la revolución política se convierte en la prolongación del genocidio y en un desperdicio de los avances de la revolución técnico-científica.

Sobre esta posibilidad nos dice Marx: "*El intercambio del trabajo vivo por trabajo objetivado, es decir, el poner el trabajo social bajo la forma de la antítesis ente el capital y el trabajo, es el último desarrollo de la relación de valor y de la producción fundada en el valor. El supuesto de esta producción es, y sigue siendo, la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado como el factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la gran industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto del trabajo empleado, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez –su powerful effectiveness– (poderosa eficacia) no guarde relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y del progreso de la tecnología o de la aplicación de esta ciencia a la producción (…) El trabajo ya no aparece tanto como recluido en el proceso del producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo. (Lo dicho sobre la maquinaria es válido también para la combinación de las actividades humanas y el desarrollo del comercio humano) (…) El robo de tiempo de trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparado con este fundamento recién desarrollado, creado por la gran industria misma. Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de la riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar, de ser su medida y por tanto el valor de cambio [[deja de ser la medida]] del valor de uso. El plustrabajo de la masa ha dejado de ser condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y el proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo. Desarrollo libre de las individualidades, y por ende no reducción del tiempo de traba-*

jo necesario con miras a poner plustrabajo, sino en general reducción del trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la formación artística, científica, etc., de los individuos gracias al tiempo que se ha vuelto libre y de los medios creados para todos. El capital mismo es la contradicción en proceso, [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza (…) por un lado despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro lado se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales -unas y otras aspectos diversos del desarrollo del individuo social- se le aparecen al capital únicamente como medios, y no son para él más que medios para producir fundándose en su mezquina base. In fact (de hecho), empero, constituyen las condiciones materiales para hacer saltar a esa base por los aires "Una nación es verdaderamente rica cuando en vez de doce horas se trabajan seis. Wealth (La riqueza) no es disposición de tiempo del plustrabajo" (riqueza efectiva), "sino disposable time (tiempo disponible), aparte el usado en la producción inmediata, para cada individuo y toda la sociedad". La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ferrocarriles, electric telegraphs (telégrafos eléctricos), selfacting mules (hiladoras automáticas), etc. Son éstos, productos de la industria humana; material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital fixe (capital fijo) revela hasta qué punto el conocimiento o knowledge social general se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del general intellect y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no sólo en la forma del conocimiento, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso vital real"[290].

De este texto y de las condiciones actuales de la tecnología, así como del despilfarro de la producción y de la productividad, expresado en la ociosidad de las máquinas se puede inferir la posibilidad objetiva de un proceso de desmer-

290 Carlos Marx, Grundrisse 1857-1858 Op. Cit., t. 2, III EL CAPITULO DEL CAPITAL (continuación), Contradicción entre la base de la producción burguesa (medida del valor) y su propio desarrollo. Máquinas, etc., pp 227-230.

cantilización, entendido como la capacidad para que toda la humanidad pueda gozar del producto de todos los sacrificios milenarios, desde la esclavitud hasta la servidumbre y el trabajo asalariado, pletóricos de explotación y sobreexplotación, accediendo al mismo tiempo y en forma gratuita a todos los productos de las civilizaciones anteriores. Desmercantilización del capital, desmercantilización de los bienes de uso, desmercantilización de los recursos naturales y sobre todo desmercantilización de la fuerza de trabajo.

Por esta razón es que se vuelve estratégica una revolución cultural en todos los países del mundo, con el fin de que los valores culturales dominantes dejen de ser los valores (valores de cambio) de la clase material y culturalmente dominante.

2. Los valores culturales dominantes son los valores de la clase dominante

Como sabemos, la lucha de clases no está planteada solamente a nivel político, militar o económico, aunque por supuesto todas esas luchas son importantísimas, pero a decir verdad todas pasan por la opinión que nos hacemos de todo este complejo e intrincado proceso teórico y práctico.

Desde el punto de vista económico, el valor más reconocido es el valor del capital y de los capitalistas, muy por encima del valor de la fuerza de trabajo o de los trabajadores. Pues bien, lo que pasa a nivel económico pasa también a nivel cultural. Los valores culturales dominantes son los valores de la clase dominante, tanto los valores materiales del capital como los valores culturales de las mercancías, sean estas materiales o simbólicas. Como decía Marx no importa si las necesidades provienen del estómago o de la fantasía. Recordemos ahora lo que dijimos en uno de los apartados del capítulo 3 del libro primero, a propósito del papel del valor de uso en la fetichizacion mercantil.

Como dejamos sentado en aquel apartado, la discusión sobre el valor de cambio o proporcionalidad en que se cambian las diferentes mercancías a valores equivalentes, no se debería descuidar el significativo papel que tiene el valor de uso, sobre todo el que proviene de las necesidades espirituales o simbólicas, lo que tanta importancia adquiere a la hora de dirimir la lucha ideológica entre el capital y el trabajo. Así como el capitalismo ha pagado caro su creencia de que el lucro puede regular la economía armónicamente, sin satisfacer las necesidades de la gente (sus potenciales compradores), asimismo el socialismo ha pagado caro el creer que sólo de pan vive el hombre y que de lo único que se trata es de satis-

facer necesidades básicas, haciendo caso omiso de los deseos o necesidades secundarias a la hora de consumir o de escoger lo que se quiere consumir.

El paradigma liberal apostó, aunque no siempre lo lograra, a establecer una economía de mercado totalmente libre, es decir, sin mucha intervención del Estado ni de los monopolios en la economía. Como señalamos en su ocasión, en principio, el Estado solo debería ocuparse de las tareas republicanas de seguridad de la propiedad, sin embargo, hoy en día, cualquier Estado sobrepasa con creces aquellas tareas, ocupándose realmente de muchas cosas más. En cuanto a los monopolios, el fracaso ha sido total, pues los monopolios y oligopolios, así como los monopsonios, acaparan prácticamente toda la economía mundial.

Asimismo, apostaron a la democracia representativa y a las libertades civiles y políticas. De esta manera, se lograría la felicidad del mayor número, el crecimiento, y a la larga la igualdad de oportunidades y de ingresos. En esto tampoco han mostrado el éxito deseado, a juzgar por la cantidad de dictaduras, guerras de intervención y fenómenos fascistas de toda clase que han tenido lugar bajo esas banderas. Sin embargo, el valor de la libertad y de la democracia sigue siendo dominante y la gente sigue pensando que es mejor la libertad y la democracia que la dictadura y el despotismo.

El socialismo, en cambio, apostó con igual éxito a planificar la economía por parte del Estado, con el fin de impedir la anarquía de la producción y el crecimiento con desigualdades. Dado que las experiencias socialistas se llevaron a cabo en países atrasados desde el punto de vista técnico, se tuvo que recurrir a un proceso de acumulación de capital con bastantes costos sociales, aunque siempre menores que los cobradas por el capitalismo en sus primeros siglos de existencia. Estos costos sociales resultaron de la explotación del campesinado en aras de la industrialización de la economía y de una disciplina política exigida para forzar la colectivización de la economía mercantil simple y regular el consumo en aras de promover el ahorro que la acumulación requería. Este modelo tuvo grandes costos políticos, a pesar del éxito económico y social sobre la población.

Pero aún en las peores condiciones, el sufrimiento o la penuria material no hicieron tanto daño a la imagen interna y externa del socialismo, como la penuria de imágenes y fantasías que el capitalismo ha sabido bien explotar.

Veamos en los próximos apartados, el carácter seductor que han alcanzado las mercancías y la importancia que tienen en la opinión de las masas a la hora de

escoger entre la satisfacción de las necesidades y la satisfacción de los deseos, o como lo expresamos nosotros, entre el modo de producción y el modo de vida.

El carácter seductor de las mercancías

En este apartado vamos a valorar lo que señalamos en los primeros capítulos a propósito de la importancia que tiene el valor de uso de las mercancías para satisfacer necesidades, pero sobre todo deseos en el alma de los consumidores, lo que en el mercado capitalista engendra relaciones de fetichización entre éstos.

En el mercado capitalista realmente existente, el carácter seductor de las mercancías puede ser fuente de alegrías o de penas. En el primer caso, diríamos que el metabolismo del mercado favorece el equilibrio sensual de la personalidad, en el segundo caso diríamos que genera fracturas metabólicas o patologías individuales o sociales. La solución estaría en la sustitución del metabolismo del mercado por un metabolismo social amigable entre los seres humanos y amigable con la naturaleza.

El hecho de que existan necesidades que brotan de la fantasía tiene una gran importancia en la vida personal, social y política de las personas, pues la fantasía, independientemente que se realice plenamente existe como realidad y como realización de deseo antes, incluso, de ser satisfecha. Y esta excitación del deseo por poseer el objeto de la fantasía es la que muchas veces explica las razones por las cuales la gente opta por que se les permita el deseo aunque no necesariamente su satisfacción. Para una persona enamorada, por ejemplo, es más fatal que le impidan desear, cosa que además es casi imposible, a que le impidan satisfacer sus deseos. La pasión de Romeo y Julieta, así como el atractivo que tiene esta obra de Shakespeare no estriba en la relación sexual de los amantes, sino en la pasión que despierta su enamoramiento, así como en el deseo de libertad, acompañando sus deseos más entrañables, literal y simbólicamente hablando. De tal manera que cuando analicemos el metabolismo del mercado, tendremos que incorporar no solamente el intercambio real de materia y energía, sino la información emocional que interviene en la conducta de la gente. El escaparate de las tiendas sofisticadas, tiene tanta influencia en los consumidores como en aquellos que jamás podrán consumir aquellas mercancías. No exageraríamos, pues, si decimos que el mercado se ha convertido en una verdadera religión.[291]

291 Hugo Hassman, *La idolatría del mercado*, Dei, Costa Rica, 1979.

Decir que la ideología dominante es la ideología de la clase dominante, no implica que la realidad socioeconómica del pueblo dominado sea igual a la del estrato dominante, sino todo lo contrario, por lo que la afirmación se vuelve paradójica. Y como la hegemonía de todo proyecto, sobre todo de un proyecto revolucionario, tiene que ver con la ideología, no es ocioso que nos detengamos a pensar acerca del carácter seductor que en la modernidad han alcanzado las ilusiones y deseos para influir en el pensamiento de una sociedad, aunque quizás sea más exacto decir que aún antes de la modernidad fue así o que ha sido así toda la vida.[292]

La lucha y las dificultades generadas por la regulación estatal del mercado, no estriban solamente en el campo de la productividad, el crecimiento y la acumulación o reproducción ampliada de la economía, sino que tiene un campo de batalla que se extiende a nivel cultural en la arena del mercado o de la sociedad civil. Se trata de la disputa de la opinión pública, donde las opciones por las libertades democráticas, incluyen las opciones por un consumo diversificado. Nos estamos refiriendo a las libertades formales del consumidor, independientemente de su capacidad adquisitiva, es decir, independientemente de que puedan o no adquirir una serie de mercancías que el mercado diversificado les ofrece, opciones que están más desarrolladas en el mercado capitalista que en el mercado socialista. Diferencia que se entiende fácilmente, pues en el primero lo que cuenta es la ganancia y no las necesidades, mientras que en el segundo los excedentes tienen que aplicarse en orden a las necesidades priorizadas de las grandes mayorías. Y como sabemos, para una gama amplia de la población, lo que cuenta es alcanzar el nivel de vida superior, importando menos las condiciones de la gente que tiene un nivel de vida inferior. En otras palabras, la gente tiende a querer igualarse hacia arriba y no hacia abajo.

Situados en este campo vale la pena discutir la forma que adquiere la lucha entre el modo de producción y el modo de vida. Es evidente que parte de la lucha se establece en el seno de las propias masas populares, quienes no se dejan llevar solamente por los diferentes modos de producción, aunque sean favorecidos o desfavorecidos por los mismos, sino que en su conducta y expectativa también incluye su opción por el modo de vida.

No se rechazó el modo de producción, sino el modo de vida

En cierta forma, fue el modo de vida y no el modo de producción el que más contribuyó a la implosión del socialismo de Estado en los países del Este europeo.

292 Cfr: Jean Baudrillard, *Crítica de la economía política del signo*, Siglo XXI, México, 1987.

En la reversión histórica del socialismo de Estado, mucha gente, por una u otra razón, optó por el modo de vida que observaban en el mercado capitalista de los países occidentales, tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista económico. La gente se inclinó por la libertad para elegir a sus representantes políticos desde una posición de pluralismo político, así como por la libertad para consumir bienes de consumo situados en los escaparates occidentales. De ahí la importancia que tiene en la lucha ideológica la expectativa de la movilidad social o de la simpatía política de la gente, independientemente de que para la mayoría sea una quimera, una libertad formal, como solía llamarla Lenin, respondiendo al discurso liberal que pregona la soberanía del consumidor. Así como la inflación de precios, afecta subjetivamente a los consumidores, igualmente se muestran sensiblemente afectados ante el desabastecimiento de bienes suntuarios o de segunda necesidad; masa de consumidores que reacciona muchas veces a favor de una opción de derecha que estructuralmente los desposee de facilidades, oportunidades o bienes de consumo primario como educación, escuela o salud, además del empleo. La discusión de la lucha de clases no puede ignorar el componente ideológico o como prevenía Marx en las tesis sobre Feuerbach, el componente subjetivo. Esta situación se vuelve más conflictiva en procesos donde la revolución aceptó disputar el poder a través de las elecciones y la distribución de los excedentes a través del mercado.

Como nos decía un ministro, amigo y revolucionario cubano: "*hay dos inventos que el capitalismo ha sabido bien aprovechar, como son las vidrieras y las elecciones*". (Vidriera = Escaparate o estante donde se exhiben miles de mercancías, expuestas al mejor postor). Efectivamente, y quizás debido a una inercia cultural, la gente quiere elegir a quienes quieren que los gobierne y quieren tener la opción de comprar lo que desean. No importa si después de cada elección sienten que se equivocaron, no importa si solamente una minoría puede acceder a las mercancías exhibidas en los tiendas. Y como podrá notarse fácilmente, el planificador socialista se guía por la satisfacción de las necesidades de las mayorías y no por los deseos a los que sólo podrían acceder sectores minoritarios, al menos mientras existiera la situación de semipenuria prevaleciente en la mayoría de los países donde se iniciaba el socialismo.

La lucha entre el modo de producción y el modo de vida, aparece como una lucha entre las necesidades y los deseos, donde el socialismo prioriza las necesidades y el capitalismo prioriza los deseos, no importa que estos últimos solamente existan para una minoría, lo que importa es que son ofrecidos libremente para cualquiera que tenga dinero o ilusiones para adquirirlos.

La lucha por un nuevo modo de producción lleva consigo la lucha por un nuevo modo de vida. En las formaciones sociales capitalistas los productores se orientan por la ganancia, mientras los trabajadores por las necesidades, particularmente por las necesidades primarias. Sin embargo, como decía Marx "*la ideología dominante es la ideología de la clase dominante*". En este caso, la cita apunta a señalar la importancia que adquiere para las masas empobrecidas el modo de vida publicitado por los agentes del capital. Para nadie es un secreto que aún las masas empobrecidas aspiran a consumir lo que el mercado ofrece, no solamente en términos de necesidades, sino también en términos de deseos. En otras palabras, la gente quiere satisfacer sus necesidades, pero también quiere, con igual o mayor ahínco, satisfacer sus deseos, no importa si éstos son menos importantes para la sobrevivencia. Más aún, para el hombre y la mujer, una vez que se satisfacen las necesidades primarias es que comienza el verdadero tránsito entre el ser como organismo y el ser libre en tanto humano.

Por tanto, existe una relación que no se puede soslayar entre las necesidades del pueblo y los deseos promovidos por el consumismo. Y esta contradicción no aparece solamente en los casos donde los procesos de transformación conviven con el esquema electoral de la democracia representativa o en el marco del mercado, sino que las mismas suelen hacer estragos aún donde el proyecto revolucionario funcionaba en un marco completamente socialista, como fue el caso de la Unión Soviética y de los países del Este europeo, antes de la Perestroika, donde el partido y el estado comunistas controlaban absolutamente todo en la economía y en la sociedad: medios de producción y de cambio, hegemonía política sobre la población, fuerzas armadas, medios de comunicación, producción, intercambio, consumo y acumulación.

No es por casualidad que en estos países existiera lo que se conoció como el muro de Berlín. Tampoco es casualidad que los dirigentes soviéticos tuvieran una febril discusión sobre la posibilidad del socialismo en un solo país o la lucha por destinar los excedentes hacia el sector I de la economía (bienes de capital) o hacia el sector II de la economía (bienes de consumo). Ya no digamos, la restricción sobre el sector de lujo.

Sabemos que los seres humanos en general y los pueblos necesitan resolver o satisfacer sus necesidades vitales, como alimentarse, vestirse, sanarse y educarse. Asimismo, sabemos que el consumidor, que también pertenece al pueblo, se rige además por los deseos, expectativas y aspiraciones creadas por la sociedad. Sería un error, negar que bajo la sociedad de consumo, exista una

irresistible presión por consumir los productos más publicitados. Tomar alcohol, por ejemplo, no es una necesidad vital, pero sí es un deseo anímico-social, fomentado y estimulado por la publicidad a tal nivel que uno se pregunta cómo es que todavía exista gente que no toma alcohol, privándose de un pasaporte a la felicidad, de acuerdo a los anuncios publicitarios de las empresas que lo venden. Sabemos igualmente que muchas veces el deseo no obedece a la racionalidad del consumidor como dirían los marginalistas, sino a la educación recibida y cultivada en una sociedad o estrato determinado. Pero lo que queremos señalar concretamente es la competencia entre la satisfacción de una necesidad y la satisfacción de un deseo, diferencia que ha dividido al campo capitalista occidental y al campo socialista periférico, con graves consecuencias en la conciencia a la hora de escoger entre regímenes o políticas económicas.

Efectivamente, el American Way of Life, tan afamado, publicitado y tan bien vendido por Hollywood, tiene tanta influencia y tanto atractivo que resulta toda una odisea mística sustraerse de tales imágenes, influencias o conductas. Como la mercancía sólo madura como tal cuando se realiza o se vende en el mercado, existe una gran presión sobre los productores por venderlas, lo que los lleva a publicitarlas obsesivamente, generándose una verdadera locura consumista. Prácticamente, en el mercado de vitrinas o vidrieras, escaparates o pantallas publicitarias, se le inculca a la gente lo que tiene que consumir so pena de ser infelices. El llamado consumismo se ha convertido prácticamente en una carrera por la felicidad y aunque parezca absurdo, el torbellino del consumismo tiene un enorme atractivo y se ha convertido en un modo deseoso de vivir que llega a superar el modo de producir para sobrevivir. Y no estamos hablando solamente de licores, sino de luces y colores, en fin, fantasías que existen en las imágenes de televisores o celulares: comidas rápidas, Mc Donald's, Burger King, Coca Cola, sexo y otros símbolos lúdicos, alcohol y drogas o fármacos que calman el dolor, vestidos y marcas, shopping centers, películas, vehículos, gadgets y juguetes, billetes para dar la vuelta a mundos exóticos, formas de vivir de los artistas, modelos sensualizadas, estrellas deportivas, líderes exitosos y mil y una noches más, la mayoría de las cuales solo son consumidas por una minoría, pero que excitan las expectativas de una mayoría que tiene en la clase media su mentor cultural. Sería un error no reparar en la cultura de la diversión o la farándula como uno de los éxitos del mercado capitalista para atraer a las masas, tanto que no es exagerado decir que mucha gente en los países socialistas observa a occidente con los ojos que occidente quiere ser visto.

El poder cultural de las mercancías que el capitalismo pone a danzar por el mundo entero no tiene parangón en la historia y se vuelve difícil taparse los oídos para no ser alcanzado, como Ulises, por los cantos de sirena y resistir semejante bombardeo de luces y sonidos.

Los intelectuales estadounidenses son muy conscientes de la hegemonía cultural ejercida por el imperio en todo el universo conocido. Un asesor de estudios estratégicos y consejero de seguridad de la presidencia estadounidense, Zbigniew Brzezinski, refiriéndose explícitamente a este fenómeno lo describe mejor que nosotros. En uno de sus últimos libros afirma: "*La revolución cultural global inspirada por Estados Unidos está redefiniendo los usos y costumbres sociales, los valores culturales, la conducta sexual, los gustos personales y las expectativas materiales individuales de las generaciones más jóvenes de casi todo el mundo, caracterizadas cada vez más por unas aspiraciones, diversiones e instintos adquisitivos comunes. Aunque los medios materiales de cerca de 3,000 millones de jóvenes entre 10 y 30 años difieran considerablemente, es posible apreciar la extraordinaria similitud con la que en todo el mundo se sienten las ganas de comprar los CD más recientes, las fascinación con la que se ven las películas y las series televisivas estadounidenses, la magnética atracción que ejerce la música rock, la difusión de los juegos digitales, la omnipresencia de la ropa vaquera y la absorción de la cultura popular estadounidense". (…) "La extraordinaria capacidad de seducción de la cultura de masas emana de los fundamentos mismos de la democracia estadounidense, que valora de manera muy especial el igualitarismo social combinado con la oportunidad de realización y enriquecimiento individual. (…) Impulsado por ese atractivo, Estados Unidos se ha convertido en vehículo de una seducción cultural que cala, invade, absorbe y reconfigura el comportamiento externo, y, finalmente, la vida interior de un sector cada vez mayor de la humanidad". (…) "Resultaba más fácil a la KGB aislar a los intelectuales soviéticos del contagio doctrinal externo que impedir que los de la Liga Juvenil de los Comunistas se pusieron vaqueros, escucharan jazz en privado y asediaran a los visitantes a preguntas sobre las últimas modas estadounidenses". (…) "Por una parte Hollywood es el símbolo global de una industria que, a lo largo del siglo XX, logró convertirse en la principal fuente de entretenimiento y de influencia cultural de la humanidad. Las producciones estadounidenses representan aproximadamente casi el 80% de los ingresos de la industria cinematográfica mundial. En Francia los filmes estadounidenses representan el 60% de los ingresos de las taquillas. En China, tras la importación inicial de un número muy limitado de películas de Hollywood y el éxito inmediato que alcanzaron en taquilla, el gobierno*

renunció a sus intentos de producir sus propios filmes "políticamente correctos" (básicamente propagandísticos)". (…) En Internet, además, el inglés es el idioma más utilizado tanto para el juego como para el trabajo (96% de todas las páginas de comercio electrónico están en inglés). La seducción cultural a escala mundial se ve facilitada además por la rápida difusión de la lengua inglesa, en su versión norteamericana, como lengua franca internacional. Entre quienes educan a las generaciones más jóvenes, el inglés ha pasado a ser considerado, no ya un idioma extranjero, sino una habilidad básica, a la par con la aritmética". (…) "En la década de 1950, la "coca-colonización" era el slogan antiestadounidense por excelencia empleado por la izquierda europea, medio siglo después, el logotipo de McDonald´s, presente en prácticamente cualquier ciudad extranjera importante, se asocia a menudo –para bien o para mal- con la bandera de las barras y las estrellas".[293]

En cuanto a la producción, intercambio y consumo de mercancías, el mundo aparece hoy más abarrotado que ayer de un enorme arsenal de mercancías. Junto a la guerra, la mutua invasión de mercancías entre los diferentes países que pueblan la humanidad, sigue siendo el mecanismo principal para someterse unos a otros o someter al mundo entero, y a la cabeza de ellas se encuentra la mercancía-dinero. Con el gigantesco crecimiento de los BRICS, a la cabeza de los cuales se encuentra la llamada China comunista, el mundo se nos presenta, como decía Marx, "como un enorme arsenal de mercancías". La competencia por vender se expresa por el rótulo que portan las mercancías: made in USA o made in China. La mercancía sigue apareciendo como la reina del mercado. En el mercado capitalista todo pasa como en el circo, donde la estrella sigue siendo la bailarina, aunque detrás se encuentre el dueño del circo contando los boletos vendidos y calculando las ganancias. El salto hacia adelante que China emprendió recurriendo al mercado para competir económicamente, pareciese conceder razón a Marx cuando sentenció que la revolución socialista se haría impulsada sobre los hombros del capitalismo más avanzado. Aludir a la economía china como capitalismo de Estado o como socialismo de mercado pareciera ser una misma cosa, cuestión que seguiremos analizando en los próximos capítulos.

A pesar de lo que hemos dicho, siempre han existido personas, grupos o clases, capaces de adquirir una conciencia que supera las condiciones inmediatas de vida y enrumban su conducta, comportamiento social o modo de vida acorde con

293 Zbigniew Brzezinski, *Estados Unidos como fuente de seducción cultural*, en El dilema de los EE.UU. ¿Dominación Global o Liderazgo Global? 204-209, Piidos, Barcelona, 2005, págs., 2004-2009.

los ideales de justicia social que pregonan; aunque en períodos limitados y excepcionales. Sin embargo, bien sabemos que la ética social, es decir, los principios encarnados en una práctica social, necesitan de un andamiaje socioeconómico objetivo, acorde con las condiciones sociales en las que nos desenvolvemos, las que perfectamente pueden desarrollarse combinando políticas económicas y sociales a favor de los más desposeídos.

En este sentido sería bueno comparar el giro de la revolución china, a la hora de encaminarse por un socialismo de mercado, donde la producción de los bienes de capital para recuperar la acumulación industrial de occidente no ha descuidado la producción de los bienes de consumo, aún de los más superfluos. Cualquier socialista diría que es mejor tener a China batallando en un socialismo de mercado que genere prosperidad económica, aún a costa de la desigualdad social, haciéndoles la competencia a los países imperialistas, que mantenerse enfrascado en un mundo unipolar con Estados Unidos a la cabeza.

Y es sobre estos puntos que adquiere relevancia y pertinencia el debate sobre el itinerario, la combinación y las prioridades de las políticas económicas más adecuadas para aumentar la prosperidad económica al mismo tiempo que disminuir las desigualdades sociales, sobre todo en pequeños países periféricos, agro-exportadores, que ni siquiera han logrado la soberanía política, menos económica, el mercado interno, la reforma agraria, mucho menos la industrialización. Decimos pertinente, porque creemos que la voluntad y necesidad de ponerlos en agenda es porque mantenemos la tesis de que sigue siendo posible y necesario proponerse una transición al socialismo, como forma de enfrentar la situación poscolonial en que se encuentran la mayoría de los países del llamado Tercer Mundo, particularmente en América Latina. La correlación y el atraso histórico es tan grande que ya ni siquiera los liberales o la clase empresarial local son capaces de emprender las reformas democrático-burguesas que les correspondería emprender, mucho menos la corriente neoliberal, empezando por la reforma agraria, pasando por la infraestructura básica (construcción y energía) y continuando con la gratuidad de la educación y la salud, es decir, lo que sería un programa mínimo de democratización social para que estos países empiecen a salir de su empobrecimiento sistémico.

No podemos negar que en estos países socialistas la dirigencia o regulador consciente se ocupó de la satisfacción de las necesidades básicas, pero no podían liberarse de la determinación del valor, no podía evitar la confrontación con el imperialismo, ni saltar etapas de la reproducción ampliada para satisfacer todas

las necesidades y todos los deseos, tal como se entienden estos últimos en el occidente capitalista. Las medidas implementadas por la economía soviética se encaminaron a lograr los objetivos del socialismo, como la eliminación progresiva de la diferenciación social o de las clases sociales, el aumento del nivel de vida de la población o del bienestar social de acuerdo a los parámetros de la época, la responsabilidad del Estado en la educación y la salud de toda la población, la gestión de los trabajadores organizados en la dirección de las empresas, la economía y el Estado. Finalmente, la construcción de un sistema socialista mundial, basado en la solidaridad. Recordemos, como lo señalamos en su oportunidad, que la Unión Soviética alcanzó un nivel de acumulación económica sin precedentes, llegando a ser, en varios campos, la segunda potencia después de los Estados Unidos.

Pero, como señalamos en palabras de Marx, mientras exista la producción social, la determinación del valor seguirá existiendo. La producción social implica productores separados unos de otros, no importa si todas las fábricas pasaron a manos de los trabajadores o del Estado; por ende la determinación del valor y el efecto perverso y erosionante del intercambio mercantil, local y mundial, tanto a nivel económico como cultural seguirá pesando en todo esfuerzo de transformación.

Todavía no estamos en el reino de la abundancia para todos, todavía los bienes se siguen intercambiando, aunque no de la forma anterior, todavía los precios (expresión en dinero del valor), sigue siendo una herramienta de cálculo; todavía la demanda y la oferta serán movimientos necesarios de observar, aunque los mismos sean epifenómenos de la determinación del valor, todavía la mercancía seguirá viajando aunque no sea orientada por la ganancia, siempre será orientada por las necesidades y gustos del consumidor individual, al menos las mercancías de consumo de masas. Y es aquí donde nosotros queremos dejar sentada nuestra hipótesis de que al mínimo movimiento que aparte las mercancías de su intercambio proporcional o desarreglo de precios de acuerdo a la ley del valor, se generará una distorsión de algunas de las reglas del mercado, lo que provocará desarreglos mayores con serias consecuencias. Como sabemos, la Unión Soviética y los países socialistas del Este Europeo implosionaron y se transformaron en países capitalistas en poco tiempo, en gran parte debido a la competencia con el mercado capitalista-imperialista en que se llevó a cabo la revolución y el socialismo soviético. No menos importante fue la contradicción y los conflictos étnico-nacionales que contribuyeron a erosionar el centralismo soviético, cosa que también sucedió en Checoslovaquia, Alemania y Yugoslavia.

Hoy en día quedan muy pocos países socialistas con aquellas características, quizás Corea del Norte sería el único caso, aunque sin los requisitos políticos que sugería Einstein, como es la democracia política y la percepción de libertades cívicas y políticas. En otras palabras y durante más de medio siglo se cumplió la tesis leninista de que la revolución socialista podía llevarse a cabo también en países atrasados, pero como sabemos la revolución política no es lo mismo que la revolución social o el socialismo.

Efectivamente, la falta de democracia y de libertades políticas, así como el peso de una férrea y corrupta burocracia contribuyó al desmoronamiento del mundo socialista, pero nadie puede dudar de que en la mayoría de las experiencias socialistas desapareció la burguesía como clase social privada, se reguló el mercado de acuerdo a una planificación centralizada y los trabajadores organizados alcanzaron un nivel de bienestar social y participación sin precedentes en países empobrecidos o provenientes del mundo colonial. No desconocemos la discusión sobre si los administradores o managers del socialismo constituyen una clase social capitalista o burguesía de Estado, pues aunque no tengan la propiedad de los medios de producción, tienen el poder de gestionarlos de acuerdo a intereses económicos o políticos definidos por sus propios criterios, al igual que los managers o gerentes de las grandes corporaciones privadas capitalistas.

Lo que nos interesa destacar es que el proyecto socialista está obligado a debatirse teórica e históricamente en el campo de batalla del mercado, donde las reglas del capitalismo no le favorecen, lo que genera un gran problema para un proyecto socialista que tiene como objetivo redistribuir la riqueza tomando en cuenta el trabajo aportado por cada quien, así como las necesidades generales de la sociedad, desde la infraestructura económica (construcción y electrificación), hasta el apoyo a los pequeños productores, sin descuidar los sectores que no disponen de ingresos, como los niños, los adultos mayores, o la población empobrecida o desempleada que requiere servicios básicos en educación, salud y agua potable. Uno de los mayores desafíos de los gobiernos de izquierda de América Latina es administrar una economía capitalista y gobernar una sociedad neo-liberalizada, donde para redistribuir los excedentes tienen que tratar no solamente de regular el mercado, sino buscar capital, privado o público, necesario para desarrollar su economía, so pena de ver disminuir sus rendimientos, pues sus efectos se convertirán en un boomerang contra las mismas políticas económicas redistributivas. En América Latina el problema se agudiza debido a la presencia de varios factores que pesan mucho sobre nuestra soberanía, como es la

presencia del capital extranjero, tan necesario como perjudicial; la existencia de tratados comerciales internacionales totalmente leoninos para el desarrollo endógeno y autosostenido; la existencia de un segmento significativo de pequeños productores con una baja productividad; finalmente, pero no menos importante, la existencia de un empobrecimiento que lastra las posibilidades de un ahorro nacional que nos permita despegar económicamente.

Hasta ahora y desde que existe el socialismo como proyecto para disminuir y eliminar la concentración y exclusión de la riqueza generada por un país, así como para desplazar a las clases sociales empobrecedoras, la intervención o manipulación de las reglas del mercado ha significado un dolor de cabeza, pues no se puede redistribuir la riqueza de acuerdo a los criterios de justicia social, sin contar con capital para competir y garantizar la reproducción ampliada del capital social, de manera que, una vez alcanzado el nivel de vida de los países más industrializados, la desmercantilización continúe socializando los costos del gasto social, poniendo a disposición del mayor número el acceso libre y gratuito de los bienes de consumo, así como la disminución paulatina del tiempo de trabajo necesario.

3. Socialismo y economía social

Hoy estamos en la misma situación en que estábamos en el siglo XIX e inicios del siglo XX, es decir, discutiendo entre revolucionarios y marxistas sobre el significado del socialismo, así como las diferentes estrategias para alcanzarlo, con la diferencia que ya ha pasado un siglo de socialismo, donde se probaron diferentes visiones, proyectos y prácticas para cambiar el capitalismo y sustituirlo por el socialismo. En tal sentido y aunque no siempre se explicite a qué proyecto estemos apostando, ha aparecido en el horizonte un renovado concepto que puede ilustrar las principales alternativas, reformistas o revolucionarias, para enfrentar los embates del capitalismo, la globalización neoliberal, así como las posibilidades de superar dialécticamente (incorporando los mejores aportes) los tropiezos del socialismo en el siglo recién pasado.

Nos referimos al concepto de economía social, algunas veces entendido como “la otra economía”. Entre los términos utilizados para referirnos a una economía alternativa a la economía realmente existente podemos señalar diferentes nombres y versiones utilizados por diversos autores de todas las posiciones, desde la responsabilidad social empresarial, hasta el socialismo participativo. En una reciente antología titulada *Diccionario de la otra economía*, previamente citada, encontramos fenómenos y conceptos referidos a la altermundialización: *el antiu-*

tilitarismo, el asociacionismo, la autogestión, la economía de los bienes públicos, la bioeconomía, el capital social, el cambio social, el comercio justo, el consumo solidario, la cultura, el decrecimiento, el desarrollo sostenible, desarrollo local, el Don, Derechos, economía alternativa, economía de convención, economía informal, economía moral, economía no mercantil, economía no monetaria, economía plural, economía popular, economía de la regulación, economía social, economía solidaria, economía del trabajo, empresa solidaria, espacios públicos, Estado social, ética económica, evaluación democrática, mujeres y economía solidaria, finanza solidaria, gestión social, mercado solidario, microcrédito, moneda social, movimientos sociales, organizaciones internacionales, participación popular, protección social, reciprocidad, responsabilidad social empresarial, sector público, servicios de proximidad, socialismo participativo, sociedad civil, socio economía del trabajo, sociología económica, solidaridad, tercer sector, trabajo emancipado, utilidad social, utopía.

Ya vimos que la socialización implica un fuerte nivel de desmercantilización, asimismo anotamos que existen diferentes formas de socializar la economía, entre las que destacan: a) La socialización parcial del capital en los países liberales o socialdemócratas, para aquéllas actividades asignadas al sector público, b) La socialización del capital, parcial o total, llevado a cabo en los países llamados comunistas, c) La socialización o colectivización de miles de unidades económicas por la vía cooperativa o autogestionaria, tanto en los países capitalistas como socialistas.

En todo este movimiento de socialización, el reto para el capitalismo ha sido crecer sin desigualdades, mientras que para el socialismo el reto ha sido cómo eliminar las desigualdades sin comprometer el crecimiento económico. Un proyecto que transita del capitalismo al socialismo, es como un barco que quiere virar hacia la izquierda, es decir, enrumbándose hacia una nueva distribución de los excedentes, a favor del bienestar social y para lo cual la acumulación se mantiene pero como un medio. Quienes dirigen el barco tienen dos tareas ineludibles, mantener el barco a flote, intentar mejorar su rendimiento en términos de estabilidad y velocidad y hacerlo virar, sin poner en peligro su estabilidad, tanto en términos económicos como políticos. Nada fácil, como se desprende de todas las experiencias de transición en una veintena de países, entre otras cosas porque se ha tenido que maniobrar el barco en aguas tormentosas y adversas, como son la existencia de flotas enemigas y tener que hacerlo en el océano del mercado.

Algunos países socialistas están enarbolando la tesis de que el mercado no es privativo del capitalismo, cosa que compartimos, pero de ahí a decir que trans-

formar el socialismo de Estado y sustituirlo por un socialismo de mercado es un gran avance, nos parece que significa querer hacer de la necesidad una virtud. Si a lo que se llegó a llamar socialismo estatista o socialismo realmente existente, durante el siglo XX, es a lo que Engels y Lenin llamaron capitalismo de Estado, llamar hoy a los regímenes que combinan la planificación con el mercado y donde se acepta el capital privado, pequeño, mediano y grande, además de la existencia de una inmensa masa de trabajadores por cuenta propia, es algo que al menos merece discutirse. Creo que lo más adecuado es que hablemos de economía mixta dentro de un régimen de orientación capitalista y de economía mixta dentro de un régimen de orientación socialista.

El sector público y la economía mixta

La desmercantilización de la economía no se agota con la desmercantilización del capital, sino que también se expresa a través de la desmercantilización de los excedentes, ya sean que éstos sean producidos directamente por el Estado o indirectamente a través de una fuerte tributación a la empresa privada. Nos estamos refiriendo a la desmercantilización llevada a cabo por el sector público a través de la gratuidad de los servicios públicos y otros bienes de consumo. Esta práctica puede implementarse y de hecho se implementa tanto en economías capitalistas como en economías socialistas.

El sector público es aquella parte del Estado que administra los bienes públicos, es decir, aquellos bienes que son distribuidos y utilizados gratuitamente. El concepto de bien público se remonta a los primeros clásicos de finales del siglo XVIII, entre ellos Adam Smith quienes recomendaban que el Estado se hiciera cargo de la defensa y la seguridad, las facilidades al comercio y la infraestructura, así como otros servicios, entre ellos la educación y la salud. Hoy en día existen cada vez más bienes considerados como bienes públicos que se diferencian de los bienes privados y que ameritan la intervención del Estado, incluyendo el conocimiento intelectual, algunos recursos naturales, incluso hasta la paz o la estabilidad social[294]. Para algunos autores, "*el sector público está constituido por un conjunto de organizaciones, empresas, establecimientos diversos, administraciones, de las cuales se han dotado las colectividades públicas territoriales, estatistas y supranacionales*"[295].

294 Véase: Philip Golub et Jean-Paul Maréchal, Biens Publics mondiaux, en Dictionnaire de l´autre économie, Folio Actuel, Gallimard, Paris, 2006, pp. 67-75.

295 Véase. Ives Salesse, Sector Público, en Diccionaire de l´autre économie, Op.Cit., pp. 553-559.

En términos generales podemos afirmar que siempre ha existido la economía mixta, donde se combina la presencia del sector privado con la acción distributiva o redistributiva desde el sector público. En el ámbito del capitalismo, la economía mixta es propia de los regímenes socialdemócratas o de los llamados Estados de Bienestar Social. En el ámbito del socialismo, la apelación a la economía mixta es propia de lo que se ha dado en llamar socialismo de mercado.

Desde el mercantilismo en el siglo XV hasta el pensamiento económico contemporáneo, encontramos, tanto desde el punto de vista del capitalismo como del socialismo, reflexiones que han acompañado una realidad que muchas veces pasa desapercibida, como es la existencia de la economía mixta o convivencia del Estado y del mercado.

La polémica entre los que están por la auto-regulación del mercado o por la regulación del Estado se remonta al siglo XIX, teniendo como referencia el pensamiento de Adam Smith por un lado y Carlos Marx por el otro lado. A lo largo del siglo XIX, sobre todo en Francia y en Gran Bretaña, una importante gama de reformadores sociales, economistas y líderes políticos y sociales, pusieron en agenda diferentes fórmulas para equilibrar las ventajas de la producción industrial con la igualdad de oportunidades e ingresos de los trabajadores, campesinos y pobladores urbanos empobrecidos por el capitalismo naciente. La cuestión social o popular, entendida como la protección a los más numerosos y los más empobrecidos, recorrió una rica polémica donde abundaron utopías, propuestas y luchas sociales, las que fueron sintetizadas en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels.

El propio capitalismo creó las instituciones para conjurar sus contradicciones y conflictos: creó el estado y las leyes, la opinión pública y las relaciones cívicas en el seno del mercado, una ideología flexible y una cultura justificadora, creó la razón crítica y la democracia como válvulas de escape; creó la conciencia de las desigualdades y la inteligencia y mecanismos para conjurar sus crisis, creó un sector público que permitiera desarrollar las condiciones generales de la producción capitalista (carreteras y electrificación), y, a la vez, en su interior, un sector social con el fin de equilibrar los desajustes del sistema económico.

Para fines de nuestra discusión vamos primero a hablar de la economía mixta y el Estado de Bienestar; posteriormente abordaremos aquellos postulados pertinentes del capitalismo de Estado, el llamado socialismo de mercado y el socialismo comunitario con sus expresiones en la hoy llamada economía social.

La economía mixta en el capitalismo

El concepto de economía mixta en el pensamiento de los economistas clásicos y neoclásicos siempre estuvo relacionado con la necesidad de una intervención del Estado en el mercado, con el objetivo de velar por el bienestar social. Las referencias provienen desde mediados del siglo XIX, con las reflexiones del inglés J.S. Mill o del sueco Knut Wiecksell, quienes mostraron simpatías por el socialismo en el primer caso o del Estado de Bienestar en el segundo caso[296]. En la actualidad y sobre todo después de J.M. Keynes encontramos economistas destacados como Joseph Stiglitz, Jeffrey Sachs, Paul Samuelson o Amartya Sen, quienes se han pronunciado por una economía mixta que combine la economía de mercado con la economía estatal. Estas posturas contrastan con la de otros economistas como L. von Mises, F. von Hayes, Milton Friedman o los monetaristas y neoliberales en general, quienes mantienen su fe en un mercado autorregulado sin interferencias del Estado.[297] Desde otro ángulo, mucho más cercano al marxismo existen trabajos que han incursionado en la relación entre el socialismo y la economía mixta, como el de Michael Kalecky.[298]

Últimamente, existe una versión de la economía social que alude a tres sectores en la economía, como serían el sector privado, el sector público y el sector social, este último ligado a una cultura comunitaria, asociativa y autogestionaria, donde caben desde los ejidos mexicanos, las empresas autogestionarias, las cooperativas o los organismos sin fines de lucro, como las iglesias o los ONG. Hay muchos países que desde el siglo pasado han incorporados a su constitución leyes para instituir y normar la economía social.

Sitglitz, en su libro *La Economía del Sector Público*[299], parte de la existencia y de la necesidad de una economía mixta e inicia su reflexión señalando la presencia del sector público en nuestras vidas a través de los gastos y de la institucionalidad jurídica: defensa, carreteras, colegios, hospitales, normas jurídicas, empleo, impuestos, transporte, etc. Su propuesta como la de muchos economistas neoclásicos es que el Estado debe intervenir para corregir los errores del mercado. Asimismo, señala que el mercado debe mantenerse para enfrentarlos. Las fallas del mercado apuntan a las crisis periódicas recesivas, el costo de las externalidades como el deterioro del medio ambiente, la reducción de desigualdades

296 Knut wiecksell, *La tasa de interés y el nivel de precios*, Aguilar, Madrid, 1963.
297 Carlos Rodríguez Braun, *Estado contra mercado*, Taurus, España, 2000.
298 Michal Kalecky, *Economía socialista y mixta*, FCE, México, 1972.
299 J. Stiglitz, *La economía mixta*, Antoni Boch Editor, Barcelona, 2000.

sociales y su incapacidad para suministrar bienes públicos imprescindibles para enfrentar la pobreza, la presencia negativa de los monopolios y los desequilibrios económicos en general. También una falla del Estado es la información limitada, el control limitado de las empresas privadas, el control limitado de la burocracia, limitaciones impuestas por los procesos políticos.

El Estado de bienestar

Existe una ruta al socialismo que combina, el mercado con la planificación, la socialización estatal y cooperativa, la redistribución fiscal de los excedentes y la democracia directa. Ciertamente, existe otra ruta hacia el socialismo emprendida por quienes se han denominado partidarios de la socialdemocracia, que apuestan a una mejor distribución de la riqueza dejando que el mercado funcione de acuerdo a sus propias reglas y redistribuyendo una parte de la riqueza a través de la tributación y la distribución del presupuesto gubernamental. Los países socialdemócratas, como los países escandinavos, decidieron dejar gran parte de la producción en manos de los empresarios capitalistas y en gran parte en manos de las cooperativas, sin desprenderse de las empresas estratégicas que estaban en manos del Estado, decidiendo, a posteriori, es decir, una vez que los excedentes fueron producidos, redistribuirlos a través de los mecanismos de una política económica y social redistributiva. Afectando las rentas vía los impuestos, directos e indirectos, socializando los costos sociales, con los cuáles beneficiaban progresivamente a toda la población, en la medida en que el presupuesto nacional del sector público se fuera ampliando al mismo ritmo que el crecimiento de la productividad y de la producción. No es despreciable el rol jugado, en una consciente economía mixta, como la escandinava, por la democracia política, en la medida que los trabajadores y ciudadanos se las agenciaron para acceder a una participación en todas las áreas de la economía, la política y la sociedad. Ciudadanos organizados en poderosos sindicatos, cooperativas en todos los campos de la economía, así como un conjunto de asociaciones de ciudadanos presentes en gran parte de la vida pública. Aspectos relevantes para los procesos del Tercer Mundo de la experiencia del Estado del Bienestar escandinavo. A continuación transcribimos un texto producto de una entrevista con el escritor Jorge Capelán, conocedor del modelo sueco, tal como funcionó en sus mejores momentos.

"*Durante un relativamente largo período, entre los años 50 y 60 del siglo pasado, se demostró que era posible someter al mercado a una planificación consciente que combinaba tanto la satisfacción de las necesidades de la población como el crecimiento económico. Esta planificación fue parte de 'proceso de confrontación*

y compromisos conocido como 'el debate de la economía planificada' en el que estaban enfrentadas (y al mismo tiempo cooperaban) la visión social-liberal sobre una planificación de mercado" por mecanismos indirectos y la visión socialdemócrata/socialista hacia el fortalecimiento del sector público y la democracia económica.

La creación, a partir de los impuestos al capital y a los ingresos, de grandes fondos sociales y de vivienda para satisfacer las necesidades de la población a partir de una lógica de derechos y de expansión del consumo social. En este sentido, el Programa del Millón de Viviendas impulsado durante el período 1965–1974 es un ejemplo clásico.

Un avanzado código de derechos laborales, contemplando no solo vacaciones, cotización a seguros médicos y pensiones, etcétera, sino también la protección del empleo y los derechos de maternidad.

Una serie de políticas sociales muy avanzadas que llegaron a prácticamente eliminar lo que hoy se conoce como la exclusión hasta entrada la década de 1980. Hasta la década de 1990 no hubo gente sin casa (de buena calidad), y sin comida, ropa, salud, etcétera. Entre la década de 1960 e inicios de los 1980s la igualdad de posibilidades (formales y materiales) para todos y todas fue prácticamente total.

A la visión del Estado del Bienestar pertenece también un concepto de planificación integral del espacio habitacional, concentrando en un solo lugar de fácil acceso todos los servicios públicos (correos, farmacia, banco, policía, negocios, escuela, biblioteca, piscinas y gimnasios, recreación, etcétera) de modo de ahorrarle tiempo a la gente. Unido esto a un sistema de transporte urbano eficiente, efectivamente se prolongaba el disfrute del tiempo libre de la población.

Se creó una serie de instituciones democráticas (procuradurías u ombudsmanes, praxis parlamentaria de ordenar la realización de estudios y consultas ciudadanas sobre cuestiones específicas, políticas de respeto a la integridad de la información de los ciudadanos, etc) que aunque hoy en día han sido fuertemente desvirtuadas, en su momento garantizaron niveles importantes de control y respeto a los derechos de la ciudadanía.

Se impulsó el sector cooperativo, aunque en general tuviese una tendencia economicista muy fuerte, así como a privilegiar cooperativas en tan gran escala que eran imposibles de gestionar democráticamente. En otros sectores, como

en las cooperativas de viviendas, el movimiento ha tenido éxito aún en nuestros días.

Impulso de un movimiento de Educación Popular (no confundir exactamente con nuestra Educación Popular freireana) en el que recursos públicos eran canalizados a organizaciones de la sociedad civil representando a los diferentes sectores (obreros, de clase media, incluso capitalistas) para la realización de cursos en forma de círculos de estudio, ya sea impartidos por las propias organizaciones u organizados por los propios participantes a partir de sus intereses. Hoy en día este movimiento se ha derechizado mucho, pero mientras el país tuvo una orientación progresista, permitió niveles importantes de pluralismo para grupos que no tenían una gran capacidad económica propia.

Monopolios estatales sobre la distribución de alcohol y medicamentos garantizando, en el primer caso, un control del alcoholismo (problema endémico en Suecia) y en el segundo, asegurando el acceso de toda la población a medicamentos subvencionados y de calidad, provistos por personal debidamente capacitado. Otros monopolios importantes fueron el del correo y las telecomunicaciones".

Por su parte Piketty alude al Estado de Bienestar, caracterizado por un pujante sector público que permita enrumbar la economía de mercado por el sendero de una mayor igualdad social, como requisito para evitar que la sociedad capitalista entre en un mayor nivel de degradación social.

Y todo este flujo de bienes y servicios no mercantilizados puede medirse a través del porcentaje del gasto público en el PIB o, lo que es parecido, a través de las recaudaciones obligatorias, las que en algunos países como Suecia alcanzan todavía el 55% del producto interno bruto. En el capítulo 13 (Un Estado social) de la Cuarta Parte (Regular el Capital en el siglo XXI) de su obra (El capital en el siglo XXI), Piketty se pregunta: "*¿Podemos imaginarnos para el siglo XXI una superación del capitalismo que sea a la vez más pacífica y más durable, o bien debemos simplemente esperar las próximas crisis o las próximas guerras, esta vez verdaderamente mundiales?*[300] *Muchos observadores denuncian y lamentan la ausencia de "retorno del Estado" sobre la escena pública y señalan que la crisis de 1930, a pesar de su brutalidad, al menos tuvo el mérito de conducir a cambios mucho más radicales, sobre todo en términos de política fiscal y presupuestaria. ¿Acaso Roosevelt no había logrado en pocos años llevar al 80% la tasa superior*

300 T. Piketty, Op., Cit., (versión francesa), pág. 477.

del impuesto federal sobre el ingreso, aplicable a los ingresos más desmesuradamente elevados, mientras que este porcentaje solo era del 25% bajo Hoover? Por comparación nos preguntamos en Washington si Obama, en su segundo mandato, lo llevará más alto que Bush (35%) y más alto que donde Clinton lo dejó en 1999 (40%)".[301] Seguidamente, Piketty, nos presenta un gráfico sobre el porcentaje de las recaudaciones obligatorias con respecto al ingreso nacional en los países ricos entre 1870 y 2010 (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Suecia). En el gráfico se aprecia que para el decenio 1900-1910 aquel porcentaje representaba menos del 10%, mientras que para el decenio 2000-2010, el mismo alcanzaba entre el 30% y el 55% (30% Estados Unidos, 40% Gran Bretaña, 45% en Alemania, 50% Francia y 55% Suecia).[302] Por el contrario, estos porcentajes son extremamente bajos en los países del Tercer Mundo. Por ejemplo, en el África Sub-Sahariana, éste es algo más del 10%. En todo caso, concluye Piketty, la cuestión del desarrollo de un Estado fiscal y social en el mundo emergente reviste una importancia capital para el futuro del planeta".[303]

En tales países se logró hasta a finales de siglo pasado un nivel de vida sin precedentes y una democracia política bastante aceptable; al menos comparada con el resto del mundo. Últimamente, aquellos estados de bienestar están siendo desmantelados por las medidas neoliberales, deslizándose precipitadamente hacia un capitalismo más privado, con las diferencias del caso: menos impuestos al capital y más impuestos a la población, mayor proporción del gasto público al capital, privatización de la educación y la salud, rescate de la banca privada, sobreexplotación de la mano de obra migrante, excedentes extraídos de una posición priviligiada en el mercado mundial; el caso de Noruega está más mitigado por una todavía favorable correlación de fuerza de los sindicatos.

En los últimos años (2015) comienza a circular alguna literatura que analiza lo que ellos llaman el Estado de Bienestar Asiático, generado por el espectacular crecimiento en los principales países de Asia, donde se combina planificación con mercado, crecimiento con igualdad de oportunidades[304]. Como ya dijimos anteriormente, este esquema basado en la apropiación de conocimiento y tecnología occidental de última generación, apareció tanto en países que provienen del socialismo, como China y Vietnam, como del capitalismo colonial, como Corea o

301 Ibídem., pág. 478-479
302 Ibídem, pág. 480
303 Ibídem, pág. 500.
304 Véase: Gabriele Kohler, ¿Existe un Estado de Bienestar asiático?, en Nueva Sociedad/254, Buenos Aires, Argentina, Noviembre Diciembre, 2014.

Taiwán, entre otros. Claro está que los mismos han sido precedidos por un alto nivel de explotación del campesinado, pero a medida que el crecimiento avanza, en esa medida aparece la presión de las masas y la clase media, pidiendo más participación en el consumo y en la participación política.

El s*ocialismo de mercado*

Por el lado del marxismo, la economía de mercado deberá ser sustituida por una economía planificada en manos del Estado o de la sociedad. Sin embargo, en la práctica, los países llamados comunistas, encabezados por lo que fue la Unión Soviética, China, Vietnam o Cuba, con la excepción de Corea, tuvieron que rectificar y restaurar la apertura del mercado, después de decenas de años enfrascados en resolver los problemas económicos de crecimiento e igualdad social desde una economía estatizada y planificada.

Como ya señalamos anteriormente, Lenin destaca en 1921, durante el período de la NEP, la necesidad de contar con el capital extranjero y restaurar en gran parte el capitalismo privado. Lenin pensaba que el desarrollo del capitalismo de los monopolios llevaría a la sociedad hacia lo que él llamaba capitalismo de Estado, verdadera antesala del socialismo. En el caso de procesos que desde el inicio tuvieron una definición socialista, el capitalismo de Estado significaría apoyarse en la economía de mercado y desarrollar las empresas estratégicas desde el mismo, dirigiendo la economía desde los órganos centralizados de la planificación del Estado. Hoy, este tipo de capitalismo de Estado, aunque con otros nombres, es el sistema que impera, con mayor o menor grado de estatización o privatización, en la mayoría de los países que iniciaron la senda de ese tipo de socialismo donde todos los medios de producción estaban en manos del Estado. En la práctica y en los discursos, el capitalismo de Estado se confunde con lo que hoy suele llamarse socialismo de mercado. Y ambos coinciden con lo que se ha dado en llamar economía mixta.

El socialismo de mercado sería la combinación de: a) La gestión pública de los grandes medios de producción y de cambio (industrias, bancos, comercio exterior), junto a la existencia de grandes, medianos o pequeños capitales privados, así como de cooperativas y empresas gestionadas por los trabajadores, todos sometidos al gravamen de sus rentas; b) El funcionamiento de las categorías mercantiles para la fijación de los precios y la asignación de recursos, incluyendo el precio de la mano de obra y el control de las divisas; c) La socialización de los costos de los servicios públicos, es decir, su distribución de acuerdo a las necesi-

dades de los más necesitados; d) La planificación impositiva de la economía; e) Educación pública donde se divulguen los principios del socialismo, disputando conscientemente la hegemonía política al capitalismo y al imperialismo.

Dicho de otra manera, el socialismo de mercado sería la combinación de las reglas de la planificación con algunas reglas del mercado libre, en aras de lograr a corto plazo el crecimiento económico y una distribución más equitativa de la riqueza, mientras la economía avanza armónicamente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el cambio de las relaciones socialistas de producción. Según los pensadores y dirigentes del socialismo de mercado, las cosas funcionan de la siguiente manera: *El partido, comunista o socialdemócrata, dirige la economía y la planifica. El Estado administra la economía de acuerdo a los criterios anteriores, ocupándose, además, de una cierta redistribución de los excedentes. El mercado, donde cabe el capital privado, facilita el crecimiento y la productividad del trabajo y del capital, así como la competencia del país en el mercado capitalista mundial, es decir, en el mercado mundial realmente existente.*[305]

En el socialismo de mercado, el gobierno tiene que controlar las principales empresas y recursos estratégicos, con el fin de favorecer la producción por sobre las finanzas y la especulación, fomentar el crecimiento de la economía, evitar las crisis financieras, erradicar el empobrecimiento de la gente o mejorar su bienestar, capitalizar a los pequeños y medianos productores, regular las ganancias imponiendo más impuestos al capital y menos impuestos a la gente, defender la economía nacional frente al comercio y las empresas internacionales, invertir más en educación y salud para la población, reprimir el comercio de los capitales especulativos, fomentar y priorizar las asociaciones y cooperativas de trabajadores-productores. En otras palabras, disminuir la diferenciación social o brecha entre ricos y pobres, facilitar que los trabajadores accedan a tierra, equipos, plantas industriales, transporte, que les permitan compensar la falta de empleos asalariados que las grandes fábricas ya no ofrecen.

Todas estas y otras medidas dependen de la voluntad política de la orientación social e ideológica de los movimientos políticos, por lo tanto, cuando un partido político de orientación socialista, sometido a elecciones periódicas, pierde el gobierno, las medidas retroceden inmisericordemente. En el caso de la Unión Soviética, por ejemplo, un cambio de gobierno comunista a otro capitalista, significó un retroceso de casi 70 años de socialismo.

305 Entrevista del autor con el director del periódico vietnamita: *El comunista*, Managua, 2012.

Hay experiencias muy exitosas de socialismo de mercado, tanto en cuanto al crecimiento como en cuanto a una distribución más equitativa de la riqueza, pero donde el poder no se pone a prueba en elecciones pluralistas, como es el caso de China o Vietnam. Claro está que también hay malas experiencias, tanto en países con socialismo de mercado, como en países capitalistas con regímenes autoritarios.

Lo que está a la vista es la posibilidad de que países periféricos alcancen a los países centrales del capitalismo en cuanto a prosperidad económica y acceso del pueblo a un estadio social superior en poco tiempo: países incluso pequeños como Taiwán (capitalista) o Vietnam (socialista), aunque con democracias restringidas. También es digno de mención a los pequeños países periféricos de orientación socialdemócrata que lograron alcanzar un nivel de vida por encima de la media regional y en condiciones de pluralismo político, como es el caso de Costa Rica en América Latina. No podríamos dejar de mencionar el caso de los países escandinavos (Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia), donde combinando mecanismos propios del capitalismo (competencia y pluralismo político), con mecanismos propios del socialismo (planificación estatal, gasto público en función de la prosperidad económica y del buen vivir de su población), lograron una gran prosperidad económica y social.

El concepto, los sujetos y el sistema de economía social

Para terminar este apartado sobre la desmercantilización de la economía, quisiera referirme a un tema que aparece en la agenda de muchos movimientos sociales, como es el de la llamada economía social. Aunque el término tiene raíces en el asociacionismo laboral del siglo XIX europeo, el mismo se ha reactivado últimamente y comienza a ser apadrinado por los organismos internacionales y por un conjunto de activistas sociales de diferentes corrientes; sobre todo a raíz de la implosión del campo socialista y de las crisis financieras y medioambientales generadas por el capitalismo y sus políticas neoliberales.

Este texto es parte de la agenda para un debate en marcha y tiene como objetivo contribuir al análisis de las experiencias y del concepto mismo, sabiendo que son todavía experiencias y reflexiones en construcción, donde se mezclan intereses o corrientes presentes en diferentes sistemas, salpicadas de nuevas prácticas que pretenden avanzar sobre un pasado y un presente todavía tortuoso y tormentoso para la humanidad entera.

Para que el lector no entre tan desprevenido en este texto e intentando resumir una variada y dispersa conceptualización aparecida últimamente en una bibliografía diversa, diríamos que comúnmente se entiende por economía social o economía social solidaria algo así como *un conjunto de organizaciones ciudadanas, orientadas por la participación democrática, la gestión de sus recursos familiares, promoviendo valores y derechos que giran alrededor del bien común, algunos criticando éticamente los estragos y antivalores del mercado y del capital, sin ocuparse de sus causas sistémicas.* Como puede notarse, esta definición está más inclinada a lo social que a lo económico, más a los efectos que a las causas estructurales de los problemas sociales, confiando más en sus propias micro-acciones dispersas, individuales o grupales, alrededor de la subsistencia, que en sistemas de integración económica alternativos a la empresa privada. No incluyen al sector público como parte de la economía social, pero realizan lo que llaman incidencia, una especie de crítica o apelación a los gobiernos de turno con el objetivo de llamar la atención sobre la necesidad de la protección social de los ciudadanos, algunas veces demandando políticas económicas a favor de los grupos marginados o discriminados.

Ahora bien, dado que es un concepto disputado por diferentes orientaciones o motivaciones y siendo además una realidad en ciernes o en transición de un contexto político a otro, no es fácil ser preciso en cuanto a su conceptualización; sobre todo considerando que se asienta y define dentro de una economía de mercado capitalista desarrollada y hegemónica. En todo caso, creemos que cualquier definición debería tomar en cuenta tanto a los sujetos económicos, más allá de su problemática social, como al sistema que los caracteriza.

Tomando en cuenta esta realidad y desde mi particular punto de vista, quienes conforman o deberían conformar *la economía social son los trabajadores-productores, organizados económica y asociativamente, gestionando sus recursos en función de generar excedentes para su bienestar; incorporando como parte del sistema de economía social aquellas políticas públicas que apuesten a esa masa de nuevos y emergentes sujetos económicos. Al ámbito de la economía social habría que agregar a todos los acompañantes, políticas, leyes y decretos, promotorías, además de un conjunto de actividades conexas que contribuyen a formar y conformar un sistema económico orientado por el trabajo y no por el capital, hasta llevarlo a su óptimo nivel de evolución y de madurez; es decir, hacia una socialización en pequeña y mediana escala.* Entre los trabajadores-productores organizados económicamente, la mayor parte de ellos proviniendo de la

economía popular o de unidades económico-familiares, como las cooperativas de trabajadores, asociaciones de pequeños productores, consumidores o pobladores en general gestionando cualquier eslabón de la cadena de valor. Más adelante e incorporando algunos antecedentes retomaremos y retocaremos esta definición, con el fin de mostrarla con mayor concreción.

Antecedentes generales

Es tentador vincular los primeros antecedentes históricos de la economía social, refiriéndola a las experiencias y reflexiones aparecidas en la primera mitad del siglo XIX europeo con el fenómeno y el término aparecido en nuestros días. En aquella época, posterior a la revolución francesa y alrededor de las revoluciones de 1830, 1848 y 1871, apareció, particularmente en Francia e Inglaterra, una rica discusión y una serie de ensayos prácticos protagonizados por un conjunto de reformadores, utópicos o revolucionarios, que podríamos llamar asociacionistas; discusión donde los términos de economía social, socialismo, incluso anarquismo y social-cristianismo, expresaban más o menos las mismas inquietudes de rechazo y aspiraciones alternativas al naciente capitalismo.

En aquella época un conjunto de pensadores reformistas, radicales o revolucionarios, polemizaron sobre una sociedad alternativa al capitalismo industrial naciente. Habría múltiples formas de clasificar aquellas corrientes de pensamiento y acción, las que arrastraban una fuerte connotación de la literatura utópica anterior. En este caso nos interesa señalar dos orientaciones claramente definidas que se emparentan con las actuales: a) Una posición encaminada hacia una economía social de escala mayor, iniciada por el socialista francés Gracchus Babeuf y su intentona de ponerla en práctica a través de la llamada *Conspiración de los Iguales* (1796), plasmada en el *Manifiesto de los Iguales* redactado por Maréchal (1828), posición que maduró hasta alcanzar el análisis que aparece en el texto del *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y Engels (1848). Esta corriente estaba más inclinada a cuestionar radicalmente el orden capitalista y emprender una recia competencia o lucha de clases entre proletarios y burgueses, que terminaría con la toma del poder por los primeros; b) Por otro lado, se desarrolló otra corriente que pregonaba el asociacionismo de los trabajadores, independientemente del Estado y de los políticos, insistiendo más en el ámbito territorial, comunitario, solidario y democrático. En este campo aparece, entre otros, el francés Constantin Pecqueur, quien escribió dos libros titulados: *La Economía Social* (1839), el primero, y Teoría Nueva de Economía Social y Política (1842), el segundo. A estas dos corrientes pertenecían autores como Godwin,

Owen, Saint Simon, Fourier, Sismondi, Cabet, Bray, Blanqui, Blanc, Buchez, Pequeur, Prodhon, Marx y Engels, entre otros, aunque es difícil clasificarlos, pues coincidían y disentían en diferentes y variados temas o posiciones[306].

Resurgimiento del concepto

Hoy en día, después del desplazamiento del socialismo estatista a finales del siglo XX, aparece una crítica generalizada a los gobiernos socialistas, Estados de Bienestar o tildados de populistas, beligerantemente encabezada por el neoliberalismo, cuya principal intención es el desmantelamiento del Estado y su sustitución por el mercado. En medio de estas posiciones aparecen millares de los llamados Organismos No Gubernamentales (ONGs), quienes coincidiendo o no con otros tantos movimientos sociales, críticos del neoliberalismo, pero sin renunciar al socialismo, desencadenaron un conjunto de acciones colectivas en busca de un nuevo paradigma, desprovisto de los efectos no deseados del capitalismo y del socialismo estatista y que aparece con el nombre de economía social.

A diferencia de la discusión aparecida en el siglo XIX, hoy se cuenta con una experiencia socialista, con todas sus bondades y limitaciones, desde el socialismo soviético o leninista hasta los escandinavos Estados de Bienestar o socialdemócratas. No nos extraña, entonces, que aparezcan de nuevo aquellas viejas corrientes asociacionistas, quizás un poco mejor planteadas y con señalamientos más precisos de los problemas y posibilidades de solución.

En este escrito nos interesa relacionar el fenómeno de la economía social con las posibilidades de una alternativa socialista, aunque mejorada en su desempeño recién pasado.

La gran coincidencia estructural entre la situación económico-social del siglo XIX y la de finales del siglo XX y comienzos del siglo XXI, al menos en el Tercer Mundo, es la ausencia (ayer) o pérdida (hoy) de los derechos laborales para la clase obrera, pero sobre todo la existencia de una mayoría de pequeños productores o trabajadores rurales y urbanos que por cuenta propia le hacen frente a sus necesidades de sobrevivencia. De ahí que este viejo sujeto económico mercantil, numeroso y empobrecido, creciente y multiplicado protagonista, sea uno de los sujetos más proclives a devenir o convertirse en el potencial principal de una economía social fortalecida.

306 La mejor referencia de estos reformadores sigue siendo el trabajo de G. D. H. Cole, *Historia del Pensamiento Socialista*, Precursores (1789-1850), t. 1, F.C.E., México, 1980.

La experiencia y terminología de la economía social, está vinculada a las prácticas y visiones de al menos tres actores: a) los ONGs, entre los cuales hay diferentes posiciones, b) los movimientos sociales, c) las organizaciones políticas, entre quienes encontramos todas las corrientes posibles, desde el neoliberalismo, gobiernos de izquierda, gobiernos que promueven el Estado de Bienestar, gobiernos pos-socialistas. Unos priorizan la asistencia social, otros acompañan a los nuevos sujetos económicos populares nacidos del desempleo, otros prefieren concentrarse en la incidencia o crítica a los gobiernos, otros en la crítica al sistema. Además de las organizaciones populares dedicadas a actividades económicas en forma asociada, es común y pertinente incluir entre los actores de la economía social al sector público, bajo múltiples iniciativas, desde arriba o desde abajo.

Sintetizando la polémica que pienso plantear en este texto, yo me inclinaría por definir la economía social, tal como yo quisiera que fuera, por supuesto, pero creyendo interpretar las posiciones más autónomas y prometedoras para superar el empobrecimiento, como *un sistema que busca o lucha por combinar las políticas públicas a favor de las comunidades y de los sectores desfavorecidos, en bienes y derechos, con las acciones económico-colectivas de trabajadores, pequeños productores, consumidores y pobladores en general, quienes junto con los movimientos sociales y demás organizaciones populares se organizan para contrarrestar y sustituir la lógica del mercado capitalista imperante, intentando desde ahora mejorar sus condiciones sociales y su correlación de fuerzas en todos los campos de la vida, particularmente en el orden económico.*[307]

Quizás podríamos hablar de varias escalas en el planteamiento sobre la economía social. Una escala micro que desde la familia hasta pequeños negocios lucha por la sobrevivencia, aunque en medio de las adversidades del mercado. Una escala mayor situada y protagonizada por las experiencias comunitarias, es decir, referida a lo local-territorial y a algunos bienes e intereses comunes. Una escala mucho mayor, enarbolada por el cooperativismo y por asociaciones de trabajadores, productores, redes de consumidores o de pobladores, que cual guerrillas de formas y temáticas sociales, culturales y económicas múltiples, ase-

307 Sobre el concepto y la práctica de lo que aparece bajo el nombre de economía social véase: José Luis Coraggio: La *Presencia de la Economía Social Solidaria y su Institucionalización en América Latina*, UNRISD, Suiza, 2014. Peter Utting, *Mejorar la Visibilidad de la Economía Social y Solidaria en el Sistema de Naciones Unidas*, UNRISD, Suiza, 2014. *Recomendaciones de la Economía Social Solidaria para la Agenda de Desarrollo Post-2015*, Red Intercontinental de Promoción de la Economía Social Solidaria en Latinoamérica y el Caribe, RIPESS-LAC, 2014.

dian la gran economía del mercado capitalista. Nosotros seguimos pensando que la escala mayor que puede alcanzar la economía social, si no quiere sucumbir o verse arrastrada por el capitalismo, no podría ser otra que el socialismo; un socialismo donde la propiedad común de los medios de producción y de cambio en manos estatales, se acompañe con asociaciones económicas de pequeña y mediana escala, en manos de municipios, comunidades, instituciones civiles, trabajadores, pequeños productores, consumidores, pobladores en general; todos ellos, poseyendo y/o gestionando democráticamente medios de producción y de cambio en función de las necesidades de la colectividad a la cual pertenecen y a la cual se deben.

Ahora bien, dado que la gran cantera de todas estas experiencias de economía social se nutre de lo que se ha dado en llamar economía popular o economía mercantil simple, para referirse a la economía de productores empobrecidos por el desempleo y refugiados en el trabajo por cuenta propia, podríamos decir que la economía social alude a una progresiva flecha compuesta por: *economía popular + asociatividad de trabajadores-productores + gestión equitativa y democrática de bienes comunes + políticas públicas de responsabilidad compartida + movimientos populares, en alianza con movimientos políticos proclives a la economía social + crítica y lucha contra-hegemónica contra los valores explotadores, empobrecedores, excluyentes, racistas, machistas, discriminatorios y depredadores, generados por el sistema del mercado capitalista, a los cuales se les antepone una recia reivindicación de derechos respectivos. En síntesis, la economía social, no solamente entendida como un conjunto de trabajadores-productores administrando bienes comunes, sino como sistema, no puede ser otra cosa que la administración colectiva, asociativa y democrática de la riqueza en función de los intereses del trabajo* y no, como es ahora, en función de los intereses del capital.

Para terminar esta introducción y antes de pasar a la discusión sobre la experiencia de la economía social, habría que decir, que el objetivo y el medio estarían dados por la socialización o propiedad común de los medios de producción (como en el socialismo de Estado); por la socialización o distribución equitativa de los excedentes (como en los Estados de Bienestar); por la socialización de ambos a nivel de colectivos o comunidades menores. No está demás decir que avanzar por una senda irreversible, implicaría poner en agenda no solamente la socialización del capital, sino un proceso progresivo de desmercantilización de los servicios públicos, algunos medios de consumo y la fuerza de trabajo, para lo

cual también hay buenas experiencias, tanto desde el socialismo como desde la economía social.[308]

Marco de referencia y uso contemporáneo del concepto de economía social

Como señalamos en la introducción, a lo largo del siglo XIX europeo y al calor de las luchas obreras del naciente capitalismo industrial, apareció un movimiento asociacionista de carácter reformista y/o revolucionario, sobre todo en Francia e Inglaterra, ensayando formas alternativas a las fábricas obreras y a la explotación capitalista. Aquella práctica social generó diferentes corrientes de pensamiento, desde lo que Marx consideraba el socialismo utópico hasta el marxismo y el anarquismo, incluso corrientes liberales o cristianas que pretendían paliar la pobreza reinante, proponiendo opciones desde el gobierno o desde organizaciones políticas filantrópicas y asistencialistas. Desde entonces, el asociacionismo ha estado motivado por encontrar una salida a las formas excluyentes engendradas por el Estado liberal y por el capitalismo industrial.

En la segunda mitad del siglo pasado (siglo XX), cobraron relevancia pública, entre otros, tres términos-ideas convertidos en organismos que pugnan por ocupar la palestra nacional e internacional y que provienen de la cooperación internacional y de los aparatos ideológicos del mundo desarrollado, a saber: a) Los Organismos No Gubernamentales (ONG), b) La sociedad Civil, c) La Economía Social; esta última, frecuentemente acompañada del término "solidario". Podríamos agregar que estos tres términos o entidades están relacionados y se apoyan mutuamente, siendo los ONGs, quienes más han contribuido a promover su identidad. El común denominador de esta tríada ha sido la voluntad de tomar distancia del protagonismo gubernamental, partidos políticos y movimientos sociales; en otras palabras y sobre todo en América Latina, tal motivación aparecía como una intención de ocupar el vacío que había dejado la izquierda orientada por el socialismo. Dentro, paralelo o fuera de este escenario, han surgido un conjunto de concepciones y organizaciones que han tomado distancia de la influencia europea, incorporando y enfocando su crítica tanto sobre los efectos del capitalismo como al capitalismo mismo en su etapa neoliberal.

308 Empezamos a ver una cierta reflexión que incluye como parte sustantiva de la economía social, aquellas prácticas que procuran sustraerse del ámbito del mercado. John Vail, *Decommodification and Egalitarian Political Economy*, Politics and Society, http:/pas.sagepub.com; Nancy Fraser, *Can society be commodities all the way down*, *Polanyian reflexions on capitalist crisis*, Fondation Maison des sciences de l´homme, Paris, 2012

El origen de estos tres conceptos está relacionado con la implosión del socialismo, la reactivación o promoción de la democracia burguesa y la irrupción de las políticas neoliberales. El neoliberalismo ha sido hasta ahora el gran ganador, tanto en el discurso como en la realidad, ya sea en el primero, en el segundo o en el llamado Tercer Mundo. El neoliberalismo, incluso, ha contribuido grandemente al desplazamiento, tanto del liberalismo como del socialismo, en el ámbito de las fuerzas políticas, económicas, sociales e ideológicas del mundo entero. El otro gran ganador en esta grande y compleja madeja de intereses, han sido las corporaciones financieras, fortalecidas en su hegemonía con el apoyo de grandes medios de comunicación.

Los ONGs

Primero abordaremos el mundo de los ONGs. Los ONGs se definen como Organismos No Gubernamentales, no partidarios y se dicen sin fines de lucro. Su emergencia, llegó acompañada con la incorporación o cooptación de centenares de miles de intelectuales y líderes sociales, en gran parte provenientes de lo que fue la izquierda tradicional, apoyados por la llamada cooperación internacional. Todo el peso de la crítica tuvo como punta de lanza la lucha contra los gobiernos del bloque socialista, contra algunas dictaduras tercermundistas no afines al capitalismo metropolitano, contra la corrupción y la ineficiencia en el seno de la cosa pública (no del todo sin razón) pero sobre todo contra los partidos y gobiernos de izquierda, particularmente en aquellos países donde la izquierda tradicional comenzó exitosamente a incursionar en la lucha democrática por el poder, a la que le han declarado la guerra tildándolos de gobiernos populistas y autoritarios. Para las fuerzas neoliberales, la labor asistencialista de muchos ONGs, aunque no de todos, más actualizada y mucho mejor dotada ideológicamente que las iglesias religiosas, sirvieron de colchón amortiguador contra los efectos de la privatización de la cosa pública y el desmantelamiento de las economías nacionales, así como de la reversión de las principales conquistas laborales. Muchos ONGs, sin embargo, fueron muy beligerantes frente a la implantación de las políticas neoliberales y no se puede decir que coincidían con las políticas de sus gobiernos o de la cooperación.

Dicho sea de paso, los ONGs y todo el cuerpo de sus figuras más connotadas se disputaban el primer lugar entre los sujetos que adversaban al Estado y que fueron autollamados “de la sociedad civil”. Fue así que muchas veces, la sociedad civil llegó a ser sinónimo de un grupo de notables que a cambio de la crítica a todo lo que tenía que ver con la soberanía nacional y haciéndose cargo resig-

nadamente de la realidad de la globalización, llegaron a gozar de mucho prestigio en los medios de comunicación, convirtiéndose en los nuevos sujetos de lo que algunos sociólogos llamaron la derecha posmoderna, opositores al gobierno, pero identificados con el sistema. Por supuesto que no podemos generalizar, pero el contexto neoliberal y su pasión por el mercado, así como su aversión hacia el Estado y sus gobiernos, han contribuido a relacionarlos, momento que coincidió con la implosión del socialismo y la denuncia legítima por parte de sus propios pueblos de sus peores manifestaciones.

Muchos intelectuales y activistas sociales llegaron de buena fe a este acontecimiento, pues aquellas posiciones coincidían frecuentemente con sus mismas banderas, aunque enarboladas por motivaciones, objetivos e intereses diferentes. Es así que desde el seno de los ONGs se han destacado y han surgido muchos militantes de todas las causas justas, habidas y por haber. Y no dudamos de su buena intención y de sus motivaciones de constituirse en entes autónomos que aspiran a tomar distancia de lo peor del mundo de la política tradicional, pero también del capitalismo. Claro está que tal autonomía no ha sido fácil, sobre todo por el masivo apoyo financiero y muchas veces condicionado por la cooperación internacional.

En ese contexto y a medida que se desenmascaraba la pretendida y modernizante agenda neoliberal, los espacios públicos, los discursos, los recursos y la clientela, fueron disputados entre los partidos políticos, los ONGs más distanciados de la izquierda y los movimientos sociales. En un primer momento los ONGs lograron aislar a los movimientos sociales o enfrentarlos a los partidos políticos, en un segundo momento los movimientos sociales decidieron aliarse con los partidos políticos de izquierda; posición que fue acompañada por diversos ONGs. En el ínterin, muchos ONGs fueron reorientados por la cooperación internacional a convertirse en microfinancieras y sus cuadros a actuar como consultores. Desde esa posición apareció una actividad a la que llamaron comercio justo, el que, aunque insignificante, contribuyó precisamente a mostrar lo injusto de todo comercio, sobre todo el internacional.

Una vez que el socialismo, el nacionalismo radical y las viejas conquistas del Estado liberal o del Estado de Bienestar, fueron desplazados de la agenda y de la realidad nacional e internacional, la crítica y la denuncia del neoliberalismo ha comenzado a cobrar beligerancia. Muchos intelectuales embarcados ingenuamente en el proyecto de la globalización y el neo-liberalismo, que no vieron en su crítica a los gobiernos, la coincidencia con una cooperación internacional más

interesada en desmantelar al Estado, han comenzado a regresar al redil de las luchas sociales; por su lado, las organizaciones de la izquierda convencional, más vencidas que convencidas, comenzaron a incursionar con buen éxito en la democracia representativa.[309]

La Sociedad Civil

Antes de entrar a mostrar nuestra lectura de la economía social, permítaseme referirme al concepto de sociedad civil. Para los ONGs más ideologizados contra la izquierda tradicional, la sociedad civil no es más que la oposición de los buenos ciudadanos contra los malos funcionarios. En otras palabras, la sociedad civil ha sido concebida como el nicho para legitimar una oposición aparentemente no política contra los gobiernos llamados ilegítimos, no importando que su legalidad haya sido refrendada por una mayoría electoral. Oponerse al gobierno contribuía, así, a disipar al Estado, criticar los efectos del sistema permitiría legitimar al sistema. En fin, toda una catarsis que permitió el debilitamiento de la soberanía nacional, facilitó los estragos de la globalización y contribuyó grandemente al desprestigio de la izquierda tradicional y de cualquier pretensión socialista.

Sin embargo, tal concepto estuvo lleno de imprecisiones. Para los grandes analistas, el ámbito de la sociedad civil es el ámbito del mercado; así fue para Hegel, para Marx, pero también para el gran neoliberal Von Hayek, independientemente que cada uno guardara un propósito propio frente a la misma. Para Marx, la sociedad civil o, lo que es lo mismo, el mercado, debe desaparecer en tanto que individualismo mercantil, mientras que para Hayek o para los neoliberales la sociedad civil o el mercado tiene que prevalecer, incluso sustituir al propio Estado. No es por casualidad que hoy en día, al menos en Latinoamérica, los empresarios capitalistas están cada vez más presentes en cuerpo y alma en los foros de la llamada sociedad civil. Por supuesto que es más llamativo y astuto llamarle sociedad civil, que llamarle mercado, pero la diferencia no deja de ser de matices ideológicos. Tampoco es casualidad que entre los primeros asistentes al bautizo de la economía social hayan estado algunos ONGs y algunos empresarios, bajo la expresión de la llamada Responsabilidad Social Empresarial.

Al interior del marxismo, sin embargo, existe otro ángulo o enfoque sobre el concepto de sociedad civil, referido a la disputa por la hegemonía. Para un marxista como Lenin, la hegemonía o control social debe recaer en los aparatos políticos

309 Véase: Orlando Núñez Soto, *El Desmantelamiento del Estado Nación*, cipres, Managua, 2000.

de Estado, es decir, en la sociedad política o mundo de la coerción y de la ley; mientras que para otro marxista como fue Gramsci, la hegemonía debería referirse y recaer en la "orientación intelectual y moral de la sociedad", es decir, en la sociedad civil o mundo del consenso disputado ideológicamente. Para Gramsci el Estado es igual a Sociedad Política + Sociedad Civil. Un neoliberalismo más fino e interesado diría Sector Público + Sector Privado. En otras palabras y para disculparme de la aparente confusión, diríamos que *Mercado, Sociedad Civil, Sector Privado* (entiéndase capitalista), convergen en un mismo espacio donde pacíficamente se ventilaría la competencia, no solamente en el mundo mercantil de los valores (materiales), sino también en el mundo cultural de los valores (ideológicos). Para Gramsci, junto a las luchas por el poder político habría que conceder un papel muy importante a las luchas antihegemónicas, donde una sociedad civil desmercantilizada facilitaría el advenimiento de un socialismo democrático.

Otro comentario pertinente al interior del marxismo, sería la propuesta de Louis Althusser, quien hacía la diferencia entre aparatos políticos de Estado (ámbito coercitivo de la ley) y aparatos ideológicos del Estado (ámbito pactado o consensuado de la opinión pública), ambos utilizados por todo Estado, entendiendo a éste como el ámbito del pacto social del sistema. Entre los aparatos ideológicos del Estado, Althusser incluía la familia, la escuela, los medios de comunicación; como sabemos estos últimos han jugado un papel cada vez más beligerante en la lucha ideológica y por lo tanto en la lucha política. Finalmente y para terminar esta digresión, añadamos que para ninguno de los autores mencionados, la sociedad política o la sociedad civil tiene que ver con sujetos, sino con funciones o formas (coercitivas o persuasivas) del Estado, aunque ejercidas por sujetos, identificados por la función. Un funcionario policía puede reprimir y otro funcionario juez puede administrar justicia; igualmente, un ciudadano pacífico puede disputarse la opinión pública, mientras otro ciudadano puede actuar de la forma más violenta que se conozca; el caso extremo de esto último sería el concepto de guerra civil, referida a la guerra entre ciudadanos.[310]

La verdad es que el Estado siempre fue concebido y siempre actuó simultáneamente como sociedad política y como sociedad civil, con la fuerza y con la astucia (Maquiavelo), con la espada y la aculturación (Conquista y colonización); incluso al interior de la primera sociedad civil conocida en occidente (la iglesia católica),

310 Sobre el concepto y la biografía de la sociedad civil, véase: Orlando Núñez Soto, *La Sociedad Civil*, Ruth Casa Editorial, Panamá, 2005.

también se recurrió simultáneamente a los aparatos coercitivos (la Inquisición) y a los aparatos ideológicos (la evangelización).

Podríamos decir que se encuentran en ciernes una realidad y un concepto anti-hegemónicos de la sociedad civil, protagonizados por organizaciones populares y movimientos sociales con una conciencia crítica frente al mercado capitalista, apostando a disputarle discursos y excedentes al capital a partir de sus propios organismos económicos, promoviendo relaciones de cooperación y estableciendo alianzas con organizaciones políticas que se encuentran en la oposición o en diferentes niveles del gobierno.

A inicios del presente siglo, los aparatos del imperio se cansaron de ofrecernos el Consenso de Washington y se decidieron a imponernos la fuerza. Una vez debilitado el mundo alternativo, la sociedad política vuelve sobre sus fueros y arremete con toda la furia militar. Una vez que los millones de desocupados y empobrecidos del sistema, fueron excluidos y desarmados de sus derechos, se les ofreció una nueva ilusión: convertirse en empresarios, pero a nivel microeconómico, es decir, en micro-empobrecidos, en un mundo donde sólo sobreviven los grandes empresarios, las corporaciones financieras, a quienes pocas veces se les alude a la hora de hacer los inventarios de los desastres sociales y naturales. Algunos hacedores de opinión, más cínicos, presentaron la muerte de la naturaleza y de millones de asesinados como *daños colaterales* de sus tropelías.

Hoy en día, algunos líderes políticos y sociales, así como algunos intelectuales o funcionarios de la cooperación internacional, incluso desde el seno de los organismos multilaterales, incapacitados para cambiar las reglas del juego del desarrollo se dedicaron a cambiarles el nombre, o al menos el apellido. Hasta hace poco nos ofrecieron un *desarrollo con rostro humano* o un *desarrollo sostenible*, hoy se atreven a ofrecernos un contrasentido mayor y nos sugieren un *capitalismo inclusivo*, sobre todo después de las recurrentes crisis ecológicas, financieras y militares protagonizadas por el capital financiero-especulativo y por el propio imperio militar occidental[311].

Suele suceder que quien bautiza, nombra o define primero a la criatura, se queda muchas veces con la identidad del sujeto; identidad que está siendo disputada por muchas corrientes de pensamiento.

311 Christina Lagarde, Directora del Fondo Monetario Internacional, *Discurso en Londres*, FMI, 2014.

Ciertamente, en principio, toda economía donde reina la división del trabajo es social, incluida la economía de mercado capitalista, porque en la producción de mercancías participan miles de productores, aunque aislados, con el objetivo común de que aquellas mercancías lleguen al mercado; para lo cual, además, se necesita el concurso de comerciantes, transportistas, prestamistas, entre otros. Pero recordemos que una economía, no puede ser definida ni entendida por la suma de sus sujetos o por los valores que pregona, sino que su esencia radica en constituirse como sistema. El capitalismo, por ejemplo, no sólo se identifica por la presencia de un conjunto de empresarios o por los valores enarbolados de libertad, igualdad y fraternidad (solidaridad) de la revolución francesa, sino por una relación social de producción. Igualmente, la economía social, como concepto o realidad, no puede limitarse a un conjunto de sujetos o valores, sino que tiene que mostrar cuáles son las relaciones de producción y de cambio que la identifican.

A pesar de lo dicho, creo que todavía hay espacio para conceder al concepto de economía social alguna especificidad, que corresponda con su origen asociacionista del trabajo, enarbolado hace un par de siglos contra el capitalismo naciente y sus efectos, hoy retomado por distintas posiciones políticas, desde el Estado de Bienestar hasta los Estados liberales que se esfuerzan por erradicar la pobreza, destinando cada vez más un porcentaje significativo del PIB al gasto social. A lo largo de estos dos últimos siglos, el asociacionismo ha buscado como combatir tanto al sistema capitalista donde los medios de producción están concentrados en las grandes empresas transnacionales, como las distorsiones económicas y políticas del capitalismo de Estado o del llamado socialismo de mercado. El asociacionismo apuesta a que los medios de producción y de cambio estén en manos de los trabajadores-productores, cuyo paradigma fundamental han sido las cooperativas, organizadas en federaciones.

Desde este punto de vista, la economía es un sistema donde caben los diferentes autores, propios o acompañantes, incluyendo el discurso, los sujetos económicos, las prácticas sociales y económicas, las reivindicaciones y las luchas, contra las relaciones sociales de producción y de cambio. El origen de toda esta discusión se inicia con lo social, enfocado desde diferentes ángulos, a saber: a) El compromiso con los más numerosos y los más empobrecidos, la lucha contra la desigualdad o inequidad, la explotación, la marginación, la exclusión y la discriminación, a fin de compensar los daños del sistema capitalista, patriarcal y depredador; b) Al mismo tiempo, lo social se ha referido a los intereses comunes, a los derechos de diferentes categorías de ciudadanos (propiedad, seguridad, protección social, participación democrática); c) Finalmente, pero no menos im-

portante, sino más bien lo medular del asociacionismo anticapitalista: lo social apuesta a cogestionar con el capital o con el Estado, o a desplazarlos de la posesión, la propiedad o la gestión de los excedentes, por parte de asociaciones de obreros, campesinos o pequeños productores, consumidores y pobladores en general. Esta parte es la más revolucionaria de lo social y comparte con el sector público estatal la opción frente al sector privado capitalista, incluso en relación al sector privado individual mercantil, es decir, no capitalista. Claro está que ninguna asociación de trabajadores-productores de la economía social, deja de ser un grupo particular, aunque colectivo, pero nunca más social o colectivo, que el más social de los sujetos como es el sector público, ahí donde lo haya y sobre todo ahí donde gestione en función de los intereses del pueblo.

Ahora vamos a desglosar un poco algunos de aquellos aspectos con el fin de precisar más el sentido de lo social en general, teniendo que referirnos a los sujetos, a la forma y a la función. Antes digamos que lo social tiene su propia historia, pero conceptualmente no todo lo social tiene que ver con la economía social, pues esta tiene que ser no solamente social, sino precisamente económica. No diferenciar lo uno de lo otro contribuye a aplicar al concepto de economía social, todo lo que ha sido considerado como social, aunque no podemos olvidar en este binomio (económico + social), que también todo lo económico tiene que estar referido a lo social para que podamos hablar de economía social.

Si hablamos de economía social en tanto que sistema socioeconómico, en el mismo habría dos sujetos y dos actividades actuando diferentemente, pero que juntos tendrían que conformar el sistema de economía social mixta o socialismo mixto, como serían el sector privado colectivo en manos de los trabajadores-productores y el sector público gestionado por y para los sectores más desfavorecidos del pueblo. Estos dos sujetos, pueden, por supuesto actuar también conjuntamente sin perder cada uno su identidad, a través de lo que ha dado en llamarse responsabilidad compartida.

Primero voy a referirme a *trabajadores-productores libremente asociados*[312]. Al final, voy a referirme al sector público y a las políticas públicas de responsabilidad compartida, enfocando el razonamiento frente a quienes piensan que la economía social no tiene nada que ver con el Estado, lo que fácilmente puede deslizar lo más progresista del concepto hacia micro-colectividades empeñadas en contrarrestar al mercado en las condiciones más desfavorables.

312 Así definía Marx el socialismo.

Un viejo sujeto y quizás el mejor ejemplo de lo que es la economía social, en su mínima expresión, aunque no en su expresión más radical, sería la familia, célula plural o colectiva, donde reinan las relaciones económicas de cooperación y solidaridad, sobre todo por parte de la mujer. La familia, es un ámbito donde el mercado no ha logrado entrar totalmente, aunque lo hace indirectamente a través del salario y su milagrosa reproducción al interior de la familia, siempre a causa del trabajo gratuito (es decir, no-pagado) de la mujer. Hay que decir, sin embargo, que hacia afuera, la familia es una célula económica individual compitiendo en el mercado como cualquier otra unidad económica particular. Claro que la familia es más que eso. Es la primera célula socio-económica que produce y reproduce a los ciudadanos-trabajadores, material e ideológicamente hablando, sin la cual todo el sistema económico capitalista se derrumbaría.

Otro sujeto de la economía social, sería la comunidad, sobre todo las comunidades indígenas, poseedoras de bienes comunes, tales como sitios de pastoreo, bosques, territorios, cultura, etc. Otro sujeto sería la propia sociedad dentro de una economía de mercado. En este caso, cabría recordar la diferencia que la sociología apunta cuando se refiere a la comunidad y a la sociedad. La comunidad se caracteriza por relaciones basadas en los valores de convivencia. La sociedad, en cambio estaría basada en los valores de cambio, es decir, en las relaciones mercantiles y por tanto en criterios de contratos y competencias, relevando y valorando la confianza mutua que debe regir entre los contratantes del mercado. En el mercado todo el mundo trabaja para todo el mundo, aunque en los intercambios, unos se enriquezcan y otros se empobrezcan. En otras palabras, lo social-mercantil aplica a la producción, pero no a la distribución, la que sigue siendo más privada que social.

Ahora bien, si de economía se trata, tenemos que identificar en primer lugar de qué sujeto o de qué unidades económicas estamos hablando. Si aludimos a la economía de mercado o a la economía capitalista, nos referimos a comerciantes y a empresarios. Si aludimos a la economía campesina o a cualquier otra entidad mercantil simple o trabajadores por cuenta propia, pensamos en un conjunto de unidades económicas familiares que producen, comercializan o prestan algún servicio en el mercado.

¿Cuáles serían las unidades económicas de la economía social, desde la tradición asociacionista y anticapitalista o, al menos, no capitalista, aparte del sector público?

Aquí tendremos que detenernos y perturbar de nuevo el hilo conductor de nuestro relato o discurso. Lo social, no sólo alude a los intereses *comunes* o *colectivos*, sino también al *bienestar de los grupos marginados*, mayorías o minorías, lo que por lo general coincide con los sectores más excluidos o segregados, explotados u oprimidos de todo sistema social; lo que no debería confundir economía social con asistencialismo o solidaridad con los sectores empobrecidos del sistema. Situados en el mundo en el cual vivimos, donde toda ecuación alude al capital y al trabajo, la economía social correspondería al mundo del trabajo, pero en crítica abierta al sistema capitalista. En el mundo del trabajo están los trabajadores asalariados, los trabajadores-productores no asalariados, los pequeños comerciantes, así como pobladores que se están haciendo cargo de muchas actividades económicas, criticando al sistema capitalista y construyendo experiencias de gestión colectiva. En otras palabras, el empobrecimiento es una fatal característica actual de la mayor parte de la ciudadanía, pero no podría ser el rasgo económico que defina a la economía social, de lo contrario no habría futuro esperanzador.

Dicho esto, la economía social estaría compuesta por un conjunto de trabajadores o pequeños productores asociados, donde cabrían todos los que giran alrededor del mundo del trabajo y no del capital. Aquí no cabrían, estrictamente, los trabajadores asalariados o los pequeños productores mientras no estén asociados y disputándole al capital la hegemonía en la gestión de la riqueza. Tampoco cabrían las empresas capitalistas por muy asociadas que estén, como es el caso de las sociedades anónimas, aunque tengan millones de socios, pues siguen regidas por las relaciones capitalistas bajo la división social entre el capital y el trabajo.

Mientras más mayoritario es el colectivo de trabajadores o productores directos, mientras más democráticamente gestione los medios económicos y más bienestar consiga para sus miembros, más cercano estará del contenido, la forma y la función de una economía social asociativa. La organización o mediación entre la teoría (proyecto) y la práctica (acciones estratégicas), sigue siendo el principal patrimonio de una economía. No es por casualidad que los empresarios se organizaron en sociedades anónimas y en cámaras empresariales, o que los trabajadores se organizaron en sindicatos y en sociedades laborales autogestionarias, o que los pequeños productores o pobladores se organizaron en cooperativas de producción, ahorro y crédito, servicios en general.

La economía social alude, no solamente, entonces, al patrimonio, sino también a la gestión colectiva como forma de administrar lo común, independientemente de que la posesión o la propiedad sea colectiva o no. Es así que cualquier economía, empresarial, estatal o asociativa será más social si está gestionada democráticamente, cosa difícil de lograr desde el momento en que la producción se ha desvinculado del crédito y la propiedad se ha desvinculado de la gestión. Hay empresarios que pueden administrar una empresa, recurriendo al crédito, aunque no tengan la propiedad. Hay gerentes de empresas públicas o privadas, empresas autogestionarias de trabajadores o cooperativas de pequeños productores que deciden del destino de los excedentes, sean propietarios o no propietarios de medios de producción o acciones.

Por extensión, la economía social, apela, igualmente, a los derechos sociales en general, reivindicados por el pueblo, en tanto que el gran sujeto económico común, es decir, el común de los pobladores, los que serán mejor defendidos en forma colectiva, organizada y asociada. Y cuando hablamos de derechos estamos hablando de igualdad de oportunidades, lo que no excluye los deberes para con la comunidad. Es así que la economía social es un concepto que ha dado cabida a un sinnúmero de reivindicaciones que aluden a los intereses de grupos más o menos mayoritarios o minoritarios, pudiendo ser una pequeña etnia o la humanidad entera. Las reivindicaciones de cualquier grupo afectado por la injusticia social del sistema capitalista, aparecen como derechos en el momento en que un grupo concientizado, organizado y movilizado las convierten en reclamos legítimos en contra de acciones de otros sujetos, instituciones o sistemas, que ponen en peligro su identidad o integridad. Ejemplos de un gran interés colectivo serían la salvación del planeta, la lucha contra la corrupción gubernamental, la exclusión de millones de desempleados, la soberanía nacional pisoteada por los arrebatos del imperialismo, etc.

Resumiendo todo lo que llevamos dicho hasta ahora, la economía social alude a los intereses comunes del trabajo y no del capital, al bienestar y los derechos de la población, a los colectivos de trabajadores o productores directos, poseyendo y gestionando democráticamente los recursos y los excedentes. Por extensión, la economía social se ha venido ampliando a formas de redes económicas y de servicios múltiples en muchos campos de la vida diaria, cubriendo la promoción de valores solidarios, discursos a favor de la justicia social, gestión de políticas públicas, organizando, concientizando y movilizando a actores colectivos de la sociedad, etc.

Antes de continuar, quisiéramos hacer una aclaración respecto a la acumulación o reinversión de los excedentes. En la economía capitalista la acumulación es un fin en sí mismo, mientras que en la economía social o socialista la acumulación es un medio, cuyo fin es el bienestar de la colectividad. En otras palabras, cuando decimos que la economía social no tiene fines de lucro, no queremos decir, que en el marco de la economía de mercado las unidades económicas no tengan que ocuparse de obtener excedentes. Cuando decimos lucro estamos refiriéndonos a la ganancia a costa del trabajo ajeno, a la plusvalía producida a través de la explotación, pero sobre todo consumida (productivamente) en función del capital, es decir, de la valorización o acumulación indefinida.

En los próximos apartados vamos a abordar dos temas más, uno referido a la relación entre el neoliberalismo, la economía popular y la economía social y otro a la discusión sobre si la economía social constituye el tercer sector de la economía. Posteriormente, cerraremos el artículo abordando un tema referido a la vinculación de la economía social con el socialismo.

El neo-liberalismo, la economía popular y la economía social

Desde los países del sur o desde el seno de la izquierda apareció el apelativo de economía popular, al que también vamos a referirnos y sobre el cual encontramos la posibilidad de construir la economía social propiamente dicha. Si en el siglo XIX, la economía popular y los intentos de economía social obedecían a un incipiente capitalismo industrial que heredaba la cultura del despotismo feudal, hoy en día la economía popular es producto no solamente de las dificultades del capitalismo tardío para emplear a su población, sino de las nuevas formas de lo que se llama el capitalismo salvaje. Dicho de otra manera, la economía popular aparece como la anatomía de lo que será el conjunto organizado de grupos asociados, en tanto que sistema fisiológico de la nueva economía.

La economía popular está compuesta por pequeñas y marginadas unidades económicas (familias, productores, comerciantes, artesanos, consumidores), cuyos ingresos provienen del trabajo familiar o personal y que en algunos países son responsables de la mayor parte del abastecimiento de bienes y servicios del país. Situados en este universo, la economía social, es la economía popular asociada y gestionada alrededor de los intereses y formas familiares conformada por sus miembros. Si bien es cierto que los pequeños productores constituyen una clase mayoritaria, y por lo tanto cumplen con el criterio de lo social, en la medida en que sus componentes son individuos dispersos y no están organizados ni asociados,

los mismos no pasarán de ser partes de una especie de capitalismo popular, obligados a competir entre sí y a permanecer subordinados a la hegemonía del capital.[313] Perfectamente pueden funcionar dentro de una especie de capitalismo popular, sometidos a la competencia y a la diferenciación social. [314]

Después de la llamada implosión socialista, el capitalismo-imperialismo, pasó a la ofensiva y desató una serie de medidas neoliberales llamadas de ajuste estructural, por medio de las cuales se hizo retroceder a las sociedades a etapas pre-liberales. Se privatizaron las empresas públicas, se desmantelaron las fronteras arancelarias y se confiscaron las conquistas sociales de los trabajadores. En algunos países revolucionarios, la reversión fue en gran escala y catastrófica, puesto que las economías de mercado lograron desmontar completamente los procesos socialistas bajo la forma de una contra-revolución. En otras palabras, podemos decir que el neoliberalismo golpeó a las revoluciones triunfantes y golpeó a los regímenes liberales que concedían un papel importante a la res-pública (cosa pública o república).

El capitalismo fue llamado por los propios liberales como capitalismo salvaje, donde cunde el desempleo, la exclusión del trabajo y la concentración de los capitales. Burguesías locales y trabajadores han sido enviados igualmente al desempleo y a la precariedad, no solamente en el Tercer Mundo, sino también en los países europeos; tal como lo previó el análisis del Manifiesto Comunista redactado en 1848. Este capitalismo ha sido bautizado como capitalismo basado en la precariedad fiscal o en la precariedad generalizada.[315]

Ante el brutal desempleo, millones de trabajadores se convirtieron en trabajadores por cuenta propia. Por otro lado, miles de pequeños y medianos empresarios, prefirieron salirse de la producción y pasarse al comercio, donde al menos, si no se gana, no se pierde. Este abandono de los procesos productivos, por parte de muchos empresarios quebrados, también ha contribuido a que dichos procesos sean asumidos por pequeños productores; aumentando así el número de trabajadores por cuenta propia. Nace así una masiva economía popular, com-

313 Marx era bien tajante al respecto. A propósito del campesino decía que en la medida que son muchos y tienen condiciones económicas en común, son una clase, pero si no tienen conciencia de clase y no están organizados defendiendo sus intereses, no constituyen una clase.

314 Al respecto puede consultarse el libro *El capitalismo popular*, escrito por Adolf Kozlik, Siglo XXI editores, México, 1972.

315 Guy Standing, The Precariat, The New Dangerous Class, Bloomsbury Publishing Plc. New York, 2011.

puesta de campesinos, artesanos, pescadores, pequeños talleres, transportistas y pequeños comerciantes. El pueblo se convierte así, no solamente en el sector explotado y marginado, sino en una verdadera alianza de sectores en control de segmentos significativos, aunque empobrecidos, de la economía. Uno de los rasgos de esta economía popular-social es haber emprendido por su propia cuenta dos políticas económicas de sobrevivencia, como son: la migración a la ciudad y hacia el extranjero, y el trabajo por cuenta propia.

La economía popular estaría compuesta por pequeños productores individuales. Ahora bien, a pesar de haberse posesionado de gran parte de los medios de producción y de una parte significativa de la producción misma, estos sectores individuales de la economía popular siguen empobrecidos, precisamente porque los eslabones superiores de la cadena de valor, lugar donde se captan los excedentes, siguen en manos del capital mediano y grande. Tienen en común con los trabajadores asalariados el de ser explotados, aunque indirectamente, a través del mercado, es decir, son productores de plusvalía, por lo cual nosotros los hemos llamado el proletariado por cuenta propia. Una parte del tiempo o de la producción la dedican a reproducirse, el resto es trabajo que aportan al mercado en forma de excedentes que serán apropiados por otros a través del mismo mercado. Las unidades económicas de la economía popular (trabajadores, comerciantes o productores) son un sector que se esfuerza por sobrevivir en el mercado; es decir, están en la competencia y están sometidos negativamente a las reglas de una especie de capitalismo popular.

Cuando los productores-trabajadores de la economía popular, se organizan, no solamente socialmente, sino económica y políticamente, es el momento en que comienza a tomar forma la economía social.[316] En medio de su empobrecimiento, estos trabajadores-productores o trabajadores por cuenta propia, han venido asociándose, escalando formas mayores de integración social y económica, movilizándose para presionar a sus gobiernos para que éstos emprendan políticas sociales y económicas a su favor. Nace así otro sector de la economía, la economía social propiamente dicha (cooperativas, empresas de trabajadores, asociaciones de productores o consumidores, unidades económicas comunitarias, otros). En otras palabras, la economía popular, microeconomía privada en última

316 Sobre la relación entre economía popular y economía asociativa, puede consultar: Orlando Núñez Soto: *La Economía Popular, Asociativa y Autogestionaria*, CIPRES, Managua, 2000; asimismo y del mismo autor: El Manifiesto de los Trabajadores por Cuenta Propia, CIPRES, Managua, 2011.

instancia -aunque sea la gran cantera de la economía social, puesto que sus unidades económicas familiares está entre las más explotadas del sistema- tendría que saltar a la asociatividad social y económica, así como a la integración en la cadena de valor para devenir economía social y salir de una vez por todas del empobrecimiento en que se encuentran todavía.

Las unidades asociativas y auto-gestionadas de la economía social luchan por el bienestar y le disputan recursos al capital y presupuesto a los gobiernos; no es, pues, un sector empresarial, no es un sector estatal, tampoco son trabajadores individuales, sino que son trabajadores-productores, empresas cooperativas, obrero-autogestionarias o comunitarias, que luchan a través de la asociatividad y la integración económica por recuperar los excedentes que el mercado les arrebata a través de la circulación o el intercambio.

¿Podemos hablar de la economía social como un Tercer Sector de la economía?

Hoy en día, la economía social, es reclamada desde los movimientos sociales más radicales hasta los más conservadores, desde los empresarios hasta los gobiernos, desde las instituciones multilaterales hasta la cooperación internacional, desde los neoliberales hasta las organizaciones anti-capitalistas o anti-sistémicas, desde los socialistas libertarios hasta los socialdemócratas. Y esto es así, porque éste, como otros conceptos que son ofrecidos en el mercado o en la lucha de las ideas o en las luchas de clases, una vez que adquieren notoriedad, prestigio o legitimidad, empiezan a ser disputados en su significado u objetivos y a ser utilizados a favor de aquellos intereses de quienes los enarbolan.

Si estamos de acuerdo en que la empresa estatal, ahí donde existe, es un sector propio de la economía; si estamos de acuerdo que la empresa privada capitalista es otro sector; si decimos que la economía popular o producción mercantil simple, es otro sector diferente, tanto de las empresas estatales como de las empresas capitalistas, entonces estaríamos hablando de tres sectores. En ese caso no podríamos hablar de la economía social como un tercer sector de la economía, pues con ella tendríamos cuatro sectores. Pero eso no es lo más sustantivo. El problema aparece cuando no solamente decimos que es un tercer sector, sino que es el sector social por excelencia, dejando por fuera el aspecto más social que existe en toda economía o sociedad, como es el sector público. Pero antes de continuar hablando del sector público como el sector por antonomasia de la economía social, veamos de dónde proviene eso de tercer sector, por lo cual, los invitaría a reconocer o recordar algunos antecedentes.

En primer lugar, el tercer sector se emparenta con el "*tercer estado*" o estado llano, que existía en la Europa feudal, previa a la revolución francesa, junto con otros dos estamentos: el clero y la nobleza. Durante la revolución francesa, la multitud, el común, el pueblo, que no gozaba de los privilegios de los otros dos estados, formaba parte con los anteriores de una especie de parlamento que el rey convocaba cuando así lo decidía, donde se votaba por estamento y no por representatividad poblacional. El sector más fuerte de este tercer estado estaba compuesto por los grandes comerciantes o burguesía de la época, además del 90% de los pobladores de Francia, entre los que estaban los pobres de la ciudad y del campo, así como los intelectuales o notables pertenecientes a las llamadas profesiones liberales que vivían en la ciudad. Durante la revolución francesa de 1789, aprovechando una convocatoria del rey, el tercer estado convoca por su cuenta y conforma la Asamblea Nacional Constituyente, aprobando la famosa Declaración de los *Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Como sabemos, del tercer estado, solamente quedó como clase dominante la burguesía, forjadora del sistema capitalista y hoy convertida en la primera fuerza económica a nivel local y mundial.

En segundo lugar, el término de tercer sector se emparenta con lo que un demógrafo francés, llamado Alfred Sauvy, haciéndose eco de la experiencia del *tercer estado* de la revolución francesa, denomina *tercer mundo* a los países que no eran ni capitalistas industrializados ni socialistas. La verdad es que en la realidad el tercer mundo no dejaba de ser y pertenecer al mundo capitalista, aunque subdesarrollado, como se señaló en su momento.

Nosotros mismos, durante la insurrección sandinista, tomando en cuenta la fuerza beligerante de los jóvenes y estudiantes, los llamamos la tercera fuerza de la revolución, para diferenciarlos de los obreros y los campesinos. Hoy tendríamos que incluir como otras tantas fuerzas sociales a otras tantas categorías que han venido asumiendo reivindicaciones y enarbolando derechos.[317]

Volviendo a la economía social, propuesta como el tercer sector de la economía, decíamos que no podría arrogarse el apelativo exclusivo de lo social, peor aún si se deja por fuera lo que consideramos el más social de todos los sectores de la economía como es el sector público, compuesto no solamente por las empresas estatales, sino sobre todo por el presupuesto nacional o municipal. El sector

317 Véase, Orlando Núñez Soto, *La Tercera Fuerza en Las Fuerzas Clasistas de la Revolución Sandinista*, Asociación Nicaraguense de Cientistas Sociales, ANICS, Managua, 1982.

público, no solamente es el sector más representativo de la sociedad, sino que su patrimonio, aunque no siempre su gestión, pertenece a toda la nación. En otras palabras, no hay sector más social que el sector público, mucho mejor si se acompaña de una gestión participativa en la administración o ejecución de su presupuesto.

La economía social estaría compuesta, entonces, por una economía social-pública y una economía social privada-colectiva; a esta última la denominamos así para diferenciarla tanto del sector privado individual, sea este último capitalista o simplemente popular-mercantil. La economía social (privada colectiva o asociativa) sería, pues, parte del sector social de la economía, pero no el único.

En este sentido, la economía social a la que se refieren quienes hablan de tercer sector de la economía y de acuerdo a una de sus partes, como nosotros mismos la señalamos (privada-colectiva), no sería ni pública, aunque sea parcialmente colectiva, ni privada-individual, aunque sea popular por su origen. Decimos que no es pública, aunque colectiva, sino todo lo contrario, porque su patrimonio pertenece a un grupo particular, como es el caso de una cooperativa o de una empresa autogestionaria. Decimos que no es privada-capitalista, sino todo lo contrario, porque pertenece al mundo del trabajo: es privada-colectiva y mercantil, pero no capitalista; sus miembros no explotan a nadie y tampoco son explotados directamente por nadie, salvo a través del mercado, como lo dijimos anteriormente.

Entre quienes quieren distanciarse del sector público, están aquellos que niegan toda participación del Estado en la propiedad de los medios de producción, en primer lugar las corporaciones internacionales, los notables nacionales o internacionales que no resisten que los funcionarios del gobierno u otras instituciones públicas, le disputen protagonismo en la vida pública; los neoliberales que quieren desaparecer toda cosa pública; los activistas sociales que defienden, frente a los gobiernos nacionales o municipales, una mayor participación en los asuntos públicos; los que quieren mostrar distancia frente a los abusos de los gobiernos de turno, sobre todo los que son reprimidos por las fuerzas del llamado orden público, entre otros.

Entre quienes quieren tomar distancia del sector privado capitalista, están los sectores organizados de la llamada economía popular, es decir, los pequeños productores, los pequeños comerciantes, los pequeños artesanos, los pequeños pescadores, los pueblos indígenas y comunidades étnicas, los consumidores barriales, los ecologistas que combaten la depredación empresarial de la natu-

raleza, los movimientos sociales, los que proponen un socialismo comunitario y democrático.

Entre los que quieren tomar distancia de la economía popular están los que siguen creyendo que la pequeña producción mercantil simple está destinada a desaparecer, a favor de una proletarización generalizada, como pensaba Marx; los socialistas que no aceptan otro socialismo que no sea el socialismo de Estado; los que quieren advertir que la economía popular no es ajena ni está vacunada contra el capitalismo popular.

En rigor, entonces, la economía social estaría compuesta por el sector público más las asociaciones de productores y demás colectivos gestionados democráticamente. En términos de modelo, es decir, hablando de una socialización generalizada, estaríamos en presencia de un socialismo mixto, donde se combinan las empresas públicas, las empresas obreras o de pobladores-autogestionarias, las cooperativas de productores, comerciantes o consumidores.

En conclusión, preferimos decir, que la expresión privada-colectiva, es decir, los sectores populares asociados de la economía social, cabalgan entre el sector privado, no capitalista, aunque todavía mercantilizado, y el sector público, capitalista o socialista. Su ventaja está en que son unidades asociadas y en que están en mejor condición que los trabajadores individuales para defender, demandar o cogestionar, el beneficio de las políticas sociales y económicas del sector público, ya sean en los beneficios o excedentes como en la gestión o administración de los mismos, tanto para ellos como para el resto de unidades económicas individuales de la economía popular o de los pobladores en general. Por supuesto que estarían mejor si cogestionaran el poder político y fueran capaces por tanto, como lo es la economía empresarial capitalista, de formular y determinar las políticas públicas a favor de sus intereses, cosa que pueden hacer desde la oposición, en alianza con los movimientos sociales o directamente formando parte del poder político.

Hablando más concretamente, cuando las instituciones públicas son gestionadas por gobiernos a favor de la soberanía nacional o cuyos programas giran alrededor de los intereses públicos, como es el caso de algunos gobiernos latinoamericanos, lo social tiene mucha mayor envergadura y beneficio para la economía popular y social que cuando las políticas públicas se orientan hacia el gran capital. Estar en la oposición no tiene que ser necesariamente una virtud. Pensemos, por ejemplo, en lo que los movimientos sociales consiguieron estando en la opo-

sición, como fue el caso del Movimiento Al Socialismo (MAS), comparándolo con el momento en que este mismo movimiento se decidió a conformarse como partido político y conquistar el gobierno en Bolivia, situación en la cual tanto Bolivia como los sectores populares e indígenas han salido mucho más favorecidos, en términos de renta nacional, alfabetización, vacunación, operaciones de la vista, educación, protección social en general. Esto no quiere decir que los ONGs o cualquier otro organismo que se reclame de la sociedad civil o de los movimientos sociales en general, no deban seguir actuando por su cuenta y criticando todo lo que haya que criticar sobre la gestión social del sector público gubernamental. Por su parte, un sector público deviene más social en la medida que más orientado esté hacia los sectores mayoritarios de la población, a la economía popular y a los pequeños sectores asociados o cooperativas orientadas por el trabajo.

Economía social y economía mixta en el socialismo

Otro punto de discusión, aunque aparezca menos en la agenda del debate actual sobre la economía social, es la apuesta al socialismo. Afirmar que la economía social corresponde al tercer sector de la economía, por diferenciarse del capitalismo y del socialismo, tiene dos inconvenientes. El primero es que pareciera que ya nos separamos del capitalismo, cuando en realidad las unidades económicas colectivas son todavía partes del mercado y son influenciadas por el mercado. El segundo es pensar que aparecen como diferentes y superiores al socialismo, con lo cual nos alejamos de un verdadero análisis estratégico en tanto el socialismo, o como quiera llamársele a un sistema alternativo al capitalismo, sigue siendo o debería ser la antítesis del capitalismo.

La verdad es que una economía social, desprovista del sector público, sería algo así como una especie de micro-socialismo, como el que priva en la familia, pero dentro de una economía de mercado. Por el contrario, articulada a las políticas públicas o a un régimen pos-capitalista, tiene muchas más facilidades de superar sus propias contradicciones y limitaciones. Igualmente, un régimen socialista tiene más facilidades de avanzar y afianzarse si combina la propiedad y la gestión estatal con la posesión y la gestión de un conjunto de unidades económicas asociativas. Una rica experiencia de este socialismo mixto sería el régimen socialista autogestionario que funcionó en Yugoslavia y que fue aplastado por las fuerzas del capitalismo europeo-estadounidense. Adelantándome a la descripción de lo que considero un socialismo mixto diría que el mismo se caracteriza, entre otras cosas, por la cogestión o responsabilidad compartida entre el sector público so-

cializado y las federaciones de asociaciones auto-gestionadas que van poco a poco disputándole al mercado la regulación de la economía.

El concepto y experiencia de la economía social, al menos en América Latina, nos permite acercarnos a la posibilidad de pensar y construir el socialismo, desde una perspectiva de economía mixta, pero dentro de un proyecto socialista. Una economía mixta en este contexto, ya no sería una combinación de sector público capitalista + sector privado capitalista, sino sector público socialista + sector privado-colectivo, este último en manos de los trabajadores-productores libremente asociados en cooperativas de toda clase y en todos los ámbitos de la vida, tal como lo pensaba Carlos Marx en el siglo XIX.

La experiencia de la economía social y concretamente del cooperativismo avanza en el mundo entero[318]. Augusto C. Sandino, héroe de la lucha por la soberanía nacional y General del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional en Nicaragua, durante la ocupación de las tropas yankees, mentor de la Revolución Sandinista, tiene una frase célebre que dice: "*Yo me inclino por un régimen cooperativo.*" Igualmente, Sandino apostaba a una forma de vida comunitaria, a vivir en comunas, es decir, apostando a actividades comunales más allá de lo estrictamente económico. El ideal principal de Sandino eran las Comunas Universales, en una forma que también nos recuerda al Marx entusiasmado con la experiencia de la Comuna de París (1871), no solamente por razones políticas, sino sobre todo por la forma, asociativa y federativa, que inauguró aquella experiencia político-económica.

Hoy en día, las asociaciones populares, tanto en el aspecto económico como en los demás aspectos de la vida en sociedad, aparecen reivindicando un espacio en la socialización. Cuando decimos socialización nos referimos tanto al derecho de las organizaciones de gestionar directamente bienes de capital, como a la gestión asociativa del capital en el seno de las empresas privadas y del sector público. Pero también se entiende la socialización como la negación o el rechazo a todas las formas de explotación, marginación, exclusión y discriminación de la riqueza social.

La agenda de la socialización compete y connota a todas las categorías sociales en los aspectos más diversos de la vida en sociedad. Una socialización que exige una vida cada vez más social, más democrática y más compartida.

318 Véase el texto de P. Utting, A. Chamorro, C. Bacon: *El cooperativismo*, Centro para la Economía Social, CES, Nicaragua, 2014.

Para los clásicos del marxismo (Marx, Engels, Lenin), la socialización de la producción había comenzado con el capitalismo, pero con una contradicción entre la producción y el consumo: producción social y riqueza individual. Cuando aparecen las sociedades anónimas, incluso cuando aparece la estatización de importantes medios de producción, tanto en el capitalismo como en el socialismo de Estado, aquellos pensadores y líderes sociales y políticos, pioneros del socialismo, pensaron que las sociedades anónimas o lo que ellos llamaron el capitalismo de Estado, no era todavía el socialismo, pero era la antesala del socialismo.

Los clásicos del marxismo planteaban que toda nueva sociedad nace en el seno de la vieja sociedad y que el socialismo sólo podía surgir del capitalismo, más aún, creyendo que mientras más desarrollado un país capitalista, más cerca estábamos del socialismo, concedieron mucha importancia a las formas asociativas de los productores agrupados en sindicatos y cooperativas. Para el más lúcido y visionario, Carlos Marx, el proletariado dejaría de existir y se transformaría en un productor colectivo, en una federación de productores libremente asociados, en cooperativas de trabajadores, armados del poder de una federación de comunas gestionadas por la sociedad y al servicio de la sociedad.[319] Para nosotros, el punto fuerte o culminante de la economía social, dentro del capitalismo, en tanto que entrenamiento o antesala del socialismo no puede ser otro que las cooperativas de obreros, campesinos, artesanos, trabajadores por cuenta propia de todas las categorías, estudiantes o pobladores en general; sobre todo ahora que el desempleo irreversible generado por el capitalismo está convirtiendo a los trabajadores por cuenta propia de la economía popular en el más numeroso sujeto económico, incluso más numeroso que la propia clase obrera o asalariados en general, particularmente en el Tercer Mundo.

En el capítulo XXVII del tercer tomo de El Capital de Marx: *El Crédito en la producción capitalista*, encontramos un párrafo que resume la importancia que tenían para Marx las cooperativas de trabajadores, al señalar: "*Las fábricas cooperativas de los obreros mismos son, dentro de la forma tradicional, la primera brecha abierta en ella, a pesar de que, donde quiera que existen, su organización presenta, naturalmente, y no puede por menos de presentar, todos los defectos del sistema existente. Pero dentro de estas fábricas aparece abolido el antagonismo entre el capital y el trabajo, aunque por el momento, solamente bajo una forma*

319 Entre los principales textos donde podemos ilustrar dicha concepción están: La Guerra Civil en Francia, *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico, Crítica del Programa de Gotha, El Capital, tomo* III.

en que los obreros asociados son sus propios capitalistas, es decir, emplean los medios de producción para valorizar su propio trabajo (…) Las empresas capitalistas por acciones deber ser consideradas, al igual que las fábricas cooperativas, como formas de transición entre el régimen capitalista de producción y el de producción asociada; la única diferencia es que en un caso el antagonismo aparece abolido negativamente, mientras que en el otro caso aparece abolido en sentido positivo"[320]. En otro texto y a propósito de la experiencia de la Comuna de Paris de 1871, Marx se pronuncia sobre el cooperativismo en una forma mucho más radical, al decir: "*Si la producción cooperativa ha de sustituir al sistema capitalista; si las sociedades capitalistas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, más que comunismo, comunismo 'realizable'?*"[321]

Como sabemos, ha sido frecuente en los regímenes socialistas practicar, aunque en forma muy limitada, la cogestión entre los sindicatos y los directivos de empresas estatales, pero sobre todo, fomentar el régimen cooperativo entre los pequeños productores o los llamados trabajadores por cuenta propia. Existen diferentes países, capitalistas y socialistas, donde el gobierno y las cooperativas practican lo que llaman responsabilidad compartida ente el gobierno y las asociaciones de pequeños productores, institucionalización que enriquece la experiencia de economía mixta.

En el mundo capitalista, sobre todo en los llamados *Estados de bienestar*, la práctica cooperativa se ha desarrollado en múltiples y diversas formas: en la producción, el acopio, el crédito, el procesamiento, el comercio, el transporte, así como en la asociatividad local, regional, nacional e internacional, bajo muchas formas de integración cooperativa. No es despreciable un sinnúmero de cooperativas de consumidores o pobladores que a nivel local gestionan recursos o servicios importantes, como la generación y distribución de energía, alimentación escolar, jornadas de vacunación, entre otras.

320 Carlos Marx, *El Capital*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1986, t.III, capítulo XXVII, pág.460.

321 Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, Marx Engels, Obras Escogidas, t.1, op.cit., pág. 503.

LIBRO CUARTO

(APÉNDICES)

DISCUSIÓN SOBRE EL ORIGEN DEL VALOR

Y EL INTERCAMBIO EQUIVALENTE

LIBRO CUARTO

(APÉNDICES)

DISCUSIÓN SOBRE EL ORIGEN DEL VALOR Y EL INTERCAMBIO EQUIVALENTE

Capítulo VII

(Apéndice 1)

LA VIEJA POLÉMICA ENTRE MARGINALISTAS Y MARXISTAS

La lucha de clases, en todas sus expresiones, es un rasgo ineludible de la lucha entre el capitalismo y el socialismo, no importa la forma que aquélla adquiera. Una lucha que se libra en todos los campos. Uno de esos campos es la lucha política por el poder, otra es la lucha económica en el mercado, otra es la lucha ideológica o batalla de las ideas, como suele decir Fidel Castro. Ahora bien, todas esas clases de luchas se entrecruzan y se involucran mutuamente.

En este capítulo vamos a hablar de la lucha ideológica que se desarrolló desde los primeros años del capitalismo alrededor del origen del valor o de la riqueza, relacionada con la distribución social entre las diferentes clases o categorías, o lo que es lo mismo, entre el capital y el trabajo.

La polémica más vieja que subyace en la lucha entre el capital y el trabajo la encontramos desde Platón, por el siglo IV antes de nuestra era, cuando propone, en su obra *La República*, la necesidad de abolir la propiedad privada o la posición de Aristóteles sobre la injusticia del monopolio. En el siglo XV aflora una discusión sobre los precios justos. En el siglo XIX los pensadores se interrogan sistemáticamente sobre el origen de la riqueza o del valor.

En síntesis, desde el renacimiento y la conquista europea de lo que será llamado el Tercer Mundo, o desde que nace el sistema-mundo, al decir de Braudel, hasta nuestros días, la pregunta de cómo generar, mantener e incrementar la riqueza frente al resto de países, ha sido una de las motivaciones de los economistas, estadistas y reformadores sociales más sinceros a la hora de encarar las potencialidades, contradicciones, conflictos y limitaciones del sistema capitalista.

El alma del debate se mantiene inalterada hasta nuestros días: la justificación del lucro o la ganancia comercial para unos, la contradicción moral que lleva consigo la explotación, el empobrecimiento, la marginación de los trabajadores, para otros. Nacen así las políticas mercantilistas y posteriormente las escuelas de los fisiócratas, las escuelas clásica, marxista, marginalista, subjetivista, neoclásica, keynesiana, neo-ricardiana, cuantitativista, monetarista, neoliberal, desarrollista, etc., cada una tomando posición sobre diferentes temáticas relacionadas alrededor del origen de la riqueza.

Para ilustrar esta polémica escogimos la lucha ideológica o confrontación entre dos corrientes históricas conocidas, como son la marxista y la marginalista en sus diferentes expresiones, cada una reclamando un estatus científico-económico del capitalismo y del socialismo, respectivamente, siempre girando alrededor de la ley del valor-trabajo para unos o de la utilidad marginal para otros. Los planteamientos cobran fuerza a raíz de la economía clásica a inicios del siglo XIX (Smith, Ricardo, Marx), cuando la teoría del valor-trabajo y por ende la importancia de la clase obrera, aparecen en la agenda política como contradicción entre el capital y el trabajo, particularmente en Inglaterra. En Francia, esta contradicción se acompaña de movimientos sociales expresados en las revoluciones de 1830, 1848 y 1871. Entrando al siglo XX, con el nacimiento de la primera experiencia socialista a partir de la revolución rusa en 1917, se renueva el debate. A partir de entonces, la misma discusión se introducirá al interior mismo del marxismo, desde otra perspectiva e intereses.

Desde entonces la economía y el mundo político se dividirán entre quienes defienden la autorregulación a través de las leyes del mercado y en favor del capital (liberales o marginalistas), y quienes abogan por su regulación en favor del trabajo (marxistas o socialistas). En relación al mercado y sin desconocer las variantes existentes en cada una de las corrientes señaladas podríamos situar la línea divisoria entre marginalistas y marxistas. Por un lado se sitúan aquellos que pregonan la autorregulación o cosificación de las relaciones mercantiles y aquellos que la rechazan, proponiendo una regulación consciente[322].

322 En este contexto, se entiende por cosificación la sustitución de relaciones socialmente acordadas en una sociedad por relaciones utilitarias y de lucro impuestas a la voluntad general. El concepto de cosificación del ser humano ha sido utilizado por la literatura marxista, de Marx a Lucáks, para describir el proceso por medio del cual el mercado capitalista impone relaciones mediadas mercantilmente a través del dinero como equivalente general. La gente reducida a tiempo de trabajo demandado por el mercado, a mercancía dependiente de las fuerzas del capital, en fin, a dinero-mercancía comprando trabajo encarnado en otras mercancías. A nivel económico Marx planteó

En síntesis podemos decir que el centro del debate ha girado alrededor del valor y los precios de mercado, unos aceptando la formación de los precios y la asignación de recursos a través de la autorregulación del mismo, otros fijando precios y reasignando recursos de acuerdo a un plan y a criterios políticos. A lo largo del siglo XX, las diferentes posiciones han venido aproximando la agenda del debate y algunas de las posiciones antes encontradas, incluyendo acercamientos alrededor de diferentes temáticas, entre ellas, el respeto a la propiedad y la importancia del capital para el crecimiento económico, el papel de los costos de producción en la formación de los precios, la aceptación de la planificación y regulación del mercado, la necesidad de aumentar el mercado interno o la demanda efectiva, la responsabilidad del capital en la desigualdad social, entre otros.

1. El debate sobre la fuente del valor

Desde hace más de dos mil años se pueden encontrar antecedentes sobre la polémica en relación a valores y precios. A raíz de la primera parte de la modernidad, es decir, desde el Renacimiento y la conquista de América, el mercantilismo y la fisiocracia aparecen rechazando el pensamiento económico medieval. Posteriormente, durante el siglo XVIII y XIX, aparece la escuela clásica o economía política sistematizando lo que se llamará la teoría del valor-trabajo, tesis retomada y llevada por Marx hasta sus últimas consecuencias. Posteriormente, aparecen las escuelas marginalistas y neoclásicas, criticando a su vez la teoría del valor-trabajo de los clásicos.

De la escuela clásica se desprenden dos posiciones y corrientes de pensamiento cuyo debate dura hasta nuestros días, entre marxistas y marginalistas o entre socialistas y neoclásicos. El enfrentamiento ha versado sobre diferentes temáticas, marcadas por los precios y valores, que incluyen: el origen o fuente de la riqueza, la explicación sobre la fijación de los precios, las causas de la pobreza, las fluctuaciones y crisis del capitalismo, la remuneración de los factores, el equilibrio o la inestabilidad económica, el crecimiento, el desarrollo, la regulación del mercado y la planificación, entre otras.

La teoría del valor-trabajo

La teoría del valor-trabajo, que tiene sus antecedentes en todo el pensamiento económico anterior y que alcanza su primer estatus científico con la escuela

su concepción de la cosificación del mercado en el capítulo titulado: "*El fetichismo de la mercancía y su secreto*", en: *El Capital*, tomo I, Edición Ciencias Sociales, La Habana, 1986, pág. 38-50.

clásica, es posteriormente desarrollada por Carlos Marx donde señala que la sustancia, fuente y medida del valor es el trabajo humano abstracto o trabajo en general; obviamente se refiere al valor de cambio de las mercancías - tesis que lo llevará a desarrollar la ley del valor en las sociedades capitalistas. Marx, como los economistas clásicos, no desconoce que toda mercancía tiene valor de uso, pero es su valor de cambio lo que le interesa. En el intercambio entre una y otra mercancía lo que cuenta no es su uso determinado, sino las proporcionalidades en que todas ellas se medirán o intercambiarán entre sí, lo que sucede por el hecho de tener algo en común, como es el que todas son producto del trabajo humano abstracto, cuya magnitud se mide por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlas. Por socialmente necesario se entiende el tiempo de trabajo promedio de cada momento técnico-social en la evolución social, sobre la base de las necesidades creadas y bajo una serie de condiciones históricas. Por supuesto que para quien compra una mercancía con el objeto de consumirla, lo que cuenta es el uso que tiene para satisfacer necesidades o deseos.

Por haber abrazado la teoría del valor-trabajo, Marx sería considerado un clásico, y por haber rechazado y combatido la ahistoricidad apologética del capitalismo, bien puede considerársele como el mayor crítico de la escuela clásica, concepto que él mismo acuñó.

La crítica de Marx a la escuela clásica no desconoce el aporte de sus pensadores, incluso suele defenderlos en sus escritos frente a los partidarias de lo que él llamaba la "*economía vulgar*": Al respecto, Marx declara: "*toda la economía que, desde W. Petty, investiga la concatenación interna del régimen burgués de producción, a diferencia de la economía vulgar, que no sabe más que hurgar en las concatenaciones aparentes.*"[323]

La crítica principal del marxismo a la llamada economía vulgar recae sobre el abandono del análisis económico basado en el proceso de producción, como lo habían hecho los clásicos, supeditándolo al proceso de cambio, en el que aparecen las motivaciones subjetivistas del consumidor, punto retomado posteriormente por los marginalistas. La corriente marginalista y su expresión neoclásica tendrán mucha dificultad en incluir el análisis del proceso productivo o de la oferta, inclinándose casi siempre por la demanda o el consumo; mientras que los marxistas subestimaron las motivaciones subjetivistas del consumidor, descuidando la importancia que ello tiene en las actitudes y conductas de los

323 Carlos Marx, *El capital*, op.cit., tomo I, libro primero, pág.48, nota 35.

consumidores, error que debilitó la percepción de los regímenes socialistas sobre las opciones de masas en la lucha por la hegemonía, tal como los señalamos en los capítulos anteriores.

La teoría del valor-trabajo, conocida también como teoría objetiva del valor, estuvo siempre motivada científicamente, como lo estuvieron los fisiócratas en su tiempo, por el origen del excedente, los costos de producción, la distribución del producto neto. En el caso de Marx, su preocupación central radicaba en demostrar la existencia simultánea del intercambio de equivalentes y la explotación de la fuerza de trabajo por el capital.

Para la economía marxista, la formación de los precios gira alrededor del valor. Sin embargo, dado que la teoría del valor-trabajo descansa en el intercambio de valores equivalentes, lo que no se expresa directamente en las sociedades capitalistas, en parte por la diferentes composiciones orgánicas en que compiten las empresas, ha llevado al marxismo a concentrarse en la llamada transformación conceptual y empírica de valores en precios de producción y de la plusvalía en ganancia capitalista, debate en el que han participado las posiciones más variadas, como las de Marx y Engels, Böhm-Bawerk o Tugan-Baranoswsky, entre los más renombrados de aquella polémica inicial. Polémica que ha ido más allá de la confrontación entre marginalismo y marxismo, llegando a ser, incluso, un factor de división entre las diferentes corrientes socialistas y en la que nos detendremos más detalladamente en los próximos capítulos[324].

Tal como hemos señalado previamente, en la sociedad capitalista el intercambio entre el capital y el trabajo se realiza, por un lado, entre el salario o costo de producción de la fuerza de trabajo (trabajo necesario para reproducir al trabajador y su prole), equivalente al precio de la canasta básica, según el lugar en donde viven los trabajadores (campo o ciudad, países pobres o países ricos), contra el valor total producido por el trabajador (trabajo necesario + trabajo sobrante o plusvalor), descontando los costos correspondientes a la amortización del capital fijo. La diferencia entre el salario o costo de producción del trabajador y el valor total producido por éste genera una plusvalía, traducida en precio o valor en dinero, llamada ganancia y apropiada por el capitalista. En el mercado o intercambio del resto de mercancías, los precios de producción se forman calculando los costos de producción (amortización de maquinaria e insumos + salarios pagados) +

324 Véase: Gilles Dostaler,*Valeur et Prix, histoire d´un débat*, Presses Universitaire de Grenoble, François Maspero, Paris, 1978.

(el plus-trabajo, trabajo adicional-sobrante o plusvalía, convertida en ganancia); la cuota de ganancia equivale a un promedio (ganancia media), proporcional al capital invertido por cada capitalista. En conclusión, en el mercado el precio de las mercancías se cambian por su valor equivalente, lo que da la impresión de la justeza en el intercambio.

La teoría marxista se convirtió en una teoría de la explotación de los trabajadores por el capital y continuó enfatizando el proceso inmediato de producción (lugar donde se lleva a cabo la generación y apropiación de plusvalía), la oferta y la distribución del excedente entre las diferentes clases sociales, la pauperización de los trabajadores, la concentración y centralización del capital, las crisis de sobreproducción o el congestionamiento de la valorización inducido por el subconsumo, la necesidad de intervenir el mercado y atenerse a las categorías que rigen las sociedades capitalistas y que deberían seguir rigiendo las economías socialistas. En suma, la promoción del socialismo, la propiedad social y la planificación central en favor de los trabajadores. En el socialismo, los excedentes (plusvalía, excedente o ganancia), una vez deducidos los gastos sociales, pertenecerían a la sociedad de trabajadores.

Los marginalistas se refieren al valor, desde una concepción subjetiva y su argumentación gira alrededor de un individuo, ubicándolo en la demanda o el consumo, mientras que los economistas clásicos, incluyendo a Marx, lo hacen desde una concepción objetiva, ubicándolo en la producción o en la oferta, pero además referida a clases o grupos. Para los marginalistas, el precio depende de la ley de la oferta y la demanda en los diferentes mercados y para las diferentes mercancías. También podría decirse que la oferta y la demanda dependen u oscilan desde un mínimo correspondiente a los precios de producción y un máximo correspondiente a los ingresos de los consumidores. Como explicaremos más adelante, nadie vende por debajo de los costos de producción, pues perdería, y nadie puede comprar por encima de sus ingresos, salvo que se endeude, lo que implica comprar más caro.

A continuación expondremos brevemente el itinerario y las posiciones de cada una de estas escuelas sobre la concepción del valor, incluyendo sus antecedentes, desde el mercantilismo y la escuela fisiocrática hasta la teoría del valor-trabajo, tal como fue expuesto por los clásicos y por el propio Marx.

Antecedentes sobre la teoría del valor-trabajo

La teoría del valor-trabajo se inicia con el planteamiento sobre el valor de uso y el valor de cambio de las mercancías. Por valor (valor de uso) se entiende, la facultad de un bien para satisfacer una necesidad o un deseo, o simplemente la utilidad socialmente reconocida, preferida o apreciada de un objeto, de una acción o de una persona. El valor en tanto que objeto de necesidad o deseo implica una situación menesterosa y por tanto una relación mediada por productos o servicios escasos, que pueden ser encontrados en la naturaleza o generados por el trabajo humano. En términos generales esta afirmación puede ser rubricada por marxistas y liberales, así como por el sentido común. En el pensamiento económico, particularmente a raíz de la mercantilización y monetización de las sociedades, en donde los bienes son producidos en forma multiplicable e intercambiable, el valor (valor de cambio) de una mercancía entendida en términos relativos, es decir, en relación al resto de bienes con los cuales se intercambia, ha estado asociado al trabajo.

Hasta el siglo XIX y particularmente desde que el capitalismo decidió utilizar la ciencia económica para defender lo que ha sido su pecado original (la explotación o apropiación del trabajo ajeno), había sido de aceptación universal en el pensamiento económico diferenciar el valor de uso del valor de cambio de una mercancía. Se ha entendido por valor de uso la capacidad de un bien, generado por el trabajo, para satisfacer una necesidad, natural o social. Se ha entendido por valor de cambio la proporcionalidad (medida por el tiempo de trabajo socialmente necesario) en que se intercambian las mercancías. Y se utiliza el concepto forma-valor, a la modalidad adquirida históricamente por el trabajo para manifestarse, o al tipo de relación establecida por los productores en la producción e intercambio de mercancías.

La discusión alrededor de la teoría del valor-trabajo ha versado sobre varias interrogantes o puntos polémicos; señalaremos, a grandes rasgos, aquellos que más nos interesan en este trabajo, en cuanto a la definición del valor. Para unos la fuente o explicación del valor está en el trabajo humano, para otros está en la naturaleza, en la escasez de dicho bien o en el capital utilizado para producirlo. Primeramente nos concentraremos en la teoría del valor-trabajo, aceptándola como fuente, sustancia o medida del valor de cambio, base de la teoría del valor y de la ley del valor.

Desde hace mucho tiempo existió la sospecha entre los pensadores acerca de la existencia de un común denominador que rija el intercambio de productos.

Estas referencias se remontan a varios siglos antes de nuestra era y en lugares tan distantes como China y Grecia. La búsqueda de un referente común que permitiera comparar y medir el valor de las mercancías entre sí, fue planteada con bastante evidencia por Platón y Aristóteles, buscando ambos la forma que permitiese situar la justicia y la igualdad entre los hombres a partir de aquella proporcionalidad. Desde entonces existe una relación diferenciada entre el precio de una mercancía y el valor de la misma, así como una sospecha de que el precio justo de una de éstas depende del trabajo incorporado en ella y que la medida de aquella justeza estaría en el tiempo que un trabajador o una sociedad le dedica a su producción. Partiendo de sociedades donde existe no solamente una división del trabajo entre las distintas personas, sino propiedad privada de los medios utilizados para producir, en donde unos se dedican a producir una cosa y otros se dedican a producir otra distinta, intercambiando luego unas por otras en el mercado." *¿Es preciso",* dice Platón en La República, *"que cada uno desempeñe su propio oficio para toda la comunidad; por ejemplo, que el labrador suministre él solo los víveres para 4 y emplee 4 veces más tiempo y trabajo en preparar el trigo para beneficio de los demás? ¿O bien que, sin preocuparse de ellos, produzca individualmente sólo la cuarta parte de este trigo en una cuarta parte de su tiempo, dedicando las otras tres cuartas partes, una a hacerse una casa, la otra un vestido y la tercera calzado, y que en lugar de molestarse por la comunidad, se ocupe por sí mismo y para sí mismo de sus propios asuntos*?".[325]

A su vez, Aristóteles nos dice en su Moral a Nicómaco: "*Es preciso que las cosas que están sujetas a cambio puedan compararse entre sí bajo algún aspecto; y aquí nace la necesidad de la moneda (...) Hace ver por ejemplo, cuántos zapatos serían necesarios para igualar el valor de una casa, o el de los alimentos que se consumen (...) Sin igualdad, no hay cambios; y sin una medida común, no hay igualdad posible*".[326]

Sin embargo, admitir en aquel momento, que el origen de la riqueza, de la moneda o del valor, estaba en el trabajo de todos los hombres, hubiera significado el reconocimiento de la esclavitud como una injusticia, cosa que ni Platón ni Aristóteles estaban dispuestos a reconocer. Algunos pensadores posteriores piensan que era prácticamente imposible para Aristóteles descubrir o admitir la sustancia común. Al respecto, anotaba Marx: "*Aristóteles no podía descifrar por sí mismo,*

325 Platón, La República, citado por Ernest Mandel, *Tratado de Economía Marxista*, tomo II, op. cit., p.296.

326 Aristóteles, *Moral a Nicómaco*, Espasa Calpe, México 1990, pp.140-141.

analizando la forma del valor, el hecho de que en la forma de los valores de las mercancías todos los trabajos se expresan como trabajo humano igual, y por tanto como equivalentes, porque la sociedad griega estaba basada en el trabajo de los esclavos y tenía, por tanto, como base natural la desigualdad entre los hombres y sus fuerzas de trabajo. El secreto de la expresión de valor, la igualdad y equiparación de valor de todos los trabajos, en cuanto son y por el hecho de ser todos ellos trabajo humano en general, sólo podía ser descubierto a partir del momento en que la idea de igualdad humana poseyese ya la firmeza de un prejuicio popular".[327]

Sin desconocer la función de la naturaleza, y antes de la aparición del capital mercantil y del propio capitalismo, aparece en la historia económica, en tanto criterio universal, la relación existente entre el valor y el trabajo humano, desde el simple trabajo para recoger un fruto producido silvestremente hasta el trabajo para fabricar una máquina. Una de las motivaciones teóricas del pensamiento económico para indagar la fuente del valor ha sido la necesidad de medir el precio justo de los productos y regular el intercambio, es decir, encontramos no solamente una preocupación económica, sino también una preocupación moral. La reflexión de que el trabajo es la fuente y medida del valor, se desarrolla en la Edad Media (siglo XIII) y bajo la inspiración de los economistas escolásticos sobre trabajos realizados acerca de la proporcionalidad aristotélica[328].

Aristóteles separaba lo que llamaba la crematística de su tiempo que se ocupaba de producir riqueza a través de la especulación comercial y sobre todo usurera, de lo que sería una transacción justa o complementaria de un producto por otro sin que ello enriqueciera a ninguno, transacción a la que se denominaba economía. El concepto fue introducido por Tales de Mileto y retomado por Aristóteles, entre otros. La crematística incluía el enriquecimiento comercial (capital comercial) y el enriquecimiento por el crédito (capital usurario) o enriquecimiento generado por el intercambio de dinero por dinero. La crematística correspondía al intercambio de dinero por dinero y cuyo fin es el aumento del mismo, produciendo un lucro o beneficio ventajoso para quien posee el dinero.

---

327 Carlos Marx, *El Capital*, tomo 1, op.cit., p.27.

328 La Escolástica corresponde a la cultura filosófica medieval propagada por la enseñanza en las escuelas monásticas o episcopales a partir de los siglos IX-X. Época en que la teología cristiana se propone reconciliar la fe y la razón. Pensamiento influenciado fundamentalmente por la filosofía aristotélica que llega a través de la cultura árabe de aquel entonces.

Al final, se terminó aceptando el comercio, pero no la usura, la que se mantuvo censurada por la iglesia católica durante gran parte de la Edad Media.

Frente a la crematística aquellos filósofos anteponían la economía o intercambio complementario. La economía se refería a la administración de los bienes, tal como se hacía al interior del hogar. A pesar de la pulcritud con la que condenaron el enriquecimiento, criticando la crematística y reivindicando la economía, conocida desde la antigüedad (Aristóteles) hasta la Edad Media (la escolástica), aquella filosofía no condenó la esclavitud[329].

Alberto El Grande, Tomás de Aquino y Duns Escoto, preocupados por el justo precio en que debían cambiarse las mercancías reflexionaron explícitamente acerca de la proporcionalidad al esfuerzo de producción de cada cual, concluyendo que de lo contrario no habría ninguna diferencia con la servidumbre o la esclavitud. La preocupación de los escolásticos estaba más bien centrada en criticar las primeras manifestaciones del capital usurario, aunque sin condenar la labor de los comerciantes de la época. Igual parecer mostraría la economía burguesa varios siglos después al intentar develar el funcionamiento del capital sin querer enjuiciar a los capitalistas. O en nuestros tiempos en que el liberalismo y el neoliberalismo aparecen preocupados por la pobreza, evitando señalar el sistema que la genera.

Más precisa aún es la propuesta del islámico Ibn Jaldún en el siglo XV, al señalar que "*todo lo que es adquisición y todo lo que es fondo y riquezas, sólo proviene del trabajo del hombre (...) Sin el trabajo del hombre, esas ocupaciones [artesanado, agricultura y trabajo de las minas] no suministran ningún beneficio [renta] ni ninguna ventaja*".[330] El trabajo aparece aquí explícitamente como la fuente del valor, lo que será la constante en el pensamiento económico de los siglos subsiguientes.

Antes de seguir explicando la teoría del valor-trabajo y dado que arriba ofrecimos una breve síntesis y pensando en las nuevas generaciones y en lectores no relacionados con la economía política, nos parece pertinente recordar las posiciones del mercantilismo y la primera corriente de pensamiento económico en forma sistemática, como fue la escuela de los fisiócratas.

329 Hoy en día, existen algunos pensadores que condenan la economía, reivindicando la vieja crematística.

330 Citado por Ernest Mandel: *Tratado de Economía Marxista*, tomo II, op.cit., p.300.

El paréntesis mercantilista

Al final de la Edad Media termina lo que los griegos llamaron la crematística donde se condenaba la usura. Desde Tomás de Aquino, la acumulación por la acumulación es aceptada siempre y cuando sirva a un objetivo virtuoso como la caridad, pero no para el enriquecimiento. Otros pensadores sostienen que la crematística fue un obstáculo al desarrollo. Recordemos que para la católica Corona española la usura y el comercio solo eran permitidos para los judíos y árabes, a quienes no se les permitía el trabajo de la economía real y quienes finalmente fueron expulsados de la península ibérica con nada envidiables consecuencia para la economía española.

Es interesante, en esta polémica, recordar las tesis de Max Weber sobre la relación entre la reforma protestante y el espíritu del capitalismo, donde se legitimaba el negocio; asimismo las críticas de Lutero y Calvino, entre otros, al espíritu parasitario del contubernio entre la iglesia católica de entonces y los diferentes imperios europeos.

Una vez abandonada la condena a la crematística o crítica de la usura y del enriquecimiento ilícito; una vez instaurada la economía o justificación del enriquecimiento, aparece la primera corriente de pensamiento conocida como mercantilismo que a nuestro modo de ver incuba todo el contenido de la economía en los últimos siglos, desde la economía política hasta la macroeconomía y la microeconomía. Al igual que la economía frente a la crematística, distinción recientemente re-apreciada por algunos economistas y filósofos contemporáneos, el mercantilismo propugna la creación de la justa riqueza, a costa de los trabajadores y productores, quienes, según los principios del mercantilismo, no deberían obtener o recibir más que lo estrictamente necesario para sobrevivir. Un aspecto que nos interesa destacar en el mercantilismo es el papel del Estado para apoyar a las primeras empresas o Compañías de Indias en los grandes negocios comerciales que se abrieron durante la expansión del comercio colonial. Asimismo, es significativa la intervención del Estado para proteger a los países y empresarios, incluso con subsidios, antecedente de lo que hemos llamado la intervención consciente del mercado, desde el punto de vista y ventajas de los empresarios y naciones centrales.

Los mercantilistas defendieron la tesis de que el enriquecimiento se explicaba por la tenencia del dinero, representado en ese entonces por los metales preciosos, particularmente el oro y la plata. Los rasgos principales del mercantilismo, base

de la política con la cual nacieron los estados-naciones europeos son los siguientes: a) Vinculación del poder político a la economía; b) Preocupación por la circulación del dinero, prohibiendo la exportación de metales preciosos y controlando la acuñación de la moneda; c) Aumento de la producción nacional sobre la base de la unificación y fomento del mercado interno, el control de los recursos y de los recursos externos por parte de las nacientes naciones, tomándose los territorios de ultramar y monopolizando el comercio internacional; d) Subsidio a las empresas privadas, protección de los monopolios y creación de empresas mixtas entre la burocracia imperial-nacional y los comerciantes. Las primeras compañías, las Compañías de Indias, eran empresas mixtas entre la Corona y los comerciantes, incluyendo piratas, corsarios, bucaneros o simples contrabandistas; e) Proteccionismo a través de diversos mecanismos, incluyendo el establecimiento de barreras arancelarias y el fomento de una balanza comercial positiva, buscando el superávit comercial en metales preciosos.

Los mercantilistas entendían la economía como un juego de suma cero, donde alguien gana lo que otro pierde, tanto a nivel individual como a nivel de las naciones, siendo imprescindible por ende disputar el saqueo de territorios y pueblos a través de las guerras imperiales. Bien podríamos decir que el mercantilismo marca el inicio, no solamente del capitalismo, sino también del imperialismo, donde los banqueros endeudaban a las coronas europeas, sacando provecho de tal endeudamiento.

Además del endeudamiento temprano de los príncipes europeos de aquella época, el mercantilismo tuvo como secuela y lección, dura de asimilar, la superinflación y la bancarrota. El mayor mentís del mercantilismo, tanto ayer como hoy, fue la situación en que se vieron países como España, quien al ser la nación que más oro y plata poseía, comenzó comercializar con otros países como Inglaterra o los Países Bajos, los que al controlar la producción de bienes industriales y de transporte, se enriquecieron a costa del empobrecimiento de España que había dejado de producir por creer que eran los metales preciosos los que enriquecían a las naciones. Quizás tengan razón quienes piensan que el colonialismo y el Estado-nación europeo fueron creaciones simultáneas con influencias recíprocas, aunque asimétricas, entre ellos.[331]

La verdad es que el mercantilismo es más bien una práctica que una doctrina o una escuela. La denominación se debe a sus adversarios, particularmente Adam Smith en su libro sobre la riqueza de las naciones (Libro IV).

331 Stoler, Ann Laura, Cooper, Federick, *Repenser le colonialisme*, Payot, Paris, 2013.

En la época son llamados mercantilistas autores tales como Bodin, Laffemas, Montchretien en Francia; Fun, Child, Petty en Inglaterra; Ortiz en España; Botero, Genovesi en Italia. Se llama así mercantilismo al conjunto de reflexiones y prácticas de intervención económica nacidas en la Europa moderna a mediados del siglo XVI. Algunos historiadores (Heckscher) distinguen diversas variantes del mercantilismo, a saber: a) El mercantilismo español o propuesta y práctica de llevar metales preciosos, oro y plata, desde las colonias a España, procurando retenerlas; b) El mercantilismo comercial británico (Cromwell), proponiéndose captar un superávit comercial, concediendo a la flota nacional el monopolio del transporte; c) El mercantilismo produccionista francés (Colbert), que imponía a las compañías o empresas de entonces un conjunto de controles estatales, alrededor del pacto colonial, por medio del cual se imponía a las colonias enviar materias primas a la metrópolis a cambio de bienes manufacturados.

El señalamiento de Marx es que la reflexión mercantilista giraba alrededor de la circulación, mientras que la economía política lo hacía desde la producción[332].

El mercantilismo, en tanto que política económica del Estado, resulta interesante por encontrarse en la práctica política y económica del nacimiento del Estado y de las grandes empresas o compañías a la vez. Desde entonces, es decir, desde su nacimiento hasta nuestros días, ambas instituciones no se han separado jamás, apoyándose la una y la otra; desde entonces, el poder político y el capital siguen siendo variables inseparables, tanto en el capitalismo como en el socialismo[333].

Los fisiócratas

Durante el siglo XVIII nace en Francia lo que podríamos llamar el antecedente de la escuela clásica sobre el trabajo como fuente del valor, vinculado además a la teoría de las clases sociales. La fisiocracia o gobierno de la naturaleza es pionera de la concepción de la economía como un sistema (Quesnay), el librecambismo, la necesidad de buscar la ley natural que regula la economía, el excedente neto o incremento de la producción, la distribución del excedente en diferentes clases sociales y la creencia de que el trabajo de los agricultores es la fuente del valor. Según Marx, los fisiócratas son los verdaderos creadores de la economía política, aún antes que los clásicos ingleses.

332 Georges Labica – Gérard Bensussan, *Dictionnaire critique du marxisme*, Presses Universitaires de France, Paris, pages. 738.

333 Eli F. Heckscher, La Época Mercantilista, Historia de la Organización de las Ideas económicas desde el final de la Edad Media hasta la Sociedad Liberal, Fondo de Cultura Económica, México, 1983.

Los fisiócratas franceses, a la sazón en lucha contra la nobleza y a favor de los campesinos, reclaman para el trabajo agrícola la fuente del valor, señalando desde entonces la existencia del producto neto o sobretrabajo como diferencia entre el producto generado por los campesinos (siempre mayor) y los medios de subsistencia (siempre menores), con los cuales se les remunera. Estos pensadores fueron pioneros en el análisis relacional de las categorías que estarán en la base de la economía política, a saber: El Producto Bruto como suma de los costos más el excedente (o producto neto).

En Quesnay se encuentra ya una posición de clase asociada a la teoría del valor. La sociedad por él considerada constaba de tres clases: la clase productiva de los agricultores; la clase parasitaria o de los terratenientes, la iglesia y el Estado; y la clase estéril o de los manufactureros.[334] Es interesante recordar que para el gran economista –primer exponente de los fisiócratas-, el francés François Quesnay, el excedente agrícola, resultado de la siembra y la cosecha se debe al trabajo de los campesinos. El creador del Tableau Économique (1758), presenta por primera vez una visión analítica del funcionamiento económico y entiende la agricultura como la única actividad que puede producir riqueza.[335]

Con la revolución industrial y después de tanto enriquecerse con el comercio a costa del empobrecimiento de otros países, las crisis de escasez se convirtieron en crisis de sobreproducción o de sub-consumo. Aparecieron los ciclos cortos o largos del capital, ondas de auge y recesión, incluyendo las grandes crisis financieras contemporáneas. Recordemos que las primeras burbujas financieras de las que se tiene noticia ocurrieron en los Países Bajos durante el siglo XVII a raíz de la llamada crisis de los tulipanes.

La escuela clásica

A finales del siglo XVII y gracias a los pioneros trabajos del inglés William Petty, la teoría del valor comienza a entrar en su etapa clásica, superando las corrientes mercantilistas que apuntaban al comercio y a la agricultura respectivamente como única fuente del valor. En el caso de los clásicos, como ya adelantamos en la primera parte, se generalizó el planteamiento sobre el valor-trabajo. Marx recordaba

334 Véase: Shigeto Tsuru, Sobre los esquemas de reproducción, en: Paul M. Sweezy, Teoría del Desarrollo Capitalista, op.cit., p.397. Véase asimismo: Francois Quesnay, Tableau Économique: en Tableau Économique de Quesnay, introducción y comentarios de M. Kuczynski y R. L. Meek, Fondo de Cultura Económica, México 1980.

335 Quesnay fue visitado y elogiado por Adam Smith.

que el "*trabajo no es la fuente única y exclusiva de los valores o riqueza material. El trabajo es, como ha dicho William Petty, el padre de la riqueza, y la tierra la madre*"[336].

Independientemente de otros valiosos antecedentes, esta historia arranca definitivamente con la llamada escuela clásica, cuyos principios, influidos por la filosofía hedonista y utilitarista de Jeremy Bentham[337] y James Mill,[338] fueron los siguientes:

1. La economía sólo puede constituirse como ciencia encontrando, a través del método deductivo, leyes válidas para todos los tiempos, es decir, leyes desprendidas del comportamiento de la naturaleza humana.

2. La propiedad privada y el provecho personal, ejercidos a través del mercado, son capaces por sí solos de alcanzar el equilibrio.

3. Basta que se permita la libre competencia y que el Estado no intervenga en la vida económica para alcanzar el mejor de los mundos posibles.

4. La escuela clásica, en economía, se caracteriza por retomar de los fisiócratas la aseveración de que el trabajo es la fuente del valor, generalizándolo a todas las formas de trabajo y no solamente al trabajo agrícola como pensaban aquellos, dejando sentada definitivamente la teoría del valor-trabajo[339].

Entre los autores más conocidos de la escuela clásica se encuentran: Adam Smith, Thomas Maltus, David Ricardo, y J.S.Mill. La base de los clásicos, incluyendo a Marx, se reconoce por el papel preponderante que confieren al trabajo como la fuente del valor. Para Quesnay la fuente del valor será el de los agricultores,

336 Carlos Marx, *El Capital*, tomo 1, op.cit., capítulo 1, pág. 11.

337 Jeremy Bentham, autor británico quien pregona el lema: la mayor felicidad para el mayor número. Para Bentham el bien se identifica con el placer y el mal con el dolor. En la búsqueda del bienestar y la utilidad, el individuo debe comparar las diferentes formas de felicidad a través de la comparación de sus respectivos valores (aritmética moral). En plena revolución francesa (1789) lanza un trabajo titulado *Principios de la Moral y la Legislación*. Entre sus muchas obras destaca *Defensa de la Usura*.

338 James Mill (no confundir con John Stuart Mill, su hijo), amigo de Bentham, mentor del utilitarismo, precursor del asociacionismo intelectual. Entre sus obras destacan: *Análisis de los Fenómenos del Espíritu Humano y Principios de Economía Política*.

339 Entre los clásicos destacan Adam Smith (Investigación Sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones), David Ricardo (Principios de Política Económica), Thomas Robert Malthus (Ensayos sobre el Principio de la Población), John Stuart Mill (El Utilitarismo), Jean Baptiste Say (Tratado de Economía Política). Autores y obras que serán utilizadas a lo largo de este libro.

para Maltus el de los terratenientes, para Smith y Ricardo el de los industriales, para Marx el de la clase obrera. Los fisiócratas defendieron a los agricultores contra los comerciantes y pensaban que el resto de actividades -incluyendo las industriales- eran parasitarias.

Refiriéndose al capitalista, dice Adam Smith: *"Como cualquier individuo pone todo su empeño en emplear su capital en sostener a la industria doméstica, y dirigirla a la consecución del producto que rinde más valor, así resulta que cada uno de ellos colabora de una manera necesaria en la obtención del ingreso anual máximo para la sociedad. Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve (...) Solo piensa en su ganancia propia, y en esto como en muchos otros casos, es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones (...) Más no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios*"[340].

El supuesto en que se basaba Adam Smith es que el productor tiene interés en que su producto sea el mejor y el más preferido por el consumidor, pues así podrá venderlo mejor. De ahí aquel lema del liberalismo económico de que el consumidor es el soberano del mercado, así como el elector o el ciudadano es el soberano del poder político.

La teoría de que el egoísmo o provecho personal de cada uno nos lleva, conducido por una mano invisible, hacia la felicidad del mayor número, será la fuente de la moral liberal o capitalista de todos los tiempos. Como señala el profesor Maurice Dobb, el lema de los clásicos nos recuerda la expresión de Mandeville: "*vicios privados, virtudes públicas*"[341].

El egoísmo y el utilitarismo económico elevados a virtud se encuentran detrás de la escuela clásica. Ahora bien, la crítica a la escuela clásica no reside en reconocer el egoísmo o el utilitarismo como motivación individual, sino en reconocer que por esa vía se llega o se logra el bien común. La mejor prueba es que después de varios siglos, los capitalistas ocupados por sus intereses individuales no han

340 Adam Smith, Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, pág. 402.

341 Dobb se refiere al escritor británico de origen francés Bernard Mandeville y a su obra *La Fábula de las Abejas*. Véase Maurice Dobb, *Teorías del Valor y de la Distribución desde Adam Smith*, *Ideología y teoría económica*, Siglo XXI Editores, México 1980.

logrado establecer el bien común de la humanidad, sino todo lo contrario. Desde el inicio en que los pueblos originarios fueron esclavizados y empobrecidos hasta nuestros días, el empobrecimiento, la desigualdad y el malestar de las mayorías son la regla y no la excepción.

El llamado liberalismo económico, base de la escuela clásica, nace como opuesta a las posiciones intervencionistas o proteccionistas de los mercantilistas y pregona la libre competencia por el lucro como la única ley para regular producción y los precios. Los clásicos inauguran lo que será la gran paradoja del capitalismo y de sus apologistas, a saber, la combinación de una ardiente proclamación discursiva de que el Estado no debe intervenir ni inmiscuirse en el mercado, junto a una posición realmente interventora en favor de la acumulación del capital. La creencia de haber encontrado la deseada ley social, inferida de la naturaleza, válida para todos los tiempos y lugares y por tanto ahistórica, actúa según ellos como una especie de mano invisible que nos conduciría al reino de la armonía y de la felicidad para todos. Lo único que hay que hacer, reza la ética utilitarista, es ocuparnos por nuestros propios intereses, pues el mercado se preocupará por los demás; sin embargo, y desde entonces, el Estado capitalista ha sido hasta ahora, aún antes que el socialismo, el más dinámico y activista interventor en la vida económica, como tendremos ocasión de verlo más adelante.

Uno de los fundadores del utilitarismo como es J. S. Mill, constata autocríticamente aquellas motivaciones, cuando él mismo comenzó a dudar que la competencia por el lucro fuese una ley natural y al final de su vida optó por la necesidad de regular el mercado en favor del bienestar social y alinearse relativamente por el socialismo. Al respecto afirmaba: "*Cosas útiles y hasta permanentemente valiosas se realizan continuamente por razones de vanidad o por un deseo egoísta de riquezas o de poder, algunas veces, incluso por envidia o celos, o por el deseo de humillar a otros. Lo que sí es verdad es que esas cosas buenas podrían haber sido casi siempre mejor hechas y podrían haber producido un bien mucho mayor si hubieran sido llevadas a cabo por un motivo más virtuoso*"[342]. Aunque, como comentaba Marx, cuando se trata de analizar los hechos económicos, no importan las motivaciones morales.

En el siglo XIX, cuando la economía clásica estaba en pleno apogeo y la lucha entre obreros y empresarios había empezado, la polémica sobre la propiedad privada versus la propiedad colectiva estuvo en el centro de los debates, prime-

342 J.S. Mill, *Diario*, Alianza Editorial, Madrid, 1996, pág. 16.

ramente por aquellos que Marx y Engels denominaron los socialistas utópicos, posteriormente por el propio Marx.

Quisiéramos resaltar lo que dice J.S.Mill, respecto al socialismo y al comunismo, en su obra *Principios de Economía Política*, concretamente en un capítulo dedicado a la propiedad en relación al comunismo y al socialismo, escrito en el momento en que Marx y Engels redactaban el Manifiesto del Partido Comunista (1848). Leyéndolo sorprenden sus posiciones acerca del comunismo y del socialismo, aceptando incluso la influencia del pensamiento de los socialistas en boga como Owen, Saint Simon, Cabet o Fourrier. "*Hasta ahora,* afirma Mill*, he limitado mis observaciones a la doctrina comunista, que constituye el límite extremo del socialismo, según la cual no sólo los instrumentos de producción, la tierra y el capital, son propiedad indivisa de la comunidad, sino que los productos y el trabajo se reparten con igualdad, en la medida de lo posible. Objeciones, bien o mal fundadas, a las que se halla expuesto el socialismo, se aplican a esta forma del mismo con mayor fuerza. Sus otras variantes difieren principalmente del comunismo en que no se apoyan tan sólo en lo que M. Louis Blanc llama el pundonor de la actividad, sino que retienen en mayor o menor proporción los alicientes al trabajo que se derivan de los intereses pecuniarios privados. Así, la adopción del principio según el cual la remuneración debe ser proporcional al trabajo es ya una modificación de la teoría estricta del comunismo. Casi todas las tentativas hechas en Francia para llevar a la práctica el socialismo, por asociaciones de obreros que fabricaban por su propia cuenta, empezaron remunerando por igual a todos, sin tener en cuenta la cantidad de trabajo realizado por cada uno: casi sin excepción, se abandonó este plan al poco tiempo, recurriéndose al trabajo a destajo. El principio original apela a un más alto patrón de justicia, y se adapta a una comparación con la situación actual de la mayoría de la raza humana. La generalidad de los trabajadores en este país y en casi todos los demás, tienen tan poca libertad para escoger su ocupación o para trasladarse a una situación moral más derivada de la naturaleza humana*"[343].

En otro párrafo de la misma obra, y refiriéndose al problema de la libertad en el comunismo, nos dice Mill: "*Los individuos no estarían encadenados necesariamente a una ocupación o a una localidad determinada. Las restricciones del comunismo serían la libertad en comparación de la mayoría de la raza humana. La generalidad de los trabajadores en este país y en casi todos los demás tienen*

343 J.S. Mill, "Del Saintsimonismo al Forurrierismo" en el capítulo: De la Propiedad", Principios de Economía Política, Fondo de Cultura Económica, México, 1996, pág. 201.

tan poca libertad para escoger su ocupación o para trasladarse de un sitio a otro, depende en la práctica en tal forma de reglas fijas y de la voluntad de los demás, como en cualquier sistema poco diferente de la absoluta esclavitud; y esto sin mencionar la completa sujeción doméstica de la mitad de la especie, a la que cabe el honor tanto al owenismo como a casi a todas las formas del socialismo de asignarles iguales derechos, en todos los respectos, al sexo que hasta ahora ha sido dominante."[344]

El caso de J.S. Mill es muy interesante por sus opiniones cuasi-favorables a la clase obrera y al socialismo. Por supuesto que existen otras diferencias o variantes respecto a la teoría del valor-trabajo. La pertinencia de este texto de J.S.Mill, nos parece crucial por varias razones: a) Porque está escrito por uno de los principales exponentes de la Escuela Clásica; b) Porque diferencia tempranamente al comunismo y al socialismo; c) Porque acentúa la diferencia principal entre ambos, en que el socialismo primero considera la socialización de los medios de producción, pero con una remuneración del trabajo de acuerdo al tiempo de trabajo, como diríamos ahora, de acuerdo a categorías mercantiles, mientras que en el comunismo la remuneración al trabajo se hará de acuerdo a las necesidades y habilidades de cada cual; d) Porque señala la especificidad de los alicientes pecuniarios a la hora de analizar la productividad del trabajo en relación a los estímulos morales; e) Porque cuando se refiere a la propiedad colectiva incluye no solamente al Estado, sino a instituciones o comunidades menores, incluso a asociaciones de obreros gestionando su fábrica; f) Porque señala los riesgos que pueden inferirse del comunismo en cuanto a la libertad individual, cosa que tampoco cree que está resuelto en el capitalismo, al mismo tiempo que concede el beneficio de la duda, tanto al socialismo como al comunismo. g) Porque a la hora de fustigar al sistema imperante, señala a favor del socialismo, la desfavorable situación en que se encuentra la mujer. Temas que estarán presentes hasta nuestros días en los debates y experiencias prácticas a la hora de regular el mercado bajo los instrumentos de la política económica.

Como veremos, todas estas discusiones y problemas, aparecerán, no solamente en las diferentes experiencias socialistas a lo largo del siglo XX, sino que todas las autocríticas desde Lenin hasta Mao Tse Tung coincidirán con lo expuesto por J.S. MIll y por el propio Marx.

344 Ídem, págs. 200-201.

La polémica entre los clásicos y Carlos Marx

A finales del siglo XVIII aparece la obra de Adam Smith, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*, y en ella se expresa con mayor universalidad el papel del trabajo como fuente y medida del valor. Igualmente se presenta por primera vez la relación capital-trabajo como mecanismo que explica la creación de la riqueza y de la pobreza, es decir, la transferencia de valores entre productores por un lado y dueños del capital por otro. Así lo dice Adam Smith: "*El trabajo anual de un pueblo es la fuente con la cual originariamente se abasteció de todas las cosas necesarias y agradables (...) El trabajo es la última y verdadera medida, con la cual se puede medir y comparar el valor de todas las mercancías en todos los tiempos y todos los lugares, ya que su valor nunca cambia (...) En el estado originario de la sociedad que precede a la apropiación de la tierra y a la acumulación del capital, el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador. No había entonces propietarios ni patrones con quien compartirlo. Cuando se crea un capital en manos de ciertos individuos, naturalmente, algunos lo utilizarán para emplear a personas trabajadoras a quienes proporcionarán materias primas y sustento, para obtener una ganancia de la venta de su producto, más bien dicho, de la venta de aquello que su trabajo agrega al material en valor. No importa si uno canjea el producto terminado por dinero, trabajo y otros bienes, debe producir un beneficio que sea mayor que el costo del material y los salarios, y que sea suficiente para cubrir las ganancias del empresario que arriesga su capital con los fondos invertidos. El valor que el trabajador agrega a la materia prima, por esta razón, puede dividirse en dos partes, con una se paga el salario, con la otra se paga la ganancia del empresario"*.[345]

En este texto de Smith puede observarse ya la existencia de dos tipos de intercambio de valores. Uno, entre productores-trabajadores donde cada uno recibe el producto íntegro de su trabajo, el otro entre trabajadores y dueños de tierra o capital, donde parte del valor del primero se comparte o transfiere al segundo. Esta constatación será, como hemos indicado, causa de discusión en cuanto a si el intercambio de equivalentes funciona solamente para regímenes mercantiles precapitalistas, pero no para regímenes capitalistas, o si funciona en ambos. Discusión sobre la cual nos pronunciaremos en el próximo capítulo, cuando abordemos el intercambio equivalente y el valor de la fuerza de trabajo.

345 Adam Smith, Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, capítulos VI, VII y VIII, op.cit., pp.63-84.

A finales del siglo XVIII y a comienzos del siglo XIX, David Ricardo afina la teoría del valor-trabajo, la que podríamos sintetizar en los encabezados de su obra: Principios de Economía Política y Tributación: *"El valor de un artículo, o sea la cantidad de cualquier otro artículo por la cual puede cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo que se necesita para su producción, y no de la mayor o menor compensación que se paga por dicho trabajo (...) Las distintas cantidades de trabajo son remuneradas de diferente modo. No es esta una causa de variación del valor relativo de los bienes (...) El valor de los bienes no sólo resulta afectado por el trabajo que se le aplica de inmediato, sino también por el trabajo que se empleó en los instrumentos, herramientas y edificios con que se complementó el trabajo inmediato"*.[346] Hasta aquí estaría explicado el valor en tanto que el costo de producción o suma del capital constante y del capital variable que se paga por un determinado producto. Todavía no se ha explicado el plusvalor que agrega el trabajador, precisamente para que tenga sentido o explicación la fuente de la ganancia del capitalista.

De los textos señalados y en relación a las distintas calidades de trabajo y a su valuación, ajustadas rápidamente por el mercado, según Ricardo, se desprende un enfoque por el cual se le confiere al mercado una cierta potestad en la normación del trabajo incorporado en una determinada mercancía, o lo que el mercado define en su momento y lógica como el trabajo socialmente necesario para producir una determinada mercancía. Ricardo pone como ejemplo el tiempo de trabajo mucho más valioso en el caso de un joyero y el tiempo de trabajo menos valioso en el caso de un obrero común, refiriéndose justamente a cómo el mercado decide equiparar tiempos de trabajo desiguales. Marx preferirá mantener el argumento de igualdades cuantitativas, reduciendo el trabajo complejo a sumas equivalentes de trabajo simple.

Este enfoque nos recuerda al de Marx con relación a la polémica sobre el trabajo productivo en el capitalismo, definida por Marx como aquel que valoriza un determinado capital, es decir, en tanto que es productivo para el capitalista, independientemente de la naturaleza o utilidad natural de los bienes o servicios producidos, o incluso aunque se trate de una misma actividad (por ejemplo, el canto): el canto se revela como improductivo cuando se hace por cuenta de la cantante para su propio beneficio, y el mismo canto se entiende como productivo cuando se hace por cuenta del capitalista, contratando a la cantante, pagándole

346 Véase el capítulo I, Sobre el Valor, de David Ricardo en: *Principios de Economía Política y Tributación*, op.cit., pp.9-38.

una parte del servicio-valor que genera en la sala de fiesta y quedándose con el sobrevalor generado por aquella.[347] En otras palabras, en una economía capitalista, un trabajo es productivo, para Marx, cuando genera ganancia para el capitalista.

Igualmente se explicita en Ricardo la pertinencia de relacionar el análisis del valor estrictamente con el intercambio, independientemente de la utilidad de los bienes, consciente de que el análisis histórico recae estricta y precisamente sobre el valor de cambio de los productos.

Hay un tema polémico sobre el origen del valor, entre la escuela clásica y el marxismo, como es el de la escasez versus el trabajo incorporado, el que encontramos planteado desde los clásicos hasta los marginalistas. Para Ricardo ambos rasgos son fuente de valor, tanto la escasez como el trabajo incorporado. Primeramente nos cita el siguiente texto de Smith: "*Las cosas que tienen un gran valor de uso, no tienen comúnmente escaso o ningún valor de cambio y, por el contrario, las que tienen un gran valor de cambio, no tienen muchas veces, sino un pequeño valor de uso o ninguno"*. Seguidamente Ricardo apunta: *"El agua y el aire son sumamente útiles; son, además, indispensables para la vida; sin embargo, en circunstancias ordinarias, no se puede obtener nada a cambio de ellos. El oro, por el contrario, a pesar de tener poco uso, en comparación con el aire y el agua, podrá cambiarse por una gran cantidad de otros bienes. Por poseer utilidad, los bienes obtienen su valor de cambio de dos fuentes: de su escasez y de la cantidad de trabajo requerida para obtenerlo"*.[348]

Hoy, cuando pagamos un buen precio por el agua, a pesar de que sigue siendo abundante, Smith y Ricardo hubieran concluido que su valor de cambio es igual al de las otras mercancías, es decir, dependen de su costo, medido en trabajo, actual o pretérito, para producirla. No es lo mismo el agua que se encuentra en una fuente situada cerca de la vivienda del consumidor campesino, del agua que tiene que ser transportada desde aquella fuente, almacenada, purificada y envasada, hasta llevarla a la mesa de un restaurante. Con el oro pasa lo mismo, no siendo igual el costo de extraer oro de la superficie del suelo que extraerlo de las profundidades del mismo.

347 En sus notas sobre la plusvalía Marx abunda sobre la opción ideológica de todos estos conceptos, polemizando con una gran cantidad de pensadores que lo precedieron. Véase: Karl Marx, *Teoría sobre la Plusvalía*, tres tomos, Editorial Cartago, Argentina 1974.

348 David Ricardo, Principios de Economía Política y Tributación, ibídem., p.9.

Asimismo, encontramos en David Ricardo una alusión al famoso argumento de la escasez en cuanto a la normación del valor, aprovechando para aclararnos que cuando habla del valor se está refiriendo a aquellos bienes objeto de multiplicabilidad e intercambio. *"Existen ciertos bienes, nos dice, cuyo valor está determinado tan sólo por su escasez. Ningún trabajo puede aumentar la cantidad de dichos bienes y, por tanto, su valor no puede ser reducido por una mayor oferta de los mismos. Ciertas estatuas y cuadros raros, libros y monedas escasos, vinos de calidad peculiar, que sólo pueden elaborarse con uvas cosechadas en un determinado suelo, del cual existe una cantidad muy limitada, todos ellos pertenecen a este grupo. Sin embargo, estos bienes constituyen tan sólo una pequeña parte de todo el conjunto de bienes que diariamente se intercambian en el mercado y su precio se impone por el monopolio de su posesión. La mayoría de los bienes que son objetos de deseo se procuran mediante el trabajo, y pueden ser multiplicados, no solamente en una nación, sino en muchas, casi sin ningún límite determinable, si estamos dispuestos a dedicar el trabajo necesario para obtenerlos*".[349]

A propósito de lo que algunos pensadores han llamado la paradoja del valor, la escasez aparece y se mantiene como uno de los principales argumentos contra la teoría del valor-trabajo.

Veamos el abordaje del profesor Samuelson, citando a Adam Smith: "*¿Por qué el agua, tan útil que la vida es imposible sin ella, resulta tan barata, mientras que los diamantes, que son completamente innecesarios, tienen unos precios tan elevados*?" para los marginalistas, neoclásicos, liberales, neoliberales, o como se llamen los que niegan el papel de la teoría del valor-trabajo, la respuesta es la siguiente, dice Samuelson: "*Porque las curvas de la oferta y la demanda de agua se cortan a un precio muy bajo, mientras que las de los diamantes son tales que su punto de intersección se halla a un precio muy elevado. Seguramente, el viejo Smith se preguntará*": *"Y por qué la oferta y la demanda de agua se cortan a un precio tan bajo". "La respuesta (concluye Samuelson), ahora es bastante fácil de expresar y se compone de dos partes, la primera de ellas consiste en que los diamantes son muy escasos y el coste de conseguir nuevas cantidades de los mismos es muy elevado, mientras que el agua es relativamente abundante y el coste de aumentar las disponibilidades de agua es muy bajo en muchas partes del mundo. En realidad (concluye el profesor Samuelson), Adam Smith nunca resolvió completamente la paradoja; se contentó simplemente con señalar que el valor de uso de un bien -su contribución total al bienestar económico- no es lo*

349 David Ricardo, Principios de Economía Política y Tributación, ibídem., p.9.

mismo que su valor de cambio, el total de valor o suma por la que será vendida. Smith no había llegado a distinguir entre la utilidad total y la utilidad marginal".[350]

El argumento de la escasez y la abundancia será uno de los puntos sobre el cual el marginalismo seguirá insistiendo, tal como lo veremos cuando expongamos sus tesis principales.

Con Ricardo la teoría del valor-trabajo alcanza su mayor prestigio económico. Sin embargo, son las obras de Carlos Marx las que confieren a la teoría del valor-trabajo su mayoría de edad. Como es de sobra conocido, Marx se basa en el conocimiento acumulado por la economía política inglesa para enriquecer dialécticamente (incorporando lo mejor de lo anterior) la teoría del valor-trabajo. Posibilidad que se relaciona no solamente con el propio desarrollo de la economía política, sino con la posición o interés ideológico que cada uno tuvo frente a las diferentes clases sociales de la época, como ocurrió en el caso de Aristóteles, los Escolásticos y los Fisiócratas. En el caso de Adam Smith y de David Ricardo, encontramos una simpatía más que evidente hacia los capitalistas industriales de la época, y en caso de Carlos Marx una gran simpatía y una gran esperanza hacia la clase obrera de aquella época.

Sobre este tema tan simple y tan controversial, sintetiza Marx: "*Un objeto puede ser valor de uso sin ser valor. Así acontece cuando la utilidad que ese objeto encierra para el hombre no se debe al trabajo. Es el caso del aire, de la tierra virgen, de las praderas naturales, de los bosques silvestres, etc. Y puede, asimismo, un objeto ser útil y producto del trabajo humano sin ser mercancía. Los productos del trabajo destinados a satisfacer las necesidades personales de quienes las crean son, indudablemente, valores de uso, pero no mercancías. Para producir mercancías, no basta producir valores de uso, sino que es menester producir valores de uso para otros, valores de uso sociales. Y no solo para otros, pura y simplemente. El labriego de la Edad Media producía el trigo del tributo para el señor feudal y el trigo del diezmo para el cura; y, sin embargo, a pesar de producirlo para otros, ni el trigo del tributo ni el trigo del diezmo eran mercancías. Para ser mercancía, el producto ha de pasar a manos de otro, del que lo consume, por medio de un acto de cambio. Finalmente, ningún objeto puede ser un valor sin ser un objeto útil. Si es inútil, lo será también el trabajo que éste encierra: no contará como trabajo ni representará, por tanto, un valor.*"[351] Los marginalistas

350 Paul A. Samuelson, *Curso de Economía Moderna*, op.cit., p.500.
351 Carlos Marx, *El Capital*, tomo 1, cap. 1, op.cit. pág. 8-9.

retomarán el ejemplo referido a los diamantes, afirmando que valen mucho porque son escasos.

A lo largo del siglo XIX Marx desarrolla a través de su trabajo teórico y de su actividad política la teoría del valor-trabajo y de la subsecuente ley del valor dentro de la sociedad capitalista y por extensión para todas las sociedades de clase, precisando los planteamientos de Smith y Ricardo en cuanto al trabajo como fuente y medida del valor. En las primeras páginas de *El Capital*, Marx precisa su concepción sobre el valor, al decir: *"Por tanto, un valor de uso, un bien, sólo encierra un valor por ser encarnación o materialización del trabajo humano abstracto. ¿Cómo se mide la magnitud de este valor? Por la cantidad de "sustancia creadora del valor", es decir, de trabajo, que encierra. Y, a su vez, la cantidad de trabajo que encierra se mide por el tiempo de su duración, y el tiempo de trabajo, tiene, finalmente, su unidad de medida en las distintas fracciones de tiempo: horas, días, etc*.".[352]

A continuación Marx precisa históricamente el significado del tiempo de trabajo: "*El tiempo de trabajo necesario para su producción cambia al cambiar la capacidad productiva del trabajo. La capacidad productiva del trabajo depende de una serie de factores, entre los cuales se cuentan el grado medio de destrezas del obrero, el nivel de progreso de la ciencia y de sus aplicaciones, la organización social del proceso de producción, el volumen y la eficacia de los medios de producción y las condiciones naturales. Así, por ejemplo, la misma cantidad de trabajo que en años de buena cosecha arroja 8 bushels de trigo, en años de mala cosecha, sólo arroja 4. El rendimiento obtenido en la extracción de metales con la misma cantidad de trabajo variará según que se trate de yacimientos ricos o pobres, etc. Los diamantes son raros en la corteza de la tierra; por eso su extracción supone, por término medio, mucho tiempo de trabajo, y ésta es la razón, de que representen, en dimensiones pequeñísimas, cantidades de trabajo enormes*".[353] *En minas más ricas, la misma cantidad de trabajo representaría más diamantes, con lo cual estos objetos bajarían de valor (…) Por último, enfatizará Marx: "La magnitud del valor de una mercancía cambia en razón directa a la cantidad y en razón inversa a la capacidad productiva del trabajo que en ella se invierte*"[354].

352 Carlos Marx, *El Capital*, tomo 1, op.cit. p.6.
353 Ibíd., p.8.
354 Carlos Marx, *El Capital*, Ídem, pág. 8.

Aquí aparece claramente la importancia que tiene la naturaleza en la producción. Hecho que no será suficientemente considerado hasta en los últimos tiempos, a raíz del agotamiento de las fuentes de materias primas naturales no renovables y el agotamiento de la misma naturaleza como condición del trabajo del hombre, y por lo tanto del valor de los bienes, pero que no desvirtúa la teoría del valor-trabajo. Dicho sea de paso, ahora todo el mundo concuerda que fue Marx el primer pensador que planteó, a través de lo que llamó el metabolismo social, la fractura metabólica que se genera en el intercambio entre la industria capitalista y la naturaleza, base del ecologismo contemporáneo.

Resumiendo, la discusión no se centra fundamentalmente en el valor de uso de las cosas, sino en el valor de cambio o capacidad de una mercancía para intercambiarse por otra. Para Marx, el valor tiene que tener, por supuesto, valor de uso, una cosa inútil ni siquiera tiene valor de uso, pero su valor de uso no es suficiente para que tenga valor. Tiene que ser producto del trabajo, cosa que tampoco es suficiente, pues del valor de cambio lo que se requiere es precisamente que pueda o esté destinada al cambio.

El marginalismo y la teoría del valor-utilidad

El marginalismo es la corriente que se inicia criticando la teoría del valor-trabajo de los clásicos y de Carlos Marx, polémica que se prolonga con las corrientes de pensamiento neoclásicas y que dura hasta nuestros días. Todo el eje de la crítica marginalista, como lo ilustran ampliamente muchos autores marxistas contemporáneos, está montado contra la concepción del valor-trabajo, tal como fue expuesto por Smith y Ricardo, e identificada por Böhm-Bawerk con el concepto marxiano del valor[355].

Frente a la teoría marxista del valor-trabajo, encontramos, por otro lado, la teoría del valor-utilidad o lo que se ha dado en llamar la teoría de la utilidad marginal desarrollada por una serie de autores llamados marginalistas o neoclásicos que manteniendo la concepción clásica de los primeros economistas sobre la regulación automática y armónica realizada por la mano invisible del mercado, rechazan la teoría del valor-trabajo y explican el valor a partir de las necesidades y deseos de los consumidores, derivando así los precios de la oferta y la demanda entre consumidores y productores. La teoría del valor-utilidad, conocida asimis-

355 Una buena exposición de los vericuetos y aclaraciones de esta polémica, pueden encontrarse en la obra de Gilles Dostaler: Valeur et Prix, Histoire d`un Débat, Presses Universitaires de Grenoble, Francois Maspero, Canadá, 1978.

mo como teoría subjetiva del valor, está más bien orientada por la defensa del capital, por la creencia en la armonía del mercado y el equilibrio requerido para maximizar los beneficios.

En un primer momento, figuran como precursores del marginalismo, entre otros, Cadillac, Cournot, Say, Senior, J.S. Mill[356]. En un segundo momento y en una forma más explícita se suele señalar al marginalismo a partir de tres escuelas, a saber: La escuela de Lausana con las conocidas figuras de Walras y Pareto; la escuela inglesa, con Jevons y Marshall; la escuela austríaca, cuyos representantes son Menger, Wieser, Böhm-Bawerk. Posteriormente, el marginalismo o subjetivismo aparecerá bajo la denominación de escuela neoclásica entre ellos Marshall, Walras, Mead, J.B. Clark, Samuelson[357].

Ciertamente, la vieja polémica entre marginalistas y marxistas, a la que se sumarán desde el punto de vista del capitalismo las escuelas neoclásicas, el keynesianismo y el monetarismo, lleva ya más de dos siglos.

Ampliando un poco más lo que señalamos en el párrafo anterior, recordamos como precursores del marginalismo, en cuanto a la importancia del deseo y el cálculo económico, a los franceses Condillac, a finales del siglo XVIII, para quien el deseo o las sensaciones aparecen como reguladores de la economía, así como a Cournot, ya en el siglo XIX, quien utilizó el cálculo para explicar la conducta de empresas y consumidores, dos de los rasgos, entre otros, de lo que llegó a ser el marginalismo.

El concepto básico del cual parte el marginalismo es la utilidad marginal. Con este supuesto se inicia lo que se llamará la teoría de la utilidad marginal o del valor-utilidad, en contraposición explícita a la teoría del valor-trabajo y a las teorías socialistas en boga durante el siglo XIX europeo.

Partiendo del hedonismo utilitarista de Bentham esta escuela considera que el hombre, independientemente de las circunstancias sociales, de la estructura eco-

356 Dmitriev llama la atención del papel precursor que tuvieron una serie de autores menos conocidos tales como F. Galiani, J.E. Cairnes, A. Cournot, J. Dupuit, entre otros. Véase V. K. Dmitriev: *Ensayos Económicos; Sobre el Valor, la Competencia y la Utilidad*.

357 Una exposición detallada sobre el recorrido de la escuela marginalista la encontramos en un autor marginalista como es Eric Roll, *Historia de las Doctrinas Económicas*, Siglo XXI editores, México 1985. Desde el punto de vista marxista existen asimismo obras que explican el recorrido de la polémica, tal es el caso de Maurice Dobb (obra citada anteriormente).

nómica y de la historia, tiene una propensión a consumir bienes materiales, motivado por las necesidades y por el deseo, pero sobre todo por la búsqueda del placer y por su rechazo al dolor o sacrificio que genera la ausencia y dificultad de encontrar bienes escasos. Los aspectos psicológicos y fisiológicos ocuparán un lugar preponderante en la explicación de la conducta económica del individuo y de la sociedad.

El concepto de utilidad marginal fue enunciado primeramente por Hermann Heinrich Gossen, luego por el inglés Jevons, el austríaco Menger y el francés Walras. Para el marginalismo, la economía está orientada por la demanda o el consumo; según ellos, el individuo se comporta racionalmente en cuanto a demandar los bienes que necesita o desea y el precio estará fijado de acuerdo a la utilidad marginal, es decir, a la última unidad demandada por el individuo y por la cual está dispuesto a pagar; a medida que el deseo se va colmando, la demanda del mismo bien descenderá y su precio bajará.

Aplicado a la producción el concepto de utilidad marginal afirma que el productor seguirá invirtiendo hasta que llegue un momento en que la última unidad agregada de inversión no le sea rentable, pues los costos serán mayores que el precio de mercado. En este mismo sentido el marginalismo ofrece como explicación del valor y los precios, la escasez o abundancia de los productos que se encuentran en la naturaleza. La utilidad de un producto dependerá de la escasez y su precio será fijado por la relación entre la escasez y la abundancia.

La polémica entre marginalistas y marxistas

En su expresión austríaca, el marginalismo se expresa explícitamente como una argumentación contra la teoría del valor-trabajo de Marx, especialmente en rechazo abierto al concepto de plusvalía, base de la teoría de la explotación capitalista de Marx.

Sobre el concepto de utilidad marginal nos dice el profesor Samuelson:" *Llamamos "utilidad marginal" al aumento de la utilidad total ocasionado por el consumo de una unidad más del bien. Luego, según se van añadiendo más unidades al consumo, la utilidad total va aumentando más despacio, pues la capacidad psicológica del sujeto para apreciar el aumento de la cantidad del bien se hace cada vez menos aguda. Al aumentar la cantidad consumida de un bien disminuye su "utilidad marginal" (o incremento de la utilidad total añadido por la última unidad*

consumida)"[358].Al inicio, y tal como veremos más adelante, los primeros marginalistas hablaban de la demanda de un individuo aislado, sin tomar en cuenta la demanda agregada, pero como sabemos la demanda que cuenta en economía no es la demanda de alguien que tiene necesidad, sino la capacidad de compra de los demandantes.

Desde los primeros momentos, los marginalistas plantearán no solamente la importancia de las cosas para satisfacer una necesidad, sino también el grado o la intensidad de aquella satisfacción, tal como nos lo hace saber Dmitriev, citando a un autor del siglo XVIII. Galiani define como raritá o escasez: "la proporción entre la cantidad de una cosa y el uso que se hace de ella". [359] A partir de esas relaciones y de una serie de ecuaciones matemáticas, los marginalistas se esforzarán desde entonces en medir el valor o precio de las mercancías.

Un ejemplo típico utilizado por los marginalistas es el agua, por su abundancia y el diamante, por su escasez, el primero sin valor alguno y el segundo con mucho valor. Sobre el diamente ya conocimos la argumentación de Marx. En cuanto al agua que llega a los hogares, la misma puede ser muy cara debido al costo o tiempo de trabajo que implica llevarla hasta donde la requiere el servicio doméstico; en nuestras ciudades, por ejemplo, una simple botella de agua vale más que un litro de gasolina o de leche.

El valor, precio y utilidad de un producto, dicen los marginalistas, corresponde a la utilidad marginal o capacidad de un bien para satisfacer una necesidad en relación proporcional a la última unidad adicional. Los marginalistas suelen referirse a bienes escasos o abundantes, así como a la ley del deseo, es decir, aquella que mientras más se desee un producto más apetecido se vuelve para el consumidor y cuando menos se desea menos apetitoso se vuelve, pero no reparan en pensar que lo que cuenta no es la necesidad ni el deseo, sino la capacidad adquisitiva para satisfacer necesidades o deseos, lo que los remontaría al origen de esa capacidad adquisitiva, es decir, al ámbito de la producción, donde no se sienten muy a gusto. Es evidente y todos lo saben que por mucha necesidad o deseo que alguien tenga de un bien y por muy barato que aparezca en el mercado, como una docena de naranjas, si no se tiene un centavo en la bolsa ahí se quedarán las naranjas sin venderse ni comprarse.

358 Paul A. Samuelson, *La teoría de la Utilidad y de la Demanda*, en Curso de Economía Moderna, Op.Cit., p.491.

359 F. Galiani, Della Moneta, en V.K. Dmitriev, *Ensayos Económicos; Sobre el Valor, la Competencia y la Utilidad*, Siglo XXI Editores, México, 1977, p.170.

Los seres humanos necesitamos comer y beber para vivir, asimismo deseamos consumir algunas cosas que nos entretienen. Además nuestro organismo siente hambre y deseo de adquirirlos. También sabemos que para acceder a los alimentos se necesita trabajar y producirlos. Si sabemos o sentimos eso, también sabemos que si no trabajamos o no producimos aquellos objetos, o no tenemos dinero para adquirirlos, no sabríamos como obtenerlos, salvo que existan gratuitamente como el agua o el aire y además sean de libre y gratuito acceso para todo el mundo, cosa que no pasa ni con el agua ni con ciertas formas del aire (abanicos, aire acondicionado, mascarillas de oxígeno en las grandes ciudades).

Pero en todo caso, lo que interesa saber sobre valores o precios no tiene que ver con un producto, sino con todos los productos producidos socialmente por el hombre; en otras palabras, lo que interesa a la economía política es la proporción en que un producto se cambia por otro en el mercado; ¿por qué una bicicleta vale más que un vaso de leche, independientemente de que nos estemos muriendo de hambre o de ganas de andar en bicicleta?

Sobre el abandono por parte de los marginalistas o subjetivistas, de los procesos económicos iniciados por la economía política o economía social desde los tiempos de la escuela clásica nos dice Oskar Lange: "*La transformación de la economía política en una ciencia que se ocupa de la relación entre el hombre y las cosas, la priva, como ya hemos visto, de su carácter de ciencia social. Todos los teoremas, ya sean los de la teoría de la utilidad marginal o los de la reciente lógica de la elección praxeológica, se aplican en su totalidad a un individuo aislado, que vive fuera de todo lazo social. Estos teoremas, en efecto, se refieren exclusivamente a la relación entre el hombre y las cosas y son totalmente independientes de tales o cuales relaciones sociales entre los hombres. Por esta causa, las experiencias de Robinson pueden servir de ejemplo para ilustrarlas, como suelen hacer, por otra parte, los economistas subjetivistas. Menger ilustra su exposición con ayuda de los ejemplos siguientes: "un habitante de la selva", "el habitante de un oasis", "un individuo en una isla desierta", "un agricultor que trabaja aislado", etc.; Bömh-Bawerk comienza su exposición de la forma siguiente: "un hombre sentado cerca de una fuente de agua potable"; a continuación, da ejemplos como: "un viajero que se encuentra en el desierto", "un agricultor aislado del mundo", "un colono cuya choza se encuentra en la selva virgen*", etc.[360].

Efectivamente, fuera de esas relaciones idílicas y abstractas, en la vida real y plural las cosas son mucho más complejas: un productor buscará cómo realizar

360 Oskar Lange, *Economía Política* I, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, pág. 216.

o vender su mercancía aunque para ello tenga que fomentar necesidades artificiales; la gente puede o no tener poder de compra aunque tenga la necesidad; los consumidores con poder de compra pueden tener o no el deseo de comprar tal o cual o ninguna mercancía y atesorar su ahorro; los capitalistas, que son los que tienen más excedentes puede que quieran invertir, pero el riesgo o la caída brusca de los beneficios los inclinen a atesorar su dinero, etc.; en efecto, puede que haya mucha demanda o necesidad de un bien, cosa que de nada sirve si los potenciales compradores no tienen dinero para adquirirlos y lo que puede pasar es lo que hemos llamado la congestión o la sobreproducción de mercancías y no la armonía del mercado a partir de las necesidades.

A la hora de fijar los precios, la teoría de la oferta y la demanda insiste en el valor de uso de las mercancías y el individualismo metodológico, mientras que para el marxismo lo que hay que analizar es el intercambio o proporcionalidad entre las diferentes mercancías. En otras palabras, se trata de responder por qué unas mercancías valen más que otras en el mercado. Por qué una naranja nunca alcanzará el valor de una bicicleta, por mucha demanda que tengan las naranjas en un mercado determinado. La respuesta que nos daría un empresario normal y corriente es que la bicicleta vale más porque su producción implica una mayor cantidad de capital o costo de producción requerido para producirlo, debiéndose amortizar con creces dicho capital invertido.

La verdad es que los marginalistas, tal como se reseñó en el debate presentado en apartados anteriores, tampoco han llegado a entender la diferencia entre valor de uso y valor de cambio e insisten en que basta que una cosa sea deseada para que tenga no sólo valor de uso (capacidad de satisfacer un deseo), sino también valor de cambio (capacidad para adquirir otras mercancías). Podemos aceptar que la escasez de un bien o el hecho de no poseerlo confiere deseabilidad o valor de uso para el deseante o adquiriente, pero para el ofertante, su valor (en este caso el valor de cambio) se mide más bien por lo que le ha costado, que puede ser mayor en el diamante que en el caso del agua, o lo que Samuelson señala como “el coste de aumentar la disponibilidad”. Aquí Samuelson se atreve a trasladar el análisis del valor de la acera del consumidor a la acera del productor, y al hablar de coste de producción no le queda otra opción que hablar del trabajo (presente o acumulado) que la sociedad o el productor tiene que invertir para que la disponibilidad se haga posible.

Y todos los bienes, multiplicables o no, una vez en el mercado o una vez en el mundo de la oferta, llevan en su cuerpo o en su alma una cuota de costo o de

trabajo, ya sean las mercancías en general, el dinero como mercancía, o la propia fuerza de trabajo alquilada o vendida a tiempo parcial. Incluso, en el caso del consumo o de la demanda, el deseo como punto de partida para valer en el mercado tiene que convertirse en demanda efectiva o deseo monetarizado para poder jugar; y aquí tenemos que entrar en un campo también incómodo para los liberales, como son los ingresos necesarios para comprar, teniendo que entrar en el campo de la distribución de la renta, la propiedad y la lucha por los excedentes en una sociedad de clases como es la sociedad capitalista. Casi dicho por Samuelson al afirmar: *"El para quién se producen las cosas lo determinan la oferta y la demanda en los mercados de los servicios productivos; es decir, los salarios, las rentas, los intereses y los beneficios del capital, que constituyen los ingresos de todos, respecto de cada uno y respecto de la colectividad. Claro está que el carácter de la resultante distribución de la renta dependerá grandemente de la distribución inicial de la propiedad y de las capacidades adquiridas o heredadas*".[361]

En relación a la paradoja del valor y a los ejemplos nombrados por Smith, Ricardo o el profesor Samuelson, habría que señalar que en una sociedad de intercambio capitalista la escasez está relacionada con el monopolio de tales bienes, es decir, por la posesión exclusiva que ciertos dueños tienen sobre los mismos, incluyendo por supuesto el monopolio natural que algunos pintores tienen sobre su creatividad artística, lo que les permite cambiarlos por mayores cantidades de trabajo que los que necesita el monopolista para reproducirse. Análisis que se acerca al que explica el intercambio de sumas desiguales de trabajo entre el capital y el trabajo, es decir, entre poseedores y desposeídos. Pero hasta los precios de monopolio tienen un límite, impuesto por la capacidad de adquisición de los potenciales compradores.

La teoría de la utilidad marginal aplicada a la demanda, difícilmente se aplica a la principal de todas las mercancías, como es el dinero ¿Cuánto dinero se necesitará para saturar la necesidad o el deseo de un negociante? La respuesta empírica es que nunca. Tempranamente digamos que siendo los marginalistas proclives a los empresarios o capitalistas y siendo el dinero el equivalente universal de las mercancías, no suelen aplicarle a este último su credo; bien sabemos que mientras más dinero tiene un empresario más quiere tener y más valor o esfuerzo invertirá para incrementarlo, sin saciar jamás su necesidad. Lo que tiene claro un negociante es que para ganarlo tiene que producir mercancías y venderlas, pero para poder venderlas alguien tiene que tener no solamente necesidad o ganas

361 Paul A. Samuelson, *Curso de Economía Moderna,* Op.Cit., ibíd., p.45.

de adquirirlas, sino el dinero para poder comprárselas. Y lo que pasa con el dinero, equivalente general de todas las mercancías, debería pasar con el resto de mercancías. La verdad es que en el mundo del mercado, los productores o empresarios seguirán produciendo más mientras más ganen, lo que no dependerá de la saturación de un consumidor, sino de la saturación, iliquidez o capacidad de compra o de lo que tengan en el bolsillo todos los consumidores, independientemente de si necesitan o no tal o cual mercancía. De nada sirve que los niños de una ciudad necesiten educación y salud, si no tienen dinero para comprarlas. En otras palabras, lo que cuenta, más que la necesidad o demanda de un bien, aunque por supuesto si no hay necesidad nadie comprará nada, es la solvencia o capacidad de compra de ese bien por parte de quienes lo necesiten.

En cuanto a la tesis referida al origen de la riqueza o del valor, esgrimida a favor del capital y base para neutralizar la acusación de la teoría de la explotación capitalista, los marginalistas conciben el capital como sacrificio del consumo presente en aras de la producción y el consumo futuros.

Desde principios del siglo XIX algunos economistas, entre los que destaca Nassau Senior y su famosa teoría de la abstinencia, señalan al capital y el trabajo, como parte del costo de producción de los bienes: *"El beneficio, dice Senior, es la remuneración de la abstinencia y la abstinencia es la postergación del disfrute*"[362].

El argumento de que la ganancia se explica y justifica como remuneración del capital por el sacrificio del capitalista es fácilmente desenmascarado a partir de la herencia de grandes sumas de capitales. Actualmente dicho argumento se vuelve una falacia cínica, pues sabemos que los capitalistas industriales trabajan con dinero ajeno, incluso con dinero de los depositantes populares o usufructuando el avance del producto por parte de los pequeños productores. Asimismo, se sabe que las grandes fortunas se amasan diariamente a partir de negocios especulativos que nada tienen que ver con la abstinencia o sacrificio de los capitalistas, como tampoco tienen que ver con ello la enorme suma de riqueza amasada por el trabajo de millones de esclavos de África y América. Y eso sin hablar de la principal fuente de capital de hoy, según los datos de Piketty, como es la herencia, para la cual el heredero no tuvo que abstenerse de nada.

Finalmente, habría que decir, que no hay que confundir la escasez como fuente del valor con el precio de monopolio que algunas mercancías adquieren y por las

362 Citado por Sir Eric Roll, *A History of Economnic Thought*, Londres, 1938, pág. 131: en Maurice Dobb, *Teoría del Valor y de la Distribución desde Adam Smith*, Op. Cit. pág.119.

cuales se cobra una renta, pero aún esa renta hay que pagarla con la producción y la ganancia industrial al explotar esos bienes escasos, cuyo dueño es un rentista. Un ejemplo sería el caso del petróleo.

Por otro lado, en presencia de varios dueños del mismo bien escaso, como los diamantes o el propio petróleo, sabemos que mientras más difícil sea la extracción y por tanto mayores los costos, mayores precios tendrán en el mercado. Pero aún en este caso, donde varios países, como los pertenecientes a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), tengan igual monopolio del mismo producto, ese monopolio (oligopolio) se regirá igualmente por los costos de producción más la ganancia media de los productores petroleros. También puede existir el caso opuesto, cuando los compradores tienen el monopolio de compra (monopsonio) del petróleo y obligan a los países exportadores a vendérselos a menor precio, como ya sucedió antes de la llegada del presidente Hugo Chávez al gobierno venezolano, cuando las compañías compraban el barril de petróleo no a $100 dólares, sino a $10 dólares. En ambos casos existía el mismo juego de la oferta y similares necesidades.

Sabemos que la renta del petróleo la paga el mercado mundial y que su precio oscila de acuerdo a la especulación, pero hasta un mínimo, por debajo del cual ya no es rentable seguir extrayéndolo o hasta un máximo, por encima del cual los industriales prefieren utilizar otras fuentes de energía. En todo caso, aquí se aplica el mismo argumento de la correlación de fuerzas que señalamos a la hora de fijar los salarios, entre el capitalista y el obrero. Hemos visto como Estados Unidos, después de las ocupaciones de Irak, Lybia y otros países del petrolero Golfo Pérsico ha logrado de nuevo presionar para bajar los precios del petróleo.

Sabemos que algunos capitalistas ganan más que otros, debido a que han encontrado la forma de producir más con mejor tecnología y con el mismo tiempo de trabajo, pero como los precios en el mercado se nivelan de acuerdo al capital que tiene mayor costo, el capitalista con mayor composición orgánica del capital obtendrá una ganancia extraordinaria.

Esta aparente contradicción existe y fue planteada y resuelta a su manera por el propio Marx en el tercer tomo del Capital. En la sociedad capitalista y debido a la diferencia entre composiciones orgánicas de capital (inversiones con mayor o menor cantidad de capital en relación a la fuerza de trabajo), señala Marx, se cambian mercancías por igual precio a pesar de contener tiempos de trabajo desigual. Ello es debido, según Marx, a que en la sociedad capitalista los precios se

conforman añadiendo a los costos de producción la ganancia media reclamada por todos los capitalistas, los que producen más barato y los que producen más caro; sin embargo, a nivel de la sociedad capitalista en su conjunto, la suma de los valores es igual a la suma de los precios, igualmente, la suma de la plusvalía es igual a la suma de la ganancia; ecuación conocida como la transfiguración de la plusvalía en ganancia y de los valores en precio[363].

Ahora bien, una cosa es afirmar que la fuente del valor es el trabajo, incluso el capital fijo en tanto valor-trabajo acumulado, y otra desconocer la importancia que tienen las necesidades y los deseos para la gente o para el productor-vendedor de mercancías.

Volviendo a la polémica entre marginalistas y marxistas, podemos afirmar que hoy, el secreto de la mano invisible, ha sido suficientemente despejado por los propios economistas liberales o neoclásicos. El desplazamiento de las empresas ineficientes por las empresas eficientes, nos dice el profesor Samuelson se debe a que "*la mano invisible que origina este resultado no es otra cosa que la búsqueda del lucro y la competencia perfecta*"[364]. Y como todos sabemos, el lucro generalizado ha llevado a la pauperización generalizada.

Si en algo le ha servido la disciplina marginalista a los capitalistas es para competir mejor recurriendo a la publicidad en tanto estímulo para que el consumidor adquiera una determinada mercancía y no otra: una coca cola por ejemplo en vez de un litro de leche.

Todo lo dicho no niega el papel de las necesidades y los deseos en las expectativas y comportamientos de los consumidores. No tener dinero no implica que la gente no tenga necesidad o deseo. Incluso, sabemos que en determinados momentos, la gente puede preferir la satisfacción de un deseo a la satisfacción de una necesidad. Incluso, creemos que la gente prefiere tener la ilusión o posibilidad de satisfacer un deseo, aunque sólo sea una sola vez o una sola mercancía entre miles, a tener prohibido o estar inhabilitado moral o políticamente para hacerlo. Sabemos que no solo de pan vive el hombre, pero si no tiene pan se muere. Y sabiendo que aunque también vive de espíritu, si no lo puede com-

363 La réplica marxista es entabladao por Engels, en el prefacio al tercer tomo de El Capital, libro que éste tuvo que editar después de la muerte de Marx. Véase: *El Capital-Crítica de la Economía Política*, tomo 3, Obra Citada.

364 Paul A. Samuelson, La Teoría de la Utilidad y de la Demanda, en: Curso de Economía Moderna, Aguilar, Madrid, 1973, p.528.

prar, hasta ahí llegó su deseo y junto con ello las posibilidades del vendedor para vendérselos.

Nosotros mismos, hemos concluido que uno de los descuidos del socialismo es haberse dedicado solamente a satisfacer necesidades básicas, frente al capitalismo, que aunque no ha logrado ofrecer ni siquiera pan para todos, pero sí mucho circo y luminosa publicidad, logró cautivar más a las poblaciones marginadas. Pero de ahí a inferir que mientras más necesidades y deseos insatisfechos existan, mucho más valores y riquezas existirán en un determinado país, hay mucho trecho.

La escuela neoclásica

La escuela neoclásica desarrollada entre 1870 y 1930 tiene sus antecedentes en Marshall y Walras, aunque existen diferencias entre ambos. Marshall por ejemplo cree que la economía debe resolver el problema de la pobreza; Walras por su parte rechaza todo enfoque ético de la economía, centrándola en una lógica matemática. Otros neoclásicos destacados son Wicksell, Fisher, Pigou, Pareto.

A esta escuela se la conoce como neoclásica por integrar al marginalismo variables de la escuela clásica; asimismo, concede importancia al estudio del dinero, al equilibrio general de la economía y otros temas como el de los monopolios o de la competencia imperfecta; además de aceptar la orientación de la utilidad marginal, la escuela neoclásica nace como una crítica a otros postulados de la escuela marginalista.

A mediados del siglo XIX y haciendo una síntesis de los trabajos de Ricardo, Walras y von Bohm-Bawerl, encontramos al economista de origen sueco Knut Wicksell, quien partiendo de la teoría del ingreso de Ricardo y rechazando la teoría de que la riqueza pueda igualarse, propone la intervención del Estado para favorecer a los sectores más deprimidos y enrumbarse hacia una economía de bienestar. Para Wicksell, la riqueza tiende a concentrarse y reproducirse proporcionalmente en quien la posee. Se considera precursor, no solamente de Keynes, sino de lo que se conoce como la economía mixta, donde se combina el mercado y la planificación, es decir, la combinación del sector público y del sector privado, tal como ha funcionado en los países escandinavos.

2. El reposicionamiento teórico

Otro de los ejes de la polémica entre marxistas y marginalistas o neoclásicos han sido las crisis periódicas del sistema capitalista. Desde Marx hasta los marxistas contemporáneos, la brecha entre producción y consumo o entre oferta y demanda, ha sido señalada como uno de los rasgos principales e inherentes al capitalismo. Comentando la permanencia de los rasgos del capitalismo nos dice Bettelheim: "*Una de las características esenciales del capitalismo es su incapacidad para aumentar el poder de consumo al mismo ritmo que aumenta la capacidad de producción. En la fase ascendente del ciclo, el desequilibrio potencial que resulta de esta desigualdad, en las tasas de crecimiento de la producción y del consumo, está disimulado por el rápido aumento de la acumulación, pero, finalmente, este aumento de la acumulación conduce a aumentar aún más las fuerzas productivas y a acentuar el desequilibrio. Esto se manifiesta abiertamente en el momento de las crisis económicas. La crisis aporta una solución parcial y momentánea a la contradicción entre consumo y producción, reduciendo parcialmente esta última. La misión histórica del capitalismo, que ha sido acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas, se manifiesta a lo largo del período de expansión, cosa que el capitalismo no es capaz de cumplir más que provisionalmente, reproduciendo intermitentemente la crisis y la depresión*".[365]

Independientemente de lo acertado del señalamiento marxista sobre las crisis periódicas del despilfarro capitalista, muchas veces la polémica marxista, particularmente leninista, invirtió mucha tinta en mostrar el carácter catastrófico del capitalismo y esperar las próximas depresiones, confiando demasiado en la famosa teoría del derrumbe del sistema[366].

Frente a esta posición, la escuela neoclásica sustenta en uno de sus mayores exponentes, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, como es Alfred Marshall, la tesis de la continuidad del sistema, entendida como evolución gradual, ascendente y armónica, según la cual la economía crece como un organismo

365 Charles Bettelheim, Comentario a las tesis de Tsuru, en Shigeto Tsuru, *¿Adónde Va el Capitalismo*?, Oikos, Barcelona, 1969, pág. 87.

366 Sobre la polémica que relaciona el subconsumo, la acumulación, la crisis recesiva y el derrumbe, véase: Henry Grossman, *La Ley de la Acumulación y el Derrumbe del Sistema Capitalista*, siglo XXI editores, México, 1984.

vivo. Tesis que nos recuerda la concepción mecanicista y optimista del sistema capitalista que tenían los clásicos[367].

A pesar de la permanente apología a la soberanía del consumidor, los marginalistas no se habían preocupado, hasta al advenimiento de las crisis recesivas, producto de la sobreproducción, del destino real de la mayoría de los consumidores del mundo entero, quienes apenas tienen que comer y no logran convertirse en la clientela ideal a la hora de la realización o venta total de las mercancías producidas.

Quizás, el último vestigio de lo que pudo ser un fenómeno de acercamiento entre las distintas teorías económicas, incluyendo marxistas y marginalistas, fue la llamada revolución keynesiana para enfrentar tanto la crisis depresiva del capitalismo, como el poder omnímodo de los monopolios y el empobrecimiento de los consumidores. La reflexión keynesiana coincidía con los postulados de la socialdemocracia europea, constatando la capacidad ociosa de la industria capitalista, especialmente en momentos de depresión, en períodos de guerra o de posguerra, y el subsecuente subempleo de la fuerza de trabajo, proponiéndose remediar dichas tendencias incrementando la demanda efectiva a través del gasto público y la regulación de la renta.

A diferencia de las corrientes neoclásicas anteriores que se limitaban al marco microeconómico, con Keynes la teoría económica vuelve a plantearse la necesidad de la intervención del Estado y la utilización de instrumentos macroeconómicos. Las guerras mundiales del siglo XX, y las crisis financieras ocurridas en ese mismo siglo, han domesticado a los más mentirosos de los fundamentalistas del laissez-faire, quienes finalmente se dieron cuenta que estaban jugando con fuego y que bien valía la pena dedicarse al estudio de las técnicas anti-cíclicas, la programación económica, en fin, el equilibrio general, así como ocuparse seriamente del fenómeno del subconsumo de las masas populares.

A partir de la gran depresión de 1929 se desarrolló una corriente de pensamiento que planteaba que el sistema capitalista podía evitar las oscilaciones cíclicas y por lo tanto las crisis depresivas y lograr el pleno empleo a partir de políticas públicas. Desde entonces, encontramos dos posiciones críticas a la escuela neoclásica, a partir de los trabajos de Veblen y Sraffa.

367 Para un análisis de las concepciones clásicas, neoclásicas, keynesianas y marxistas, puede consultarse en español la didáctica obra de Osvaldo Sunkel y Pedro Paz: *El Subdesarrollo Latinoamericano y la Teoría del Desarrollo*, Tercera Parte, Siglo XXI editores.

En 1930, en plena crisis recesiva y depresiva del capitalismo aparecen los estudios de John M. Keynes, asumiendo y revisando algunos conceptos de la escuela clásica o economía política, pero proponiendo la intervención del gobierno en la economía, combinando gastos gubernamentales e impuestos nacionales, con el fin de ampliar la demanda de los consumidores, el crecimiento económico, precios estables y pleno empleo.

Después de la segunda guerra mundial asistimos a un auge de lo que se llamó el Estado de Bienestar que recorrió el mundo entero, los impuestos directos aumentaron en los países desarrollados y el crédito al desarrollo fluyó abundantemente a los países llamados subdesarrollados. La demanda efectiva aumentó y se comenzó a paliar el desempleo, la inflación, la pobreza en los países industrializados, con el consecuente fomento del mercado interno de consumo y de producción[368].

Desde las propias filas del capitalismo, el keynesianismo asestó un buen golpe a las tesis marginalistas que enarbolaban la soberanía del consumidor, escamoteando el hecho de que la demanda de éste depende en última instancia de la distribución de la renta y por lo tanto de la participación de las clases en el reparto de un excedente que en última instancia se genera en la producción y surge del trabajo. Al respecto señala Keynes: "*Por consiguiente, nuestras preferencias se inclinan por la doctrina preclásica, según la cual el trabajo es lo que produce todo, con la ayuda (...) de la técnica, como ahora se dice; con la ayuda de los recursos naturales que están libres o gravados con una renta según sean raros o abundantes, con la ayuda, en fin, de los resultados del trabajo pasado, que tiene también un precio variable, según su rareza o su abundancia. Es preferible considerar el trabajo, comprendiendo en él, claro está, los servicios personales del empresario y de sus asistentes, como el único factor de producción, mientras que la técnica, los recursos naturales, el equipo y la demanda efectiva, constituyen el medio determinado donde ese factor opera*"[369].

Lo que habría que agregar aquí es que toda la maquinaria, los campos roturados o la tecnología es también trabajo, trabajo acumulado, trabajo pasado, pero que hay que reponer o amortizar porque no es eterno, Y todo el trabajo pasado no se

368 Véase: John Maynard Keynes, *Teoría general sobre el empleo, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.

369 Citado por Ernest Mandel, *Tratado de Economía Marxista*, Ediciones Era, México, 1975, tomo II. p.321-322.

repone solo, sino que necesita de un trabajo adicional, trabajo vivo, para hacerlo producir y reproducir.

Desde otra posición encontramos una cierta corriente llamada monetarista. La idea fundamental del monetarismo es que la oferta del dinero influye sobre otras variables económicas, particularmente en los precios, la producción y el empleo. Entre los economistas monetaristas se destacan Irving Fisher, en la primera mitad del siglo pasado y Milton Friedman, un poco más tarde. Los monetaristas se oponen a las posiciones keynesianas. Señalan que la intervención de los monopolios y del Estado impide que los precios se expresen libremente. Partiendo de que la emisión de dinero genera inflación, recomiendan por tanto que el Estado se limite a una oferta monetaria a tasa constante. En relación a los precios sostienen que en una situación de pleno empleo, el aumento del gasto incrementará los precios de los productos internos o provocará un déficit de la balanza de pagos, hará que el tipo de cambio se deprecie incidiendo en el aumento de precio de los bienes importados. En cuanto al comercio internacional son partidarios de que se liberen las fronteras totalmente.

Entre 1950 y 1970 asistimos a un debate entre keynesianismo y monetarismo. A la cabeza de los últimos se encontraba Milton Friedman, quien sostenía que el gobierno es un mal conductor de la economía y su intervención debe ser sustituida por la mayor o menor oferta monetaria administrada por la Junta de la Reserva Federal que supervisa el sistema bancario; para Friedman y los monetaristas, el precio de las mercancías, incluyendo la fuerza de trabajo, se rige por las condiciones de la oferta y la demanda en el mercado; posteriormente, el neoliberalismo, sobre todo con Hayek, aceptará la intervención del gobierno, orientando sus baterías a apoyar a los empresarios por medio del subsidio gubernamental.

Coincidencias y ambigüedades en la polémica

La polémica entre marginalistas y marxistas ha pasado por una serie de momentos, unos más conflictivos y antagónicos que otros, conociéndose dicha polémica mucho más por los extremos políticamente ideologizados que por las verdaderas posiciones económicas. Sin negar la polarización existente de sus respectivas motivaciones o estrategias, podemos decir que muchas veces el prejuicio ha impedido conocer exactamente el fondo de las respectivas posiciones. Entre los temas donde las posiciones se han venido, indistintamente, acercando o contraponiendo, podemos enumerar los siguientes: El bienestar social, el deseo del consumidor versus los costos de producción, la planificación y las leyes del mer-

cado, el libre mercado y los monopolios, la propiedad, las crisis del capitalismo y la necesidad de intervenir los mercados.

El bienestar social

A principios del siglo XX una serie de economistas se ocuparon de articular las posiciones de la economía clásica, particularmente de Ricardo y de J. S. Mill, adicionándoles los postulados fundamentales de los marginalistas. Estos economistas, entre los que se cuentan, además de Marshall, Pareto, Pigou, J. Hobson, J. R. Hicks, K. Boulding, expresan incluso una mayor preocupación por el bienestar colectivo y la distribución. Encontramos, por el lado del marginalismo o de la escuela neoclásica a estos autores interesados por lo que se ha llamado la Economía del Bienestar, en parte por la escandalosa brecha a la que se ha llegado en cuanto a los ingresos entre individuos, clases o países y en parte por las sucesivas crisis de realización del sistema capitalista.[370] Tesis corroborada estadísticamente por Piketty, a través de un registro de los ingresos para un grupo de países centrales a lo largo de los dos últimos doscientos años, datos que ilustramos en los primeros capítulos del presente libro.

Un autor poco crítico de la economía de mercado como fue Keynes, afirmaba en el último capítulo dedicado a la filosofía social contenida en su *Teoría General*: "*Los principales inconvenientes de la sociedad económica en que vivimos son su incapacidad para procurar la ocupación plena y su arbitraria y desigual distribución de la riqueza y los ingresos*"[371].

Igualmente, encontramos en las economías socialistas una mayor preocupación por el bienestar social más allá de las necesidades básicas. Para el socialismo más ortodoxo, el programa de consumo difería temporalmente ciertos deseos considerados superfluos, mientras no fuesen satisfechas masivamente las primeras necesidades del mayor número.

Posteriormente se fueron rompiendo muchos prejuicios alrededor de la "*soberanía del consumidor individual*" y de la optimización económica, siendo un buen ejemplo de este giro la importancia concedida hoy por los países del socialismo de mercado a la industria ligera y a los artículos antes considerados superfluos o suntuarios.

370 Maurice Dobb, *Economía del Bienestar y Economía del Socialismo*, Siglo XXI, QuintaEdición, México 1978.

371 J.M. Keynes, *Teoría General de la Ocupación, el Interés y el Dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, pág.329.

El deseo del consumidor y los costos de producción

La fijación de precios por el mercado de consumo ha sido el argumento más fuerte por parte de los marginalistas, en tanto que los costos, la renta y la distribución desigual del ingreso, han sido su principal dolor de cabeza, puesto que por esa ruta se llega de nuevo a los procesos de producción y a la explotación, generado por el intercambio diferenciado entre capital y trabajo.

Prontamente, la realidad económica convencía a los más escépticos que para crear valor se necesita algo más que la necesidad. Asimismo, fue cada vez más evidente que la satisfacción de la mínima necesidad de un producto requiere de costos para producirlos y que la demanda insolvente tiene importancia, pues realizar mercancías es ahora el principal dolor de cabeza para cualquier productor. Posteriormente, los marginalistas terminaron por reconocer que la demanda que cuenta es la demanda efectiva, el dinero contante y sonante que la gente tiene en los bolsillos. De ahí infirieron, más vencidos que convencidos, la relación de la demanda efectiva con los ingresos y por ende con el trabajo y la distribución de la renta. Esto último no quiere decir que recomienden una mejor distribución del ingreso, aconsejando cada uno a su empresario la monopolización del mercado y una mayor campaña de venta para sus productos particulares.

Hoy, y a pesar de que para los marginalistas cualquier valor, sea de uso o sea de cambio, obedece y se mide de acuerdo a criterios subjetivos, instintivos o hedonistas del consumidor, el costo de producción, incluyendo el trabajo, es incluido como fuente del valor, junto al resto de los factores de la producción, pero en una forma indirecta, sin abandonar por supuesto el papel preponderante que confieren al capital en el origen de la riqueza y por tanto en la remuneración del capitalista.

Bajo la influencia de Ricardo y de la escuela llamada Neo-Ricardiana, los marginalistas han introducido y aceptado, al menos, el papel de los costos de producción en la composición de los precios, así como la inclusión de la mano de obra en la formación del valor. Según Ricardo, "*el valor del oro, como de cualquier mercancía depende de su utilidad, de su rareza, de la* ***cantidad de trabajo*** *empleado en extraerlo, y del valor del capital utilizado en las minas*", nos recuerda Suzanne de Brunhoff[372].

372 David Ricardo, *The high Price of Bullion*, 1810, citado por Suzanne de Brunhoff, en: *Le Rapports d´Argent*, Presses Universitarires de Grenoble, François Maspero, France 1979, pág. 30. (El subrayado y la traducción son nuestros).

En cuanto a la polémica entre el valor y el precio priorizado, por una u otra de ambas escuelas, nunca se pensó que Marx haya ignorado que el valor de las mercancías se expresara en el mercado como precio y que el precio se midiera en dinero, precisamente como precio de producción o precio de mercado en la sociedad capitalista. Tal como lo dijimos anteriormente, ha sido suficientemente señalado por los marxistas que en el mercado capitalista la plusvalía se transfigura en ganancia y el valor en precio de producción o de mercado. Lo que no quiere decir, independientemente de la apariencia, que el dinero, medio de cambio o de pago, manifestación del ahorro o instrumento para la inversión, equivalente universal de todas las mercancías, etc., sea la fuente del valor o de la riqueza, en ausencia de una sociedad de trabajadores que la produzca. La dificultad de fijar precios a su libre antojo o aumentar la cantidad de dinero en circulación es algo tan delicado, aún para los monopolios, que las políticas económicas de uno y otro lado lo toman tan en cuenta que constantemente están luchando contra la inflación.

Junto a la importancia de los costos de producción en la determinación del valor, y habiendo incluido el trabajo entre los componentes del costo, los marginalistas han tenido que incluir, además, la distribución de la renta como factor influyente en la demanda y por ende en la determinación de los precios. Incluso un ideólogo del neoliberalismo más salvaje, como es Milton Friedman, ha aceptado la importancia de la renta en el ahorro y la inversión, explicitando lo que llama la función del consumo. Al respecto nos dice Friedman: *"La relación entre consumo agregado, o ahorro agregado, y renta agregada, generalmente llamada función de consumo, ha ocupado un lugar principal en el pensamiento económico desde que Keynes hizo de ella piedra angular en la estructura teórica de su Teoría General. Keynes dio por sentado que el gasto corriente en consumo es una función muy estable y altamente dependiente de la renta corriente: que 'la cuantía del consumo agregado depende principalmente de la renta agregada (ambas medidas en unidades de salario)'. Consideró como 'regla psicológica fundamental de toda comunidad moderna, que cuando su renta real aumenta, no aumenta su consumo en una suma absoluta igual', y afirmó no tan categóricamente, que 'por lo regular... una mayor proporción de la renta... se ahorra a medida que aumenta la renta real'"*.[373] Independientemente que todo su análisis esté motivado por demostrar el papel preponderante de la riqueza en el incremento del ahorro y la inversión, así como por la preocupación de que debido al atesoramiento, la producción y el consumo no coincidan.

373 Milton Friedman, *Una teoría de la función de consumo*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pág.13.

Por su parte, los países socialistas, después de haber incursionado enfáticamente en la administración de los precios, han tenido que recurrir a los costos de producción con el fin de estabilizar la economía, evitar el despilfarro y aumentar la productividad. Pero, como señalamos en la introducción general de este libro, el giro mayor por parte de los países socialistas es que han elevado a paradigma del socialismo, el llamado socialismo de mercado, tal como lo muestran los dirigentes y administradores de economías como la de China y Vietnam, quienes se basan en diversas reglas del mercado para planificar mejor su economía, conscientes de que sin capital no hay posibilidad de reproducción ampliada y que sin recurrir a la remuneración por el tiempo de trabajo, no hay mucha posibilidad de mantener o aumentar la productividad, por mucho que quisiéramos que la gente o los trabajadores estuvieran motivados por incentivos morales, como lo pregonaba y fomentaba el Che Guevara para las sociedades en transición.

La importancia de la necesidad y el deseo, es decir, la parte subjetiva del hombre, tan apreciada por los marginalistas como punto de partida de la economía, ha sido valorada hasta la saciedad por parte de Marx, ya no digamos por el marxismo neofreudiano de pensadores como Reich, Fromm o Marcuse. Pero una cosa es reconocer el carácter subjetivo de algunas necesidades o deseos, propios de la psicología o del psicoanálisis, y otra cosa es elevarlo a sustancia y fuente del valor o de la riqueza[374].

No es despreciable, sin embargo, el papel conferido por el socialismo de mercado a los deseos del consumidor, a la publicidad y otros componentes subjetivos, a la hora de competir en el mercado mundial, incluso a la hora de planificar el consumo interno. Se dice que la Unión Soviética se ocupó tanto de la producción de medios de producción, maquinaria o equipo, incluyendo un gigantesco arsenal de armamentos, que descuidó la industria de bienes ligeros de consumo, tan importante en la competencia por los apetitos de la gente, tan exacerbados por occidente, tal como está haciendo hoy China, donde los dirigentes se ocupan conscientemente tanto de la producción de medios de capital como de la producción de medios de consumo.

Otro término común, aunque con tratamiento diferente, es lo que el marxismo llama el trabajo socialmente necesario y los marginalistas la utilidad o la necesidad y su relación con la soberanía del consumidor. Para Marx el valor de cambio, es

374 Véase: Carlos Marx, Necesidad, Producción, División del Trabajo, en Manuscritos Economía y Filosofía, Alianza Editorial, Madrid, 1985, págs. 156-176.

decir, la expresión del valor en la sociedad mercantil, supone el valor de uso; en otras palabras, no todo trabajo es fuente de valor, sino solamente aquel trabajo que tiene valor de uso y es considerado necesario y útil por la sociedad, es decir, por los consumidores. Lo que no quiere decir que basta que un bien sea deseado para que el valor aparezca, a menos que alguien lo produzca; de la misma manera que no se puede confundir la demanda o el deseo con la demanda efectiva o la capacidad de compra del consumidor, teniendo el deseante que frotar la botella laboral con el sudor de su frente para que aparezca las cosas deseadas. Solamente así podemos entender el papel que juega la demanda y la oferta en la orientación de la producción y por ende del mercado: las cosas son demandadas con ingresos en dinero, generado por el salario, el beneficio o el interés, base de la distribución; a su vez, la oferta se engendra en los procesos productivos donde el capital y el trabajo se dividen la renta, a base del monopolio para unos y la menesterosa necesidad para otros. No es otro el afán del crédito, a fin de adelantar dinero a productores y consumidores, sobre todo a estos últimos para que puedan adquirir las mercancías que no pueden adquirir con sus ingresos presentes y aun así, veamos el desastroso efecto generado por el exceso de crédito en los últimos tiempos, el que ha llevado a una insolvencia global y repetidas crisis financieras.

La planificación y las leyes del mercado

Finalmente, debemos agregar una temática de coincidencia como es la opinión respecto a la planificación y a la autorregulación del mercado. Al respecto, las economías socialistas, o lo que ha quedado de ellas, utilizan cada vez más los mecanismos monetario-mercantiles para apoyar la planificación, de la misma manera que los capitalistas planifican cada vez más para evitar las crisis y los ciclos de prosperidad-depresión. ¿Qué son sino las políticas económicas, tan de moda hoy en día que casi se confunden con lo que los economistas creen que es la economía? Piénsese por ejemplo en las políticas de la Banca Central de un país capitalista, sus medidas sobre el encaje legal, la deuda pública interna y externa, el redescuento, las tasas de interés, las operaciones de mercado abierto, los topes de cartera, las facilidades jurídicas para que los banqueros privados apuesten seguro a sus negocios, la privatización de la banca nacional, ya no digamos los rescates bancarios o el rescate de las mega-corporaciones: ¿Qué son esas sino formas de intervenir o regular el mercado financiero a favor de los empresarios y capitalistas?

Ni qué decir de la política monetaria de los Estados capitalistas. ¿No es acaso una forma de regular o afectar los ingresos de una u otra clase social la política de crédito a favor de productores, importadores, exportadores, comerciantes, trabajadores o consumidores en general? ¿No es acaso una expresión de regulación en favor de los grandes rentistas la tremenda regresividad de la política tributaria en la mayoría de los países latinoamericanos, donde los impuestos indirectos son mayores que los directos o la eliminación total de los impuestos a las Zonas Francas y demás empresas transnacionales del capital globalizado? O la liberación total de los aranceles al comercio exterior de los Estados Unidos, a pesar del proteccionismo norteamericano impuesto a las productos latinoamericanos; o las políticas del gasto público, especialmente la reducción de los gastos sociales en detrimento de las clases más desposeídas.

Lo mismo podríamos decir del comportamiento de los empresarios pidiendo que el Estado intervenga a su favor en momentos de crisis. Sirva como ejemplo el fraude o la evasión fiscal a través de mil mecanismos e influencias, el llamado tráfico de influencias o los actos de corrupción protagonizados por funcionarios y empresarios en favor de ambos, los precios de monopolio de los grandes empresarios que tienen agobiados a los consumidores, la mercantilización del poder judicial, los funcionarios fiscales y la policía económica para favorecer las ganancias empresariales, el bombardeo televisivo y radial para forzar la "soberanía del consumidor" persuadiéndolo que es mejor la cerveza que la leche, etc. Acciones que no parecen obedecer a la ley de la oferta y la demanda, el mercado de la libre competencia, la desregulación del Estado, u otras expresiones discursivas de la ideología del mercado.

Pero quizás el mayor ejemplo del carácter apologético de los postulados de la oferta y la demanda, la armonía del mercado, la desregulación de la economía capitalista, la no intervención del Estado en la felicidad del mayor número a partir del provecho personal y de los intereses egoístas, es la llamada economía armamentista, o en otras palabras, la extraordinaria motivación de las inversiones y negocios armamentistas, a través de las industrias de guerra y de las industrias para desatar guerras, independientemente de que ahora éstas se pregonen por motivos humanitarios como se ha dicho a raíz de los bombardeos, invasiones militares, guerras de baja intensidad por parte de la OTAN sobre Yugoeslavia, Iraq, Libia o Siria[375].

375 Puede ilustrarse esta filosofía en los artículos de Le Monde Diplomatique, aparecidos en ocasión de la llamada guerra de Kosovo en el último año del siglo XX.

Los negocios armamentistas se diseñan y se planifican entre el Estado y las grandes empresas transnacionales, los magnates no buscan solamente sus ventajas, sino que hacen caso omiso y consciente de la muerte ajena, los precios se imponen a través de las transacciones monopólicas, y a los supuestos consumidores soberanos se les lava el cerebro para que contribuyan con sus impuestos a financiar parte del negocio militar y el terrorismo de Estado. Ante esta actitud habría que preguntarse: ¿Qué tiene esto que ver con la armonía del mercado o con la felicidad del mayor número?

Mantener a propósito de la producción de armamentos la teoría de que el valor y la producción dependen de la necesidad y el deseo de los consumidores, es traicionar la inteligencia, pretendiendo persuadirnos de que los consumidores finales del bombardeo sienten un inmenso deseo por que se sigan produciendo armas en el mundo o que los contribuyentes son los soberanos responsables de los grandes negocios de los traficantes de armas. Lo que puede decirse de los negocios armamentistas es que constituyen una excelente forma de consumir excedentes de manera improductiva, logrando así evitar las crisis de sobreproducción, sin tener que aumentar el consumo popular ni sacrificar la inversión lucrativa, tal como lo demuestra Paul Baran a propósito de la relación entre el consumo de excedentes y la irracionalidad del sistema capitalista[376].

Pero quizás la mayor confesión de que la competencia es insuficiente para el capitalismo, son las leyes antimonopolios de los Estados Unidos o la lucha contra el tráfico de estupefacientes o de órganos de niños o la trata de mujeres, monopolizados por la mafia, quien está muy clara de que se matan entre ellos para dirimir quién se hará con el monopolio del crimen organizado.

El libre mercado y los monopolios

A partir de la existencia y de la práctica cada vez más agresiva de los monopolios, ambas escuelas han tenido que integrar tal fenómeno entre los factores que intervienen en la fijación de los precios; unos a favor de los monopolios privados, otros a favor del monopolio público. Efectivamente, ambas corrientes de pensamiento han adaptado o flexibilizado sus posiciones más allá del simple intercambio de valores equivalentes pregonado por el marxismo, y más allá de la competencia perfecta de los capitalistas. Éstos, cada vez más alejados de la simple libre oferta y demanda. Desde el punto de vista de la teoría del valor-tra-

376 Paul A. Baran, *Excedente Económico e Irracionalidad Capitalista*, Edición Cuadernos de Pasado y Presente No 3. México 1980.

bajo, los marxistas se enfrentan a una situación, prevista por Marx, en la que el componente capital, entendido como trabajo muerto o trabajo acumulado a través de los siglos, es cada vez mayor que el trabajo vivo o trabajo presente, lo que ha llevado a ciertos pensadores socialistas a considerar el precio en función no solamente del trabajo sino sobre todo en función del monopolio y la fuerza, tal como sucedía en épocas anteriores al capitalismo[377].

Por el lado de los marginalistas, el mismo Samuelson, pedagogo del capitalismo, es consciente de las dificultades para sostener la existencia de un mercado de competencia perfecta, no solamente por la agresividad de los impuestos y su influencia sobre los precios, sino sobre todo por la existencia de las empresas monopolistas, las cuales no solamente imponen precios, sino que junto a su bombardeo publicitario han dejado en ridículo la famosa soberanía del consumidor. Por otro lado se sabe que las empresas monopólicas calculan internamente los precios, no en base al mercado, sino en base a un cálculo de rentabilidad global. Es frecuente hoy en día encontrar análisis desde una posición liberal que creen descubrir la verdad situándose a caballo entre la apología y la detracción del mercado libre[378].

La mayor debilidad de la soberanía del consumidor es que es la que más se interviene, a través de la publicidad, educando y forzando su voluntad para que consuma lo que la empresa más poderosa quiere vender.

La propiedad

Anteriormente, los capitalistas pensaban que la propiedad sobre los medios de producción tenía que ser propiedad de los empresarios. Por otro lado, los socialistas creían que era la propiedad sobre los medios de producción lo que explicaba la explotación de la fuerza de trabajo, más aún, sostenían que quien tuviera la propiedad se quedaba con la plusvalía o excedente.

Hoy es de común conocimiento, para unos y para otros, que la gestión de las empresas está controlada por los administradores o managers, mientras que los accionistas dueños de las acciones tienen que ver cada vez menos con el destino de las mismas.

377 Véase Michal Kalecki, *Teoría de la Dinámica Económica*, Fondo de Cultura Económica, México 1956. Véase asimismo las posiciones de Joan Robinson, Pierre Sraffa, Oscar Lange, Michal Kalecki y el propio Maurice Dobb, en: Maurice Dobb, *Teorías del Valor y de la Distribución desde Adam Smith, ideología y teoría económica;* obra citada anteriormente.

378 Véase: Andrew Schotter, *La Economía de Libre Mercado, una valoración crítica*, Editorial Ariel, Barcelona, 1987.

Por otro lado, encontramos una gran cantidad de países capitalistas que debido a la crisis de realización y a la presión de las fuerzas sociales, durante la segunda mitad del siglo XX, fueron empujados a la nacionalización o estatización de muchas empresas, alcanzando el control estatal alrededor del 50% del producto interno bruto. Igualmente encontramos otra serie de gobiernos capitalistas implementando procesos de reforma agraria, interviniendo el mercado de tierras, afectando a unos y favoreciendo a otros, con el fin de estabilizar el país, estimular el mercado interno o producir alimentos o mano de obra barata.

Los dirigentes socialistas, a su vez, han tenido que recurrir al fenómeno de la privatización de las empresas que hasta hace poco estaban en manos del Estado, así como a la utilización de los mecanismos monetario-mercantiles para calcular costos y precios, quizás más por necesidad que por convencimiento. Aún antes de que el ex-bloque soviético fuera desmantelado y privatizado totalmente, el avance de la propiedad privada, pequeña y grande, interna y externa, así como el papel del crédito privado, nacional y sobre todo internacional, mostraba una tendencia mantenida en los planificadores socialistas[379].

Igualmente, la co-inversión del capital estatal y el capital privado transnacional, en China y Cuba, ha venido siendo cada vez más significativa. En China han entrado de lleno al socialismo de mercado, trasladando miles de empresas estatales a manos privadas. En Cuba, por su lado, se han aprobado en los últimos años medidas de liberalización de la producción y el comercio con el fin de apoyar o compensar el abastecimiento que el Estado no puede subsanar completamente. Desde hace varios años que en Cuba existen la coinversión y la inversión privadas, sobre todo en los grandes complejos turísticos.

El fenómeno más importante en la reevaluación del pensamiento marxista sobre la relación de la propiedad y la explotación es la aceptación de un hecho manifiesto, como es la explotación de los países del Tercer Mundo a través del comercio internacional, igual que pasa al interior de los mercados nacionales, donde los bancos y los comerciantes se quedan con la mayor parte de las ganancias, tanto de los empresarios productivos como de los pequeños y medianos productores, independientemente que estos sean los dueños de la propiedad o de los medios de producción.

379 Véase : Mikhal Gorbatchev, *La Perestroika*, Vue Neuve sur Notre Pays et le Monde, Flammarion, Paris 1987.

Efectivamente, hoy en día, gran parte del control de la riqueza se hace a través del intercambio mercantil, desde el capital comercial o bancario, sin necesidad de tener o controlar la propiedad de los medios de producción y viceversa.

Gracias a esta situación que examinaremos en los próximos capítulos, millones de pequeños propietarios son despojados del producto de su trabajo y de su esfuerzo por gestionar sus medios de producción. Esto ha hecho que muchos marxistas pongan más atención a lo que pasa en el escenario del intercambio, más allá de los espacios del proceso inmediato de producción.

Ahora bien, lo anteriormente señalado no quiere decir que muchas veces, e independientemente del derrotero de la teoría, las viejas y más radicales tesis marginalistas, dejen de ser enarboladas, no tanto por los economistas, sino sobre todo por publicistas, políticos y escribanos del sistema. Estos nuevos ideólogos, han seguido pregonando la soberanía del consumidor, explicando en los colegios y universidades tercermundistas la relación de oferta y demanda como explicación de la fijación de precios por el mercado, la escasez como fuente del valor de las cosas, el derecho de los rentistas y empresarios al ingreso como compensación por el esfuerzo ahorrativo, en fin, la apología del capitalismo y las virtudes de la propiedad individual, limitando la intervención estatal a las medidas que permitan el juego privado de la competencia y el crecimiento capitalista.

Si de los economistas se ha dicho que son “la manifestación científica de los capitalistas”, de estos publicistas se puede decir que son su manifestación ideológica y religiosa.

Por su lado, los revolucionarios marxistas, aprovechando las expectativas de la población, generadas o exacerbadas por el discurso y la publicidad liberales de que todo puede ser deseado y todo puede ser satisfecho, politizaron a su favor el entusiasmo de las masas para acelerar tal promesa y desencadenaron decenas de revoluciones con una orientación socialista. El problema comenzó una vez en el poder, cuando la vieja promesa tenía que ser satisfecha por los propios Estados socialistas, los que a la postre no pudieron competir precisamente en el campo en que ellos mismos se lo impusieron, es decir, en la satisfacción de las expectativas materiales de consumo por parte de la población, a pesar de los extraordinarios logros en materia de pleno empleo, educación, salud y alimentación. La realidad mostró que lo que fue verdad a nivel económico, no siempre fue verdad a nivel político y psicológico y, a la larga triunfó, la imagen capitalista de las vitrinas llenas de mercancías donde la gente puede escoger dejar de comprar

un pedazo de pan toda la vida a cambio de un pedazo de paraíso durante un ratito, al acceder a un gadget cualquiera o a un trago de ron con Coca.

3. La polémica después de la implosión del socialismo

A finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, asistimos a dos acontecimientos que actualizan de nuevo la polémica entre el capitalismo y el socialismo, como fueron el colapso del socialismo soviético y las crisis del capitalismo.

El colapso del socialismo soviético y la propaganda posmoderna

Con la implosión del socialismo soviético y el triunfo del mercado, el pensamiento capitalista fue suplantado por la propaganda, enarbolada muchas veces incluso por intelectuales que hasta hace poco habían militado en las filas de un pensamiento crítico al capitalismo. Su crítica se volvió más feroz, pero a favor de la nueva religión neoliberal. El discurso o el debate por parte del capitalismo contra el socialismo se convirtieron en burda publicidad alrededor del triunfo del sistema capitalista y los intelectuales fueron convertidos en consultores a favor de la nueva política económica que empezaría a implementarse en el mundo entero. Simultáneamente, los países capitalistas desarrollados o en vías de desarrollo comenzaron a revertir las conquistas sociales del mundo laboral, los gobiernos se endeudaron y las naciones tercermundistas fueron reducidas a un status neocolonial.

Como todos sabemos, el final del siglo XX terminó con el derrumbe, no del capitalismo como muchos socialistas habían pregonado, sino del socialismo de Estado. A raíz de las revoluciones socialistas la ideología capitalista había desencadenado una ofensiva doctrinaria y propagandística sin precedentes, identificando las economías de guerra de los países revolucionarios y el caos subsecuente como sinónimo de economía planificada. Las protestas y críticas al sistema capitalista fueron estigmatizadas como expresión del odio y la violencia implícita en el concepto de lucha de clases; claro está que se referían a la lucha emprendida por las clases y sectores oprimidos. Mientras tanto las clases y sectores dominantes emprendieron una guerra sin cuartel contra todo intento de insubordinación de clases, países y poblaciones populares, considerando tales arremetidas como producto de la necesidad de mantener el orden, la seguridad nacional, la lucha contra el terrorismo, la pacificación, etc. El esfuerzo socialista y los postulados marxistas sufrieron así un gigantesco golpe en las últimas décadas del siglo XX.

Muchos intelectuales de izquierda y viejos militantes socialistas empezaron a tomar distancia del socialismo. Muchos de ellos empezaron a descubrir las bondades de la democracia burguesa. No pocos se volvieron postmodernistas, enfocando sus diatribas contra las organizaciones políticas de izquierda y sobre todo contra los gobiernos revolucionarios que empezaron a ganar elecciones. Los poderosos medios de comunicación que surcan con sus noticias e imágenes el mundo entero se encargaron de respaldar el nuevo discurso en retroceso y enmascarado de humanitario.

El pensamiento único se fue imponiendo en un mundo unipolar protagonizado por los Estados Unidos. El valor de cambio y sobre todo el valor social, fueron siempre conceptos demasiado abstractos, en cambio, el fenómeno del precio y la riqueza individual, siempre estuvieron al alcance del más lego. El trabajo y la pobreza sonaban a sacrificio; el consumo, las vitrinas y el mundo de los ricos sonaban a placer. El proletario abnegado y empobrecido era la imagen del socialismo, el magnate o el artista exitoso y feliz era la de los capitalistas. La propiedad social aparecía ajena a la gente, la propiedad individual se ilustraba concretamente con el nivel de vida de los capitalistas. El libre juego de la oferta y la demanda se vendía como la democracia de productores y consumidores, la planificación aparecía impuesta desde los aparatos de la burocracia estatal. Entre tanto, el reino del mercado capitalista parece haber llegado a su máximo apogeo, su poder se presenta y se impone como indisputable, su real gobierno se apresta a eliminar cualquier elemento de competencia que se le oponga o haya sido heredado por las civilizaciones anteriores, su onda expansiva rompe los límites de la economía e invade todos los ámbitos habidos y por haber de las relaciones humanas. Pero lo que confiere plena identidad a sus rasgos hegemónicos es la dictadura de su pensamiento y de sus sentimientos. Todo adquirió un precio, incluso los valores morales y, en nombre de la desregulación, todo será regulado por los dictados del fundamentalismo del mercado. La democracia política es cada vez más sustituida por la democracia del mercado. La legalidad de un gobierno progresista, pero desobediente de Washington, no tendrá legitimidad alguna y será un buen candidato a ser derrumbado de cualquier forma.

Los esfuerzos socialistas del siglo XX fueron abatidos por la fuerza expansiva e inmisericorde del mercado capitalista y del poder superior de las empresas transnacionales, quienes recrudecieron su agresividad y embistieron con todos los recursos a su alcance. El colapso del socialismo europeo y el debilitamiento de los regímenes de orientación socialista del resto del mundo, contribuyeron a

entronizar el reino del mercado y la eliminación de todas sus fronteras. El largo recorrido de la hegemonía, primero indoeuropea, después musulmana, luego europea y ahora europeo-norteamericana, llega a su cima hegemonizada por el paradigma del mercado capitalista, quien ya no necesita disputar la fuerza y el discurso, sino solamente imponerlos[380].

Después del derrumbe del socialismo, entramos al mundo del unilateralismo. En este mundo capitalista, despreocupado ahora de la competencia socialista, el Estado de Bienestar, impulsado, en parte, para hacer frente a las críticas al capitalismo y a la movilización sindical, sigue desmantelándose en todo el mundo. Los impuestos que suben son los impuestos indirectos al mismo tiempo que bajan los impuestos sobre la renta, las inversiones y gastos que se incrementan son las inversiones y gastos armamentistas. En el caso de los países periféricos las recomendaciones en boga más bien fomentan la concentración de la renta y la disminución de la demanda efectiva de las masas empobrecidas. Todo ello sobre la base de la necesidad de estimular el crecimiento e implícitamente la concentración o fusión del capital y de las empresas.

Con el llamado neoliberalismo y la apología del individualismo y del lucro como la ética principal de su doctrina, la ideologización del mercado se ha propuesto desterrar la regulación social o regulación a favor de los pobres y desposeídos. La censura política y moral que hasta ahora había existido, por razones económicas o humanitarias, tiende a desaparecer del mapa de los valores materiales o espirituales. El discurso neoliberal se ha propuesto eliminar física y mentalmente todo obstáculo que impida la acumulación privada. El discurso neoliberal nutrido selectivamente de las tesis más reaccionarias de la escuela clásica, del liberalismo decimonónico, del marginalismo y del subjetivismo, de algunos postulados del pensamiento neoclásico, de la concepción cuantitativa del dinero, se ha propuesto redimir al mercado capitalista del lugar en que lo había ubicado la crítica marxista, keynesiana o socialdemócrata.

Del keynesianismo al monetarismo neoliberal

La agresividad del pensamiento neoliberal que se inició en plena depresión, durante los años 30, va a ser remozada en forma audaz y beligerante a finales del siglo pasado, siendo ilustrativo de ello la contradicción entre las políticas keynesianas y el neoliberalismo temprano de von Hayek. Las posiciones de Keynes

380 Véase: Enrique Dussel, La Ética de la Liberación, en la edad de la globalización y de la exclusión, Editorial Trotta, Madrid, 1998.

frente al liberalismo tienen su centro en la intervención del Estado a favor del consumo; las posiciones de Von Hayek, en cambio, pregonan tácitamente la intervención de políticas monetarias, pero a favor del capital.

Milton Friedman y mucho más que Friedman, Von Hayek desarrollan lo que se conocerá como el pensamiento neoliberal, quien preconiza la no intervención del Estado en los asuntos económicos; partidarios de un Estado mínimo, limitado a los asuntos de seguridad como lo señalaban los monetaristas, son apadrinados por los republicanos estadounidenses y financiados por las corporaciones y fundaciones más reaccionarias de los Estados Unidos. Se oponen a la regulación estatal, venga del fascismo, el comunismo o los socialdemócratas. Creen incluso que la democracia no es más que un medio para que el mercado funcione libremente. Reniegan de los gastos públicos y la justicia social, a la que ve como una estrategia de la clase media para vivir de la riqueza ajena. Proponen privatizar los bancos y desnacionalizar la moneda, incluso las bancas centrales, con el fin de que se permita al mercado definir la creación de la moneda. Acusan a los keynesianos de hacer del Estado un dictador económico de la sociedad.

Podemos decir que el pensamiento neoliberal de Von Hayek ha sido el principal y consciente protagonista de las medidas neoliberales, incluyendo la entrega de la riqueza social a los bonistas responsables de las últimas crisis financieras.

Como lo sintetiza Eric Toussaint: "*Para Keynes la caída de las inversiones es la causa de la depresión, para Von Hayek es la sobreinversión provocada por una política monetarista laxa la causa de la crisis económica; para Keynes hay que desarrollar el consumo y la inversión a través de una fuerte intervención pública, para Von Hayek la intervención pública desvía los fondos disponibles para la inversión privada; para Keynes hay que subir los salarios a fin de estimular el consumo, para Von Hayek hay que bajar los salarios si queremos restituir el pleno empleo*[381]."

Liberar al capitalismo de toda regla será la premisa de un grupo de economistas, conocidos como la sociedad de Monte Peregrino[382], entre los que se encuentran Friedman, Von Hayek, von Mises, Allais, Popper, etc., quienes declararon la guerra al Estado Social, tanto en su versión Welfare State europeo como New Deal norteamericano, en nombre de la libertad del individuo. Como lo señalan Arnaud

381 Eric Toussaint, *La Bourse ou la Vie*, CADTM, Paris, 2000, Pag. 236.
382 Lugar de reunión de estos economistas, situado en Suiza.

Zacharie y Eric Toussaint: "*su lógica es simple: la prosperidad generalizada conlleva reivindicaciones salariales, las que una vez concedidas, crean un proceso inflacionista (alza acumulativa del conjunto de precios) pudiendo llevarnos a la destrucción de la economía de mercado. Según esta lógica, su prioridad absoluta es la estabilidad de los precios: una tal ortodoxia financiera implica un control estricto de la masa monetaria, una disciplina presupuestaria, la supresión de los gastos sociales "parasitarios", y la incitación al ahorro privado a través de la supresión de los impuestos sobre los ingresos elevados y los beneficios privados. La meta final es la instauración de un crecimiento fuerte y sostenido. Según esta teoría, las desigualdades son positivas, pues ellas aumentan la demanda de trabajo y presionan la baja salarial. Además, las desigualdades de ingresos empujan a los más débiles a escalar en la jerarquía social y a superarse, lo que beneficia en definitiva al interés general*[383].

Con el neoliberalismo, el mercado se ha convertido en una declaración de guerra contra el trabajo y el Estado de Bienestar y con una doctrina donde la mano invisible se ha propuesto invisibilizar la explotación del capital, operando bajo el lema: ojos que no ven, corazón que no siente.

Veamos a continuación algunas de las posiciones de los fundadores y alcahuetes del neoliberalismo, recogidas por Eric Toussaint: "*Es la sumisión del hombre a las fuerzas impersonales del mercado la que en el pasado ha hecho posible el desarrollo de una civilización sin la cual no hubiera podido desarrollarse" (von Hayek). "Jamás una clase fue tan explotada de una manera tan cruel como lo son los estratos más débiles de la clase obrera por sus hermanos privilegiados, explotación hecha posible por la reglamentación de la concurrencia. Pocos slogans han hecho tanto mal como el de la estabilización de precios y salarios: asegurando los ingresos de unos, hacemos cada vez más precaria la situación de los otros" (Von Hayek). "Por los obstáculos que impone a la creación de empleo, una rígida reglamentación sobre la seguridad de éste, corre el riesgo de proteger a los asalariados a costa de los excluidos, los desempleados y los trabajadores del sector informal y del sector rural" (Banco Mundial). "Es muy probable que los primeros beneficiarios de la seguridad social, lo sean a costa del resto de trabajadores" (Banco Mundial)*"[384].

383 Arnaud Zacharie et Arica Toussaint, *Le Bateau Ivre de la Mondialisation*, CADTM et éditions Syllepse, Paris, 2000, page. 11.

384 Eric Toussaint, *La Bourse ou la Vie*, op.cit., page. 225-247.

El fundamentalismo del mercado y las posiciones neoliberales arreciaron en las últimas tres décadas del siglo pasado, lo que podría denominarse la revolución conservadora, a raíz de la llegada al poder de Pinochet en Chile, Reagan en Estados Unidos y la Thatcher en Gran Bretaña. Época en que sus principales ideólogos recibieron el premio nobel de economía (Friedrich von Hayek, Milton Friedman y Robert Lucas).

El éxito ha sido casi total y ahora que los fundamentalistas del mercado lograron convertir toda economía en economía de mercado, se aprestan a transformar toda sociedad en una sociedad de mercado, donde no solamente el comportamiento económico debe regirse por el lucro, sino todo tipo de comportamiento, incluyendo la democracia de mercado, propuesta últimamente por el neoliberalismo para sustituir la democracia de los partidos políticos.

Lo que se necesita, dicen los neoliberales y una parte de la llamada derecha postmoderna (exmarxistas o marxistas arrepentidos como les llama François Houtard), deslumbrada por el neoliberalismo, son candidatos notables salidos de la sociedad civil, evitándonos así caer en el "fanatismo de los partidos políticos, liberales o izquierdistas", como ellos suelen decir. Un antecedente de esta constatación puede encontrarse en los señalamientos que Oskar Lange enrostra a los subjetivistas al querer convertir el principio económico en el principio de toda acción humana.

Veamos a continuación dicho señalamiento a partir de declaraciones de algunos autores subjetivistas: *"La economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación. No intenta escoger cierto tipo de conductas, sino que fija su atención en un aspecto particular de ella, el impuesto por la influencia de la escasez. De esto se concluye, por consiguiente, que todo tipo de conducta humana cae dentro del campo de las generalizaciones económicas en la medida que presenta este aspecto. No decimos que la producción de patatas es una actividad económica y que no lo es la producción de filosofía. Más bien decimos que tiene un aspecto económico cualquier actividad en la medida que supone la renuncia a otras cosas (L. Robbins)"*[385].

Sobre el mismo aspecto, Oskar Lange cita a von Mises: "*De aquella economía política que sistematizara la escuela clásica, emerge la teoría general de la ac-*

385 Citado por Oskar Lange, *Economía Política*, op.cit., pág. 214.

ción humana, la praxeología (...) Todo estudio de los problemas económicos ha de partir de actos consistentes en escoger y preferir; la economía constituye una parte, si bien la más elaborada en la actualidad, de una ciencia más universal, la praxeología (...) La ciencia económica concebida praxeológicamente es el conocimiento a priori de las leyes de la actividad humana" (Ludwig von Mises)"[386].

Bajo el neoliberalismo, el mercado se ha convertido en un paradigma, un principio, una fe, una verdad, una norma y un precepto, una convicción de que el mercado no solamente tiene la capacidad para regularse a sí mismo y regular a la economía en su conjunto, sino también para regularnos a nosotros mismos y regular a la sociedad y a todas sus instituciones o valores que todavía no se han dejado regular por el mercado. Según el dicho popular, no hay mayor policía que el que llevamos metido en la cabeza y eso es lo que hacen los ideólogos de la globalización, meternos en la cabeza la idea fundamental de ver y no tocar el libre y autónomo funcionamiento del mercado a fin de que la vida misma pueda ser manoseada por los libre-mercaderes del mundo fetichizado del mercado.[387]

El planteamiento de que la riqueza nace en la demanda y el consumo y no en la oferta o en la producción, como piensan los subjetivistas, logró esconder y escamotear el fenómeno de la injusta distribución de la riqueza y de la explotación de unos por otros. El soslayamiento conceptual del monopolio de la propiedad no impidió que el capitalismo pudiera saquear la propiedad social de todo el orbe, las materias primas de nuestros países, las riquezas minerales, los bosques, el trabajo acumulado por toda la humanidad, en fin, la jarana del endeudamiento. La poca importancia que concedieron los marginalistas al trabajo en cuanto a la producción de la riqueza no fue un impedimento para que a través del trabajo servil, esclavo y asalariado de millones de hombres, mujeres y niños, los capitalistas amasaran la mayor de las fortunas jamás soñada. Al igual que el desprecio al trabajo servil de la mujer, que se conjuga bien con el beneficio que obtienen los machos en cuanto a las tareas del hogar, de la misma manera que no contabilizar las llamadas externalidades ecológicas y sociales de la economía se conjuga bien con las grandes ganancias que se obtienen con su inmisericorde explotación.

La liberalización del mercado se ensaña en privatizar la cosa o res-pública, es decir, todos los bienes, desde la banca y el comercio exterior, ahí donde no estén

386 Ibíd., pág. 215.

387 Ver el artículo de Gerald Berthoud, *Mercado*, en: *Diccionario del Desarrollo, una guía de conocimiento como poder*, editado por Wolfang Sachs, Pratec, Lima 1996.

privatizadas, las empresas armamentistas, las empresas estratégicas, hasta las carreteras, la salud, la educación, las aduanas, la industria fiscal, los soldados, las cárceles y los cementerios, en fin, todo menos una cosa, la bancarrota de las grandes corporaciones industriales y financieras, cuyas pérdidas y requerimientos de capital tendrán que ser subsidiados con los impuestos de los contribuyentes.

El cinismo de pregonar el libre mercado y de condenar el pecado de la intervención estatal para resolver problemas sociales, ha sido tan eficaz que ha logrado ser creído hasta por algunos movimientos otrora de izquierda, quienes sostienen que todos los problemas sociales son causados por quienes quieren resolver los problemas sociales a través de la intervención estatal a favor de los pobres, señalados como vagos o haraganes. A pesar de todo lo que ha pasado, el discurso liberal sigue enmascarando la explicación de los fenómenos y la verdad es que hasta hoy las políticas económicas de los gobiernos capitalistas siguen interviniendo el mercado en favor del capital. Una veces nacionalizando las empresas, en momentos de crisis, otras veces privatizándolas, en momentos en que las mismas prometen reactivar su rentabilidad. A través del discurso, los marginalistas neoliberales han podido venderle a la inmensa masa de la humanidad empobrecida el disparate de que la riqueza, una vez concentrada, tendrá que derramarse bendiciendo con gotas de miel a los pobres. Mientras más escaseen los bienes y mayor deseo tengan los consumidores, dicen los textos de mercadotecnia, mayor valor se alcanzará. En otras palabras, mientras más vacíos estuvieran los bolsillos, mayor esperanza de satisfacción y de placer alcanzarían sus necesidades y deseos; mientras más prohibido fuese el fruto, más deseado se volverá.

El eclecticismo a favor del sistema capitalista

Volviendo a la polémica, las crisis financieras han ablandado la reflexión hasta de los más fanáticos fundamentalistas del mercado. En las postrimerías del siglo XX los más fieles neoliberales comenzaron a ofrecerle una tabla de salvación a un sistema perturbado por la especulación, antes de dar su brazo a torcer y reconocer la naturaleza próspero-depresiva del sistema capitalista.

En la sala que ocupaba la sociedad de Mont Pelerin y en una de sus sesiones: *“no podemos correr el riesgo de desestabilizar la economía mundial bajo el pretexto de mantener las ganancias eventuales de los especuladores, (...) La organización actual de los mercado bursátiles (...) es fundamentalmente dañina para el*

conjunto de la economía; ella es eminentemente desestabilizadora; ella favorece una volatilidad excesiva de los mercados; ella se presta a todas las manipulaciones; ella es generadora de fraudes e inútilmente costosa. (...) Parece difícil calificar como inversionistas a los operadores cuya única motivación es la de especular con el comportamiento gregario del conjunto de los especuladores"[388].

En síntesis, podemos decir que en relación a la doctrina o práctica económicas, asistimos a una mescolanza de recetas que incluyen una dosis de keynesianismo o intervención del gobierno en favor del crecimiento y en contra de las crisis de recesión; mantenimiento de una actitud de libre mercado, recomendando a los gobiernos restricciones monetarias y fiscales para evitar la inflación y los riesgos de la devaluación de la moneda.

Frente al keynesianismo que plantea la intervención del gobierno a través de herramientas fiscales y emisiones de dinero, los monetaristas, con Friedman a la cabeza, más preocupados por la inflación que por el empleo y la producción, prefieren que sea la banca federal y no el gobierno quien intervenga con herramientas monetarias como la baja de las tasas de interés.

Como puede verse, ni el monetarismo ni el neoliberalismo apuestan totalmente al libre mercado, sino que combinan cierta intervención gubernamental, aconsejando desregular el resto de la economía, dejando que la oferta y la demanda sean los que se encarguen de regular, el empleo, el salario y las ganancias. Sin embargo, todo esto ha sido violentado por el capital especulativo, en manos de las grandes corporaciones financieras, producto de la fusión de los bancos y otras instituciones financieras con grandes conglomerados industriales. Las crisis financieras son producto de la creación de burbujas o incrementos ficticios del precio de algunos activos, como los bienes mobiliarios, incentivada o inflada por una hemorragia crediticia sin respaldo o solvencia económica por parte de intermediarios, corredores de bolsa o acreedores en general, los que al final de cierto tiempo entran en una insolvencia de pagos, llevando a las empresas y bancos a la quiebra o bancarrota. Ante lo cual, los gobiernos suelen salir al rescate empresarial y bancario, dizque para evitar el pánico, el retiro masivo de los cuentahabientes o el efecto dominó que se desencadenaría, arrastrando a sectores cada vez más amplios de la rama, la economía o a una buena parte del mundo financiero internacional. Al final, los contribuyentes en general pagan los

388 Citado por Arnaud Zacharie y Eric Toussaint, en : *Le Bateau Ivre de la Mondialisation*, op.cit. Page. 17.

platos rotos de semejante irresponsabilidad, desenmascarándose la farsa de la jerga monetarista y neoliberal.

A modo de corolario veamos lo que dice Joseph E. Stiglitz, premio nobel de economía en 2001 y jefe de los equipos fondomonetaristas y bancomundialistas, sobre la intervención de esos organismos como responsables del proceso de globalización: "*La globalización y la introducción de la economía de mercado no han producido los resultados prometidos en Rusia y la mayoría de las demás economías en transición desde el comunismo hacia el mercado. Occidente aseguró a esos países que el nuevo sistema económico les brindaría una prosperidad sin precedentes. En vez de ello, generó una pobreza sin precedentes; en muchos aspectos, para el grueso de la población, la economía de mercado se ha revelado incluso peor de lo que habían predicho sus dirigentes comunistas. El contraste en la transición rusa, manejada por las instituciones económicas internacionales, y la china, manejada por los propios chinos, no puede ser más acusado. En 1990 el PIB chino era el 60 por ciento del ruso, y a finales de la década la situación se había invertido.; Rusia registró un aumento inédito de la pobreza y China un descenso inédito*"[389].

Actualmente (2013-2015) existe una nueva polémica al interior de los economistas neoclásicos que gira alrededor del crecimiento y las desigualdades del capitalismo, puesta en agenda a partir de las críticas a los organismos financieros internacionales y sobre todo a partir de la publicación del libro del economista francés Thomas Piketty, cuyas tesis reseñamos y utilizamos en los capítulos anteriores.

Quizás debiéramos agregar que entre las coincidencias entre los marginalistas o neoclásicos y los marxistas, se destacan los últimos trabajos de Piketty sobre la relación entre el crecimiento y las desigualdades como tendencias del capitalismo. Piketty demuestra que el capital heredado es mayor que el capital formado en una generación, lo que acentúa las desigualdades entre los capitalistas y más aún entre los capitalistas y los trabajadores. Igualmente, y como señalamos en su momento, Piketty amonesta a los capitales y gobiernos por el problema de la desigualdad en términos no solamente de la reproducción ampliada del capital, sino sobre todo en términos de las conflagraciones bélicas que se han desarrollado y que seguirán produciéndose entre los capitalistas por la repartición desigual del capital, así como las revoluciones que se han generado y que seguirán generándose entre el capital y el trabajo, a causa igualmente de la desigual

389 Joseph E. Stiglitz, *El malestar en la globalización*, Taurus, Buenos Aires, 2010, pág. 33

distribución de la riqueza. Afirmaciones comunes en Marx y en los marxistas, no solamente como análisis, sino como apuesta para resolver tales contradicciones.

El neocolonialismo y el discurso sobre la desigualdad social

Mientras tanto, en el marco de las relaciones económicas internacionales, los países que dominan el mercado mundial siguen imponiendo precios de monopolio a las materias primas producidas por los países subordinados al mercado mundial. Precios que tienen como piso la miserable sobrevivencia de los trabajadores y como máximo los ingresos atesorados y disponibles para mejorar su bienestar por parte de los consumidores, tanto del centro como de la periferia. En otras palabras, e independientemente de la precisión o imprecisión de la teoría marxista acerca de la transformación de los valores en precios, como veremos en los próximos apartados de este libro, la verdad es que lo que está claro y en ello tendríamos que concentrar nuestra atención, es la evidencia de la explotación por parte de quienes tienen el monopolio del capital sobre las masas del mundo marginado.

Desde que el mercado capitalista se abre en el siglo XVI a través de las conquistas y colonizaciones de estos cinco siglos, su funcionamiento ha sido regulado en lo fundamental a sangre y fuego a favor de los intereses de las potencias colonialistas. El hecho de que el discurso de la auto-regulación haya acompañado aquella regulación constante es algo que pertenece al campo de la ideología y por lo tanto a la necesidad de aplacar y exorcizar las tentaciones del mundo ajeno para regularlo a su favor. El discurso de la mano invisible de la providencia, enarbolado por los misioneros que acompañaron a los conquistadores, sirvió para facilitar la subordinación de las víctimas de aquel entonces y sirve de cábula para imitar aquella gran hazaña.

Ahora la verdad se transfigura en ideología. Lo que es verdad para el trabajador, como es el sacrificio, no lo es para el capitalista que especula y derrocha lo que no le cuesta. Y lo que es verdad para la mayoría de las naciones, como es el desmantelamiento de las fronteras, no lo es para las naciones imperialistas, como es el mantenimiento del proteccionismo. Se pregonan hacia afuera recetas contrarias a las que se implementan hacia adentro, un discurso para las colonias y un discurso para las metrópolis.

Los Estados Unidos se presentan como el paraíso del libre mercado, pregonan el libre-cambismo y la desprotección nacional, pero mantienen un proteccionis-

mo absoluto a los precios y productores internos norteamericanos; rechazan la intervención de los Estados en los asuntos internos de otros Estados, pero son la nación que más intervenciones militares ha llevado a cabo en la historia de las naciones libres. Como podemos notar, la filosofía del *laissez faire* no es más que el pretexto ideológico para imponer su verdadera pretensión: ¡que nadie intervenga en el mercado, que nadie, que no sean ellos o quienes ellos permitan) intervenga en otra nación!

Mientras tanto las políticas económicas fondomonetaristas intervienen y regulan cotidianamente el quehacer nacional de nuestros países a través de los ajustes estructurales, mientras tanto las fuerzas norteamericanas intervienen permanentemente los países tercermundistas, con el pretexto de prohibir toda intervención del mercado y toda intervención militar.

Ahora que las empresas transnacionales se preparan para dar el salto final sobre las ilusiones feudales de las naciones periféricas de creer que pueden vivir en paz y autonomía, el discurso del libre mercado arrecia con mayor fuerza. La llamada globalización es en primer lugar una empresa política encabezada por las empresas transnacionales y sus aparatos políticos e ideológicos mundiales como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las Organización Mundial del Comercio (OMC), todas ellos disfrazadas de instituciones apolíticas, aconsejando en primer lugar que en asuntos económicos no tenemos que mezclar asuntos políticos o morales[390]. Todos estos organismos se presentan ante cualquier gobierno en nombre de la democracia, sin embargo, ninguno de los países donde intervienen ha emitido un solo voto para elegirlos.

Anteriormente, decíamos, que las políticas económicas del llamado estado de bienestar, representaron cierto freno a los exabruptos económicos del mercado capitalista; hoy la globalización nos conmina a subordinar toda discusión social al criterio económico. Las empresas transnacionales, únicas empresas que sobreviven a la competencia en el escenario mundial, controlan el cuerpo y la mente de prácticamente toda la población del planeta. Los muros arancelarios, administrativos y ecológicos están siendo derribados automáticamente por la mano invisible del mercado, sin embargo las instituciones del Estado-Nación-Planetario con sede

390 Existen voces que han llamado la atención sobre esta falsificación de la historia y de la ambigüedad del discurso y de los hechos. Basándose en las tesis de Polanyi, quien muestra la existencia de una voluntad política y por lo tanto intervencionista por parte del capitalismo, véase un reciente trabajo de John Gray: *Falso amanecer, los engaños del capitalismo global*, Paidós Editores, Barcelona 1998.

en Washington, han montado todo un programa de alfabetización por todos los rincones de la tierra para desmontar cualquier cultura de protección de las fronteras otrora nacionales. Las empresas transnacionales que ocupan los países de la periferia no tienen que pagar impuestos, utilizan el dinero de los bancos nacionales para sus propias inversiones, no están sometidas a las leyes contencioso-administrativas, gozan de inmunidad contra convenios colectivos sindicales, no tienen restricción sobre el medio ambiente del país huésped, gozan de impunidad monopólica frente al resto de la sociedad local que las observa impotentemente, tienen el visto bueno para desmantelar cualquier obstáculo físico, legal, moral, político, económico, cultural, religioso, étnico, sexual, etc., etc. Y todo esto se ha llevado a cabo a través de tratados comerciales impuestos políticamente a los países llamados en desarrollo, cuando en realidad, como decían los pensadores latinoamericanos de la dependencia, son países en vías seguras de subdesarrollo.

La lucha entre los sistemas fue sustituida por la lucha entre las civilizaciones; lo que se manifiesta como una ofensiva por parte del norte occidental contra el Oriente (medio y sureño). Cualquier gobierno desobediente al imperio está condenado a ser clasificado como terrorista, enemigo de la democracia y de los derechos humanos; la imagen del enemigo imperial se retrata con la imagen de un negro, un ruso, un chino, un latino, uniformado de terrorista y salvaje. La antigua guerra fría fue sustituida por una especie de guerra mundial de baja intensidad, donde gobiernos y pueblos son masacrados y exhibidos al estilo de las viejas películas del oeste norteamericano, donde los pistoleros-vaqueros-blancos aparecían como buenos, mientras los indefensos-indios-morenos aparecían como los malos; hoy es el turno de los musulmanes.

Lo que está claro es que cualquier imposición de carácter dictatorial por mucha correlación de fuerza bruta que se posea, necesita de la dictadura sobre las mentes y las emociones, si no hubiese sido así, difícilmente se hubiera impuesto la dictadura sobre los esclavos, sobre las mujeres, o sobre las naciones enteras. A partir de entonces la lucha contra esta nueva dictadura será la lucha contra el monopolio del pensamiento único, esbozado por las estrellas del pensamiento filosófico y del mandato económico norteamericano. *"Lo que yo sugería, que había llegado a su fin*, dice Fukuyama, *no era la sucesión de acontecimientos, incluso de grandes y graves acontecimientos, sino la "historia", es decir, la historia entendida -tomando en consideración la experiencia de todos los pueblos en todos los tiempos- como un proceso único, evolutivo, coherente"*[391].

391 Francis Fukuyama, *El Fin de la Historia y el Ultimo Hombre*, Editorial Planeta, México 1992, pág.12.

Seguidamente, continúa Fukuyama, citando a Kojéve, descontextualizadamente: "*La desaparición del hombre al final de la historia, por tanto, no es una catástrofe cósmica; el mundo natural sigue siendo lo que ha sido desde toda la eternidad. Y por consiguiente no es tampoco una catástrofe biológica: el hombre sigue vivo en armonía con la naturaleza o el Ser dado. Lo que desaparece es el hombre llamado propiamente así, es decir, la Acción negando lo dado, y el Error o, en general, el Sujeto opuesto al Objeto…".* Continúa Fukuyama: "*El fin de la historia significaría el fin de las guerras y de las sangrientas revoluciones. Al coincidir en sus objetivos, los hombres no tendrían grandes causas por las que luchar. Satisfarían sus necesidades mediante la actividad económica, pero ya no tendrían que arriesgar la vida en combate. En otras palabras, volverían a ser animales como lo eran antes del combate sangriento con que comenzó la historia. Un perro se siente satisfecho con dormir todo el día al sol con tal de que lo alimenten, porque no está insatisfecho con lo que es. No le preocupa que otros perros lo pasen mejor que él, o que su carrera como perro se haya estancado, o de que en distantes lugares del mundo se oprima a los perros*"[392].

De esto habría que inferir que los explotados del mundo corren al riesgo de satisfacerse y volverse perros haraganes una vez satisfechos. Si este es el fin de la historia, puesto que ya no se puede ni se debe inventar nada diferente a la democracia liberal o de mercado que favorece a los ricos y capitalistas, no le quedaría otra cosa a la mayoría de la humanidad que vivir como perros, satisfechos de vivir bajo la dictadura del mercado, tal como supone Fukuyama para el fin de la historia.

En relación a la disputa que nos ocupa entre marginalistas y marxistas, sabemos que la posición de los marginalistas o neoclásicos fue ampliamente divulgada y alcanzó su mayor éxito en cuanto al adoctrinamiento a partir del momento en que los textos marginalistas inundaron las universidades, llegando a confundirse economía con apología del capitalismo[393].

La polémica económica y sus esfuerzos científicos por dilucidar la realidad, ya sea bajo la abstracción analítica o bajo la abstracción matemática, a la luz de experiencias empíricas o de registros estadísticos, no se ha cerrado.

---

392 Ibídem, pág.415.

393 Los textos económicos más difundidos en el mundo universitario han sido los textos de Paul Samuelson (citado en párrafos anteriores), y últimamente los textos de macroeconomía de Rudiger Dornbusch y Stanley Fischer, Ediciones MacGraw-Hill, España 1993.

Todavía los textos liberales que circulan oficialmente por las universidades plantean que los mismos criterios en las dos escuelas se mantienen en cuanto a la pertinencia o no de la intervención de los gobiernos. Así, nos dicen Dornbusch y Fischer: "*Desde hace bastante tiempo, dice Fischer, existen dos tradiciones en economía. Una escuela de pensamiento cree que los mercados funcionan mejor si no se interviene en ellos; la otra cree que la intervención del gobierno puede mejorar notablemente el funcionamiento de la economía. En los años sesenta el debate respecto a estas cuestiones involucraba, de un lado, a los monetaristas, encabezados por Milton Friedman, y del otro a los keynesianos, entre ellos Franco Modigliani y James Tobin. En los años setenta del siglo pasado el debate sobre casi los mismos temas convirtió en protagonista a un nuevo grupo -los nuevos macroeconomistas clásicos*"[394].

El dato más curioso de esta nueva realidad y de esta discusión sobre el control del mercado en la época del capitalismo globalizado, es decir, del capitalismo sin censura política, moral, legal, nacional o internacional, es el grito plañidero de los capitalistas nacionales. Por un lado asistimos a una embestida sin precedentes por parte de las grandes empresas monopólicas globalizadas que no necesitan tanta teoría, sino pura publicidad y adoctrinamiento para orientar la producción, el consumo y los precios del mercado, y por otro lado aparece la propuesta trasnochada de un capitalismo de competencia al que apenas le ha quedado el derecho a quejarse, para lo cual comienza a tomar prestado del propio marxismo las críticas a los estragos del llamado mercado libre, aunque no se atrevan todavía a cuestionar el sistema que lo engendra.

¿Cómo deberíamos disponernos frente a esta crisis financiera, frente a este discurso y frente a estas acciones punitivas?

Por nuestra parte creemos que el marxismo tiene que regresar a sus orígenes y continuar enriqueciendo el análisis sobre la teoría de la explotación y de la desigual competencia entre capitales transnacionales, así como entre éstos y las burguesías nacionales, incluyendo los países capitalistas subordinados al mercado mundial. Si a comienzos del siglo XX el imperialismo fue definido como la etapa superior del capitalismo, ahora que llegamos al comienzo del siglo XXI, observamos que la globalización se ha convertido en la etapa superior del imperialismo. Antes se hablaba de la expansión del capitalismo del centro hacia la

394 Rudiger Dornbusch/Stanley Fischer, *Macroeconomía*, Mac-Hill/ Interamericana de España S.A., 1993, pág. 7.

periferia, así como de la repartición de los territorios por parte de los consorcios y naciones imperialistas; hoy debemos hablar de la globalización como la repartición de la plusvalía histórica y mundial, tanto la plusvalía previamente producida, como la plusvalía actual, mundialmente generada, avasallando estados, naciones, culturas, etnias, biodiversidades, razones morales o de otra índole que no sea la jungla del mercado y la ley del que tiene más dinero y habilidad para hacerlo funcionar como capital.

- En primer lugar, explicando el fracaso del mercado capitalista y la permanente perversidad del sistema.
- En segundo lugar, organizando a los contribuyentes para no dejarse estafar por gobiernos al servicio de los ladrones financieros, exigiendo que los banqueros paguen con su dinero las recurrentes crisis de especulación.
- En tercer lugar, presionando a los gobiernos del mundo, particularmente a los gobiernos y economías emergentes de los países del Sur, para que se insurreccionen contra la hegemonía del dólar y creen un frente monetario multipolar.
- En cuarto lugar, apoyando las políticas a favor de la nación, la producción, el comercio regional alternativo y el bienestar de las mayorías.
- En quinto lugar, organizando a los trabajadores, productores directos, cooperativas y federaciones para que se vayan haciendo cargo de la economía y del Estado.

Por muchas crisis financieras que existan, el capitalismo no se derrumbará por su propia cuenta, si no se sustituye por otro sistema de orientación socialista, liderado por gobiernos de orientación socialista.

En este escenario, la teoría de la explotación tendría que actualizar su diagnóstico y junto a la explicación o la estrategia montada alrededor de la relación obrero-patronal, como lugar de la explotación y de la apropiación de plusvalía, debe agregar el control o la dictadura del mercado, como mecanismo donde las grandes empresas se apropian de la plusvalía histórica y de la plusvalía producida mundialmente y repartida según las reglas de la especulación.

Lamentablemente, como señalamos anteriormente, la teoría de la explotación ha sido escamoteada ante tanta polémica. Incluso el concepto de plusvalía ahora

es utilizado para describir el aumento del valor de los bienes inmuebles en las ciudades; de esa manera la plusvalía aparece como el incremento del valor, sin la mediación del trabajo, por el simple correr del tiempo y de las cosas. Ni siquiera el concepto de excedente, base de cualquier pretensión de crecimiento, aparece en la ciencia económica, tal como lo señala un comentario de la revista Pasado y Presente a propósito del texto de Baran sobre el excedente: *"Por eso, la desaparición de la noción de 'excedente económico' de la obra de la mayor parte de economistas no marxistas que escribieron después de 1850-1870 es realmente sorprendente. Las razones de esta desaparición son numerosas. No es mi propósito examinarlas todas; solamente indicaré algunas. Tenemos, primero, las propias transformaciones económicas y sociales en los países donde vivían estos economistas. En esa época, estos países habían alcanzado la etapa de un capitalismo relativamente desarrollado. Luchar contra el despilfarro feudal del excedente no tenía ya interés, pues, prácticamente, el despilfarro ya no existía. Naturalmente, este capitalismo desarrollado, tenía sus propias formas de despilfarro del excedente, pero denunciarlas no tenía sentido para economistas que pensaban que este capitalismo era la mejor forma, o la más racional, de la organización social. Para ellos este despilfarro no era tal, no correspondía a un verdadero uso del excedente, pero constituía un costo socialmente necesario de la producción corriente. En estas condiciones, la magnitud económica al parecer más significativa para el crecimiento era la inversión y no el excedente. Esta manera de pensar tenía además otro origen. Los economistas de la segunda mitad del siglo XIX habían renunciado al enfoque macroeconómico. Su análisis se situaba a nivel de la empresa y del consumidor. A este nivel, la inversión no parece tener su origen en un excedente social, sino en una decisión de ahorro individual. Así, el respeto del orden social existente y la atmósfera individualista de este orden social han contribuido a la desaparición de la noción de 'excedente' de las obras de los economistas que han vivido en este respeto y en esta atmósfera. La noción de excedente económico, desde entonces, ha sido parcialmente remplazada por las nociones de inversión y de ahorro. Desgraciadamente estas nociones no son tan ricas. No permiten esclarecer de manera satisfactoria el origen social del ahorro y de la inversión. No permiten sacar a la luz los vínculos existentes entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, por una parte, y la amplitud y las formas de uso del fondo de inversión, por otra parte"*[395].

395 Revista Pasado y Presente, El concepto de excedente económico, en: *Excedente Económico e Irracionalidad Capitalista*, Paul A. Baran, op.cit, págs. 73-74.

En todo caso, la vieja polémica entre marxistas y marginalistas, discurre ahora entre quienes pregonan una economía abierta, aunque mediada por sus correspondientes tratados comerciales, tutelados por los organismos financieros internacionales, por un lado, y los que se adhieren a un socialismo de mercado, por otro. De ello queda claro que tanto la polémica como la guerra económico-comercial, incluso político-militar, transita por el sistema nervioso del mercado, es decir está planteada en el campo de batalla del mercado. Mercado de bienes y servicios agrícolas e industriales, mercado del crédito a través de los bancos y de la bolsa de valores, mercado de capitales, mercado de las viejas y nuevas materias primas, mercado armamentista, mercado alimentario, mercado tecnológico o alrededor de las nuevas tecnologías desde la informática hasta la genética, mercado publicitario o de medios de comunicación, mercado académico donde la ciencia económica se subordina a la ideología del éxito.

A pesar de todo lo dicho, últimamente ha despuntado un discurso que fustiga el empobrecimiento y la desigualdad social. Son cada vez más frecuentes las alusiones a este tema por parte de los organismos económicos internacionales, los ONGs, las Agencias de Cooperación, analistas internacionales de todas las corrientes posibles, pensadores económicos e intelectuales, multimillonarios, líderes políticos y sociales, hasta el Papa Francisco. Quizás el mejor trabajo hasta la fecha sea el libro previamente citado de Piketty, así como los comentarios por parte de reconocidos premios nobel de economía en contra de la desigualdad social, ya sea pregonada para salvar al capitalismo o como una opinión ética sin ninguna influencia sobre el sistema-mundo[396].

Por supuesto que también se escuchan las voces de miles de movimientos sociales que por todo el mundo denuncian las desigualdades sociales del capitalismo y al propio capitalismo.

396 Al respecto pueden consultarse las opiniones de algunos premios nobel de economía como George A. Akerlof, Paul Krugman, Robert Solow, Michael Spence, Josepf E. Stiglitz, en la revista del FMI, Finanza y Desarrollo, septiembre de 2014, vol. 51, No 3. USA, 2014.

Capítulo VIII

(Apéndice 2)

LA DISCUSIÓN SOBRE LEY DEL VALOR Y EL INTERCAMBIO EQUIVALENTE

La polémica económica y política alrededor de la ley del valor ha tenido un agitado recorrido.

Si omitimos la crítica de los economistas clásicos y representantes de la burguesía industrial al mercantilismo y la fisiocracia, Marx tuvo la primera discusión sobre la ley del valor, tal cual funciona en el mercado capitalista, contra los clásicos de la economía política inglesa, polémica que puede revisarse en diferentes trabajos (*Manuscritos de Economía y Filosofía de 1844, Miseria de la Filosofía, Trabajo Asalariado y Capital, Contribución a la Crítica de la Economía Política* -especialmente los tres tomos dedicados a *La Teoría sobre la Plusvalía- y El Capital)*.

Primeramente resumiremos los conceptos básicos involucrados en la polémica; posteriormente, pasaremos a la discusión llevada a cabo al interior del marxismo, particularmente sobre el intercambio de valores equivalentes.

Lo sustantivo de esa primera polémica es el desenmascaramiento de la explotación capitalista que desarrolla Marx, a partir de la ley del valor (regulación automática del intercambio, la producción y la reproducción de un sistema mercantil-capitalista de acuerdo al valor-trabajo), análisis que incluye el concepto de plusvalía (diferencia entre la suma pagada a la fuerza de trabajo y el precio final de lo producido menos los otros costos de producción).

Para Marx, la explotación está condicionada por la subordinación orgánica, en el proceso inmediato de producción, de los asalariados al capitalista, en donde éste compra fuerza de trabajo a precio de sobrevivencia y vende a precio de producción o de mercado, quedándose con los excedentes (plustrabajo, plusvalor o plusvalía). Según Marx, existe una plusvalía absoluta, que aumenta cuando aumenta la jornada de trabajo, y una plusvalía relativa, que aumenta cuando disminuye el tiempo de trabajo necesario para reproducir al trabajador y en consecuencia aumenta el plusvalor o sobretrabajo.

Una segunda polémica, también expuesta en el capítulo anterior, es la confrontación entre la teoría marxista y las corrientes marginalistas, polémica que perdura hasta hoy. Como señalamos anteriormente, los marginalistas (teoría de la utilidad marginal) trasladaron la agenda de la oferta y los costos hacia la demanda y los deseos subjetivos del consumidor, como referentes del valor de cambio, dejando afuera toda relación entre la producción o el proceso inmediato de producción y la distribución de los excedentes según las diferentes clases sociales existentes en el mercado. A pesar de los acercamientos analizados, esa discusión se repite cíclicamente, aunque bajo otros nombres y otros argumentos.[397]

En este capítulo expondremos una tercera polémica, dentro del marxismo, referida al intercambio de valores equivalentes en una economía mercantil. Para unos existe intercambio de equivalentes, pero solamente en la economía mercantil simple, pre-capitalista o no capitalista, mientras que para otros existe tal intercambio tanto en las economías mercantiles no capitalistas como en las mercantiles capitalistas; para unos la ley del valor es inherente al capitalismo y debe cesar en las economías socialistas, para otros la ley del valor es necesaria para calcular la producción y racionalizar la distribución, por lo tanto se tendrá que convivir con ella en el socialismo.

La teoría del valor-trabajo y la ley del valor o ley que regula los precios, la producción, el intercambio y la acumulación en la sociedad capitalista, se convirtió en el sustento teórico-político de la lucha de clases a favor de la clase obrera y cimiento de la construcción del socialismo. En manos de Marx y del marxismo aquella teoría ha realizado grandes esfuerzos por la descodificación del funcionamiento concentrador y excluyente del mercado capitalista, tanto a nivel de la fábrica o unidad económica, como de la nación e incluso del mercado mundial.

La polémica sobre el intercambio desigual o negación del intercambio de valores equivalentes, apareció por primera vez a principios del siglo XIX, en tiempos de Marx, desde posiciones radicales de la economía clásica. La misma polémica, resurgió en la segunda mitad del siglo recién pasado, particularmente retomada por los pensadores de la regulación, así como por quienes plantearon lo que se conoció como el intercambio desigual en el comercio internacional, y por quienes reivindican el concepto de economía equivalente, expuesta por el pensador alemán Arno Peters, a propósito de la polémica entre el intercambio de valores equivalentes o no equivalentes.

397 Para los interesados desde el punto de vista marxista en esta discusión, pueden consultar: Maurice Dobb, *Economía Política y Capitalismo*, obra citada previamente.

En esta parte del presente libro nos disponemos a revisar resumidamente la polémica sobre la ley del valor, la economía equivalente y la teoría de la explotación capitalista a la luz de nuevas realidades y nuevos planteamientos, revisión que hacemos desde la realidad de los países periféricos o países subordinados al mercado mundial. No se trata de buscar una síntesis entre la práctica del laissez faire y la práctica de la planificación, sino de revisar la estrategia anterior de aquellos esfuerzos que a partir de la teoría marxista sobre la ley del valor intentaron sofocar los mayores estragos generados por el mercado capitalista.

Ahora bien, tomando en cuenta que cualquier estrategia pasa por una convocatoria suficientemente reflexionada, convincente y con altas dosis de posibilidades prácticas, se hace necesario retomar los viejos debates sobre el tema, actualizarnos y contribuir a lo que ha sido la temática y la preocupación alrededor de la emancipación social. No rechazamos la importancia que tienen las banderas sociales en cualquier proyecto emancipatorio, sobre todo después del fuerte reduccionismo acaecido con la impronta económica de los procesos socialistas. Sin embargo, e independientemente de la ofensiva ideológica y fundamentalista del mercado capitalista mundial, creemos que el socialismo tiene mucho que hacer para mejorar su alternativa a la regulación capitalista impuesta por la globalización neoliberal de la economía.

Tradicionalmente, la contradicción entre el capital y el trabajo se limitaba a la lucha en el proceso de producción en un país. Lo que ahora proponemos es estudiar la ley del valor como una lucha entre el capital y el trabajo, pero incorporando la lucha entre el centro y la periferia del sistema capitalista. Dicho de otra manera, la explotación emprendida desde el imperialismo hacia las regiones neocolonizadas del Tercer Mundo. Asimismo, nos interesa estudiar la explotación que se lleva a cabo en el mercado, fuera de la fábrica, como una relación de explotación comercial entre el capital y lo que en los análisis concretos de los capítulos anteriores llamamos proletariado por cuenta propia.

De tal manera que no nos parece ocioso retomar la lucha ideológica, a partir de las armas conceptuales de la economía, aproximación que haremos a partir de la principal tesis que someteremos a consideración en este capítulo. Nos referimos al funcionamiento de la economía mundial a través del intercambio de bienes y servicios, intercambio acelerado recientemente por el desbocamiento de las anteriores censuras que el capital comercial, bancario y especulativo, realiza a través de los organismos internacionales y de la tecnología computarizada y digitalizada.

Primeramente expondremos un breve recorrido sobre el desarrollo de las categorías que giran alrededor del valor-trabajo en particular y de la ley del valor en general. Enseguida exponemos el debate entre la ley del valor y la economía equivalente. Y finalmente sometemos a discusión nuestra propia consideración alrededor del comportamiento de la ley del valor, el intercambio de equivalentes, la redistribución de la plusvalía histórica y la existencia de lo que llamamos la remuneración diferenciada.

Para muchos esta exposición estará llena de sitios comunes, disponibles en cualquier manual de economía, pero la presentamos pensando que puede facilitar la comprensión global que queremos provocar, sobre todo en lectores poco relacionados con la economía política.

1. La ley del valor

Las precisiones de Marx sobre la plusvalía (diferencia entre el trabajo generado y el trabajo remunerado de la fuerza de trabajo) encontraron sustentación y referencia histórica en los trabajos de otros economistas como Thomson, Hodgkins y Jones, entre otros, a propósito de la plusvalía. La concepción de la plusvalía en Marx es desarrollada en las distintas secciones de sus principales obras económicas como *Grundrisse, El Capital y Teoría sobre la Plusvalía*. Quizás la aclaración más importante aportada por Marx en lo que respecta a la transferencia de valor, es decir, al traslado de excedentes o de plustrabajo o de plusvalor o de plusvalía de unas manos a otras, sea la diferencia entre el costo de producción y lo que Marx llama el precio de producción (sobre el que fluctúa el precio comercial o de mercado), en cuya confusión se basaba y se basa el ocultamiento de aquella transferencia. En otras palabras, el análisis de la conversión del valor en precio y de la plusvalía en ganancia.

El precio de producción (o precio de mercado) de las mercancías es la suma del costo de producción de una determinada mercancía más la ganancia media obtenida de todo el capital invertido. El pensamiento burgués equipara el valor de una mercancía con lo que paga en inversiones y salarios para producirlo, de tal manera que en dicha operación no aparece el sobrevalor o valor agregado por los trabajadores, y la ganancia aparece como remuneración natural por el capital invertido. Al momento de intercambiar o vender el producto generado, la ganancia o el excedente obtenido no puede proceder de otro lado más que del proceso inmediato de producción, donde lo que se introdujo tiene que salir aumentado. En el proceso inmediato de producción, lo que se paga es solamente el precio o costo

por la sobrevivencia del trabajador y el precio o costo para reponer la inversión en insumos o capital depreciado en la producción; para que haya ganancia, la misma tendría que salir de algún lado, es decir, de algún trabajo o valor no remunerado.

Este tratamiento del precio de producción o de realización permite desenmascarar e inferir la categoría y realidad de la renta, el beneficio y el interés, entendiéndolas como desdoblamiento o repartición de la plusvalía y no como componentes que la preceden o partes independientes que la conforman. En otras palabras y como lo dice Marx: *"La renta del suelo, el interés y la ganancia industrial no son más que otros tantos nombres diversos para expresar las diversas partes de la plusvalía de la mercancía o del trabajo no retribuido que en ella se materializa, y brotan todas por igual de esta fuente y solo de ella. No provienen del suelo como tal, ni del capital de por sí; mas el suelo y el capital permiten a sus poseedores obtener su parte correspondiente en la plusvalía que el empresario capitalista estruja al obrero*";[398] quedando así aclarada la distinción entre valor del producto y costo de producción del mismo. Nosotros por nuestra parte, damos por evidentemente sentado, en favor de la teoría del valor-trabajo, tal como lo dice Marx, que "*hasta un niño sabe que cualquier nación moriría de hambre, y no digo en un año, sino en unas semanas, si dejara de trabajar*".[399]

La ley del valor y la explotación directa de la fuerza de trabajo

La ley del valor o forma de funcionamiento del mercado capitalista se base en la teoría del valor-trabajo, tal como la expusimos en el capítulo anterior. Recordemos que por valor se entiende el trabajo materializado o consagrado a producir mercancías para ser realizadas en el mercado. La teoría del valor-trabajo incluiría la magnitud del valor (la proporcionalidad en el intercambio), la forma valor (las relaciones sociales de producción) y la sustancia del valor (contenido). Es así que el concepto y la realidad del valor se utiliza: "*1) como regulador de la distribución cuantitativa del trabajo social; 2) como expresión de las relaciones sociales de producción engendradas, gracias al estudio de la forma valor adquirida por el trabajo en una economía mercantil simple o mercantil-capitalista; 3) como expresión del trabajo social, abstracto, gracias al estudio de la sustancia o contenido del valor*".[400]

398 Carlos Marx, *Salario, Precio y Ganancia*, en: Marx Engels, Obras Escogidas, op.cit., p.412.
399 Carlos Marx, *Carta a L. Kugelmann*, en: Marx Engels, Obras Escogidas, t.II, op.cit., p.463.
400 Véase al respecto: Isaac Illich Rubin, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, Cuadernos de Pasado y Presente, México 1979, p.127.

La teoría del valor-trabajo sirve de base para entender que las sociedades mercantiles están reguladas por lo que se conoce como la ley del valor, es decir, una fuerza independiente de nuestra voluntad, invisible, abstracta e inherente a las relaciones mercantiles, y por lo tanto necesaria y permanente mientras exista el mercado y la necesidad de calcular los flujos mercantiles.

¿Quiere esto decir, que la ley del valor equivale a la mano invisible proclamada por Adam Smith? Como hemos señalado anteriormente, la concepción sobre la mano invisible en el seno del pensamiento clásico, parte de la afirmación o creencia de que la búsqueda del lucro personal nos lleva al bienestar social, mientras que la concepción marxista sobre la regulación del mercado a través del intercambio de valores equivalentes, medidos por el trabajo socialmente necesario materializado en las mercancías, genera explotación y miseria, crisis periódicas de sobreproducción y depresiones caóticas. Asimismo, existe una gran diferencia entre la economía liberal que plantea la autorregulación del mercado como una realidad inexorable, y la posición marxista que plantea que la regulación del mercado por la ley del valor obedece a condiciones históricas que pueden ser revertidas por medio de la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, a través de un proceso planteado y denominado por nosotros de desmercantilización de la economía.

Según la ley del valor, el intercambio de mercancías se hace de acuerdo al valor incorporado en cada una de ellas, es decir, según la cantidad de trabajo socialmente necesario requerido para su producción. En otras palabras, según la cantidad de horas o días de trabajo abstracto (equivalente en tiempo) encarnados o materializados en un bien producido. Además y según la misma ley del valor, el intercambio de valores equivalentes, decide y regula a su vez la producción y la reproducción del sistema mercantil, decidiendo cuánto se produce, cómo se produce y para quién se produce. Mientras el valor de uso de una mercancía decide qué se produce, de acuerdo a la demanda sancionada socialmente, el valor de cambio define los costos o la cantidad de trabajo incorporado que porta aquella mercancía, y la capacidad de compra decidirá o debería decidir, cuánto habrá que producir, de acuerdo al ingreso de los demandantes; si no es así, nos arriesgamos a producir más o menos de lo que el mercado puede realizar.

Parafraseando a Sweezy, diríamos: *"Lo que Marx llamaba la ley del valor resume las fuerzas actuantes en una sociedad productora de mercancías, que regula, a) las proporciones del cambio de mercancías, b) la cantidad producida de cada una, y c) la asignación de la fuerza de trabajo a las diferentes ramas de la produc-*

ción. La condición básica para la existencia de una ley del valor, es una sociedad de productores privados que satisfaga sus necesidades por el intercambio entre ellos. Las fuerzas actuantes incluyen, por una parte, la productividad del trabajo en las diferentes ramas de la producción y la norma de las necesidades sociales modificada por la distribución del ingreso y, por otra, las fuerzas equilibradoras de la oferta y la demanda concurrentes en el mercado. Para emplear una expresión moderna, la ley del valor es esencialmente una teoría del equilibrio general desarrollada en primer término con referencia a la producción simple de mercancías y adaptada después al capitalismo. Esto implica que una de las principales funciones de la ley del valor sea la de aclarar que en una sociedad productora de mercancías, a pesar de que las decisiones no se toman de un modo centralizado y coordinado, existe el orden y no simplemente el caos. Nadie decide cómo se debe asignar el esfuerzo productivo, o cuánto se debe producir de las diversas clases de mercancías; sin embargo, el problema se resuelve, y no en una forma puramente arbitraria. La función de la ley del valor consiste en explicar cómo sucede esto y cuál es el resultado".[401]

En otro orden, ¿significa, por parte del marxismo, el reconocimiento del mercado o lo que es lo mismo, la aceptación de la oferta y la demanda como reguladora del valor? Si es así, ¿cuál es la diferencia entre la fijación de los precios según la propuesta liberal de la oferta y la demanda, respecto a la fijación de los precios según la ley del valor?

Para Marx, la oferta y la demanda solo es un indicador que gira alrededor del valor, pero no la regla que decide tal magnitud. El objetivo o razón de ser del intercambio mercantil es el lucro o la ganancia expresada como plustrabajo y su límite es la demanda solvente en el mercado. En otras palabras producir no es el problema, siempre que exista capital y trabajo, sino colocar o realizar las mercancías producidas. Decir que los precios dependen de la demanda es igual a decir que la demanda depende de los precios, aunque no negamos la interdependencia relativa que existe entre ambos. Efectivamente, si la demanda de petróleo aumenta debido a la escasez del mismo, su precio tiende a aumentar, hasta que los capitales migren y acudan a aumentar la oferta y así encontrar el equilibrio. De igual manera, si los precios bajan por exceso de producción, la demanda tiende a aumentar, hasta que los capitales emigren en busca de energías alternativas y el equilibrio se restablezca. En todo caso, cuando decimos que el valor gira alre-

401 Paul Sweezy, Teoría del Desarrollo Capitalista, Op.cit. págs.64-65.

dedor del trabajo socialmente necesario, queremos decir que es la economía o la sociedad quienes estarán decidiendo qué producir y cuánto producir.

Dicho de otra manera, según la ley del valor, cuando la demanda de una mercancía sobrepasa la oferta, su precio tiende a elevarse por encima de su valor; en ese momento el trabajo se desplaza y se da a la tarea de producir dicha mercancía, hasta que el equilibrio oferta/demanda se restablece y la mercancía se vende a su valor o mejor dicho a su precio de mercado.[402] En suma, para el marxismo, el precio sube y baja de acuerdo a la oferta y la demanda, pero oscilando alrededor del valor. Si la oferta es abundante es porque hay un gasto social de trabajo requerido y ofrecido y viceversa; de igual manera, si la demanda (efectiva o solvente)[403] es abundante es porque existe una capacidad de compra generada por la producción y que se encuentra en manos de los trabajadores, de los capitalistas o de otras clases. Al respecto nos aclara Marx: "*Es precisamente el cambio operado en el cost of production y por lo tanto también en el valor, lo que determina la variación de la demanda y, por consiguiente, la proporción entre ésta y la oferta, y que esta variación en cuanto a la demanda provoca una variación en cuanto a la oferta, lo que probaría exactamente lo contrario de lo que nuestro pensador se propone demostrar; probaría, en efecto, que la variación del costo de producción no se halla regulada en modo alguno por la proporción entre la oferta y la demanda, sino que es ella, por el contrario, la que regula esta proporción*".[404]

El valor, expresado como precio de producción o de mercado sería algo así como el nivel natural del mar, mientras que el vaivén de las olas sería como la oferta y la demanda, fluctuantes pero alrededor de un nivel determinado por otras razones que el viento o la marea; si es valedero en condiciones normales, lo es mucho más durante las tempestades generadas por las crisis financieras.

402 Georges Lavi y Gerard Bensussan, *Dictionnaire Critique du Marxisme*, Presses Universitaires de France, Paris 1982, p.1196.

403 La demanda efectiva es un concepto introducido por Kalecki, a propósito de la distribución de la renta, como nos lo demuestra la señora Robinson: "*La contribución más importante de Michal Kalecki a la teoría económica fue el descubrimiento del principio de la demanda efectiva, en el marco de la gran depresión de los años treinta, y de la posibilidad de remediar el desempleo, en una economía industrial, por medio del gasto público. La publicación de la Teoría General del Empleo, el Interés y el Dinero de Keynes, en 1936, le restó popularidad, y la nueva interpretación de la teoría económica, que Kalecki había descubierto independientemente, se conoció desde entonces como revolución keynesiana".* Joan Robinson*, Introducción al libro de Michal Kalecki, Ensayo sobre las economías en vías de desarrollo,* Editorial Crítica, Barcelona 1980, p.7.

404 Carlos Marx, *El Capital*, tomo 3, op.cit., pág.213.

No estamos negando la existencia del mercado o la oferta y demanda de bienes y servicios, tampoco negamos que los precios suban y bajen en relación con la demanda efectiva y con la oferta disponible, lo que negamos es que la utilidad y el deseo sobre los bienes y servicios sean suficientes para generar riqueza individual o social, sin la participación del trabajo. Si así fuera no habría más que desear cosas útiles y esperar que el genio de Aladino, encarnado en el capitalismo, multiplique los panes y nos colme de riqueza y bienestar, sin trabajar un solo día. Y lo que decimos de la escasez vale también para el capital (o la tecnología), entendido éste a la usanza liberal (stock de mercancías utilizadas como medios de producción: materia prima, herramienta o fábrica), es decir, que aceptamos que el capital pueda ser un factor de producción, pero no aceptamos que tenga capacidad para reproducirse por sí solo, mucho menos para multiplicar la propia riqueza que lo constituye. De lo contrario, hace mucho tiempo que la humanidad hubiera dejado de trabajar. Para Smith, Ricardo y Marx, el capital es trabajo acumulado (trabajo pretérito, trabajo muerto, trabajo encarnado) que puede heredarse, transferirse, concentrarse, pero no puede sobrevivir si no es alimentado por la energía física y mental de la fuerza humana.

Ahora bien, dado que el plusvalor no lo consume totalmente ni el capitalista ni mucho menos el obrero, sino que el mismo se dedica a reinvertirse incesantemente, pues el destino del capital, condicionado por la competencia, es seguir reinvirtiendo y por lo tanto seguir explotando o produciendo plusvalía, llega un momento en que todo el sistema se congestiona por sus limitaciones para vender las mercancías en un mundo donde en cada ciclo aumentan las ganancias al mismo ritmo que el empobrecimiento de personas y naciones. Como lo señalamos anteriormente, llegará un momento en que el capital acumulado por la humanidad, es decir, el trabajo muerto, expresado principalmente como capital fijo o como conocimiento, será preponderantemente mayor que el trabajo vivo, cuando el maquinismo o la robotización hagan el trabajo-fatiga por nosotros, exigiéndonos apenas un trabajo intelectual de vigilancia y control; momento en el cual la ley del valor, basada en la teoría del valor-trabajo dejará de funcionar.

Uno de los factores que han favorecido la credibilidad de la teoría marginalista y de la pretendida imprescindibilidad del mercado es la existencia en toda economía de productores-vendedores por un lado y consumidores-compradores por otro o, lo que es lo mismo, ofertantes y demandantes; así como la existencia de fenómenos tales como la escasez y la abundancia. Frecuentemente escuchamos a empresarios o líderes de diferentes países, capitalistas o socialistas, decir que

estamos buscando mercados, queriendo decir que buscan compradores solventes. Y claro está que siempre existirán, como siempre han existido, productores y consumidores, aunque no siempre la relación o transacción entre los mismos tienen que estar mediadas por las reglas del mercado capitalista. Otro fenómeno que no tiene porqué existir es la coexistencia de abundancia y escasez, cosa que en el mercado capitalista es correlativa, como la coexistencia de riqueza y pobreza, productos de la relación entre explotadores y explotados.

Sintetizando, podemos concluir que no se debe confundir valor con costo de producción de una mercancía, salvo en lo que respecta a la fuerza de trabajo. Efectivamente, ya habíamos visto que los economistas clásicos, sin incluir a Marx, habían confundido el valor de las mercancías (capital constante, más capital variable, más plusvalor) con el costo de producción de las mismas (capital constante más capital variable o salario), precisamente para esconder el plusvalor arrebatado al obrero. Al respecto, Marx reitera: *"Al igual que cualquier otra mercancía, el valor de la fuerza de trabajo se determina por la cantidad de trabajo necesaria para su producción, por el valor de los artículos de primera necesidad imprescindibles para producir, desarrollar, mantener y perpetuar la fuerza de trabajo*".[405] Hoy diríamos que en el mercado de compra-venta de la mercancía fuerza de trabajo la misma equivale a lo que cuesta la canasta básica en los diferentes países o incluso en las diferentes regiones de un mismo país, como puede ser el caso de lo que cuesta la canasta básica en la ciudad y lo que cuesta en el campo.

En otro pasaje del texto, *Salario, Precio y Ganancia*, Marx afirma que "*el valor de la fuerza de trabajo se determina por la cantidad de trabajo necesario para su conservación o reproducción".*[406] Lo que implicaría que el salario tendría que incluir no solamente lo que necesita el obrero para mantenerse, sino también para reproducirse, cosa que por supuesto no alcanza en la mayoría de los salarios. Esta sería la base de la explicación objetiva o económica de la explotación.

Sin embargo, existe además una explicación de carácter subjetivo o política del costo o precio del salario. Tampoco Marx obvió ese otro componente que incide en la composición del valor, más allá de su valor cuantitativo o de su costo de sobrevivencia, explicado por el factor subjetivo o político, el cual depende de la

405 Carlos Marx, *Salario, Precio y Ganancia*, en Marx Engels, Obras Escogidas, op.cit., págs., 406-407.

406 Carlos Marx, *Salario, Precio y Ganancia*, en Marx Engels, Obras Escogidas, op.cit. p.408.

correlación de fuerzas entre el capitalista y la clase obrera. "*Hay ciertos rasgos peculiares, nos dice Marx, que distinguen el valor de la fuerza de trabajo o el valor del trabajo de los valores de todas las mercancías. El valor de la fuerza de trabajo está formado por dos elementos, uno de los cuales es puramente físico, mientras que el otro tiene un carácter histórico o social. Su límite mínimo está determinado por el elemento físico; es decir, que para poder mantenerse y reproducirse, para poder perpetuar su existencia física, la clase obrera tiene que obtener los artículos de primera necesidad absolutamente indispensables para vivir y multiplicarse; el valor de estos medios de sustento indispensables, constituyen el límite mínimo del valor del trabajo. Además de este elemento puramente físico, en la determinación del valor del trabajo entra el nivel de vida tradicional en cada país. No se trata solamente de la vida física, sino de la satisfacción de ciertas necesidades, que brotan de las condiciones sociales en que viven y se educan los hombres. Por tanto, el máximo de ganancia se halla limitado por el mínimo físico del salario y por el máximo físico de la jornada de trabajo. Es evidente que, entre los dos límites extremos de esta cuota de ganancia máxima, cabe una escala inmensa de variantes. La determinación de su grado efectivo se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico y prolongar la jornada de trabajo hasta su máximo físico, mientras que el obrero presiona constantemente en el sentido contrario. El problema se reduce, por tanto, al problema de las fuerzas respectivas de los contendientes"*.[407]

Ahora bien, hay momentos en que el valor o costo de compra de la fuerza de trabajo, ni siquiera equivale al costo de la canasta básica, debido en parte a una correlación de fuerzas desfavorable para los trabajadores, donde el salario ni siquiera correspondería al valor de la misma (costo de la fuerza de trabajo) y no habría equivalencia, pues se estaría comprando una mercancía por debajo de su costo de producción; en cuyo caso, la explotación no estaría dada solamente por la diferencia entre el salario pagado y el valor de venta de la mercancía, deducido los otros costos, sino que la diferencia estaría dada por una cantidad mucho mayor del plusvalor, al haber disminuido el precio del trabajo necesario. La medición debería incluir tres componentes en el costo o valor de la fuerza de trabajo, a saber: a) el tiempo de trabajo que se necesitó para producir la fuerza de trabajo adulta y lista para trabajar (valor pretérito), b) el tiempo de trabajo que se necesita para la manutención del trabajador (valor presente), y c) el tiempo

407 Carlos Marx, *Salario, Precio y Ganancia*, en Marx Engels, Obras Escogidas, op.cit., págs. 423-424.

de trabajo necesario para la reproducción de los trabajadores (valor futuro). Esta afirmación aparecería más clara si hablásemos de un esclavo o de un animal. El costo de un esclavo o de un buey, por ejemplo, incluye lo que costó producirlo o criarlo, lo que cuesta mantenerlo y lo que cuesta reproducirlo. En el caso de la fuerza de trabajo asalariada o del alquiler de la misma, dado el régimen de relación laboral existente, el contratista, o la clase capitalista en su conjunto, no paga el precio-costo-valor para producirla, sino solo un salario para mantenerla mientras trabaja, lo que muchas veces no alcanza para reproducir a la prole; el resto lo pagó su familia o lo paga la sociedad en su conjunto. Como ya sabemos, a raíz de las discusiones sobre la explotación de la mujer en el hogar, el valor que no paga el capitalista para reproducir la fuerza de trabajo lo suple la mujer o la familia de los trabajadores a través de fuerza de trabajo no remunerada, lo que permite a la clase capitalista consumir productivamente un bien sin haberlo producido, pagando apenas por su mantenimiento; dicho sea de paso, también sabemos que el salario no sería suficiente para la manutención del trabajador, si no fuera por el trabajo adicional y no remunerado de la mujer en aras de mantener a su familia entera, como señalamos anteriormente.

En este último caso, en vez de hablar de explotación de la fuerza de trabajo deberíamos hablar de sobre-explotación de la misma, pues ésta se estaría comprando por debajo de su costo de producción.

La ley del valor y la explotación indirecta de la fuerza de trabajo

La contradicción que existe entre la ley del valor aplicada a la relación mercantil en general (equivalencia) y la misma ley aplicada a la relación mercantil entre la fuerza de trabajo y el capital (inequivalencia), se manifiesta tanto en relación a la fuerza de trabajo asalariada (explotación directa), como a la fuerza de trabajo por cuenta propia (explotación indirecta). La primera forma corresponde a la forma directa que tiene para operar el capital industrial, y donde el capitalista interviene directamente en la gestión de la producción. La segunda es la típica de operar del capital comercial y del capital de crédito, forma que últimamente se está generalizando en el mundo.

En el presente apartado nos concentraremos en la explotación indirecta, que corresponde a la forma local en que opera el capital comercial o usurario, en donde los trabajadores por cuenta propia, o productores-trabajadores, gestionan directamente la producción, limitándose el capitalista a comprarles la mercancía y a través de ella apropiarse de su trabajo; aquí los comerciantes o usureros, al igual

que los capitalistas industriales, compran el producto, pagando indirectamente el costo de la jornada de trabajo al precio de subsistencia; situación que indica que mientras más bajo sea este precio, mayor será la ganancia, puesto que en última instancia, léase en el mercado final, la mercancía habrá alcanzado su valor total o precio de mercado (costo de producción mas ganancia media).

Este tipo de explotación ha sido mayormente utilizado en las economías mercantiles subordinadas al capitalismo mundial y que corresponden a las llamadas economías periféricas o tercermundistas, lo que no ha sido ignorado por los críticos de esta formación social, aunque no hay acuerdo sobre el tipo de relaciones sociales que estarían explicando dicho fenómeno.

Cuando los análisis se enmarcan a nivel nacional, la literatura marxista caracteriza a estos productores o trabajadores como semi-proletarios (campesinos), asalariados parcialmente por el capital, pero debiendo reproducirse el resto del año por su propia cuenta, o como cuentapropistas que venden mercancías de acuerdo al costo de producción de su fuerza de trabajo, la que como sabemos está subvalorada por la correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo. Cuando el análisis se enfoca a nivel internacional las alusiones se remontan de nuevo a la polémica sobre el intercambio, unos afirmando que la ley del valor ha dejado de funcionar, otros afirmando que se mantiene.

La verdad es que en el caso de la agricultura estacional exportadora de materias primas, así como en el caso de lo que se ha venido llamando el sector informal de la economía urbana latinoamericana y que nosotros llamaremos proletariado por cuenta propia, todos esos trabajadores funcionan a caballo, como proletarios una parte del año, como semiproletarios en otros momentos del año, pero progresivamente y a medida que la burguesía se retira del proceso inmediato de producción, estos productores-trabajadores se comportan como productores mercantiles, puesto que toda su actividad está dedicada a producir bienes para el mercado nacional o internacional, a diferencia de la economía campesina donde una parte se dedica al autoconsumo y otra parte se dedica a la venta.

Otra división del trabajo al interior de la clase trabajadora sería entre los miembros de una familia, donde unos producen bienes de subsistencia para mantenerse, mientras otros miembros emigran a la ciudad o al extranjero a producir mercancías. Los primeros se quedan en condiciones precarias, casi sin posibili-

dad de reproducirse, por lo que los otros tienen que enviarles remesas familiares para completar la remuneración que no reciben ni como campesinos produciendo para el mercado interno, ni como productores mercantiles produciendo para el mercado mundial, ni como trabajadores por cuenta propia con lo cual ganar lo suficiente para su subsistencia.

Hoy en día, y siguiendo el hilo expositivo anterior, nos encontramos ante una inmensa mayoría de productores-trabajadores produciendo fundamentalmente para el mercado interior y exterior, explotados indirectamente por el capital dinero (comercial y usurario) que funciona como agente del capital global. Sus mercancías (café, ajonjolí, arroz o frijol) son compradas a un precio que equivale a ingresos de subsistencia que ni siquiera permiten la reproducción de su fuerza de trabajo, como lo señalan los índices de mortalidad infantil, morbilidad general, deserción escolar, migración nacional e internacional, sobreexplotación de mujeres y niños, hambruna y descapitalización, depredación y desertificación de los recursos naturales, etc.

Marx y algunos de los marxistas pensaban, y la historia así parecía marchar, que la proletarización directa de los campesinos y de los artesanos era inevitable e irreversible, y que el capital comercial y usurario no eran más que formas antediluvianas[408] del capital. Sin embargo, ahora estamos ante una situación histórica que no parece transitar por ese camino, sino más bien por el camino contrario. La revolución tecnológica, el incremento de los riesgos frente a la crisis, el aumento de los costos de producción, la concentración del capital, la desprotección de los capitales nacionales, la globalización, siguen expulsando trabajadores asalariados, y los capitalistas vuelven a la vieja usanza del capital especulativo, a través del capital comercial y del capital usurero. Y, como ya lo había notado Marx, este capital es mucho más parasitario que ningún otro: "*La usura, dice Marx, centraliza la propiedad, en especial en forma de dinero, solo cuando los medios de producción se encuentran dispersos, es decir, cuando el obrero produce en forma más o menos independiente, como pequeño campesino, pequeño comerciante, pequeño industrial. En estos casos, el usurero no solo se apropia de la parte del sobre-trabajo que corresponde al campesino libre, de todo el sobre-trabajo, sino que también se apropia de los instrumentos de producción, aunque el campesino siga siendo un dueño nominal y los trate como de su propiedad en el proceso de producción. Ese tipo de usura se apoya en esta base especial, en este modo de*

408 Véase al respecto el capítulo XXXVI, *Algunos rasgos precapitalistas*, en Carlos Marx, *El Capital*, op.cit. tomo 3, p.607.

producción, al que se adhiere como un parásito y empobrece. Lo succiona hasta dejarlo seco, lo enerva y lo obliga a que la reproducción se emprenda en condiciones cada vez más atroces".[409]

Ya explicamos anteriormente, en los capítulos sustantivos, la metamorfosis que sufren tanto la burguesía como el proletariado debido a la competencia, aterrizando en una situación donde la burguesía propietaria es desplazada por la burguesía financiera, los obreros son convertidos en trabajadores-productores o proletariado por cuenta propia, mientras que los países son convertidos en naciones proletarizadas.

2. La discusión al interior del marxismo

Existe una diferencia al interior del marxismo sobre la vigencia de la ley del valor, algunos afirmando que tal ley solamente existe en las sociedades donde rige intercambio mercantil simple, mientras otros afirman todo lo contrario afirmando que la misma solo aparece en un régimen generalizado de mercancías, como es el caso en las sociedades capitalistas.

La polémica sobre la ley del valor

Entre los autores que piensan que la ley del valor solamente rige en el período de producción mercantil simple se encuentra el propio Engels, a juzgar por el prefacio que hiciera al tercer tomo de El Capital de Marx. Al respecto nos dice: *"La ley del valor de Marx rige con carácter general, en la medida en que rigen siempre las leyes económicas, para todo el período de la producción simple de mercancías; es decir, hasta el momento en que esta es modificada por la forma de producción capitalista. Hasta entonces, los precios gravitan con arreglo a los valores determinados por la ley de Marx y oscilan en torno a ellos, y cuanto más se desarrolla en su plenitud la producción simple de mercancías, más coinciden los precios medios con los valores, tomando períodos largos, no interrumpidos por perturbaciones violentas exteriores. La ley del valor de Marx, tiene, pues, una vigencia económica general, que abarca todo el período que va desde los comienzos del cambio, por medio del cual los productos se convierten en mercancías, hasta el siglo XV de nuestra era. Y el cambio de mercancías data de una época anterior a toda la historia escrita y que en Egipto se remonta, por lo menos, a 3,500 y acaso a 5,000 años, en Babilonia a 4,000 y, tal vez, a 6,000 años antes de nuestra era. La ley del valor rigió, pues, durante un período de*

409 Carlos Marx, *Teoría Sobre la Plusvalía*, Op.cit., p.436.

cinco a siete mil años".[410] La verdad es que en el capitalismo también existe la ley del valor, con la salvedad de que el intercambio ente el capital y el trabajo se lleva a cabo bajo una equivalencia que esconde a la vez una desigualdad, como lo explicamos anteriormente.

Hay autores marxistas, como Mandel, que afirman que el verdadero funcionamiento de la ley del valor, solo aparece en un sistema generalizado de producción de mercancías, es decir, en el sistema capitalista. Al respecto nos dice Mandel: "*Para Marx, la ley del valor regula el intercambio de mercancías, por lo tanto, ella podría regir solo en un régimen económico fundado sobre la producción generalizada de mercancías. Lejos de ser universal la producción generalizada de mercancías, corresponde en grueso al modo de producción capitalista. Dicha ley no cubre más que una ínfima parte de la prehistoria y de la historia humana. Incluso en el marco de la pequeña producción mercantil anterior a la producción capitalista, la ley del valor influye la vida económica, pero no la domina, no la regula. Un pequeño campesino francés del siglo XIV no aumenta ni disminuye su producción según las fluctuaciones de los precios, por la sencilla razón de que el 90% de su producción no está destinada al mercado. Lo que es cierto para la pequeña producción mercantil pre-capitalista es igualmente cierto para la pequeña producción mercantil post-capitalista*".[411]

Más recientemente, un pensador alemán, Arno Peters, refiriéndose a la ley del valor en Smith y Ricardo, señala: *"Desde los principios de la historia de la economía, el valor de un bien no estaba determinado por su valor de uso, sino únicamente por el valor de trabajo contenido en él. Ricardo, igual que Smith, compara esta temprana etapa evolutiva de la economía, cuyo rasgo característico de equivalencia está describiendo aquí, con todo el resto de la historia económica, quiere decir, con la historia de los últimos 5,000 años, los cuales él ve también como un conjunto. Por esta razón, hasta la diferencia entre la esclavitud y el libre trabajo asalariado, le parece solo como una diferencia gradual dentro del segundo período de la historia económica, dominado por la renta y la ganancia*".[412]

---

410 Federico Engels, *Complemento al Prefacio*, en Carlos Marx, El Capital, op.cit., p.36.

411 Ernest Mandel, Prefacio al libro de Catherine Samary, *Le Marché contre L´Autogestion*, Editorial Publisud-La Bréche, París 1998.

412 Arno Peters, *El principio de equivalencia, como base de la economía global en Hans Dieterich, Fin del Capitalismo Global - El Nuevo Proyecto Histórico*, Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 1999 op.cit., p.44.

Entre los que plantean que existe la ley del valor existen dos posiciones.

1. Los que afirman que la ley del valor existe tanto en la sociedad mercantil simple (precapitalista o no-capitalista) como en la sociedad mercantil capitalista. Entre éstos, sin embargo, existen algunas diferencias.

a) Los que afirman que tanto en una economía mercantil simple como en una economía capitalista o de reproducción ampliada existe un intercambio de valores de igual magnitud y por lo tanto deberíamos hablar de un intercambio de equivalentes. Si toda mercancía cuesta lo que cuesta producirla y la fuerza de trabajo es una mercancía, la misma estará bien tasada si se paga lo que cuesta producirla, equivalente a lo que hoy llamamos la canasta básica. La explicación sería la siguiente: el capitalista paga lo que cuesta el alquiler de la mano de obra, de acuerdo a lo que cuesta reproducir a un trabajador y su prole en un tiempo determinado y en una sociedad determinada (salario o valor del tiempo de alquiler de una mercancía llamada fuerza de trabajo); salario que se cambiará de acuerdo a valores de mercado por otras mercancías adquiridas por el trabajador para mantenerse mientras se alquila, siendo este intercambio un intercambio de valores equivalentes; la ganancia del capitalista se explicaría o se justificaría como remuneración del capital, es decir, como una especie de compensación por el ahorro o sacrificio del capitalista que se abstiene de consumir en el presente para generar mayor riqueza en el futuro.

b) Los que afirman asimismo, que en ambas sociedades funciona la ley del valor, a través del intercambio de equivalentes; sin embargo, aseveran que en la primera (la producción mercantil simple) no existe explotación, pero en la segunda (la producción capitalista) sí existiría.

Situados dentro de una sociedad mercantil simple, donde apenas existen algunos brotes de capital, el intercambio se hace a partir del tiempo de trabajo incorporado a cada una de las mercancías, lo que corresponde a un intercambio de valores equivalentes. En este comercio, los productores asisten al mercado para intercambiar complementariamente sus productos, sin que nadie salga desfavorecido, por lo que no podría hablarse de explotación alguna. Por supuesto que en estas economías no se plantea el comercio o intercambio entre propietarios de medios de producción y trabajadores desposeídos, sino que todos son productores.

En cambio, en el modo de producción capitalista, el intercambio de equivalentes genera una diferenciación social, entre los que poseen y acumulan capital, por un

lado, y los que no poseen capital y se empobrecen. La discusión o el problema radica en cómo explicar la explotación, si partimos de un intercambio de valores equivalentes, es decir, intercambio de valores medidos proporcionalmente al tiempo de trabajo, como lo dice la teoría del valor-trabajo y como lo dice el propio Marx. Una de dos, o no existe intercambio de valores equivalentes y por lo tanto queda suspendida la ley del valor, o existe intercambio de valores equivalentes, rige la ley del valor-trabajo, pero no habría explotación o apropiación particular de valor alguno.

La explicación es suficientemente conocida de acuerdo a la teoría de la plusvalía, teoría que mantiene el criterio del valor-trabajo y el funcionamiento de la ley del valor en una sociedad capitalista, al mismo tiempo que mantiene el criterio de la explotación del trabajo por el capitalista. Para que pueda haber intercambio de valores equivalentes y a la vez explotación u obtención de excedentes para apropiarse, debería encontrarse en el mercado una mercancía que, intercambiándose o pagándose de acuerdo a lo que cuesta producirla, la misma genere más de lo que cuesta. Y la única mercancía que tiene esa virtud es la fuerza de trabajo.

La otra diferencia fundamental entre la mercancía fuerza de trabajo y el resto de mercancías es que estas últimas se venden a precio de producción o de mercado, es decir, a su costo de producción más una ganancia media que corresponde al capitalista. En otras palabras, la única mercancía que se vende a su costo de producción, es decir, sin que su vendedor pueda aumentarle a su costo una ganancia media, es la mercancía fuerza de trabajo.

El secreto de la relación de explotación entre capitalistas y obreros, estaría explicado de la siguiente manera: el capital intercambia o adelanta un salario equivalente a lo que vale el alquiler de la fuerza de trabajo por un tiempo determinado de acuerdo al valor de los bienes de sobrevivencia o canasta básica, a su vez, el trabajador entrega al capitalista lo que produce su fuerza de trabajo durante el tiempo al que estaba arreglado el alquiler de la misma. La diferencia de valores estriba entre el valor que cuesta la fuerza de trabajo para reproducirse y amortizar los medios de producción e insumos y el valor total generado por la misma, lo que incluye un sobre-valor o plusvalía. Por lo tanto hay intercambio de valores equivalentes entre capitalistas y obreros y también hay apropiación de excedentes, generados por los segundos en favor de los primeros.

Por su lado, el capital, en tanto relación social de intercambio (bienes, servicios, mercancías, dinero), se define, tal como lo dijimos de pasada anteriormen-

te, como un valor que se valoriza; un valor-dinero que por el simple hecho de intercambiarse se multiplica. Pero tal valorización no ocurre por obra y gracia del intercambio en el mercado de mercancías en general, sino que previamente, es decir, en el intercambio que se produce en el proceso de producción, entre el capital-dinero y la fuerza de trabajo.

Planteado de otra manera. ¿Cómo es que intercambiando valores equivalentes se llega a un intercambio desigual? Pues bien, encontrando una mercancía que produzca más valor que el valor que se paga para producirla, cosa que pasa como veremos más adelante por una diferencia en la remuneración de los factores de la producción, el intercambio y la acumulación. Digámoslo como lo dicen los clásicos de la crítica a la economía política, particularmente Carlos Marx. *"Si la fabricación de un determinado artículo supone, por ejemplo, una inversión de capital de 500 libras esterlinas, así distribuidas: 20 libras para desgaste de medios de trabajo, 380 libras para materiales de producción y 100 libras para fuerza de trabajo, y suponemos que la cuota de plusvalía es de 100%, obtendremos que el valor del producto = 400c + 100v + 100p = 600 libras esterlinas. Descontando las 100 libras esterlinas de plusvalía, queda un valor-mercancía de 500 libras, que se limita a reponer el capital de 500 libras, desembolsado. Esta parte del valor de la mercancías, que repone el precio de los medios de producción consumidos y de la fuerza de trabajo empleada, no hace más que reponer lo que la mercancía ha costado al capitalista y representa, por tanto, para él, el precio de costo de la mercancía"*[413].

Por ende, en el proceso de producción capitalista, se intercambiaron valores equivalentes (500 libras por 500 libras en promedio), pero con resultados desiguales para capitalistas y trabajadores, o para países capitalistas y países poco capitalizados. El truco está, como lo ha explicado hasta la saciedad la economía política, en conseguir en el mercado una mercancía que al ponerla a trabajar produzca más de lo que costó en el mercado de trabajo y que como sabemos depende de la canasta básica establecida histórica y socialmente de acuerdo a una correlación de fuerzas entre el capital y el trabajo, donde el primero hegemoniza la producción, el intercambio y el consumo. En estas condiciones, el trabajador está en una situación peor que el esclavo o que el buey, pues a éstos el propietario tiene que mantenerlos, mientras que el asalariado o el trabajador por cuenta propia tienen que recurrir al trabajo gratuito de su familia, particularmente de la

413 Carlos Marx, *Costo de producción y ganancia*, en *El Capital*, t. 3, capítulo 1, pág. 50, Ediciones Ciencias Sociales, La Habana, 1986.

mujer y sus hijos, para poder alimentarse y reproducirse. Y toda esta situación proviene del hecho que con el desarrollo del mercado capitalista, la fuerza de trabajo devino una mercancía que se alquila o se vende libremente por su costo de mantenimiento; situación que lejos de ser natural ha sido impuesta por las reglas del mercado capitalista, es decir, por relaciones mercantiles hegemonizadas por el capital.

Existe un texto de Marx conocido como *Capítulo VI inédito*, donde Marx plantea esta aparente contradicción, utilizando los mismos términos y argumentos que estamos utilizando ahora, es decir, la existencia de intercambio de valores equivalentes, pero desiguales a la vez. Sin embargo, en este texto Marx introduce los términos de trabajo pago y trabajo impago, es decir, intercambiado sin equivalente alguno. Más adelante y a propósito de otra polémica entre marxistas, Marx será más explícito en nominar explícitamente trabajo retribuido y trabajo no retribuido.

Al respecto, dice Marx: "*La mercancía se presenta ahora determinada en forma doble: lo que está objetivado en ella –para no hablar de su valor de uso- determinado por el trabajo socialmente necesario; pero mientras en el caso de la mercancía propiamente dicha esto es incierto (y en realidad es indiferente) de quien procedería ese trabajo objetivado, etc., la mercancía como producto del capital en parte contiene trabajo pago, y en parte trabajo impago. Señalamos hace poco que esta expresión no es correcta, por cuanto el trabajo mismo no se compra ni se vende directamente. Pero en la mercancía está objetivada una suma total de trabajo. Una parte de este trabajo objetivado (abstracción hecha del capital constante, por el cual se paga un equivalente) se intercambia por el equivalente del salario; otra parte se la apropia el capitalista sin equivalente alguno. Ambas partes están objetivadas, y por tanto existen como partes del valor de la mercancía. Caracterizar a la una como trabajo pago, a la otra como trabajo impago, resulta útil en aras de la brevedad*".[414]

En otras palabras y a propósito de la contradicción que estamos exponiendo, existe un intercambio entre el empresario o el capital y el obrero, donde el primero entrega un salario o pago del jornal, **equivalente** al precio de mercado de los trabajadores en una jornada de trabajo establecida, o lo que es lo mismo, equivalente a una suma de dinero para la reproducción de la fuerza de trabajo en una sociedad determinada (canasta básica) donde la fuerza de trabajo se vende

414 Carlos Marx, *Capítulo VI Inédito*, Edigraf, Buenos Aires, 1974, pág. 114.

como cualquier mercancía, a cambio del alquiler o tiempo determinado de uso de la fuerza de trabajo, tiempo en el cual el trabajador entrega no solamente el pago recibido más la amortización del capital constante invertido, sino una suma adicional, la plusvalía o ganancia del capital; pues bien, para esta última suma no existe intercambio de equivalentes, sino intercambio **inequivalente**, pues la plusvalía no es remunerada ¿Quedaría, así, resuelta la contradicción terminológica? Nuestra forma de decirlo sería que existe intercambio de equivalente, pero desigual. Al respecto, en el último apartado de este capítulo, nosotros retomamos esta aclaración para introducir el concepto de remuneración diferenciada, causada entre otras cosas por una desfavorable correlación de fuerzas, tanto a nivel local como a nivel internacional.

Esta aparente contradicción alrededor de la ley del valor, según funcione en una sociedad mercantil simple o en una sociedad mercantil capitalista, ya había sido sospechada por la economía política clásica, a juzgar por los comentarios que a propósito de la obra de Smith realiza Marx. Al respecto Marx señala: *"El gran mérito de Adam Smith consiste en que en los capítulos del Libro I (capítulos VI, VII, VIII), en que pasa del simple intercambio de mercancías y de su ley del valor al intercambio entre el trabajo materializado y el vivo, al intercambio entre el capital y el trabajo asalariado, a la consideración de la ganancia y la renta en general -en una palabra, al origen de la plusvalía- siente que ha surgido algún defecto. Presiente que de alguna manera -fuese cual fuere la causa, y no percibe cuál es-, en el resultado real la ley queda en suspenso: se intercambia más trabajo por menos trabajo (desde el punto de vista del trabajador); se intercambia menos trabajo por más trabajo (desde el punto de vista del capitalista). Su mérito consiste en que subraya -y es evidente que ello lo asombra- que con la acumulación del capital y la aparición de la propiedad de la tierra -es decir, cuando las condiciones de trabajo adquieren una existencia independiente frente al trabajo mismo- ocurre algo nuevo, y en apariencia (así como en realidad en el resultado) la ley del valor se convierte en su contrario. Su fuerza teórica deriva del hecho de que siente y subraya esta contradicción, tal como su debilidad teórica consiste en la circunstancia de que la contradicción debilita su confianza en la ley general, inclusive en el caso del simple intercambio de mercancías; en que no percibe cómo surge esta contradicción, debido a que la propia fuerza de trabajo se convierte en una mercancía, y a que en el caso de esta mercancía, especifica su valor de uso -que por tanto nada tiene que ver con su valor de cambio- es precisamente la energía que crea el valor de cambio*".[415] Ante el desenmascaramiento de la plusvalía, los

415 Carlos Marx, *Teoría sobre La Plusvalía*, tomo 3, Editorial Cartago, Argentina, p.75.

ideólogos burgueses han retrocedido hasta desconocer la teoría del valor-trabajo de los clásicos, señalando otras fuentes del valor diferentes al trabajo.

Con esto damos por terminada la primera polémica.

Existe una segunda polémica, entre los que afirman que al interior del capitalismo y debido a las distintas composiciones orgánicas, se lleva a cabo un intercambio no equivalente del trabajo, es decir, que se cambiarían magnitudes diferentes de valor, donde unos se apropiarían de más valor que otros. A partir de aquí podría aceptarse o no el intercambio de valores equivalentes, incluso podría aceptarse o no la ley del valor; o bien podría tratarse de casos exepcionales, pero que habría que explicar. Al respecto existen dos posiciones.

a) Los que afirmando este intercambio de valores o trabajos desiguales, entre mercancías intercambiadas por capitales con distinta composición orgánica, aprovechan para negar la ley del valor, incluyendo también la teoría de la explotación, afirmando igualmente que la ganancia de los capitalistas proviene de la mayor o menor productividad del capital, de acuerdo al mayor o menor nivel de inversión entre los diferentes tipos de capital y no de una apropiación de trabajo ajeno o de trabajo no remunerado.

b) Los que afirmando que efectivamente existe un intercambio de magnitudes diferentes de trabajo a causa de las diferencias de productividades del trabajo y de las distintas composiciones orgánicas del capital, manteniendo la afirmación de que existe la ley del valor y la explotación de la fuerza de trabajo o producción de plusvalía, al mismo tiempo que una forma especial de funcionamiento de la ley del valor, tal como lo explica Marx y algunos marxistas prominentes, afirmando que ello corresponde a una forma transfigurada del valor.

El intercambio de magnitudes desiguales aparecería cuando en el mercado capitalista se intercambien, por igual precio, mercancías que contienen diferentes tiempos de trabajo, lo que ocurre en el caso de mercancías producidas por fábricas que utilizan diferentes composiciones orgánicas de capital para la producción del mismo producto (diez pares de zapatos producidos en una hora de trabajo en una fábrica por diez pares de zapatos producidos en media hora de trabajo), percibiendo ambos el mismo precio por cada par de zapatos, beneficiándose los capitalistas que producen con menores costos; lo que suele pasar hasta que el sistema de competencia iguala las productividades o saca del mercado a quienes no alcanzaron la misma productividad. En estos casos, la explotación se

explicaría siempre por la plusvalía, aunque en los casos de menor productividad como plusvalía absoluta y en los casos de mayor productividad como plusvalía relativa; de igual forma los capitalistas que produzcan la misma mercancía a menor costo de producción se apropiarán de la ganancia o plusvalía apropiada por los capitalistas más atrasados. Así la ley del valor funciona transfigurada por la ley del precio de producción, donde el precio es igual al costo de producción más la ganancia media apropiada por los capitalistas, proporcionalmente al capital invertido por cada uno de ellos. En otras palabras, aquellos capitalistas que produzcan con una mayor composición orgánica de capital, es decir, donde el capital fijo (maquinaria y equipo) es mayor que el capital variable (trabajo) tendrán una cuota mayor de ganancia. Y esto es así porque en el mercado las mercancías tienen que venderse a un precio de mercado cuya referencia es la del productor que produce con el mayor costo de producción, de lo contrario éste estaría fuera de competencia; de manera que los productores que producen con menores costos tendrán derecho a una cuota de ganancia mayor.

Desde comienzos del siglo pasado, Hilferding ofreció una explicación plausible acerca de la diferencia entre uno y otro funcionamiento de la ley del valor, es decir, las sociedades de productores con iguales condiciones productivas y aquellas sociedades de productores con diferentes condiciones productivas. "*Las mercancías, dice Hilferding, se cambian a su valor, cuando, en el cambio, la relación cuantitativa de las mercancías es igual a la relación cuantitativa del tiempo de trabajo socialmente necesario empleado en su producción.Y esta relación se realiza cuando las condiciones para la producción de mercancías y su cambio son socialmente iguales para todos los miembros de la sociedad, cuando todos son propietarios independientes de sus medios de producción, con los cuales crean el producto y lo cambian en el mercado. Esta relación es la más simple y es el punto de partida de la consideración teórica. Solo desde esta perspectiva pueden comprenderse modificaciones que, sin embargo, siempre han de cumplir la condición de que la suma de los actos de cambio tiene que abarcar la producción total, cualquiera que sea la configuración del cambio individual. La modificación misma solo puede originarse mediante una situación distinta de los miembros de la sociedad en la producción. Tiene que ser ocasionada por ella, porque solamente en el acto de cambio se impone la interdependencia social, no sólo a la producción, sino también al productor. La expropiación de una parte de la sociedad y la propiedad monopolista de los medios de producción de la otra parte modifica naturalmente el cambio, porque solo en éste puede manifestarse la desigualdad de los miembros de la sociedad. Pero como el acto de cambio*

es una relación de igualdad, la desigualdad aparece ahora ya no como igualdad en el valor, sino en el precio de producción. Esto es, la desigualdad del gasto de trabajo (y, al mismo tiempo, la indiferencia de los capitalistas contra el gasto de trabajo como gasto de extraños) en la igualdad de la tasa de beneficio. Esta igualdad expresa que en la sociedad capitalista lo decisivo es el capital. Por eso el acto de cambio individual ya no está bajo la condición "trabajo igual contra trabajo igual", sino "a capital igual, beneficio igual". La igualación de trabajo es reemplazada por la igualación de beneficios, y los productos no se venden a su valor, sino al precio de producción".[416]

El intercambio entre mercancías que tienen el mismo precio, pero valores desiguales o, lo que es lo mismo, tiempos de trabajo diferentes, nos recuerda la tesis de la renta diferencial señalada por Ricardo, donde se intercambian por igual precio bienes agrícolas que encarnan diferentes tiempos de trabajo. Con la diferencia que en el caso de la tierra las relaciones entre lotes de tierra con fertilidades mayores y menores es la que explica la renta diferencial, y en el caso de la industria son las instalaciones con mayores o menores inversiones de capital las que explican el beneficio diferencial. Bien podría decirse, entonces, que en el capitalismo industrial existen beneficios diferenciales, pues al mismo precio se intercambian productos industriales que han sido producidos en tiempos de trabajo diferentes.

Otro estudioso de lo que aquí llamamos el beneficio diferencial fue el teórico Isaac Ilich Rubin en su Ensayo Sobre la Teoría Marxista del Valor, en el que afirma: "*La teoría de Marx sobre el precio de producción no contradice la teoría del valor-trabajo; se basa en ella y la incluye como uno de sus componentes. Esto se hace evidente si recordamos que la teoría del valor-trabajo solo analiza un tipo de relación de producción entre los hombres (en tanto que productores de mercancías). Pero la teoría del precio de producción supone la existencia de los tres tipos básicos de relaciones de producción entre personas en la sociedad capitalista (relaciones entre productores de mercancías, relaciones entre capitalistas y obreros, y relaciones entre grupos particulares de capitalistas industriales). Si limitamos la economía capitalista a estos tres tipos de relaciones de producción, entonces esta economía es similar a un espacio de tres dimensiones en el cual es posible determinar una posición solo en términos de tres dimensiones o tres planos. En el tercer volumen de El Capital, Marx brinda la teoría del precio de producción como regulador de la distribución del capital. Esta teoría se halla*

416 Rudolf Hilferding, *El Capital Financiero*, op.cit., p.13.

vinculada con la del valor de dos maneras: por un lado, se deriva el precio de producción del valor-trabajo; por el otro, la distribución del capital conduce a la distribución del trabajo social. En lugar del esquema de una economía mercantil simple: productividad del trabajo-trabajo abstracto-valor-distribución de trabajo social, para una economía capitalista obtenemos un esquema más complejo: productividad del trabajo-trabajo abstracto-valor-precio de producción-distribución del capital-distribución del trabajo social".[417]

A propósito del mismo problema, Marx apunta: *"Toda la dificultad proviene del hecho de que las mercancías no se cambian simplemente como tales mercancías, sino como productos de capitales que reclaman una participación proporcional a su magnitud en la masa total de la plusvalía, o participación igual si su magnitud es igual*".[418] Una explicación detallada de la metamorfosis o transfiguración del valor en precio de producción y de la plusvalía en ganancia, se encuentra en diferentes textos explicativos sobre la teoría marxista del valor.[419]

Así damos por terminada esta segunda polémica.

Las contradicciones sobre el intercambio de valores equivalentes

Existe una tercera polémica entre autores marxistas contemporáneos, como es el caso del alemán Arno Peters, negando el intercambio de equivalentes entre capitalistas y obreros al interior de una sociedad capitalista.[420] Discusión que revive hipótesis y discusiones premarxistas en boga durante el siglo XIX al interior de lo que algunos autores llaman la izquierda ricardiana.[421]

Por un lado se trata, para los que mantienen esta afirmación, no solo de mantener el juicio de que solo existe intercambio de valores equivalentes en la economía mercantil simple, sino de afirmar que no existe intercambio de equivalentes entre el salario pagado por el capitalista y el valor de la fuerza de trabajo del obrero. En

417 Isaac Illich Rubin, Ensayo sobre la teoría marxista del valor, op.cit., p.278.
418 Carlos Marx, *El Capital*, tomo 3, op.cit., p.197.
419 Para la región centroamericana puede consultarse el texto de Reynaldo Carcanholo, *Dialéctica de la Mercancía y Teoría del Valor*, EDUCA, San José de Costa Rica, 1982. Véase asimismo el texto de Aquiles Montoya, *Economía Crítica*, Editores Críticos, San Salvador, 1998.
420 Arno Peters, El principio de equivalencia, Op.cit., p.47.
421 Sobre la Izquierda Ricardiana puede consultarse el texto de G.D.H. Cole, *Historia del Pensamiento Socialista, tomo I; obra previamente citada*.

otras palabras, se trata de negar que el salario equivale al valor de la fuerza de trabajo, rechazando la consideración marxista de que la fuerza de trabajo pueda ser tratada como una mercancía más a la hora de medir su valor. Discutir esta tesis tiene pertinencia porque la misma implica una diferencia en el procedimiento que se emplearía a la hora de decidir superar el funcionamiento del capitalismo. Por un lado estaría la forma clásica marxista, que propone regular el intercambio desde afuera (desde el Estado o desde cualquier otra instancia); por el otro estaría la forma que propusieron los pensadores de la izquierda ricardiana y que ahora es retomada por Arno Peters, donde el intercambio de equivalente actual entre el capital y el salario o costo de producción de la fuerza de trabajo y su prole, debería ser sustituido por un intercambio de valores equivalentes, es decir, en base al tiempo de trabajo necesario y sobrante.

Algunos autores afirman que Marx cometió un error parecido al de los clásicos, confundiendo valor con costo de producción, con la diferencia que aquellos lo cometieron refiriéndose a las mercancías en general, mientras que Marx lo habría cometido al referirse a la mercancía fuerza de trabajo. Al respecto Arno Peters afirma: *"Marx se contradijo. Él partía de la idea de que el trabajo humano en la sociedad capitalista, se había convertido en mercancía (la cual, diferenciaba del trabajo como "fuerza de trabajo") que quedaba totalmente pagada con su respectivo precio de mercado (= salario)". Él dijo: "El hecho de que el valor que su uso produce durante un día, es el doble de su propio valor diario, es una suerte especial para el comprador, pero de ninguna manera, una injusticia contra el vendedor". Y hasta aseguró, que en esta compra, "de ninguna manera se violaban las leyes del intercambio de mercancías, que lo equivalente se cambiaba por lo equivalente". En este caso, Marx confundió los términos valor igual (wertgleich) con precio igual (preisgleich), igual que la economía clásica*".[422]

Si nos atenemos a ciertos textos de Marx, no hay duda de la claridad que tenía alrededor de la injusticia o intercambio fraudulento que implicaba el intercambio de valores equivalentes entre el capital y la fuerza de trabajo, así como del verdadero valor generado por la fuerza de trabajo. También estaba consciente de los diferentes momentos y formas del intercambio, a saber, entre el salario y los valores de subsistencia que paga por la fuerza de trabajo, al mismo tiempo que entre el salario y el valor total (valor y plusvalor) entregado por el obrero. El primero podría catalogarse como intercambio equivalente, el segundo como intercambio

422 Arno Peters, El principio de equivalencia como base de la economía global, en: Dieterich Hans, Fin del capitalismo global, El nuevo proyecto histórico, Op.cit., 1999, p.47.

asimétrico o no equivalente, lo que Marx explica de la siguiente manera: *"El valor de una mercancía se determina por la cantidad total de trabajo que encierra. Pero una parte de esta cantidad de trabajo se materializa en un valor por el que se abonó un equivalente en forma de salarios; otra parte se materializa en un valor por el que no se pagó ningún equivalente. Una parte del trabajo encerrado en la mercancía es trabajo retribuido; otra parte, trabajo no retribuido. Por tanto, cuando el capitalista vende la mercancía por su valor, es decir, como cristalización de la cantidad total de trabajo invertido en ella, tiene necesariamente que venderla con ganancia. Vende no solo lo que ha costado un equivalente, sino también lo que no le ha costado nada, aunque haya costado el trabajo de su obrero. Lo que la mercancía le cuesta al capitalista y lo que en realidad cuesta, son cosas distintas. Repito, que vendiendo las mercancías por su verdadero valor, y no por encima de éste, es como se obtienen ganancias normales y medias*".[423]

La referencia a la existencia de un intercambio equivalente dentro de un intercambio desigual, transfigurado en la relación capital-trabajo aparece en otras obras de Marx (Grundrisse).

De acuerdo a Marx existe un intercambio primario entre capitalistas y trabajadores, en el cual se intercambia una magnitud de valor (salario), equivalente a una parte del costo de producción de la fuerza de trabajo, a cambio de la capacidad de trabajo. En la transacción entre el capital y el trabajo, lo que paga el capitalista es un salario para mantener al trabajador durante ocho horas al día, durante el tiempo del alquiler, mientras que lo que compra es la capacidad de trabajo o capacidad laboral y cuya medición exacta aparece una vez generado el producto. En otros textos (*Capítulo VI inédito del Capital, Grundrisse*), Marx efectivamente usa el término capacidad de trabajo.[424] Incluso, en las primeras páginas del primer tomo de El Capital Marx habla de la magnitud tiempo de trabajo más la capacidad productiva.

423 Carlos Marx, *Salario, Precio y Ganancia,* en Marx Engels, Obras Escogidas, tomo I, op. cit. p. 411.

424 Carlos Marx, *El Capital, libro I - Capítulo VI*, *Resultados del Proceso Inmediato de Producción*, op.cit., págs. XV. Pedro Scaron, Advertencia del traductor: En la edición española aparece la aclaración sobre ambos términos: "CAPACIDAD DE TRABAJO (Arbeitsvermogen) y FUERZA DE TRABAJO (Arbeitskraft). Para Marx estos términos son sinónimos (ver por ejemplo Das Kapital, sección II, cap. IV, paragr. 3), pero mientras en sus primeros escritos no suele encontrarse el segundo, posteriormente dejará casi totalmente de lado el primero de ellos. Fundándose en esta circunstancia algunos traductores vierten indistintamente ambos por fuerza de trabajo, lo que no nos parece acertado. En ciertos casos (por ejemplo para eliminar el riesgo de anfibología ocasionado por el uso reiterado de la preposición de), sustituimos capacidad de trabajo por capacidad laboral.

Ahora bien, tomando en cuenta que el valor de uso del trabajador genera una magnitud mayor de valor de cambio que la que recibió para su manutención, el resultado final arroja lo sospechado por Adam Smith, donde se cambia valor (salario) por más valor (plusvalía). Posteriormente y dado que la mercancía se realiza en el mercado general, se lleva a cabo un intercambio en el cual la mercancía producida se cambia por su verdadero valor, aunque haya costado menos producirla, lográndose así la explotación capitalista.

Otra forma de presentar esta injusticia es señalar, como lo hace Polanyi, que tal cosa ocurre porque, desde la gran transformación del capitalismo industrial, la fuerza de trabajo fue convertida en mercancía. Pero una cosa es condenar esta situación y otra cosa es negar que exista. Nosotros preferimos decir que tal situación existe y lo que hay que hacer es cambiar las cosas, cambiando el sistema que la sostiene. Es por ello por lo cual nosotros hablamos de la necesidad de introducir el concepto de desmercantilización como camino y condición del socialismo, incluyendo en el proceso de desmercantilización: la desmercantilizacón del capital (medios de producción), las desmencantilización de los medios de consumo y la desmecantilización de la fuerza de trabajo.

La discusión sobre la economía equivalente

Existe otra forma de encarar la polémica anterior, esta vez referida a lo que Arno Peters denomina economía equivalente. Según Peters, una economía equivalente existe y solo así podría hablarse de la misma, cuando el intercambio de valores se lleva a cabo de acuerdo al tiempo de trabajo que aquellos contienen. De tal manera que hoy en día, no existe un verdadero intercambio de valores equivalentes, cosa que solo podría lograrse superando el modo de producción capitalista.

Desde su concepción sobre la necesidad de una verdadera economía equivalente, remonta su crítica de la economía política clásica hasta el propio Marx, coincidiendo más, con la izquierda ricardiana, incluso con el socialismo utópico, que con el propio Marx: *“Después de la muerte de Ricardo”,* nos dice*, “su teoría sobre el valor del trabajo se convirtió en la base espiritual de toda una generación de economistas ingleses que exigían para los trabajadores la equivalencia total del valor generado por ellos. Ellos declararon la ganancia como explotación (Thompson), veían en ella la causa de la pobreza de los trabajadores (Hodgskins), y la condenaban como robo legalizado (Gray). Esa ‘Izquierda Ricardiana’ exigía para el trabajador el resultado íntegro de su trabajo, e intentaron realizar ese objetivo mediante la creación de cooperativas obreras (sindicatos) y la implantación de*

una renta de trabajo ('Arbeitsgeld'). John Francis Bray declaró: 'El principio de la desigualdad del intercambio es la sustancia y el arma del orden social reinante'. Si interpretamos 'desigualdad del intercambio' en la traducción alemana como 'no-equivalencia', entonces, Gray redujo a un común denominador lo que tenía en común la Izquierda Ricardiana con los primeros socialistas, a los que Marx, más adelante, llamara, en forma más brusca, los 'socialistas utópicos': Saint-Simon, Owen, Fourrier, Cabet, Proudhon (…) En el derecho al producto íntegro del trabajo, los Izquierdistas ricardianos y los primeros socialistas veían el regreso de la economía al principio de equivalencia con base en la teoría sobre el valor del trabajo".[425]

Sin embargo, la propuesta de Peters, siguiendo a la izquierda ricardiana y a los llamados socialistas utópicos, acerca del derecho al producto íntegro del trabajo para los trabajadores, proporcional al aporte del trabajador a su empresa, de la empresa a la nación, y de la nación al mercado mundial, implica todavía algunos comentarios. La propuesta de Peters, que presentamos a continuación, es aparentemente radical y atrevida, y por lo tanto atractiva: *"El salario equivale directa y absolutamente al tiempo trabajado. Los precios equivalen a los valores, y no contienen otra cosa que no sea la absoluta equivalencia del trabajo incorporado en los bienes. De esta manera se cierra el circuito de la economía en valores, en lugar de precios. Se acabó la explotación de los hombres por sus prójimos (= apropiación de los productos del trabajo de otros que rebasan el valor del trabajo propio), cada ser humano recibe el valor completo que él agregó a los bienes o a los servicios*".[426]

Este razonamiento tampoco escapó a Marx y no vemos nada radical en el planteamiento de Peters. Primero, veamos la respuesta que Marx presenta, encarando a Lasalle, quien ya la había planteado antes de Peters. La respuesta sobre el derecho al fruto íntegro del trabajo, la encontramos en el Informe al Programa de Gotha. Para comenzar, dice Marx, retrechero a poner el énfasis de la lucha en la supuesta distribución justa, señalando por qué no debería pensarse en una remuneración íntegra del trabajo. Según Marx, del producto social global hay que deducir: "*Primero: una parte para reponer los medios de producción consumidos. Segundo: una parte suplementaria para ampliar la producción. Tercero: el fondo de reserva o de seguro contra accidentes, trastornos debido a las calamidades,*

425 Arno Peters, El Principio de Equivalencia Op. cit. p.46
426 Ibíd., p.56.

etc. Queda la parte restante del producto global, destinada a servir de medios de consumo". Pero, antes de que esta parte llegue al reparto individual, de ella hay que deducir todavía: *"Primero: los gastos generales de administración, no concernientes a la producción. Segundo: la parte que se destine a la satisfacción colectiva de las necesidades, tales como escuelas, instituciones sanitarias, etc. Tercero: los fondos de sostenimientos de las personas no capacitadas para el trabajo, etc.; en una palabra, lo que hoy compete a la llamada beneficencia oficial".* El *"fruto íntegro del trabajo",* termina diciendo Marx*, "se ha transformado ya, imperceptiblemente, en el 'fruto parcial', aunque lo que se le quite al productor en calidad de individuo vuelva a él, directa o indirectamente, en calidad de miembro de la sociedad*".[427]

El cuestionamiento de Marx a los socialistas y comunistas de su época no es tanto por la posición de aquellos con respecto a la sociedad capitalista, sino por las formas de combatirla.

En relación a los socialistas utópicos nos dice Marx: "*Estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Y de este modo han proporcionado materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referente a la sociedad futura, tales como la supresión del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción; todas estas tesis no hacen sino enunciar la eliminación del antagonismo de clase, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, estas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico*".[428]

Al igual que había pasado con Hegel, la dureza con que criticó a los autores socialistas no excluyó una deuda con sus planteamientos. En el caso de la retribución del trabajo, del que nos estamos ocupando en este capítulo, Marx reconoce la importancia que tiene la remuneración del trabajo equivalente. En el apéndice de uno de los trabajos más duros escritos por Marx contra los socialistas utópicos de la época, como fue la obra *Miseria de la Filosofía*, redactada en respuesta a

427 Carlos Marx, *Crítica al Programa de Gotha*, en Marx Engels, Obras Escogidas, tomo II, Op. cit., p.13-14.

428 Carlos Marx, Federico Engels, *El Manifiesto del Partido Comunista*, en: Marx Engels Obras Escogidas, tomo I, op.cit., p.47.

la obra de Proudhon, *Filosofía de la Miseria*, Marx se refiere a los bonos de trabajo sugeridos por John Gray. En el apéndice de la versión original francesa de aquel texto Marx escribe: *"Es por el trabajo de John Gray (The Social System) que la teoría del tiempo de trabajo, tomada como unidad de medida inmediata de la moneda, ha sido desarrollada de forma sistemática. El propone, certificar, por medio de una banca central nacional, que opera a través de sucursales, el tiempo de trabajo empleado para producir las diferentes mercancías. A cambio de la mercancía, el productor recibe un certificado oficial de su valor, es decir, un recibo que equivale al tiempo de trabajo que su mercancía contiene, y estos billetes de banco de 1 semana de trabajo, 1 jornada de trabajo, 1 hora de trabajo, etc., sirven al mismo tiempo de bonos por el equivalente de cualquier otra mercancía almacenada en las bodegas del banco*".[429]

Y en el mismo trabajo crítico del Programa de Gotha, Marx plantea: "*En una sociedad que acaba de salir de la sociedad capitalista, el productor individual obtiene de la sociedad -después de hechas las obligadas deducciones- exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignado que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que ha rendido. La misma cuota de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de ésta bajo otra forma distinta. Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de estos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta*".[430]

---

429 Carlos Marx, *John Gray et les bons de travail*, en: *Misére de á la Philosophie*, Réponse á la Philosophie de la Misére de M. Proudhon. Annexes II, Editions Sociales, París 1968. p.193. (Traducción O.N.S.).

430 Carlos Marx, *Crítica al Programa de Gotha*, Op.cit. p.15.

Vemos entonces que de acuerdo a la teoría del valor-trabajo, la ley del valor que rige en la economía capitalista, solo puede tener como salida un sistema regulado por el principio de equivalencia, tal como lo precisó Marx (después de las deducciones correspondientes) y como vuelve a ser retomado en cierta forma por Arno Peters cuando nos dice que en una economía equivalente "*cada quien recibe la misma cantidad que aportó -esta es la estructura de la economía equivalente: quien más aporta, más recibe, quien menos aporta, menos recibe*".[431] Pero esta tesis no es más que la misma esbozada por los socialistas franceses y por el propio Marx que señalan que en el socialismo cada uno recibe de acuerdo al trabajo, hechas las aclaraciones del caso; es decir, deduciendo los costos de la sociedad.

Pero una cosa es un intercambio justo de equivalentes y otra la pretensión de obtener el valor total producido, sin hacer las deducciones del caso. A nuestro modo de ver, en una sociedad donde se hayan socializado los medios de producción, siempre habrá necesidad de crear un fondo social que hará las veces del capital, pero para beneficio de toda la sociedad. Y lo que pasa a nivel de toda la sociedad, también pasa a nivel parcial: los trabajadores de una cooperativa o de una fábrica de obreros autogestionarios, produciendo oro por ejemplo, no podrían recibir el fruto íntegro de su trabajo, pues se crearía una diferenciación social muy grande con respecto a otros colectivos que produzcan un bien de menor valor. Al igual que pasa hoy con los impuestos progresivos, los propietarios pagan proporcionalmente de acuerdo a lo que producen. Lo mismo habría que decir del salario social de todos los trabajadores de la sociedad entera, tal como pasa hoy donde los gastos de salud y educación son gratuitos, en tales condiciones, todos los trabajadores deberían contribuir a tales gastos.

A continuación analizaremos lo que la polémica marxista de mediados del siglo pasado llamó el intercambio desigual, sometiendo a prueba nuestra hipótesis explicativa de la misma, a raíz de lo que hemos llamado la remuneración diferenciada entre las distintas clases y estratos sociales de cualquier economía.

3. El Intercambio desigual, la remuneración diferenciada y la redistribución de la plusvalía

La polémica sobre el intercambio desigual en formaciones sociales donde las relaciones salariales capitalistas no prevalecían totalmente fue expuesta en los

431 Arno Peters, El principio de equivalencia como base de la economía global, Op.cit., p.28..

años sesenta del siglo pasado por diversos economistas, quienes partiendo de la ley del valor y bien munidos de una cultura marxista, se planteaban, aunque no siempre lo explicitaban con las categorías que analizamos en la sección anterior, una serie de interrogantes sobre el funcionamiento del capitalismo a nivel internacional, particularmente sobre lo que ellos llamaron el centro, para referirse a las metrópolis capitalistas y la periferia para referirse a los países postcoloniales o del Tercer Mundo.

Esta polémica que en parte tiene que ver con la cuestión de si la ley del valor o del intercambio de equivalentes funcionan o no a nivel internacional, data de los trabajos pioneros que desde Europa y alrededor de la revolución rusa en la primera mitad del siglo XX emprendieron Lenin, Hilferding, Rosa Luxemburgo, León Trotski y otros. En estos trabajos la preocupación estuvo más centrada en la caracterización del capitalismo a nivel mundial y versó sobre temas tales como: la necesidad de la expansión mundial de la acumulación capitalista, el imperialismo, el desarrollo desigual y combinado del capitalismo, entre otros.

En la segunda mitad del mismo siglo XX reaparece la polémica, pero con una reflexión emprendida desde la periferia del sistema imperialista, o al menos situándose en el lugar de las naciones y trabajadores del llamado Tercer Mundo. En ella participó un distinguido grupo de pensadores marxistas, donde se combinaban autores de origen europeo, estadounidenses y del Tercer Mundo.

En este caso, la temática versó más concretamente sobre si la ley del valor rige o no a nivel internacional y en ella se ensayaron, se discutieron y se rebatieron diferentes hipótesis, tal como se puede inferir a partir de los textos o frases de las obras de Marx. Aunque había bastante consenso sobre la realidad de la explotación de los trabajadores y de las naciones de los países periféricos, no hubo acuerdos a la hora de centrar el debate y articular los diferentes intereses.

Estos autores priorizaban la descripción de los países periféricos bajo la orientación de la teoría marxista y utilizaban para ello la tesis sobre la ley del desarrollo desigual y combinado. Algunos estaban más preocupados por la caracterización feudal o capitalista en aquellos países periféricos donde no se había generalizado la producción de mercancías. Otros enfatizaron el papel subordinado de las naciones y burguesías nacionales y hablaban de transferencia de valores por parte de estas naciones o de estas burguesías nacionales.

Finalmente el debate se fue centrando en lo que a nosotros nos interesa saber, si existe o no el intercambio equivalente a nivel internacional, es decir, el viejo debate, ya comentado, pero a la luz del escenario mundial, entre el Centro y la Periferia.

El intercambio desigual

El título de los trabajos de estos pensadores muestra, en alguna medida, las diferentes posiciones al respecto. Arghiri Emmanuel lo hacía sobre el intercambio desigual, Charles Bettelheim sobre el intercambio internacional y el desarrollo desigual, Samir Amín sobre el comercio internacional y los flujos internacionales de capital, Christian Palloix sobre la crítica de la economía política a la cuestión del intercambio desigual.[432]

Como reza la advertencia del editorialista de Cuadernos de Pasado y Presente No.24 (José Aricó, el gran compilador y editor de las mejores obras marxistas, tanto europeas como latinoamericanas): "*A partir de 1920 y hasta mediados de la década del 60, un apreciable conjunto de autores parafraseó el modelo de Lenin solo para discutir si sus conclusiones conservaban validez o si los famosos "cinco rasgos fundamentales" agotaban verdaderamente la cuestión. Así, Barratt Brown intentó restar importancia a los tributos pagados por la periferia como contrapartida de las inversiones; John Strachey confundió la independencia política de las colonias con el final de la etapa imperialista y Rodolfo Banfi sostuvo que la fusión del capital bancario con el industrial -segundo rasgo de la caracterización leninista- se ajustaba a un período histórico terminado en 1930. Mientras tanto, los más rescatables manuales soviéticos de economía apenas adosaban apéndices estadísticos a las proposiciones centrales, sin avanzar un solo paso en la elaboración*".[433]

A nuestro modo de ver, la confusión estuvo siempre obnubilada por la imagen fronteriza y la independencia política de los países periféricos, sin reparar suficientemente en la virtual ocupación económica de nuestros países por parte del capital imperialista, con apoyo de sus Estados y de sus empresas transnacionales. Nosotros manejamos más bien la hipótesis de un funcionamiento mundial de la explotación capitalista del mismo tipo que el llevado a cabo entre el capital y el

432 Véase esta polémica en Samir Amin et alt., *Imperialismo y Comercio Internacional (El Intercambio Desigual)*, Cuadernos de Pasado y Presente No. 24, México 1980.
433 Ibídem p. VI.

trabajo en una formación social, con la diferencia de las condiciones socioeconómicas y la existencia de un grupo de intermediarios nacionales. Efectivamente, aún a sabiendas de una gran diferenciación de clases al interior de nuestros países, hay razones para pensar que en su conjunto estos países se comportan como naciones proletarizadas.

Los enclaves de lo que en un momento se llamó repúblicas bananeras, constituyen un ejemplo respecto a nuestra afirmación. En una empresa de enclave bananero o minero perteneciente al capital internacional se explota a un conjunto de obreros por medio del mecanismo típico de la producción de plusvalía o del intercambio entre un salario pagado por la empresa transnacional a cambio del valor total producido por estos obreros. El hecho de que la empresa o enclave (por ejemplo, norteamericano) tenga prerrogativas en el país huésped que no tienen las empresas nacionales (por ejemplo: el salario de subsistencia es más bajo en los países periféricos, el Estado nacional concede muchas facilidades a estos enclaves que no concede a los empresarios nacionales, los enclaves pueden reinvertir el excedente en el exterior, entre otros), el hecho de que el crecimiento del capital transnacional no se traduzca en desarrollo del país subordinado o que las burguesías nacionales se conviertan en trabajadores-administradores del capital transnacional, etcétera, no altera en lo más mínimo la sustancia del intercambio de valores equivalentes entre el salario pagado y el costo-valor de la mano de obra explotada en los países que bien podríamos llamar países-empresas o fábricas-naciones[434].

De igual manera, cuando los enclaves norteamericanos decidieron desprenderse o desnacionalizarse de nuestros países, entregando o adosando la administración del proceso inmediato de producción de las fincas bananeras a los nacionales, fuesen estas burguesías o cooperativas, no se alteró tampoco la relación de explotación entre el capital y el trabajo. El monopolio de las empresas norteamericanas mantiene el control del dinero, el comercio, el transporte y el mercado de consumo; por tal razón, y para evitar costos incómodos de nuevas regulaciones locales, huelgas, oscilaciones de precios, exigencias de calidad del mercado de consumo, etcétera, aquellas empresas prefieren nacionalizar la producción, quedándose con el control del excedente a través de la circulación. Aquí, como en otros casos, el intercambio de equivalentes entre el dueño del capital y los

434 Véase: Orlando Núñez Soto y Carmen Guevara, Tesis de grado en sociología, referida al papel del enclave en el bloqueo a la acumulación capitalista, en *El régimen de Torrijos y el bloqueo a la acumulación capitalista en Panamá*, CSUCA, San José de Costa Rica, 1975.

trabajadores se mantiene, independientemente de la presencia de los intermediarios locales, sean estos empresas, cooperativas o trabajadores-productores mercantiles o campesinos; a lo más que pueden llegar las llamadas burguesías nacionales es a transformarse en administradores, testaferros o capataces, pero en ningún momento en sustitutos del capital modernizado de empresas trans-nacionalizadas como la United Fruit Company (*la mamita yunai*).

Confusiones similares llevaron a los partidos comunistas latinoamericanos de la época a proclamar la lucha nacionalista como una lucha que debería ser hegemonizada por las burguesías locales, supuestas defensoras del desarrollo latinoamericano.

El debate sobre el intercambio desigual, desarrolló una reflexión que tuvo su asiento en Latinoamérica, incluyendo Centroamérica y el Caribe, desarrollada por la escuela de la CEPAL (entre los que destacan Raúl Prebisch entre otros)[435], así como por los llamados pensadores de la Escuela Latinoamericana de la Dependencia (entre ellos, Pablo González Casanova, Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, Ruy Mauro Marini, Fernando Enrique Cardozo, citando solo a los más conocidos).[436] Estos pensadores latinoamericanos fueron acompañados por estudios y autores norteamericanos como Susan Jones Bodenheimer y André Gunder Frank, entre otros.

La preocupación de estos autores estuvo más centrada en las características del llamado subdesarrollo, concepto impuesto como se sabe por el presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, precisamente para evitar el uso del concepto polarizado de imperialismo por un lado y países neocoloniales por el otro.

El debate de la dependencia, sin embargo, más que desvirtuar el concepto de subdesarrollo, se ocupó de denunciar las causas del mismo, utilizando siempre el marco de la división entre países de los procesos explicados.[437] La ideología

435 Véase: Octavio Rodríguez, La teoría del subdesarrollo de la CEPAL, Siglo XXI Editores, México 1980.

436 Igualmente conocidos fueron los trabajos de Francisco Correa Weffort, Alonso Aguilar, Aníbal Quijano, Octavio Ianni, Aníbal Pinto, Vania Bambirra, Antonio García y el centroamericano Edelberto Torres Rivas. Véase: *América Latina, Dependencia y Subdesarrollo*, EDUCA, San José, Costa Rica 1973. Véase: Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la Dependencia*, Ediciones ERA, México 1979.

437 Véase: Gerald Berthoud, MERCADO, en Diccionario del Desarrollo, Una Guía de Conocimiento como Poder, obra citada previamente. Sobre la situación centroamericana véase el libro de Edelberto Torres Rivas, *Interpretación del Desarrollo Centroamericano*, EDUCA, San José, C.R., 1977.

norteamericana apostaba y apuesta a que los países y trabajadores de la periferia se imaginen sentados en la antesala del desarrollo, es decir, en una edad aún inmadura y teniendo que cumplir con una serie de tareas antes de acceder al estado de desarrollo alcanzado por los Estados Unidos. Los pensadores de la dependencia utilizaron el concepto "desarrollo del subdesarrollo" para describir el proceso explotador del capital internacional, enfatizando la relación entre el imperialismo por un lado y los países del capitalismo tardío por el otro.

Los autores centroamericanos, influidos por el pensamiento cepalino y por la teoría de la dependencia, se ocuparon de atacar las tesis desarrollistas de la ideología norteamericana, describiendo la embestida del capital transnacional, particularmente de origen norteamericano. En aquel momento la región vivía bajo la contradicción política entre la revolución cubana y el Programa de la Alianza para el Progreso de los Estados Unidos. "*Resulta imposible,* decía Rafael Menjívar*, lograr una clara explicación de la profunda crisis en que ha caído el Mercado Común Centroamericano, y con él el modelo desarrollista impulsado a partir del Programa 'Alianza para el Progreso', si no se realiza una evaluación objetiva del papel jugado por la inversión extranjera, fundamentalmente norteamericana, en la década de los sesenta. Los efectos negativos que tal inversión ha producido en la estructura económica de los países centroamericanos y Panamá, ya no pueden ser estudiados con el mismo enfoque adoptado para el estudio de los enclaves coloniales-exportadores, que determinaron una especial división internacional del trabajo. Las actuales contradicciones, subyacentes en la región, deben ser comprendidas partiendo del hecho de la integración del imperialismo a la economía moderna de nuestros países y su dominación del sector industrial. Como ha señalado Theotonio dos Santos, refiriéndose a Latinoamérica: 'La marginalidad, el estancamiento económico, los límites al desarrollo, la conservación de la estructura agraria, atrasada, etc. se presentan hoy dentro del proceso de industrialización capitalista'*".[438]

A la altura de los años setenta, ya comienza a explicarse el fenómeno del subdesarrollo y de la dependencia de nuestros países bajo la lógica del funcionamiento global del capitalismo. Como apunta uno de los pensadores que calificaron el proceso en marcha como *el desarrollo del subdesarrollo*, el estadounidense A.G. Frank: "*La situación en la actual crisis mundial, en la cual se da una transferencia de la producción industrial desde el centro a la periferia, no solo es diferente, sino*

438 Rafael Menjívar, *La Inversión Extranjera en Centroamérica*, varios autores, EDUCA, San José, Costa Rica 1974.

que exagerando un poco se puede llegar a decir que es la opuesta: ya que ahora, debido a que la producción industrial se hace cada vez más para ser exportada al llamado mercado mundial -y, desde luego, también la producción de materias primas- los productores de estos países ya no son los consumidores de lo que producen, y por tanto el capital ya no está interesado en que la clase obrera reciba unos ingresos suficientes para asegurar la demanda efectiva local para estos artículos. Por el contrario, desde el punto de vista del capital, los productores de estas mercancías solo son productores y no consumidores. Es decir, los productores solo son un coste, el coste salarial, y al capital le interesa que los costes salariales sean lo más bajos posibles; y si los productores no pueden comprar las mercancías con estos salarios, no es problema, ya que no se supone ahora que deban ser vendidas en el mercado nacional. Se supone que deben venderse en el extranjero".[439]

De esta idea se desprende o se explica la enorme debilidad del mercado interno o capacidad de compra de amplios sectores de estos países. Efectivamente, si los compradores y usuarios de bienes producidos en la periferia, sometida por la división internacional del trabajo a ser productora de materias primas, siempre fueron foráneos o estaban fuera (Estados Unidos o Europa), no importaba pagar salarios de miseria a los así sobre-explotados trabajadores, los que no recibían por la venta o alquiler de su fuerza de trabajo ni siquiera lo necesario para reproducirse.

Las Zonas Francas, especie de enclaves urbanos, pero con las mismas características socioeconómicas de los enclaves mineros y agrícolas de antaño, facilitan la percepción del fenómeno, cada vez más evidente, de la explotación directa de los trabajadores y trabajadoras de la periferia capitalista por parte del capital de las empresas transnacionales. Parece ser que la realidad de las zonas francas es mucho más elocuente para percibir el fenómeno de la relación capital-trabajo donde se intercambia salario por costo de la mano de obra y donde se realiza la apropiación de plusvalía o diferencia entre el valor total producido y el valor adelantado. En este caso, como en el anterior, no hay necesidad de quebrarse la cabeza buscando un intercambio desigual por intermediación de las diferencias nacionales.

439 André Gunder Frank, *Reflexiones sobre la Crisis Económica,* Editorial Anagrama, Barcelona 1977.

Ello no quiere decir que no exista desigualdad en la relación capital trabajo, o in-equivalencia camuflada de equivalencia, como ya se explicó por parte del marxismo desde el siglo pasado. Más aún, la llamada deslocalización o traslado de empresas estadounidenses o europeas al Tercer Mundo en general y a América Latina en particular, se debe en gran parte a la necesidad que tienen aquellas empresas de bajar sus costos de producción, encontrando para ello una buena oportunidad al trasladarse a países donde no solamente tienen muchas ventajas fiscales, sino la posibilidad de pagar la mitad o menos del salario que pagan o pagaban en sus países.

Más recientemente se ha retomado la polémica sobre la ley del valor y su funcionamiento a nivel de las relaciones internacionales de producción del capitalismo mundial.[440] Buscando como centrar el debate precisamente en las relaciones de producción, evitando caer en las tesis del llamado dualismo entre atraso y desarrollo, tanto al interior de nuestros países como a nivel mundial, sin hacer concesiones tampoco a las tesis que sugieren la preponderancia de la circulación sobre las relaciones de producción.

Volviendo entonces a la producción de mercancías para el mercado mundial, producidas hoy no solamente por las empresas transnacionales o por la burguesía nacional, sino por pequeños productores campesinos, pequeños productores completamente mercantilizados, trabajadores urbanos por cuenta propia, cooperativas, empresas gestionadas por el propio estado nacional, no altera en lo más mínimo la relación entre el capital-dinero-internacional y los trabajadores directos de las fincas, empresas o fábricas-naciones en que se han convertido estos países. La relación, insistimos, no es una relación de intercambio desigual que altera la teoría del valor-trabajo o la ley del valor, sino una explotación directa o indirecta, intermediada por capataces, empresarios internacionales o nacionales o por los propios trabajadores-productores reconvertidos de campesinos en productores de una moderna economía mercantil-simple, por obra y gracia del capital trasnacional.

En todo caso, e independientemente de la forma en que se extrae el excedente de estas formaciones sociales y de estas grandes masas de trabajadores, el resultado ha sido el raquitismo económico en su conjunto, el bajo efecto multiplicador sobre tales economías, el bloqueo a cualquier proceso de acumulación

440 Véase: Gonzalo Pereira, Relaciones Internacionales de producción, Ley del Valor y Distribución Social del Trabajo en: El Mercado Mundial, Siglo XXI Editores, México 1985.

auto-sostenido, la imposibilidad de contar algún día con un mercado interno que pueda fomentar el desarrollo de nuestras sociedades. Tanto es así que a partir de los años sesenta y hasta nuestros días se ha creado un círculo vicioso del endeudamiento externo. Préstamos para mantener las condiciones generales de la producción de mercancías, exportación total de la plusvalía generada por la exportación de materias primas, impuestos para poder pagar los intereses de la deuda externa, presión para seguir produciendo materias primas sin mayor ingreso que el de los míseros niveles de subsistencia de los trabajadores hasta el agotamiento físico y ecológico, así como la progresiva inviabilidad económica auto-sostenida.

De esta forma llegamos hasta la época de la transferencia de valores por la vía del pago del servicio constante de la deuda externa. Una deuda que tiene que seguirse pagando con mercancías exportadas, pues no hay otra manera de hacerlo para nuestros países ni otro interés para el capital internacional que dicho suministro de materias primas. La explotación directa, la explotación indirecta o la auto-explotación en los campos de café, tabaco, banano o azúcar, se acompaña cada vez más con el pago de tributos cada vez más difíciles de pagar, pues en vez de cobrar 4% o 5%, lo que cuesta el dinero en Europa o Estados Unidos, en estos países, los bancos, en su mayoría de patrimonio extranjero, cobran un promedio oficial de tasas de interés de 12% y hasta de 40% en casos de mora, es decir, nos encontramos en una situación donde las formas más refinadas de explotación capitalista se combinan con las formas más antediluvianas de las extracciones precapitalistas como son el capital comercial y el capital usurero.

Durante la década de los ochenta, el pensamiento marxista se concentró en el problema del endeudamiento externo,[441] visto como generado por lo que se ha dado en llamar el deterioro de los términos de intercambio, proceso en que el precio de las mercaderías exportadas por los países industriales es cada vez mayor, mientras que el precio de las mercaderías exportadas por los países agrícolas o periféricos es cada vez menor.

Todo esto es cierto, pero insistimos en que estos países son fábricas-naciones y que el precio de las materias primas exportadas equivale al costo de la mano de obra, pero a precio de canasta básica que apenas logra la subsistencia del trabador individual. Tenemos que salir de la ficción de que se trata de una nación

441 La imposibilidad de pago fue expuesta con lujo de detalles por el presidente de Cuba Fidel Castro. Véase en Fidel Castro, *La crisis económica y social del mundo*, Editorial Siglo XXI, México 1984.

comprándole a otra nación, o de que unos capitalistas les compran a otros capitalistas. No. Se trata de que unos capitalistas, dueños o no de los medios físicos de producción, pero siempre dueños del dinero, expresión universal del capital, compren, alquilan o contratan la fuerza de trabajo para producir materias primas. En ningún momento están pensando los capitalistas industriales, comerciales o financieros, que lo que están pagando es el valor del producto; lo que ellos pagan es el salario impuesto por la división internacional del trabajo.

Durante la misma década en que se llevó a cabo una de las últimas revoluciones armadas de orientación socialista del siglo XX, el debate en Nicaragua estuvo más ligado a la denuncia del imperialismo norteamericano y a las dificultades de la transición en un pequeño país periférico, como fue el caso.[442] En 1982 y bajo el auspicio del Centro de Investigaciones de la Reforma Agraria (CIERA), se suscitaron algunos debates, en los que intervinieron algunos pensadores internacionales marxistas como Paul Sweezy, Harry Magdoff, Michel Lowy, Kostas Vergopoulos, y salvo pocos casos en que enfatizaron la crisis del capitalismo, el problema de la deuda externa y la situación de estancamiento económico de los países periféricos, la mayoría de los análisis se refirieron a algunos aspectos vinculados con la soberanía nacional y a la posición de estos países en la división internacional del trabajo.

Sobre la crisis del capitalismo Magdoff anotaba en aquella ocasión: "*Todo esto se presenta combinado con el alza de las tasas de interés y la expansión y el agravamiento del peonaje de la deuda en el Tercer Mundo. Si hay una lección que debemos aprender de todo esto es que el objetivo de la autosuficiencia para los países del Tercer Mundo, especialmente en el campo de la agricultura, es ahora más urgente que nunca"*.[443] Por su parte Paul Sweezy apuntaba: *"En la periferia, el escenario incluye una disminución en los niveles de vida de las masas, acompañada de una opción política creciente; tasas de desempleo astronómicas, a menudo alcanzando el 30 ó 40 por ciento de la fuerza de trabajo; miseria, desnutrición, incluso hambrunas, sin perspectivas de que haya una mejoría"*.[444]

442 Véase: Valpy Fitzgerald, Acumulación, Planificación y Distribución en Pequeñas Economías Periféricas; véase asimismo, Orlando Núñez, El Proceso de Transición en Nicaragua. Ambos trabajos se encuentran en: La Transición Revolucionaria en América Latina, tomo 1, Editora UASD, República Dominicana 1983; véase igualmente: Orlando Núñez, La Revolución Social y la Transición en América Central, en: La Crisis Centroamericana, EDUCA, San José, C.R. 1984.

443 Harry Magdoff, Crisis Política del Imperialismo, en: Reforma Agraria y Revolución Popular en América Latina, CIERA, Managua 1982.

444 Paul Sweezy, El Centro, La Periferia y la Crisis del Capitalismo Mundial, en Reforma Agraria y Revolución Popular en América Latina, Op. cit., p.70.

Hoy en día la inviabilidad económica de los países periféricos, el agotamiento humano y medioambiental, la incapacidad de seguir pagando la deuda externa y el desempleo generalizado, obligan a millones de trabajadores a emigrar para poder mantener a los familiares que no han podido salir del infierno del subdesarrollo, la dependencia, el capitalismo tardío o como quieran llamarlo.

Pero la explotación, absoluta o relativa, no se agota en las experiencias anteriores. Existe además otra forma de intercambio desigual que aparece escondido en el funcionamiento de la ley del valor, nos referimos a la diferencia de ingresos, ya no entre capitalistas y trabajadores (asalariados o por cuenta propia), sino entre trabajadores con diferentes remuneraciones de ingreso o de salario, como es el caso de los trabajadores rurales versus los trabajadores urbanos, o los trabajadores tercermundistas versus los de las metrópolis. Diferencia que se explica por la favorable o desfavorable correlación de fuerzas entre formaciones sociales que subordinan el mercado mundial y formaciones sociales subordinadas al mercado mundial.

De igual manera, la explicación o persuasión que la teoría del intercambio desigual quizás no alcanzó su propósito, se manifiesta ahora más claramente con la globalización, al mostrar que trasladando su capital a la periferia del sistema las corporaciones consiguen, con el mismo trabajo simple, mayores ganancias que las que obtienen en el centro del sistema, donde supuestamente existe más trabajo complejo. Por eso los capitalistas europeos están más interesados en producir el aceite de ajonjolí en América Latina que en cualquier país europeo, igual que los empresarios coreanos están más interesados en producir pantalones en nuestras Zonas Francas que en los Estados Unidos; lo que no quiere decir que el litro de aceite o el pantalón pueda ser adquirido más barato por parte de los consumidores europeos o norteamericanos, pues como ya dijimos, las mercancías adquieren finalmente su verdadero valor en el momento de la realización, es decir, en el mercado, lo que hoy en día es igual a decir: en el mercado mundial.

Si el costo de producción definiera íntegramente el valor de las mercancías, independientemente de la ganancia del empresario, la tasa de café consumida en Europa y producida en el Tercer Mundo, costaría cada vez menos, igualmente, los pantalones consumidos en Estados Unidos y producidos en las Zonas Francas latinoamericanas costarían mucho menos que los producidos en los Estados Unidos. Ah, dirán ustedes, pero es que el nivel de vida es mayor en Europa y en los Estados Unidos que en Latinoamérica, a lo que habría que preguntarse quién decidió las diferencias del nivel de vida entre un país y otro. ¡El trabajo! dirán ustedes. Pero si así fuera, volvemos a lo mismo, los campesinos de los cafetales

del Tercer Mundo y los obreros de las Zonas Francas latinoamericanas, tendrían que tener mayor nivel de vida y por lo tanto ser mejor remunerados que muchos obreros europeos o norteamericanos.

No nos oponemos a que los trabajadores europeos o norteamericanos tengan un buen nivel de vida, tampoco ignoramos que fue a través de la lucha de clases por ellos emprendida que lograron mejorar sus salarios y bajar la jornada de 12 o más horas en el siglo XIX a 7 horas a finales del siglo XX; pero también es preciso señalar que dicho nivel de vida se ha adquirido por el consumo de lo que llamamos plusvalía histórica,[445] generada en los últimos siglos gracias al trabajo no pagado de millones de esclavos, millones de indios expoliados, millones de hectáreas de bosques deforestados y minas horadadas, millones de obreros y campesinos estafados a través del intercambio colonial, etc.

En todo caso, nadie niega que la mayor parte de la riqueza exportable de estos países, es producida por las familias campesinas a través del intercambio realizado a nivel local, nacional e internacional. Tal como podemos deducir de los planteamientos hasta ahora analizados, cuando hablamos de comercio e intercambio no nos estamos refiriendo a una economía mercantil simple que funciona a nivel mundial, y donde existiría un intercambio de valores equivalentes sin diferenciaciones par nadie, sino que se trata de un intercambio generalizado de valores equivalentes que circulan en un mercado mundial de naturaleza capitalista y por tanto albergan, tal como lo hemos explicado, un intercambio desigual. Se trata de un mercado donde el capital comercial y bancario, al igual que en sus primeros tiempos, han recurrido a la apropiación del trabajo de los pequeños productores, comprando los productos o el trabajo por el costo de la fuerza de trabajo, o incluso menos, y vendiéndolo por su verdadero valor, con el objetivo, esta vez, no de enriquecer, atesorar o construir pirámides, sino de acumular por acumular bajo las reglas del mercado capitalista.

Estas familias tercermundistas, que hacen el trabajo que anteriormente hacían los esclavos, los siervos y los obreros asalariados, pero a menor precio, pues no se les suministra ni comida, ni la mitad de la cosecha, ni el salario, a pesar de que incluso realizan el trabajo organizativo de la producción que anteriormente hacían los empresarios, pero sin ganar ni un centavo. Mientras más producen estas fincas-naciones más pierden en el intercambio, más se empobrecen y más empobrecen sus suelos y demás recursos naturales. Y como estos campesinos no tienen jefes a quien reclamar un salario, porque no son asalariados, tampoco

445 Orlando Núñez Soto, *La Economía popular*, Asociativa y Autogestionaria, op.cit., p.73.

tienen a quien vender sus productos ya que están prácticamente frente a un monopsonio o monopolio de compra, estando así en una situación más complicada que la de los proletarios por cuenta ajena o proletarios asalariados.

Permítannos exponer un ejemplo de cómo funciona el intercambio comercial entre el capital comercial y financiero de los países capitalistas industrializados que controlan el mercado mundial y los países del Tercer Mundo. Utilizaremos para ello el caso del café que se produce en América Latina y se exporta al mercado mundial. Se trata de un sistema cuyo objetivo y mecanismo es la producción y apropiación de plusvalía a nivel mundial, en donde el capital metropolitano adelanta el equivalente a un salario mundial a estas naciones -que bien podríamos llamarles fincas-naciones, fábricas-naciones o empresas-naciones, junto a otra parte de capital para o medios de producción para echar a andar el proceso de producción de café.

Hablemos de un millón de quintales de café, vendido a un precio internacional que oscila entre $120 y $220 dólares el quintal (40 kilos) según el año. Si partimos de un costo de producción de $100 dólares por cada quintal, el país cafetalero puede llegar a ganarse alrededor de $100 dólares como máximo por quintal, con una ganancia para el país de $100 millones de dólares. Claro está que la ganancia de esos $100 dólares no entra en el ingreso de los trabajadores directos, sino de una serie de intermediarios internos. Si el precio de venta se acerca a $100 dólares, estos países estarán vendiendo por debajo de su precio de costo.

Este millón de quintales de café del cual estamos hablando, es importado por empresas norteamericanas y europeas, procesado, empacado y distribuido en la metrópolis a un precio de USA $300 dólares el quintal, a lo que habría que deducir $100 por compra de café y $30 en concepto de costos de transformación y distribución, lo que arroja un ingreso bruto de $300 millones de dólares y un ingreso neto de $175 millones de dólares de ganancia por cada millón de quintales.

Y si una parte de este café es procesado y vendido al detalle a la industria de expendio, el dividendo es mucho mayor. Si calculamos que de una libra de café molido se extraen 40 tazas de café, obtenemos 4,000 tazas de café por cada quintal de café molido, las cuales se venden a un precio mínimo de USA $2.50 dólar cada taza, lo que arroja un ingreso bruto de USA $ 10,000 dólares por cada quintal importado (1 quintal por 4,000 tazas por $ 2.50 cada taza). Si multiplicamos $10,000 dólares de ingreso por quintal por 1 millón de quintales importados, los ingresos de la metrópolis alcanzarán la suma de $10,000 millones de dólares por cada millón de quintales importados.

Inmediatamente nos dirán que no todo el café se vende al detalle, sino que una gran parte es comprado, procesado y consumido en los hogares, cosa que es cierto; supongamos entonces que solamente el 25% del café se vende al detalle, entonces, la metrópolis obtendrá unos ingresos reducidos a 25%, lo que suma una cantidad de $2,500 millones de dólares por cada millón de quintales de café importado, sin contar lo que se vende al por mayor y lo que se vende molido en los supermercados europeos o estadounidenses. Asimismo nos dirán que todo eso equivale al valor agregado al café. Si calculáramos de acuerdo a la ley del valor todo el tiempo de trabajo que a los países periféricos les toma producir ese millón de quintales de café y lo comparáramos con el tiempo de trabajo que a los países metropolitanos les toma agregar el valor que dicen agregar, resultaría algo así como cambiar un año de trabajo de diez mil trabajadores en promedio por un mes de trabajo de mil trabajadores.

Si en vez de un millón de quintales habláramos de 100 millones de quintales, la ganancia para la metrópolis sería de $100 millones por $2,500 por quintal, lo que nos arroja un resultado de $250,000 millones de dólares, mientras que a los países latinoamericanos les quedaría alrededor de $10,000 millones de dólares cada año, siempre y cuando el precio de compra ronde los $200 dólares el quintal; hay que agregar que esta suma corresponde a un ingreso bruto, al que habrá que deducir los gastos de producción, acopio, procesamiento, transporte y gastos de exportación. Igual ejercicio se puede hacer con la producción de banano, ajonjolí, soya, tabaco, carne, tabaco o cualquier otra materia prima que se exporta año con año hacia la metrópolis, incluso cocaína.

Por otro lado, habría que agregar que los campesinos cafetaleros venden su quintal de café a un precio interno menor de $100 dólares el quintal, incluso a $50 dólares, cuando el precio internacional se acerca a los $100 dólares. Algo parecido podremos decir de los trabajadores asalariados que trabajan en los cafetales de los medianos y grandes productores de café en los países periféricos durante los tres meses que dura la cosecha, equivalente a un precio de la fuerza de trabajo que apenas llega a reproducirse durante esos tres meses; el resto que necesitan para reproducirse tienen que encontrarlo trabajando como jornaleros, teniendo muchas veces que completar su canasta básica con remesas familiares provenientes del exterior.[446]

446 Este texto corresponde a un resumen de un trabajo del autor, mucho más detallado y aparecido en el libro titulado: *La Comercialización Campesina en Nicaragua*, CIPRES, Managua 2000.

Claro está que existe una gran diferencia entre la producción de plusvalía al interior de una finca, empresa o formación social, organizada por los capitalistas nacionales, y la producción mundial de plusvalía llevada a cabo por el capital dinero de los grandes capitales apátridas de la globalización capitalista. En el primer caso, la plusvalía puede dar lugar a un proceso de acumulación ampliado o proceso autocentrado de desarrollo capitalista nacional, lo que incluye una preocupación por el salario o ingreso de los obreros y de los campesinos para incrementar su demanda efectiva o capacidad de compra, fortaleciendo así el mercado interno para su proceso ampliado de producción de mercancías y de plusvalía; asimismo incluiría una posibilidad al menos de construir y ampliar lo que se denominan condiciones generales de la producción (construcción horizontal y vertical, energía, condiciones de calificación de la fuerza de trabajo -educación y salud-, resguardo del medioambiente, otros). En el segundo caso, donde la plusvalía o excedente generado por los trabajadores de un país periférico es expropiada por el capital internacional, el bloqueo a la acumulación y agotamiento de las fincas-naciones (empresas-naciones o fábricas-naciones) no es preocupación de los capitalistas transnacionales.

Explicación que no habría que confundir con el papel liberador que les competiría a las inútiles y extemporáneas burguesías nacionales, como soñaron algunos partidos comunistas en su momento. La realidad es que el capitalismo transnacional ha confiscado a las naciones en su conjunto, subordinado al Estado nacional, ha vuelto a hacer funcionales a las otrora burguesías locales, sobreexplotando a los trabajadores, y no parece tener ningún interés en el destino de nuestros recursos naturales, nuestras familias o nuestras identidades sociales. Y si hay injusticia en el intercambio, la misma no es diferente a la injusticia con que funciona el mercado capitalista mundial, pero eso es otra historia que una moral basada en categorías confusas no sabría mejorar.

Recordemos que en la medida que baja el precio de las materias primas, en tanto éstas son parte del capital, aumenta la tasa de ganancia, siempre y cuando no descienda la tasa de plusvalía o la explotación de la fuerza de trabajo. Este fenómeno acerca de la importancia de las materias primas compradas a precios bajos para revalorizar el capital de la metrópolis ha sido señalado desde hace mucho tiempo. A propósito nos dice Marx: *"En la proporción en que se desarrolla la capacidad productiva del trabajo, nos encontramos con que el valor de la materia prima forma una parte integrante cada vez mayor del valor del producto-mercancía, no solo porque se incorpora íntegramente a éste, sino porque en cada parte alícuota del producto total van reduciéndose constantemente la parte*

que repone el desgaste de la maquinaria y la que constituye el trabajo añadido. Y como resultado de esta curva descendente aumenta relativamente la otra parte del valor que forma la materia prima, siempre y cuando este aumento no se vea contrarrestado por la correspondiente disminución de valor de la materia prima, derivada de la creciente productividad del trabajo empleado en su propia producción"[447].

A su vez Grossman, continuando con el análisis marxiano de la explotación del mundo colonizado a través del comercio internacional, es decir, del monopolio y los precios, nos dice: *"Aparece claro que la lucha competitiva de los estados capitalistas comenzó ante todo por el* ***dominio de las materias primas****, porque aquí las posibilidades de ganancias monopólicas eran mayores"(...) "Dado que solo las materias primas o los medios de producción se pueden a la larga monopolizar mientras los productos terminados en general o no son monopolizados o lo son solo con ayuda de un cártel de materias primas, así el movimiento de los cárteles conduce necesariamente a una transferencia en el interior de la economía nacional en beneficio de la industria pesada, tanto en relación a la formación de precios como también en el sentido de que la industria de transformación se pone bajo el dominio de la industria de materias primas". Marx comprobó ya en 1849 "que, al convertirse todo en monopolio, existen en nuestros días ciertas ramas industriales que dominan a todas las demás y aseguran a los pueblos que más los explotan la dominación sobre el mercado universal. Así, vemos que, en el comercio internacional, el algodón tiene por sí solo más valor comercial que todas las demás materias primas juntas empleadas en fabricar vestidos". La lucha por el dominio de las materias primas es así una lucha por el dominio de la industria manufacturera, en última instancia una lucha por la inyección adicional de plusvalor en un determinado sector de la economía capitalista. Pero las materias primas no están distribuidas uniformemente en todos los países sino que se encuentran en determinados puntos de la tierra (por ejemplo, caucho, petróleo, zinc, cobre y otros metales, piedras preciosas, etc.). Por eso existe en el capitalismo la tendencia a asegurarse y a dominar estas fuentes de materias primas, las que entonces son reunidas como "acopio" o "reservas", y este necesariamente puede efectuarse sólo en la forma de reparto del mundo. Si se logra crear un monopolio mundial de materias primas propio, entonces se puede extraer para el propio país un plusvalor adicional del mercado mundial*"[448].

447 Carlos Marx, *El Capital*, tomo III, op.cit., pág. 131.

448 Henryk Grossman, La Ley de la Acumulación y del Derrumbe del Sistema Capitalista, Siglo XXI Editores España, 2004, pág. 293.

Hoy, los países periféricos siguen produciendo y exportando materias primas y la desigualdad entre países se ha convertido en uno de los mayores escándalos de fines del siglo XX, señalado por el Programa Nacional de las Naciones Unidas para el Desarrollo hasta la saciedad. El 20% de la población mundial que vive en los países imperialistas consumen el 60% de la energía, el 75% de los metales, el 85% de la madera, el 75% de los automóviles, y polucionan la atmósfera emitiendo el 49% del gas carbónico. Estas desigualdades se manifiestan al interior de los países. En el caso de los países pobres el 20% de la población consume el 80% del ingreso nacional, y en el caso de los países ricos la pobreza ha comenzado a crecer y alcanza el 20 % de su población[449].

La remuneración diferenciada o el valor desigual de la fuerza de trabajo

Entiendo por remuneración diferenciada la diferencia de remuneración o de precio que existe entre dos cantidades iguales de tiempo de trabajo. Un ejemplo de remuneración diferenciada resultaría del intercambio de un día de trabajo a cambio de una hora de trabajo. Y nada mejor para ilustrar esta afirmación que el intercambio de sumas (valores o precios) iguales entre dos personas. Ante esta afirmación surge la pregunta siguiente: aceptando que las mercancías se cambian en el mercado por valores, incluso sumas de dinero equivalentes, por qué unos salen más favorecidos y otros menos desfavorecidos, por qué en el intercambio de un billete de diez dólares por otro billete de diez dólares, o, lo que es lo mismo, por el equivalente de mercancías de precios similares, unos se hacen ricos y otros se empobrecen.

La primera sospecha es que la estafa o truco no está en el intercambio mismo, sino previamente, cuando constatamos que a uno de los agentes económicos, el billete de diez dólares le costó una hora de trabajo adquirirlo, mientras que a otro la misma suma de diez dólares le costó todo un día de trabajo, reduciéndose la ecuación a un asunto de remuneración o mejor dicho a una remuneración diferenciada, donde a través del intercambio de un billete de diez dólares por otro billete de diez dólares, en realidad se está cambiando un día de trabajo por una hora de trabajo.

En otras palabras, cuando un trabajador después de trabajar un día entero llega al almacén social, entrega diez dólares y recibe un conjunto de bienes valorados en diez dólares, otros harán lo mismo, pero sólo estarán entregando al almacén social una hora de trabajo. Como puede verse, la injusticia no se nota en el acto

449 Véase: Le Bateau Ivre de la Mondialisation, op. cit., pag.9.

mismo de intercambio, sino en la diferencia de remuneración por tiempo de trabajo previamente fijado. Si esto es cierto, tendríamos que dedicarnos a explicar el fenómeno o código de las remuneraciones en el mercado.

¿Por qué una hora de trabajo es remunerada diferentemente según se trate de una persona, región o país? Muchas explicaciones se han ensayado al respecto, sobre la diferencia de remuneración, girando las mismas casi siempre alrededor del diferencial de costos o de complejidad de un trabajo con respecto a otro.

Por supuesto que ante tal afirmación, el lector, el país, o la localidad bien situada nos dirá: Nuestra hora de trabajo vale más que la vuestra, porque nuestro trabajo vale más que el vuestro, por lo tanto, nosotros tenemos que estar mejor remunerados que ustedes. La prueba que nos entregan es igualmente simple. Nos hacen la lista de lo que consumen o han consumido en una hora, un día o un mes, hasta llegar a detentar la remuneración que reclaman, acto seguido nos hacen la lista de lo que consume un trabajador o un país empobrecido, mostrando así la diferencia de remuneración. Obviamente que un rey consume mucho más que un campesino, pero de ahí a afirmar que un rey produce mucho más que un campesino hay mucha diferencia.

¡Cuánta razón tenía Marx cuando afirmó que el salario dependía de dos fuentes! La primera, de carácter objetivo o económica vinculada al costo de la fuerza de trabajo en una sociedad determinada, la segunda, de carácter subjetivo o política, relacionada con la correlación de fuerza en la lucha social o de clase. La primera dependería del costo de la mercancía fuerza de trabajo, la segunda dependería de la presión ejercida por los sindicatos para arrancarles a los patronos un mejor salario, o desde un grupo de países que se unen para reclamar un mejor valor a sus mercancías, como pasó en alguna ocasión con los países exportadores de petróleo (OPEP) que un momento determinado llevaron el precio de un barril de petróleo desde $10 dólares hasta $100 dólares. O el caso reciente de los países occidentales que bajaron el precio de un barril de petróleo de $110 dólares a $45 dólares.

Lo que sabemos es que según las reglas del juego del sistema en que vivimos e intercambiamos (el mercado capitalista), las cosas, bienes, personas o capitales, se intercambian por lo que cuestan, es decir, por el precio que se paga por ellas de acuerdo a una determinada correlación de fuerzas, y no por lo que valen, es decir, no por el valor o la riqueza que cada quien agrega o aporta a la sociedad donde vive e intercambia. Y esta correlación de fuerzas, que se encuentra detrás

de todo criterio y parámetro de remuneración, es proporcional al monopolio que se detenta sobre los recursos o capital, el conocimiento o tecnología y el grado de organización o posición de fuerza en que interactúa cada uno de los grupos, clases, comunidades, personas o géneros en que se dividen nuestras sociedades.

De esta hipótesis se desprende que mientras las reglas de la remuneración sigan siendo como hasta ahora, la aparente igualdad en el intercambio y por lo tanto en el mercado, seguirá generando riqueza para unos y pobreza para otros. En tales condiciones el mercado se convierte en la férrea relación de intercambio que realiza, apaña e invisibiliza un intercambio desigual. Detrás de la manifiesta democracia del mercado, pregonada beligerantemente por el neoliberalismo, lo que existe es una invisible pero padecida dictadura o fuerza ajena a nuestra voluntad que obliga a un intercambio donde se lleva a cabo aquella ley de la estafa por remuneración diferenciada. Una dictadura que impone como conducta y creencia que el egoísmo o lucro individual (la mano invisible), aplicado socialmente a la competencia comercial, es la mejor forma para lograr el bienestar general, conminándonos a la subordinación del Estado, la familia, la sociedad civil y la cultura, a la economía utilitaria y lucrativa. Legitimando así la explotación y la estafa, a través de transacciones aparentemente libres, soberanas, iguales e independientes, pero cuyo resultado es la generación de riqueza individual en forma directamente proporcional a la creación de miseria social.

Esta estafa es la continuación de la gran estafa histórica, por medio de la cual los países, clases, etnias y géneros subordinados por cualquier causa o explicación, han entregado a lo largo de siglos una fabulosa riqueza que se ha venido acumulando y cuya posesión explica la desigualdad de condiciones y la correlación de fuerzas en que cada una de aquellas categorías se encuentra.

Un último tema para terminar esta sección, este capítulo y este libro, tiene que ver con la discusión entre el trabajo simple y el trabajo complejo, incluso al interior del propio marxismo.

Trabajo simple y trabajo complejo

En este caso, también existe una posición que polemiza con la visión que tenía Marx de lo que él llamó trabajo simple y trabajo complejo, considerando como justo que el trabajo complejo tuviese una mayor remuneración que el trabajo simple, aduciendo para ello que el primero tiene más valor que el segundo, en parte por su capacitación y en parte por su rendimiento: *“El trabajo humano es*,

dice Marx, *el empleo de esa simple fuerza de trabajo que todo hombre común y corriente, por término medio, posee en su organismo corpóreo, sin necesidad de una especial educación. El simple trabajo medio cambia, indudablemente, de carácter según los países y la cultura de cada época, pero existe siempre, dentro de una sociedad dada. El trabajo complejo no es más que el trabajo simple potenciado o, mejor dicho, multiplicado: por donde una pequeña cantidad de trabajo complejo puede equivaler a una cantidad grande de trabajo simple*".[450]

Vamos a traer de nuevo una reflexión de Arno Peters, quien al abordar la relación entre economía equivalente y valor de la fuerza de trabajo, rechaza la diferencia establecida por Marx entre trabajo simple y trabajo complejo, y nos propone una remuneración que coincide estrictamente, con el tiempo de trabajo, señalando al respecto: "*Sólo el tiempo de trabajo debe determinar al salario. Entonces, el salario equivaldrá al tiempo de trabajo invertido, independientemente de la edad, del sexo, del estado civil, del color de la piel, de la nacionalidad, del tipo de trabajo, del esfuerzo físico, de la preparación escolar, del desgaste, de la habilidad, de la experiencia profesional, de la entrega personal al trabajo -independientemente también, de la pesadez del trabajo y de los peligros que implique para la salud*".[451]

Dejando atrás la crítica que hiciera Marx al Programa de Gotha, en cuanto a las deducciones necesarias que la sociedad debe realizar antes de entregar en forma directa la remuneración al trabajador, parece sin embargo pertinente discutir la lógica de la remuneración laboral entre calificaciones sociales diferentes.

Efectivamente, mucho se ha exagerado el valor real de los trabajadores calificados y con suma facilidad se acepta la argumentación tradicional de que ganan más porque producen más, e incluso se recurre al argumento marxista, de que ganan más porque se trata de trabajo complejo, es decir, ganan más porque cuestan más que los trabajadores no calificados, tanto al interior de un determinado país como a nivel internacional. Al respecto nos dice Samir Amín: "*Por supuesto, no se pueden comparar 'las productividades' de dos empresas (o dos ramas) que produzcan valores de uso irreductibles. Emmanuel tiene razón cuando objeta a sus críticos, que comparan la productividad en una plantación de café con la de una fábrica de automóviles (para afirmar que esta última es por supuesto más elevada que aquélla, y justificar por eso las diferencias de nivel de salarios), que se sitúan completamente fuera del análisis marxista del valor y que razonan dentro del marco marginalista, que es, como lo hemos mostrado, perfec-*

450 Carlos Marx, *El Capital*, t.1, op.cit., p.12.

451 Arno Peters, El principio de Equivalencia como Base de la Economía Global, op.cit., p.56.

tamente tautológico: ¡las 'productividades' son diferentes ... porque las remuneraciones del trabajo también lo son!".[452] Sigue diciendo Samir Amín: "*Por el hecho de que todos los productos son mercancías internacionales, la misma cantidad de trabajo gastada en diferentes lugares del mundo, cristalizada en esos productos, produce también un valor mundial único, aunque la fuerza de trabajo no sea una mercancía internacional pues no circula libremente fuera de las fronteras nacionales. Emmanuel tiene razón al insistir sobre este punto: la hora de trabajo del proletariado africano vale como la del proletario europeo porque el producto del trabajo de uno y otro son mercancías internacionales. A Palloix, que se asombra de que se compare el valor de la hora de trabajo aquí y allá, Emmanuel le responde: ¿Cómo comparar una hora de trabajo africano con una hora del obrero de Detroit? Y bien, de la misma manera que se compara la hora de trabajo de un obrero de Detroit con la hora de trabajo de un peluquero de New York"*.[453]

El error en la medición se comete al deducir el valor o precio de una hora de trabajo a partir del nivel de vida o de consumo de un trabajador o de un ciudadano. Frecuentemente se infiere que el valor o precio de un trabajador tiene que ver con un conjunto de criterios o parámetros, entre ellos: a) El valor acumulado e invertido (trabajo muerto) en la fabricación (crianza) física y mental de un trabajador; b) El valor de mantenimiento según el nivel de vida adquirido según el espacio social o país donde vive, o a través de la lucha de clases (frente a la burguesía y frente a otros trabajadores), y finalmente, c) La productividad o el valor agregado por un trabajador. El primero, tiene que recuperarse en el proceso de trabajo, el segundo, tiene que regresarse a la sociedad que los adelantó o que los acumuló (a nivel nacional o mundial); en ninguno de ambos casos se extrae valor agregado y los mismos corresponden efectivamente al costo de producción, manutención y reproducción de ese trabajador; siendo el último el que realmente produce un nuevo valor y su medición sólo puede corresponder a su capacidad de trabajo o al tiempo de trabajo empleado; en tal caso, la medición del valor es igual para cualquier trabajador, dependiendo de muchos factores: calificación, tipo de trabajo y productividad del capital con el cual interactúa y se trata de una medida de todos los trabajos implicados en una determinada sociedad, y, como dice Peters, en una sociedad global aquella corresponderá a una media mundial.

Permítanme recurrir a un ejemplo del error y de las consecuencias en que se incurre cuando se confunde valor con costo de producción, remuneración o precio

452 Samir Amin, ¿Cómo funciona el capitalismo?, El intercambio desigual y la ley del valor, op.cit., p.18.
453 Ibídem., p.18-19.

del trabajo complejo. Pensemos en la remuneración de un rey que utiliza 200 carruajes y 500 siervos, y para no ensuciar la poesía con nuestros análisis, no incluyamos otras cosas tales como "*un palacio de diamantes, una tienda hecha del día, un rebaño de elefantes, un Kiosco de malaquita y un gran manto de tisú*".[454]

Sabemos que el trabajo de un rey es un trabajo complejo y muy calificado, y sabemos todo lo que cuesta producirlo y mantenerlo, por lo tanto, su costo o remuneración, como ya lo indicaron los fisiócratas es miles de veces mayor que el de un campesino. Diferencia que estaría justificada por la teoría de los costos de producción aplicados a la fuerza de trabajo, ya que producir a un campesino cuesta mil veces menos que nuestro rey, porque para su fabricación y mantenimiento el tiempo de trabajo invertido por sus padres y por sí mismo apenas corresponde a un mendrugo de pan y unas gotas de aceite. Claro está que en este caso ningún comerciante o capitalista se arriesgaría a equivocarse, comprando un rey por lo que cuesta e intentar recuperar su capital invertido vendiendo el producto generado por dicho rey; cualquier comerciante o capitalista preferirá comprar al campesino por lo que cuesta en el mercado su tiempo de trabajo y vender el ajonjolí o el café producido por su precio de mercado, sin fijarse o quebrarse la cabeza sobre la teoría de los costos de la fuerza de trabajo.

En este caso extremo, igual que en la mayoría de los casos con fuertes diferencias en la remuneración del trabajo, todos sabemos que el factor que más pesa en cuanto a la remuneración del llamado trabajo simple o trabajo complejo son factores extraeconómicos, producto de la correlación de fuerzas en cada sociedad o en cada civilización, y no el valor generado por su trabajo. La remuneración de un rey entonces no proviene del valor producido, agregado o aportado a la sociedad, pues todos sabemos que más bien dilapida y desangra, sino de los privilegios sociales otorgados por otras razones. Y si recurrimos al criterio del costo de producción, ¿en qué quedamos entonces? el esclavo cuesta menos porque está mal remunerado, es decir, explotado, o está explotado y mal remunerado porque cuesta menos producirlo; y el rey está mejor remunerado, porque cuesta mucho producirlo o cuesta mucho producirlo porque está demasiado remunerado. Si la remuneración estuviera condicionada simplemente por lo que consumimos, todos estaríamos dispuestos a consumir mucho para estar bien remunerados.

454 Estas últimas frases o versos corresponden a un poema de Rubén Darío: *A Margarita Debayle*, incluido en sus Poesías Completas, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1987, p.657.

Ahora bien, dirán ustedes, si crear ingenieros le cuesta más a una sociedad que criar campesinos, entonces los ingenieros tendrían que ganar más por el mismo tiempo de trabajo que el campesino, pero también podría decirse que los ingenieros tendrían que pagarle o remunerar a la sociedad lo que aquella invirtió en ellos, y los campesinos no tendrían que pagarle nada porque dicha sociedad no invirtió nada en ellos. Algo parecido han decidido, en algún grado al menos, los administradores públicos a la hora de cobrar impuestos al salario, cobrando más a los salarios altos y cobrarle menos a los salarios bajos o ningún impuesto a aquellos que todavía no se han formado, como es el caso de la exoneración de impuestos a los estudiantes que trabajan en verano durante las vacaciones.

En otras sociedades, como en Alemania, existen casos en que las remuneraciones laborales están volviendo a la medida del tiempo de trabajo, siendo así que los fontaneros ganan igual que los médicos por el mismo tiempo de trabajo, o ganan más debido a que el trabajo de fontanería se considera menos optativo que el trabajo de un médico y los fontaneros tienen la fuerza o el derecho suficiente para no dejarse esquilmar como pasó con los esclavos o como pasa con los campesinos del tercer mundo.

La redistribución de la plusvalía histórica

Llegamos finalmente al último apartado, el que dedicaremos a plantear una última tesis, cuyo fenómeno corresponde a lo que hemos dado en llamar la plusvalía histórica. La plusvalía histórica es una plusvalía mundial y se encuentra almacenada o representada en el capital fijo de las economías del mundo entero. Si se mantuviera el patrón oro y el dinero en circulación estuviese respaldado por la cantidad de lingotes existentes en las bóvedas de los bancos del mundo entero, la suma total de la plusvalía histórica estaría contabilizada por el capital fijo existente en todos y cada uno de los países del mundo entero en un momento determinado.

A medida que aumenta la composición orgánica de capital, es decir, el aumento mayor del capital fijo sobre el trabajo vivo, una mayor proporción de lo que hoy se mide como Producto Interno Bruto (PIB), corresponderá a la plusvalía histórica. Según el cuadro de Piketty sobre la distribución del PIB mundial, equivalente a $70,000 billones de dólares (miles de millones).

Esta plusvalía histórica es cada vez más grande, no solamente porque la humanidad amasa cada día una mayor cantidad de riqueza, sino porque, como lo demuestra Piketty, el capital de herencia es cada vez mayor con respecto al capital

generado en una generación. La plusvalía histórica sería equivalente al capital fijo público, la herencia de todas las familias del mundo entero o lo que es lo mismo, a lo que todas las familias de generación en generación han logrado amasar a lo largo de toda la humanidad. Un lugar especial corresponde al conocimiento, factor que cada vez más ocupa una posición importante en la capacidad de producción, gracias al potencial productivo de lo que Marx llamaba el maquinismo.

Lo que queremos expresar, auxiliado por este neologismo es la importancia que tiene la redistribución de la plusvalía en el enriquecimiento de personas, empresas, países, continentes, en fin, en el mundo entero, sobre todo sabiendo que hemos llegado a ciertos límites en la capacidad de realización de la plusvalía industrial. Como sabemos, cada día se hace más fácil producir y cada vez más difícil vender. Por lo tanto, muchos capitales recurren cada vez más a apropiarse de la plusvalía acumulada, la cual se redistribuye más a través de la especulación que de la producción.

Hoy, la distribución de los excedentes parece avanzar al margen de la producción. En primer lugar, a través del comercio nacional e internacional. En segundo lugar, a través de la especulación bancaria y financiera. En tercer lugar, a través de la redistribución de la plusvalía previamente producida, ya sea a través de la herencia, el monopolio en la creación del dinero o inflación de las economías del mundo entero, o simplemente a través de cualquier otro monopolio, incluyendo la tecnología o la fuerza bruta.

Sobre los primeros ya hemos hablado bastante. Por lo tanto creemos pertinente dedicar algunos párrafos, al tercer factor, es decir, a la redistribución de una plusvalía previamente producida, gracias a la existencia de una enorme masa de riqueza amasada por la humanidad entera desde hace varios siglos de inmisericorde explotación; entre las que se encuentra el conocimiento, la infraestructura pública y el dinero equivalente atesorado en diferentes formas. La verdad es que el monopolio de las riquezas o de las condiciones de la producción, así como la lucha por la distribución de los excedentes en general o de la plusvalía en particular, no se limita a la riqueza generada en una generación, sino que incluye asimismo la riqueza amasada por la humanidad en toda su historia y utilizada bajo múltiples formas materiales e intelectuales, en tanto capital y constituida por una especie de **plusvalía histórica** que ha funcionado como renta monopólica o capital privado y a la cual se encuentra subordinada o atada la mayor parte de la humanidad. El mundo se parece cada vez más a los viejos imperios que saqueaban las riquezas producidas por sus vecinos a través de guerras de pi-

llaje, mucho más jugoso y prometedor que dedicarse a la producción. No es por casualidad que el imperio se gasta centenares de miles de millones cada año en armas, soldados y cuarteles o bases militares a fin de llegar a los lugares más lejanos por la vía de la guerra y de las invasiones militares.

Esta riqueza, verdadero patrimonio de la humanidad, se intercambia y se transfiere de una mano a otra a través de relaciones fortuitas o especulativas y circula como plusvalía universal heredada, más allá de los centros de trabajo, es decir, en los canales de circulación del mercado. La plusvalía histórica se encuentra concentrada principalmente en las ciudades y en los centros industriales, sobre todo en las ciudades del imperio, cimiento de los ejes de la acumulación mercantil y capitalista, como en las manos de las familias más adineradas.

La apropiación privada de esta riqueza previamente creada, permite el monopolio de las condiciones y de los medios de producción y de cambio, sin que para el poseedor tenga que mediar un largo período de acumulación originaria, pues a través de múltiples mecanismos, cualquiera puede ampararse en segmentos significativos de tal riqueza acumulada y ocuparla para mejorar su correlación de fuerzas en el mercado, favoreciendo dicha posesión monopólica una ventajosa remuneración.

Esta puede ser la explicación por la que circula tanto dinero, sin que aparentemente aumenten en igual proporción los bienes que deberían respaldarlo. Si el dinero en circulación, como dijimos al inicio, tiene que ser igual a los bienes producidos, para que nos salgan las cuentas, habría que incluir no solamente los bienes producidos en el presente, sino también los bienes producidos por la humanidad en toda su historia y que todavía se conservan y son objeto de mercantilización, es decir, que devienen en mercancías que se compran y venden en el mercado de valores, desde el oro y las pinturas que están en el Vaticano, hasta las catedrales y los puentes de París, las pirámides de Egipto, los canales de Suez y de Panamá, los astilleros y puertos, incluyendo el conocimiento acumulado en patentes, manuales técnicos, dinero virtual y demás formas intangibles de las mercancías atesoradas y de vez en cuando intercambiadas de una mano a otra, como sucede con un castillo medieval que se vende o cambia de dueño en cada generación.

Como sabemos y hemos dicho, el imperio del mercado es la imposición de una ley, denominada mano invisible por los liberales (marginalistas o neoclásicos) y ley del valor por el marxismo, por medio de la cual estamos obligados, eter-

namente según los liberales y condicionados, social e históricamente, según el marxismo o la escuela histórica, a intercambiar bienes y servicios por medio del dinero y a precios determinados en base a costos y tasas de ganancia, y donde el valor inicia su recorrido de acuerdo al tiempo de trabajo socialmente necesario requerido para producir las mercancías.

A diferencia de otras leyes como la ley de la gravedad, que a pesar de ser una ley natural la gente ha procurado prescindir de la misma, aún sin recurrir a la aeronáutica, regulando sus pasos para no romperse la cabeza contra las piedras, la ley del mercado es una ley social, creada por circunstancias históricas y por lo tanto una ley regulable y prescindible.

En el mercado se actúa bajo el imperativo de las necesidades y deseos (naturales y sociales), la competencia, la codicia y el lucro, donde toda relación tiene que estar motivada por intereses particulares y todo valor o producto humano debe tener su precio. La acción de esta ley decide la cantidad de tiempo y recursos destinados a producir tal o cual volumen de mercancía, para una determinada clase, sector social o país, en una cierta forma y de acuerdo a la correlación de fuerzas, económica (monopolio de cualquier recurso) o política (monopolio de poder o hegemonía), en que cada uno se encuentre, individual o colectivamente.

La imposición material se combina con una censura cultural por medio de la cual el imperativo de aquella ley debe aceptarse y asimilarse bajo el supuesto de un fundamentalismo doctrinario, que impide dudar de sus principios, desobedecer a su mandato, rebelarse a sus mecanismos o renegar de sus resultados, y sin que nadie tenga la mínima posibilidad de optar libremente por salirse de su campo de atracción u osar regularla.

El resultado social de la imposición de esta ley genera irremediablemente enriquecimiento para unos pocos y empobrecimiento para muchos; despilfarro y desigualdad en todos los niveles, caos periódico y depredación. Igualmente, a medida que se generaliza la domesticación y subordinación a dicha ley, se observa el desmantelamiento del resto de leyes que hasta ahora la humanidad había utilizado para regular la sociedad. Todo gravita de acuerdo a la racionalidad, la norma o la fuerza del mercado, independientemente de la bondad o el daño que pueda infligirse al otro o a todos.

Es así que el mercado se impone como la fuerza de una riqueza acumulada que excluye y margina a través del intercambio, la imposición de un pensamiento que extirpa toda alternativa de emancipación, la introyección de un sentimiento

que abandona la pluralidad en la que hasta ahora habíamos convivido. Esto no es nuevo, ni en los hechos ni en el análisis, en el funcionamiento del mercado capitalista, sin embargo, al inicio del sistema tales normas eran impuestas por la burguesía más avezada, hoy en día comienza a introyectarse como creencia y meta cotidiana por toda la población.

El libre mercado es la libertad para quien monopoliza las condiciones que le permiten exigir una mejor remuneración para su tiempo de trabajo (capital, fuerza de brazos, conocimiento, tecnología, mercados cautivos, organización, poder político, etc.) y la sumisión para los subordinados o desposeídos, quienes tendrán que aceptar una menor remuneración bajo cualquier pretexto, criterio o sustentación.

Si hemos hablado de dictadura del mercado es porque la misma no se agota en la dictadura del capital, pues en esta jungla todos somos víctimas y todos victimarios, aunque sea por un momento y aunque las ventajas del intercambio en el caso del marginado no sean tan escandalosas como las del potentado. El gran capital contra el pequeño capital; el ciudadano urbano contra los semi-ciudadanos rurales; el blanco contra el negro; el macho contra la hembra; todos contra la naturaleza y los intereses sociales; en otras palabras, todos contra todos.

El imperio del mercado es el poder de un tipo de intercambio cuyo resultado siempre es el de una minoría que se enriquece a costa de la mayoría, pero donde todos obedecen a sus leyes y todos somos en algún momento o en alguna transacción parte de aquella minoría y de aquella mayoría a la vez, según la ocasión y según el lugar que unos y otros ocupamos con respecto a los otros. En el mercado, quienes más calculan, intervienen, regulan o se aprovechan de cualquier circunstancia, son quienes más se benefician en la distribución o redistribución de la plusvalía: ¡Ninguna intervención, ninguna protección, ninguna tregua al vencido, ninguna debilidad al momento de programar beneficios, ninguna censura humana para obtener ganancias materiales! De ninguna otra manera se podría explicar que alguien gane varios millones de dólares al año, sea especulador, artista, deportista, narcotraficante o general de ejércitos de ocupación. Por eso el neoliberalismo proclama liberar el dinero de toda censura moral, política, ecológica, cultural, privatizar todas las actividades y esfuerzos públicos, desregular todo lo que ponga en riesgo la posibilidad de sacar ventaja.

Todos esos procesos e intercambios son parte de su metabolismo, hasta que le llegue el momento en que la historia y la humanidad diga ¡basta! y recomience a andar sobre sus propios pies y de acuerdo a sus propias leyes.

CONCLUSIONES

(AGENDA PARA UN DEBATE)

Estas conclusiones, redactadas a manera de comentarios, sugeridos por el contenido del libro, tienen como finalidad estimular una agenda que partiendo de las tribulaciones del socialismo a la hora de alterar el metabolismo del mercado, avancen en despejar las mismas interrogantes que los líderes y pensadores se hicieron antes y durante las experiencias socialistas, a saber: ¿cuándo, cómo y en qué condiciones puede o debe un régimen socialista emprender la regulación, la socialización y la desmercantilización de la economía, o al menos avanzar progresivamente en todas ellas, en tanto que respuesta histórica a los desmanes del mercado capitalista y del imperialismo?

A continuación vamos a resumir algunos planteamientos y ciertas líneas de pensamiento para continuar un debate que se inició hace tiempo y que no tenemos por qué considerarlo cerrado. Previamente quisiera decir que si bien es cierto el análisis giró alrededor de las vicisitudes por las que tuvieron que pasar los regímenes socialistas en el campo de batalla del mercado a la hora de querer transitar del capitalismo al socialismo, no son despreciables otros campos de batalla como lo son la opinión pública y la democracia, las que a su vez tienen que ver con el mercado y en última instancia con la relaciones de poder.

Sobre el valor y los precios de mercado

El valor y los precios de mercado han sido uno de los temas más controversiales en las doctrinas económicas y en la toma de decisiones, tanto del sector privado como de los organismos públicos. Esta temática ha dividido a economistas, líderes y paradigmas políticos, dando lugar a dos corrientes de pensamiento (marginalistas y marxistas), unos basados en lo que llaman el valor-utilidad y otros basados en la teoría del valor-trabajo.

Las diferentes opciones han tenido consecuencias prácticas de primer orden en diferentes campos de la vida económica y social, particularmente dentro del socialismo.Un primer campo se refiere a la contradicción entre el cálculo mercantil utilizado en una economía de mercado para definir precios y asignar recursos versus el cálculo presupuestario o planificado utilizado en una economía en transición como criterio para tales definiciones y asignaciones. En las economías socialistas, la opción por el cálculo presupuestario terminó creando distorsiones

económicas que a la larga desestabilizaron el funcionamiento normal de la economía e hicieron perder competitividad frente al capitalismo. Un segundo campo tiene que ver con la forma en que se utilizaron las categorías mercantiles desprendidas de la ley del valor (precios, costos, inversiones, asignación de recursos, relaciones de equivalencia, ganancia) a la hora de emprender la socialización y la desmercantilización de ciertos bienes y servicios de la economía; en el socialismo se utilizaron las categorías mercantiles para algunos productos o sectores de la economía, mientras no lo hacían para otras mercancías o sectores. Un tercer campo se desprende de la relación que existe entre las variables internas y las variables externas, a la hora de administrar los necesarios equilibrios de la economía; en el socialismo se hizo difícil compatibilizar o alinear las variables internas, sobre las cuales se tenía algún nivel de control, con las variables comerciales y financieras externas, sobre las que no se ejercía ningún control.

A través de la ley del valor conocemos la formación de los precios y la asignación de recursos en el mercado. Ya observamos en los últimos capítulos del libro la insistencia de la academia en sobrevalorar los efectos de la oferta y la demanda sobre los precios. En cambio se habla menos de la incidencia que los precios y la manipulación de los mismos tienen sobre la oferta y la demanda, ya sea en una economía capitalista o en una economía socialista. La realidad es que existe una interdependencia entre producción-oferta versus demanda-consumo, así como una compleja interacción entre todas las formas de precios, ya sea formados por el mercado o impulsados por la planificación empresarial y estatal: precios de competencia, precios de monopolio, precios de renta, precios especulativos, amén de acontecimientos políticos, económicos, ecológicos, entre otros, que inciden en los equilibrios y desequilibrios de las economías locales, nacionales y mundiales.

A todos estos vaivenes de la economía no se escapa ningún escenario del mercado, pues afecta a los mercados de materias primas y a los productos manufacturados, al mercado de capitales y a los mercados laborales, al precio del dinero local y al precios de las divisas, afectando a su vez a la producción, la productividad, la competitividad.

Depreciar internamente valores y precios de cualquier tipo, como ha pasado en las economías mixtas o en las economías socialistas, tiene como consecuencia un desajuste interno para empresarios, pequeños o medianos productores, incluso para la producción estatal misma, perdiendo todos ellos competitividad con el mercado capitalista externo. El déficit comercial y la escasez de capital serán, tarde o temprano, la expresión lógica de tales desarreglos, hasta que la

iliquidez del sistema obligue a dar marcha atrás a las políticas que dieron origen a las turbulencias del mercado y de la economía, con el consabido desgaste en una opinión pública que no entiende por qué las buenas intenciones desordenan lo que hasta entonces parecía ordenado, generando una precariedad producida aparentemente por una previa y primaria abundancia. En la mayoría de los casos, el endeudamiento externo, la incapacidad de pago y la iliquidez del fisco, frecuentemente fomentado por el Fondo Monetario internacional y el Banco Mundial, precipitaron el colapso de las economías socialistas.

Si esto es tan evidente y tan simple, ¿por qué las fuerzas sociales optaron por seguir violentando la ley del valor y alterando precios sin contrapartida? ¿Cómo explicar de otra manera que todos los regímenes, sigan tropezando sobre los mismos senderos?

En el caso del capitalismo la respuesta está en la obligada tendencia hacia el lucro o la ganancia de los grandes capitales o en las necesidades de emergencia como sucede durante los períodos de guerra. En el caso del socialismo, la respuesta estaría en la presión de las fuerzas revolucionarias sobre las políticas económicas y sociales; no podemos ignorar que las masas hacen la revolución para alterar el orden establecido, sobre todo en aquellas variables que generan una gran diferenciación social y una gran injusticia para la mayoría de la población.

Otra respuesta estaría en la regularidad de un supuesto péndulo histórico, económico, social, político e ideológico, que oscila entre dos posiciones extremas. Si hay injusticia social, el péndulo se balanceará hacia una izquierda redistributiva; igualmente, en presencia de un desajuste o desequilibrio caracterizado por la iliquidez, el péndulo se balanceará hacia la derecha en busca de un reajuste estructural.

En todo caso, la principal conclusión es que la inobservancia rigurosa, por cualquier causa que haya sido, de los conceptos y prácticas mercantiles en la transición llevó a los países socialistas a un proceso de **desacumulación** que terminó implosionando las economías sobreplanificadas.

La transición del socialismo a la economía de mercado

En el último siglo conocimos la transición del capitalismo al socialismo; una transición que se llevó a cabo en términos políticos, ideológicos y económicos. Des-

de el punto de vista económico, la transición se emprendió desde una economía de mercado bajo la hegemonía del capitalismo privado hacia una economía totalmente planificada bajo la hegemonía del capital público.

A finales del siglo pasado e inicios de este siglo hemos asistido a la transición de una economía socialista hacia una economía de mercado, bajo una fuerte presión de las corporaciones capitalistas globalizadas.

Algunos pensadores opinan que el socialismo del siglo XX no fue más que un camino más largo hacia el capitalismo. Nosotros pensamos más bien que fue la primera gran incursión del socialismo a través de la planificación estatal de la economía, donde el capital privado nacional fue completamente desplazado. Esta incursión se inició en términos políticos y avanzó lo más que pudo en el campo de la economía. No nos queda duda que el capitalismo y la economía de mercado no pueden seguir funcionando indefinidamente y que en el futuro conoceremos otros esfuerzos por enrumbar las economías nacionales por la senda del socialismo.

La principal lección sigue descansando en la advertencia de Marx sobre la necesidad de mantener las categorías mercantiles, mientras exista la producción social. Sin embargo, no es despreciable el diseño y los esfuerzos de lo que Engels y Lenin llamaron el capitalismo de Estado, como antesala del socialismo. Como no es despreciable la ruta socialdemócrata hacia el socialismo implementada en los países nórdicos europeos.

En todo caso, sigue siendo obligado el desarrollo de las fuerzas productivas, a través de la industrialización y aplicación de las nuevas innovaciones tecnológicas en curso, tal como lo estamos viendo en los países asiáticos, hasta hace poco situados en el umbral del desarrollo agrícola. En este sentido será importante la voluntad política y la presión de una opinión pública cada vez más generalizada, clamando por erradicar la pobreza y por participar en las decisiones políticas y económicas que la conciernen; opinión pública encarnada en clases y masas enteras alrededor de una agenda que apenas comienza a recuperarse de la primera gran batalla por el socialismo, escenificada a lo largo del siglo recién pasado.

A partir del colapso del socialismo soviético y de las dificultades económicas del socialismo periférico, muchas veces subsidiado por aquél, la mayoría de los países socialistas giraron progresiva o abruptamente hacia lo que se ha dado en llamar el socialismo de mercado. Unos con plena conciencia de lo que se están

haciendo, otros haciendo de la necesidad una virtud. Claro está que para unos, socialismo y mercado se excluyen mutuamente, mientras que para otros, existe el socialismo planificado totalmente y el socialismo de mercado. Lo que debiera discutirse más bien es cómo alcanzar las metas del socialismo a partir de la introducción del mercado en el seno de las economías llamadas anteriormente socialistas.

La discusión sobre el socialismo de mercado ya no es un asunto teórico solamente, sino un asunto práctico, sobre todo a partir de que algunas economías socialistas estatistas comenzaron a utilizar el mercado para poder competir y crecer económicamente, pero manteniendo o combinando la planificación socialista con un significativo mercado de capitales privados, como es el caso de China, Vietnam y, en menor medida el de Cuba.

El esquema general de un socialismo de mercado es el siguiente: *El partido dirige, el Estado administra, el mercado incentiva la producción, tanto pública como privada*. Los dirigentes chinos, después de haber probado el socialismo de Estado o como diría Lenin, el capitalismo de Estado, donde todos los medios de producción, o al menos su propiedad, estaban en manos del Estado, comenzaron a privatizar la producción, sin dejar de regular la economía en su conjunto. Sabemos que el éxito ha sido impresionante, tanto desde el punto de vista económico como social, al menos en comparación con el nivel de vida anterior y, en cierta forma, muy distinto a como lo hicieron los países capitalistas. Sabemos que el ahorro o capital originario salió fundamentalmente de la explotación de la población campesina, aunque nada comparable con los doscientos años de esclavitud, servidumbre, conquista y colonización perpetrados por los países europeos.

Vietnam, por ejemplo, ha llegado a convertirse en el primer exportador de arroz del mundo, por encima de China y en el mayor exportador de café del mundo, por encima de Brasil, siendo un país inmensamente más pequeño que los dos países mencionados, aunque con un costo altísimo para la naturaleza.

El lector se preguntará, entonces, dónde está el socialismo. Una primera repuesta es que el poder y la planificación del Estado y de la clase política que dirige el Partido Comunista, siguen centralizados y todavía hegemonizan el comportamiento de los capitales locales y extranjeros, los mercados y la vida económica en su conjunto. En otras palabras los mercados y los capitales se regulan de acuerdo a un plan que dispone de los instrumentos internos del sistema económico. Otra repuesta es que los organismos centralizados se ocupan todavía de

mantener el equilibrio entre la producción o reproducción ampliada de los capitales y la distribución y redistribución de los ingresos. Como se dice en China, buscando un equilibrio entre la prosperidad y la igualdad social.

Sin embargo, esa combinación de planificación con mercado, no es privativa de los países socialistas asiáticos. Es también, en cierta forma, el camino tomado por muchos países asiáticos emergentes y exitosos desde el punto de vista económico y social.

Sabemos asimismo, sin embargo, que las reglas del mercado y el comportamiento de los capitales, mantienen su labor de zapa, generando desigualdades que a la larga pueden dar al traste con la redistribución social de los excedentes, convirtiéndolos en países capitalistas. Ninguno de los dirigentes del socialismo de mercado niega que exista una gran diferenciación social, incluso con brechas gigantescas entre los ingresos más altos y los ingresos más bajos. Hoy en día, tanto en China como en Vietnam, existen muchos millonarios que al mismo tiempo pertenecen al partido comunista, el que todavía tiene influencia sobre ellos, pero a medida que pasa el tiempo y la generación actual sea sustituida por una nueva generación, que no vivió ni militó en la lucha contra el antiguo régimen, las cosas podrán ser diferentes, como los mismos dirigentes lo sospechan y señalan. Otro problema del que no escapa el socialismo de mercado, como tampoco ningún país del mundo, es la generación de nuevas formas de corrupción administrativa. Todo parece indicar que para que la acumulación deje de ser un fin en sí mismo y se convierta en un medio para el bienestar de la población, se necesita profundizar la democracia, es decir, que los trabajadores y pobladores incursionen en la gestión colectiva de la economía y de la política.

Existe otra experiencia de socialismo de mercado, mucho más antigua, prácticamente desde finales del siglo XIX, con igual éxito, como es el de los países escandinavos, donde la planificación y el mercado conviven bajo un esquema democrático que permite a la población participar permanentemente en la gestión pública, con toda libertad política. Los países escandinavos han alcanzado el mayor nivel de bienestar con el mayor nivel de libertad, conocido hasta ahora en el mundo entero. Y aun así, como producto de la ofensiva neoliberal parece estar mutando hacia un régimen liberal y en proceso de acompañar a los nuevos regímenes capitalistas típicos, con todos sus vicios nacionales e internacionales.

Sin duda alguna, los casos sino-vietnamitas como escandinavos son dignos de estudiarse con mayor profundidad, tanto desde una óptica capitalista como des-

de una visión socialista. No es despreciable el papel jugado por el cooperativismo, basado en unidades de producción, ahorro y crédito, comercio y consumo, a caballo entre las unidades estatales y las unidades privadas individuales.

El reciente caso de Cuba parece diferente. Un pequeño país donde la economía socialista logró funcionar plenamente y que logró resistir no solamente 50 años de bloqueo económico, sino el colapso del socialismo soviético que le hizo perder el 70% de su comercio exterior, sobre todo con los países socialistas. Lo que muestra la fortaleza de su régimen interno, a pesar de las adversidades externas. Todo parece indicar que en la medida que se elimine el bloqueo económico imperial, Cuba podrá mantener los logros del socialismo y enrumbar la economía y la sociedad por una senda más provechosa para su población.

La garantía quizás de lo que suele llamarse socialismo de mercado está en la participación democrática de los trabajadores, otras categorías sociales, incluyendo los consumidores y los pobladores en general. Una participación democrática de los trabajadores y demás sectores permitiría que a medida que el crecimiento lo vaya permitiendo, el acceso a los bienes y servicios se irá universalizando; igualmente, la participación democrática en la gestión de las empresas y el resto de instituciones privadas y públicas, debería ir sustituyendo una burocracia elitista por representantes universalmente electos, revocables en todo momento, sin privilegios y pertenecientes a todas las categorías sociales.

Finalmente, si bien hablamos de la transición del socialismo a una economía de mercado, para explicar lo que pasó con los regímenes socialistas que no pudieron mantenerse, ni por razones económicas ni por razones políticas, también debiéramos introducir la discusión de cómo transitar desde una economía de mercado hacia una economía donde el capital se vaya socializando y la economía desmercantilizando. Tomando en cuenta no solamente las experiencias pasadas, tanto estatistas como asociativas y autogestionarias al estilo yugoslavo, sino las actuales experiencias de lo que ahora se denomina economía social, al menos en los términos en que la definimos en el capítulo correspondiente.

Regulación, socialización y desmercantilización

Estos tres conceptos, ofrecidos como subtítulo del libro, igual que la evaluación, teórica y práctica de tales fenómenos, son el punto de partida del análisis, pero además su punto de llegada, ojalá habiendo mejorado su planteamiento.

A pesar de lo que ha pasado y de lo que hemos dicho, la historia está lejos de haber llegado a su fin.

A pesar de que el mercado logró revertir la mayoría de los regímenes socialistas establecidos en el siglo pasado, el recrudecimiento de la competencia y la impunidad galopante en todos los aspectos de la vida, sigue contribuyendo a desencadenar y profundizar un sinnúmero de plagas, conocidas y desconocidas, del metabolismo del mercado, generando penurias por doquier: concentración de la riqueza, empobrecimiento y exclusión de la mayoría de la humanidad, guerras de rapiña, revueltas interminables, debilitamiento de los Estados en tanto que comunidad de convivencia, degeneración y libertinaje de aquellos valores morales que frenaban los exabruptos del sistema capitalista. Lo que no puede negarse, es la ofensiva neoliberal, desconociendo el viejo pacto social entre el capital y el trabajo, por lo que la lucha de clases en todas sus manifestaciones tendrá que ser cada vez más dura, hasta lograr un nuevo pacto social que sirva de base para recomponer una adversa correlación de fuerzas, esa vez a favor de los trabajadores, consumidores y pobladores en general.

A nosotros no nos cabe duda que las contradicciones y efectos más nocivos del capitalismo sólo pueden resolverse cambiando el sistema. Un sistema basado en la mercantilización del capital, los bienes y servicios, la fuerza de trabajo, amén de todos los valores materiales y morales que aceleradamente se están convirtiendo en mercancías y en capital. Por tanto, la agenda de discusión y la estrategia de la lucha por el socialismo deberían estar signadas por tres puntos principales, a saber, a) La regulación de la vida social, política y económica, a través de la planificación de la economía en su conjunto, incluyendo las empresas privadas, las empresas estatales y las empresas asociativas, b) La socialización del capital, trasladando los medios de producción al Estado y a los colectivos de trabajadores y pobladores; otra cosa es saber el momento en que las condiciones estén dadas para llevar a cabo dicho programa, c) La desmercantilización de la economía, favoreciendo el abastecimiento de algunas mercancías y prescindiendo de otras, d) La democracia compartida en todos los campos de la vida.

En términos históricos, lo sucedido a nivel mundial en las primeras décadas del siglo XX, es una muestra del desarreglo causado a la población mundial por el metabolismo del mercado capitalista. Dos guerras mundiales, una gran depresión y un sinnúmero de revoluciones anticapitalistas y antimperialistas, atestiguan lo afirmado. Por otro lado, el logro de la URRS y de China, dos países orientados hacia la regulación del mercado, llegaron a ser en menos de treinta años de

acumulación alternativa, cada uno en su momento, la segunda potencia mundial, mostrando así el potencial económico y las bondades del socialismo. No menos importante es el logro de la regulación del mercado, la socialización del capital y la desmercantilizacion de una parte significativa de los servicios públicos, por parte de los países capitalistas más industrializados.

Una constatación cada vez más generalizada es que hoy existen las condiciones objetivas para potenciar la producción y la distribución hasta dotar a la humanidad entera de un nivel de vida igual o superior al mayor nivel de vida alcanzado por los países industrializados. Las limitaciones no provienen del desarrollo de las fuerzas productivas, sino del cambio en las relaciones de producción y por ende de la distribución. Lo que se necesita para emprender o continuar el proceso que nos lleve de la penuria a la abundancia es la socialización o redistribución de la plusvalía histórica, expresada como mercancías, capacidad instalada, energía y conocimientos tecnológicos. La energía convencional (carbón, gas y petróleo) tiene sus días contados y comienza a ser sustituida, ya no digamos por la energía atómica, la que tiene muchos inconvenientes, sino por la energía de las olas (mareomotriz) y del viento (eólica), de los volcanes (geotérmica) y de las presas (hidroeléctricas), suficientes para dotar a la humanidad de la energía que requiere. En cuanto a los conocimientos tecnológicos también existen las posibilidades para que la humanidad entera disponga de los mismos a fin de potenciar su producción, como lo ha demostrado el reciente crecimiento de los países asiáticos. La energía y el conocimiento acumulado no tienen otro destino que ser confiscados o apropiados por la humanidad entera. Una muestra formidable es el acceso a los celulares por miles de millones de personas de todas las categorías sociales y edades. Una tecnología que consume poca energía y que a la vez incide aceleradamente en la democratización del conocimiento y de la participación, a través de las redes sociales, en la política cotidiana.

En términos generales, las aplicaciones tecnológicas óptimamente utilizadas debilitarán progresivamente la ley del valor, puesto que el tiempo de trabajo será apenas una porción del trabajo empleado, mientras que los bienes de capital ocuparán la mayor parte. La fuente del trabajo ya no descansará en el trabajo vivo, sino en el trabajo muerto o acumulado por la humanidad. Aristóteles decía que la esclavitud desaparecerá cuando las hilanderas hilen solas. Hoy podremos decir que el trabajo como fatiga desaparecerá cuando la maquinización, robotización y programación computarizada, se hagan cargo cada vez más del proceso de producción. Entonces la humanidad podrá pasar del reino de la necesidad

al reino de la libertad, disponiendo de su tiempo libre para dedicarse al trabajo creativo y a gestionar la economía y la política. La democracia dispondrá de una base objetiva de conocimiento para devenir una posibilidad universal.

La economía de gran escala y la centralización se combinará con una economía de baja escala, racionalmente descentralizada, generando espacio para una alternativa división nacional e internacional del trabajo. La agenda y las tareas serán diferentes, pero complementarias, dependiendo del estado en que se encuentra cada sector o cada país.

La humanidad ya puede plantearse tales tareas, porque ya existen las condiciones objetivas para llevarlas a cabo, faltando una conciencia que hoy por hoy parece debilitada por la hegemonía de un pensamiento conservador, producto exitoso de la aplicación y asimilación de las medidas económicas, políticas, sociales y culturales del neoliberalismo. En todo caso y por diferentes formas, la gran expropiación está a las puertas de una humanidad que se prepara y organiza para llevarla a cabo.

En este proyecto de regulación, socialización y desmercantilización, la solidaridad dejará de ser solamente un valor moral para convertirse en un valor encarnado en acciones concretas. Una pequeña muestra de esa solidaridad bien podría ejemplificarse observando a esos treinta millones de latinoamericanos que emigran para poder enviar a sus familiares los 60,000 millones de dólares que éstos reciben anualmente en sus hogares.

En todo caso, la democratización de la producción y el consumo, la gestión de la economía, las instituciones públicas y comunitarias, así como la asociatividad en todos los campos de la vida económica, política, cultural, pública y doméstica, será siempre una práctica necesaria para enrumbarnos hacia una vida cada vez más compartida, cada vez más justa y cada vez más necesaria. En síntesis, estamos ante la elaboración histórica de dos grandes tareas, una macro-social y otra micro-social, a saber: a) la formación de bloques regionales internacionales, como el que se está gestando en la llamada Comunidad de Estados Latinoamericanos (CELAC) y b) la asociatividad de todos los trabajadores, incorporados o excluidos del trabajo, es decir, la clase obrera y los llamados trabajadores por cuenta propia, entre otros, batallando por conformar una economía social que junto con el sector público pueda competir con el capital privado y desarrollar nuevas formas de democracia.

La lucha democrática por la democracia

La democracia no fue el material de estudio en este libro y aparentemente no tiene nada que ver con el mercado, sin embargo, es un tema imprescindible en una agenda del socialismo, y para nosotros, muy vinculante con una alternativa al metabolismo del mercado. En primer lugar, porque el metabolismo del mercado engendra explotación, concentración, centralización y exclusión de la riqueza material para la gran mayoría de la población, fenómenos que están en las antípodas de la democracia. La democracia ya no puede seguir siendo la democracia griega donde una élite de ciudadanos gobernaba y una gran mayoría de esclavos, extraños y mujeres estaba excluida de la misma. Una democracia de la élite no tiene nada que ver con el poder del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, como decía Lincoln, quien eliminó la esclavitud en los Estado Unidos, aunque sus herederos se hayan dedicado a reproducirla en el mundo entero, fuera de sus fronteras, lo que despoja a este país del título de campeón de la libertad y de la democracia: la intervención y el genocidio no hacen libre ni al invadido ni al invasor. En segundo lugar, porque la desmercantilización del capital pasa no solamente, por la socialización de los medios de producción, estatales o cooperativos, sino por la gestión de los mismos a manos de los propios trabajadores y por la población en su conjunto. La regulación democrática en el socialismo deberá sustituir progresivamente a la vieja y disfuncional regulación vertical del socialismo que realmente ha existido hasta ahora.

Entre otras cosas, la democracia es la libre disputa de la hegemonía en una sociedad o momento en que vive la humanidad. Siendo la hegemonía la orientación intelectual y moral de una sociedad y por la cual existe la sociedad civil, o lo que es lo mismo, la disputa de la opinión pública, entonces, no es indiferente en esta disputa la ruta que debemos imprimirle a las sociedades o a la humanidad. Y entre las variables más importantes está el derrotero que queremos tomar en relación al mercado, la regulación del mismo o su oxigenación, la socialización del capital o su privatización, y, finalmente la libertad de ocuparnos de la desmercantilización de la economía y de la sociedad. Así como los procesos de reforma agraria significaron la democratización de la tierra, asimismo, los procesos de socialización y desmercantilización serán expresión de la democratización de la economía en su conjunto.

Para el socialismo, la agenda de la democracia política, ha sido más incómoda y más costosa que para el capitalismo. En un régimen capitalista el triunfo electoral

del adversario no pone en riesgo el sistema; se pueden cambiar presidentes o se puede cambiar el gobierno, pero en tanto se viva en un sistema capitalista, el cambio democrático no altera sustantivamente las cosas. En cambio, en un sistema socialista, rodeado todavía por el mercado mundial y sin haber logrado hegemonía universal, el gobierno tiene como opositores a las fuerzas que pujan por reinstaurar el antiguo régimen capitalista, opositores que son apoyados por las fuerzas imperiales del capitalismo mundial; en tales condiciones, cualquier cambio de gobierno significa el regreso del sistema anterior. Esto es lo que ha pasado en la gran mayoría de los países socialistas donde los gobiernos fueron desplazados por fuerzas pro capitalistas y restauradoras.

La democracia representativa fue un logro de las revoluciones liberales, mientras que la democracia participativa lo fue de los proyectos y regímenes social-demócratas. Al socialismo le corresponderá heredar aquellas formas y enrumbarse hacia la democracia directa, donde los trabajadores, los pobladores y las comunidades incidan cotidianamente en la administración de todos los asuntos públicos, políticos, sociales, económicos y culturales. En el socialismo, la democracia política liberal deberá enriquecerse con la democracia económica. Y ambas con la democracia cultural, tal como está aconteciendo a través de la utilización informatizada de la comunicación por las redes sociales.

Sabemos que la revolución francesa nació enfrentada al antiguo régimen, con el cual no hubo miramiento alguno, como lo demuestran los guillotinados, hasta que el régimen capitalista se asentó. Y aun así, el terror de la democracia burguesa nos receta periódicamente una sobredosis de disciplina dictatorial, pues ahora desempeña el papel que antaño desempeñó la monarquía absoluta. Lo mismo pasará con el socialismo, el que naciendo enfrentado al orden imperialista, padeció los exabruptos jacobinos, defendiéndose con todos los medios posibles y cometiendo un sinnúmero de errores, hasta que al cabo de un tiempo y una vez generalizado en diferentes países, el pueblo lo obligó a enmendar su comportamiento, en dirección de una democracia plena.

En términos económicos, la democracia socialista empieza regulando el mercado en función de los intereses de las mayorías. Aunque en principio, nada autoriza a señalar que una sociedad regulada por el Estado esté vacunada contra la opresión o inhabilitada para regular la sociedad de la mejor forma.

Como empezamos señalando en la introducción, el marxismo ha enarbolado la bandera de la dictadura de clase del proletariado, frente a la dictadura de la

burguesía, dictadura que podría ejercerse a través de forma dictatorial o democrática; lo que ha generado muchos malos entendidos, sobre todo debido a que las experiencias socialistas se han caracterizado por ser regímenes autoritarios, dictatoriales o crudamente represivos contra la mayoría de la población. La represión llevada a cabo por los gobiernos socialistas realmente existentes, ha sido consciente contra las clases consideradas adversas, la burguesía, los terratenientes, incluso lo que el marxismo-leninismo ha llamado la pequeña burguesía. Pero como sabemos, tal actitud se hizo extensiva y universal para todo aquel o aquella que disintiera del régimen político, además, no fueron períodos excepcionales, sino que fueron mucho más permanentes que los regímenes excepcionalmente opresivos dentro de la historia del capitalismo y del imperialismo.

La mayoría de las experiencias han sido muy duras y han terminado muy mal para mucha gente. Recordemos la represión estalinista en la Unión Soviética, la de Mao Tse-Tung en China, por no citar otras más duras como las del régimen maoísta de Pol Pot en Kampuchea (1975-1979) donde se quiso erradicar a los habitantes urbanos y a todo lo que aludiera al dinero y al mercado, o los actuales niveles de intransigencia y autoritarismo del régimen de Corea del Norte.

Ante este panorama y sabiendo que la opresión sigue persiguiendo a la humanidad bajo cualquier régimen social, político o económico, habría que preguntarse por donde transita, o debería transitar, el proyecto de la democracia. Lo primero que deberíamos saber es que nunca han faltado argumentos para utilizar la violencia para agredir al vecino o al subordinado, por parte de quien tiene la fuerza, generalmente la fuerza militar y la fuerza política o estatal. Baste recordar las más fanáticas de las guerras, como son las guerras religiosas o étnicas que nos acompañan desde hace miles de años hasta nuestros días.

A pesar de todo, el socialismo nació apostando a la democracia. La mayoría de más de veinte países socialistas, encabezados por partidos comunistas, se autodenominaron partidos, países o regímenes democráticos y populares; aunque las cosas no salieron de la mejor manera en su primer momento.

Hoy en día, el socialismo transita, tomando en cuenta económicamente al mercado y políticamente a la democracia, tal como lo estamos observando en los países latinoamericanos. En todo caso, el reto está planteado. Cómo manejar la regulación y el crecimiento en una economía de mercado, sin sacrificar el medio ambiente, fomentando a la vez la igualdad de oportunidades en los campos económicos, sociales, políticos y culturales.

Revolución y transformación en América Latina

En América Latina, la revolución y las transformaciones sociales, pasan hoy por una agenda que incluye la soberanía nacional y regional frente al imperialismo, el crecimiento económico con mercado para avanzar hacia la prosperidad social, la economía mixta y el pluralismo como estrategia para el mejoramiento de la correlación de fuerzas en el campo de la hegemonía y el comercio mundial.

Entre todas las experiencias acumuladas por las luchas políticas y por los movimientos populares latinoamericanos destacan algunos que vale la pena mencionar, por su aproximación al socialismo en los diferentes momentos de su recorrido.

a) La revolución cubana y su lucha socialista, antiimperialista y anticapitalista, iniciada en 1959; una revolución asediada y bloqueada económicamente por los Estados Unidos por más de 50 años; pero con una influencia estratégica en los movimientos de liberación nacional en América Latina y otras partes del mundo; una revolución que mostró lo difícil que es enrumbarse hacia el socialismo sin un bloque socialista que funcione a escala internacional.

b) La victoria electoral de la Unidad Popular en Chile, intentando avanzar hacia el socialismo por la vía pacífica y democrática; revolución pacífica y desarmada que duró lo que el gobierno estadounidense y el ejército pinochetista le permitieron. Su líder, Salvador Allende, estuvo en el gobierno hasta 1973, desplazado por un golpe de Estado que reinstauró la dictadura militar.

c) La revolución sandinista y su modelo de economía mixta, pluralismo político y no alineamiento, iniciada en 1979, mostrando la necesidad de las alianzas amplias para tomar y retener el poder y mostrando asimismo lo difícil que es mantener el poder sin una mayoría política, es decir, sin una mayoría de la opinión pública.

c) La revolución bolivariana de Venezuela, iniciada en 1999, definida por el Presidente Chávez de la siguiente manera: “Tanto Estado como sea necesario y tanto mercado como sea posible”. O como lo dijera en otra oportunidad: “vamos a gobernar con la mano invisible del mercado y con la mano visible del Estado”. Una revolución que inició el periodo bolivariano de revoluciones pacíficas y electorales, pero no desarmadas; una revolución que nos muestra la envergadura del mercado como campo de batalla del socialismo, tanto el mercado interno como el mercado mundial, hegemonizado éstos por el poder imperial.

d) Los triunfos electorales por parte de partidos de izquierda en Brasil, Argentina, Chile, Bolivia, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Venezuela, Nicaragua, El Salvador y otros países caribeños; a los que habría que agregar el triunfo consecutivo del Partido Comunista de Cuba en elecciones directas, incluso con participación de los disidentes. Estas victorias nos muestran la posibilidad de revoluciones políticas y reformas sociales en contra de la voluntad imperialista de los Estados Unidos, luchando adversamente en el campo de batalla de la opinión pública, con una oposición todavía hegemónica en el campo económico y en gran parte de los valores convencionales.

e) A nivel de la soberanía de la región latinoamericana, vale la pena relevar la formación de instituciones regionales de integración y unidad Latinoamérica, entre las que se encuentran la formación de UNASUR, el Banco del Sur (BANCOSUR), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestramérica (ALBA) conformada por Cuba, Venezuela, Bolivia, Nicaragua y Ecuador, PETROCARIBE, conformada por los países del ALBA y otras naciones, la reactivación del Sistema de Integración de Centro América (SICA) y de la Comunidad de Estados del Caribe (CARICON), La Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

Quizás el mejor aporte de todos los gobiernos de izquierda que hoy gobiernan América Latina o de la oposición política y social frente al imperialismo y su modelo neoliberal, sea la hegemonía política independentista alcanzada por primera vez desde la independencia a principios del siglo XIX frente a España, levantando las banderas de la soberanía nacional y regional frente a la política exterior de los Estados Unidos de América, la política de integración latinoamericana y caribeña, la lucha por la erradicación de la pobreza extrema, destacando la lucha por la emancipación de la mujer, las comunidades indígenas y el equilibrio metabólico con la naturaleza, así como las banderas del poder ciudadano para moros y cristianos, reclamando viejos y nuevos derechos conculcados en los quinientos años de resistencia indígena frente al colonialismo, el imperialismo, el neocolonialismo y el capitalismo globalizado.

En relación a la vieja izquierda aparece la lucha por la paz, la democracia política y la hegemonía, lo que contribuye a mejorar y enriquecer la agenda socialista. Efectivamente, en los años 60, la izquierda no se había tomado o muy incipientemente la bandera de la democracia ni mucho menos la bandera de la sociedad civil. En parte por su propia tradición, en parte porque no tenía la posibilidad de actuar legalmente, pues toda oposición contra el sistema era objeto de represión,

obligando a la izquierda a tener que luchar a través de la guerrilla. La democracia exige la legalidad y la legitimidad para todas las opciones, incluso para una opción diferente o contraria al orden establecido. Asimismo, la sociedad civil exige las mismas oportunidades de educación y acceso a los medios de comunicación para todo el mundo.

La experiencia de la revolución latinoamericana ha pasado por una serie de propuestas y apuestas que han enriquecido lo que podríamos llamar su programa histórico, entre los más sobresalientes encontramos los siguientes:

1. La lucha revolucionaria comenzó como una lucha de independencia, frente a España y Europa en un primer momento y, frente a los Estados Unidos en un segundo momento; en ambos casos, la apuesta se ha basado en el principio de resguardar, defender y promover la soberanía nacional de todos y cada uno de los países latinoamericanos y caribeños.

2. La reforma agraria y la nacionalización de los recursos naturales. Mostrando la posibilidad de desmercantilizar la tierra y expropiar al imperialismo.

3. La restitución de derechos para los campesinos, los pueblos indígenas y comunidades afro-descendientes, las mujeres y los sectores más empobrecidos de la nación.

4. Las alianzas con el sector privado, grande, mediano y pequeño, con el fin de avanzar en la industrialización y el desarrollo del mercado interno.

5. Las reformas en la educación que permitan una mayor apropiación de la tecnología universal, así como el mejoramiento de la salud de los más marginados.

6. La integración y la unidad latinoamericana, antiinjerencista y antiimperialista, frente a las potencias extranjeras.

7. La alianza entre los partidos políticos de izquierda antiimperialista y los movimientos sociales, a través de un modelo de economía mixta y pluralismo político, donde se combina la planificación indicativa y algunas medidas de socialización, tanto por la vía de la estatización como de la asociatividad. Una alianza basada en la lucha contra el neoliberalismo y contra el empobrecimiento.

Para concluir nos parece oportuno señalar al menos algunas de las limitaciones de los pequeños países periféricos latinoamericanos en su lucha por la regula-

ción democrática del mercado en el contexto de una economía mixta y de pluralismo político, con orientación socialista y vocación democrática.

1. La escasez de capitales encontrados en un país una vez realizada la revolución política, lo que limita la reproducción ampliada y la distribución equitativa de una riqueza concentrada y de tradición rentista.

2. Las dificultades económicas para hacer funcionar las empresas estatales y las cooperativas en el marco de una economía capitalista, nacional e internacional.

3. El peso significativo que tiene la pequeña producción, incluyendo una masa mayoritaria de trabajadores-productores por cuenta propia que sobreviven en forma precaria y con bajos rendimientos por falta de tecnología.

4. Un fuerte nivel de empobrecimiento y desempleo, punto de partida sobre el cual elevar el nivel de vida de la población en su conjunto, lo que dificulta un mayor ahorro nacional.

5. La poca industrialización de los países, cuya economía descansa en el sector agropecuario y en la exportación de materias primas, con una orientación extractivista por parte del sector privado.

6. El desmantelamiento del Estado y de la economía, heredado por la aplicación de las políticas neoliberales, incluyendo la destrucción de la institucionalidad gubernamental, la privatización de los bienes y servicios estatales, la eliminación de impuestos al comercio exterior, los sobreincentivos a la empresa privada, particularmente a las empresas transnacionales, Zonas Francas y al mismo capital nacional, lo que ha debilitado la recaudación tributaria, así como el retroceso de las conquistas laborales.

7. La contradicción entre las necesidades del capital público y privado en aras del crecimiento versus las necesidades inmediatas de los trabajadores y pobladores con quienes se tiene un compromiso histórico insoslayable e impostergable. Y todo esto sin contar las presiones y chantajes económicos del gobierno de los Estados Unidos o de la Unión Europea, ya no digamos la presencia de agresiones y bases militares que obligan a estos pequeños países a destinar presupuestos que no tienen para emplearlos en la defensa.

Finalmente, habría que decir que en las actuales circunstancias, una revolución o un régimen de orientación socialista, aun amparados del poder político y militar,

pero situados en el marco del mercado capitalista mundial, seguirán limitados económicamente y por tanto tendrá que seguir actuando y comportándose como una fuerza opositora al sistema socioeconómico imperante; de la misma manera que éste, teniendo un gran poder en la economía, los medios de comunicación y la opinión pública, batalla ahora en la oposición a los regímenes políticos de izquierda, desestabilizándolos políticamente y dificultándoles la gobernanza, la soberanía nacional, la soberanía alimentaria, la defensa del medio ambiente, la restitución de derechos, la industrialización y el buen vivir.

La agenda de discusión de la revolución y del socialismo se ha enriquecido en cuanto a temas, actores, contradicciones y limitaciones, entre los que podemos contar diferentes disyuntivas, posibilidades y limitaciones, amenazas y oportunidades, según las particularidades de cada uno de los países. Entre este abanico de contradicciones encontramos las siguientes: el debate y la contradicción entre la democracia y la justicia social; la tensión entre las políticas públicas y la ofensiva concentradora de las empresas transnacionales; las posibilidades de construir un modelo de responsabilidad compartida entre el sector público y las asociaciones de productores-trabajadores-pobladores; la contradicción entre la planificación y el mercado, entre el mercado interno y el mercado mundial, entre las necesidades mediatas de la acumulación y las necesidades inmediatas del bienestar social, la necesidad de mantener la lucha contra el imperialismo y contra el capitalismo en un mundo donde el capital y el mercado mundial son una necesidad y están controlados por las grandes corporaciones financieras y los gobiernos de las potencias occidentales, la necesidad de mantener y combinar las luchas nacionales y la lucha continental a través de la formación de bloques regionales, la tensión entre los derechos particulares y la estrategia global de la transformación, en fin, la contradicción y conflicto entre reforma, revolución y socialismo.

Estas necesidades, contradicciones, conflictos, limitaciones y retos, se desenvuelven en medio de una situación en la que han aparecido nuevos y acuciantes problemas, entre los cuales están: la amenaza y desarrollo de la violencia y el crimen organizado, la inseguridad ciudadana, el narcotráfico y la delincuencia, la migración masiva del campo a la ciudad y de nuestros países al extranjero, la galopante violencia contra la mujer, acompañada de prostitución, pobreza femenina y trata de mujeres y niños, el empobrecimiento estructural, el retraso educacional, técnico y cultural. A lo que habría que agregar la amenaza de involucrarnos en una nueva edición de la Guerra Fría, a través de los mecanismos de la Guerra de Baja Intensidad.

Este libro se terminó en el momento en que se celebraba en Panamá la VII Cumbre de las Américas (2015), donde América Latina entera, pues no pudieron excluir a Cuba, pudo imponer una agenda a los Estados Unidos. En primer lugar, obligándolo a aceptar la presencia de un país, como Cuba, a quien el gobierno norteamericano había expulsado de la civilización occidental, mercado e instituciones políticas incluidas. En segundo lugar, rechazando la agresión contra Venezuela a raíz de un decreto ejecutivo donde el Presidente Obama considera a la nación venezolana como una amenaza por la seguridad nacional de los Estados Unidos. En esta Cumbre, América Latina culminó un gran esfuerzo por lograr que América Latina sea para los latinoamericanos, en contra de la doctrina Monroe que había decidido que toda América fuera para los americanos, como se les llamaba entonces a los ciudadanos de los Estados Unidos. En las cumbres anteriores, particularmente en la IV Cumbre de las Américas en el año 2005, en el Mar del Plata, Argentina, América Latina rechazó y enterró el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica (TLC), propuesto por Estados Unidos y ofrecido con el nombre de Área de Libre Comercio de América (ALCA). En la V Cumbre de las Américas, celebrada en Trinidad y Tobago, en el año 2009, América Latina le planteó a Estados Unidos su rechazo al embargo y bloqueo contra Cuba.

La agenda de la VII Cumbre fue la agenda de la autodeterminación, la liberación y la soberanía nacional, la paz y la estabilidad política de la región, libre de injerencismos, invasiones y bases militares extranjeras.

Lo más parecido a estas Cumbres, históricamente hablando, fue el ambiente que se vivía a inicios del siglo XVIII, cuando nace América Latina, a raíz de su primera independencia del imperio español. Hoy la misma se encamina a la segunda independencia, esta vez del imperio norteamericano, en aras del crecimiento con igualdad de oportunidades. Sin embargo, frente al ambiente que se vivió en los años 60, cuando Cuba encabezaba la liberación nacional en América Latina y la lucha por el socialismo, en esta Cumbre encontramos por un lado una unidad total de los 33 países latinoamericanos, pero mayor conciencia de las limitaciones para emprender una revolución socialista, al estilo de la revolución cubana. Si bien hay avances en la autodeterminación, hay enormes retrocesos en cuanto a la agenda y ruta de las transformaciones. Hoy no aparecen en la agenda ni la reforma agraria ni la confiscación de las empresas extranjeras, políticas bien avanzadas en los años 30 del siglo pasado, Lázaro Cárdenas emprendió la reforma agraria y la confiscación del petróleo en México. Hoy se plantea comprar tierras para los sin tierra y expropiar o negociar la explotación de los yacimientos mineros y energéticos existentes en los diferentes países.

Por otro lado y a diferencia del ambiente que los intelectuales y algunos ONGs preconizaban durante el auge del neoliberalismo, hoy existe mayor conciencia de la necesidad de hacerse del poder político, pues por muchos problemas y limitaciones que tenga la gestión del poder, es mejor tenerlo que padecerlo, para lo cual se hace imprescindible acompañar las luchas sociales con las luchas políticas por alcanzar en lugar preponderante en las instituciones públicas y en la opinión pública. Mayor conciencia de que no podemos avanzar con los actuales niveles de explotación y de desigualdad generados por el capital, pero que tampoco podemos avanzar sin el capital suficiente para industrializar cada país. Mayor conciencia de que los costos de la industrialización, no podrán arrinconarnos en los microproyectos de sobrevivencia; siendo mejor ser un país industrializado que seguir subordinado a un régimen extractivista productor-exportador de materias primas baratas. Mayor conciencia de que no podemos avanzar dejando la economía al capricho del mercado, pero que tampoco podemos avanzar violentando ilimitadamente al mercado interno o prescindiendo del mercado externo para la realización de nuestras mercancías. Mayor conciencia de que independientemente del momento y avance revolucionario de las transformaciones, no es despreciable lo que se puede hacer en términos de desmercantilizar la economía por la vía de la redistribución de los excedentes a través de reformas políticas y del fortalecimiento del sector público. En fin, mayor conciencia de que no podemos avanzar sin el consenso, la integración y la unidad latinoamericana, lo que pasa por ganar no solamente el poder político en cada país, sino la batalla de la opinión pública en todos y cada uno de los 33 países que conforman hoy América Latina, pero sobre todo seguir trabajando por construir una sola nación latinoamericana, como hicieron las 13 colonias norteamericanas a finales del siglo XVIII, como empezaron a hacer los países europeos a finales del siglo XX.

Todo pareciera indicar que estamos viviendo una revolución política por el socialismo, pero a través de la vía pacífica electoral, la economía mixta y el alineamiento antimperialista, conducidas por una clase política revolucionaria a quien le ha tocado enarbolar reformas sociales que el liberalismo no ha sido capaz de emprender por su alineamiento con el gobierno estadounidense, incluyendo el fortalecimiento del mercado interno.

No nos cabe duda que en el seno de las sociedades latinoamericanas se cultiva un gran movimiento social, curtido y experimentado por la lucha de centenares y miles de pequeños movimientos sociales, cada cual presionando a los gobiernos, al sistema y a la civilización que les impiden vivir la vida de otra manera. Un movimiento social que a pesar de no blandir las banderas del socialismo, acusa

explícitamente al mercado capitalista y a la mercantilización de la economía y de la vida, como la causa de los males de la humanidad, rechazando con sus gritos de protesta un sistema causante de que sus vidas se hayan convertido en una mercancía más, junto al resto de mercancías que hoy pueblan el mundo entero. Momento de la negación nos diría Marx, donde se fragua silenciosamente la síntesis de nuevas victorias.

Esperamos que tarde o temprano, esa alianza de movimientos sociales y nuevos partidos políticos antiimperialistas, estarán estrenando una nueva agenda, estratégica y revolucionaria, donde el socialismo, resucitado y reconfortado, aparezca renacido y lleno de entusiasmo, acompañado de un programa que alimente la confianza y el optimismo de las nuevas generaciones. Un socialismo que haya exorcizado las rémoras del pasado, con un plan de lucha en la mano, pletórico de indicadores y tareas para conquistar un mundo mejor, a imagen y semejanza de las necesidades y deseos de las grandes mayorías latinoamericanas. Un socialismo que, junto a los aparatos estatales y bajo su amparo, puedan florecer sendos aparatos económicos asociativos y autogestionarios que harán un contrapeso a los grandes aparatos empresariales nacionales y transnacionales, incluso a la burocracia de las empresas estales.

La lucha por la hegemonía no puede limitarse a las elecciones periódicas, sino que teniendo como punto de partida la cultura nacional, empuje aquella cultura a través de la denuncia del orden económico internacional y de las lacras del capitalismo, midiendo su esfuerzo por la derrota estratégica de la derecha oligárquica; gobernando los poderes adquiridos en función del mercado interno, evaluando permanentemente la alianza con los grandes empresarios en función del mejoramiento de la correlación económica de fuerzas de los pequeños y medianos productores, así como de las fuerzas laborales y del bienestar de las mayorías; fomentando la propiedad, la capitalización y la gestión asociativa y cooperativa, a través de programas de responsabilidad compartida entre el gobierno y una sociedad civil cada vez más desmercantilizada, más nacionalista y más popular, tanto en el discurso como en la práctica; tomándole la palabra al discurso contemporáneo del humanismo universal y llevando la democracia electoral hacia los espacios de la democracia participativa y directa.

Esta orientación no sería lo más radical que todos quisiéramos, pero de lo que estamos seguros es que no podría ser enarbolada, ni planteada, ni mucho menos ejecutada por otras organizaciones políticas comprometidas con el orden esta-

blecido, ni siquiera por una revolución democrático-burguesa. Otra cosa es hacer de la necesidad una virtud y creer que con este programa se termina la historia. La experiencia del movimiento bolivariano y antimperialista muestra que esto no puede ser más que el principio, a medida que las posibilidades históricas vayan permitiendo a los pueblos crear las condiciones objetivas para su transformación.

Como señalé al inicio de estas conclusiones, aunque el contenido del libro versa sobre el metabolismo del mercado, como una forma de entender y conceptualizar el papel del mercado en las experiencias de transición al socialismo, el fin de todo el trabajo, sin embargo, no ha sido otro que contribuir a mejorar la agenda que la acción política latinoamericana nos va mostrando, a través del planteamiento coyuntural de los acontecimientos latinoamericano-caribeños, ellos mismos necesitados de una teoría que los vaya ordenando y sirviendo de soporte para continuar, renovar y alimentar las luchas con la conciencia de un proyecto mayor. Una teoría que tenga como norte a corto, mediano y largo plazo, mayor regulación, mayor socialización del capital y mayor desmercantilización de la economía y la sociedad.

Por un socialismo de responsabilidad compartida

En algunas conferencias abiertas, en presencia de militantes sandinistas, algunos compañeros y compañeras del auditorio suele preguntar qué hacer para enrumbarnos hacia un socialismo que no renuncie a las viejas banderas, pero que sea más creíble y que pueda manifestarse en tareas concretas y cotidianas a emprender; tareas que vayan más allá de consignas o grandes relatos teóricos. A riesgo de cualquier comentario, se me ocurre que hoy por hoy, en América Latina, podemos plantear algunos puntos que puedan servir como un programa concreto que responda a una de las disyuntivas que periódicamente se presentan cuando el momento de las revoluciones, entendidas como grandes estallidos, no está a la orden del día.

Reforma y revolución. No tenemos que plantearnos la reforma o la revolución como una disyuntiva. Cuando existan las posibilidades de hacer la revolución hay que hacer la revolución. Cuando no existan posibilidades de hacer la revolución debemos emprender reformas en todos aquellos campos donde existan las condiciones. Sin embargo, en el discurso, en el sentido común y en el imaginario del pueblo, tienen que mantenerse ambas posibilidades como parte de un mismo proyecto. Más aun, hay que introyectar el proyecto en la población como parte de los valores en general, expresados en el espíritu del pueblo, pero sobre todo en

indicadores sociales que sirvan de programa y meta del accionar político. Cada país tendrá sus propios indicadores sociales de lo que es posible y deseable alcanzar en un proceso de lucha permanente, progresiva e ininterrumpida.

Todo programa o cultura política debe incluir un programa de educación que incluya y debata sobre el significado concreto del capitalismo, el mercado, la explotación, la justicia social, las libertades y derechos, la democracia, la dignidad de las personas, el combate al patriarcado, la depredación ecológica, la vergüenza de que existan grupos marginados, sean estos indígenas o gente de color, mujeres o niños, minorías de cualquier tipo en situación de exclusión.

La revolución de los grandes acontecimientos, cosa que no sucede todos los días, bien puede tener su correlato o complementación en la audacia para cambiar el mundo a través de los pequeños acontecimientos; es decir, en la audacia para cambiar el mundo de la vida cotidiana que nos rodea. No se puede seguir siendo revolucionario solamente en los momentos de huelga o de barricada o solamente cuando nos hayamos amparado del poder político, entendido a la vieja usanza.

2. La *socialización del capital*. La socialización del capital siempre será condición y necesidad del socialismo. Por socialización se entiende el poner la propiedad y la gestión del capital en manos del Estado-gobierno, la comunidad, las asociaciones y los pobladores en general. Cuando existan las condiciones la administración del gran capital o de las grandes empresas estará manos del Estado, como en los tiempos del socialismo real; el mediano capital preferiblemente en manos de los municipios y de las asociaciones de productores, sean estas cooperativas, empresas autogestionadas o asociaciones de consumidores; y el resto del capital, sobre todo pequeño seguirá estando en manos de los pequeños y medianos productores, pero con una orientación cada vez más cooperada.

Como parte de la educación social es recomendable que la población conozca los logros del socialismo del siglo pasado en cuanto a desarrollo económico, bienestar social, incluyendo los costos y consecuencias no deseables de lo que pasó, sin culpa y con el compromiso de hacerlo mejor. Así como muchísimas experiencias de gestión popular en los diferentes países latinoamericanos, aunque también fuera de América Latina.

3. La *desmercantilización de los bienes y servicios*. El objetivo a corto, mediano y largo plazo del socialismo será la desmercantilización de todos los bienes y

servicios, sean estos de primera o segunda necesidad; es decir, la desactivación del mercado. Aquellos bienes y servicios de tercera necesidad, objetos del deseo y el capricho, se dejarán al vaivén de la oferta y la demanda, es decir, que serán adquiridos por opción personal y de acuerdo a las posibilidades de cada quien. El principal medio de desmercantilizar los bienes y servicios será poniéndolos a disposición del Sector Público, a la vieja usanza del socialismo estatista o socialdemócrata, incluso del liberalismo. Habiendo entendido que la socialización del capital seguirá siendo uno de los medios más importantes de la desmercantilización de la economía, habrá que entender que en última instancia toda mercantilización deberá poder medirse a través de un conjunto de indicadores sociales que debemos construir. Entre los bienes y servicios prioritarios para desmercantilizar se encuentran: la salud, la educación, los servicios de agua, la vivienda, el transporte y el entretenimiento.

4. *Los impuestos progresivos*. Además de la socialización del capital, los impuestos progresivos seguirán siendo uno de los medios más idóneos para fortalecer al sector público para que éste pueda entregar completamente desmercantilizado, es decir, en forma gratuita y universal, los bienes y servicios que la población necesita. La tributación debe ser parte de la cultura socialista y sobre ella hay que avanzar permanentemente en cuanto a los montos porcentuales, la gestión y la transparencia de su gestión y administración. Cuando hablamos de impuestos progresivos estamos refiriéndonos a impuestos directos sobre las rentas y a los impuestos indirectos sobre el consumo. Entre los primero hay que incluir los impuestos al patrimonio y a los ingresos, contemplando asimismo un impuesto sobre la herencia.

5. *La remuneración del trabajo*. Una labor permanente de los trabajadores tiene que ser la lucha contra el empobrecimiento, la desigualdad social y la diferencia de oportunidades. La injusta remuneración del trabajo debe ser una tarea permanente, incluido en los programas, indicadores y metas de la sociedad. Denunciando y aportando soluciones a la diferencia de remuneración entre el capital y el trabajo, entre el trabajo de la ciudad y el trabajo del campo, entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, entre el trabajo del varón y el de la mujer, entre el trabajo de cualquier minoría privilegiada y las grandes mayorías, todas las demás diferencias existentes.

Parte importante y esencial de la lucha por la remuneración justa y ajustada debe ser la remuneración del trabajo familiar, sobre todo de la mujer. Recordando que

la familia es la institución que desde hace miles de años se hace cargo en forma gratuita, no remunerada ni compartida de la creación y reproducción de los trabajadores.

6. *El mercado, la planificación del crecimiento y la igualdad social*. Hay que recordar permanentemente las dos grandes lecciones del pasado reciente. La primera lección es que todo lo que nos propongamos en términos económicos y sociales, ya sucedió en los países socialistas o socialdemócratas del siglo pasado, por lo tanto no es ninguna utopía planteárselos de nuevo. La segunda lección es que todas las conquistas sociales fueron desmanteladas por el mercado y el triunfo de la doctrina neoliberal, lo que implica que nada puede considerarse como irreversible, debiendo asimilar las lecciones aprendidas para perfeccionar la estrategia y los programas.

Por lo tanto, es estratégico preguntarse y respondernos por lo que pasó con la socialización del capital a niveles superlativos y la desmercantilización de los servicios a niveles inmejorables, pero sobre todo por qué el mercado fue capaz de desmantelarlos.

En nuestros países, el crecimiento sigue siendo una prioridad y no se puede hacer sin tomar en cuenta al mercado, local, nacional e internacional. El mercado seguirá siendo la espada de doble filo del socialismo. Necesario para mantener la eficiencia, la productividad y la competitividad, pero a la vez el principal causante de la remercantilización de la economía. Solo la sabiduría de la práctica nos podrá auxiliar en este campo. No nos cabe, sin embargo, que la ruta estará entre el camino chino y el camino cubano, sin desconocer los avances en medio de las dificultades de países como Nicaragua, Venezuela, Ecuador y Bolivia. En todo caso, el estudio permanente del metabolismo del mercado deberá ser la brújula, tanto para el diagnóstico, los avances, amenazas y demás vicisitudes del crecimiento y la igualdad social. El capital es importante, pero la lucha contra el mercado ya está planteándose en forma de protestas, propuestas y experiencias significativas.

7. *La economía popular y social dentro de la lucha de clases*. En nuestros países, la economía popular tiene un peso significativo en la estructura económica y deberá tenerlo en la lucha de clases. Los trabajadores asalariados y el empleo bien remunerado seguirán siendo importante, tanto para el nivel de vida como para la lucha de clases. Pero en la economía popular, es decir, en el mundo de los trabajadores-productores, sin salario, sin patrón y en proceso de cooperativi-

zacion, amparados de segmentos importantes de la economía, existe una gran posibilidad para resolver los problemas de nuestra economía, para arrancarle al capital segmentos importantes de los medios de producción y de cambio, socializar la economía, democratizar la vida social y política. En la economía popular y los avances asociativos de su expresión en tanto que economía social, existen grandes posibilidades para demostrar que el pueblo puede gestionar la economía y aunque sea en menores escalas ya está sucediendo.

8. *Una movilización política, ideológica, social y económica permanente*. La concientización, la organización y la movilización permanente, seguirá siendo el principal patrimonio de los trabajadores, pequeños productores, consumidores, pobladores en general, para educarse, reivindicar derechos, apropiarse de medios de producción, presionar al Estado y al gran capital para que resuelvan a favor de los desfavorecidos y de sus programas en marcha.

En este sentido, las tareas políticas deben combinarse con las tareas socioeconómicas, las tareas locales con las tareas nacionales e internacionales, las tareas tácticas con las tareas estratégicas, las reivindicaciones parciales con las reivindicaciones generales.

Un nuevo pacto entre el capital y el trabajo, mientras exista Estado y ciudadanía debe plantearse y ensayarse, así como nuevas alianzas en el seno del pueblo, ambos construidos en la lucha. Hoy por hoy, el pacto social entre el capital y el trabajo, donde el capital explota, pero ofrece pleno empleo, se ha roto. El viejo pacto entre el Estado y la ciudadanía, donde el Estado administra todos los aparatos políticos, pero garantiza la seguridad ciudadana y el bienestar social, se ha roto.

9. *La hegemonía política y la democracia generalizada*. La primera gran tarea política es la construcción de una hegemonía política popular, es decir, una orientación social en función de las necesidades y del gran proyecto del pueblo trabajador, debe ser objeto de trabajo permanente e ininterrumpido. Una hegemonía que incluye una propuesta de alianza entre las organizaciones o partidos políticos y movimientos sociales que no se agotan en tiempos electorales, sino que se mantengan permanentemente y bajo el seguimiento o monitoreo de dichas alianzas.

Las libertades cívicas y políticas, los derechos reivindicados, los indicadores sociales del programa popular, la transparencia y honestidad en las instituciones

públicas y en el funcionamiento de los capitales, la igualdad de oportunidades y la creación democrática de nuevas instituciones en el seno mismo de la población, serán otras tantas motivaciones y condiciones de la estabilidad y responsabilidad compartida de la nueva sociedad.

10. *Un socialismo de responsabilidad compartida*. No importa el nivel de desarrollo del socialismo, no importa el signo ideológico del gobierno que administra la cosa pública, no importa el nivel de desarrollo de los nuevos valores, la responsabilidad compartida debería ser parte del pacto social que nos encamine hacia el socialismo. Las instituciones y la población organizada deberían trabajar conjuntamente y en forma cotidiana, más allá de los períodos electorales y más allá de la institucionalidad laboral.

La responsabilidad compartida en el hogar, donde varones y adultos comparten la gestión con las mujeres y los niños. La responsabilidad compartida donde la ciudad comparte su nivel de vida con el campo. La responsabilidad compartida donde el capital comparte los medios de producción, la gestión administrativa y los excedentes con el trabajo. La responsabilidad compartida entre la sociedad y la naturaleza. La responsabilidad compartida entre las alcaldías y demás autoridades institucionales con la ciudadanía en la planificación y gestión del programa y los recursos. La responsabilidad compartida ente los ministerios y las asociaciones populares en los barrios y comunidades. En fin, la responsabilidad compartida en la gestión y en la distribución de los recursos en todos los ámbitos de la vida cotidiana, buscando y logrando progresivamente la disminución y erradicación de las diferencias, los privilegios, las jerarquías, la disipación de los poderes y la socialización de los recursos y saberes, la creación, reproducción y divulgación de los nuevos valores, en la familia, la comunidad, los centros laborales y educacionales, en las instituciones públicas y privadas, en las relaciones sociales, desde la pareja hasta los grandes conglomerados.

Una tarea pendiente es la educación política de las nuevas generaciones, hoy influenciadas negativamente por una cultura postmoderna que ha dejado de creer en la liberación-emancipación y es alimentada diariamente por la sociedad de consumo y sometida a la presión permanente de todas las lacras del mercado capitalista y de la civilización occidental. En este sentido, se hace imprescindible construir en cada uno de los países latinoamericanos y caribeños un conjunto de indicadores sociales que alcancen hegemonía en la opinión pública y que deberán ser construidos y enarbolados por las principales fuerzas sociales y políticas más progresistas y revolucionarias del continente. No es despreciable

la necesidad, asimismo, de divulgar y educar por todos los medios posibles a nuestra juventud en la historia de la revolución y el socialismo, garantizando que las generaciones venideras hereden y se apropien históricamente del acervo y la tradición de lucha de nuestros pueblos. Los indicadores propuestos por los movimientos anticapitalistas girarán alrededor de variables que permitan medir el avance del trabajo sobre el capital, por ejemplo: la productividad del trabajo o del capital versus la redistribución de los excedentes nacionales, el pleno empleo de la economía y de los trabajadores, la relación entre el salario mínimo y la canasta básica, el acercamiento del ingreso promedio individual al promedio per cápita alcanzado por los países que tengan el mejor desempeño en circunstancias similares, los derechos económicos universales para estudiantes o personas de la tercer edad, la disminución de la jornada laboral, la recuperación de la biodiversidad, entre otros, etc. Además del PIB per cápita, del Índice de Desarrollo Humano (IDH) y del Índice de Innovación (IIG).

Hoy en día existen cada vez más indicadores para medir la pobreza, las desigualdades o el bienestar. Entre otros, el Coeficiente de Gini, el Índice de Atkinson, el Índice de Bienestar Económico Sostenible (IBES) o Índice de Progreso Real (IPR) o Índice de Progreso Genuino (IPG) y el Índice Forham de Salud Social. A ellos habrá que agregar indicadores sobre el empobrecimiento y las metas de su superación, la desigualdad y las metas de la igualdad social, el empleo y la calidad del empleo, el salario mínimo, el salario promedio y el salario social, la cobertura de la canasta básica, los ingresos de las familias según el tipo de hogar, la situación de género, salud, educación, servicios básicos, seguridad ciudadana, medio ambiente, cooperativización, sindicalización, el aporte de los obreros, campesinos, pescadores, artesanos, inmigrantes, mujeres, a la riqueza social, así como la distribución de aquellos aportes.

Este programa puede avanzar más o menos rápido dependiendo de cada país, en forma revolucionaria o evolucionaria, hasta que sea apropiado con el nivel del sentido común y de las costumbres más cotidianas de la vida.

Orlando Núñez Soto
Email: direccion@cipres.org.ni

Managua, Nicaragua 2015.

ÍNDICE GENERAL

Introducción 1

El metabolismo como recurso analógico 2
El marco teórico 3
Entre la mercantilización y la desmercantilización 5
La tentación jacobina o la revolución desde arriba 9
Motivaciones políticas e hipótesis de trabajo 12
Regulación y socialización, desmercantilización y democratización 18
a. Regulación y socialización del capital como forma de desmercantilización .. 18
b. La desmercantilización a través de la redistribución del ingreso 20
c. La democratización de la política, la economía y la cultura 25
Conclusiones preliminares 30
La estructura del libro 36

LIBRO PRIMERO

LA FUNCIÓN DE LA MERCANCÍA
EN EL METABOLISMO DEL MERCADO 39

Capítulo I
BAJO EL REINO DE LA MERCANCÍA 43
1. Origen y naturaleza de la mercancía 44
La fórmula trinitaria de la mercancía 44
Origen histórico de la mercancía 45
La mercancía, el mercado y el capital 56
El capital como mercancía reproductora de mercancías 60
2. Los principios que regulan las relaciones mercantiles 64
Rasgos principales de la mercancía en su mayoría de edad 65
Las leyes que gobiernan el mercado capitalista 69
3. La dictadura invisible de mercado 85
La mano invisible del mercado y el puño visible del capital 89
El papel del Estado, la familia, el dinero y el consumismo
para el mercado capitalista 96
El Estado como protector del sistema de mercado 97
La familia como creadora y reproductora *de la mercancía humana 103*
El papel del dinero en el mercado 105

El rol del valor de uso en la fetichización mercantil *109*
Capítulo II
ENTRE EL CRECIMIENTO ECONÓMICO Y LA DESIGUALDAD SOCIAL 121
1. Dos siglos de capitalismo y un siglo de socialismo 124
El comercio mundial y el nacimiento histórico del capitalismo *125*
¿Qué es el capitalismo? 129
Las revoluciones y el nacimiento histórico del socialismo *133*
¿Qué es el socialismo? 140
2. A mayor crecimiento económico, mayor desigualdad social 142
La injusticia del mercado o la necesidad de su regulación *145*
Las tesis de Piketty sobre el crecimiento y la desigualdad social 151
Relaciones mercantiles y concentración de la riqueza *160*
3. De la lucha por el poder a la disputa del sistema 167
Sobre el concepto de capital y de economía política *170*
La disputa política por la orientación social del sistema *173*

LIBRO SEGUNDO

SOCIALISMOS NACIONALES EN LAS REDES
DEL MERCADO CAPITALISTA MUNDIAL 183

La ley del valor y el metabolismo del mercado *188*
Espacios y circuitos metabólicos del mercado *197*
De la regulación moral y política a la regulación económica *203*
El mercado autorregulado y el sector público como regulador consciente *204*
El marco internacional del mercado y su relación con la naturaleza exterior .. *210*
Las fracturas y saltos metabólicos del mercado *213*

Capítulo III
DE LA AUTORREGULACIÓN A LA REGULACIÓN
CONSCIENTE DEL MERCADO 219
De la autorregulación y anarquía del mercado a la regulación consciente y la planificación *224*
Las categorías mercantiles: la fijación de los precios y la asignación de recursos *226*
1. Avances y limitaciones del socialismo
en un solo país (URSS, CHINA) 234
La revolución soviética como el paradigma del socialismo en el siglo XX *235*

El capitalismo de Estado de orientación socialista *239*
La discusión de los años 20 sobre la ley del valor *242*
Del socialismo al capitalismo en la URSS *249*
La revolución china como el paradigma del socialismo de mercado *253*
Las paradojas del socialismo de mercado *256*
2. El control obrero o la economía autogestionaria (YUGOSLAVIA)..... 259
Las empresas autogestionadas por los trabajadores y la Federación de Naciones *260*
El socialismo yugoslavo sucumbe ante el mercado y es aplastado por Occidente *264*
3. El socialismo en los pequeños países periféricos (CUBA)..... 269
El debate sobre el cálculo económico y el cálculo presupuestario *270*
Las limitaciones de las economías socialistas subsidiadas *275*
La transición controlada hacia un socialismo con mercado *277*

Capítulo IV
LA ORIENTACIÓN SOCIALISTA DE LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA 285
1. El socialismo bajo un régimen de economía mixta y pluralismo político (NICARAGUA) 288
La Guerra de Baja Intensidad.....*290*
La orientación socialista en la primera etapa de la revolución sandinista.....*291*
Las posibilidades de la acumulación en una economía agroexportadora *294*
La contrarrevolución neoliberal y la segunda etapa de la revolución sandinista ..*298*
Los nuevos sujetos económicos de la revolución.....*304*
El impulso asociativo de la revolución sandinista *308*
De la agroexportación a la agroindustria.....*314*
2. El socialismo en una economía rentista y periférica (VENEZUELA) 315
Los antecedentes de la revolución venezolana *316*
Revolución y contrarrevolución en Venezuela *318*
La guerra económica entre la revolución y la oligarquía criolla-estadounidense *320*
Avanzar es seguir en la batalla *324*
Alcances y limitaciones de la economía venezolana *325*
Las transformaciones sociales y la crisis política..... *327*
La encrucijada económica y política de la revolución *330*
¿Qué hacer?..... 334

Hegemonía y alianzas de clases 344
El marco latinoamericano de la revolución venezolana 351
3. Las posibilidades del socialismo en América Latina 352
Antecedentes y consideraciones sobre la revolución latinoamericana 352
El acuerdo tácito entre la derecha y la izquierda en América Latina..... 355
La revolución bolivariana y la segunda independencia latinoamericana 358
Las victorias electorales de la izquierda latinoamericana 362
¿Son válidas para América Latina, las viejas premisas
del Manifiesto del Partido Comunista?..... 363
¿Qué hacer? 365
La agenda y los retos del socialismo en los pequeños países periféricos..... 373

LIBRO TERCERO

EL NUEVO ESCENARIO DEL MERCADO CAPITALISTA MUNDIAL.....379

Capítulo V
EL IMPERIALISMO Y LAS NACIONES PROLETARIZADAS.....383
El neoliberalismo y el desmantelamiento de los Estados nacionales 384
La lucha por los capitales y la lucha por los mercados 388
1. La hegemonía de las corporaciones financieras internacionales.....392
La competencia y el capitalismo monopolista 393
El crédito y el endeudamiento 400
El Banco de Pagos Internacionales (BPI) 403
Los tratados de libre expoliación 407
2. El desplazamiento de las burguesías nacionales 410
Las burguesías administradoras y financieras 411
Las burguesías de Estado..... 416
3. El proletariado por cuenta propia 417
Los límites de las relaciones salariales de producción..... 419
El proletariado por cuenta propia en las naciones proletarizadas..... 421

Capítulo VI
SOCIALIZACIÓN Y DESMERCANTILIZACIÓN.....435
1. Socializar el capital y desmercantilizar la economía.....436
Sobre la desaparición del capital y del mercado..... 439
Las posibilidades de la socialización del capital..... 446
Las vicisitudes del socialismo en la intervención del mercado..... 450

La desmercantilización de la economía *456*
La desmercantilizacion a nivel mundial y el fin de la ley del valor *466*
2. Los valores culturales dominantes son los valores de la clase dominante 472
El carácter seductor de las mercancías *474*
No se rechazó el modo de producción, sino el modo de vida *475*
3. Socialismo y economía social 484
El sector público y la economía mixta *486*
La economía mixta en el capitalismo *488*
El Estado de bienestar *489*
El socialismo de mercado *493*
El concepto, los sujetos y el sistema de economía social *495*
Economía social y economía mixta en el socialismo *519*

LIBRO CUARTO (APÉNDICES)

DISCUSIÓN SOBRE EL ORIGEN DEL VALOR
Y EL INTERCAMBIO EQUIVALENTE 523

Capítulo VII (Apéndice 1)
LA VIEJA POLÉMICA ENTRE MARGINALISTAS Y MARXISTAS 525
1. El debate sobre la fuente del valor 527
La teoría del valor-trabajo *527*
Antecedentes sobre la teoría del valor-trabajo *531*
El paréntesis mercantilista *535*
Los fisiócratas *537*
La escuela clásica *538*
La polémica entre los clásicos y Carlos Marx *544*
El marginalismo y la teoría del valor-utilidad *550*
La polémica entre marginalistas y marxistas *552*
La escuela neoclásica *560*
2. El reposicionamiento teórico 561
Coincidencias y ambigüedades en la polémica *564*
El bienestar social *565*
El deseo del consumidor y los costos de producción *566*
La planificación y las leyes del mercado *569*
El libre mercado y los monopolios *571*
La propiedad *572*

3. La polémica después de la implosión del socialismo 575
El colapso del socialismo soviético y la propaganda posmoderna 575
Del keynesianismo al monetarismo neoliberal.....577
El eclecticismo a favor del sistema capitalista..... 582
El neocolonialismo y el discurso sobre la desigualdad social 585

Capítulo VIII (Apéndice 2)
LA DISCUSIÓN SOBRE LA LEY DEL VALOR Y EL INTERCAMBIO EQUIVALENTE..... 593
1. La ley del valor 596
La ley del valor y la explotación directa de la fuerza de trabajo..... 597
La ley del valor y la explotación indirecta de la fuerza de trabajo 604
2. La discusión al interior del marxismo 607
La polémica sobre la ley del valor 607
Las contradicciones sobre el intercambio de valores equivalentes 617
La discusión sobre la economía equivalente..... 620
3. El intercambio desigual, la remuneración diferenciada y la redistribución de la plusvalía..... 624
El intercambio desigual 626
La remuneración diferenciada o el valor desigual de la fuerza de trabajo..... 640
Trabajo simple y trabajo complejo 642
La redistribución de la plusvalía histórica..... 646

CONCLUSIONES (AGENDA PARA UN DEBATE)..... 651
Sobre el valor y los precios de mercado 651
La transición del socialismo a la economía de mercado..... 653
Regulación, socialización y desmercantilización..... 657
La lucha democrática por la democracia..... 661
Revolución y transformación en América Latina.....664
Por un socialismo de responsabilidad compartida.....672

BIBLIOGRAFÍA

- Acevedo, Adolfo, *Economía Política y Desarrollo Sostenible*, Editorial BITEC-SA, Managua, 1998.
- Aglieta, Michel, *Regulación y Crisis del Capitalismo, la Experiencia de los Estados Unidos*, Siglo XXI Editores, México DF, 1979.
- Altenburg, Tilman et. alt., *El Desafío Económico de Costa Rica, Desarrollo Agroindustrial Auto-centrado como Alternativa*, Editorial DEI, San José, Costa Rica, 1990.
- Amin, Samir, *Imperialismo y comercio internacional - El intercambio desigual*, Cuadernos de Pasado y Presente, No. 24, México, 1980.
  –*¿Cómo funciona el Capitalismo*? El intercambio desigual y la ley del valor, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1975.
  –Aristóteles, *Moral a Nicómaco*, Espasa Calpe, México, 1990.
  –*La Política*, Ediciones Universales, Bogotá, 1997.
- Assman, Hugo, *La idolatría del mercado*, Editorial DEI, San José, Costa Rica, 1997.
- Babtista, Adrúbal, *70 Aniversario, BCV*, Caracas, 2010.
- Banco Central de varios países, 2013.
- Banco Mundial, Washington, 2013.
- Barho, Rudolf, *La Alternativa - Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*, Editorial Alianza, Madrid, 1977.
- Barkett, Paul, Marx and Nature, Saint Martin´s Press, New York, 1999.
- Bartra, Roger, *El modo de producción asiático*, ERA, México, 1969.
- Baudrillard, Jean, *Crítica de la economía política del signo*, Siglo XXI Editores, México, 1997.
- Beaud, Michel, *L'économie mondiale dans les années 80*, Editorial La Découverte, Paris, 1989.
- Bernstein, Eduard, *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, Siglo XXI Editores, México, 1982.

- Berthoud, Gerald, *Diccionario del Desarrollo, una guía de conocimiento como poder*, editado por Wolfang Sachs, Pratec, Lima, 1996.
- Bettelheim, Charles, *Cálculo económico y formas de propiedad*, Siglo XXI Editores, México, 1972.
  –*La lucha de clases en la URSS*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1987.
  –*La transición a la economía socialista*, en Investigación Económica: Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México.
- Brzinsky, Zbigniew, *El Dilema de EE.UU., dominación global o liderazgo Global*, Paidos, Barcelona, 2005.
- Caputo, Orlando y Pizarro, Roberto, *Dependencia y Relaciones Internacionales*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1982.
- Carcanholo, Reynaldo, *Dialéctica de la mercancía y teoría del valor*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1982.
- Castro, Fidel, *La crisis económica y social del mundo*, Editorial Siglo XXI, México, 1984.
  –*Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*, en *Investigación Económica*: Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México.
- Centro de Estudios de la Economía Social (CES), *Diagnóstico del Sector de la Economía Social en Nicaragua*, Alianza Cooperativa Internacional, Mimeografiado, Managua, 2017.
- Chávez, Hugo, *Discurso pronunciado en su toma de posesión del gobierno de la república bolivariana de Venezuela*, Internet, Venezuela, 1999.CEPAL, Chile, 2013.
- Cole, G.D.H., *Historia del Pensamiento Socialista*, tres tomos, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Coraggio, José y Deere, Carmen Diana, *La Autodeterminación de los pequeños países periféricos*, en *La Transición Difícil*, Siglo XXI Editores, Managua, 1986.
  –*La presencia de la economía social y solidaria y su institucionalización en América Latina*, documento ocasional 7, potencial y límites de la Economía Social y Solidaria, UNRISD, Ginebra, 2014.

- Chávez, Hugo, *Con Bolívar y el Pueblo, Nace un Nuevo Proyecto Histórico*, editor: Dieterich, Heinz, Editorial 2.1, México, 1999. Darío, Rubén, Poesías Completas, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1987.
- Del Río, Eugenio, *Ha Muerto la Clase Obrera*, Editorial Revolución, Madrid, 1989.
- Dieterich, Hans et. alt., *Fin del Capitalismo Global - El nuevo proyecto histórico*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1999.
- Djordjevich, Jovan, Yugoslavia, *Democracia Socialista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1966.
- Dmitriev, V. K., *Ensayos Económicos, sobre el valor, la competencia y la utilidad*, Siglo XXI Editores, México, 1977.
- Dobb, Maurice, *Economía Política y Capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
  –*Economía del Bienestar y Economía del Socialismo*, Siglo XXI, Quinta Edición, México, 1978.
  –*Teorías del Valor y de la Distribución desde Adam Smith, Ideología y Teoría Económica,* Siglo XXI Editores, México, 1980.
- Dornbusch, Rudiger, *Fischer, Stanley, Macroeconomía*, Ediciones Mac Graw-Hill, España, 1993.
- Dussel, Enrique, Ética de la Liberación, en la edad de la globalización y de la exclusión, Editorial Trotta, Madrid, 1998.
- Engels, Federico, *Complemento al Prefacio*, en *Carlos Marx, El Capital*, tres tomos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
  –*Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*, en Marx-Engels, *Obras Escogidas*, dos tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1955.
- El Nuevo Diario (periódico), Managua, Nicaragua, diferentes fechas.
- Figueroa, Víctor M., *El Nuevo Modelo Agrario en Cuba Bajo los Marcos de la Reforma Económica*, en UPBC, Desarrollo Rural y Participación, Universidad de La Habana, Cuba, 1998.
- Fitzgerald, Valpy, *Acumulación, Planificación y Distribución del Ingreso en Pequeñas Economías Periféricas*, en *La Transición Revolucionaria en América Latina*, Editora UASD, República Dominicana, 1983.

- F.M.I., Washington, 2013.
- Franklin, Benjamín, *Autobiografía y Otros Escritos*, Editorial Porrúa, S.A., México, 1989.
- Fukuyama, Francis, *El Fin de la Historia y el Último Hombre*, Editorial Planeta, México, 1992.
- Gobierno Bolivariano de Venezuela, *Gaceta Oficial*, *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*, 1999. Caracas, mayo, 2014.
- Gómez Serrano, Pedro José, *Tesis doctoral*, Universidad Complutense de Madrid, 1992.
- Gorbachov, Michel, *La Perestroika, Vue Neuve sur notre Pays et le Monde*, Flammarion, Paris, 1987.
- Gortz, André, *Adieu au Proletariat, Au-delá du socialisme*, Edition Galillee, Paris, 1980.
- Gosta Esping-Andersen, *Les trois monde de l´Etat-providence*, Presses Universitaire de France, Paris, 1990.
- Gouverneur, Jacques, *Les Fondements de l'economie capitaliste*, L'Armattan, Paris, 1994.
- Grossman, Henryk, *La Ley de la Acumulación y el derrumbe del Sistema Capitalista*, Siglo XXI, Edit. España, 2004.
- Gray, John, *Falso Amanecer, los engaños del capitalismo global*, Paidos Editores, Barcelona, 1998.
- Guattari, Félix, Rolnik, Suely, Microfísica del deseo, Traficantes de sueños, Madrid, 2006.
- Guevara, Che, *Escritos y Discursos*, tomo 7, Editorial Ciencias sociales, La Habana, Cuba, 1977.
  – *Consideraciones sobre los costos*, en *Investigación Económica*: Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México), enero-junio 1982, México.
  –*La transición a la economía socialista,* en *Investigación Económica*: Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México.

- Greenspan, Alan, *La era de las turbulencias*, Aventuras en un nuevo mundo, Ediciones B, Barcelona, 2008.
- Gunder Frank, André, *Reflexiones sobre la Crisis Económica*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1977.
- Gurov y Goncharov, *La política Agraria Leninista*, en *Investigación Económica*: Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México.
- Harta, Keit, et alt., *The Human Economy*, Polity Press, USA, 2013.
- Harvey, David, *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2012.
- Hilferding, Rudolf, *El Capital Financiero*, Tecnos, Madrid, 1985.
- Kausky, Karl, *La revolución social*, Pasado y Presente, Siglo XXI Editores, México, 1978.
- Kalecki, Michel, *Teoría de la Dinámica Económica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
  –*Ensayo sobre las economías en vías de desarrollo*, Editorial Crítica, Barcelona, 1980.
- Keynes, John Maynard, *Teoría General sobre el empleo, el interés y el dinero*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974.
- Kohler, Gabriele, ¿*Existe un Estado de Bienestar asiático*? en Nueva Sociedad/254, Noviembre Diciembre, Buenos Aires, Argentina, 2014.
- Katorguin, *La Experiencia histórica de aplicación de la NEP por el PCS,* en *Investigación Económica*, Revista de la Facultad de Economía dela Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México.
- Kohan, Néstor, Nuestro Marx, Editorial La Oveja Roja, Madrid, 2013.
- Kuczynski, M. y Meek, R.L., Quesnay, *Tableau Économique*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Lavi, Georges y Bensussan, Gerard, *Dictionnaire Critique du Marxisme*, Presses Universitaires de France, Paris, 1982. p.1196.
- Laville, Jean-Louis et Cattani, Antonio David, *Dictionaire de l´autre économie*, Gallimard, Paris, 1990.

- Lenin, *Las Tareas Inmediatas del Poder*, en *Teoría y política de la transformación social* (Investigación Económica), Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México.
  –*Sobre la economía actual de Rusia,* en *Debate sobre la economía soviética y la ley del valor*, Teoría y Praxis, Grijalbo, México, 1974.
- López, Felipe y Herrera, Humberto, *Con un pie en la isla*, Revista Forbes, marzo/abril, Centroamérica, 2015.
- Lowy, Michael, Ecosocialismo, Herramienta, Buenos Aires, 2001.
- Luxemburgo, Rosa, *Reforma o Revolución*, Obras Escogidas, t.1, Editorial Pluma, Buenos Aires, 1976.
- Magdoff, Harry, *Crisis Política del imperialismo*, en *Reforma Agraria y Revolución Popular en América Latina*, CIERA, Managua, 1982.
- Mandel, Ernest, *Control Obrero, Consejos Obreros, Autogestión*, Ediciones La Ciudad Futura, Buenos Aires, 1973.
  –*Tratado de Economía Marxista*, dos tomos, ediciones ERA, México, 1975.
  –*Las categorías mercantiles en el período de transición,* en *La Transición Revolucionaria en América Latina*, Editora UASD, República Dominicana, 1983.
  –*Ensayos sobre el neocapitalismo*, Ediciones Era, México, 1974.
  Marx, Carlos, *Carta a L. Kugelman*, en Marx Engels, Obras Escogidas, dos tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1955.
  –Marx, Carlos y Engels, Federico, *El Manifiesto del Partido Comunista*, en Marx, Engels, Obras Escogidas, dos tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1955.
  –*Crítica al Programa de Gotha*, en Marx Engels, Obras Escogidas, dos tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1955.
  –*Precio y Ganancia*, en Marx Engels, Obras Escogidas, dos tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1955.
  –*Misère de la philosophie, réponse à la philosophie de la misère de M. Proudhon*. Editions Sociales, París, 1968.
  –*Grundrisse 1857-1858, Siglo XXI*, México, 1980.
  –*El Capital*, tres tomos, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986.
  –*Capítulo Sexto (inédito)*, El Capital, Siglo XXI Editores, México, 1979.
  –*Teoría sobre la Plusvalía*, tres tomos, Editorial Cartago, Argentina, 1974.

- Marie Harribeg, Jean, *Economie Politique de la demarchandisation de la societé, Actuel Marx*, "*Alternmondialisme, anticapitalisme*, No 44, 2do Semestre, France, 2008.
- Marini, Ruy Mauro, *Dialéctica de la Dependencia*, Ediciones ERA, México, 1979.
- Martínez, Adrian, *Presentación a la cuarta edición del Primer Manifiesto de los Trabajadores por Cuenta Propia*, Cipres, Managua, Nicaragua, 2011.
- Menjívar, Rafael et. alt., *La Inversión Extranjera en Centroamérica*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1974.
- István Mészaros, István, *Más allá del capital-Hacia una teoría de la transición* (particularmente el capítulo dos: *El orden de la reproducción metabólica social del capital*), Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Bolivia.
- Montoya, Aquiles, *La Nueva Economía Popular*, UCA Editores, San Salvador, 1993.
  –*Economía Crítica*, Editores Críticos, San Salvador, 1998.
- Muñoz, Marcelo, *China 2050, Los grandes desafíos del gigante asiático*, Editorial Kailas, Madrid, 2011.
- Nazembroaya, Mahdi Darius, *La globalización de la OTAN*, Casa Editorial, Madrid, 2012.
- Nietzsche, Friedrich, *La Genealogía de la Moral*, Alianza Editorial S.A., Madrid, 1997.
- Núñez, Soto, Orlando, *El Estado nacional al servicio de las empresas multinacionales, El enclave bananero en Costa Rica*, Programa Centroamericano de Ciencias Sociales, Serie Análisis Económico, Consejo Superior de Universidades de Centro América (CSUCA), San José, 1976.
  –Núñez Soto, Orlando y Guevara, Carmen, *El Régimen de Torrijos y el Bloqueo a la Acumulación Capitalista en Panamá*, tesis de grado, Universidad de Costa Rica, San José, 1975.
  –*El Somocismo y el Modelo Capitalista Agroexportador*, Publicación Universitaria, UNAN, Managua, 1978.
  –*El Proceso de Transición en Nicaragua*, en *La Transición Revolucionaria en América Latina*, Editora UASD, República Dominicana, 1983.

–*La unidad familiar campesina revierte el proceso de colectivización*, mimeografiado, CIERA, Managua, 1983.
–*La Revolución Social y la Transición en América Central*, en La Crisis Centroamericana, EDUCA, San José, Costa Rica, 1984.
Transición y Lucha de Clases en Nicaragua, Editorial Siglo XXI, México, 1988.
–*Democracia y Revolución en las Américas*, Editorial Vanguardia, Managua, Nicaragua, 1986.
–*La guerra y el campesinado en Nicaragua*, Editorial CIPRES, Managua, 1998.
–*El Manifiesto Asociativo y Autogestionario*, CIPRES, Managua, 1999.
–*La Economía Popular, Asociativa y Autogestionaria*, tercera edición, CIPRES, Managua, 2000.
–*La Comercialización Campesina en Nicaragua*, CIPRES, Managua, 2000.
–*La Sociedad Civil*, Ruth Casa Editorial, Panamá, 2005.
–*El primer manifiesto de los trabajadores por cuenta propia*, CLACSO, Managua, Nicaragua, Nicaragua, cuarta edición, 2011.
–*La economía social en Nicaragua*, Revista Correo de Nicaragua, No 37/2014, Managua, 2014.
–*Cooperativismo, Sandinismo y Socialismo*, Revista Correo de Nicaragua, No 38/2015, Managua, 2015.

- Ortega, Daniel, *Discurso pronunciado el 20 de febrero de 2014, en ocasión del encuentro de partidos de izquierda de América Latina*, publicaciones sandinistas, Managua, 2014.
- Pereira, Gonzalo, *Relaciones Internacionales de Producción, Ley del Valor y Distribución Social del Trabajo en el Mercado Mundial*, Siglo XXI Editores, México, 1985.
- Padura, Leonardo, *El hombre que amaba los perros,* Tusquets editores, México, 2010.
- Pérez, Humberto, *Discurso de clausura del Congreso Constituyente de la Asociación Nacional de economistas de Cuba,* en Investigación Económica, Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México.
- Peters, Amo, *El Principio de Equivalencia, como Base de la Economía Global,* en Dieterich, Hans, *Fin del Capitalismo Global - El Nuevo Proyecto Histórico*, Editorial Ciencias Sociales, La Habana, 1999.

- Piketty, Thomas, *Le Capital au XXIe siècle*, Edition Seuil, Paris, 2013. El capital en el siglo XXI, F.C.E., España, 2014.
- Polanyi, Karl, *La gran transformación*, F.C.E., México, 1991.
- Quijano, Aníbal et. alt., América Latina, *Dependencia y Subdesarrollo*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1973.
- Ricardo, David, *Principios de Economía Política y Tributación*, Editorial Hemisferio, México, 1977.
- Ríos, Xulio, China ¿*Superpotencia del siglo XXI*? Icaria, Barcelona, 1997.
- Red Intercontinental de Promoción de la Economía Social Solidaria, en Latinoamérica y el Caribe (RIPESS-LAC), *Recomendaciones de la Economía Social Solidaria para la Agencia de Desarrollo Post 2015*, Mimiografiado, Managua, 2014.
- Rodríguez, Oscar, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo XXI Editores, México, 1980
- Roll, Eric, *Historia de las Doctrinas Económicas*, Siglo XXI Editores, México, 1985.
- Rubin, Isaac Illich, *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*, Cuadernos de Pasado y Presente, México, 1979.
- Sachs, Wolfgang, *Diccionario del Desarrollo, una guía de conocimiento como poder*, Pratec, Lima, 1996.
- Sacristán, Manuel, Pacifismo, Ecología y Política Alternativa, Icaria, Barcelona, 1989
- Sader, Emir, *Prefacio a la cuarta edición del Primer Manifiesto de los Trabajadores por Cuenta Propia*, Cipres, Managua, Nicaragua, 2011.
- Samary, Catherine, *Le marché contre L'autogestion - L'expérience yougoslave*, Editorial Publisud-La Bréche, Paris, 1998.
- Samuelson, Paul A., *Curso de Economía Moderna*, Editorial Aguilar, Madrid, 1973.
- Schaff, Adam, *El Comunismo en la Encrucijada*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1983.

- Silva, Herzog, Jesús, *Historia del pensamiento económico-social desde la antigüedad al siglo XVI,* F.C.E., México, 1984.
- Schimidt, Alfred, *El concepto de naturaleza en Marx*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1977.
- Smith, Adam, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Soros, George, *La crisis del capitalismo global*, Editorial Debate, Madrid, 1998.
- Standing, Guy, *The Precariat, the new dangerous class*, Bloomsbury, New York, 2011.
- Stalin, *Problemas económicos del socialismo*, en Investigación Económica, Revista de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, enero-junio 1982, México.
- Stiglitz, Josepf E., *El malestar en la globalización*, Taurus, Argentina, 2003.
  -Stiglitz, Josepf, Greenwld, Bruce C., *Creating a learning society, A new Aproach to Growth, Developent, and Social Progress*, Columbia University Press, New York, 2014.
- Sunkel, Osvaldo y Pedro Paz, *El Subdesarrollo Latinoamericano y la Teoría del Desarrollo*, Siglo XXI Editores, México, 1973.
- Sweezy, Paul M., *El Centro, la Periferia y la Crisis del Capitalismo Mundial*, en *Reforma Agraria y Revolución Popular en América Latina*, CIERA, Managua, 1982.
  –*Teoría del Desarrollo Capitalista*, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- Tablada Pérez, Carlos, *Acerca del Pensamiento de Ernesto Che Guevara*, Universidad de La Habana, Cuba, 1987.
- Tépich, J., *Marxisme et Agriculture*, Armand Collin, Paris, 1973.
- The World Watch Institute. *The State of the World*, W.W. Norton &Company, New York, London, 2000.
- Tissier, Patrick, *La Chine, transformations rurales et développement socialiste*, Francois Maspéro, Paris, 1976.

- Torres Rivas, Edelberto, *Interpretación del Desarrollo Centroamericano*, EDUCA, San José, Costa Rica, 1977.
- Toussaint, Eric, *Le bateau ivre de la mondialisation*, Arnaud Zacharie, CADTM/Syllepse, Paris, 2000.
- Tsuru, Shigeto, *Sobre los esquemas de reproducción*, en Paul M. Sweezy, Teoría del Desarrollo Capitalista, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- Utting, P., Chamorro, A., Bacon, C., *El cooperativismo en Nicaragua*, Centro de Estudios de la Economía Social (CES), Managua, 2014.
- Utting, Peter, Mejorar la visibilidad de la Economía Social y Solidaria, UNRISD, *Economía Social y Solidaria: Hacia un desarrollo inclusive y sostenible*, CIF-OIT, UNRISD, Ginebra, 2014.
- Vail, John, *Decommodification and Egalitarian Political Economy*, SAGE Publication, UK, 2010. http:/pas.sagepub.com/content/38/3/310.
- Weber, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Ediciones Península, Barcelona, 1973.
- Wright, Eric Olin, *Envisioning Real Utopias*, Verso, London-New York, 2010.
- Zeitlin, Maurice, Propiedad y Control, *La Gran Corporación y la Clase Capitalista*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1974.

Este libro fue impreso en los Talleres Gráficos de
Ediciones Graphic Print, S.A. (EDIGRAPSA),
en el mes de noviembre 2015.
Su tiraje consta de 800 ejemplares.
Managua, Nicaragua.